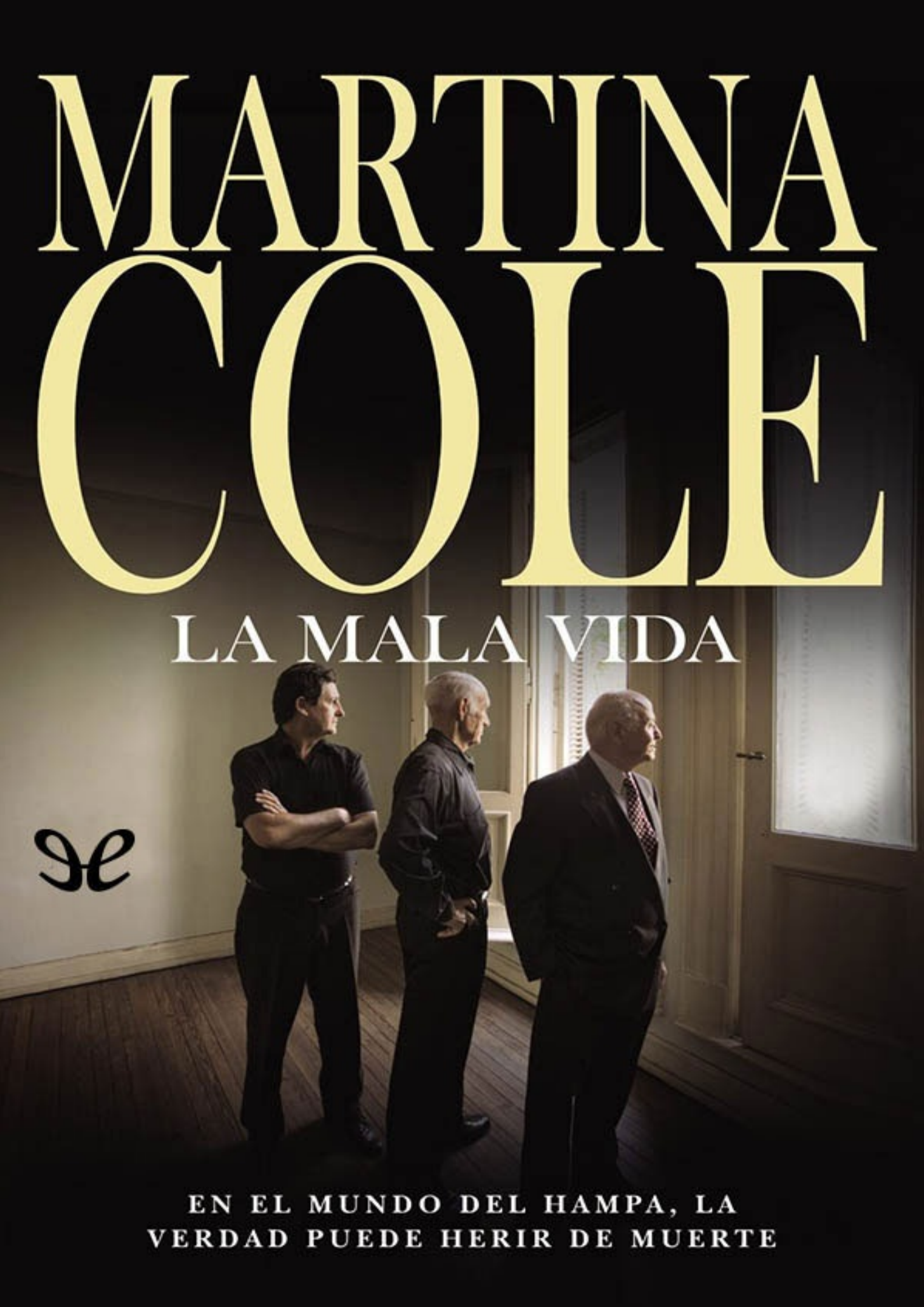
MARTINA COLE

LA MALA VIDA



EN EL MUNDO DEL HAMPA, LA VERDAD PUEDE HERIR DE MUERTE

Daniel y Peter Bailey controlan el mundo del hampa en el East End, el barrio popular del corazón de Londres. Además de ser hijos de distinto padre, son muy diferentes en todos los sentidos. Daniel es temperamental e impulsivo; Peter, pausado y reflexivo, sobre todo discreto. Les une la violencia despiadada, lo que les dio fuerza y les hizo ser temidos y respetados en los bajos fondos, pero discrepan sobre cómo administrarla.

Las diferencias sobre cómo actuar les están dividiendo y debilitando, lo que les termina enfrentando pese a la mediación materna. La entrada en el «negocio» de sus respectivos hijos, unido a una serie de desgraciados incidentes, lo va a complicar todo. En estos ambientes es difícil mantener el poder, siempre hay alguien a la espera de arrebatártelo. A veces alguien muy próximo…

Con pinceladas de tragedia clásica, la nueva novela de Martina Cole, cruda y tan emocionante como todas las suyas, es un certero e impávido retrato de una familia desgarrada por la violencia y la traición, pero, en última instancia, unida por lazos de lealtad y de sangre y por unos ardientes deseos de venganza… Es un relato de la vida, «La mala vida» del hampa como sólo Martina Cole sabe contarlo.

Martina Cole

La mala vida

ePub r1.0
Titivillus 28.01.2017

Título original: *The life*
Martina Cole, 2012
Traducción: Fernando González Corugedo
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Palabras preliminares

Después de los libros, mi gran amor es la música. Cuando escribo por la noche, escucho sonidos de las épocas sobre las que escribo. Es la manera perfecta de meterme en la piel de los personajes, y, como todo el mundo sabe, ciertos discos son capaces de transportarte a un momento determinado del pasado. Si me pongo a escuchar *Mama Weer All Crazy Now*, de Slade, se me viene a la cabeza el recuerdo asombrosamente preciso de uno de mis más viejos amigos, Graham Petherick, simulando tocar la guitarra a base de mover los dedos en el aire mientras muchos de nosotros contemplábamos su silueta a través de ¡el cristal de la ventana de su cuarto de baño! Cuando escucho *Woke Up This Morning*, de Alabama 3, veo a mi hija Freddie Mary y a mi nieto Lewis, los dos con cuatro años de edad en ese momento, cantando esa canción al unísono con el disco mientras viajábamos en el coche camino de Eastbourne para recoger mi caravana. Recuerdos maravillosos que la música me hace recuperar a su compás. La música es capaz de hacer eso, de hacerte presentes unos recuerdos y obligarte a sonreír incluso durante tus días más tristes. Después de enterrar a mi madre, puse un disco de Bowie, y a pesar del dolor no pude dejar de sonreír al recordarla pidiéndome que subiera el volumen del tocadiscos cuando sonaba *Rock 'n Roll Suicide*, porque le encantaba esa canción, le encantaba Bowie. Mi madre murió ocho meses después que mi padre, ambos a principios de los ochenta, y todavía los echo muchísimo de menos. A los dos.

Mientras escribía *La mala vida*, escuché muchísimo a Alabama 3 —uno de mis grupos favoritos de todas las épocas—, y he utilizado sus letras en este libro. Es un grupo al que escucho a menudo últimamente. Los he visto en directo y la verdad es que son una banda de lo más visual y cuya música parece recoger las ideas de muchas generaciones distintas. Confío en poder volver a verlos pronto. Tuve la gran suerte de que me pidieran que tomase parte en su último álbum, *Shoplifting 4 Jesus*, así que ahora ¡presumo de ser una artista que ya ha grabado un disco! Gracias, chicos, especialmente a Ian Gough y Larry Love.

No puedo creer que hayan pasado ya veinte años desde que publiqué mi primer libro, *Una dama peligrosa*. Para conmemorarlos, *Una dama peligrosa* se va a representar adaptada a la escena en el teatro Royal Stratford East, en la zona este de Londres. Es un teatro al que le tengo mucho cariño; si dejamos que se pierdan los teatros y las bibliotecas de los barrios, habrá desaparecido el verdadero corazón de las comunidades locales. Sería una verdadera desgracia, y algo de lo que hay que ocuparse porque, de no ser así, nunca los recuperaremos. Cuando era niña no sé que habría hecho sin la biblioteca de mi barrio, y el teatro local también tuvo un papel importante en mi búsqueda de conocimientos.

Una dama peligrosa fue un gran hito en mi carrera, y estoy muy orgullosa de ella. Pero nunca habría logrado publicar nada de no ser por mi agente Darley Anderson, que no solo es mi agente sino además, y para empezar, un amigo maravilloso. Nunca

podré agradecerle bastante todo lo que ha hecho, y en especial su amistad y su apoyo. Darley es uno de esos seres tan poco frecuentes: ¡un hombre que entiende de verdad a las mujeres! Además es también el padrino de mi hija, y una persona muy cercana a mi familia y a la que todos queremos. Para mí su sabiduría es algo único, y su amistad supone todo un verdadero mundo.

Susan Fletcher, mi primera editora y una persona fantástica, alguien que creyó en mí en cuanto posó la mirada por primera vez sobre *Una dama peligrosa*. Muchísimas gracias de nuevo. Lamentablemente Sue se jubilará este año de su puesto en la editorial, así que todos la echaremos de menos una barbaridad.

Tim Hely Hutchinson, siempre tan bueno conmigo, fue quien, junto a Susan Fletcher y Sian Thomas, hizo crecer Headline hasta ser la maravillosa casa editorial que es hoy día. Llevo ya más de veinte años con Headline y todas las personas con las que he tenido que tratar han sido siempre encantadoras. Muchas gracias a ti, Tim, gracias por todo.

Clare Foss, mi editora durante muchos años, es otra persona a la que nunca podré agradecer lo bastante su apoyo y su amabilidad. ¡Adelante, Clare!

Jane Morpeth, mi actual editora, es una mujer realmente encantadora, una persona a la que admiro y respeto de verdad. Gracias, Jane, ¡y espero que sigamos igual otros veinte años! Para mí has sido una gran amiga y una editora fantástica. Gracias otra vez.

Martin Neild, el hombre más encantador del mundo: muchísimas gracias también. Has tenido una gran influencia en mí y aprecio muchísimo tu amistad. (Lo de Pink Floyd en un Bentley es un recuerdo que conservaré para siempre.) Buena suerte en el futuro.

También quiero dar las gracias a Amanda Ridout. Fue siempre muy buena conmigo mientras estuvo en Headline y siempre le agradeceré todo lo que hizo por mí. Gran chica; y nunca volveré a beber cinco botellas de un buen Montrachet con nadie más… ¡ella ya sabe de lo que hablo! (PS: por cierto, Amanda, ¡seguimos siendo bien recibidas en el restaurante OXO Tower!)

Quiero darle también las gracias a Kerr MacRae; siempre fue absolutamente encantador conmigo cuando estaba en Headline, y aunque ahora se haya mudado a otros pastizales, seguimos siendo buenos amigos. Es probable que Kerr sea una de las mejores personas que haya en el mundo editorial, y tuvo un papel importante en mi éxito como escritora. Así que ahora soy yo quien le desea muchos éxitos en el futuro.

Louise Page… ¿qué puedo decir? Es fantástica; no solo es muy buena persona y una amiga maravillosa, ¡también es la mejor relaciones públicas de todo el país! Gracias, Lou: has sido una estrella durante años y años. Peter, tú y yo —también conocidos como Los Tres de Waberthwaite— hemos viajado a lo largo y ancho de este país y nos hemos reído a gusto por los caminos. Gracias una vez más: siempre has sabido encontrar los mejores locales y, desde luego, ¡sabes organizar unas fiestas del demonio!

Y ahora vamos a pasar a Peter Bates. Me has llevado en coche durante muchos años, Pete, y ambos hemos vivido nuestros altibajos. Pero hay una cosa que nunca cambia: tu amistad y tu buen humor. Te quiero, Pete, y nunca podré agradecerte lo bastante que estés ahí a mi lado ¡desde el principio de los tiempos! Hemos echado nuestras buenas risas por esos caminos de Dios, y sin ti todos esos viajes no habrían sido ni la mitad de divertidos. Te deseo todo lo mejor para el futuro. Todavía no he conseguido entender cómo Rita puede aguantarte: es una mujer encantadora, ¡y una santa!

Me gustaría dar las gracias a todos cuantos están en Headline, a los antiguos y a los nuevos. Para mí habéis sido una segunda familia, y sé lo afortunada que he sido al formar parte de ella. Ha sido un privilegio, y nos lo hemos pasado muy bien… ¡además de trabajar un montón! De modo que os doy las gracias otra vez, ¡sobre todo a cierto irlandés! Darragh: viajar en coche por España oyendo buena música es un recuerdo que nunca olvidaré. Gracias.

También quisiera dar las gracias a Pete Newsom, que para mí ha sido otro buen amigo. Me acuerdo de cuando me lo encontré hace unos pocos años en un concierto de Morrissey y ¡no sé quién se quedó más sorprendido de los dos! Pero gracias, Peter: he pasado muy buenos ratos en Oz, en Nueva Zelanda y en Sudáfrica. Te deseo lo mejor para el futuro.

Y muchísimas gracias también a Martin Booth, un hombre bueno de verdad ¡y responsable de que me dieran mi primer cheque por escribir! Estaba en la BBC en los primeros años noventa y me aceptó un guión que había enviado a la emisora. Nos hicimos buenos amigos y supo darme la confianza que me hacía falta para decidirme a continuar con mi carrera de escritora. Así que gracias, Martin, muchísimas gracias.

Y por último, pero desde luego no menos importante, me gustaría dar las gracias a Lavinia Warner. Hace muchos años adaptó mi novela *Una dama peligrosa* para una serie de televisión. Desde entonces nos hemos hecho buenas amigas y socias de negocios, tras la primera hemos producido otras tres series más y todavía tenemos otros proyectos en la cartera. Gracias, Vin, has sido una auténtica estrella, y ya eres una parte importante de mi familia, todos te queremos muchísimo. A principios de este año fuimos a Broadway a ver a su primo, que representa *La Venus de las pieles*. Fue uno de los momentos estelares de mi vida; gracias por hacerme partícipe de él. Te quiero, amiga.

Y ahora, a mis lectores: ¡ya sabéis quiénes sois! He conocido a muchos de vosotros a lo largo de los años, sobre todo en la caseta de Pat Fletcher en Romford Market. Pat organizó mi primera firma de libros, y siempre le estaré agradecida por ello. Nos hemos hecho buenas amigas, e ¡incluso tenemos casas la una cerca de la otra en el norte de Chipre! De manera que muchas gracias a Pat y Harry Fletcher, nos veremos pronto, colegas, nos veremos en el restaurante Kybele de Bellapais.

De manera que gracias una vez más a todos vosotros, mis leales lectores, los que estáis ahí desde *Una dama peligrosa*, desde hace todos estos años. Espero que os

guste *La mala vida*. Llevo ya un año viviendo con la familia Bailey y mis planes son terminar la historia de Tania dentro de unos pocos años. Así que espero que disfrutéis con sus idas y venidas, con sus altibajos; porque, creedme, ¡hay una buena dosis de eso! Confío en encontrarme con muchos de vosotros en mis firmas de libros y espero poder saludaros a todos personalmente.

Cuidaos mucho y que Dios os bendiga,

Martina

xxx

Prólogo

1997

Crecí en medio de la *Vida*, la mala vida del hampa, pero en realidad nunca formé del todo parte de ella… mi madre se había ocupado de que fuera así. Pero todo cambió a partir del día de su muerte.

El día que la enterrábamos, eché una mirada por la iglesia. Toda mi familia estaba allí, y los Bailey éramos una familia muy grande, y una familia muy conocida, además. Mi abuela, Theresa Bailey, la matriarca, estaba sentada a mi lado y me tenía cogida de la mano. Siempre era muy buena conmigo. Podía fiarme totalmente de ella, pues nunca contaría a nadie mis secretos. Sabía más cosas que cualquiera de los otros, pero se las guardaba. Porque si en cualquier momento abría la boca, acabaría habiendo otro asesinato; así que teníamos que guardar el secreto pasara lo que pasase, y eso fue exactamente lo que hicimos. Yo sabía que sin ella nunca hubiera podido hacer frente a todo aquello, y especialmente a aquel día.

Mis cuatro hermanos —todos ellos grandotes, guapos y hombres de honor— estaban sentados del otro lado y mi padre, destrozado por la muerte de su mujer y sin enterarse en absoluto de la vergüenza que pasaba su hija, se sentaba a mi lado. Estaba más afectado por cómo había muerto mi madre que por el hecho de haberla perdido. La muerte se la había llevado en un abrir y cerrar de ojos; esas fueron sus palabras, no las mías.

Allí estaba yo, de pie junto a él, su hija más pequeña y la única chica. De hueso pequeño como mi madre y con el mismo pelo caoba y espeso de mi abuela paterna. Pero tenía los ojos de él, esos ojos irlandeses azul profundo que mostraban todas las emociones y le contaban al mundo entero en qué estaba pensando, especialmente a él y a mis hermanos. Aprendí pronto a no dejar que nadie adivinara mis verdaderos sentimientos, un triste legado en mis actuales circunstancias. El conocimiento es poder, y hasta el más mínimo tropiezo puede ser suficiente para rebajar tu posición.

Nosotros éramos los Bailey, la familia más respetada y de la que más se hablaba en el East End de Londres, la familia más relevante de Inglaterra, en realidad, durante muchos largos años. Llevábamos unas vidas estupendas, lo teníamos todo —y al decir todo quiero decir *todo*—. Mi padre, Daniel Bailey, se ocupaba de que fuera así.

Mientras le tenía cogido de la mano en aquel día frío y desapacible, me la metió en el bolsillo de su abrigo, igual que hacía cuando era pequeña incluso con ya casi dieciocho años, seguía gustándome notar la calidez y el cariño que me demostraba aquel gesto. Sabía desde niña que mi padre era una persona peligrosa, pero hasta hacía muy poco tiempo no me había dado verdadera cuenta de cuánto peligro encerraba. Siempre se había limitado a hacer lo que consideraba que había que hacer; yo lo comprendía, y aquel día, triste y desolada por la muerte de mi madre, dependía

de él más que nunca para encontrar consuelo.

Mi mundo había cambiado de la noche a la mañana. Con mamá desaparecida para siempre, no había nadie que me protegiese de la auténtica forma de vida del resto de mi familia. Mi madre, Dios la tenga en su gloria, había hecho cuanto había podido para asegurarse de que yo nunca llegara a conocer cómo eran las cosas en realidad; pero por mucho que ella se esforzara, siempre acababa oyendo más de lo que me convenía oír. Los miembros de mi familia eran asesinos, embusteros, personas para las que la violencia y la intimidación eran literalmente el pan de cada día.

Mis hermanos eran bastantes años mayores que yo. Fui la última oportunidad de mi madre, como ella solía decir con una gran sonrisa en la cara: «Dios me la envió como un regalo». Yo lo era todo para ella. Hablaba mucho de Dios y significaban mucho para ella Dios y su Hijo, Jesucristo que había muerto en la cruz para redimir los pecados del mundo. Cuando murió, mis hermanos no sabían qué hacer conmigo, una mujer abandonada en un mundo predominantemente de hombres, pero ellos me querían muchísimo y harían lo que fuese necesario para protegerme y yo lo sabía. Además nunca dejaría de quererles por muy malvados que fueran. Ellos me querían y se preocupaban por mí y eso, a mi corta edad, era suficiente.

Sospechaba que mi madre sabía más de lo que contaba sobre las actividades de su marido y sus hijos, y habría sido demasiado para ella saber la realidad y seguir creyendo en ellos. Era una mujer decente a su manera —confiaba en Dios y creía en la vida después de la muerte—. Se dejó guiar por los hombres de su vida porque eso era lo que quería. Era su madre después de todo y ellos eran sus hijos. Pero en lo más profundo de su ser, condenaba lo que hacían.

La recordaba sonriendo a Danny, mi hermano mayor, aquel día y sabía que él siempre estaría ahí cuando lo necesitara. Exceptuando su pelo rubio, Danny era el doble de mi padre, como solía decir mi nana incluso en su manera de escupir y de soltar un «jódete». Él y mis otros hermanos, Davey, Noel y Jamsie, se confesaron, hicieron el acto de contrición y tomaron la comunión en el funeral de mi madre sin miedo o arrepentimiento; mi padre también lo hizo. Hipócrita, lo sé, pero lo hizo por mi madre y yo le quería porque lo hacía por ella. Amaba a mi madre pero ahora con sed de venganza Años más tarde, cuando le recordaba cortando los dedos de la mano a un hombre, también pude observarle tal como era en su día a día. Las dos caras de Daniel Bailey.

Veía el contorno de su rostro emocionado igual que el de su hermano Peter Bailey y su mujer Ria entrando en la iglesia con sus respectivos hijos. Apretaba los dientes, y yo veía en sus ojos que era difícil para él olvidar a su hermano en ese terrible día.

Mi tía Ria, la mujer de Peter, y mi madre siempre habían sido buenas amigas, y estaban muy unidas pero mi tía parecía siempre desesperadamente triste.

Le sonreí a ella y a mis sobrinos que seguían a sus padres hacia la iglesia. Mi sobrina Imelda, una chica con el pelo negro liso, que había heredado el aspecto jamaicano más que sus hermanos, se acercó a mí y a mi padre. Sonriendo tristemente

abrazó primero a mi padre y luego a mí, tenía los ojos húmedos pero no derramaban lágrimas. Me sentí contenta que él le devolviera el abrazo. Siempre había sido su favorita. Nadie podía saber entonces cómo la Vida, la mala vida del hampa la afectaría después.

Miré a mi tío Peter, un hombre negro guapo y grande, y también miré a mi padre, parecido a él en muchas cosas, aunque era lo que se llamaba un blanco. Eran hijos de la misma madre pero de padre diferente. Eran iguales y, como dos páginas de un mismo libro, estaban unidos ahora por el mismo dolor. Era un dolor que trascendía sus diferencias.

La iglesia estaba llena de gente preguntándose quién habría sido el bastardo que había colocado una bomba en el coche de mi madre y que había volado el Soho. Pero desgraciadamente nosotros sabíamos quién había colocado la bomba que causó esa carnicería. Y también sabíamos que la bomba no estaba destinada a mi madre. Si el destinatario real hubiera muerto, tal vez, sólo tal vez, las cosas habrían sido diferentes de lo que fueron. Viéndolo retrospectivamente fue una cosa fascinantemente jodida.

Aún tendría que aprender muchas cosas sobre mi familia. En aquel tiempo no sabía nada de armas ni de la muerte de un niño, un inocente niño trágicamente asesinado dentro de un mundo de violencia como en el que había muerto mi madre. Aprendería esas cosas con el tiempo. Solo oírlo y sabría que mi familia lo había hecho. Pero no podían prever la profundidad en la que se hundirían en el lodazal de la venganza olvidando el mundo real para hundirse en su propio mundo.

La pérdida de mi madre me hizo abrir los ojos a la verdad de esa mala Vida del hampa. En el último mes yo había visto y hecho cosas que me cambiaron para siempre. A pesar de que mi madre había hecho lo posible por mantenerme al margen, no me preparó para lo seductora que esa Vida podía ser.

Existe un viejo dicho irlandés que repetía mi nana. Siempre decía que consigues la vida que mereces. Yo deseaba contra toda esperanza que no fuera cierto. Pero el tiempo se encargaría de decirlo.

Libro primero

Ella se sacude la tristeza y luego prueba suerte
Hace una pequeña apuesta, confía en que su caballo gane
Metiendo la mano en bolsillos ajenos para hacerse con un dinero fácil
Porque ya se fundió todos sus malditos fondos en la Lotería Nacional

Alabama 3, *Mansion On The Hill*
Álbum: *La Peste* (2000)

Dale, nena, dale al interruptor,
Hazme perder la chaveta
Si vas a llorar, deja las persianas bajadas

Alabama 3, *Keep Your Shades On*
Álbum: *Outlaw* (2005)

Capítulo uno

1979

—¿Tú y cuántos más? ¿El ejército de quién? Pero, tío, ¡escucha lo que dices! ¿Nos amenazas *a nosotros* con el gilipollas de tu tío? Todo lo que dices es pura mierda.

Daniel Bailey estaba que echaba humo, y todos los que andaban por la fábrica comprendieron que aquello no acabaría bien.

A Michael Lanson —o Micky L, como le gustaba que lo llamaran—, lo tenían amarrado como un pollo, y ahora lamentaba muy seriamente haber sido tan bocazas. Había oído decir que los Bailey eran una ley por sí mismos, pero no había comprendido realmente lo en serio que iba el grupo hasta dos horas antes, cuando lo raptaron en plena calle.

Trabajaba para su tío, un hombre que atendía por Jed Lanson, y por ese motivo se creía invencible. Jed era un viejo capo; tenía su reputación, y hasta ahora nadie había tenido agallas para meterse con él. Pero, al parecer, Daniel y Peter Bailey eran la excepción a la regla.

Peter Bailey estaba sentado tan tranquilo, dando sorbitos a su vaso de ron blanco y observando a su hermano con interés. Peter entendía la lógica en que se basaban los métodos de su hermano a pesar de que él ¡no la aplicara! Por eso formaban un equipo tan bueno: cada uno disponía de sus propios puntos fuertes. A Peter le gustaba hacer las cosas tranquilamente, con el mínimo alboroto. Le gustaba la discreción. Pero también era conocido por ser un hombre que podía hacer mucho daño a cualquiera que se le atravesara. Las venganzas de Peter Bailey eran largas y calculadas. Se rumoreaba que disfrutaba haciendo recorrer a sus víctimas toda la escala de las emociones posibles, desde el miedo, el dolor y la agonía, hacerles suplicar que acabase de una vez con sus vidas. Pero nunca quedaba ninguna prueba, y tanto la persona desaparecida como el recuerdo de su calvario no quedaban más que en unos cuantos rumores.

A Daniel, por su parte, le encantaba deshacerse de cualquiera que se le enfrentase montando un numerito lo más melodramático posible. Lo que creía era que si ibas a quitar a alguien del medio, tenías que hacerlo de manera que aquello sirviese de algún modo de lección. Asegurarse de que todos entendieran lo que también iba a pasarles a ellos si llevaban las cosas demasiado lejos. Daniel conocía bien el valor de una reputación como Dios manda. Mantenía las bocas cerradas, y mantenía a todos, a los «hoi polloi», como él los llamaba, en su sitio. Estaba convencido de que la reputación lo era todo; ya habría tiempo para escarceos cuando estuvieras bien instalado, y hasta entonces tenías que seguir forjándote una reputación, y que fuese importante. Los hermanos andaban ya por la treintena, así que había llegado el momento de conseguir

lo que querían. Había que dejarse de chorradas, de trabajar para otros, impedir que los tomaran por gilipollas a la izquierda, por el centro y a la derecha. Era hora de hacerse con lo que era suyo por derecho propio.

Daniel y Peter estaban empezando con los Lanson. El tío de Micky era un pez gordo de verdad metido en un estanque muy, muy pequeño. Tan pequeño, de hecho, que para los Bailey sería fácil meterse en él y quitárselo. Jed Lanson no tenía visión de futuro: seguía pensando que era lo bastante fuerte como para mantener bajo control lo que él mismo había creado. Para los Bailey el hecho de que aquel muchacho —el sobrino del propio Lanson— se sintiera tan confiado como para intentar desplumarlo era muy elocuente. Era hora de que Jed desapareciese. Primero, no obstante, había que ocuparse de corregir la falta de respeto que Micky L. había mostrado hacia su tío. Eran unas libertades jodidas y diabólicas, y para los hermanos Bailey eran el equivalente a una puta sublevación.

Daniel agarró un martillo de bola, hizo un gesto con la mandíbula a sus hombres y dijo enfadado:

—Sujetadle bien esa puta mano. Voy a darle una lección sobre la lealtad que no se le va a olvidar en mucho tiempo. Tendrías que saber perfectamente que la familia vale más que cualquier extraño, muchacho. Te cargaste a tu propio tío, al hermano de tu madre, tu propia carne y tu propia sangre. Eres un puto Judas en todos los sentidos de la palabra.

Daniel se quedó mirando cómo sus hombres ejecutaban su orden sin titubear. Micky forcejeó con ellos con todas sus fuerzas. Un martillo de bola producía ese efecto en las personas. Era un arma perfectamente legal que podías meterte en la bota sin tener que preocuparte una mierda de la pasma, al contrario que un machete o una escopeta, que con cualquiera de los dos podías verte metido en un lío de trena. En cambio un martillo era como un destornillador o un cincel —es decir, un arma legal para asuntos legales—, a pesar de que, puesto en malas manos, podía infligir serios daños personales. En *sus manos*, desde luego que sí.

Micky estaba sudando de miedo y Daniel le dirigió una sonrisa antes de guasearse un poco de él.

—Te pensaste que podías tomarnos por gilipollas, ¿eh? ¿Que podías llamar negrata a mi hermano y decirme a mí que yo le limpio el culo al negrata y que luego te dejaríamos irte de rositas?

Descargó el martillo sobre la mano del chico que tenían sujeta sobre el suelo de cemento. Todos pudieron oír el crujido de los huesos al hacerse añicos y ver la sangre salpicando en todas direcciones.

El dolor era insoportable, y Micky, al sentir que la bilis le subía desde el estómago, supo que se iba a desmayar. Por fin comprendió plenamente la enormidad de lo que le estaba sucediendo, tal y como pretendía Daniel Bailey. Le habían machacado seriamente la mano, y muy bien podía morirse en aquella fábrica asquerosa, en aquel suelo asqueroso.

Daniel meneó la cabeza y lo que percibió fue la alevosía del hombre que tenía delante.

—Miradlo, joder, miradlo. Desmayado como una puta nena. Sujetadle la cabeza, chicos. Cuando por fin decida volver en sí, le voy a arrancar los dientes al muy mamón. Se va a pasar unos cuantos años sin dirigir una puta sonrisa a nadie.

—¿Vas a dejar que salga de aquí? ¿En serio? —Uno de los del grupo soltó en voz bien alta lo que todos estaban pensando, incrédulos.

—¡Pues claro que voy a dejarlo salir! Este gilipollas es la razón por la que su tío va a venir detrás de nosotros. —Señaló con el dedo al hombre que estaba en el suelo —. *Esta* es la razón por la que su tío le va a meter bien metida esa fea cabezota suya en el cepo; ese tío que es un bastardo traidor. —Daniel volvió hacia donde estaba sentado su hermano—. Hoy en día parece que todos fueran unas jodidas monjas: un poco de dolor y se desmayan como vírgenes en una juerga de solteros.

Peter Bailey se echó a reír.

—No es la primera persona que me llama negrata, y tú ya lo sabes.

—Siempre me ha molestado más a mí que a ti, Peter, incluso cuando éramos unos críos. Pero si alguien te insulta *a ti*, me insulta *a mí*, o, para ir más al grano, insulta a *nuestra* madre. Pero tienes razón, esta vez no es más que otra excusa para putear a alguien. ¡Es un puto gilipollas! ¿Se piensa que va a poder timarnos? Es que no me lo puedo ni creer.

—Menuda osadía por la cara.

—Bueno, hermanito, hemos trabajado muy duro y mucho tiempo para conseguir esto, y esta noche recogeremos el fruto. Será como si aquellos putos coros de blancos y negros se hicieran con todo el este de Londres. Después de todo, es lo que andan llamándonos, por lo menos según ese marica.

Peter sonrió, enseñando aquellos dientes tan blancos y tan caros.

—A mí siempre me gustaron. ¿Te acuerdas de que cuando éramos unos críos nos poníamos a bailar claqué en el linóleo para imitarlos? A partir de esta noche vamos a bailar claqué por toda la vieja ciudad de Londres.

—Tienes toda la razón, Peter, joder, nos lo hemos ganado, joder.

—Bueno, después de este paquete, más nos vale estar preparados, porque no será demasiado fácil que las cosas rueden.

—Confío en que no —se rió Daniel—, porque, si no, ¡todo esto sería en vano! ¡Que se jodan! Tú y yo, hermanito, vamos juntos para arriba…

Un gruñido llegado desde el suelo interrumpió la conversación cuando Micky empezó a recuperar el sentido. Daniel sabía que tenía que estar sufriendo unos dolores tremendos y que no podía comprender por qué le estaba sucediendo aquello, pero dijo encantado y poniendo una voz exageradamente pija:

—¡Oh, Peter! ¡Me parece que por fin nuestro invitado vuelve a estar con nosotros! ¿Qué ha sido de mi buena educación?

Fue andando despacio hacia donde sus hombres sujetaban a Micky de rodillas,

miró a los ojos del joven y dijo en tono jovial:

—Espero que conozcas un buen dentista, hijo, porque vas a necesitarlo de veras, joder.

Y machacó la mandíbula del muchacho con un tremendo martillazo que se llevó la mayor parte de sus dientes. Luego lanzó el martillo sobre un banco que tenía al lado y dijo como quien no quiere la cosa:

—Dejadlo delante del negocio de su tío, justo a la puerta del pub. No queremos que la gente piense que no nos preocupamos por nuestros invitados, ¿verdad?

Capítulo dos

Lena Bailey siempre estaba preocupada por algo, formaba parte de su vida cotidiana. Pero esa noche era diferente. En lo más profundo de su corazón estaba convencida de que iba a suceder algo…, aunque no tenía ni idea de qué podría ser. Daniel estaba muy callado, pero la verdad era que ella nunca le preguntaba por los asuntos de sus negocios.

Tratando de quitarse las preocupaciones de la cabeza, Lena se volvió hacia su suegra y le sonrió.

—Theresa, eso huele estupendamente. Eres demasiado buena con nosotros.

Theresa Bailey era todavía una mujer de buen ver, con repuntes de la gran belleza de su juventud en los ojos y la sonrisa. Empezaba a transitar por la cincuentena, pero con un buen maquillaje y la luz adecuada, seguía aparentando cuarenta y pocos. Peter y Daniel estaban orgullosísimos de ella. Sus chicos la adoraban, para ellos era lo mejor del mundo, y así tenía que ser. Los había alumbrado contra pronóstico y los había criado y sacado adelante todavía más en contra de cualquier probabilidad. No se había casado nunca y conservaba el apellido de soltera; ninguno de los padres de sus hijos se había quedado mucho tiempo con ella después del nacimiento de los críos.

—Ah, siempre he sido buena cocinera —dijo encogiéndose de hombros y con buen humor—. Mi madre, que Dios tenga en su gloria, no me enseñó un carajo de la vida, pero sí que me enseñó a preparar todas las cosas buenas y sencillas de la cocina irlandesa.

Las dos se echaron a reír.

—Déjalo que se enfríe despacio, mañana estará buenísimo. ¡Y os servirá para que toda la panda pueda comer dos días!

Echó una ojeada al reloj de pared de la cocina; Lena se daba cuenta de que su suegra estaba tan preocupada como ella, porque si no ya andaría por el pub. Le gustaba ir por allí por la noche; tenía buenas amigas, jugaba al bingo y disfrutaba de la vida tal y como le venía. Había tenido a sus hijos en los años cuarenta, uno de un soldado jamaicano y el otro de un ratero del East End. Había criado a los dos ella sola, y se había montado más o menos la vida. Nunca había vuelto a Irlanda, su patria, porque comprendía que allí no iba a ser muy bien recibida, dadas las circunstancias. Pero seguía siendo una católica devota y adoraba a sus dos hijos, los quería con locura.

Theresa decía a menudo que la vida era para las personas que estaban dispuestas a vivirla, y ella la había vivido sin arrepentirse ni de un segundo de lo que había hecho. Tenía dos hijos muy guapos, y entre ambos le habían proporcionado nietos suficientes para mantenerla atareada hasta la vejez. Lena se preguntaba muchas veces a quién intentaba convencer Theresa, si a ella misma o a sus hijos. Su suegra no había tenido una vida fácil, y la respetaba mucho por cómo había criado a los dos chicos y la

maravillosa forma en que siempre se había puesto de su parte. Para ser sinceros, la vida no era una cosa fácil en aquellos tiempos, en esos tiempos. Theresa tenía dieciséis y dieciocho años cuando dio a luz a sus dos hijos. Su hermana, que le había rogado que se fuera a Inglaterra a hacerle compañía y ayudarla tras casarse con un soldado inglés, la había echado de casa cuando llegó el parto del primer niño, y después del segundo dejó definitivamente de hablarle. Pero la verdad era que ella nunca había permitido que nadie se enterase de si le importaba algo lo que pudieran pensar los demás. Lena comprendió por algunas cosas que oyó a Theresa que aquello le había dolido en lo más profundo, pero era demasiado orgullosa para permitir que la estrechez de miras de los demás le arruinara la vida. En consecuencia, había trabajado hasta dejarse la piel y les había dado a sus dos hijos todo lo mejor que tuvo a su alcance. Y ahora ellos dos intentaban compensarla asegurándose de que no le faltase de nada.

Tanto Lena como Ria, la mujer de Peter, la adoraban. Ria, al igual que la propia Theresa, se había enfrentado a los prejuicios para estar con Peter, aunque, al final, Ria había ganado la batalla y se había casado con él a pesar de que su padre nunca lo había aceptado. Para él verla casarse con un negro era una estupidez que solo podía ocasionar problemas. La madre de Ria había acabado por ceder y la visitaba a escondidas tantas veces como le era posible. Aun así, seguía siendo reacia a saludar a su yerno si se lo encontraba por la calle, e incluso a saludar a sus nietos. Por su parte, Ria había aprendido a disculpar los prejuicios de su madre. Así era el mundo. Pero para la familia Bailey el color no significaba nada, y cualquier prejuicio al que tuvieran que hacer frente solo servía para reforzarlos y unirlos todavía más.

Daniel, el marido de Lena, siempre se había reflejado en su hermano mayor, siempre habían estado unidos; en muchos aspectos era como si fuesen gemelos. Incluso a Daniel le dolía más que a Peter encontrarse gente con prejuicios raciales. Peter consideraba que era problema de ellos, no suyo; Daniel lo consideraba un menosprecio a todos ellos, a la familia completa. Se lo tomaba como un insulto personal a él y a su madre, y a Daniel Bailey no le gustaba que la gente les insultara, ni a él ni a los suyos. Theresa decía siempre que Daniel acabaría por ser el peor enemigo de sí mismo. Peter se sentía por encima de la mezquindad de la gente, mientras que Daniel se dejaba arrastrar hacia abajo y se ponía al nivel de ellos.

Lena comprendía los razonamientos de Theresa, pero como esposa de Daniel sabía también lo mucho que su marido quería a su hermano y cómo le dolía lo que decía la gente. Daniel idolatraba a Peter, y Peter a Daniel. Es verdad que desde el punto de vista de la personalidad, eran tan distintos como el agua y el aceite, pero los dos juntos formaban un equipo formidable.

—A ti también te lo parece, ¿verdad, Lena? Es como uno de esos días de verano tan húmedos, uno de esos que amenazan tormenta y en los que se puede cortar el aire con un cuchillo. Algo está pasando con los chicos y nosotras seremos las últimas en enterarnos, como siempre.

Lena asintió. En ocasiones se preguntaba si su suegra no sería vidente, porque muchas veces sabía exactamente qué era lo que pensabas. Pero sin embargo, al contrario que su suegra, Lena prefería no saber demasiado de los asuntos de negocios en que andaba su marido; por lo que a ella concernía, la ignorancia era una bendición.

Capítulo tres

Jed Lanson miró a su sobrino, un muchacho que, sinceramente, nunca había conseguido caerle realmente bien. Era demasiado parecido a su madre. Adelaida, la hermana de Jed, era una jodida perra, una miserable que, como su hijo, se metía con quien fuera a la menor oportunidad. Sin embargo, y dejando aparte animosidades, aquella era una puta oportunidad y no algo que pudiera tomarse a la ligera. Jed era un jefe reconocido, así que aquello solo podía ser obra de alguien que quisiera desafiarle. Y él tenía una idea bastante aproximada de quién podía ser.

Los putos Bailey. El problema era que, en lo más profundo, los Bailey le caían bien y los respetaba porque eran hombres decentes. Peter, desde luego, era hombre de palabra, y también un buen proveedor de fondos. A Daniel, en cambio, la cabeza se le calentaba con demasiada facilidad: tenía que ser Daniel el que había hecho aquello, era el especialista en dramas. El propio Jed se había aprovechado muchas veces de esa precisa cualidad y le había pagado generosamente por ello. Era como la BBC. Mucho drama, pero ninguna sustancia. Pero sí que sabía que tanto Daniel como Peter querían un poco más, claro; y ¿por qué no iban a quererlo?

Si aquel sobrino idiota hubiera controlado aquel impulso de regañarlos, humillarlos y, en resumen, sacarlos de quicio, Jed les habría dado cuartelillo, y más pronto que tarde. Ahora la cosa tendría que ser una jodida lección: tendría que asegurarse de que toda la gente que conocía se enterara de que no iba a consentir ningún tipo de insubordinación. Tendría que enfrentarse a dos de sus mejores proveedores de fondos por culpa de aquel inútil, incapaz de encontrar cinco libras de oro sin un mapa detallado y una vela metida por el culo… Qué injusto era todo. Pero Micky era de la familia, y si Jed se tragaba aquello, perdería la reputación, por completo.

—Mételo en un coche y llévatelo al hospital. Ha recibido una buena paliza, pero saldrá de esta. Si los Bailey lo hubieran querido muerto, creo que podríamos dar por hecho que lo estaría. Seguro.

Lo había dicho, por fin había soltado el nombre. Todo el mundo daba por supuesto quiénes eran los responsables, de modo que era una tontería tratar de fingir otra cosa.

Jed Lanson miró a su alrededor, vio las caras de sus fuerzas de trabajo —hombres de primera, leales a él—, pero vio también que se estaban acomodando, que estaban echando panza, que llevaban demasiado tiempo dándose a la buena vida. Siempre era un error volverse demasiado complacientes; después de todo, así era como había llegado él adonde estaba ahora. Reemplazando a la vieja guardia. Ya tendría que haberse largado diez años antes, retirarse cuando iba en cabeza. Pero era difícil, muy difícil, admitir que tu tiempo había pasado. Que era hora de dar un paso atrás y gozar de los frutos de tu trabajo. Pero claro, tampoco en eso era como los Bailey: él tenía tres hijas y ningún hijo al que instruir en esa *Vida*, la vida del hampa. Por eso el hijo

de su hermana se había creído el heredero por derecho. Por todo lo que había hecho por él; por todos, en honor a la verdad.

Miró otra vez a su alrededor, a los hombres con los que había crecido, con los que había trabajado todos aquellos años, y sonrió irónicamente para sus adentros. Tenía la sensación de que no les quedaba ni una oportunidad más. Los Bailey habrían calculado todo aquello hasta el último segundo. Aquel iba a ser un golpe bien planeado y bien ejecutado.

Suspiró profundamente. Veinte años antes, ellos eran la crema de la crema. Ahora eran más bien como los personajes de la serie *Dad's Army*, y él era el puto capitán Mainwaring, o sea, que eran todos unos fantasmas. Sabía, por puro instinto, que aquella noche no iba a terminar bien para ninguno de ellos. Y sobre todo para aquel bobo inútil de Micky. Iba a perder todo aquello por lo que había trabajado, y por culpa de un hombre que nunca le había gustado, al que incluso ni siquiera había respetado nunca. Era totalmente la puta vida que se cachondeaba de él.

Dos horas más tarde lo último que vio fue la cara de Daniel Bailey cuando Daniel Bailey le disparaba en el ojo derecho.

Capítulo cuatro

—¿Dónde has estado, Dan? Estaba muerta de preocupación.

Daniel Bailey sonrió con aquella sonrisa de pícaro que tanto había atraído a Lena hacía ya bastantes años. La verdad es que era extraño que incluso después de todo aquel tiempo y de haberle dado cuatro hijos bien robustos siguiera sintiendo por él la misma atracción que había sentido la primera vez que lo vio. Le había parecido un Rhett Butler todavía más atractivo que Clark Gable, más alto que la mayoría de los hombres, con abundante pelo negro y ojos de un azul profundo. Entonces se había quedado prendada de él, y todavía lo estaba en la actualidad.

Dan se metió en la cama junto a ella, la atrajo a sus brazos y le dijo, en voz baja:

—Estaba trabajando. Ya me conoces, Lena, para mí nunca habrá nadie más.

Era algo que ella sabía perfectamente. Si hubiera andado de picos pardos, alguien se lo habría soplado, porque así era su mundo. De todas formas, su marido insistía mucho en lo necesaria que era la fidelidad. La consideraba el mejor criterio para medir la decencia y la moralidad.

—¡Eso ya lo sé, Dan! Pero a veces me preocupas bastante. Si te pasase cualquier cosa… —dejó la frase en el aire.

Daniel Bailey sonrió en medio de la penumbra; había hecho bien escogiendo a Lena. Era una buena mujer, y todavía guapísima, además, con aquel abundante pelo castaño y aquellos dulces ojos verdes. Nunca le pedía *más* información de la precisa sobre su forma de vida ni tampoco sobre sus decisiones. Y él la respetaba lo bastante como para decirle con toda sinceridad: «Te lo juro, Lena, te lo juro por la vida de mi madre, no tienes *nada* de lo que preocuparte, cariño. Todo va perfectamente. La verdad es que todo marcha sobre ruedas».

La notó relajarse entre sus brazos, comprendió que había ahuyentado sus miedos y la abrazó estrechamente contra él. Cuando ella se dio la vuelta para dormir, él suspiró satisfecho. Jed Lanson había muerto bien, había sabido aceptar lo inevitable y comprendido que tendría que haber entregado a los hermanos Bailey lo que les debía antes de que se lo quitaran.

Se quedó allí tumbado, en la oscuridad, oyendo el reloj de la iglesia dar las horas una tras otra, planeando las próximas semanas. Los momentos posteriores al golpe serían los más duros, y tanto él como su hermano lo sabían bien. Quitarse del medio a los Lanson era la parte fácil; lo que les produciría verdaderos quebraderos de cabeza sería tener que esperar a ver quién saldría reptando entre el maderamen en busca de venganza. Y Lanson tenía un jefe. Y *ese* sí que era un tipo astuto, que había permitido que Lanson se colgase las medallas mientras él se llevaba la bolsa. Aquello iba a ser la parte más difícil del golpe y tendrían que planear el próximo movimiento con sumo cuidado.

Capítulo cinco

Peter Bailey llamó a la puerta de la casa de Kevin O'Neill a la cuatro y media de la mañana. Mientras esperaba a que su hombre le abriese, miró a su alrededor con auténtica admiración. O'Neill había dejado el East End, se había comprado una granja grande en Essex y se había reinventado a sí mismo como terrateniente de toda la vida.

Jed Lanson había sido un simple portavoz, el portavoz de los O'Neill. Y ahora que Lanson estaba completamente fuera del juego, Peter Bailey estaba decidido a asegurarse de que Kevin O'Neill supiese perfectamente cuál era su sitio en el gran entramado de las cosas. Se palpó el bolsillo para asegurarse de que el afilado cúter que se había llevado seguía allí. No le había dicho nada a Daniel de aquella visita porque quería acabar el asunto lo más deprisa posible y porque tenía una cuenta muy personal contra O'Neill.

Kevin abrió la puerta con una sonrisa genuina y actitud caballeresca. O'Neill era un hombre que conocía la importancia del cambio, y, por lo que a él concernía, le importaba un carajo quién se trabajara la capital para él mientras le llegase a casa su porción. Se alegró de que fuera Peter Bailey el que hubiera ido a comunicarle la mala nueva. Por lo menos Peter tenía fama de hacer las cosas en silencio y con tranquilidad, no como su hermano Daniel. Daniel era una *prima donna* de proporciones olímpicas y por ese motivo Kevin solía utilizar con más frecuencia sus servicios para trabajos como aquel. Ahora empezaba a darse cuenta de que había subestimado al más peligroso de los hermanos Bailey.

—Ah. Bien, esperaba que vinieras en cualquier momento. Pasa.

Peter entró en la casa, impresionado a su pesar por el enorme tamaño y opulencia de lo que le rodeaba. Aquello sí que era buena vida, y él también quería tener un poco de eso. Sentado en lo que parecía ser un despacho, esperó a que O'Neill sirviera una copa para cada uno y luego le dijo en tono tranquilo:

—Los hemos quitado a todos del medio, Kevin; pero seguro que tú ya lo sabías.

Kevin contempló al enorme negro que tenía delante. Tuvo que admitir que sería un oponente formidable… Tanto él como su hermano eran un par de adversarios bien jodidos, los más jodidos con los que se había encontrado, para ser sincero.

—Ya lo había oído, sí.

—Me parece que no lo pillas del todo, ¿sabes? —sonrió Peter.

Kevin O'Neill se rió, medio impresionado por el descaro del tipo pero consciente también de que era necesario bajarle un poco los humos, y mejor cuanto antes.

—¿Pero tú de qué vas, Peter? No puede importarme menos quién se patea mi acera, me da igual que seas tú, que sea el jodido de Jed Lanson o ese otro jodido, el Charlie de King Street. Mientras mi nombre se mantenga al margen, todo eso me importa un rábano. Esta noche tú has podido dar un giro porque Lanson se estaba haciendo viejo. Yo ya andaba buscando un equipo más joven y más competitivo, con

más hambre, y si tú y ese retrasado de tu hermano hubierais esperado unas pocas semanas os habría ofrecido el puesto en bandeja.

Peter alzó una ceja con escepticismo.

—Nunca oí nada que sonase ni remotamente a eso, y eso que yo lo oigo todo, puedes creerme, tío, joder —dijo.

Se bebió el brandy y puso con cuidado su vaso sobre la repisa de la chimenea sin dejar de mirar fijamente a O'Neill. Durante un tiempo lo había admirado, hacía ya muchas lunas, cuando los dos eran mucho más jóvenes; pero ahora lo veía tal y como había llegado a ser.

—¿Sabes qué eres, Kevin? —continuó—. Una puta sanguijuela. Has estado chupando de todo el mundo desde el primer día, vives de la buena reputación que te echaste ya ni se sabe cuándo, joder. Estamos en los setenta, colega, y nadie se va a quitar el sombrero delante de ti porque una vez liquidaste a alguien. Todo eso está más que pasado. Ahora eres un primo, ni más ni menos. Ahora hay un nuevo orden. Podías haber seguido cinco años más si hubieras sabido usar esa jodida mollera tuya. Pero no tienes ni una pizca de inteligencia. Eres un jodido idiota.

Kevin O'Neill se quedó mirando al hombre que había tenido la audacia de entrar en su casa e insultarle. Meneó la cabeza sin poder creérselo y dijo en tono tranquilo, aunque en ese momento la ira subía a borbotones hacia la superficie:

—Negro estúpido de mierda. Estaba dispuesto a tragarme ese puto comportamiento insultante que tienes porque creía que tú y tu hermano merecíais que os prestase cierto interés. Pero ¡joder!, tú entras aquí como si fueras alguien importante y tienes los huevos de hablarme como si *yo* fuera un imbécil; ¿y piensas que voy a tragar como si fuera el puto Lanson? Bueno, pues eso ni lo sueñes.

—Ya me esperaba que no —dijo Peter, serio.

Entonces sacó el cúter y dio un tajo a O'Neill a la altura de la boca que le desgarró toda la cara de oreja a oreja. Lo desfiguró de la peor manera posible, dejándolo imposibilitado para decir ni una palabra. Era el peor insulto que hubiera podido sufrir, y ambos lo comprendieron.

—No va a venir nadie en tu ayuda, colega…, me temo que ya hemos desactivado a tus muchachitos. Hace horas que abandonaron el barco que se hunde. Y una última cosa antes de que te rebane del todo como es debido. No se te ocurra volver a llamar a mi hermano puto retrasado mental. Vale más que cien como tú.

Peter Bailey se tomó su tiempo y se aseguró de que Kevin O'Neill seguía vivo cuando por fin lo dejó solo. Quería que se muriera despacio, que se muriera sabiendo exactamente quién lo había matado, y por qué. Echó una mirada por la habitación, fijándose en todo. Más tarde avisaría a sus hombres para que limpiaran.

Mientras conducía su coche camino de su casa, vio salir el sol y se sonrió para sus adentros. Hoy amanecía una nueva era y los jóvenes Bailey iban a estar exactamente donde se merecían estar.

Capítulo seis

—¿Todo bien, mamá?

Theresa asintió con una sonrisa. Peter, su hijo mayor, era tan parecido a su padre… De hecho se maravillaba de lo poco que habían heredado de ella sus dos chicos.

—Estoy muy bien, hijo. Me han dicho que vosotros dos habéis estado muy ocupados.

—Oh, no te preocupes, mamá, ¡ya sabes que nuestro Peter es hombre de pocas palabras! —Daniel entró en la cocina de su madre detrás de su hermano.

Todavía estaba atónito tras enterarse de que Peter había ido a por O'Neill él solo. Lo admiraba por ser capaz de hacerlo, pero, puestos a ser realmente sinceros, todavía estaba exasperado por el tema. Estaba cabreado por no haber podido asistir en persona al momento del triunfo. Se temía que Peter siempre le iba a llevar una cierta ventaja, ya que era conocido por ajustar sus cuentas más bien a hurtadillas. Puede que eso fuera bueno para ellos como equipo, pero Daniel se sentía un tanto resentido porque eso le daba a su hermano un prestigio superior al suyo, una cierta ventaja, si se quiere. Porque eran hermanos y también eran *socios*.

Así que Daniel sacó a su hermano al jardín trasero de la planta baja de su madre decidido a soltárselo, pero Peter levantó una mano.

—Tenía que resolver las cosas con ese tipo, Dan, era una cuestión personal que había que zanjar.

Daniel miró a su hermano directamente a los ojos castaño oscuro y dijo sinceramente:

—Pero íbamos a hacerlo juntos, Pete, y espero que en el futuro las cosas sean así.

—Ya lo sé, hermanito —asintió Peter, contrito—, pero fueron muchas las veces que me dio de lado por verte a ti. Los dos sabemos por qué lo hacía. Bueno, pues ya no tendré que aguantarlo más. No pienso ser nunca más el segundo violín *de nadie*, joder.

Daniel asintió, comprendiendo a su hermano como siempre lo había comprendido.

—Es más que justo, pero en el futuro o hacemos esas cosas los dos juntos o nos lo advertimos el uno al otro antes de hacer algún movimiento. Hemos luchado mucho tiempo y muy duro para estar donde estamos, y la única forma de mantenernos en lo más alto es trabajando juntos.

—Ya lo sé, colega, y te pido perdón. Ya sé que *tú* no ves el color de mi piel, pero los demás sí.

Daniel suspiró profundamente.

—¡Y a quién le importa lo que vean o lo que piensen! —dijo—. Somos nosotros dos contra ellos. Como siempre ha sido, hermano.

Peter asintió en silencio.

—No me gustó que fueras allí tú solo, Pete, que no llevases un equipo. Kevin O'Neill era un cabrón escurridizo. Podría haber pasado cualquier cosa. Tú y yo somos un equipo y siempre lo hemos sido, desde que éramos niños.

Peter tenía lágrimas en los ojos al mirar a su hermano, a su propia sangre.

—Ahora ya estamos ahí, ya estamos donde queríamos estar. Todo es nuestro, Dan. Podemos quedarnos con lo que queramos.

Todos los que habían trabajado alguna vez para Kevin habían jurado lealtad a los Bailey y se alegraban de haberlo hecho. ¿Por qué tenía alguien que sentirse molesto? Y, yendo más al grano, resultaba que todos los antiguos jefes se habían largado hacía tiempo, los habían enchironado o se habían ido a vivir a España. No era una decisión difícil: los Bailey eran formidables y nadie tenía ganas de buscarles las cosquillas. ¿Para qué? No eran de la clase de gente que quieres tener como enemigos.

Los hermanos Bailey se abrazaron mientras su madre los contemplaba desde las contraventanas y sonreía. Siempre les había dicho que lo único que importaba eran ellos; los había criado para que estuvieran siempre más unidos de lo que la mayoría de otros hermanos podían esperar estarlo nunca, y se alegraba de ver que después de tantos años seguían estando tan próximos el uno del otro como cuando eran niños. Estaba orgullosa de sus hijos, y sabía que siempre cuidarían el uno del otro. También sabía que eran unos cabrones peligrosos, y eso también le parecía muy bien. Era plenamente consciente de que aquellos hijos suyos no iban a ser nunca unos vulgares oficinistas.

Capítulo siete

—¿Es verdad que estás embarazada? —Ria Bailey estaba excitadísima con su amiga y cuñada—. Qué noticia más fabulosa, Lena. ¡Confío en que sea una niña!

Lena tenía una sonrisa de oreja a oreja. Se quedó asombrada cuando le dijeron que estaba embarazada, pero ahora que se lo habían confirmado confiaba ciegamente en que fuera una niña. Ya tenía cuatro chicos. Danny, el mayor, de dieciséis años, y su hermano Davey, de quince, que era la sombra de su hermano mayor, estaban siempre juntos. Noel y Jamsie, de doce y de once, habían sido como sus bebés hasta hacía nada.

—Yo también lo espero, sería muy bonito tener otra mujer en la casa. Bueno, eso tú lo sabes mejor que yo, tú tienes una hija.

—Es la puñetera verdad —se rió Ria encantada—, pero te aviso desde ahora, Lena, las niñas son una delicia de pequeñas, pero en cuanto llegan a la adolescencia ya puedes prepararte para el día a día, créeme. Pero, aparte de eso, siguen mereciendo la pena, ¡hasta el último puto detalle hormonal!

—Bueno, sabiendo la suerte que tengo, me temo que será otro chico. Lo contrario me lo creeré cuando la vea.

Ria sirvió el té en dos tazas de porcelana cara. A Ria le gustaban las cosas hermosas y se rodeaba siempre de lo mejor que se podía comprar con dinero. A Lena también le gustaban las *cosas* bonitas, pero, al contrario que Ria, siempre se sentía obligada a ahorrar. Todavía tenía demasiado reciente el recuerdo de la pobreza, y le aterraba volver a verse en esas condiciones. Había veces que hasta se odiaba a sí misma por eso, aunque otras se felicitaba por su moderación. El contrapeso de la vida del hampa era que tanto podías tener siete años de vacas flacas como siete de vacas gordas. Ella ya sabía lo que era ser pobre de verdad, y por nada del mundo querría aquello para sus hijos. Ria, por su parte, vivía el momento, y eso era algo que Lena le envidiaba de verdad.

Las dos tenían unas casas estupendas, pero Lena sabía que Ria lo compraba todo de muy buena calidad, cosas con las que siempre podría recuperar el dinero: sillas que parecían sacadas de un mercadillo parroquial pero que eran auténticas antigüedades que Ria restauraba, algunas veces a un coste más alto de lo que Lena estaba dispuesta a pagar por un flamante tresillo nuevo, y que le quedaban fantásticas. Ria tenía lo que su suegra calificaba de «muy buen ojo», y aunque muchas veces Lena se echaba para atrás al ver lo mucho que Ria estaba dispuesta a gastarse en un solo mueble, no había podido dejar de ir adquiriendo un cierto conocimiento de las antigüedades. Ria era así, te arrastraba a su mundo y le agradecías que te dejara entrar a formar parte de él. Con su pelo rubio brillante y sus vivarachos ojos azules era una auténtica explosión de vida y tenía una gran capacidad para hacerte creer, al menos durante unas horas, que tú también lo eras.

Lena se había criado en unas viviendas de protección oficial de Hackney. Su padre y su madre eran personas encantadoras, pero nunca habían tenido ni la menor ambición, ni para ellos ni para su única hija, y Lena sentía un cierto resentimiento por ello. A su alrededor vivían familias numerosas hacinadas en unas pocas habitaciones, y había visto a aquella gente apretarse el cinturón y hacer economías para procurar que a sus hijos les fuese mejor. Pero su padre y su madre, no; ni una sola vez le habían preguntado qué quería hacer con su vida o qué sueños tenía. La vestían y alimentaban, pero ni una sola vez hablaron de verdad con ella.

Y lo que de verdad anhelaba era tener seguridad, que se ocuparan de ella, formar parte de una verdadera familia, una familia que cuidase de los suyos y no estuviera siempre rodeada de otra gente. Cuando conoció a Daniel Bailey, fue como si el propio Jesucristo hubiera bajado de la cruz y respondido a sus plegarias. A los quince años Daniel le había hecho perder la cabeza y desde ese día lo había amado, lo había querido con una pasión y una fuerza que nadie habría pensado nunca que ella podría sentir. Daniel la adoraba a ella exactamente igual, y cuando llegaron los niños Lena sintió en lo más profundo que todos sus sueños se habían hecho realidad: ya tenía la vida de familia que siempre, siempre había anhelado. El único punto negro por el que, siendo sincera consigo misma, Lena sufría era por la falta de estabilidad. Nunca hacía más preguntas de la cuenta sobre el modo de vida de su marido ni sobre la procedencia del dinero. No era tan ingenua como para pensar que todo era legal, pero se mostraba partidaria del principio de que lo que no sabes no puede hacerte mucho daño. Eso no significaba que no tuviera miedo de que algún día el dinero se esfumase, y por consiguiente había decidido que, si desaparecía por cualquier motivo, las reservas guardadas serían suficientes para capear cualquier temporal. Ria no creía que su modo de vida fuera a terminarse jamás, pero Lena, en cambio, vivía aterrorizada por la posibilidad de que eso sucediese algún día. Odiaba dar la impresión de que no se fiaba de su marido, así que nunca expresaba sus miedos en voz alta…, se limitaba a tener bien guardado su tesoro y a rezar para que todo fuera bien.

Capítulo ocho

Imelda Bailey contempló su imagen en el espejo y quedó muy satisfecha con lo que veía. Con dieciocho años, era una chica alta, esbelta y con pechos firmes, y se sabía atractiva. Sabía también que a su padre no le había entusiasmado gran cosa su reciente matrimonio con Delroy Parkes. Delroy había sido su novio intermitente durante cuatro años… y hasta ella misma admitía que lo había sido más veces de la cuenta. Pero, con todo y eso, le quería, y estaba convencida de que él la quería a ella. Todavía era muy joven, pero sabía que Delroy sería el amor de su vida. Era triste pensarlo, pero también sabía que Delroy era un hombre de esos que siempre necesitan más de una mujer… y que ahí residía la causa de la mayor parte de sus broncas. Pero la chica había decidido que ella sería siempre su «chica número uno», como él la llamaba, así que podría aguantarlo, porque el hecho de que se hubiera casado con ella demostraba *algo*. Sabía de todos modos que para ella sería imposible vivir sin él. También sabía que el muchacho se cagaba de miedo ante su padre y su hermano, así que si alguna vez había que zarandearlo un poco, ella tenía fuerza más que suficiente para hacerlo. Dijera lo que dijese su familia, había sido incapaz de controlar sus sentimientos hacia él. Era un jamaicano de piel muy oscura y hablaba con el tono cantarín de los jamaicanos. El chico tenía todo lo que ella quería de un hombre, y en el terreno sexual era increíble… aunque *eso* no pensaba contárselo nunca a nadie, desde luego. ¡Su padre le daría una buena a Delroy si se pensase que el chico se había tomado demasiadas libertades con ella antes de ponerle un anillo en el dedo!

Ahora por fin estaban ya casados y Delroy había conseguido un trabajo en la puerta de uno de los clubes de Brixton. Ella ya sabía que a su padre eso no le iba a impresionar gran cosa, pero sabía también que, ahora que formaba parte de la familia, se daría cuenta del potencial que Delroy atesoraba como cobrador de impagados o cualquier cosa de ese tipo. Delroy era un chico grande, un chico muy grande en muchos y diferentes aspectos. Una vez estuviese ya trabajando para la familia, ella estaría en condiciones de dirigirlo mucho mejor; al fin y al cabo, entonces ya formaría parte de la tripulación, ¿no?

Suspiró de felicidad, y cuando se dirigía al encuentro de Delroy, rogó a Dios que les concediera una buena vida a ambos. Que les concediera disfrutar de felicidad y les diera a ambos la oportunidad de hacer algo de provecho, de tener una vida que mereciera la pena vivir. Esa noche iban a reunirse con la familia en su pub para celebrar la gran noticia de la tía Lena. Y deseó de todo corazón que esa noche Delroy Parkes, el amor de su vida, no se emborrachase o colocase ni jodiese la marrana de ningún otro modo.

Y dos horas más tarde, en el taxi que los llevaba hacia el pub, seguía rogando por lo mismo.

Capítulo nueve

—¡Oh, Lena, qué gran noticia! ¡Ojalá que esta vez sea una niña!

Peter besó a su cuñada en ambas mejillas y la estrechó con fuerza contra sí. Le tenía cariño de verdad, y sabía que tanto ella como Daniel estaban emocionados ante la perspectiva de un nuevo hijo. Él, en cambio, personalmente no tenía ningunas ganas de volver a pasar aquello, ni su Ria tampoco. Después de Imelda, habían tenido tres chicos: Peter Junior, o Petey, como lo llamaban, Liam y Jack. Jack tenía ya trece años, así que los tiempos de criar a un bebé quedaban muy atrás. Pero ahora no eran ellos, así que se sentía feliz por su hermano y su cuñada.

—¡Qué suerte tenéis los dos, ¿eh?, a estas alturas! ¡Casi estoy hasta celoso!

—¡No seas mentiroso! ¡Ria y tú preferiríais cagar un balón de rugby que pasar por otro embarazo! ¡Pero Daniel y yo estamos emocionados! —Lena estaba radiante.

Peter se echó a reír.

—Tengo que admitir que en estos momentos a mí no me haría demasiada ilusión. Pero como os conozco a los dos, sé que esto es justo lo que necesitabais.

—Estoy muy contenta, Pete —suspiró Lena—. Claro que me quedé un poco sorprendida, pero tú ya me conoces, Dios es bueno.

—Bueno, ya veremos lo bueno que es Dios. Esta noche Imelda traerá a su recién estrenado marido. Y si tengo que serte sincero, sigo pensando que es un gandul de primera, pero, como Ria no deja de señalar, no se trata de lo que nosotros pensamos o queremos para ella, sino de lo que ella quiere. Yo lo que quiero es que mi niñita sea feliz, aunque no creo que lo vaya a ser mucho con esa marioneta.

—¡Apostaría a que el padre de Ria dijo lo mismo de ti! —sonrió Lena.

Ante eso Peter Bailey se echó a reír con una risa profunda que le subía desde el vientre y que hizo que todos los del pub mirasen en su dirección.

—¡Me parece que el padre de Ria lo único que vio de mí fue mi color! Soy muy oscuro, incluso para un mulato, pero me parece a mí que su padre y su madre, en cuanto se dieron cuenta de que no habría manera de hacerla cambiar de idea, lo único que buscaban era librarse de ella. Y fue una suerte, porque así la conseguí.

—Cierto, pero también fue una suerte para nosotros, ¿eh? Hemos hecho mucho camino y hemos criado a nuestras familias juntos. Hemos tenido mucha suerte. Espera, ahí llega tu madre como una Diana Dors de los pobres. Hay que concederle que se mantiene muy bien. Voy a saludarla.

Peter sonrió para mostrar su acuerdo mientras Lena se alejaba. Theresa siempre había cuidado de sí misma. La verdad es que era una pena, porque si él hubiera sido blanco probablemente ahora ya estaría casada. A las mujeres guapas los hombres les pasan por alto muchas cosas, y la verdad es que en sus tiempos ella había sido una auténtica belleza, pero *aquello* nadie lo había pasado por alto.

La entrada de Imelda interrumpió sus pensamientos; estaba preciosa, la condenada, y en opinión de Peter demasiado para aquel rasta que llevaba del brazo.

Delroy tenía muchas cosas que demostrar para ganarse la confianza de Peter y esa noche descubrirían si se la merecía.

—Entonces, ¿tú qué piensas, Peter? —Daniel se unió a su hermano y le pasó un vaso lleno tras leerle fácilmente el pensamiento.

Peter se encogió de hombros.

—Veamos si es que ha venido por nosotros, ¿vale? —dijo—. A ver si podemos fiarnos de él.

Captó la atención de Delroy y le levantó una ceja especulativamente. Y Delroy, que sabía exactamente lo que se le pedía, le dirigió un saludo con la cabeza.

—Bueno, bueno, al parecer, hermanito, nuestro problemilla con Jonny Bryant ha sido resuelto estupendamente y de verdad. —Era evidente que Daniel estaba impresionado—. ¿Ahora le darás un respiro?

—Sigo sin fiarme de él, Dan. Es un jodido vago, un chuleta jamaicano; mucha sonrisa y poco morder.

Daniel Bailey meneó la cabeza con gesto triste. Aquella faceta de su hermano le incomodaba. Daniel veía a Delroy como un activo en potencia para la familia, pero Peter se sentía un tanto ofendido y eso le fastidiaba.

—Es un buen tío, joder, nos ha quitado del medio al puto Bryant, y, sé justo, pedirle que hiciera eso era casi un insulto. Pero lo hizo. Sabía que lo estabas probando y ha salido muy airoso. Tu problema es que no te gusta ver a tu hija con un hombre, con ningún hombre. Bueno, pues eso iba a tener que pasar alguna vez, sobre todo con una chica tan guapa como ella. Joder, Peter, ya es toda una mujer. Supéralo. Ha escogido a Delroy, y a mí me gusta. A todos los de la banda les parece un buen tío, es un buen currante. Y necesitamos tener al lado a otro tío que valga la pena hasta que nuestros hijos estén lo bastante crecidos como para ocuparse de los negocios. De todas formas, te guste o no te guste, ahora ya es sangre de tu sangre. Imelda tendrá hijos con él y esos niños serán tus nietos. —Daniel se puso a reír con fuerza—. Es el ciclo de la vida, Peter. Dale una oportunidad, joder. El tío ya le ha puesto el anillo en el dedo. Todos estábamos delante, ¿te acuerdas? ¡Si hasta tuvo que tragar con la ceremonia católica! A ti no sé lo que te parecerá eso, pero a mí me suena a compromiso total. Si no te andas con cuidado acabarás por echarlo, y eso significa que ella se irá con él. Está loca por ese chico y, por lo que veo, también él por ella. Concédele el beneficio de la duda, ¿vale?

—Ya sé que tienes razón, pero una hija es diferente que un hijo, Dan. Si ese bebé es una niña, entenderás a qué me refiero. Créeme, una hija te hace ver a los hombres como realmente somos, te hace ver al mujeriego con el que antes nos reíamos como a un enemigo, al amigo que tenía una amante o echaba un polvo de una noche como a un cabrón desleal. Las hijas hacen que te mires por dentro, que mires dentro de ti mismo, y que no te guste lo que ves. Es algo completamente diferente que tener un hijo. Cuando te ponen a una hija en los brazos, sientes una necesidad de proteger que raya en la paranoia.

Daniel asintió para mostrar su comprensión.

—Me lo puedo imaginar, yo también siento lo mismo con Imelda. A mi propia manera, claro está. Pero me temo que si no aceptas a Delroy, acabarás perdiéndola.

Peter sabía que lo que su hermano le decía era muy razonable. Delroy ya se estaba haciendo un nombre, un buen nombre, y eso podía serles útil a todos; y desde luego hasta que Peter, su chico mayor, y Danny tuvieran edad suficiente para incorporarse al negocio familiar.

Pero al margen de toda esa lógica, Delroy le irritaba: reconocía a un puto chulo inútil en cuanto lo veía. Puede que hasta ahora hubiera sido fiel a Imelda, pero Peter tenía la impresión clarísima de que aquello no era más que una farsa. Delroy tenía más caras que un puto tetraedro. Y se odiaba a sí mismo por pensar lo que pensaba, pero no podía evitarlo. Su hija, su niñita, valía más que Delroy Parkes, y si ella no lo sabía, entonces su puta obligación de padre era hacérselo entender.

Capítulo diez

Delroy Parkes se portaba de modo irreprochable. Sabía que estaba en libertad vigilada, y vigilada nada menos que por su suegro. Sabía que lo habían utilizado, pero eso no le preocupaba demasiado: él había querido demostrar que valía y lo había hecho. Había visto la mirada de escepticismo en el rostro de Peter Bailey cuando había pedido, como quien no quiere la cosa, que fuera su yerno el que se ocupase de liquidar a Jonny Bryant. Bueno, pues lo había hecho, y así había demostrado tener credenciales propias.

Delroy se había sentido ofendido cuando lo recibieron en la familia Bailey; al fin y al cabo, su propio suegro era también negro; habría sido capaz de entender la animosidad de aquel hombre si hubiera sido un blanco con una hija blanca.

Delroy estaba completamente decidido a construir una vida para él, para Imelda y para sus hijos: una buena vida, una vida que fuera digna de ellos. Se mostró dispuesto a quitarles del medio a Bryant para así mejorar las relaciones con su suegro, pero no soportaba la idea de haber sido utilizado y de que Peter Bailey tuviera tan mal concepto de él. Estaba decidido a demostrarle a aquel mamón que era un hombre por derecho propio. Tenía un plan, y confiaba en que el padre de su esposa entendiera la lógica en que se basaba, y que tenía pleno sentido de cara al negocio. Y si no lo entendía… entonces habría llegado la hora de que Delroy pusiera en marcha sus propios asuntos.

Capítulo once

Daniel Bailey era un hombre feliz. Sabía que era un ganador: tenía lo que quería en más de un sentido.

Su sensación era, sin embargo, que aquellos días su Lena era menos feliz. Tal vez fueran las hormonas de su embarazo, que la volvían más nerviosa de lo normal. Daniel sabía lo del dinero que ella atesoraba; siempre había tenido un dinero guardado, y a él le parecía bien, comprendía que la hacía sentirse segura. Sabía también dónde estaba el dinero, cosa que, por lo que a él respectaba, era todo lo que había que saber. La verdad es que estaba impresionado de lo mucho que había podido arramplar y esconder, y se daba cuenta de lo importante que era para ella pensar que esa parte de su vida estaba bajo su propio control. El dinero salía de la llamada «administración del hogar», y aunque vivieran a lo grande, él sabía que todavía podían vivir mucho más a lo grande de lo que lo hacían.

Le concedía a Lena toda esa libertad de acción porque él no siempre era todo lo sincero con ella que debería. Pero Daniel también se daba perfecta cuenta de que no era una mujer capaz de enfrentarse a la realidad de su situación en la vida. Y ahora que los chicos ya iban siendo mayores, se daba cuenta de que ella comprendía que nunca iban a ser unos simples contables ni unos pulcros oficinistas. Nunca iban a ser otra cosa que lo que eran: Baileys. Y, en cuanto tales, siempre formarían parte de la empresa.

Comprendía sus miedos. Si por lo que fuera a él lo atrapaba la pasma, ella se sentiría mucho mejor si no necesitaba depender de otras personas para salir adelante. Tenía dinero guardado por todas partes, y a él le encantaba ver que estaba decidida a cuidar no solo de ella misma, sino también de los chicos. No consideraba que aquello de atesorar dinero fuera un insulto, que significase que no se fiaba de él, porque sabía perfectamente que ella sí que se fiaba de él, y hasta la muerte. Pero venía de una familia que no era partidaria de reservar unos pocos fondos para los malos tiempos. Se acordó de los padres de Lena y de que, después del primer encuentro, él había dado gracias a Dios porque su madre fuera la mujer que era. Vilipendiada por su manera de vivir y por tener dos hijos ilegítimos, aquella mujer había sido capaz de trabajar hasta pelarse los nudillos. La verdad es que resultaba muy extraño que sus dos hijos hubieran elegido entrar en el hampa, porque a lo largo de sus vidas habían sido testigos de cómo su madre trabajaba siempre en oficios de verdad, pagaba impuestos y nunca jamás le había reclamado un penique al estado.

Theresa siempre les había inculcado a sus hijos la idea de que dejar que otras personas trabajaran para mantenerte a ti o a los tuyos no estaba bien, que eso era para los inútiles de este mundo. Los subsidios estaban bien para ir tirando mientras pasabas una mala racha, hasta que podías encontrar otro trabajo, pero se suponía que nunca tenían que convertirse en una forma de vivir. Todos sabían que Theresa podía tener hasta tres o cuatro trabajos a la vez si le hacían falta para llegar a fin de mes.

Peter y Daniel habían sido unos buenos chicos, la policía nunca había acudido a buscarlos a su casa ni se habían visto envueltos en nada que le causara problemas a su madre. Habían sido lo bastante listos como para no verse implicados en los delitos menores y sin mucha importancia que abundaban por la barriada en la que vivían. En cambio habían observado y estudiado, se habían preocupado de no involucrarse nunca en nada sin haberse asegurado antes bien del tema. No estaban por la labor de avergonzar a su madre, lo mismo que no lo estaban de avergonzarse de sí mismos. Aunque los dos se habían mojado y hasta zambullido para llevar dinero a casa, a ninguno de los dos lo habían pillado nunca.

Pero imaginaban, y con razón, que su madre sabía mucho más sobre sus chicos y sobre su forma de vivir de lo que les dejaba entrever. Siempre había dicho que si vas a meterte a trincar cosas, hazlo a lo grande, y nunca trinques a los tuyos. Y aceptaba lo que sus chicos hacían lo mismo que siempre los había aceptado a ellos.

Capítulo doce

—¿Estás bien, mamá? —A Davey Bailey se le notaba la preocupación en la cara. Su madre tenía muy mal aspecto, estaba muy pálida y no mostraba ni rastro de su energía habitual.

—Estoy embarazada, hijo, y eso suele dejarte bastante agotada.

Le dirigió una sonrisa, pero a él no le convenció gran cosa.

—¿Papá ha vuelto?

—No —le contestó negando con la cabeza—. Hoy volverá tarde, y no le digas que me encuentro medio mal. Bastantes cosas tiene ya en la cabeza.

Davey asintió, pero se sintió enfadado con su padre. Debería estar allí, pero al parecer últimamente siempre estaba fuera con algún «trabajo». Respiró hondo.

—Anda, mamá, siéntate. Te preparo una taza de té. Ojalá hubiera sabido antes que te encontrabas así.

Lena volvió a sentarse y se sonrió en silencio para sus adentros. Ninguno de sus hijos había cuestionado en absoluto su estado. ¿Y por qué habían de hacerlo? Ellos eran varones, simplemente, así que ninguno de los dos entendía bien qué era eso del embarazo y qué suponía. Y ella no había querido cargarles con ese peso; pero para ser sincera, la verdad era que no se encontraba demasiado bien. Eran todas aquellas preocupaciones. Sabía que su marido y el hermano de su marido andaban metidos en algún asunto importante, y eso siempre la ponía un tanto nerviosa.

Al depositar la taza de té delante de ella, Davey regañó mentalmente a su padre una vez más. ¿Dónde andaba? ¿Y dónde andaba la jodida de su abuela? Normalmente nunca estaba muy lejos de la puta entrada.

—El bebé está dando patadas, Davey. Mira, toca. —Lena tomó la mano de su hijo y se la puso sobre el vientre hinchado. Vio que la sorpresa se le pintaba en la cara y sintió la fuerza de la criatura dentro de ella.

—¡Debe de ser otro chico, mami! Todo un futbolista, ¿no crees?

—Tú fuiste el verdadero futbolista de la familia, Davey —le dijo con una sonrisa —. Me tenías despierta noche tras noche.

Davey miró a su madre, vio su vientre abultado y su cara blanca y cansada. Vio la delgadez de sus brazos y la hinchazón de los tobillos. Y de pronto se dio cuenta de que también por él habría sufrido todas aquellas incomodidades, por él y por cada uno de sus hermanos. Notó el amor que la mujer sentía por ellos, y comprendió, a pesar de su juventud, que todos ellos lo habían dado por descontado. Comprendió también los sufrimientos que de verdad suponía tener hijos. Su madre era estoica y nunca se quejaba a pesar de llevar dentro un ser humano vivo, un ser humano que respiraba. El milagro del nacimiento de un niño le impactó de lleno, como si le atropellara un tren de mercancías.

Le puso otra vez las manos sobre el vientre y el niño volvió a dar una patada, una fuerte patada que hizo que su madre hiciese una mueca de dolor pero que a él le

ablandó el corazón ante aquel bebé que estaba allí dentro.

—Es asombroso, mami. Ahí dentro tienes una persona de verdad. ¡Te está creciendo una persona de verdad!

Lena sonrió, feliz.

—Ya he tenido otros cuatro antes, a vosotros. De verdad te lo digo, Davey, no creas que es una faena pesada. He disfrutado de cada uno de mis embarazos. Es solo que hoy me encuentro un poco más cansada de lo normal. ¡Ya no soy tan joven como antes!

—Te diré qué haremos, mamá; ¿quieres que pasemos la velada aquí los dos juntos, tú y yo solos?

Entonces Lena se rió con ganas.

—¡Debo de tener una pinta espantosa, Davey! La verdad, hijo, estoy bien. No hace falta que me hagas de niñera.

—Que no te preocupes, mamá, no me importa nada quedarme contigo.

Lena sonrió. No se hacía ilusiones respecto a que sus hijos no fueran a seguir la senda de su padre y se convirtiesen en hampones, pero de momento tenía decidido aprovechar al máximo el tiempo que pudiera pasar con ellos. Habría deseado que las cosas fueran de otra manera, pero su Daniel habría trazado el camino de todos, incluida ella.

Se acarició el vientre y se juró que, niño o niña, aquel pequeño nunca formaría parte del mundo que habitaba su marido y al que sus hijos se unirían llegado el día. A pesar de lo mucho que los quería, estaba decidida a que aquel nuevo niño no formase parte de su mundo. Daniel había educado a los chicos para que estuviesen con él; habían de estar a su lado, seguirlo, y ella nunca había puesto en cuestión ese tema. Pero conforme se iban haciendo hombres hechos y derechos, sin embargo, la realidad empezaba a imponérsele.

Daniel introduciría a los chicos en la vida del hampa, y confiaba en que formarían parte de ella. La verdad es que no tendrían elección. Pero ¿qué sería de sus vidas si los agarraban? La idea de tener a sus encantadores chicos encerrados durante años y años la torturaba. Al contrario que Ria, que estaba conforme con los caminos que habían elegido sus hijos, Lena no quería aquello para los suyos. No quería que fuesen unos delincuentes. En el fondo, odiaba no haber tenido ni la menor oportunidad de decir algo respecto de sus vidas.

Confió en que aquella intensa preocupación desapareciese con sus hormonas, porque no le gustaba nada sentirse como se sentía. Había vivido toda su vida de casada con la secreta ansiedad de que su marido pudiera sufrir un golpe, pero su marido y sus hijos eran cosas diferentes. La sola idea de pensar que a sus hijos pudieran meterlos presos era puro anatema. Una mujer a la que conocía desde hacía años acababa de ver cómo condenaban a su hijo a algo que equivalía a una cadena perpetua. Robaba bancos. Era un chico muy agradable, pero lo habían pillado con las armas y el dinero. La Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta lo había

llevado ante el Old Bailey, el tribunal penal, y allí lo habían tratado peor que a un puto asesino. Habían puesto escolta policial al furgón en que lo llevaban para que pareciera mucho más peligroso de lo que en realidad era. El jurado lo había visto, y antes de que hubieran oído una palabra de lo que se dijo en la sala del juicio, la impresión de que era un tipo peligroso quedó más que asentada. Le colocaron una pena de dieciocho años, ¡que no le habría caído ni aunque hubiera violado y matado a alguien!

Pero los tribunales de aquel país solo se preocupaban por el dinero y la propiedad. Si abrías un periódico, podías comprobar a diario que los delincuentes sexuales salían libres de todo. En las salas de audiencia interrogaban y hacía careos a las chicas sobre su vida sexual como si las juzgaran a ellas en vez de al guarro que las había violado. E incluso aunque consideraran culpable al hombre, no le caería una condena muy grande, de cuatro a siete años por arruinarle la vida a una pobre muchacha. Pero como robases una oficina de correos, te enchironaban para los restos. Era un escándalo. Dieciocho años por un robo significaba que pasarían por lo menos catorce antes de que te dieran la condicional. Habría sido mejor matar a alguien, porque entonces saldrías al cabo de siete.

Todo aquello había dejado desconcertada a Lena Bailey: a nadie de su entorno le había caído nunca una sentencia de verdad, un palo tan gordo. Catorce años era una cantidad de tiempo muy seria en la vida de un hombre joven, y realmente le había impactado pensar que en cualquier momento lo mismo podría pasarle a cualquiera de *sus* hijos. De golpe vio ante sus ojos y con toda crudeza la vida a la que podían aspirar si hacían lo que Daniel tenía previsto para ellos, y aquello la dejó muy preocupada.

Tenía que asegurarse de que aquel niño nunca llegara a tener nada que ver con la vida del hampa. *Aquella* criatura crecería alejada de todo ese mundo; ella se aseguraría bien de que por lo menos uno de ellos gozara de la oportunidad de escapar de ese mundo. Su mayor esperanza era que mese una niña, porque sabía que un niño sería mucho más difícil de mantener bajo control, que vería a sus hermanos y querría tener lo que ellos tenían.

Suspiró.

—Davey, ¿me haces un favor, hijo?

—Claro que sí, mami, ¿qué quieres?

—¿Puedes telefonear a tu tía Ria y a la abuela? Y luego ¿podrías localizar a tu padre? Acabo de romper aguas.

Davey Bailey se puso más blanco que el papel.

—¿Estás segura? —tartamudeó.

Lena se echó a reír.

—Estoy segura, hijo.

Capítulo trece

¡Es una niña, Pete!

Daniel acababa de llamar a casa para contactar con Lena y le habían dado la noticia.

Peter Bailey se sintió realmente contento por su hermano; sabía que aquella vez deseaba una niña, tanto por Lena como por sí mismo. Ria tenía una hija, y eso le satisfacía. En su mundo los hijos eran la mejor munición de los padres… y siempre estaban de su parte. Si eran fuertes, grandes y guapos, tanto mejor. Siete chicos entre Daniel y él hacían de los Bailey una familia formidable. Peter y Daniel contaban el tiempo que faltaba para poder meter a sus hijos en el negocio, para introducirlos adecuadamente en la vida del hampa.

Daniel ya estaba otra vez dentro el coche e iban a toda velocidad por la M1 en dirección a Londres. Había ido a Liverpool para sellar un acuerdo que cimentaría sus posiciones en Londres y les garantizaría que ya nadie más tendría la oportunidad de aliarse con la gente del norte sin que ellos fuesen los primeros en saberlo.

—¡Estuve muy avispado telefoneando! La cría llegó prontito. Lena piensa llamarla Tania. Y no te lo vas a creer, Pete: ¡Davey estaba allí cuando nació! Ayudó a traerla al mundo. ¡Mucho mejor él que yo, joder!

Peter sonrió.

—Pobre Davey —dijo—. ¡Suficiente para apartarle de las mujeres para toda la vida! Bueno, volvamos y conozcamos a esa nueva hija tuya.

Daniel negó con la cabeza.

—No, quiero acabar lo que empezamos, seguiremos el plan original. Iremos a ver a Alfie Clarke y arreglaremos las cosas de una vez por todas.

Si él anda dándoles quebraderos de cabeza a nuestros amigos del norte, tenemos que demostrar una voluntad firme, ¿no crees? Porque, si no, lo que hagamos será un ejercicio inútil.

Peter suspiró, pero mostró su acuerdo asintiendo en silencio. Daniel estaba un tanto excitado, decidido a dejar su sello, a montar otra bronca para alimentar la leyenda de la que se hablase en los años venideros, y todo para apaciguar a los norteños. En cierto sentido comprendía el tema, pero se preguntaba cómo era posible que le diera más importancia que al nacimiento de su única hija. Pero es que desde que se habían hecho con los mandos, lo cierto es que Daniel había hecho crecer realmente su propia reputación. Ahora era como si representaran los papeles del poli bueno y el poli malo: Peter era el que iba de equilibrado, de la voz de la razón, mientras que Daniel era el exaltado, el que le daba miedo a la gente. La cosa les funcionaba, tal y como había funcionado siempre, pero Peter tenía la sensación de que ahora que todos los ojos estaban puestos en ellos, Daniel debería moderar un pelín su nivel de violencia, o por lo menos dejar de hacer demostraciones en público.

Pocas semanas antes Daniel le había roto una rodilla a alguien que les debía un

dinero. Peter consideraba que a ellos ya no les correspondía realizar ese tipo de tareas, que ya estaban por encima de eso, y que ese tipo de trabajos tenían que encargárselos a los hombres que trabajaban para ellos. Tal y como siempre decía su madre: ¿Para qué tener un perro si el que ladra eres tú?

Pero a Daniel le parecía que eso era lo que les mantenía en lo más alto, lo que hacía que la gente se percatase de que ellos seguían completamente involucrados y sabían muy bien lo que se cocía. Y no tenía en cuenta que si alguna vez le trincaban, acabarían poniéndole a buen recaudo por un tiempo que no diferiría mucho del que le caería a un matón cualquiera del barrio al que juzgasen por lo mismo. Es más, llamarían la atención toda clase de pasmarotes, desde los polis de la Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta hasta los de series de la tele como *Los Sweeney*, además de cualesquiera otras fuerzas especiales de reciente creación en las que de momento aún no habría podido infiltrarse nadie.

Era un mundo nuevo, así que tenían que descubrir el modo de sobrevivir en él sanos y salvos. Ya no estábamos en los años sesenta, y la policía había empezado de pronto a comportarse como si supiera lo que estaba haciendo. Los periódicos ya no pintaban el mundo del hampa con ningún glamur, la princesa Margarita tampoco confraternizaba con ellos —o por lo menos no en público— y los gemelos Kray eran el recuerdo de un mundo ya lejano. Por aquellos días la prensa sensacionalista se hacía algunas preguntas, quería saber por qué no se enchironaba a ciertas personas. Las primeras páginas de los periódicos dominicales exigían saber por qué había cierta gente que seguía en la calle a pesar de que era casi totalmente seguro que sus ganancias tenían una procedencia ilícita, y por lo general atesoraban ingresos de tipo inmoral. Le resultaba sorprendente que esa prensa que sacaba beneficios de los escándalos sexuales protagonizados por clérigos y políticos tuviera la cara dura de hablar de gente cuyas ganancias, en su opinión, eran inmorales, pero así eran las cosas. Aquel era el nuevo mundo, el nuevo orden.

Y por eso creía llegado el momento de que hombres como ellos mantuviesen un perfil bajo, pero no podía o no quería aceptar eso como una pura circunstancia de la vida. Desde que se habían convertido en los nuevos capos, parecía más decidido que nunca a ser conocido, a ser alabado… a ser temido. Y a Peter le parecía un error: deberían estar contentos simplemente de que toda la gente de su mundillo supiera perfectamente cuál era su rango. Para él, personalmente, los de fuera no significaban nada, y tampoco tenían por qué significar nada para Daniel. ¿Qué cojones pretendía demostrar? Si no se andaban con cuidado, acabarían por arrestarles y, como los Kray, estarían acabados antes incluso de haber logrado poner todo aquello en marcha, realmente en marcha. Y la verdad, habían trabajado muy duro para conseguirlo. Peter no iba a quedarse sentado y permitir que su hermano lo destruyera todo antes incluso de haber empezado.

Peter se daba cuenta de cómo evolucionaba el mundo, se daba cuenta de que aquellos tiempos eran peligrosos para la gente como ellos. Era evidente que tenían

suficientes negocios legales como para poder explicar su ritmo de vida, pero no había razón para dedicarse a atraer la atención más de la cuenta como personas, como personalidades. Ya tenían suficientes credenciales, no necesitaban más. Por añadidura, si rebajaban el nivel de violencia, de manera que sólo quienes vivían en su mismo mundo supieran de su existencia, estaba convencido de que lograrían mejorar mucho su imagen. Los tiempos estaban cambiando; en esos días la gente era mucho más consciente del concepto que tenían de ella los demás, la bofia disponía de más medios; así que ¿por qué hacerles el juego? ¿Por qué ponerte en evidencia cuando podías deshacerte de tus enemigos con toda calma y tranquilidad, un mínimo de ruido y un máximo de terror? Que una persona desapareciera sin más, y nunca se volviese a saber de ella a Peter le parecía un final mucho más siniestro que un disparo en un aparcamiento o una buena paliza en un sitio público. Lo que quería era tomar posesión de la Ciudad de un modo discreto, no hacer una puta reedición de *Solo ante el peligro*. Sabía, por puro instinto, que cuanto más bajo el perfil, mayor la ganancia. Los días de irrumpir en un local blandiendo una recortada o de romperle las rodillas a algún enemigo delante de toda la clientela de un pub hacía mucho que se habían acabado. Creía con toda firmeza que aquellos eran los tiempos de las ausencias silenciosas, de los «desaparecidos en combate»; en esos días nadie procuraba atraer demasiado la atención sobre sí mismo si no era necesario. E incluso en esos casos empleabas a otro para que te hiciera el trabajo sucio, asegurándote de que cuando se llevase a cabo la maniobra estabas fuera de casa con al menos cincuenta personas que, en el caso de que las cosas se torcieran y te llevasen ante los tribunales, pudieran jurar tan contentos que en ese momento estabas haciéndoles compañía.

Era preciso que Daniel se lo metiese bien en la cabeza, y, después de reunirse con Alfie, Peter pensaba asegurarse de que, en efecto, Daniel lo había entendido así y que, si no se andaba con cuidado, sus actos acabarían provocando su desaparición. Su hermano ya le estaba encabronando, poniéndole nervioso, arriesgando todo aquello en lo que tanto habían trabajado para conseguir, pero en fin, eso no era nada nuevo; siempre había llevado las cosas al extremo: formaba parte de su, digamos, jodido encanto. Mientras que Peter era la voz de la razón, Daniel era la voz del caos más absoluto. Disfrutaba con el dramatismo de la pelea, nunca tenía en cuenta que cuanta más gente supiera en lo que anclaban, más jodidas posibilidades había de que los pillasen.

Ni siquiera el nacimiento de su hija había desgastado un milímetro la superficie de su arrogancia; seguía demasiado involucrado en lo que consideraba su cruzada personal para barrer del mapa a la competencia. Peter no podía evitar preguntarse cuándo esa cruzada les incluiría también a él y a su gente. Daniel no era hombre que se tomase con calma las críticas, y de momento Peter no paraba de criticarlo a todas horas.

Daniel continuó con su partitura:

—Quiero estar presente cuando le digamos lo que hay. Creo que tú no entiendes

lo importante que es para nosotros mostrar un frente unido, Pete. Parece como si pensaras que esto ya está zanjado.

—Y lo está, Dan —dijo con un profundo suspiro—. A ver si te espabilas, colega. Hemos conseguido lo que nos propusimos, así que ya podemos jugar a ser buenos chicos. Que tú te comportes como *Un hombre llamado caballo* no va a consolidar más nuestra reputación. Tranquilízate, ¿vale? Ya no necesitaremos emplear una violencia desatada, Dan. Alfie nos hace ganar una buena pasta, mantengámoslo de reserva.

Daniel se sentía molesto con la interferencia de su hermano, y eso a pesar de que comprendía que ahí tenía razón.

—¿Qué coño estás tratando de decirme, hermanote?

Peter se tragó la rabia y lo que hizo fue decir en tono razonable:

—Lo que intento decir, Dan, es que ya no necesitamos para nada esas tácticas de chicos malos. Hasta ahora hemos arreglado todos los asuntos perfectamente bien. Hace falta que establezcamos un nuevo orden, una nueva manera de manejar las cosas. Tienes que comprender que quitarse del medio a alguien a las primeras de cambio solo nos traerá problemas. Recelos y desconfianzas. Hemos trabajado mucho y muy duro para tener lo que tenemos, así que, te lo pido, no hagas que todo se vaya al carajo generando malos rollos. Ya no tenemos necesidad de demostrar nada. Hemos llegado a la meta, colega. Deja que sean otros los que se la jueguen; *nosotros* tenemos que encargarnos de supervisarlo todo. Asegurarnos de que todo juega a nuestro favor.

—Así que ¿te parece muy bien hacer cosas por tu propia cuenta pero no que las haga yo? ¿Esa es la historia? —Seguía estando molesto con su hermano por haberse deshecho de Kevin O'Neill a sus espaldas, y Peter lo sabía perfectamente.

Sonrió y levantó las manos, en broma, como si se rindiese.

—De acuerdo, en eso tienes razón, Dan. Pero no se trata de ahora, se trata del futuro. Siempre hemos sido muy distintos a la hora de enfocar el trabajo, y hasta el momento eso ha sido uno de nuestros puntos fuertes.

Nadie sabe cómo tratarnos, ni por separado ni, mucho menos, si vamos juntos. Somos como la velocidad y el tocino, pero ahora tenemos que trabajar juntos como es debido y mantener un perfil muy bajo. —Peter podía ver el escepticismo que se pintaba en el rostro de su hermano y le cabreó que no se percatase del peligro que su violencia y su estrechez de miras suponían para la vida cotidiana de ambos.

—Tú crees que lo sabes todo, Pete, siempre lo has creído, desde que éramos unos críos. Y eso me gusta de ti, pero lo que no puedes es quedarte ahí sentado como si fueras el puto arcángel Gabriel anunciando tus buenas nuevas a estas alturas del partido. Todo esto lo hemos conseguido yendo de frente y eso es lo que nos mantiene en la brecha. Acuérdate bien de eso.

Entonces Peter meneó la cabeza. Había dejado al resto del equipo en un pub para poder estar seguro de que aquella conversación la tendrían ellos dos a solas. Estaba

seguro de que Daniel le discutiría aquello, y desde todos los ángulos posibles. Daniel siempre actuaba primero y se lo pensaba todo después. Mientras fueron subiendo peldaños hacia la meta no había habido ningún problema. Pero ahora, sin embargo, necesitaban dar un pasito atrás. Mantener un perfil bajo durante una temporada. En resumen, que tenían que esperar a ver cómo era recibido su nuevo estatus por parte del pueblo en general.

Daniel parecía pensar que no encontrarían ninguna oposición. Pues bien, la cosa no era así. Habían pisado más de algún callo, y aunque seguían convencidos de que eran lo bastante fuertes y duros para llevar a cabo el trabajo que tenían entre manos, no les haría ningún daño esperar un poco a ver si se producía algún intento de represalia.

—Todavía no sabemos cómo puede acabar esto, Dan. Hemos hecho todo lo que podíamos, pero no por eso hemos dejado de joder a un montón de gente. Creo que debemos dar un paso atrás y ver qué nos depara el futuro. Alfie nos reporta una buena pasta, y, por chuleta que sea, tiene sus virtudes. Lo único que digo es que debemos escuchar qué nos ofrece.

Daniel Bailey miró a su hermano a los ojos; en cierto modo, lo sentía por él, porque Peter, en la medida de lo posible, siempre pensaba lo mejor de todo el mundo; eso lo había heredado de su madre. También pensaba que las cosas que hacía a escondidas no contaban. Pero sí que contaban.

Últimamente Peter andaba paranoico. Desde que habían hecho aquel movimiento, parecía convencido de que los iban a trincar. Daniel se preguntaba cómo iba a convencer a su hermano para que pensara lo mismo que él. Consideraba que sus próximos movimientos serían esenciales para conquistar Londres y los condados de alrededor. Daniel consideraba que tenían que ponerse a agitar las jaulas de cuantos anduvieran en su órbita para hacerles comprender lo peligrosos que eran, mientras que Peter prefería que fueran de puntillas, como unos putos rateros, escaladores… lo más rastrero de lo rastrero dentro de lo que era su mundo.

Daniel pensaba que lo que tenían que hacer era librarse por completo de la vieja guardia y sustituirla por su propia gente. No lograba entender qué lógica había en mantener a tus órdenes a gente que había trabajado con las personas a las que habían aniquilado, y así lo hacía saber.

—Por lo que más quieras, joder, si no se fían de nosotros, Pete, nos consideran sus putos enemigos. No dejan de pensar qué coño les iremos a hacer.

—*Exacto* —sonrió Peter—. Y nosotros podemos trabajar con ellos. Están dispuestos a trabajar con cualquiera que dirija el cotarro, Dan. Podemos convertirlo en una oportunidad para reclutar a más trabajadores de los de verdad. A los mejores matones y a esos putos guaperas ya los tenemos. Así que tenemos que concentrarnos en los que dan pasta de verdad. Y asegurarnos bien de que si trabajan, trabajan para *nosotros*. A ellos les importa una mierda a quién tienen que rendir cuentas con tal de llevarse su dinero, el que les toca. Acuérdate, Dan, nosotros éramos iguales,

trabajábamos con cualquiera que nos garantizase una paga. Ya sé que tienes un jodido problema con Alfie, pero tú tienes problemas con todo el mundo, y yo quiero a Alfie en nuestra nómina. Es un cabrón muy astuto, huele unas buenas ganancias hasta dormido. La gente como él escasea, y mucho.

Daniel sabía que su hermano no estaba diciendo ninguna bobada. Pero Alfie nunca había sido uno de sus favoritos. Miraba por encima del hombro a todo el mundo.

En última instancia, sin embargo, Daniel llevaba una agenda distinta de la de Peter. Él siempre había contemplado su posible ascenso a lo más alto como una oportunidad para cobrarse viejas deudas, insultos, tomaduras de pelo, y, más concretamente, se había visto a sí mismo devolviéndoselo todo a quien fuera públicamente y en el ruedo, se había imaginado a sí mismo vengándose de ciertos tipos delante de un público elegido por sí mismo. Era plenamente consciente de que su inclinación por la rabia más mezquina y su capacidad para recordar un agravio no conducían al mundo que su hermano quería que habitasen juntos. No tenía que dejar que las cosas le afectaran tanto como lo hacían, pero así era su manera de ser.

Peter, al que quería mucho, era más que capaz de pasar por alto los desaires sufridos por su color. En muchos aspectos, y en lo concerniente a ese tema, Peter era el más sensato. Daniel, en cambio, se tomaba cualquiera de esos desaires, fueran dirigidos a él o a su hermano, como algo que exigía una *vendetta* personal. Todo lo consideraba —sin importar lo insignificante que fuera— una razón para demostrar lo duro que era y dejar constancia de su disgusto personal a todos aquellos bastardos traidores que le rodeaban. Y disfrutaba con ello. Le *gustaba* hacer ver a la gente que no era un tipo con el que se pudiera andar jugando, y *quería* que esa gente le tuviera miedo. Aun así, no dejaba de ver lo sensatas que eran las palabras de su hermano, sabía que Peter intentaba controlar las cosas al menos hasta que estuvieran convenientemente asentados. Así que, por esta vez, tragaría; al fin y al cabo, si Alfie Clarke jugaba con su suerte más de lo razonable, el riesgo era cosa suya. Entonces Daniel lo liquidaría como a un perro rabioso.

—Vale, Peter, pero si dice una puta cosa más negativa contra mí, o se atreve a tratarme como a un jodido mamón, pasará a ser puta historia.

Contra aquello Peter no tenía nada que argumentar…, ya era más de lo que se esperaba.

—Vamos a recoger a los chicos y luego a encontrarnos con ellos.

—Como tú quieras, hermanito. Pero te digo desde ya que también nosotros *necesitamos* establecernos como es debido, y en más de un sentido. Tú y yo necesitamos que todos vean que somos gente capaz de *cualquier cosa*. Y reconozcámoslo, Peter, la verdad es que *lo somos*. Recuerdo alguno de los números que hemos montado en todos estos años. Pero ahora te juro que nadie va a faltar nunca al respeto ni a mí ni a los míos. No me he dejado los cojones trabajando para que nadie venga a tomarme por un puto imbécil. Eso, nadie.

Peter asintió en silencio; no quería hablar porque no se fiaba de lo que pudiera decir. Ya *estaban* más que establecidos, y no comprendía cómo era posible que Daniel no se diera cuenta. Ya no tenían que demostrarle nada a nadie. Pero se guardó las palabras y confió en que, contra toda esperanza, Alfie Clarke tuviera el buen juicio de mantener la boca cerrada y guardarse para sí los comentarios sarcásticos que se le vinieran a la cabeza.

Capítulo catorce

—Es una preciosidad, Lena. Una verdadera monada. —La voz de Ria sonaba ahogada por la emoción—. Tres kilos doscientos y con un mes de adelanto. ¿Seguro que no llevabas mal las cuentas?

Lena sonrió débilmente.

—No, nació antes de tiempo. Como una verdadera mujer, no fuera a ser que se perdiera algo. Los chicos en cambio son unos cabrones perezosos. Todos los míos nacieron tarde; demasiado bien instalados en el útero, no querían salir hasta que empezara la temporada del fútbol.

Rieron las dos al unísono.

—¡Apuesto a que a tu Davey por poco le da un ataque! ¿Es verdad que casi tuvo que sacar él a la criatura?

Lena meneó la cabeza como si casi no pudiera creer lo que había pasado.

—¡Dios le bendiga! Rompí aguas y le dije que fuera a buscarte a ti y a su abuela y que localizara a su padre, por ese orden, y antes de que me diese cuenta la pequeñina estaba aquí. A los quince minutos de romper aguas ya había salido. Fue todo muy rápido. Davey tuvo que verlo todo, al pobre se le vino el mundo encima. Pero se portó como un buen soldado, Ria, y cuidó de mí.

Lena nunca olvidaría el susto que se le había pintado en la cara al ver a su hermanita deslizarse para venir a este mundo. Era una mezcla de asombro y asco. El chico no tenía más que quince años, así que el misterio del nacimiento todavía le resultaba algo tan completamente ajeno como hacerse por sí solo un casco para protegerse la cabeza. Pero, para ser justos, se había portado muy bien, había hecho todo lo que le pidieron que hiciera, y sin que se le oyera ni la más mínima protesta.

Con su nueva hermanita en brazos, Lena había podido ver la mirada de puro amor que había en los ojos del chico, y había visto también la naturalidad con la que abrazaba al bebé contra su pecho. En aquel momento, el muchacho se había hecho mayor. Después de otros cuatro hijos, era el primero que Daniel sostenía en brazos con aquella confianza. Davey la había mirado con lágrimas en los ojos y había dicho en un susurro:

—Es un milagro, mamá. —Se le veía completamente desbordado.

Lena se alegró de saber que uno de sus chicos tenía un corazón latiendo dentro. Estaba preocupada por la posibilidad de que sus hijos hubieran heredado únicamente las peores características de su padre: la tendencia a lo dramático, aquella ira siempre a flor de piel, la agresividad que algunas veces emanaba. Pero ahora sabía, e inconscientemente se bendijo a sí misma y dio gracias a Dios y a la Virgen Santísima por ello, que al menos Davey tenía la misma gran capacidad de amar que su padre.

Para ella fue una revelación, y sintió que una gran calma la invadía. Sabía que los chicos eran de Daniel, que serían plenamente suyos desde el mismo momento en que pudieran seguir sus pasos. No los tendría bajo sus alas más que hasta ese momento.

Desde luego que la querían, eso ya lo sabía, pero todos idolatraban a su padre. Danny Junior era un buen muchacho, pero, igual que su padre, era capaz de ejercer una gran violencia, y además ya era tan fuerte como un toro. Su Davey había demostrado hoy que era capaz de emocionarse, y mucho, pero ella era perfectamente consciente de que eso podía acabar traduciéndose en odio e ira además de en amor. Noel y Jamsie todavía no eran más que unos muchachitos, y seguirían a los mayores por el camino por el que ellos les condujeran. Ya tenían las hechuras de hombres duros, eso lo llevaban en los genes. Oh, sí, sus cuatro hijos, los cuatro, sí, serían hombres hechos y derechos… Su marido se aseguraría de que así fuera. Y ella no podía hacer nada por impedirlo.

Pero ahora Lena tenía una hija, y esa sería toda *suya*. Ya procuraría ella que la chica no llegara a formar ni la más mínima parte del mundo masculino, y Daniel no lograría tener ni el menor poder sobre la vida de su niñita.

Ria observó a su cuñada, vio cómo miraba a la niña y supo con toda exactitud lo que estaba pensando, porque ella también había pasado por eso. Es cierto que en su mundo las hijas pertenecían completamente a las madres, pero ella había descubierto, con el paso de los años, que, al contrario que los chicos, las niñas crecían mucho más deprisa. Eran más difíciles de sujetar, y un buen día se enamoraban, y si aquella pequeñina iba a parecerse en algo a su Imelda, también ella querría un hombre que fuera su padre y sus hermanos personificados. Y *ahí* era donde empezaban las verdaderas preocupaciones. Pero Ria se guardó sus consejos para sí: después de todo Lena tenía muchísimo tiempo para descubrir aquellas cosas por sí misma.

—¿Ya tienes pensado un nombre, Lena?

—Tania —asintió Lena—. Me parece que esta pequeñina tiene cara de llamarse Tania.

Ria sonrió.

—Con ese pelo y esos ojos irlandeses, nuestra Tania va a ser toda una belleza. Se parece a su abuela, ¿no te parece?

Las dos sonrieron al ver a Theresa Bailey entrar en la habitación: se la veía emocionada y preocupada al mismo tiempo.

—¡No me lo puedo creer, Lena! —llegó diciendo—. Estaba en el pub cuando vinieron a avisarme. Déjame que la mire bien mirada.

Lena le pasó el bebé a su suegra y se quedó mirando con felicidad cómo la mujer tomaba en brazos a la criatura y se la acomodaba en el ángulo del codo con manos más que expertas.

Theresa se quedó un buen rato contemplando al bebé y luego, como contestando a una pregunta, dijo en tono suave:

—No hay duda de que es una Bailey, de los ojos a las manos. Tiene las manos de mi madre… con los dedos largos. Tocará el piano, ya lo veréis, y conocerá el amor.

Lena y Ria no dijeron ni palabra. Sabían que Theresa echaba tantísimo de menos a su madre y a su hermana que seguía llevando el dolor en el alma. Pero ellas le

habían dado la espalda, y no solo a ella, sino que se la habían dado también a sus dos hijos, y eso…, eso era algo que nunca podría —que nunca *querría*— olvidar.

—¡Será un buen consuelo para ti cuando seas vieja! Eso es lo que las ancianas irlandesas con sus chales solían decir de los niños que les llegaban a las madres tardías, sobre todo si eran niñas. Oh, que Dios la bendiga, ¡es que es una preciosidad!

Lena volvió a acomodarse entre sus almohadas y suspiró, feliz. La niña sería exactamente eso: un consuelo para los años venideros. Ahora tenía treinta y tres años, y por fin le había llegado la niña que siempre había querido tener. Se preguntó cuándo aparecería Daniel para conocer a su única hija, pero se dio cuenta de que vendría tan pronto como pudiera. Hasta entonces, haría lo que siempre había hecho: esperar pacientemente a tenerlo a su lado.

Pero, conforme pasaba el tiempo, Lena empezaba a sentirse inquieta. ¿Dónde estaba su marido? Seguro que ya sabía que había dado a luz, seguro que ya sabía que había tenido una hija, y debería estar allí junto a ellas. Tendría que haber acudido inmediatamente, y sabía que tanto su suegra como Ria pensaban lo mismo, a pesar de que ninguna de las dos lo hubiera dicho; al menos no lo habían dicho delante de ella.

Contempló las manos diminutas de su hijita, con los puñitos cerrados, miró su carita en forma de corazón, vio las largas pestañas que algún día atraerían a un hombre y sintió crecer el pánico en su interior.

Respiró tan hondo como pudo, sabiendo como sabía que tenía que detener aquellos sentimientos antes de que le fuese imposible controlarlos. Tenía que tragárselos igual que se había tragado otros parecidos en el pasado. Tenía que resistir, tenía que mostrar al mundo su cara más valiente. Tenía que reunir todas sus fuerzas, porque aquella pequeña criatura iba a necesitar que fuera muy fuerte. Pero mientras luchaba contra el terror que se iba acumulando en su pecho, notó en su interior los primeros estremecimientos de malestar. Daniel la había descuidado, y mucho. Como siempre, tenía cosas más importantes en la cabeza. Siempre había algo más importante que su esposa y su familia. Y hasta ahora, hasta ese mismo segundo, en el fondo nunca lo había admitido.

Estrechó a su hija contra sí con tanta fuerza que la niña se echó a llorar, y mientras reconfortaba a la pequeña se preguntó si alguna vez podría volver a estar en paz consigo misma.

Capítulo quince

Alfie Clarke era un tipo feo, pero con una personalidad muy divertida; como decía su madre, era capaz de hacer reír a un gato. Ese era su secreto, y no solo con las mujeres —con las que tenía el buen sentido de gastarse su dinero además de concederles su más absoluta atención—, sino también con los hombres que tuviera alrededor. Siempre estaba sonriente, siempre estaba de buen humor.

Y desde el nacimiento de su único hijo —Alfie Junior— dieciocho meses antes, estaba de un humor especialmente fantástico. Quería a aquella criatura con toda su alma. Nadie habría pensado nunca que pudiera sentir lo que sentía por su hijo, y el que menos el propio Alfie. La madre del niño, Annette, era una chica joven con la que se había juntado hacía dos años, una chica guapa, con un cuerpo impresionante y la personalidad de una lechuga. Justamente su tipo: ni la más mínima conversación. Pero era virgen, hecho que le había chocado y excitado muchísimo al mismo tiempo. La verdad es que le gustaba mucho; era como un perrito: tocaba un timbre y llegaba corriendo. Nunca había oído ni una palabra acerca de que la chica hubiera podido estar con otro hombre, y tampoco frecuentaba los clubes. La había conocido en una de sus primeras salidas por la ciudad con motivo del cumpleaños de una amiga; de no ser así nunca hubiera podido poner los ojos en ella, ni ella en él. Lo que le gustó de ella es que estaba más verde que la mismísima hierba, y todavía le había gustado más que no fuera una parlanchina. Annette esperaba que fuera *él* quien llevase la conversación, y después de pasarse años con chicas de Essex y del East End que podían hablar y hablar sin parar como unas descosidas aquello le resultó una novedad. Así que había seguido viéndose con ella.

Cuando la chica le dijo que estaba embarazada, él se lo tomó con mucho escepticismo, por no decir algo más fuerte. Pero había preguntado por ahí y, para ser justos, nadie había podido decirle nada malo de la joven. Así que había ido a verla como debía, había cuidado de ella, y cuando nació el niño se había quedado asombrado de los sentimientos que aquella criatura había despertado en él. Era como un doble suyo, en todos los sentidos. Si ponías las fotos de cuando él era pequeño al lado del bebé, no había ninguna diferencia. Era asombroso. Era un bebé bastante feo, como lo había sido él, pero eso a Alfie no le importaba.

Por primera vez en su vida había entendido lo que significaba la familia. Lo que significaba la sangre. Se había mirado en los ojos de aquel niño y había visto el futuro, su futuro, había visto su nombre heredado por otra generación, y se había visto obligado a darle su apellido. Y a darle una casa a la madre de la criatura. Había descubierto que en algún lugar en su interior vivía un tipo como es debido.

Alfie se daba cuenta de que aquel niño lo hacía vulnerable: ahora, en su vida, había alguien que le importaba más que sí mismo. Descubrió además que Annette también le importaba, algo que nunca se habría esperado. La chica tenía diecinueve años y había nacido para ser madre; era una mamaíta realmente estupenda. Lo único

que le interesaba eran su hijito y él. Puede que fuera más burra que un arado, pero sabía muy bien cuáles eran sus prioridades. Y él aquello lo respetaba, y de ningún modo iba a permitir que su hijo se alejara de él. Ahora Annette era *suya* y nunca sería capaz de marcharse de su lado. Antes la vería muerta.

Alfie era un buen hombre de negocios: sabía cómo obtener beneficios con facilidad y con el mínimo alboroto. Si hubiera nacido en otra clase social, habría sido un ricachón totalmente legal en vez de un delincuente. Un delincuente igual de rico, eso sí. Soñaba con el día en que pudiera empezar a enseñar a su hijo los intríngulis de sus muy diversos trapicheos. La gente acudía a él cuando quería invertir dinero y obtener buenos beneficios. Alfie se conocía perfectamente todos los negocietes ilegales que funcionaban en cualquier momento. También recaudaba dinero para la gente que quería poner en marcha un fraude a gran escala y necesitaba inversores. Eran actividades de ganancia segura para todos los implicados. Pero tenía la mala costumbre de quedarse siempre con un porcentaje más alto del que había negociado inicialmente. Y especialmente cuando trataba con gente del norte. Los odiaba, era una reacción visceral. Hacía gala de esa indiferencia del *cockney* de Londres por todo lo que viniese de más arriba del Watford Gap, y siempre dejaba bien claros sus sentimientos. Sus comentarios bien elegidos y sus chistes al respecto daban sus frutos, bien amargos. Siempre los había visto como vacas a las que ordeñar: les ofrecía un buen trato, pero los estrujaba bien estrujados, y ellos lo sabían; y precisamente porque tenía tan buen ojo para localizar las mejores inversiones no se cortaba un pelo en hacerles saber que los estrujaba bien estrujados. Era un intermediario, y como todos los buenos intermediarios sabía perfectamente lo que valía.

Tenía un nuevo negocio en perspectiva y se lo iba a pasar a los Bailey, precisamente a ellos; sabía que se lanzarían sobre la presa como un yonqui sobre una jeringuilla. Era un dinero fácil, con poco o nada de riesgo; lo único que tenían que hacer ellos era encargarse de la financiación. Era una cosa tan fácil que sólo se podía ganar. Por consiguiente, Alfie destilaba confianza mientras esperaba a que llegasen.

Estaba en su pub, rodeado de sus amigotes, contando chistes al ritmo de disparos de una escopeta. Tenía buenas razones para estar satisfecho consigo mismo. Sabía que tenía todas las cartas en la mano, y gracias a eso podría hacer lo que mejor le pareciese. Puede que los Bailey fueran los nuevos reyes de la zona este de Londres, pero los reyes necesitan príncipes, así que ellos lo necesitaban a él mucho más de lo que él los necesitaba a ellos. La delincuencia era como un río, o un mar, algo que se movía constantemente, que cambiaba con las mareas y eventualmente tenía el poder de destruir a todo aquel que navegase por sus aguas. Había visto ir y venir a tantos jefes del hampa que aquello parecía totalmente un puto tiovivo: un día eran la de Dios y al siguiente los quitaban del medio para los restos. Eso era lo que le pasaba a la gente cuando tomaba el control. En su opinión, era muchísimo mejor ser un simple soldado al que se le respeta como es debido. ¿Quién necesita todos los líos que se te

vienen encima si estás a cargo de la clase de gente con la que tenía que lidiar él a diario? Eran pura escoria, ladrones, mentirosos. Pero unas buenísimas centrifugadoras de dinero. No, él estaba feliz tal y como estaba, en los escalones de arriba pero sin ser nunca el gran jefazo. Eso era demasiado trabajo, y muy duro, las veinticuatro horas de los siete días de la semana vigilando tus espaldas, preguntándote de quién te podías fiar y de quién no, ¡tratando con gente como él mismo! Gente que luchaba por sus propios objetivos, no por los de los demás… ¡nunca por los de los demás!

Ahora se suponía que tenía que lamerles el culo a los Bailey, y eso haría. Que se lleven las críticas ellos… A él no podía importarle menos, ni un jodido rábano. Peter era una persona sensible, pero Daniel era un pájaro imprevisible. Les daba seis meses —un año, como máximo— antes de que implosionasen. Entonces ya podría trabajar con quienquiera que asumiese el poder absoluto. Alfie Clarke tenía cartas suficientes para jugar tal y como quisiera a cualquier juego que los Bailey decidieran jugar.

Se coló en el cuarto trasero de su pub y contempló a su hijo, que dormía en brazos de la madre.

—¿Necesitas algo, Annette?

Annette sonrió feliz y negó con la cabeza.

—Estoy muy bien, Alfie, gracias —dijo.

—Es un buen chico, ¿verdad?

—Ya lo creo que sí, es una personita feliz.

Alfie acarició la cabecita de su hijo con una ternura que habría sorprendido muchísimo a sus enemigos, a la espera de que llegase el día en que fueran él y su hijo quienes llevasen juntos las riendas de los negocios.

Regresó a la sala principal y vio que allí estaba Delroy Parkes, el yerno de Peter Bailey. Ya antes gozaba de una reputación más que decente, y ahora, gracias a su matrimonio, tenía también un buen pedigrí. Se preguntó qué estaría haciendo allí.

Delroy le saludó amablemente con la cabeza y Alfie pidió que le llevaran una copa, que le invitaba. Hoy se sentía generoso, ¿y por qué no? Tenía allí el timo de los timos.

Cuando llegaron por fin los hermanos Bailey, Alfie rebosaba afabilidad, buen humor y coñac Courvoisier.

Capítulo dieciséis

—Dan, prométeme que no harás nada hasta que hayamos oído lo que él nos tenga que decir.

Daniel lanzó un suspiro de fastidio. ¿Por qué le preocupaba tanto a su hermano un puto mindundi como Alfie Clarke?

—Déjalo estar, Pete, ¿vale? Ya hemos pasado por esto, tranquilízate.

Peter vio a Delroy en cuanto entraron en el pub. Estaba solo, y se notaba a las claras que se encontraba fuera de su elemento natural. A su pesar sintió una punzada de respeto por su yerno. Supuso acertadamente que Delroy habría oído rumores de que aquel encuentro podría ser delicado y había acudido para guardarles las espaldas. Peter se acercó a él como si se encontrara con un hijo desaparecido hacía mucho tiempo. Tomó a Delroy entre sus brazos y lo abrazó echándole un montón de teatro al asunto. Todos los contemplaban expectantes. Por la calle corrían rumores de que aquellos dos no eran exactamente grandes amigos, pero de momento se les veía bastante felices el uno en compañía del otro.

Daniel echó una mirada por el pub. Calculó que habría allí unas veinte personas, justo los colgados habituales, nadie del que preocuparse. Así que se permitió relajarse. El hecho de que Alfie no tuviese por allí a nadie de quien echar mano jugaba a su favor.

Se unió a Peter en el saludo a Delroy al comprender que el tipo debía de haber oído algo por algún pajarito, puesto que en otro caso no estaría allí. Apreciaba la lealtad de aquel hombre en lo que valía, y estaba seguro de que su hermano haría otro tanto.

El ambiente era más que agradable, y esbozó su mejor sonrisa al decir en voz bien alta:

—¡Un whisky bien grande! Hoy mi mujer me ha dado una hija y lo estoy celebrando.

—Una niña, ¿eh? —sonrió Alfie Clarke—. Hasta que nació mi chaval, Dan, nunca había logrado comprender la importancia de la familia. Y ahora es la luz de mi vida, bendito sea.

—Bueno —sonrió Daniel—, ¡espera a tener tres o cuatro! Crecen y van al colegio y no paran de meterse en problemas, y siempre te están costando dinero. Y encima ¡acaban creciendo tanto que te doblan en tamaño!

Alfie se echó a reír al pensarlo: ya no podía ni esperar a verlo. Ya se estaba figurando su vida con los hijos a su lado, se imaginaba consolando al chico, haciendo de él un hombre de provecho, enseñándole todos los trucos, cualquier argucia o timo a su disposición. Estaba ansioso por comenzar la educación del chaval. Por primera vez en su vida formaba parte de una unidad, de una unidad familiar, y estaba disfrutando hasta del más mínimo segundo.

Peter observaba a Daniel, que se comportaba como si fuera el nuevo mejor amigo

de aquel hombre; para eso era para lo que mejor servía. Era capaz de mentir a cualquiera delante de sus propias narices sin que jamás llegaran a sospechar que algo no iba bien. Daniel era irascible, y cuando se volvía más peligroso era cuando actuaba así, haciéndose el tonto y comportándose como una cabra. Podía estar haciendo bromas y riéndose y diez minutos después rebanarte la garganta.

—Bueno, Alfie —los ojos de Daniel tenían un brillo peligroso—, ¿qué es eso que hemos oído mi hermano y yo de que has estado molestando a unos amigos nuestros del norte?

Estaba claro que se había acabado la hora de las bromas.

Capítulo diecisiete

Daniel bajó la vista para mirar a su nueva hija y sintió que le invadía un fiero impulso de protección. Y pese a lo borracho que estaba, comprendió que aquel sentimiento era verdadero. Aquel nuevo bebé era perfecto, una niñita tan pequeña, tan delicada. No era como los chicos, que habían sido unos bebés grandotes y ruidosos desde el principio, masculinos desde el mismo día que nacieron. Ninguno de ellos había sido nunca así de frágil, así de diminuto. Los cuatro habían nacido con el entrecejo fruncido de los Bailey; a los seis meses ya eran como hombrecitos, y de lo más traviesos en cuanto echaron a andar.

Sabía que su madre lo estaba vigilando, sabía que en aquellos momentos no le estaba causando muy buena impresión. Más bien estaba claramente desilusionada con él por no haber vuelto antes a casa. Bueno, que se jodiera. Esa noche había tenido un trabajo muy serio que realizar, y cuanto antes entendiera eso su madre, tanto mejor. Ahora eran jefes de verdad, por fin habían llegado a lo alto del puto monte. Pese a ello, le dirigió una sonrisa, al fin y al cabo era su madre. El alcohol le estaba poniendo sensiblero. Se había encendido tanto después de la reunión con Alfie Clarke que Peter se lo había llevado al pub para que se tranquilizase. Pero en cuanto circuló la noticia del nacimiento de Tania, la bebida no había dejado de correr abundantemente. Notaba que los ojos le picaban por culpa de las lágrimas e intentó enjugárselas antes de que nadie se las viera, sin darse cuenta de que todos los movimientos que hacía resultaban exagerados, demasiado forzados.

Daniel no tenía un buen beber. La bebida le hacía encenderse más rápido de lo habitual, le infundía una exagerada confianza en sí mismo y, peor aún, le hacía llorar. Y a veces se derrumbaba con cualquier cosa, con un recuerdo, con cualquier pensamiento, y la mayoría de la gente con la que alternaba lo consideraba una debilidad.

—Dame a esa niña antes de que se te caiga al suelo de cabeza y acabe siendo una jodida idiota como su padre. —A Theresa Bailey no le gustaba nada aquel hijo suyo cuando bebía; la sacaba de quicio, le irritaba que la bebida lo convirtiera en un bobo, le hiciera olvidar que era un hombre con familia. Tomó a la niña en brazos con delicadeza.

Lena observó el diálogo y sonrió a su pesar; a pesar de lo bocazas que era, Daniel seguía teniéndole miedo a su madre. Por mucho que fingiera que no era así.

Ella pensaba que entendía a su marido de un modo en que la madre nunca podría entenderlo. Se enfadaba con él, como haría cualquiera, porque muchas veces era un verdadero gilipollas. Pero ella sí que conocía al auténtico Daniel Bailey. Sabía que había crecido sin padre, con un hermano negro al que adoraba y que había dejado en él una marca indeleble. Se había pasado la vida entera tratando de demostrar que era mejor que nadie, que los *Bailey* eran mejores que nadie. Así que trabajó duro para todos ellos. Igual que ella tenía aquella obsesión por ahorrar dinero, su marido tenía

la de ser un hombre de éxito.

Sí, a ella le aterraba que a él lo trincase la pasma y también le aterraba que pudiera meter a los chicos en cosas que acabasen por llevarlos a la trena y lejos de casa. Pero, al margen de todo eso, lo quería con locura. Y ella sabía que, por equivocado que pudiera andar, siempre haría lo que fuera mejor para sus hijos.

—Es una verdadera perla, Lena. Me has dado un tesoro, cariño.

Ahora estaba sentado en la cama junto a ella y podía ver las lágrimas que se formaban de nuevo en los ojos de su marido. Por agotada que estuviera después del parto, sería ella la que tuviese que reconfortar a su marido, porque la bebida hacía que las emociones del hombre salieran a flote y rompieran en una prolongada erupción de llanto.

Le tendió los brazos, lo apretó contra sí y lo dejó llorar ruidosamente sobre su hombro, y entonces vio que su suegra sacudía la cabeza, irritada, mientras paseaba al bebé por la habitación. Daniel Bailey ni se enteró del portazo con el que cerró la puerta del dormitorio. Como Lena ya sabía por experiencia, ahora, para él, todo giraba en torno a sí mismo.

Capítulo dieciocho

—Venga, Pete, él siempre se ha pasado bastante de la raya.

Peter Bailey sonrió. Acababa de confiar sus preocupaciones a su mujer. Necesitaba a alguien en quien confiar, a quien decirle en voz alta lo que le inquietaba, y Ria era una buena oyente. Sabía que podía confiar en ella.

—Estás predicando a los ya convencidos, cariño. Es mi hermano, pero esto es demasiado importante para permitir que se nos estropee. Es ir demasiado lejos demasiado pronto.

Peter suspiró. La *Vida* se iba haciendo cada vez más difícil; quienquiera que fuese el que dijo que el mundo del hampa era muy solitario cuando se estaba en lo más alto sabía exactamente de lo que hablaba. Había sido un camino difícil; por fin estaban donde querían estar, pero las grietas ya empezaban a asomar.

Daniel se comportaba como un Al Capone anfetamínico, y Peter no se fiaba de él en la medida en que podía echarlo en cualquier momento. Era cierto que ya habían llegado a la cima, pero aún seguían esperando a que se dejaran ver otros pretendientes al trono. Por eso necesitaban tener los sentidos bien alerta las veinticuatro horas los siete días de la semana.

Ria estaba triste porque su marido, a pesar de haber logrado ya todo lo que quería, no parecía muy feliz. Comprendía que Daniel no era la clase de persona con la que resulta fácil trabajar, pero eso Peter lo sabía perfectamente desde el principio. Al fin y al cabo eran hermanos, no era como si no se conocieran el uno al otro. Y siempre habían dicho que si tenían tanto éxito era justamente *a causa de* sus diferencias.

Pero durante el último año había podido notar la tensión creciente entre ellos; todos lo habían notado. Aunque no todo el mundo hablase de ella, por supuesto. Por mala que pudiera ser la relación entre los dos hermanos, no por eso dejarían de rebanarle el pescuezo a cualquiera que tratara de interponerse entre los dos.

Lena sabía que últimamente Daniel andaba bebiendo un montón, y eso la tenía preocupada. La bebida y Daniel Bailey nunca habían combinado bien. Cuando la trompa no le daba llorona, se ponía muy violento: no con su mujer o su familia, sino con gente a la que no conocía de nada. Veía desaires donde no existían. Siempre había sido así, pero hasta aquel último año no se había comportado como un bestia. Ahora ya estaba adquiriendo una sólida reputación de bebedor empedernido y coñazo.

De momento su nombre y su posición bastaban para mantenerlo a salvo; Peter se ocupaba de que lo vigilaran y suavizaba cosas que de otro modo podían llegar a salirse de madre. Pero Ria sabía que siempre habría alguien al que no se pudiera aplacar así como así. Algún día Daniel tentaría demasiado la suerte. Y eso preocupaba a Ria en la medida en que afectaba a *su* marido, a *su* familia.

Ria sabía también que a Lena le preocupaba todo aquello, aunque la verdad es que Lena consideraba que si el sol brillaba era por el culo de su marido y ella se

pondría de su parte pasara lo que pasase. Ria respetaba a Lena por aquella lealtad, pero también consideraba que ya era hora de que pusiera los pies en el suelo y le dijera a su marido la verdad respecto de su comportamiento y de cómo ese comportamiento estaba afectando a toda la familia. Pero eso no sucedería nunca. Lena seguía fingiendo ignorancia… y Ria pensaba que es que *había* que fingirla.

Aun así, Lena no estaba tan involucrada en los asuntos de la familia como lo estaba Ria. Y aquellos días Lena andaba demasiado liada con el nuevo bebé como para prestar mucha atención a cualquier otra cosa que pasara a su alrededor. Lo único que podía hacer Ria era apoyar a su marido como había hecho siempre, y gracias a Dios que había elegido al mejor hermano de los dos.

Capítulo diecinueve

El DJ había puesto un disco de Edwin Starr, y la música sonaba tan fuerte que parecía que las paredes se movían con la reverberación de las cuerdas del bajo. La discoteca estaba llena de jóvenes que bailaban, giraban y gritaban para que sus palabras se oyeran por encima del ruido. El local estaba lleno hasta los topes, y el olor a sudor y perfume barato inundaba el ambiente. Chicas semidesnudas bailaban como si sus vidas dependieran de ello, decididas a ligar o a ser ligadas. Llevaban maquillajes de colores brillantes y vestían a la ultimísima moda. Aquello era Ilford, en Essex, la frontera con el este de Londres, y aquellas eran las chicas que dictaban la moda al resto del país. Aquellas eran las chicas que decidían lo que era *in* y lo que no lo era. Eran como pájaros exóticos, y tan jóvenes, tan encantadoras. Ilford tenía varios *nightclubs* importantes, todos bien conocidos, muy frecuentados y siempre atestados. Ahora habían abierto una discoteca nueva, justo al salir de la calle Green Lane, que se llamaba The House. Estaba abierta hasta más tarde que las otras y garantizaba que allí encontrarían siempre los mejores *disc-jockeys* y los viernes y sábados también la mejor música en vivo.

Peter y Daniel Bailey habían abierto aquel club y desde el primer día veían entrar el dinero a raudales; porque con los clubes venían las drogas, y ambas cosas les estaban haciendo ganar verdaderas fortunas. Peter estaba contento de que Daniel llevase esa parte de los negocios. A él personalmente ese sector no le gustaba, aunque era lo suficientemente inteligente como para saber que era un mal necesario. Peter se vanagloriaba de ofrecer lo mejor que se podía encontrar, desde los DJ a la música en vivo. Y además, a pesar de lo mucho que le disgustaban, insistía también en que las drogas fueran de primera calidad. Peter creía que si ofrecías lo mejor de lo mejor, siempre irías un paso por delante de los demás.

Al entrar en The House vio a los gorilas de la puerta cacheando a dos chicos jóvenes y les hizo un saludo con la cabeza, complacido. Allí no traficaba nadie, salvo que tuviera permiso del portero jefe. Las cosas no solo eran así porque ellos fueran los únicos del ramo en la ciudad… eran así para estar seguros de que nadie vendía nada que pudiera causar la muerte de alguien. Gran parte del speed que se vendía por allí estaba cortado con toda clase de cosas, desde Ajax, el jabón en polvo, hasta estricnina, un veneno legal. Peter aceptaba que tenían que vender aquel material, junto con el LSD y la marihuana: casera, sin semilla, hachís negro afgano. Y eso sin contar los valium, el mogadon, los excitantes y tranquilizantes que pasaban de mano en mano junto con los estimulantes que tanta demanda tenían.

Oh, la verdad es que eran como una puta farmacia, pero Peter había acabado por aceptar la situación. Como decía Daniel, si no eran ellos los que suministraban las drogas, las suministraría algún otro. El dinero que había en ese negocio llegaba demasiado rápido y demasiado fácil para dejarlo pasar, y sabía bien qué gran verdad encerraban esas palabras.

Mientras se dirigía al bar de la planta baja Peter se preguntó cuánto dinero cambiaría de manos allí esa noche. Se abrió paso entre la masa de cuerpos mirando a su alrededor, como siempre, vigilando como siempre una posible navaja distraída, a un pistolero solitario. Sabía que para sobrevivir nunca podías dejar de estar alerta. Sobre todo ahora que Daniel encabronaba a más y más gente cada día. Bueno, en su opinión, Daniel era un jodido imbécil. Aunque de algún modo admiraba la confianza que exhibía su hermano. Pero Peter era un hombre que creía que *lo peor podía* pasar, y que con frecuencia pasaba. Por lo tanto él siempre estaba alerta y controlaba cuál era la vía de escape más cercana, dónde podía estar el asesino oculto o el puto borracho que quería demostrar lo macho que era.

De todo aquello lo peor era lo último: no había nada peor que una vieja gloria que acabaran de soltar de chirona, que mantenía la promesa de lealtad a los viejos jefes y trataba de ajustar cuentas de forma insensata y además sin mediar provocación. Ese era el gran problema de las condenas largas: si el preso no se andaba con cuidado, acababa atrapado en un bucle temporal. Salían de la trena totalmente encendidos, rebosantes de adrenalina y odio y decididos a enderezar viejos entuertos cuando hacía veinte años que era tarde para eso. El mundo había cambiado demasiado para ellos, y no tenían ni idea de cómo encajar de nuevo en él: eran unos putos dinosaurios que todavía pensaban que podías tomarte una pinta, ir al cine, comer en algún sitio y que aún te sobrara cambio para echar un polvete. Lo sentía mucho por ellos, comprendía su dilema, pero también sabía lo peligrosos que eran, no solo para sí mismos, sino para toda la gente que les rodeaba. Por ese motivo, Peter había decidido que era fundamental contactar con todos los viejos jefes que también se habían visto agraciados con una larga condena de la que enorgullecerse. Él se había asegurado de que dispusieran de unas cuantas libras y estuvieran bien atendidos. Consideraba que se merecían un respeto. Era frecuente que aquellos hombres se vieran olvidados, y eso no estaba bien.

Peter Bailey era un hombre que siempre vigilaba y controlaba todos los ángulos, incluso cuando estaba en casa y en la cama, abrazado a su mujer. Seguía asegurándose de que nadie pudiera colarse dentro de su casa. Era exageradamente precavido, y no lo ocultaba porque creía que debía serlo. Cuanto más alto llegabas, más tenías que perder.

Se refugió en la oficina y pudo suspirar de alivio.

—¡Qué puto estruendo! ¿Y a eso lo llaman música?

—Bueno —se rió Daniel—, yo no, pero la juventud de hoy, que se gasta sus buenos cuartos aquí, piensa que es cojonuda. Este local es una puta máquina de hacer dinero, te lo aseguro.

Peter asintió. Aquello le gustaba. En realidad era un invento de Delroy. El chico había resultado un caballo ganador. Había dicho que aquella era una buena inversión, había aportado argumentos convincentes y resultó que tenía razón. También se había asegurado de contratar a un buen *disk-jockey*, de servir bebidas baratas y disponer de

permisos hasta muy tarde. Así que con todas aquellas iniciativas les había proporcionado unas ganancias más que serias. Y encima, legales. Con aquello, su yerno se había hecho un capital por su cuenta, y Peter estaba impresionado. El local era perfecto para reunirse: era un edificio grande, con accesos por delante y por detrás, cuatro plantas y, lo mejor de todo, estaba siempre tan repleto que ponía mucho más difícil a la pasma poder infiltrarse —teniendo en cuenta que a un policía de paisano se le notaba tan descolocado allí como a una chuleta de cerdo en una mezquita—. Los veías venir a una milla de distancia, les notabas los *piercings* recién hechos en las orejas y aquellas cazadoras de cuero flamantes. La verdad es que resultaba hasta embarazoso. Era imposible conseguir que encajaran en ningún sitio ni con nadie —¡si eran la pasma, por el amor de Dios!—, salvo consigo mismos. Vestidos con ropa que llevaba diez años pasada de moda, tan incómodos en ese ambiente discotequero que resultaban más fáciles de detectar que un leproso en una partida de póquer. Esa noche Peter había detectado a más de uno haciendo una incursión por sus dependencias; la verdad es que daban risa.

—¿Veis a esos de la bofia disfrazados de gente normal?

—Es tremendo, Peter —se rió Daniel—, ¡si hasta los conocemos por sus nombres! Smith, el nuevo chico que tenemos en la Metropolitana, nos ha proporcionado todos sus detalles. ¡Como si nos hicieran falta! ¡Son totalmente como un pulpo en un garaje! Pero, para ser sinceros, el chico se ha superado por nosotros.

Peter asintió y luego se dirigió a la pequeña barra de bar que había en un rincón de la oficina y se sirvió un whisky escocés de lo más generoso. Le dio unos traguitos antes de decir, en tono tranquilo:

—Entonces, ¿qué problema tenemos ahora con Alfie Clarke, Dan?

Daniel se encogió de hombros, con aire despreocupado, pero la verdad es que estaba preguntándose quién le habría pasado el soplo a su hermano. Tenía la esperanza de quitarse de encima a Clarke antes de que su hermano se diera cuenta siquiera de que ahí había un problema. Peter era jodidamente crédulo en todo lo referente a ese tipo. Siempre se fiaba de las personas equivocadas: se creía que todos aquellos con los que se relacionaba eran tan leales y decentes como él.

Daniel se puso bien derecho ante su hermano, echó los hombros para atrás y respiró hondo. Fueron gestos completamente inconscientes. No le alegraba precisamente que le hubieran pillado en aquello, y desprevenido, como quien dice.

—Tú ya sabes lo que pienso de él, Pete. Nunca he ocultado mi desprecio. Trabajé con él por ti, pero nunca me he fiado de él.

Peter se terminó la copa y se sirvió otra antes de decir con voz tranquila:

—Tienes que parar con eso, Danny, tienes que parar ya mismo. Alfie está haciéndonos ganar mucho dinero. Es un idiota, eso está claro, pero es *nuestro* idiota. Tú tienes esa puta niebla en el cerebro…; no sé por qué te metes con la gente así, sin ninguna razón. Sé que has estado provocándole. Si yo hubiera sido él, te habría quitado del medio, ya te lo digo, aunque eso supusiera llevarme un tiro en plena calle.

Yo no permitiría que me hicieras quedar como un memo total como hiciste con él. Estás desmandado, y todo lo has hecho a mis espaldas.

Daniel siempre había sabido que aquello acabaría por salir a la luz, pero nunca se le había ocurrido pensar que su hermano sabía lo que ocurría, y había preferido dejarlo pasar. Peter había ido reparando los daños en silencio. Daniel decidió que el mejor modo de seguir adelante era pasar a la ofensiva.

—¡Venga, Peter! Tú y yo, los dos sabemos que ese cabrón no es de fiar.

Peter Bailey sonrió a su pesar: si alguna cosa le gustaba realmente de su hermano, era que no cambiaba nunca jamás. Era siempre igual, ignorante como la puta mierda, pero constante y estoico en sus opiniones.

—En realidad esto no va de Clarke, ¿verdad? No tiene nada que ver realmente con él. Va de ti, como siempre. Bueno, pues ¿sabes una cosa, Dan? Esta vez me planto. Tienes que acabar con esto, con toda esa puta mezquindad y estupidez. Estoy hartísimo de ir limpiando las cosas detrás de ti. *Tú* solo te estás forjando una reputación de imbécil. Ya nadie se fía *de ti*.

Peter Bailey se dio unos golpes en el pecho con el dedo y continuó, enfadado:

—¡Ni yo me fío de ti! Montas líos en cualquier sitio por el que apareces. Te sientes agraviado a la más mínima puta oportunidad. Tienes que estar todo el tiempo demostrando cosas delante de una gente que no significa *nada* para nosotros, de una gente que para nuestros radares podrían perfectamente estar muertos. Venga, hermanito, disfruta de lo que tenemos, disfruta de esto, de lo que hemos creado. Por favor, Dan, es como si ya no nos conociéramos el uno al otro.

Daniel miró a su hermano a los ojos, a aquellos ojos castaños; aquella era la única persona del mundo a la que quería de verdad, y algunas veces pensaba que realmente aquel hombre tenía preferencia en sus afectos sobre su mujer y sus hijos. Pero aquella vez no podía echarse atrás. Para él Clarke era totalmente como un cáncer: lo iba devorando minuto a minuto cada día. Sabía que era algo irracional, pero no le importaba. Creía de verdad que si aquel hermano suyo sentía lo que sentía acerca de alguien, él no osaría cuestionarle el tema, se limitaría a aceptarlo. A aceptar el hecho de que era obvio que su hermano tenía que tener sus razones para que alguna persona no le gustara nada en absoluto, fuera lo que fuese lo que estaba en juego. Si así era, Daniel daría un paso atrás y permitiría que sucediese lo inevitable. Y esperaba el mismo apoyo.

—Mira, Pete, a ese tipo lo aborrezco. Nos mira por encima del hombro. Y además, ¿qué cojones hemos conseguido realmente teniéndole en nómina? He oído que nos está robando. Así que, ¿vamos a tragar con eso? Venga, dímelo tú.

Peter meneó la cabeza sin poder creerse algo tan bajo; sabía que Daniel estaba borracho —últimamente siempre estaba borracho—, pero además había oído rumores de que no le hacía ascos a una o dos rayitas de coca. Aquel tenía que ser el motivo de sus paranoias. Daniel siempre había sido un tanto paranoico, pero ahora estaba totalmente fuera de sí.

—Lo que hemos conseguido, Dan, es todo esto —dijo Pete abriendo los brazos para abarcar el conjunto—, esto y mucho más. Y si tú no eres capaz de verlo, me temo que aquí estoy perdiendo el puto tiempo, ¿no te parece? Clarke no es más que un puto moscardón, un obrero, y cumple. Cumple con toda regularidad y se le respeta mucho. Así que ahora te lo pido por última vez. Deja de menear el barco, que tenemos un montón de dinero a bordo.

Daniel miró a su hermano y después paseó la mirada por la oficina. Le gustaba aquel despacho, era una habitación agradable, lo bastante grande como para acomodar a diez personas y lo bastante bien acondicionada como para hacerte sentir que estabas progresando. No había ventanas, así que no había que temer bombas de gasolina ni tiroteos. Tenía la misma necesidad que su hermano de sentirse seguro. Pero al contrario que su hermano, sabía que él no siempre tenía los ojos tan alerta como Pete. Él se despistaba con bastante facilidad, no era hombre que de verdad se centrase en lo esencial, mientras que a Peter aquello le resultaba natural. Peter siempre se leía toda la letra pequeña, analizaba los pequeños detalles, cosas que para la mayoría de las personas no significaban nada, pero que muy a menudo eran causa de que se produjeran problemas más serios, sobre todo cuando la persona a la que le correspondía hacerlo no se molestaba en controlar las cosas o no se percataba de la importancia que tenían. Peter era la voz de la razón.

Ahora Daniel se daba cuenta de que Peter ya no se fiaba de él, de que lo veía como un lastre. Y supo en ese mismo momento, y con una claridad asombrosa, que Peter tenía todo el derecho del mundo a ver las cosas de esa manera.

Porque Daniel había cometido el error más absoluto, el más grave de todos.

Estaba tomando sus propias drogas.

Capítulo veinte

Daniel estaba sudando, pero no iba a permitir que eso le incomodase. Bajó la vista y miró al hombre que estaba en el suelo, sonrió con malicia y se puso a meterle caña otra vez.

Los dos hijos mayores vigilaban mientras el padre llevaba a cabo el ataque. Decía que aquel tipo les debía dinero y se los había llevado con él para que vieran con sus propios ojos lo que le sucedía a cualquiera que pretendiera robar a los Bailey.

Davey miró a su hermano mayor y extendió los brazos en un gesto de perplejidad; no estaba muy seguro de saber de qué iba todo aquello realmente. Parecía todo tan desmesurado…

Danny Junior suspiró y dijo en tono tranquilo:

—¡Joder cómo le encanta tener público! Así que puedes acostumbrarte a esto. —No era la primera vez que veía a su padre fuera de control—. El tío Peter se va a cabrear muchísimo cuando se entere. Ya le había advertido que no hiciera este tipo de escenas.

Davey meneó la cabeza, consternado. ¿Seguro que su padre no estaba yendo ya demasiado lejos? Miró al hombre que estaba en el suelo. Lenny Jones era un buen tipo, con una buena reputación, y todo el mundo lo sabía. Era un viejales, pero de oro. Y ahora estaba allí, tirado en el suelo de cemento sufriendo la humillación de que le pegasen una paliza y lo acusasen de toda clase de cosas. Aquello estaba muy mal. Y los chicos, a pesar de lo jóvenes que eran, lo sabían perfectamente.

Lenny Jones era un tipo duro por derecho propio. Creía haber hecho méritos suficientes para que le abordasen educadamente si debía un dinero, no que lo persiguiesen como a un jodido piernas. Tenía el dinero, y estaba dispuesto a entregarlo, pero consideraba que se lo tenían que pedir con respeto y en privado. Eran seis de los grandes, por Dios santo, joder, no era una fortuna. Solo lo necesitaba para salir del apuro hasta que pudiera obtener su capital, que eran las ganancias de un robo que había emprendido con total conocimiento de aquel hombre y de su hermano. Había asumido que se le trataría con el mismo respeto que él había mostrado hacia los Bailey; había pedido autorización para pegar un palo en un banco de su zona, había negociado abiertamente sus seis de los grandes y había aceptado alegremente sus términos y condiciones si se daba el caso de que el préstamo no fuera devuelto dentro del plazo estipulado. Ya tenía el dinero bastante antes de la fecha del vencimiento, así que no esperaba toda aquella mierda.

Se merecía un respeto, él no era una jodida marioneta. Seguía creyendo en los valores de la vieja escuela, en las buenas maneras al viejo estilo. Se había comido los diez años que le habían caído sin quejarse lo más mínimo, había mantenido la boca bien cerrada y la cabeza gacha y había descubierto que en el fondo de su corazón se alegraba de que sus colegas hubieran podido esquivar aquella bala en concreto. Él ya llevaba mucho tiempo jugando a aquel juego, y tenía la reputación de pagar siempre

sus facturas. Y aunque luego resultase que estaba equivocado, había pensado que los Bailey le concederían todo el crédito que se merecía.

Lenny se dio cuenta de que había infravalorado la situación. Había olvidado que Daniel Bailey era un animal, un bestia, un hombre que no tenía verdadera consideración por nada ni por nadie. Ya tenía muy mala fama debido a su empeño en emplear la violencia a la mínima oportunidad.

Lenny miró directamente a los ojos de Daniel cuando lo vio inclinarse sobre él, y Daniel observó el odio que destilaba aquella mirada. En el fondo Daniel sabía que se había comportado muy mal. Aquel hombre se merecía sobradamente su tiempo y su esfuerzo, y se había ganado su buena voluntad. Era un hombre respetado por todos en aquel mundillo. Pero saber eso solo contribuiría a que a Daniel aquel Lenny le desagradase todavía más. Era igual que todos los antiguos jefes, que se creían mejores que todos los demás, más cojonudos, y eso tan solo por haber estado una temporada al mando o por haber trabajado con las jodidas viejas glorias.

Pero eso a él le dejaba más que frío. Puede que funcionase con su hermano. Peter admiraba a todos aquellos vejestorios, los escuchaba cuando contaban sus historietas de los viejos tiempos, se reía cuando había que reírse, hablaba con ellos como si fueran putos oráculos o algo por el estilo. Peter los trataba con guante de seda, como si fueran importantes, como si fueran personajes famosos o algo parecido. Bueno, Peter era un blando, y Daniel estaba hasta las narices de escucharle.

Echó la pierna para atrás y la descargó sobre aquel hombre con todo el resto de las fuerzas que tenía guardadas. Vio cómo el cuerpo de Lenny se levantaba en el aire sobre del suelo de cemento y comprendió que aquello tenía que doler.

Daniel pensó también que Peter iba a subirse por las paredes cuando descubriera aquella última debacle.

Capítulo veintiuno

Theresa Bailey contempló a su nietecita y se maravilló en secreto de lo mucho que la niña se parecía a ella. Theresa era la viva imagen de su propia madre, y la pequeña Tania era la viva imagen de Theresa. Resultaba realmente asombroso que el hecho de verte a ti misma en tus hijos o tus nietos te hiciera tomar conciencia de tus propias raíces, te trajera a la mente a otras personas y acontecimientos en los que no habías pensado desde hacía años. Tania le había producido ese efecto. Volvió a sentir una vez más el rechazo de su familia, como si fuera reciente, como si acabara de tener lugar. Vio con toda claridad el rostro de su hermana, el susto y el asco que se pintaron en él cuando vio que Peter era negro. Y al recordarlo, Theresa sonrió para sí con tristeza.

—Sabes, Lena, esta niñita es el vivo retrato de mi madre. Es un parecido asombroso. Pero supongo que es el ciclo de la vida. En cualquier caso, esta pequeñina es la última que tendré de cualquiera de mis hijos. Ahora le tocará a Imelda. Esa sí que es muy sensible, muy suya, así que los tendrá cuando le parezca. Hoy en día las chicas tienen una suerte de la leche, y si saben usar bien el coco, pueden controlarlo todo.

—Supongo que así es —dijo Lena entre risas—. Pero a ver, lo pregunto otra vez: ¿es que hay un momento adecuado para tener un hijo? ¡Tanto planear y decidir *cuándo* tenerlo! A mí eso me parece que es como pretender encajar en sus vidas el nacimiento de un hijo, pero siguen sin enterarse de verdad de lo fuerte que es tener un niño. Se pasan tanto tiempo planeando todos los detalles que precisamente de lo que no se percatan es de hasta qué punto una criatura puede complicarte la vida. Los niños son como la explosión de una bomba en tu vida. Todos son diferentes, cada uno tiene una personalidad distinta, y eso no hay quien lo planee. Cuando llegan, tienes que limitarte a cuidarlos y aprender sobre la marcha.

Theresa rompió a reír junto con su nuera. Se alegraba tanto de verla feliz por fin… Sabía perfectamente que aquellos últimos meses habían sido una verdadera pesadilla, con tantas preocupaciones a cuenta de Daniel. ¡Aquel insensato hijo suyo! ¡Nadie en toda su vida le había hecho pasar una vergüenza semejante! Sus chicos habían trabajado muy duro durante mucho tiempo para llegar donde estaban, ¡y Daniel se había venido abajo por la presión en unas semanas!

Siempre había tenido mucho genio, una vena irracional, incluso de niño. Pero era su hijo y ella lo quería. Lo que no podía entender ni entendería en la vida era que estuviese así, débil, dependiendo del alcohol y tomando drogas. Había dejado a aquella mujer prácticamente sola después de haberle dado una hija, y Lena no lo había llamado al orden ni una sola vez. ¡Menuda zorra idiota! Theresa estaría mucho más contenta si Lena le hubiera calentado el culo con unos buenos azotes, ¡*eso* sí que lo habría aplaudido! Pero aquel modo de aceptar su conducta, aquella negativa total y completa a por lo menos reconocer los hechos, eso no lo podía entender. Daniel había

dejado que fuera ella sola la que se ocupara del bebé, de la casa, de los chicos. Como siempre, sus *propias* necesidades estaban por encima de todo lo demás, y Lena estaba completamente entregada.

Mirándolo bien, les tenía un gran cariño a sus nueras. Theresa se consideraba bendecida porque sus dos hijos hubiesen encontrado unas mujeres maravillosas, unas mujeres decentes y que, en realidad, eran incluso demasiado buenas para los hombres que habían elegido. Claro que eso nunca lo diría en voz alta. En consecuencia, le resultaba muy difícil perdonar a su Daniel el trato que le daba a Lena. De hecho, muchas veces tenía que morderse la lengua, y no solo con él, también delante de Lena. A veces sentía tantas ganas de sacudirla para que reaccionara que tenía que hacer verdaderos esfuerzos físicos. Pero nunca interfería en las vidas privadas de sus hijos; si las chicas le venían con algún problema, trataba con todas sus fuerzas de ser equitativa. Le asombraba que con muchísima frecuencia se sintiera inclinada a darles la razón a las chicas. Adoraba a sus hijos, pero no estaba ciega a la hora de ver sus defectos. Si tenía alguna crítica que hacerle a Lena, era que siempre se comportaba como si todo fuera perfecto. A Theresa, siempre tan realista, le parecía que a Lena aquello la estaba volviendo un poco loca. Pero decirlo en voz alta equivaldría a criticarla, y eso no se podía consentir.

—Nunca es el momento perfecto para tener niños, en eso tienes toda la razón, Lena. Mírame a mí, he tenido dos hombres en mi vida y, gracias a ellos, dos hijos. Si me hubiera quedado en Irlanda, ahora seguramente estaría casada y sería una mujer respetable rodeada de un ejército de críos mocosos. Además representaría muchos más años de los que tengo, me habría quedado sin un solo diente antes de cumplir los treinta, viviría mi vida al toque de las campanas de la iglesia, rezaría el rosario todas las noches y daría gracias a Dios por cada día que viviera. En vez de eso, me vine aquí, me metí en problemas, como se decía en aquellos tiempos, y ahora tengo una vida estupenda, lo juro por Dios, ando de aquí para allí por donde quiero y todavía soy capaz de pasármelo bien.

Lena se echó a reír de nuevo.

—Sigues estando muy guapa —le dijo—, incluso más de lo normal para tu edad. —Siempre había envidiado a su suegra aquel cabello brillante color oro y aquel cutis de porcelana.

—Esta chiquitina sí que es guapísima. Juro que nunca había visto una niña tan contenta siempre. Pero eso no se lo digas a Ria… Imelda fue un coñazo. Se pasó los dos primeros años de su vida llorando a moco tendido. Desgraciada como un puto pecado.

—Ya me acuerdo —sonrió Lena—. Se ponía a berrear solo con que alguien la mirase. Espero que nuestra pequeña Tania tenga una vida feliz; la verdad es que me gustaría que llegara a ser alguien, ¿sabes? Quiero que pueda seguir su estrella. No quiero que forme parte de esta vida cuando crezca. Quiero que viva al margen de todo esto. Imelda acaba de casarse con su padre, o, bueno, como si lo hubiera hecho,

y ahora es una más de nosotros, y no seré yo quien vaya a hacerla de menos, pero quiero que esta pequeña pueda estar en condiciones de *elegir* lo que quiera vivir en esta vida.

Theresa asintió tristemente.

—Eso es exactamente lo que yo también quiero para ella. A pesar de lo mucho que trabajan los chicos, y por muy lejos que hayan llegado, a mí no me parece que sean más felices en absoluto. Se pensaban que iban a encontrar el Santo Grial, que cuando llegaran a lo más alto se produciría el milagro de que fueran felices. Ojalá la vida fuera así de fácil.

Capítulo veintidós

- Daniel, háblame. ¿Seguro que estás bien?

Daniel Bailey suspiró profundamente. Los ojos azules se le veían cansados, y en la boca se le dibujaba una línea adusta. Acababa de llegar a sus nuevas oficinas en el este de Londres. Se sirvió un café y se lo fue bebiendo a sorbitos lentos; el último que había tomado allí casi le suelda los labios de lo caliente que estaba.

Cuando estuvo instalado, atendió la pregunta que le habían hecho. Con su voz más quejumbrosa dijo en tono lastimero:

—¡Joder, Pete! Pero ¿tú qué quieres de mí? ¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor, eh? Estoy cansado, lo admito. Pero es que he tenido que estar por ahí ganando tela. Ya sabes, ocupándome de los negocios.

Peter Bailey notaba que la ira comenzaba a hervir en su interior.

—¿Así es cómo lo llamas ahora, Dan? —preguntó—. ¿Has dado alguna paliza más a algún viejo de por ahí últimamente?

Peter todavía seguía echando chispas contra Dan por su cruel ataque a Lenny Jones, un hombre del que era amigo desde hacía años y que a ninguno de los dos les había ofrecido nunca otra cosa que lealtad y respeto. Un hombre que ahora estaba medio impedido y no podía ni abrocharse los botones de la camisa. Un hombre que, gracias a su hermano, casi había sido el causante de una puta guerra y cuyos amigos se habían ocupado de que él, *Peter*, se responsabilizase de que aquel hermano suyo no solo se disculpase sino que, además, se preocupara también de que a Lenny le dieran los mejores tratamientos disponibles. Peter había hecho todo aquello sin pensárselo dos veces; habría insistido en que fuera así, de todos modos. El lado bueno del asunto era que por fin Daniel había entendido que sus acciones, como las de todos, tenían consecuencias.

Para Daniel había sido toda una gráfica de aprendizaje. Ahora se daba cuenta de lo jodidamente precaria que en realidad *era* su posición, en especial cuando había ofendido a prácticamente todos los que se movían en un radio de ochenta kilómetros. Había hecho falta todo aquello para que entendiera el gran daño que con su arrogancia y su genio había hecho a la reputación de todos. Había quitado del medio a Lenny Jones por un puro antojo y mira lo que había pasado.

No importaba lo duro que pudieras ser, no importaba lo muy alto que hubieras conseguido llegar: sin la buena voluntad de la gente de tu territorio no tenías nada que valiera la pena. Oh, sí, los Bailey seguían estando allí arriba, seguían en lo más alto, pero ahora, por culpa de Daniel, se veían obligados a volver a ganarse no solo la confianza, sino también el respeto de la gente con la que trataban a diario, la gente que tendría que haber sido su aliada más fiel y permanente desde un principio.

Peter tenía toda la razón; *él* se había cuidado de asegurarse su puesto en el mundo. Era Daniel el que tenía que tragar, el que tenía que demostrar voluntad. Pero como hermano y socio suyo, Peter no se hacía ilusiones, y sabía que hasta que Daniel

demostrase que valía para algo, ambos estarían bajo sospecha. Peter sabía que si ahora mismo alguna otra familia decidía ponerse a pelear por ocupar la cima, no habría mucha gente que se alistase del lado de los Bailey. Y eso había sido culpa de Daniel.

Daniel aceptó que su hermano hiciera ese comentario. Comprendía que de momento era necesario mantener la cabeza gacha para luego, ya más adelante, poder recuperar su posición. No solo con su hermano, sino en todo el conjunto del este de Londres. Había enseñado las cartas antes de tiempo; tendría que haber esperado un poco más; haber permitido a los otros asentarse bien antes de empezar a saldar las cuentas pendientes. Pero eso no implicaba que no pudiera adquirir otras nuevas; devolvería lo que fuera preciso a todos y cada uno de los cabronazos que habían cuestionado sus actos y veían a Peter como el hombre que estaba al frente de todo, el hombre que podía mantener a raya a Daniel.

Se suponía que ellos dos eran ahora los nuevos reyes, por Cristo bendito… ellos dos, *ambos,* Y se suponía que no se les podía cuestionar en nada. Pero el este de Londres no se vendía, solo se podía alquilar… siempre y cuando quienes lo alquilasen fueran considerados aceptables y no se salieran para nada de la raya.

Peter lo había entendido así desde un principio, en tanto que a Daniel le importaban un bledo tanto una cosa como la otra. Ahora se había visto obligado a tragarse un sapo, y lo había aceptado porque si se negaba sus días estarían contados. No tenía otra elección, pero para él ya nunca sería lo mismo: consiguiera lo que consiguiese en el futuro, la gente siempre recordaría sus fracasos, repetirían una y otra vez la vieja historia.

Para Daniel lo peor de todo aquello era que su hermano ya no tenía tiempo para él. Esos días Peter lo veía como una carga pesada. Era demasiado leal para desinteresarse completamente de él, y por eso había seguido apoyándolo, mientras que otros se hubieran alejado. Peter le había garantizado una seguridad cuando más de un hombre había estado clamando venganza a cuenta de Lenny Jones. Peter había calmado todo el asunto y había hecho saber, con discreción, naturalmente, que si alguien se acercaba a su hermano más de la cuenta él se sentiría con derecho a ejecutar su propia venganza. Comprobar lo respetado y querido que era Peter había sido el peor golpe que se había llevado Daniel. La reputación de Peter de saber arreglar las cosas con discreción, con el mínimo alboroto pero con la máxima violencia había acabado por conferirle un cierto carácter místico. El secretismo de Peter hacía de él un enigma. Y eso lo dotaba de una aureola de poder de la que Daniel no era partícipe.

Daniel había malgastado sus oportunidades de brillar, se había ganado a pulso su propia insignificancia y lo sabía. No soportaba ver que ahora todos lo consideraban por debajo de su hermano. Él era el hombre que había desgraciado al pobre Lenny Jones sin ningún motivo razonable. Lenny Jones, que tenía mejores credenciales que él, había sido la causa de su caída. Lenny Jones había sido, al parecer y sin saberlo, la

némesis de Daniel, su destino funesto.

Peter Bailey, su propio hermano, le parecía ahora, de pronto, un extraño. Daniel lo observaba mientras acechaba alrededor de la oficina, deseando de todo corazón que no hubiera esa brecha entre los dos. Pero era *él* quien la había abierto, y no soportaba tener que ver que cuanto más crecía, más resentido se sentía con aquel hombre y lo que representaba.

Capítulo veintitrés

Davey sostenía a su hermanita en sus brazos, riéndose con ella, que intentaba agarrarle del pelo. Nunca dejaba de admirarse de lo muchísimo que la quería. Quería a su madre, quería a su abuela —las dos eran importantísimas para él— y quería a sus hermanos y primos, pero Tania parecía despertarle unos sentimientos que eran todavía más fuertes. La cría le sonrió a los ojos y él sintió que el corazón se le derretía desbordante de amor. Se preguntó si sería porque la había visto nacer en primera persona. Aunque la verdad es que pensar en *eso* le hacía sentirse mareado. En lo referente a ese asunto nunca se había sentido muy bien; su madre era maravillosa, pero aquella noche había visto de ella un poco más de la cuenta para su propio bienestar.

Fuera cual fuese la razón, Davey sabía que, aparte de los que tenía con los chicos, sus lazos con Tania eran especiales. Todos la querían mucho, pero era un afecto un tanto por azar, simplemente porque la niña estaba allí. Pero ahora estaba empezando a convertirse en una personita, y Davey sabía muy bien que esa personita ya lo tenía completamente atrapado en sus redes.

Lena contempló a su hijo, guapo y grandote, sosteniendo a su hermana pequeña y sonrió de felicidad. Davey adoraba a la cría, era un buen chaval y había crecido un montón desde que nació Tania. A ella le gustaba verlos a los dos juntos; los otros chicos no estaban tan enamorados de su hermanita, simplemente la aceptaban como un miembro más de la familia. Para ellos Tania nunca sería mucho más que alguien que les inspiraba un sentimiento de protección, y ninguno de ellos iba a conocer nunca de verdad a la chiquilla. Excepto Davey, naturalmente; de hecho, él ya la conocía, ya la entendía.

—La cría te adora, Davey.

—¿Y por qué no iba a hacerlo, mami? —Le dijo con una sonrisa—. Sabe que yo haría cualquier cosa por ella.

Lena se rió. Mientras servía el té, oyó que se abría la puerta de atrás, esbozó una amplia sonrisa y dijo bien alto:

—¡Tenía que haber sabido que olerías una taza de té desde lejos, Delroy! ¡Estoy segura de que eres capaz de oír hervir una tetera a cincuenta pasos!

Delroy sonrió. Al sonreír era totalmente como un Harry Belafonte joven, y su sonrisa le había sacado de muchos berenjenales en esta vida. Y él no subestimaba su poder.

—Me encantaría tomarme una taza de té, sí. ¿Sabe una cosa, señora Bailey? ¡Yo nunca rechazo una si me la ofrecen!

Y decía la verdad: a Delroy Parkes le encantaba tomarse una taza de té. Incluso cuando era muy joven, una vez que lo detuvieron y luego lo soltaron, no se habría marchado de la comisaría si hubiera visto que había una taza de té en perspectiva. Disfrutaba con un té más que con ninguna otra cosa del mundo. Bebía alcohol, pero

no tanto como la gente pensaba; en realidad, muy fácilmente habría podido ser abstemio total. Bebía para relacionarse socialmente, así de sencillo.

Mientras se tomaba el té, contempló a la niñita que Davey tenía en sus brazos y se maravilló de lo preciosa que era. Él no era muy niñero, pero nadie podía negar el atractivo de aquella criaturita: era como el puto póster de un bebé saludable y hermoso. A su lado, ¡el bebé de los anuncios de Pears era como un jodido monstruito! Además tenía un carácter estupendo, y todo eso combinado la convertía en una niñita especial. La cría extendió los brazos para que la cogieran y él lo hizo sin dudarlo un momento. Se acurrucó contra él y él se maravilló de lo a gusto que se sentía la pequeña con cualquiera que entrase en su órbita.

—¡Hola, peque!

La niña se reía y a él le encantó verla feliz en sus brazos, ver que confiaba en él, que se sentía segura. Se volvió hacia Davey.

—¿Listo para arrancar? —le preguntó.

Daniel y Peter querían empezar a involucrar a los chicos más mayores en la gestión diaria del negocio, y Delroy iba a ayudarles a ponerlos al tanto.

—Pues claro, Del. —Davey era todo entusiasmo—. Voy por la chaqueta.

Davey salió de la habitación y Lena preguntó con voz suave:

—¿Cómo va todo, Delroy? ¿Peter y Daniel se portan bien?

Lena sonreía, pero él podía notar la tensión pintada en su cara. Sabía que la mujer le hacía las preguntas que no podía hacerle a su marido ni a ningún miembro de su familia, ni siquiera a Ria. No podía preguntárselo a nadie más porque eso para ella equivaldría a una traición. Y ella nunca traicionaría a su marido, jamás le haría sentir que andaba comprobando cómo se portaba. Si se le ocurriese ponerle en cuestión, cuestionarlo a él o lo que él hacía, nunca se lo iba a perdonar. A él todo su entorno le había dado la espalda, y la mujer sabía bien que aquel marido suyo había sobrepasado los límites y que, de alguna manera, había jodido las cosas. Y que lo había hecho a lo grande. Sabía también que mientras Daniel siguiera pensando que ella ignoraba aquel hecho, podría continuar mirándola a los ojos. La verdad es que Delroy respetaba a la señora Bailey por su lealtad, a pesar de que creía que estaba equivocada.

—Sí, son unos chicos legales, señora Bailey. —Odiaba tener que mentirle, pero ¿qué otra cosa podía hacer? No podía contarle la verdad, no podía decirle que su marido era un jodido imbécil que casi había causado la liquidación antes de tiempo no solo de sí mismo, sino también la de su hermano. No podía decirle que en ese preciso momento su marido era uno de los hombres más odiados que habían pisado alguna vez las calles de la ciudad de Londres. Aunque, de todas maneras, ella tenía que ser consciente de ello; al fin y al cabo no se trataba de un gran secreto ni nada por el estilo.

Davey volvió a la cocina poniéndose la chaqueta de cuero y Delroy soltó un suspiro de alivio. Pasó el bebé a su madre, se bebió el último trago de té y se alegró de marcharse por fin de aquella casa.

Capítulo veinticuatro

Ria estaba contentísima. Por fin su hija estaba embarazada, y estaba encantada por ella. Si alguna vez alguna joven había necesitado tener una criatura entre los brazos, esa era su Imelda. Necesitaba tener en su vida algo más que un marido, aunque lo amaba con una pasión tan intensa que era un milagro que no los abrasase a los dos.

A veces Ria se sentía afligida por ella. De corazón. Los sentimientos de Imelda por Delroy no eran sanos: se la veía obsesionada por él las veinticuatro horas del día los siete días de la semana. Ria casi podía oler el miedo que Imelda tenía a que su marido la abandonase. Para Delroy era duro, porque Ria sabía que aunque él amaba a su hija, Imelda no conseguía creérselo. Por más que lo intentaba, Ria no conseguía entender el porqué.

—Serás una mamá estupenda, Imelda. No puedes ni imaginarte lo que es gestar a un hijo y después traerlo al mundo. Desde el mismo segundo en el que lo notas moverse en tu barriga y notas la fuerza que tiene, ya cambias, eres otra. De pronto no hay nadie más en el mundo que pueda sustituir jamás a esa criatura en tus afectos. Es como si comprendieras, así, de repente, lo que realmente significa la vida.

Imelda sonrió, pero tenía la sensación de que su madre quería advertirle de algo, y eso no le gustaba demasiado. Instintivamente, se llevó la mano a la barriga y se preguntó qué traería a su vida la criatura que llevaba dentro. Hasta entonces solo la había considerado el pegamento que haría que Delroy no dejase de estar unido a ella, porque era carne de la carne de Delroy, sangre de su sangre, estirpe suya. Se dio cuenta de que en ningún momento había pensado que el bebé era también de ella; solo había pensado en él como una extensión de su marido, un lazo invisible entre los dos. Pero ahora, sin embargo, la enormidad de lo que estaba sucediendo se le hizo presente: iba a crear un ser humano de verdad, un ser vivo que la necesitaría, que la necesitaría precisamente a ella durante toda la vida. Y supo que también ella necesitaría a su retoño.

En ese momento miró a su madre y comprendió que ella se había percatado de que no estaba simplemente enamorada de Delroy, sino que literalmente se consumía por él.

—No puedo evitarlo, mamá. Solo sé que si no lo tengo a él, me moriré.

Ria sonrió con tristeza.

—Escucha, cariño, al principio todas nos sentimos así, pero ahora sé, y puedo asegurártelo que si no aprendes a manejar tus emociones, tu chico saldrá zumbando y se largará, con bebé o sin bebé. No es ningún estúpido, Imelda. Acabará por darse cuenta de que no está a la altura de tus expectativas, y que nunca podrá estarlo, ni él ni nadie. Quieres tenerlo ante tus ojos día y noche. Te he observado, he visto cómo lo vigilas, y sufro mucho por ti. Pero al final te diré lo que hace mucho tiempo que quería decirte. Si no aprendes a dar un paso atrás, lo forzarás a que se aleje de ti. Ya

sabías que ha sido un mujeriego, sabías que era uno de los malos de la película, lo sabías *todo* de él y aun así lo quisiste para ti. Coño, todos sabemos que estabas absolutamente decidida a que fuera tuyo. Conseguiste lo que querías, así que ahora tienes que aprender a contentarte con ello. Porque ya te lo digo yo, cariño: no hay hombre en el mundo, o mujer, por ser justos, que pueda aguantar ese despliegue de amor. El matrimonio es una sociedad, y, para que funcione, muchas veces hay que mirar para otra parte, tener cuidado de no hacer siempre las preguntas que quieres hacer. Y lo principal es que seas sincera contigo misma y preguntes solo cuando de verdad quieras conocer las respuestas.

Imelda comprendió que su madre tenía razón. Le estaba advirtiendo, estaba intentando decirle lo que ella ya sabía: que tenía que controlar de algún modo aquellos sentimientos suyos por Delroy y poner freno a aquel amor tan obsesivo antes de que destruyese completamente su matrimonio.

—Ya sé que tienes razón, mami, y sé que necesito tranquilizarme, y voy a intentarlo. Pero a veces es como si estuviera poseída. Me oigo a mí misma gritar y desvariar y sé que está mal, sé que es irracional. Pero es como si lo hiciera otra persona, y me odio por sentirme así.

Ria estrechó a su hija entre los brazos y se preguntó de nuevo cómo era posible que aquella niña, que siempre había sido una persona tan sensata, que siempre había sido de lo más razonable, aparte de la más fuerte y decidida de sus hijos, se hubiese convertido en aquella mujer celosa e insegura.

—Escucha, cariño, ni siquiera todos los niños del mundo conseguirían retenerlo a tu lado. Los niños son la mayor fuente de tensión en un matrimonio. Todo ese rollo de mierda de que sirven para unir más a la pareja no es más que eso: pura mierda. Durante los dos o tres primeros años no te dejan dormir lo suficiente, no comes nunca bien y tu vida sexual es prácticamente inexistente. Pero si consigues superar todo eso, te prometo que *entonces* estaréis unidos de verdad. Y acuérdate de esto que te digo: cuando tienes una criatura en una cuna, *no puedes* ni salir de casa. Él *puede* salir, pero tú no. Tendrás que quedarte ahí encerrada por mucho que eso te cabree o por muchos sentimientos asesinos que albergues. *Él* sí que puede salir, irse al pub, o a donde quiera. Tú estarás atrapada como una maldita coneja, y ahora ya te lo puedo decir: es una de las sensaciones más frustrantes que experimentarás en la vida. Pero también puedo decirte que si desde ahora aprendes a calmarte, aprendes a canalizar tu rabia hacía el hogar, la empleas en lavar la ropa o lo que sea, acabarás saliendo a flote por el lado bueno, rendida pero con tu matrimonio entero y de una sola pieza. Tu padre estaba fuera todas las horas del día y de la noche, esa era su vida y yo lo aceptaba. Nosotras no estamos casadas con oficinistas que trabajan de nueve a cinco, cariño. Tú escogiste a Delroy sabiendo que era como tu padre. No puedes esperar que le dé por cambiar ahora. Así que escúchame bien: contrólate, acepta tu vida, acepta la forma de vivir de Delroy o sal pitando ya mismo. Porque él sí que no va a cambiar nunca.

Imelda sabía que su madre le estaba ofreciendo una oportunidad para renunciar a su matrimonio; le estaba diciendo que, si quería, podía volver a aquella casa con su hija y empezar de nuevo. Pero no podía hacerlo. No podía abandonar a Delroy, eso sería como cortarse el cuello a sí misma.

Sin embargo, saber que su madre entendía perfectamente cómo se sentía era ya de por sí un gran alivio. Ahora sabía que podía acudir a ella, pedirle consejo, utilizarla como una firme tabla de salvación; y además también tenía la certeza de que si no hubiera mantenido aquella conversación con su madre, habría acabado por volverse loca.

—Te quiero, mamá.

Ria sonrió con tristeza.

—Yo también te quiero, cielo —contestó.

Se miró reflejada en el espejo y vio lo vieja que se estaba haciendo, y cómo también aquella hija suya envejecía más deprisa de lo normal por culpa de aquel entrecejo perpetuamente fruncido. Ya empezaban a salirle patas de gallo alrededor de los ojos y arruguitas en las comisuras de la boca. Pero seguía siendo una chica realmente guapa, y merecía tener en la vida mucho más de lo que tenía ahora.

Capítulo veinticinco

—Venga, Peter, he levantado las manos y me he tragado todo lo que me tenía que tragar sin someterme a un lavado de estómago. Así que te pido de buenas maneras, con un precioso por favor coronado con una cerecita: ¿puedo volver a cobrar yo las deudas?

Peter Bailey miró a su hermano a los ojos. Eran intensamente azules, como los de su madre. Su madre tenía aquellos mismos ojos grandes. El mismo color azul profundo. También los habían heredado todos los hijos de Daniel. Los hijos de Peter tenían los ojos castaños, igual que él; hacía muchos años había tenido la esperanza de que alguno de ellos heredase los ojos azules de la abuela, pero no había sido así.

Ahora, al mirar los ojos de Daniel, al ver lo mucho que se parecían a los de su madre, y sabiendo que, en el fondo, siempre se los había envidiado a su hermano, se preguntó cómo podían haber llegado las cosas hasta ese punto.

—Estoy dispuesto a encargarte a ti las deudas a cobrar, Dan, pero antes tienes que prometerme que no vas a causarles dolores innecesarios a las personas con las que entres en contacto.

Daniel cerró los ojos con sincera consternación.

—Pero Peter, ¿no te parece que ya me han avergonzado lo suficiente? ¿Te crees que no sé lo que la gente piensa de mí? ¿De verdad crees que soy un jodido imbécil? Quiero que me pases las deudas porque soy bueno a la hora de cobrar y quiero demostrar que estoy listo para volver a asumir a mi cargo alguna que otra responsabilidad. Al fin y al cabo se supone que somos socios, ¿no?

Peter sabía muy bien lo difícil que le resultaba a su hermano decir aquello en voz alta. Daniel nunca llegaría a superar la vergüenza de ser rechazado por una gente a la que él consideraba su mano de obra. A esa gente le caía bien Lenny Jones, pero ante todo sabían que si no reaccionaban ante el trato sufrido por este, podrían ser los siguientes. Peter lo comprendía, la verdad es que entendía cuál era el punto de vista de aquellos hombres. Daniel, sin embargo, se creía víctima de envidias y rencores.

Daniel estaba convencido de que ya había pagado diez veces el precio de su penitencia. En su opinión, Lenny Jones no era más que un jodido vejestorio; debería haber tenido más sentido común y no haberle dicho más cosas de la cuenta y tratarlo como si fuera un mamón. No se había llevado más que lo que se había merecido, y se lo había llevado justo cuando convenía.

—Lo que te digo, Daniel —suspiró Peter—, es que puedes volver al redil, pero solo en lo de las deudas. Aunque quisiera, no puedo justificar que desempeñes ninguna otra tarea, a no ser que me garantices que no volverás a pasarte de la raya. Porque ahora no tengo más remedio que escuchar a la gente con la que trabajo. Y esa gente no quiere verte ni en pintura. Te consideran un lastre; creen que atraes demasiado la atención, y no solo sobre ti, sino también sobre todos los que se asocian contigo. Te he defendido frente a ellos, créeme. Pero es lo de siempre, tu reputación

te precede. Y esta es otra partida distinta. Es muy simple, no puedes seguir haciendo lo que te dé la gana.

Daniel no respondió a su hermano. No se fiaba de sí mismo; lo único que era capaz de ver era la absoluta y completa deslealtad que suponía todo aquello. ¿Cómo era posible que su hermano, que había sido la persona más próxima a él en el mundo, permitiera que a él lo tratasen de esa manera? ¿Podría tratarlo así también él? Era un ultraje. Sintió que una rabia asesina le crecía en el pecho ante la vergüenza total que su hermano descargaba sobre sus hombros.

Tenía que salir de aquel sitio, y enseguida. Pero primero debía negociar un arreglo de algún tipo. No iba a marcharse de allí con las manos vacías; sin él, su hermano no habría tenido ni para una lata en la que mear, y eso los dos lo sabían perfectamente.

—Muy bien, pues, Pete. Pienses lo que pienses ahora de mí, yo *siempre* he tenido unas credenciales de puta madre, colega, y nunca he dejado de tenerlas. Y encima, he sido lo bastante bueno como para tragarme el mal trago de Lenny. Ya sé que sobrepasé algunos límites. Pero ¿sabes qué? Al carajo todo, colega. Que les den por el culo.

Peter no contestó a su hermano. Se limitó a seguir allí de pie y esperar a que terminara su discurso.

—Quiero esas deudas, pero las quiero todas. Todas hasta la última, Pete, y tú sabes tan bien como yo que me las he ganado. Si alguien necesita que le lleven dinero, *yo* atenderé el pedido. Tú te ocuparás de que sea así. Y también quiero los despachos de apuestas, los del norte y los del este de Londres. Quiero mi jodida parte, la justa. Y también quiero un porcentaje de los otros negocios, y desde este momento te prometo que si me llevo el bote que me corresponda las veces que me corresponda, no interferiré en nada de ningún modo, manera o forma. ¡Tú te crees que soy un primo, joder! No puedo creer que tengas el descaro de tratarme así a mí, a tu propio hermano, la única persona de la que siempre has podido fiarte de verdad, y sabes muy bien que eso es cierto, Pete. Pienses lo que pienses ahora, siempre serás el puto negrata, el extraño, y no sabes lo que me jode que me hayas hecho decirte esto.

Peter Bailey miró a aquel hombre, a su hermano, su pariente más cercano, y comprendió que le decía la verdad. Le había costado mucho decir lo que le había dicho, porque Daniel nunca se había fijado en su color, solo en que era su hermano, y que por eso lo quería. Daniel siempre había tenido su respaldo, sobre eso sí que no había ni la menor duda. Lo que estaba en cuestión era la facilidad que tenía Daniel para hacerse enemigos sin discriminación alguna, para causar malos rollos sin pensar antes en las consecuencias. Peter meneó la cabeza tristemente y luego, contraviniendo lo que le parecía más juicioso, dijo muy serio:

—Te daré lo que quieres, Dan, pero con una condición.

Daniel no le contestó, se limitó a quedarse mirándolo, pero Peter vio que los ojos se le humedecían con lágrimas contenidas.

—Puedes quedarte con las deudas y las apuestas…, todas las apuestas de

Londres, y trabajaremos hombro con hombro. No quiero andar discutiendo contigo, Dan. Lo único que quiero es que te des cuenta de que hay que gestionar los asuntos con inteligencia, hacerte entender que no podemos permitir que nadie se huela una mínima debilidad por nuestra parte.

¡Te *quiero* a mi lado, Dan, joder! Eres mi hermano. Pero tenemos que estar en la misma onda. Todos tienen que verte como lo que debes ser, un jefe sensato. Nada de rollos de puta violencia sin sentido. Tenemos que comportarnos como gente digna de confianza, gente formal, que nos vean trabajar en tándem para que se den cuenta de que somos socios de verdad. Si no podemos conseguirlo, más vale que sigas tu propio camino ya desde ahora. Tienes que entender qué es lo que está en juego aquí. Tienes que estar seguro de que no volverás a joder el asunto.

Ahora también había lágrimas en sus ojos, y comprendió que Daniel las veía. Confió, contra toda esperanza, en que esa noche el aire hubiera aclarado y los dos pudieran seguir adelante.

—Puedes confiar en mí, hermanito.

Peter abrazó a su hermano pequeño, pudo oler aquel aroma particular tan suyo: Acqua di Selva y jabón Palmolive. Y rogó al cielo haber hecho justo lo que tenía que hacer. Por mucho que quisiera a su hermano —y eso sí que nunca se había puesto en duda—, Daniel no era un hombre en el que se pudiera confiar a la hora de tomar decisiones sensatas por su propia cuenta. Necesitaba un guía, y Peter tendría que vigilarle como un halcón justamente por eso. Empezarían con las deudas y las apuestas; dejaría que Daniel se probase a sí mismo con eso y luego todo lo demás iría encajando. Al fin y al cabo eran hermanos, estaban unidos por la sangre, y eso nada lo podría cambiar nunca.

Capítulo veintiséis

Peter Bailey estaba molesto. Al parecer su hermano seguía fiel a sus costumbres. Solo hacía un par de semanas que había vuelto al redil y la gente ya andaba telefoneándose para quejarse de él, de su actitud y su agresividad. Por suerte, ninguno de los que se quejaban tenía verdadera importancia para él. Y, en cualquier caso, tenía cosas bastante más urgentes que hacer. Como ocuparse de Alfie Clarke, por ejemplo. Los rumores apuntaban que Alfie Clarke andaba haciendo doble juego. Seguía suministrando drogas a los Bailey, pero también se las suministraba nada menos que a los mismos a los que los Bailey se las vendían. Iba directamente a los vendedores y se saltaba los escalones intermedios. A Peter eso le habría parecido una maniobra inteligente si no fuera porque el intermediario era él. No solo habían descendido considerablemente las ganancias —cosa jodidamente irritante en sí misma—, sino que, por principio, Peter Bailey se sentía realmente ofendido por el tema.

Había pensado que Alfie Clarke era mucho más espabilado y que no se le pasaría por la cabeza que iba a poder salirse con la suya en un tema tan jodidamente elemental; al principio no se lo había creído porque resultaba demasiado absurdo, una tomadura de pelo demasiado descarada, pero las evidencias le habían obligado a aceptar la verdad. Y entonces le vinieron a la mente las palabras de Daniel: «He oído que nos está robando. ¿Y vamos a aguantarle eso?». Al parecer su hermano tenía razón desde el principio en lo referente a Alfie Clarke.

Delroy le había traído la noticia; él se había quedado tan pasmado por el asunto como Peter. Delroy, sin embargo, había notado la bajada gradual en las cantidades semanales y había decidido investigar. No le llevó mucho tiempo descubrir la papeleta, y entonces decidió que era trabajo suyo hacer una visita nocturna a cierto ratero de Essex que atendía por Robbie Jennings. Robbie estuvo encantado de contarle a Delroy toda su lamentable historia.

Robbie Jennings era un hombre joven —y bastante tonto, por cierto—. No había entendido lo serio que era su pecado, pese a que, naturalmente, Delroy le había desengañado al respecto. Iba a tener que pasarse el resto de su vida comiendo con pajita.

Sin embargo, la verdadera cuestión era qué hacer ahora. Había que dar una buena reprimenda a Alfie Clarke, y había que dársela de tal manera que todo el mundo la recordara después y comprendiera que no se podía jugar con la suerte más de la cuenta tratándose de los Bailey. Delroy había sugerido encargarle el trabajo a Daniel, pensando que eso le daría la oportunidad de demostrar lo que valía. Todavía más: conociendo a Daniel como lo conocían, sabían que Alfie Clarke se llevaría su merecido de algún modo espectacular.

Peter asintió con la cabeza para sí mismo: ya había decidido qué hacer. Delroy tenía toda la razón. En *eso* era en lo que Daniel brillaba de verdad: le encantaba tener algún motivo, cualquier motivo, para probarse a sí mismo, y aquel le venía que ni

pintado, era perfecto para él. Se aseguraría de estar en un sitio público cuando sucediera todo; al fin y al cabo, si Daniel iba demasiado lejos, no había ninguna razón para que los cogieran a los dos.

Capítulo veintisiete

—No me puedo creer que nos vayamos a España, Ria, es como un sueño hecho realidad. Y es justo lo que necesitaba antes del bautizo de Tania. ¡Tanto preparativo me ha dejado agotada! Aunque es una verdadera pena que los chicos no puedan venir con nosotras. Tenía la esperanza de estar todos juntos, como en los viejos tiempos.

Lena iba preparando la maleta de Tania mientras charlaba y Ria se alegraba de que no pudiera verle la cara. Peter no tenía la menor intención de irse con Daniel, y así lo había dicho; no estaban bien, y Ria sabía por lo que Imelda había escuchado a Delroy que no era algo que se fuera a arreglar en breve. Alzó en brazos a Tania y la abrazó; era un amor, una cosita encantadora.

—Te diré qué, Lena, tenemos una chiquilla preciosa, ¿a que sí? *Me alegro* de que los chicos no vengan con nosotras, sin ellos podremos relajarnos y hacer todo lo que nos apetezca. Digámoslo claro: cuando ellos también vienen, no hacemos otra cosa que cocinar o ir de bares para que ellos se reúnan; por lo menos si estamos solas podremos hacer lo que queramos. De todas formas, Peter quiere que busque un chalé más grande, ¡y eso lo podemos hacer hasta dormidas! Sé lo que quiero exactamente: una casa antigua que tenga un huerto de naranjos, ¿sabes? Un lugar realmente bonito con un poco de terreno, sitio para una piscina, una auténtica hacienda española con suelos de mármol, grandes puertas de roble, persianas…

Lena se echó a reír al ver la excitación de su amiga; si conocía bien a Ria, ¡seguro que ya había elegido un sitio concreto! Y llevaba meses amueblándolo mentalmente.

—¡Eres un caso, Ria! ¿Cuántas veces has estado ya allí? Pero si ya tienes una villa, ¡y no se puede decir que sea exactamente pequeña! Creo yo.

Ria se encogió de hombros. Le irritaba que Lena nunca fuera capaz de ver las cosas a lo grande, que se contentase con ir tirando.

—Es una inversión, Lena. España ya es un gran destino de vacaciones, la gente ya no se conforma con pasar una semanita en Bognor Regis. Quieren tener el sol garantizado, y en España todo es tan barato como las patatas fritas. Te sirven las bebidas directamente de la botella, ¡nada de putos pesos y medidas como aquí! Marbella es una preciosidad, con ese mar y esas playas. Tendrías que hablar con Daniel para que comprase algo allí. Te aseguro que si más adelante queréis recuperar el dinero, lo recuperaríais. A mí me encanta despertarme bajo el sol y contemplar el mar mientras desayuno, y luego irme de paseo por la ciudad y tomar un pequeño almuerzo. Para eso es para lo que hemos trabajado, colega; para mí es la recompensa por todos estos años criando niños. Me voy allí y me relajo por completo.

Lena cerró la maleta de Tania. Entendía muy bien lo que Ria estaba diciendo, y desde luego disponía de medios más que suficientes para comprarse un chalé en Marbella si quería. Pero seguía torturada por el miedo de que sus vidas pudieran venirse abajo en cualquier momento. Y el hecho de que al parecer Daniel y Peter

estuvieran permanentemente picados últimamente no contribuía precisamente a ahuyentar ese miedo.

No, Ria era una mujer asombrosa, y la quería muchísimo, pero Lena sabía que aquel estilo de vida tan lujoso no era para ella. Nunca más podría descansar si se gastaba los ahorros de su rinconcito. Pero decidió mostrarse dispuesta a dejarse convencer, por lo menos en apariencia.

—Tienes razón, Ria, tendría que tener la antena puesta por si veo alguna cosita. Creo que sería estupendo tener un sitio donde llevar a Tania en las vacaciones.

Ria sonrió. Lo cierto es que esperaba de veras que Lena comprase una casa para ella; porque si alguien había necesitado alguna vez un refugio, ese alguien era ella.

Capítulo veintiocho

Alfie Clarke seguía últimamente una rutina. Cada mañana sentaba a su hijito junto a él en el asiento delantero de su Mercedes y juntos iban a visitar sus diversos negocios. Le gustaba presumir delante de él, le encantaba que la gente se fijara en su chico, en lo guapo y lo fuerte que era ya. Cada elogio que le hacían a Alfie Junior también era un cumplido para él. Todo el mundo se hacía lenguas de su dedicación al muchacho, y ya se habían convertido en un elemento del paisaje urbano que Alfie dominaba.

Cuando se paró delante del café que frecuentaba en la calle mayor de Ilford, se sentía muy feliz. Allí bebían algo y se tomaban un tentempié cada día. Desabrochó el cinturón de su hijo, lo tomó en brazos y en el momento en que iba a abrir la puerta del coche sintió el primer pellizco del miedo.

Un coche de color oscuro se detuvo junto a él y todos sus instintos le dijeron que algo no iba bien, que había un problema. Se volvió a mirar quién era el conductor y vio a Daniel Bailey sonriéndole.

Cuando Alfie comprendió por fin lo que sucedía, intentó proteger a su hijo con el cuerpo, pero, en lo más profundo de su corazón, ya sabía que era demasiado tarde.

Todo se acabó en cosa de minutos… Alfie Clarke y su hijo estaban muertos. Ocho balas de Daniel Bailey les habían dejado secos.

Capítulo veintinueve

Peter Bailey estaba esperando a que le comunicaran la trágica noticia del fallecimiento de Alfie Clarke en uno de sus pubs favoritos, en Dagenham. Estaba de tertulia con un grupo de amigos y disfrutando de unas pocas cervezas cuando Delroy entró en el bar con cara de drama.

Peter se llevó fuera a Delroy, al aparcamiento, miró a su yerno con cierto recelo y esperó pacientemente a que le diera las noticias que traía.

—No te lo vas a creer, Peter. Yo mismo no me lo puedo creer…

Peter frunció el ceño. Dando por hecho que todo había salido mal, dijo a toda prisa:

—¿Daniel está bien? ¿Le han trincado o algo?

—Si solo fuera eso… —dijo Delroy moviendo lentamente la cabeza—. El mamón hizo el trabajo que tenía que hacer, pero no solo se cargó a Clarke… también se llevó por delante a su hijito, un crío. Ese tarado liquidó a los dos. Se cargó a tiros a los dos.

Peter Bailey se quedó en silencio. Sabía que lo que le contaba su yerno era verdad; Delroy no mentía, y desde luego no lo haría con algo tan serio como aquello. ¿Qué coño se le había pasado por la cabeza a Daniel? Aquello iba a causar unos cuantos jodidos asesinatos… y en sentido literal. ¿Cómo era posible que Daniel *pensase* que aquello podía ser siquiera remotamente aceptable para la gente de su mundo? Tenía que saber que había traspasado una línea, tenía que entender que todo el mundo iba a considerarlo una afrenta tremenda para cuantos los conocían.

—Lo mataré, joder. ¡Voy a matarlo yo mismo, joder!

Delroy sujetó por los brazos a su suegro y mientras trataba de impedir que se subiese al coche de un salto y empeorase aún más una situación tan delicada, se acordó de lo fuerte que era aquel hombre. Así que tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para impedir que Peter se librase de su presa.

—¡Escúchame, Peter! Ahora no puedes ir a verlo…, en este estado, no. Hay que pensarse bien esto, no conviene meter la pata.

Peter comprendió que lo que decía Delroy era sensato y deseó poder calmarse sin más, pero el corazón le latía con fuerza en el pecho. Por más que quisiera, no podía entender de ningún modo lo que había hecho su hermano.

—Daniel no solo se cargó a Alfie y a su hijito, Peter. También se ocupó de llevarse por delante a los dos hermanos Menéndez, los traficantes que nos estaban desplumando. Se los quitó del medio en un pub de la calle mayor de Brighton a la vista de toda la clientela que había dentro. Se aseguró bien de que todos lo vieran. Por lo que he oído, iba solo, no llevaba a ninguno de sus hombres, así que la cosa es bastante gorda, supongo. Pero ¡por el puto infierno, Peter! ¡El hijoputa está loco!

Peter iba asintiendo con la cabeza, pero comprendía que tenían que hacer algo que limitase de algún modo los daños, y tenían que hacerlo rápidamente. Los

hermanos Menéndez no eran gente de la que hubiera que preocuparse; esos dos no eran más que un par de jodidos accidentes de la naturaleza. Estaba claro que acabarían siendo liquidados por alguien; solo faltaba saber cuándo, dónde y quién.

Y Alfie Clarke no era exactamente popular… Ninguno de sus conocidos estaría dispuesto a enmendar en su nombre ningún agravio que pudiera causar, ni vivo ni muerto. Pero su hijito era harina de otro costal. Era una puta pesadilla. Hasta la pasma se sentiría obligada por su honor a solucionar aquello. En cuanto se conociera la noticia, todo el mundo lo consideraría un verdadero agravio.

Un tiroteo ya era noticia de suficiente interés, pero ¿que se cargasen a un niño a tiros? ¿Que fuera víctima de lo que era, a todos los efectos posibles, una ejecución? Eso sería noticia de ámbito nacional. Sería la noticia que abriría a bombo y platillo los telediarios, que iría en primera página de todos los periódicos. Y así tenía que ser, porque era algo espeluznante.

Aquello atraería a la pasma en escuadrones y no habría manera de escabullirse. Mantener a los polis al margen costaría una pequeña fortuna.

—Con este puto asunto se va a armar la gorda.

Delroy se encogió de hombros.

—Eso, amigo mío, ¡eso es quedarse muy corto, joder!

Capítulo treinta

Daniel Bailey sabía *exactamente* lo que había causado, y estaba contentísimo. Tenía la sensación de haber hecho algo jodidamente grande, y la verdad es que sí, que eso era lo que había causado. Los hermanos Menéndez habían desaparecido y nadie diría ni una sola palabra del tema, así que por ese lado estaba completamente a salvo. Era un agravio serio que, en su ambiente, todo el mundo entendería como tal: los Menéndez eran un par de putos inútiles gastones que se habían creído que podían desplumar a aquella misma gente que para empezar había sido lo bastante buena como para hacerles ganar unas cantidades jodidamente importantes. Meneó la cabeza al pensar en la absoluta desfachatez de alguna gente. En cuanto a Alfie Clarke, aquel cabrón no se había llevado más que lo que había ido a buscar, y a Daniel le emocionaba haber podido ser él quien le diera su merecido. La verdad es que el hijo de Alfie Clarke le importaba un huevo, sencillamente: no era más que un daño colateral. Es cierto que habría podido esperar a que el chaval de Alfie se bajara del coche, pero no había tenido paciencia suficiente para quedarse todo el día sentado sobre su culo. Cuando se paró junto al Mercedes, ya sabía que también iba a tener que llevarse por delante al chaval. Era su manera de hacer saber a todo el mundo que era capaz de *cualquier cosa*, literalmente.

Echó una mirada por la sala de estar: sin la pequeña Tania rondando por la casa, todo resultaba demasiado silencioso. Miró con cariño sus juguetes, guardados muy ordenadamente en un cesto de mimbre. Lena siempre había sido muy buena para esas cosas, nunca había dejado que los niños tomaran posesión de la sala de estar. Decía siempre que en cuanto estuvieran metidos en sus camas había que quitar los juguetes del medio porque había llegado la hora de los mayores.

Confiaba en que estuvieran bien y que el vuelo hubiera sido puntual. Su Lena se ponía muy nerviosa en los aviones. ¡Siempre volaba convencida de que se iban a estrellar! Sonrió al recordar su simpleza; le preocupaba absolutamente todo, pero, en su opinión, eso era parte de su encanto.

Se fue a la cocina y se sirvió un whisky escocés más que generoso. La puerta de atrás se abrió y él se giró rápidamente esperando ver a su hermano, pero era su madre.

—Eres un sucio bastardo.

Daniel notó la animosidad que emanaba de su madre: lo miraba como si fuera una mierda de perro que acabase de descubrir en la suela del zapato.

—Eres un hombre malo y retorcido, Daniel. Un hijoputa asesino. Ojalá nunca hubiera puesto los ojos en ti.

Daniel la dejó desahogarse; tras muchos años de experiencia sabía que era inútil interrumpirla, que la mejor manera de tratar con ella era dejar que echase fuera la bilis.

—¡Un pobre niño! Un *crío*. Dios santo, Daniel, pero ¿cómo has podido? Un

niñito inocente. ¿Te imaginas si hubiera sido la pequeña Tania? ¡Y la pobre madre de la criatura! Debe de haber perdido la cabeza de tanto dolor.

Se había echado a llorar y Daniel compuso una adecuada expresión de arrepentimiento.

—Escucha, mamá, te juro con la mano en el pecho que es verdad que fui yo el que liquidó a Clarke, sí, pero fue él el que puso de escudo al crío. Yo no podía ni creérmelo…

Theresa Bailey se quedó mirando a su hijo menor, a su Daniel, y se dio cuenta de que le mentía. Aquel hombretón era capaz de mentirte a la cara; incluso de niño decía siempre mentiras, y con todo descaro. Entonces ella se reía de él, porque nunca se podría haber imaginado que estaba criando a un hombre que un día sería capaz de llevar a cabo un crimen como aquel.

Ya había aceptado mucho tiempo antes que sus hijos, los dos, habían elegido dejar su huella en el mundo por medio de la maldad, y desde un principio sabía que nada de lo que ella pudiera hacer o decirles les habría importado. Siempre había estado a su lado en todo, pero lo de ahora era algo que no podía dejar pasar: era ir demasiado lejos. Sabía que Peter no podía estar involucrado en aquel asunto, que aquello tenía que ser cosa de Daniel, exclusivamente. Dio media vuelta y lo dejó solo sin una palabra más.

Daniel dio unos traguitos a su copa y se sintió triste. No soportaba ver a su madre tan disgustada, pero, en fin, ya se le pasaría.

Capítulo treinta y uno

—¿Estás cortando conmigo, Delroy? —La incredulidad que reflejaba la voz de Daniel era evidente.

Delroy negó con la cabeza con tanta fuerza que pareció totalmente que sus rastas cobraban vida. Daniel era plenamente consciente de la impresión que sus actos iban a causar en quienes se enteraran de lo que había hecho; ¿era posible que creyera sinceramente que podía pasarse por alto aquello de lo que era culpable? No se trataba de sus simples tácticas de matón habituales. La cosa había ido mucho más lejos y había traspasado con mucho aquella frontera imaginaria. Los Kray, los Richardson, todos ellos entendían hasta dónde podían llegar las cosas con la gente en general. Pero esposas e hijos eran un tabú absoluto para las normas de cualquiera.

—No, no estoy cortando contigo, Daniel. Peter me ha encargado que te diga que ya no quiere saber *nada más* de ti. En el futuro recibirás la parte que te toque y se acabó. Se acabó, liquidado. Ha terminado contigo del todo y por completo en lo referente a cualquier tipo de trato personal.

Daniel se quedó absolutamente estupefacto, y se le notaba en la cara; honestamente, no se podía creer lo que estaba oyendo. Él siempre había sido el exhibicionista, el que se pasaba de rosca…; ese era su papel. En cambio a Peter se le veía como la voz de la razón, el más calmado de los dos. Esa era la fuerza que tenían juntos, o al menos Daniel lo interpretaba así. ¡Joder! Si hubiera dejado que su hermano lo hiciera todo a su manera, ni un solo cabrón del barrio *sabría de verdad* cuáles eran sus fuerzas ni de qué eran capaces. Los rumores estaban muy bien, pero eso no demostraba nada. Pese a sus abundantes bravatas, Daniel siempre había creído que su hermano aceptaba sus acciones, porque esa era la razón por la que todo el mundo les tenía tanto miedo.

—¡Eso son chorradas! Si le hice un favor, colega. No pienso quedarme aquí a oír toda esa mierda. ¿Dónde está ese tío?

—Mira, Daniel, ahora ese tío se ha largado tan lejos de ti como ha podido. Tienes que aceptarlo, tronco, te pasaste de la raya. No solo con tu hermano, también con un montón de gente, además. Mataste a un *niño* pequeño, y al margen de cómo intentes disfrazar el asunto, los hechos son que le pegaste un tiro a un tipo que estaba dentro de su coche con su crío al lado, ¡joder! —Delroy casi no podía creerse que tuviera que explicarle aquello con todas las palabras.

Daniel trataba de recuperarse del susto. Miró fijamente a Delroy como si esperase a que soltase el final de un chiste que no lograba entender.

Delroy meneó la cabeza una vez más.

—Eso no estuvo bien, Daniel. Has tenido que acabar pasándote de la raya, como siempre.

Daniel asintió, incapaz de decir nada durante un momento porque la cabeza le daba vueltas a toda velocidad y su rabia no dejaba de crecer.

—¿Entonces adónde se ha ido? ¿Adónde cojones se ha marchado?

Daniel sintió de pronto que el miedo le invadía. Había creído con toda sinceridad que, hiciera lo que hiciera, su hermano estaría de su parte, como siempre lo había estado. Incluso después del incidente con Lenny Jones, Peter le había apoyado de inmediato.

—Escucha, Daniel, con él ya ha terminado todo. Está jodidamente furioso y ha tenido que largarse, porque, si no, creo que te hubieras encontrado con un problema muy serio entre las manos.

—Así que se ha largado, ¿no es eso? Y me ha dejado solo. Menudo traidor, el muy mamón. Bueno, Delroy, tengo que admitir que nunca me había imaginado que pasaría esto.

Delroy miró a Daniel y casi sintió pena de él. Comprender que su hermano había acabado por darle la espalda era una noción que empezaba a asentarse en su conciencia. Había ido demasiado lejos, y esta vez esos actos inadecuados no iban a tolerarse. Andaba esnifando coca como si no hubiera un mañana, y para un hombre que ya de por sí era bastante paranoico, eso nunca podía acabar bien. Había intentado que su hermano viera que estaba preparado para hacer lo que fuese necesario para convertirlos en una pareja invencible, mostrarle que habría dejado de lado todo lo referente a revanchismos. Solo que esta vez lo había jodido todo; y bien jodido.

Delroy meneó la cabeza. Cómo era posible que Daniel hubiera pensado que *alguien* de ese ambiente podía estar de acuerdo con sus *hazañas*; era como si viviera en un planeta distinto del que vivía el resto del hampa londinense. Que Peter Bailey hubiera roto sus lazos con aquel individuo equivalía prácticamente a una sentencia de muerte, pero Peter había hecho correr la voz de que su hermano no debía ser puesto en cuestión. Personalmente, Delroy creía que ese edicto tenía mucho más que ver con su madre que con el amor fraterno.

Delroy suspiró fastidiado.

—Está de camino hacia España, Daniel —le dijo—. Ahora no puede andar cerca de ti, y seguro que hasta tú puedes entenderlo. Tú liquidaste al hijo de uno de nuestros hombres. ¡Ya tiene cojones, utilizar a un crío como escudo! Menuda *mierda*. En cualquier caso, nunca tendrías que haberte paseado cerca de aquel chavalín con una jodida arma de fuego montada. ¿En qué puto planeta vives? Le has pegado un tiro a una criatura, ¡que no sabía ni hablar! Desde luego no iba a poder identificarte en una rueda de reconocimiento, ¿no crees?

Daniel se dio cuenta de pronto de que aquel era justo el ultraje que colmaba el vaso. No lo admitiría nunca, pero en su cabeza, en el fondo de su cerebro, había un minúsculo rastro de vergüenza. Después de apretar el gatillo, algo en su interior le dijo que había hecho algo malo, pero ya era muy tarde, demasiado tarde. Tal vez anduviera siempre con seis segundos de retraso respecto a los demás… Daba la impresión de que nunca se daba cuenta de la auténtica dimensión de las cosas hasta que ya era demasiado tarde. Y ahora la reacción de su hermano sería el criterio con el

que le juzgarían todos y cada uno de los mamones que andaban en su órbita. Y si su propio hermano no estaba por la labor de pararse nunca, ¿en qué situación quedaba él?

Delroy vio la absoluta consternación que se pintaba en la cara de Daniel al comprender la enormidad de lo que había causado. Era como si se le hubiera encendido una bombilla.

—Así que ahora tú eres su puto recadero, ¿eh? Te ha mandado para que me des un jodido recado, ¿verdad? No tiene los huevos suficientes para venir él en persona, para verme cara a cara.

Estaba claro que el enfado de Daniel no amainaba y Delroy no podía evitar sentir desconfianza, sabiendo muy bien de lo que era capaz. Por lo menos estaba bien respaldado; de eso se había asegurado más que jodidamente bien.

—Mira, Daniel, si no ha venido él mismo es porque no creo que confiase en ser capaz de contenerse y no quitarte del medio de una vez por todas. Que tú seas su hermano es la única razón que le ha llevado a contenerse; por eso no te ha dado un pasaporte permanente. Para serte sincero, Daniel, si no estás muerto ya es porque llevas su misma sangre. Y no es solo Peter… hay muchos más que consideran lo que hiciste una jodida pasada de cojones.

Daniel sonrió con frialdad, controlando sus emociones.

—¿España, dices? —preguntó.

—Sí —asintió Delroy—, y me pidió que te dijera que a Lena no le diría ni palabra, pero no por ti, sino porque la respeta mucho. Pero ella acabará por descubrirlo, Daniel, ya lo sabes. Puede que consigas esquivar el asunto porque Peter ha decidido no ocuparse él personalmente de cantarte las cuarenta por tu puta estupidez, pero todo el mundo sabe que eso es solo porque sois hermanos y porque te quiere. Pero si en el futuro sigues jodiendo la marrana así, no levantará ni una mano para defenderte. Ya puedes cuidar de ti mismo de ahora en adelante, colega, porque él considera que eres una puta carga, una puta basura. Así que no se te ocurra acercarte a él, ni llamarle por teléfono… ni siquiera compartir los mismos espacios que él. Estás en la calle, Daniel, tendrás que arreglártelas por tu cuenta y riesgo.

La arrogancia de Daniel Bailey se plantó a toda velocidad en primer plano, toda vez que el arrepentimiento por sus acciones había desaparecido hacía ya rato. Aquello se había convertido ya en algo personal, en una tomadura de pelo. ¿Quién cojones se creía Peter? Entre risas y con un gesto de burla, puso acento pijo y soltó:

—Bueno, ¡no sabes lo chocante y lo asombroso que me resulta todo esto, viejo amigo! —Y apretó el dedo contra la mejilla de Delroy antes de decir en tono malicioso—: Quité a ese mamón del medio porque le hacía falta que le enseñaran una puta lección. Les demostré a todos que éramos personas serias y que a nosotros nadie nos iba a joder y a tomarnos por unos mamones. Si entre todos vosotros no hay ni uno que entienda eso, es que sois tontos de baba. Y unos jodidos débiles. No se consigue lo que se quiere a base de ser jodidamente amable con la gente. Con todo lo

que hemos conseguido en estos años, ¿y me venís con reproches *a mí* por un puto tiroteo?

Delroy ya estaba harto y aburrido de aquello. Daniel Bailey era un lunático, un puto chiflado. Cualquier conversación con él carecía del más mínimo sentido.

—No se trata del tiroteo, Daniel, se trata de *a quién* le pegaste los tiros. Asesinaste a un niño. Y ahora hasta el último polizonte de Londres va a por ti. Ni siquiera los agentes a los que tenemos untados moverán un dedo en tu favor. Has traspasado los límites y tú solito lo has jodido todo para todos sin ayuda de nadie.

Daniel estuvo un largo espacio de tiempo sin decir palabra y después se encogió de hombros y dijo como si tal cosa, como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo:

—Bueno, pues, ¿sabes qué? Que se joda él y jódete tú también. Yo no necesito a Peter para nada. No necesito a nadie, colega. Y se lo puedes decir así, de mi parte.

Delroy se rió sarcásticamente y respondió:

—Oh, no te preocupes, claro que se lo diré, Daniel. Y antes de irme, unas palabritas de advertencia de parte de alguien que alguna vez pensó que tú valías mucho como hombre y como padre de familia. Deja la puñetera coca, Daniel, no tienes el temperamento adecuado para consumirla. Bastante mal tienes ya la cabeza como para andar metiéndote cosas. Todo el mundo sabe que eres un coquero y que la muerte de ese niño se produjo porque tú crees que esnifar te afina el coco. La coca es una gilipollez: una cosa que usas para despejarte las noches que sales por ahí, y no es ni más ni menos que eso. Así que mejor que te lo pienses bien.

Capítulo treinta y dos

—Me pregunto por qué Peter sale y Daniel no. ¿A ti te ha dicho por qué, Ria?

Ria se sentía apenada por su amiga; Lena no tenía ni idea de lo seria que se había puesto la situación, y no pensaba ser ella la que se lo explicase. Sabía que Lena sospechaba que algo serio y bastante penoso había sucedido entre su marido y su cuñado, pero, siendo como era, no mendigaría explicación alguna. Ria siempre se preguntaba qué habría podido ver Lena en Daniel Bailey que le inspirara aquella lealtad sin límites; tenía que tener algo que mereciera la pena, porque Lena seguía estando tan enamoradísima de él como cuando se conocieron. Pero a Daniel le pasaba lo mismo: la adoraba.

—Supongo que Daniel estará trabajando, como siempre —dijo Lena con una sonrisa forzada.

—No lo sé —dijo Ria, y se encogió ligeramente de hombros—. Para serte sincera, Peter nunca cuenta muchas cosas.

Tania estaba tumbada en una hamaca a la sombra de un gran limonero. Miraba atentamente a su mamá y a su tía y se daba cuenta de la tensión latente entre las dos mujeres. Notó un minúsculo, un leve estremecimiento de ansiedad. Se levantó, se acercó a su madre, saltó sobre su regazo y se sumergió en el calor y la seguridad de su cuerpo. De pronto volvía a sentirse asustada, aunque no sabía de qué. Sintió que los brazos de su madre la apretaban en el abrazo, pero eso, en vez de hacer que se sintiese mejor, la inquietó. Comprendió que de alguna forma su madre intentaba reconfortarse gracias a ella en vez de hacer justamente lo contrario.

Era un día caluroso. El cielo estaba de un azul brillante, sin una nube a la vista, y el único ruido que se oía era el agudo zumbido de las chicharras. A pesar de eso, Lena sintió un escalofrío por dentro. Algo iba muy mal, pero ella estaba decidida a permanecer al margen de lo que fuera. La experiencia le había enseñado que la ignorancia era una bendición. Y con el bautizo a las puertas, seguro que todo volvería a su sitio.

—¡Estaré encantada en cuanto hayamos terminado con lo del bautizo, Ria! Ya nos ha llevado más tiempo de la cuenta encontrar una fecha. Estoy contentísima de que Peter y tú vayáis a ser los padrinos, igual que de los chicos. Espero que todo salga bien…

Ria sonrió con los labios tensos. Sabía que a su marido tendría que trabajárselo y que tendría que ir al bautizo con ella pasara lo que pasase… era lo mínimo que le debía a Lena.

Capítulo treinta y tres

—Es Daniel, que quiere hablar contigo, Peter.

Ria observó precavida cómo Lena le pasaba el teléfono a Peter y suspiró profundamente al ver la angustia que se pintaba en la cara de su marido. Ria sabía que Peter no quería hablar con él, pero Daniel había utilizado a Lena, su esposa, para que le sirviera de intermediaria, sabiendo perfectamente que Peter no le contaría nunca a su cuñada la verdad de la situación. A ella le parecía fatal que Daniel pudiera andarse con aquellos tapujos. Y eso a pesar de que siempre había sabido que en el fondo era más falso que el puto Judas.

—Vamos, Lena, que ya veo que se trata de una llamada de negocios. Vamos fuera y nos tomamos una copa en el patio —propuso.

Peter esperó a que las mujeres hubieran salido para llevarse el teléfono al oído.

—Ya sabes lo que pienso, Delroy ya te lo ha explicado. Así que no tengo nada más que contarte. Para mí estás muerto, Daniel.

Peter colgó suavemente el auricular del teléfono con la sensación de que le habían quitado de los hombros la gran carga que suponía Daniel Bailey.

Capítulo treinta y cuatro

Lena se encontraba mal por culpa de la aprensión. Llevaba tanto tiempo esperando el día del bautizo de Tania que hasta se preguntaba si se celebraría algún día. Habría deseado que ese bautizo fuera el acontecimiento familiar que merecía ser, pero ahora, sinceramente lo único que quería era acabar con el tema.

En un principio, las razones del retraso habían sido los trabajos de Peter y Daniel, y ella lo había aceptado como siempre hacía. En ocasiones como aquella se preguntaba si no aceptaría con *demasiada* facilidad esa excusa, pero la verdad es que de la vida laboral de su marido tampoco había querido nunca saber mucha cosa más de lo imprescindible. Porque eso habría significado tener que admitir todo lo que era capaz de hacer aquel hombre. Ya tenía algo más que indicios al respecto, así que no hacía ninguna falta que se lo soltaran a la cara. Era indudable que Daniel pensaba que Lena era una pobre inocente que no se enteraba de sus andanzas, y eso a ambos les venía que ni pintado. Ella permanecería junto a él pasara lo que pasase. Esa era la principal razón por la que la mujer evitaba reconocer la verdad de las cosas, porque, por mala que pudiera ser esa verdad, *nunca jamás* encontraría dentro de sí misma impulso suficiente como para regañarle ni, aun menos, para dejarlo plantado.

Estaba claro que en aquellos precisos momentos había problemas entre los hermanos, pero ella no quería saber cuál era el motivo de todo el asunto. Ya había capeado ese temporal antes, y muchas veces, por cierto. Pero, en el fondo, ahora se temía que esa vez era diferente.

Era más que evidente que Daniel había causado algún que otro agravio serio. Hacía semanas que Peter y Ria no cruzaban la puerta de su casa, y Theresa no despegaba los labios, seguramente enfadada, porque no parecía tener ni una mísera palabra que dirigirle a su hijo pequeño, así que a Lena la tensión ya le empezaba a resultar excesiva. Los chicos también lo notaban, y ella sospechaba que por lo menos los dos mayores probablemente supieran más cosas de las que ella sabía. No soportaba nada bien que se produjeran ningún tipo de discordias, y ahora notaba que la atmósfera que la rodeaba era demasiado pesada y consumía todas sus fuerzas.

Ria sonaba como un manojo de nervios cada vez que la llamaba, y a Imelda, que la telefoneaba regularmente, también le pasaba lo mismo. Lena siempre había estado muy próxima a Imelda, y a Ria la quería mucho —querer, los quería a todos—, pero siempre pondría por delante a su marido. Por delante de cualquiera, salvo de su pequeña Tania, pero eso era lo natural. Tania era su niñita, la última en nacer, su corazón.

Eso era algo que Ria, Theresa e incluso la joven Imelda comprendían: todas estaban cortadas por el mismo patrón, a pesar de que, como ella, nunca lo admitirían en voz alta. Amar a hombres como los Bailey suponía formar parte de la vida del hampa, sin que realmente tuvieras otra opción.

Todo el mundo la había etiquetado como una débil, una tonta, porque nunca se

había involucrado en la monotonía cotidiana. Pero lo que Lena pensaba era que eso la había vuelto mucho más fuerte, porque cuando estabas ligada a un hombre como Daniel Bailey, cuanto menos supieras, mejor para todos los implicados. Lena sabía por experiencia que la verdad podía ser muy peligrosa. En la *Vida* la verdad no te hacía libre, la verdad, simplemente, te hacía daño. Te hacía, sencillamente, reconsiderar tu moral, tus límites y tus directrices; te hacía reconsiderarlas para, llegado el caso, tolerar literalmente *cualquier cosa*.

Lo único que deseaba ahora era que el bautizo de su hija fuese bien, y que su marido y la familia de su marido encontrasen algún tipo de terreno común y pudieran volver a estar juntos de nuevo. Sabía que aquel era un día importante en más de un sentido. Era una oportunidad única para juntar en una misma habitación a su marido y al hermano de su marido, y eso era lo único que quería.

Capítulo treinta y cinco

—Te lo estoy diciendo, Peter, nosotros somos los padrinos y tú no me vas a boicotear el puto bautizo de esa criatura. Me importan un puto carajo los dramones que os traigáis entre manos Daniel y tú, ¿vale? Prometí que los dos íbamos a estar allí, y allí estaremos. La familia al completo.

Peter Bailey estaba verdaderamente atónito ante la vehemencia de su mujer, teniendo en cuenta que ella sabía muy bien lo que pasaba. Ria no era como Lena, una jodida bobalicona; su Ria tenía a gala saberlo absolutamente todo, ese era su modo de ser.

—¿Te ha entrado la media hora de locura, mujer? Ya sabes lo que hay, ¡bien que me lo echaste en cara! Me diste un disgusto, me acusaste de que no tenía bien puestos los ojos en el objetivo. Me decías que yo tenía que haber impedido a Daniel que fuera a por Alfie y su chaval. Y ahora vienes y me dices que tengo que ser el padrino de la pequeña Tania ¿porque lo prometí cuando nació la cría? ¿Antes de que su padre jodiera a todos y todo lo que tenía a su alrededor?

Ria lo miraba fijamente con cara de enfado.

—Vas a ir y sanseacabó —le dijo.

—¡Ah, no! No pienso ir. Daniel puede irse a donde le dé la gana. Yo he decidido que me lavo las manos en todo lo que respecta a él.

—¡Oh, déjalo ya, idiota! Esto lo hacemos por *Lena* y por su bebé. Tú prometiste que serías el padrino y *lo serás*, Peter. Te juro por el propio Cristo bendito que lo serás… no puedes renegar ahora de una promesa como esa pase lo que pase. Se trata de *religión*, Peter, de la familia. No de ninguno de esos putos tejemanejes tuyos. Lena te lo pidió y le dijiste que sí.

Ahora no puedes echarte atrás, ¡por lo menos si quieres seguir siendo bienvenido en esta puta casa! No estoy pidiendo demasiado, tío, pero si te lo pido en serio como lo estoy haciendo es por algo, y sabes que no aceptaré un no por respuesta. Al margen de lo que haya hecho —y sé perfectamente que Daniel es un jodido lunático—, sigue siendo tu hermano y Tania sigue siendo tu sobrina.

Y entonces salió de la habitación dando un tremendo portazo. Sabía muy bien cómo hacer una buena salida teatral, era la máxima experta mundial en salidas cuando se le antojaba. Para ser justos con ella, eso sucedía muy pocas veces; pero, de todos modos, no dejaban de ser, al mismo tiempo, toda una advertencia. Ria era un tanto pendenciera; cuando algo se le metía en la cabeza, era capaz de provocar una pelea en una casa vacía. Era sabido que de vez en cuando le daba por plantarse, y en esos casos era imposible discutir con ella. Como a lo largo de los años Peter se había ido saliendo con la suya bastante a menudo —y sin que ella emitiera ni un suspiro—, cuando era *ella* la que forzaba una salida, él solía ceder. Pero esa vez no estaba por la labor de contentarla.

Daniel había ido demasiado lejos: había arruinado casi todo lo que habían

conseguido. Únicamente gracias a su maniobra de limitación de daños, Peter no solo había impedido que se produjese la muerte de su hermano, sino que también había logrado conservar su puesto como cabeza del clan Bailey. Solo gracias a sus jodidas habilidades diplomáticas —y lo cierto es que había tenido que escarbar profundamente hasta dar con ellas—, junto con su propia indignación ante los hechos perpetrados por su hermano, había podido detener lo que amenazaba con convertirse en un verdadero incidente internacional. Había hecho correr la voz de que él mismo se ocuparía de Daniel, y que cualquier otro que se sintiera impelido a imponer un castigo a su hermano al final tendría que acabar viéndoselas con él personalmente. Y eso no sería nada bueno para ningún posible interesado; al fin y al cabo, y fuera lo que fuese, Daniel seguía siendo hermano de Peter.

Enviar a Delroy a decirle a Daniel que no quería volver a tener nada más con él había sido lo más difícil que había tenido que hacer en su vida. Delroy le hizo partícipe de la respuesta de Daniel —y con todo detalle—, pero Peter sabía perfectamente que aquello era solo una tapadera. Daniel se sentiría más destrozado por el enfado y la decepción de Peter que ningún otro.

Peter culpaba de gran parte de aquello al hecho de que su hermano anduviera coqueteando con viejas sustancias orientales. Que Daniel estuviese tomando drogas ya era una jodida anomalía en sí misma, porque él las odiaba desde siempre. Daniel era un bebedor, le gustaba tomarse unas cuantas copas, y fin del asunto. Pero al parecer ahora se había convertido en el gran *meister* de la coca. Hacía muy poco tiempo que Peter había comprendido con qué unción religiosa había abrazado Daniel la liturgia del esnifeo. También él se metía una raya de vez en cuando, como todos. Te despejaba, servía para contrarrestar el alcohol, te permitía seguir moviendo el culo toda la noche. Pero en alguien como su hermano, que en el mejor de los casos era un puto paranoico, lo que hacía era exacerbar sus inclinaciones naturales, y las inclinaciones naturales de su hermano eran siempre jodidamente violentas.

Oía a su madre y a Ria en la cocina y deseó poder tener, por una vez, una varita mágica y agitarla para hacer que las dos se volvieran mudas.

Cinco minutos más tarde, su mujer y su madre estaban plantadas delante de él exigiéndole que cumpliera su promesa.

Theresa lo miró a los ojos y dijo suavemente:

—Él lo necesita, y tú lo sabes tan bien como yo. Es un completo idiota, pero no por eso deja de ser tu hermano. Y eso no podrá cambiarlo nunca nada de lo que digas o hagas.

Peter no le contestó: su madre siempre insistía en que anduvieran juntos, en que estuvieran todo lo unidos que pudieran. Y eso *él* lo sabía.

Theresa le acarició suavemente el brazo y él colocó su mano sobre la de su madre, que le miró a los ojos y dijo con energía:

—*Tienes* que estar allí, *tienes* que mostrar algún tipo de solidaridad. Sus hijos necesitan saber que siguen siendo parte de la familia… que lo serán en el futuro. A tu

manera, tú eres tan arrogante como él. Pero tú y yo sabemos que todo eso lo está matando. Sabe que se portó mal. Límpiate la boca y cumple con tu papel de padrino; y recuerda que sea lo que sea y haya hecho lo que haya hecho, sigue siendo tu hermano pequeño y sigue siendo mi hijo menor, y que los dos juntos seréis siempre mucho más fuertes que cualquiera de los que os rodean. Te necesita para que le ayudes a recuperarse, para que lo dirijas, para que le digas la verdad. No te estoy pidiendo que vuelvas a incorporarlo al redil, te estoy pidiendo que recuerdes que Daniel *te necesita*, y que te necesita a su pesar. No importa lo que pensemos de él o de sus actos: compartimos la misma sangre. No puede ni imaginarse la vida sin tenerte a su lado… Sin ti siempre habrá algo en su vida que se acabará truncando. Y no te permitiré que le hagas eso. He permanecido firme al lado de los dos, sin importarme lo que pasara. Sé muy bien que llevas unos cuantos muertos sobre tu conciencia, pero lo acepto, igual que acepto a Daniel. Ya sabes que nunca os pido nada a ninguno de los dos, pero ahora te pido a ti, Peter, que le des un puto respiro a Daniel, que le digas que si puede se las arregle por su cuenta. Eso solo se lo puedes decir *tú*. Tú eres la única persona a la que escucha alguna vez.

Peter suspiró. Su madre apoyaría a sus hijos pasara lo que pasase, y, por mucho que sus palabras le fastidiaran, sabía que era ella la que tenía razón. Ahora Daniel no iba a escuchar a nadie más que a él. Daniel se sentiría tan consternado por su alejamiento que aceptaría gustoso cualquier crítica de Peter si pensara que eso volvería las cosas a la normalidad.

Así que iría al bautizo de la criatura; su madre tenía razón: tenían que verlos a los dos juntos otra vez, hombro con hombro, aunque, en realidad, no lo estuvieran. Pero Daniel tenía que cumplir con su papel, admitir que se había equivocado y cambiar de conducta. Daniel había rechazado sistemáticamente trabajar en equipo, nunca aceptó que Peter, precisamente Peter, fuese la persona con la que quería tratar la gente, el que tenía las credenciales necesarias para ello. Daniel siempre se salía de madre para demostrar algo, para forzar la suerte, para ajustar alguna cuenta.

Su madre estaba pidiendo un imposible. Estaba tan disgustada con Daniel como lo estaba él consigo mismo, pero ella seguía pidiéndole que diese otra oportunidad a su hermano…, aquel asesino de niños. Ella era su mamá, y como buena mamá intentaba tender un puente entre los dos. Peter no estaba seguro de que Isambard Kingdom Brunei lograra construir un puente que fuera lo bastante grande como para resolver sus divergencias.

Que Daniel hubiera asesinado a aquel niñito era algo que nadie podría olvidar nunca, y que muy pocos, él incluido, le perdonarían jamás.

Capítulo treinta y seis

La iglesia estaba atestada de gente y Lena contempló orgullosa a su hija pequeña. Estaba hecha una preciosidad. El traje de bautizo ya era antiguo —lo habían usado todos y cada uno de ellos—, pero precisamente eso era lo más importante. La propia Theresa lo había cosido a mano hacía ya todos aquellos años, y verlo todavía en tan buenas condiciones de uso le hizo sentirse orgullosa.

Lena le pasó la niñita a su suegra con una sonrisa:

—Es asombroso lo clavadita a ti que es esta criatura, Theresa, ¡sobre todo cuando frunce el ceño! Le voy a poner Theresa de segundo nombre en honor a ti y a lo mucho que significas para nosotros. También se llamaba así tu madre, ¿verdad?

Theresa miró a su nieta y asintió, conmovida:

—Sí, así era. Pero tengo la esperanza de que esta Theresa tenga más suerte en la vida de la que tuvimos nosotras. Que no cometa las mismas equivocaciones. Cuando eres joven, nunca te das cuenta de las trampas que te acechan ni de la estupidez de muchas de las cosas que haces, ¿verdad? Piensas que la gente es lo que *tú quieres* que sea y luego, cuando te destrozan el corazón, tienes que sacar fuerzas de donde sea para seguir adelante. Pero en fin, Lena, me imagino que tú ya sabes todo esto tan bien como yo.

Lena comprendió que su suegra intentaba advertirle sobre Daniel y sobre lo sucedido entre Peter y él, pero, la verdad, no eran ni el momento ni el lugar más adecuados. Lena había reescrito tantas veces los mandamientos… Había hecho concesiones una y otra y otra vez. Se había convencido a sí misma de que como católica y como esposa tenía el deber moral de permanecer al lado de su marido pasara lo que pasase. Se había pasado muchas horas en misa rezando por la salvación de su marido, además de por la suya, pero el balance final era que ahora sabía que se alejaría sin dudarlo de quien fuera necesario si eso garantizaba mantener a su esposo a salvo. Incluso después de tantos años Theresa *todavía* no había comprendido que ella no traicionaría a Daniel nunca, *nunca jamás*.

Con una amable sonrisa, dijo satisfecha:

—Creo que esta pequeñina siempre estará perfectamente, Theresa: nos tiene a nosotras. Sé que tú cuidarás siempre de ella, y los demás, igual.

Theresa sonrió, pero Lena se percató de que estaba irritada. Daba la impresión de que, simplemente, no entendía que hay cosas que una vez dichas en voz alta son completamente imposibles de retirar. Mira a la pobre Imelda: anduvo husmeando todo lo que pudo en la vida de Delroy incluso a pesar de saber que casi todo lo que descubriera no sería demasiado bueno. Como resultado de ello, Imelda, la pobre, era la persona menos feliz de todas las que Lena conocía.

En la vida del hampa, el conocimiento no significaba poder. En la *Vida* el conocimiento era un agravante añadido.

Vio al cura, observó que le hacía un gesto de saludo y se sintió avergonzada de

nuevo por haberse distraído. Estaba en la casa del Señor para asistir al bautizo de su hija y andaba pensando en todas aquellas otras cosas terribles. Se plantó una sonrisa postiza en la cara, se acercó al altar y empezó a rezar para pedir perdón a Dios y de paso pedirle también que le concediese la merced de que el resto del día transcurriera sin más contratiempos.

Capítulo treinta y siete

Peter Bailey había renunciado al demonio, había hecho todo cuanto le habían pedido y ahora observaba la reacción de su hermano ante los gritos de angustia de su hija al caerle el agua del bautismo sobre la cabeza.

Que Tania no estaba impresionada, ni lo más mínimo, era de lo más evidente. Cuando Peter vio a su hermano tomar a la cría entre sus brazos e intentar calmarla con todo su mejor empeño, se preguntó una vez más cómo era posible que aquel hombre fuera una masa tan grande de contradicciones. A Daniel se le veía auténticamente preocupado por la aflicción de su hija, y la acunaba arriba y abajo esforzándose en calmarla. Pero la niña solo se calmó cuando Lena se la quitó de los brazos y la acurrucó contra su hombro.

Peter cerró los ojos y se permitió enfrascarse completamente en la misa. Sabía que aquella era la única manera de poder ignorar a su hermano. No le gustaba aquel sacerdote…, era un chulillo. El padre Mahoney siempre se aseguraba de que las bodas, los bautizos y los entierros le tocaran a él; sabía dónde había más ganancias.

Después de esas ceremonias siempre había una copa para el cura, lo que no sucedía en las misas diarias. Peter sabía que su madre tenía veneración por el padre Mahoney, igual que todas las demás mujeres; el cura siempre las mimaba, y aquello a ellas les encantaba. Ni siquiera su Ria era reacia a esos encantos. El cura coqueteaba abiertamente con las mujeres de la parroquia, y ellas lo adoraban, les entusiasmaba.

Peter iba recitando la misa sin pensar:

—Estamos levantados al Señor.

Se percató de que su hermano había llegado y se había puesto a su lado; supo que era él antes incluso de oírle repetir al unísono las frases de la misa, algo que habían hecho juntos toda la vida.

Acompañando a su madre, habían ido muchas veces a misa de seis, antes de acudir a la escuela. Ella seguía yendo la mayor parte de los días a misa muy temprano, y, años antes, los dos chicos la oían junto a ella, y ambos hermanos repetían los rezos litúrgicos de memoria. Era algo que llevaban toda la vida oyendo, tanto que ya había pasado a formar parte de sí mismos. Los dos extremadamente aseados, hasta brillar de tan limpios, eran tan jóvenes que no cuestionaban nada. Theresa los llevaba sujetos de la mano como si su vida dependiera de ello, segura por completo de que Dios siempre cuidaría de ellos. Por entonces los chicos no sabían aún que a su madre muchos la miraban por encima del hombro porque los había tenido a los dos —uno blanco y otro negro— sin un marido que la avalase. No sabían que su mamá había tenido que echarle más valor que nadie a la hora de entrar en la iglesia con la cabeza bien alta y sus dos niños pequeños vestidos como unos príncipes, y que además tenía que recoger el guante de la opinión pública todas y cada una de las veces. Que la miraban con asco y la trataban con desdén. De eso no se habían dado cuenta hasta mucho más tarde, y ella les había dicho que le importaba

un puto carajo aquel montón de zorras viejas, jodidas y resecas que la miraban por encima del hombro, porque ella estaba más que orgullosa de sus hijos. Les dijo que sabía que si el mismo Dios Creador había decidido enviárselos, no iba ella a permitir que un puñado de viejas pellejudas, que no habían echado un buen polvo de verdad en toda su vida, vinieran a dictarle cómo comportarse en público. El propio Jesucristo no había tenido padre, qué cojones, San José era su padre putativo y la pobre Virgen María ¡era una de las primeras madres solteras!

Peter mantenía los ojos cerrados, pero sonreía al recordar la rabia de su madre. Había comprendido hacía mucho tiempo que ella se había dado cuenta de que, para todas aquellas mujeres que vivían en su entorno, lo que constituía el mayor motivo de discordia era el color de su piel. Su familia la había abandonado también por él, y él la quería todavía más por haberlo criado y mantenido junto a ella y por quererlo como lo quería.

Peter volvió a atender a la misa, consciente de que estarían mirándolos; todos cuantos tenían alrededor estaban más interesados en *ellos* que en el bautismo que se celebraba. Su aparición había sido la garantía para que acudiesen muchos de los invitados, presentes no tanto por Daniel como por mantener el contacto con Peter.

Su madre había tenido razón: por malo que fuera Daniel aquello era por algo más que por ellos dos. Era también por Lena y los chicos, por la pequeña Tania y también por la propia Imelda. Era en realidad un asunto de familia, y Ria se sentía tocando el cielo: quería profundamente a la pequeña Tania.

Peter miró a su propia hija y su barriga hinchada. Pronto volvería a aquella iglesia para dar la bienvenida a la fe católica a su primera nieta. Confiaba en que Imelda se tranquilizase, y mejor cuanto antes: notaba que Delroy estaba irritado con ella y la verdad, sinceramente, comprendía muy bien lo que sentía aquel hombre. Delroy había más que demostrado sobradamente su lealtad y Peter había ido cambiando lentamente aquella cantinela sobre su yerno. Ahora ya lo consideraba un hombre en el que se podía confiar. Lo cierto es que veía muchas cosas suyas en Delroy. E Imelda era muy insegura, demasiado insegura para un hombre como él. Su Ria, a la que adoraba, siempre había tenido el buen juicio de hacer la vista gorda cuando era necesario, porque sabía que él siempre acabaría volviendo a casa con ella. Pero Imelda era muy agresiva e insistente con lo de trabajar en el negocio, y todo porque quería tener bien vigilado a su marido.

Peter suspiró. Por fin se acababa la misa. Lo único que quería ya era que también se acabara lo demás.

Capítulo treinta y ocho

Mientras la familia iba saliendo de la iglesia después de la ceremonia, Daniel se puso al lado de su hermano.

—Te agradezco que hayas venido, Peter, ya sé que no querías hacerlo. —Se lo dijo con una sonrisa.

Peter no le contestó, dejando que la rabia ante la estupidez de su hermano lo invadiese. Estaba claro que Daniel creía que su presencia hoy allí significaba que andaban otra vez hombro con hombro. Todavía se pensaba que podía hacer lo que le diese la gana y que, si mostraba arrepentimiento, Peter volvería a acogerlo con los brazos abiertos.

Peter miró fijamente el rostro de su hermano y vio allí a aquel hombre guapo al que tanto había querido, aquel hombre que tenía los mismos ojos de su madre, en los que vio también el afecto verdadero por Peter que se leía en ellos, y la falta total de entendimiento de la situación en la que se encontraban.

—He venido por mamá, Lena y Ria. *Tú* no vuelvas a establecer ninguna clase de contacto conmigo, Daniel. Hoy has bautizado a *tu hija* sabiendo todo el rato que asesinaste a un jodido niñito. Y sé que lo planeaste, Daniel. Sabías que ibas a matar a aquel niñito, sabías que era la niña de los ojos de su padre y tú *querías* que Alfie supiera que su hijo iba a morir con él. Así es como eres exactamente, Daniel. Eres un imbécil retorcido y cruel. Así que ahora déjame *en paz*. No puedo mirarte a la cara sin ver a aquel pobre crío inocente muriendo todo lleno de sangre. Deja la puta coca y arréglate el cuerpo y el alma, pero a mí ni te me acerques, ¿me oyes?

Capítulo treinta y nueve

Theresa estaba borracha como una cuba, y sabía que esa era la única forma de conseguir pasar aquel día. Peter y Daniel, sus chicos, sus *niñitos*, estaban ahora más alejados que nunca el uno del otro.

Podía ver la aflicción que sentía Daniel. Le resultaba odioso lo que Daniel había hecho, pero entre aquellas brumas alcohólicas no podía evitar echarle la culpa a Peter. Era *él* quien tendría que haber controlado a su hermano, era *él* quien tendría que haberlo vigilado. ¿Cómo podía ignorar que Daniel estaba a muy pocos sándwiches de montar una merienda de negros?

Dio un traguito a su whisky y observó a Ria y a Lena, que se afanaban con la pequeña Tania, y a sus nietos, que reían y bromeaban entre sí. *Ellos*, por lo menos, seguían llevándose bien. ¿Pero cuáles serían las repercusiones de todo aquello? ¿Qué sería del futuro de los Bailey? Suspiró y se preguntó cómo coño podía ser que sus hijos hubieran llegado a aquel punto, manteniéndose todo lo alejados que podían el uno del otro y a pesar de eso más conscientes el uno del otro de lo que ninguno de los dos estaría dispuesto a admitir nunca.

Capítulo cuarenta

Lena estaba tumbada en la cama con su hija, pero no conseguía dormir. No sabía por dónde podía andar Daniel. Hoy se había demostrado lo errónea, lo absolutamente errónea que era la situación entre los dos hermanos. Todos habían procurado comportarse como si no hubiera sucedido nada inconveniente, pero era imposible ignorar la tensión que flotaba en el aire.

Abrazó a Tania, sintió el calorcito del frágil cuerpecito de su hija y supo que, pasara lo que pasase en el futuro, ella tenía que proteger a aquella niñita. Tenía que asegurarse de que nunca llegara a enterarse de cómo era de verdad la vida de su familia. Lena era el único colchón protector que su hija tenía frente a la vida del hampa, la *Vida*, y ahora estaba más decidida que nunca a que, de ninguna de las maneras, Tania entrase a formar parte de ella. Era una niña inocente, y si era necesario Lena estaba dispuesta a remover cielo y tierra para asegurarse de que las cosas siguieran así. Como madre, era todo lo que podía hacer. Después de todo, si ella no protegía a Tania de ese tipo de vida, ¿quién iba a hacerlo?

Libro segundo

Has vuelto a perder el guion, no está claro dónde andas ahora
Es un recuerdo de mañana brumosa, la carretera que te trajo aquí

Alabama 3, *You Don't Dance To Techno Anymore*
Album: *Exile on Coldharbour Lane* (1997)

Pínchame
Todos los malditos días con una jeringuilla llena de amor

Alabama 3, *Hypo Full Of Love*
Album: *Exile on Coldharbour Lane* (1997)

No podemos esperar, ni dudar, están recogiendo los candados en la verja
Huele la violencia, ciegos mamones del lado del silencio
Nos sonríen, nos guiñan el ojo

Alabama 3, *The Night We Nearly Got Busted*
Album: *Exile on Coldharbour Lane* (1997)

Capítulo cuarenta y uno

1987

El padre Brendan Murphy observó con recelo a Lena Bailey, que entraba sigilosamente en la iglesia acompañada de su marido. Lena tenía la elegancia de avergonzarse incluso a pesar de ser tan leal a su marido que no podía ni admitir como cierto nada que dejara a su esposo en mal lugar. Ignoraba deliberadamente cualquier habladuría en torno a él. Y en cierto modo, él la admiraba por aquello; como católica, Lena se tomaba muy en serio el sacramento del matrimonio, ese mérito había que concedérselo. Pero sabiendo lo que sabía de aquel hombre, aborrecía permanecer en su compañía. Sabía que no tenía elección, que tenía que estar presente en aquella cita, pero eso no significaba que tuviera ningunas ganas de estarlo. Lo que estaba, y que el Señor perdonara su pecado, era temiéndoselo.

Daniel Bailey era un hombre duro —eso lo sabían todos—, pero eso a él le dejaba frío. En sus tiempos el padre Murphy había sido boxeador, y había conocido a un buen montón de tipos tan duros como él. Se había criado en Dublín, era hijo de un púgil de los que todavía peleaban sin guantes, un borracho y uno de los hombres más duros que había conocido nunca. En vida, Michael Murphy había sido toda una leyenda; con que hubiera tenido cerebro suficiente para emplear con buen sentido el dinero que había ido ganando, habría llegado a ser un hombre de posibles. Pero en vez de eso había despilfarrado aquellos billetes ganados duramente yéndose al pub más cercano a invitar a copas a todos los colgados del local y regalando dinero a cualquiera que le contara una historia trágica.

Su madre, a la que Dios cuide y conserve —el padre Murphy se sintió bendecido, como siempre que pensaba en ella—, había seguido el camino de la tumba antes de tiempo por el esfuerzo de criar ocho hijos. Además de darles de comer y tenerlos bien limpios ganando una miseria, había trabajado sin descanso para estar segura de que eran unos buenos católicos y unos hombres y mujeres decentes. El chico se hizo sacerdote porque, desde muy jovencito, sabía que aquella era su verdadera vocación; pero luego volvió a casa y cuidó de su madre y sus hermanas tras la muerte prematura de su padre. La bebida había acabado por llevarse al buen hombre antes de tiempo, aunque la verdad es que eso había sido un alivio para todos.

Sus hermanos mayores se habían ido a los Estados Unidos y nunca se había vuelto a saber nada de ellos, el hermano pequeño cumplía una cadena perpetua por asesinato y sus hermanas estaban todas casadas y tenían su propia familia —y sus propios problemas—. Todas eran buenas mujeres, pero todas cargaban con la rémora de los hombres con los que se habían juntado y se preguntaban por qué no le habrían hecho caso a su madre en vez de aceptar al primer hombre que había mostrado interés por ellas.

Conocía perfectamente el percal del que estaba hecho Daniel Bailey, y a pesar de que el hombre acudía a rezar a su iglesia, se arrodillaba ante él para recibir la sagrada comunión y se confesaba con regularidad, sabía que era un farsante, un mentiroso y, lo peor de todo, un hipócrita. Daniel Bailey pertenecía a la peor especie de mentirosos porque sus mentiras tenían sus raíces hundidas en los hechos, y los utilizaba para mantener a su lado a una mujer más que decente, aun cuando últimamente corrían rumores de que sus hijos, sus propios hijos, los de ambos, no eran tan fáciles de engañar.

El padre Murphy era hombre de muchas facetas. Hacía ya años que había aprendido que su propia iglesia estaba llena de pecadores y pecadoras, desde cotillas malintencionadas que se dedicaban a destruir la reputación de alguien mientras limpiaban el altar hasta los borrachos, jugadores y maltratadores de esposas que le confesaban sus pecados y que él sabía que en menos de un mes volverían a estar en el confesonario reconociendo otra vez idénticos pecados. Sabía qué mujeres tenían líos de adulterio, conocía a los jóvenes más o menos promiscuos o que tomaban drogas. Trataba con todas sus fuerzas de ser un buen sacerdote, un buen hombre, y de no juzgar más de lo necesario a sus feligreses.

Pero Daniel Bailey le producía un verdadero repelús. El padre Murphy había llegado a la parroquia hacía seis años, sustituyendo al padre Mahoney, al que habían trasladado de parroquia, si bien nunca llegó a saber exactamente por qué. No mucho después de instalarse, Daniel Bailey había ido a verlo y le había confesado los asesinatos de un hombre y su hijo pequeño, y el padre Murphy nunca se había sentido capaz de perdonarle tales pecados. Había cumplido con su trabajo y le había impuesto una penitencia adecuada tras su acto de contrición; después de todo, como nunca dejaba de recordarse a sí mismo, él solo era el mensajero, el emisario de Dios en esta tierra. Su labor no era la de juzgar a nadie, pero, a pesar de ello, no podía evitar sentirse mal.

Sabía muy bien que Daniel solo iba a confesarse para apaciguar a su mujer, y no porque alguna vez sintiera remordimiento alguno por sus acciones, y eso Brendan Murphy, el hombre, no el cura, lo sabía desde el principio. Daniel Bailey lo miraba con una mirada que muchas veces lindaba el desafío, sabiendo como sabía que ambos compartían un secreto terrible, un secreto que el cura no podría revelar nunca. Daba la sensación de que era como si Daniel creyera poseer un ascendiente especial sobre el padre Murphy, y se comportaba como si, de alguna manera, entre los dos hubiera una alianza indisoluble, y como si por haberse confesado con él ahora él llevase las riendas de esa relación y la verdad es que, en cierto sentido, era así. Porque Daniel Bailey sabía por instinto que su confesión no solo había producido un gran impacto en el padre Murphy, sino que también le había dejado asqueado hasta en lo más profundo de su ser.

Como sacerdote, se suponía que no debía permitir que nada de lo que oyese en el confesonario tiñese de ningún modo sus relaciones con su grey, y hasta el bombazo

de Daniel Bailey nunca en toda su vida había sentido una repugnancia tal por ningún miembro de su parroquia. Su propio hermano le había confesado una vez un pecado de asesinato, y se había sentido auténticamente arrepentido de sus actos, había comprendido la enormidad de lo que había hecho. Le había quitado la vida a un hombre durante una pelea en un bar: borracho y con ánimo pendenciero, había golpeado a aquel hombre hasta matarlo, le había pegado tan fuerte que el tipo no había recuperado el conocimiento. Había sido una tragedia terrible para todos los implicados, y ahora estaba cumpliendo cadena perpetua por su delito.

Pero aquel hombre acudía a él con regularidad y se confesaba de todo tipo de conductas violentas, exponiendo sus peores odios en la intimidad del confesonario, y Brendan Murphy se daba perfecta cuenta de que *disfrutaba* contándoselo a él. Al fin y al cabo, aquello era el este de Londres, y él había tenido que oír muchísimas confesiones de gente malvada a lo largo de aquellos años. No era hombre que diera muchas vueltas a las situaciones que la gente le iba explicando; él solo estaba allí para oírles en confesión y darles la plena seguridad de que, siempre y cuando su arrepentimiento fuera sincero, todo les sería perdonado. Sin embargo Bailey consideraba aquello una especie de juego, una forma de degradarlo, a él y todo lo que él creía, y, en consecuencia, un modo de afirmar su autoridad sobre él. Daniel Bailey era una bestia de la peor especie, porque disfrutaba con ello.

Lena era asidua a la misa de por la mañana temprano; se aseguraba de que sus chicos asistieran a ella por lo menos una vez a la semana, y allí se encontraba con Ria Bailey, la esposa de Peter, y con el propio Peter y sus hijos.

Y ahora Peter Bailey, al que el padre Murphy le dedicaba muchísimo tiempo, lo que era bastante curioso porque sabía que se trataba de un delincuente tan importante como su hermano. Peter Bailey no era hombre en cuyo camino conviniera atravesarse, a menos de tener deseos de morir de alguna forma violenta; pero, con todo y eso, era un personaje completamente distinto de su hermano. Fuera lo que fuese, estaba más que claro que Peter Bailey no era ningún hipócrita.

El padre Murphy se arrodilló quince minutos ante la cruz de Cristo, sabedor de que Daniel no se atrevería a interrumpir sus oraciones, y disfrutó al comprender que tenerlo allí esperando le pondría furioso.

Se puso de pie lentamente, se santiguó una vez más y, forzando una sonrisa en el rostro, se volvió hacia Lena y dijo tan alegremente como pudo:

—Claro, Lena, perdona, olvidé que ibas a venir.

Daniel Bailey observó a su esposa, haciendo lo que prácticamente era una reverencia al sacerdote, y tuvo que contener el impulso de ir a dar un puñetazo con todas las fuerzas posibles en la cara de aquel hombre. Sabía que aquel hombre bebía copas con Peter, visitaba regularmente la casa de su hermano y trabajaba con él en obras de caridad. Peter había donado el dinero para un club de boxeo y para una peregrinación a Lourdes de los feligreses más pobres, se había ocupado de que las personas que no podían permitirse el viaje pudieran hacerlo y rezar a Dios y a la

Virgen para que aplacaran su sufrimiento. Gilipolleces de mierda, en opinión de Daniel. Si su hermano hacía aquello era para obtener una buena ganancia, y no por otras razones. San puto Peter, el niño de oro de su madre, el jodido niño bueno de todo el mundo. Cuando era *él* el que donaba dinero para causas diversas —y donaba cantidades muy serias—, ¡nadie decía ni una puta palabra del tema! Salvo en el colegio de Tania, eso sí: aquellas monjas sí que sabían muy bien de qué lado estaba untada la mantequilla en la tostada. Tania había sido la Virgen María en la función de Navidad, de que fuera así ya se había asegurado él perfectamente.

Pero aquel mamón lo miraba por encima del hombro. Por lo menos la presencia de Daniel le ponía nervioso. Eso ya era algo. Pero, al contrario que Lena, él no estaba nada enamorado de la iglesia, a él la iglesia le parecía otro puto negocio, un timo. Pero para su madre y su mujer era una forma de vida, y comprendía que, por ese motivo, tenía que tragar. Sabía cómo había que jugar aquel juego, y por lo menos aquel hombre le proporcionaba un cierto placer porque le producía una enorme satisfacción mofarse de él con su presencia.

Le tendió la mano y dijo, sonriente y con mucha amabilidad:

—Buenos días tenga usted, padre, estamos impacientes por celebrar la primera comunión de nuestra pequeña Tania.

El padre Murphy estrechó la mano que le tendía el hombre y rogó al cielo que aquella reunión se terminase con la máxima rapidez posible.

Lena resplandecía de felicidad; le encantaba ver a su marido en la iglesia, le ayudaba a calmar los miedos que sentía por el destino de su alma eterna. El padre Murphy comprendía sus sentimientos, de eso estaba segura. Sabía que era un hombre que veía mucho más de lo que daba a entender y que estaba dispuesto a hacer lo que fuese necesario en favor de quienes tenía a su cargo. No solamente era un hombre de excelentes valores, sino también discreto. Oía a Daniel en confesión regularmente, y a ella saber eso la ayudaba a dormir mejor por las noches.

Capítulo cuarenta y dos

—¡Dime que es un puto chiste, por favor!

Davey Bailey se encogió de hombros. A los veintitrés años era un hombretón que, como sus hermanos, estaba firmemente afianzado en los negocios de la familia.

—No es ningún chiste. Joder, Danny, tú eras el primero que tendría que haberlo visto venir.

Daniel Bailey Junior se sentó pesadamente, dándose un golpe en la columna con el movimiento. Echó una mirada por toda la oficina como si estuviese buscando una vía de escape.

—Es un jodido chalado, Danny. Me quedé alucinado, joder. No podía creerme lo que estaba viendo.

Danny dejó caer la cabeza entre las manos y soltó un gemido de lo más teatral.

—Yo ya lo veía venir, ya lo creo —dijo—, solo que no quería creer que de verdad fuera a hacer aquello, joder: el tío sabe perfectamente lo que opinamos nosotros.

Davey encendió un cigarrillo, le dio una profunda calada y dijo en tono suave:

—Como si lo que nosotros pensamos significara algo para él. Sí, el tío lo machacó bien machacado. En estos momentos Derek Thomas está en el hospital luchando por su vida. ¡Y todo por tres de los grandes! Eso es pasarse de la raya, Danny. Estoy más que harto de eso, me pone enfermo. El tío vuelve a andar completamente descontrolado. Se comporta como si tuviera todo el derecho, pero no lo tiene.

Danny no contestó a su hermano. Sabía *exactamente* qué era lo que reconcomía a su padre; se había estado esperando algo así, aun a pesar de que todos iban a llevarse un buen trozo de pastel. Daniel Bailey Senior, su padre, seguía siendo visto con sospechas por todos cuantos les rodeaban, y eso a pesar de que había intentado recuperar el terreno perdido a raíz de la debacle de Clarke; pero lo cierto era que sin el apoyo de Peter sus opciones eran realmente inexistentes. Era un milagro que no lo hubieran trincado por aquello, un milagro que Danny sospechaba que tenía mucho que ver con los deseos de su tío Peter de proteger el negocio de la familia, y la habilidad de aquel hombre a la hora de encontrar a la gente mejor situada para hacerle favores, o para despejarle los caminos, dependiendo de lo que necesitara, y saber quién estaba disponible a cambio de una tarifa. Su padre nunca había sido capaz de meterse en la cabeza que las negociaciones amistosas y la buena voluntad al final eran mucho más lucrativas de lo que jamás podrían serlo la fuerza bruta o la intimidación.

Era algo que, por otra parte, Peter Bailey siempre había entendido. Por consiguiente, había extendido sus tentáculos por toda clase de esferas y se las había arreglado también, a su inimitable manera, no solo para sacar tajada de las ganancias de otros, sino también para asegurarse de que la persona con la que establecía una

sociedad ganaba realmente *más*. Por consiguiente, todo el mundo, todos aquellos a los que involucraba en sus asuntos se quedaban encantados con los nuevos arreglos. Justo al contrario que su padre, que se limitaba a cobrar y que, durante ese proceso, se las arreglaba para hacerse todavía más enemigos de los que ya tenía. Y eso que sus enemigos ya eran, como dice la Biblia, una puta legión.

Su padre era un chupón, y eso era lo que le traía tantos problemas. Danny se había pasado un montón de tiempo levantando la parte del negocio que correspondía a *su familia*. Con grandes esfuerzos trató de asegurarse de que a sus hermanos, lo mismo que a él, se les viera como gente de fiar, como personas dignas de confianza; él trataba a todo el mundo con respeto y se aseguraba de que sus hermanos también lo hicieran así. A ese respecto era la antítesis de su padre, aunque la presencia de este detrás del telón le confería la seguridad de que la gente con la que tenían tratos iría de puntillas a la hora de traspasar cualquier puta raya.

Había aprendido de su tío Peter la sabiduría de hacer que la gente notase que se la apreciaba, y que era más fácil, cuando ya estabas en el escalón más alto de tu empeño, hacerte amigo de los nuevos jefes, de la generación en ascenso, que era mucho más sensato utilizar los talentos de la gente que trabajaba contigo o para ti que convertirlos en enemigos.

Parecía que por fin su padre también iba entendiendo eso, parecía que se alegraba del modo en que ahora todos sus iguales los trataban como una unidad familiar. Su padre tenía cuatro hijos enormes: cuatro hijos que ya no eran unos críos y que trabajaban duro para proyectar la imagen de solidaridad familiar que convenía; al fin y al cabo trabajaban al lado de sus primos prácticamente a diario. Ahora, en una sola tarde, Daniel Bailey Senior lo había destruido todo, se había mostrado otra vez como un vulgar matón.

Había arruinado las pretensiones de sus hijos de hacerse con aquellos puñeteros tres de los grandes, los había sacrificado solo porque había oído que su hermano estaba abriendo otro club nocturno y no soportaba no estar metido en el negocio o en cualquier otra cosa que requiriera su presencia activa.

—¿Usó los puños o un arma?

Davey miró a Danny a los ojos, y los dos hermanos se sintieron tan rabiosos y descorazonados que era como si se estuvieran mirando en un espejo.

—Las dos cosas. Empezó dándole puñetazos, pero luego cogió una puta llave de tuercas que tenía encima de la mesa. Y lo acabó de liquidar con aquello, sin parar de gritar y soltar tacos todo el tiempo. Fue una jodida vergüenza.

Danny volvió a refunfuñar.

—¿Y había mucha gente en el despacho de apuestas?

Davey suspiró.

—Diez, ocho, no sé, no iba haciendo cuentas, ¿sabes? Los suficientes como para dar por hecho que se hablará del tema, digamos. Oh, y ¿sabes qué más?, pues que al salir de allí el tío vació las putas cajas registradoras y se metió la pasta en los

bolsillos, totalmente como si fuera un niño de colegio robando. A puñados. Te lo digo, Dan, es perder el tiempo. Le importa un carajo lo que la gente opine, cree en serio que por su forma de actuar le consideran un tío grande, o algo por el estilo. Menudo mamonazo…

Entonces Danny se puso de pie, tomó aliento con fuerza y dijo muy serio y a su pesar:

—Mira, Davey, sea lo que sea, sigue siendo nuestro padre, y tenemos que procurar que vean que todos estamos en el mismo barco, pase lo que pase. Nosotros nos podemos decir lo que queramos el uno al otro, pero fuera de la familia no hay que decir *nada de nada*, ¿me oyes? Esa es la peor clase de traición, y tú lo sabes tan bien como yo.

Davey suspiró y dijo en tono sarcástico:

—Ya lo sé, hermanito, pero la realidad es que las cosas se me van haciendo difíciles, cada vez más difíciles.

Davey siguió de pie junto a él mientras se iba pasando aquellas manos enormes por el pelo bien espeso, y Danny pudo ver muy bien lo grande que era, lo fuerte que se había puesto; ambos eran la viva imagen de su padre. Tenían aquellos ojos azules irlandeses heredados de la abuela y que venían pasando de generación en generación desde hacía siglos.

Danny también sabía que cada vez era más difícil controlar a sus hermanos; ahora ya eran unos hombres hechos y derechos, tenían sus ideas y opiniones propias y también todo el derecho a expresarlas. Y antes o después su padre tendría que aceptarlo como lo que era: uno de los hechos de la vida. Danny tenía un mínimo de control sobre su padre. Y ya hacía mucho tiempo que Daniel sabía que su hijo mayor no estaba en muy buena disposición hacia él, o hacia sus métodos intimidatorios.

Incluso antes de lo de Alfie Clark, Danny se había quedado espantado por lo que su padre le había hecho a Lenny Jones. Aquel hombre era un puto santo y Danny había adquirido la costumbre de ir a visitarlo un día a la semana. Ahora Lenny ya era capaz de hablar de nuevo, pero andar, no podría andar nunca más. Incluso después de tanto tiempo, a Danny le costaba mucho esfuerzo soportar la visión de aquel hombre tan destrozado, odiaba saber que había sido su padre el que le había hecho aquello.

Lenny le contaba historias de los viejos tiempos, unos tiempos que eran tan emocionantes como atroces; él había movido la vida del hampa del East End, del viejo East End londinense anterior al desmantelamiento de las casuchas y la construcción de las torres de apartamentos. Y Danny también había recibido de él una buena educación: le había enseñado cómo funcionan timos y estafillas, cómo sopesar las situaciones para valorarlas, cómo calcular las posibilidades. Nunca antes había pensado realmente que cualquier situación implicaba un problema matemático, pero Lenny se lo había explicado en un lenguaje que él pudo comprender sin problemas.

Lenny no sabía que era hijo de Daniel, o por lo menos creía que no lo sabía. Lenny recibía montones de visitas, y Danny se preguntaba si alguno de ellos le habría

contado quién era él. No creía que fuera así, porque Lenny siempre era muy amable con él; y a él Lenny le gustaba muchísimo, porque era un buen tipo.

Joven como era en aquel tiempo, Danny solo lo visitaba al principio porque quería saber quién era el culpable de tanto dolor, pero luego se encontró yendo a verlo una y otra y otra vez. Ahora, sin embargo, iba a verlo porque quería ir y no por ningún otro motivo ulterior.

Su tío Peter había descubierto lo de aquellas visitas. Y lo cogió por su cuenta para preguntarle qué tal le iban las cosas a Lenny; le había dicho que era un buen chico que se tomaba la molestia de ir a visitarlo. Le dijo que le parecía que el muchacho ya estaba haciéndose mayor, que ya estaba a punto de volverse un hombre de provecho y que él velaba porque fuera así. A Danny aquello le gustó, le había gustado oírlo, aun cuando le pareciera notar una mínima punzada de deslealtad para con su padre.

Fue su tío Peter quien le pidió que cuidara de los intereses de sus hermanos, e incluso, aunque no se mencionó el nombre de su padre, Danny comprendió que también le estaba pidiendo que intentara trabajar con él y no perdiera de vista los negocios de la familia. Su tío Peter no quería que le vinieran con razones por las que tener que castigar a su padre, y Danny sabía que si *eso* sucedía, las cosas no acabarían bien para ninguno de ellos. Su padre, a pesar de todas sus baladronadas, seguía profundamente apenado por las desavenencias entre Peter y él.

Danny se preguntaba cómo demonios suavizar aquel último ultraje; pero, en fin, tenía que intentarlo. Era otro paso atrás para toda la familia, y eso después de que él y sus hermanos hubiesen trabajado tantísimo y llegado tan lejos. Lo importante era limitar los posibles daños. Al pensarlo, casi sonrió: se estaba convirtiendo en todo un experto en el tema.

Capítulo cuarenta y tres

Peter Bailey estaba en las oficinas de su nuevo *nightclub*; había ruido y el DJ no era precisamente muy de su gusto —a él que le pusieran a Etta James o a Bob Marley siempre—, pero sabía que a su clientela aquella música le encantaba y eso era lo único que importaba.

Estaba muy cabreado, pero en silencio. Daniel había vuelto a montar una jodida escena, y tendría que ser él, una vez más, el encargado de hacer limpieza. Apenas si le había puesto los ojos encima en todos aquellos años desde el drama de Alfie Clarke; se veían en la iglesia y eso era todo. Pero Peter seguía muy de cerca todo lo que hacía su hermano, especialmente en las cuestiones que tenían que ver con los negocios. Estaba al tanto de todos y cada uno de los movimientos de Daniel.

Dio unos tragos a su brandy, saboreando el ardor, y al ver que su sobrino mayor entraba en la habitación, levantó la mano pidiendo una pausa para disfrutar de los últimos momentos previos a tener que habérselas con las consecuencias de los actos de su hermano.

—¿Está muerto?

—No —negó con la cabeza Danny—, pero digamos que el bueno de Derek estará una larga temporada fuera de circulación. Le he escogido un buen hospital privado, uno que dispone de los mejores médicos. He saldado las cuentas con su mujer y le he garantizado que le pagaremos todas las facturas, incluidos los gastos del colegio de los niños.

Peter asintió en silencio: eso era justo lo que esperaba.

—Tienes que atarle en corto, Danny, de una vez por todas. Si no lo haces, tendré que involucrarme yo personalmente. Ya le he salvado el culo las veces suficientes como para que todo esto se tenga que acabar de una vez.

Danny asintió con gesto de humildad.

—Ya lo sé, tío Peter. Nos ocuparemos del tema —dijo.

—Ya sé que lo haréis, hijo. Y por cierto, ¿qué es eso que he oído sobre ti, sobre mi Petey y sobre unos problemas de deudas?

Cuando Danny pudo al fin largarse de allí, había pasado media hora más; Peter ya se había servido otro brandy bien generoso y se había sentado en su silla y cerrado los ojos. Esa noche estaba cansado, cansado y preocupado. Tenía tantas cosas que organizar durante los próximos años… Había invertido en un montón de empresas nuevas, desde el comercio de drogas —que era tan lucrativo que resultaba escandaloso— hasta clubes para caballeros con bailarinas privadas e intimidad garantizada. Pensaba abrir unos cuantos clubes más para aquella nueva generación de jóvenes que estaban convencidos de que lo único que importaba en el mundo era salir, bailar, emborracharse y pasárselo lo mejor posible. Les envidiaba por haber nacido en unos tiempos en los que lo de tener responsabilidades era cosa de épocas ya pasadas y que ahora lo único importante era hacer lo que te diera la puta gana. Los

años sesenta habían visto nacer la cultura de las drogas, los setenta la habían cimentado sólidamente en la conciencia del público en general —gracias a las estrellas de la música pop, que la habían revestido de glamur— y ahora en los ochenta lo importante era el dinero, la ropa y los colocones químicos. Aquello resultaba tan jodidamente lucrativo que parecía que imprimías tú los billetes. Pero, por las mismas razones, era preciso procurar que esa parte del negocio se llevase con la mayor discreción posible.

Pero ahora no solo su hermano andaba atrayendo sobre su persona una atención nada deseada, sino que Peter también se enfrentaba a algunos problemas con sus propios hijos. Sobre todo con Peter Junior —o Petey, como le llamaban—, quien, al parecer, tenía más de su tío que de su propio padre. Petey se creía más importante que su padre, que sus hermanos, que su tío y que sus primos; de hecho, se creía más importante que cualquiera que entrase dentro de su órbita. Peter siempre había estado al tanto de esa debilidad de su hijo mayor, de ese lado insidioso de su personalidad: Petey tenía una opinión de sí mismo tan desmesurada que hasta daba miedo. Pero lo que producía verdadera preocupación era su falta de lealtad. En el mundo en el que ellos vivían la lealtad era una virtud primordial, porque era lo que permitía, si hacía falta, eludir la prisión, era lo que permitía seguir en la calle. Peter era, básicamente, un matón, igualito que su tío. Necesitaba una buena lección, una lección que no olvidase en mucho tiempo, y esa noche Peter tenía la firme intención de habérselas con él.

Suspiró. Mejor acabar de una vez con aquello. Sabía que Petey estaba abajo en el club, así que tomó el teléfono para que le dijeran que subiese. Cuando entró, exhibiendo resueltamente el aspecto de un cordero degollado, Peter arremetió contra él.

—Será mejor que empieces a explicarte, muchacho. Sé que has estado reclamando pagos *en mi nombre*, y antes de que tú me jodas a mí, a mi hermano o a su familia, te pondré de patitas en la puta calle, te haré bastante daño, aunque seas mi hijo.

Petey miró a su padre; dio por hecho que su primo le había contado a su padre la historia. Y aunque estaba avergonzado de sus acciones, seguía considerando que tenía su justificación.

—No me esperaba que Danny me criticara, se suponía que era yo el que tenía que ir allí. Pero Danny decidió encargarse él de cobrar todas las rentas…

Peter cerró los ojos, afligido. Nada podía justificar lo que había sucedido, lo que aquel hijo suyo había hecho. Alzó la mano para detener el flujo de palabras traicioneras que se anunciaba detrás de aquellas frases.

—¿Estás tratando de justificarte por haberme dejado a un lado? ¿Tan jodidamente estúpido eres?

Petey no respondió ni una palabra. Sabía muy bien cuándo era mejor mantener apaciguado el orgullo.

—Danny intentaba hacerte un favor y, *por tu culpa*, casi lo apuñalan. Por qué robar a los tuyos, ¿eh? Andabas quitándonos dinero a mí y a mi hermano. Ganancias por partida doble, ¿eh?, ¡jodido suertudo! Y todavía no te parecía suficiente, ¿verdad? Mira, Petey, si no fueras mi hijo, ya serías hombre muerto.

Petey era realista y sabía cuándo lo habían derrotado. Se dio cuenta de que su padre sabía *exactamente* por qué había hecho aquello. Solo esperaba a que terminara de soltar lo que llevaba dentro para solicitar clemencia. Aquello era patético. Ya era un hombre adulto, pero su padre lo seguía tratando como si fuera un puto crío.

—Ya sabes por qué, papá. Debo dinero.

Peter miró a su hijo mayor, el que llevaba su nombre, y se sintió mareado por la vergüenza.

—¿Que debes dinero del juego otra vez? ¿Es que no has aprendido nada de nada? Me he pasado la vida lucrándome a costa de gente débil como tú, porque un jugador es el ser más débil de todos. Sabes lo que son los jugadores, ¿verdad? ¡Unos jodidos estúpidos, unos primos! Son la razón por la que montamos despachos de apuestas. ¡Nosotros no podemos perder, es imposible que perdamos, so imbécil! Si el juego fuera un negocio complicado, ¿no crees que habría muy pocas oficinas de apuestas y que estarían bien separadas unas de otras? Pues están en las calles principales de todo el país esperando a que primos como tú les tiren el dinero para recogerlo tan contentos. Bueno, pues este es mi último aviso. No puedes entrar en ninguno de los locales de los alrededores. Te voy a declarar persona non grata, hijo. Y me lo tomo como algo personal, así que, créeme, no habrá bicho viviente que vuelva a ofrecerte una puta silla en ningún sitio. Te doy seis meses para que tomes las riendas de tu vida. Si no lo solucionamos bien, tú y yo habremos terminado. Necesitas una esposa, una familia… Necesitas tener verdaderas responsabilidades, hijo. ¡Sí, joder, lo que necesitas es madurar!

Peter comprendió que su padre tenía razón, pero le molestaba que no pagase a sus hijos, ni siquiera aproximadamente, lo que Daniel pagaba a *los suyos*. Su padre opinaba que los chicos debían vivir ajustándose a los medios de los que él les proveía, a pesar de que él, él mismo, vivía como un rey.

—Te he escuchado, y acepto lo que me dices, papá, pero mis hermanos y yo necesitamos que se nos pague lo mismo que el tío Daniel paga a sus hijos. Tú nos lo controlas todo, siempre nos lo has controlado, papá, y eso no nos gusta, la verdad. Así que, como hoy vamos de sinceros, déjame que te dé yo mi opinión. Quiero que se me pague lo que me gano, y así será mucho más probable que no tenga que andarme con trampas. En cuanto a lo de una esposa y una familia, ¿cómo voy a poder mantener a nadie con lo que tú nos explotas? Si no puedo mantenerme ni a mí solito. Y en lo referente a las cartas, ya soy una persona mayor y jugar o no es prerrogativa mía. Ya tengo veinticuatro años, papá, no soy un puto chavalín. Así que piensa en lo que te he dicho, igual que yo pensaré lo que tú me has dicho. Puedo encontrar un trabajo en cualquier sitio, y lo sabes perfectamente.

Peter Bailey reconoció la verdad en las palabras de su hijo, pero eso no significaba que se fiase de él, débil y bobo como era. Los jugadores nunca dejan de buscar pasta rápida, dinero fácil; solo son capaces de ver el dinero como algo que te llevas cuando ganas, no como algo por lo que has trabajado. Aquel hijo suyo, una persona de su misma carne y de su misma sangre, representaba todo lo que más aborrecía él en otras personas. El hecho de que Peter hubiera sido la causa de los problemas de uno de los hijos de Daniel era algo que pesaba tremendamente sobre su cabeza. Saber que había criado a un Judas como aquel pesaba sobre él como un auténtico anatema. ¿Cómo podía haber pasado aquello? ¿Cómo podía haber producido él semejante bala perdida? No soportaba la idea, pero ese muchacho tenía mucho de Daniel: la misma arrogancia, la misma necesidad de llamar la atención. Solo que Daniel conocía bien el esfuerzo que exigen unas buenas ganancias, mientras que aquel soplapollas quería que se las sirviesen en bandeja.

Petey miró a su padre y supo con toda exactitud qué era lo que pasaba por su cabeza. Se daba cuenta de que tenía que sujetar bien las riendas, pero el freno hacía daño. Quería establecerse ya por su cuenta, y quería disponer ya de su propia gente. Lo quería todo, y, a ser posible, cuanto antes. Su padre era el pasado, y Peter no estaba dispuesto a esperar años y años para tomar el mando del negocio familiar. Lo quería *ya*, ahora mismo. Todavía no tenía potencia de fuego suficiente, pero esperaría y vería. Hasta entonces esperaría plantado en los tacos de salida… al menos en apariencia. Por ahora era todo lo que podía hacer.

Capítulo cuarenta y cuatro

—¡Es una preciosidad, Lena! ¡Mira qué pelo tan hermoso!

A Tania le llegaban los cumplidos que hacían en torno a ella, y se pavoneaba satisfecha. Toda su vida le habían dicho lo guapa que era, lo lista que era y lo mucho que la quería todo el mundo. A pesar de ello, no dejaba de asustarse cuando se quedaba sola. Solo se sentía segura cuando estaba rodeada por la familia. Estaba aprendiendo a bailar y le encantaba hacer demostraciones de lo que había aprendido.

Lena contempló a su pequeña con un arrobo total: aquella criatura era su vida, la razón por la que levantarse por las mañanas. La niña era responsabilidad absoluta de Lena y, por lo tanto, estaban tan unidas como cabía esperar.

—¡Va a estar hecha una belleza con el vestido de primera comunión! Será mejor que terminemos de organizar eso rápidamente; nos ayudarás, ¿verdad, Ria?

Ria asintió y sonrió amablemente a su amiga.

—Una locura, la verdad, ¿no es cierto? —dijo—. ¡Mi nieto va a hacer la comunión a la vez que Tania! Los dos juntos serán igual que un cuadro.

Lena asintió con un gesto que mostraba su acuerdo, pero Ria sabía que le daba miedo que llegase el día señalado. Peter y Daniel iban a estar juntos en la iglesia, y Ria sabía que Peter no iba a saludar a su hermano de ninguna de las maneras. Antes del último agravio tal vez hubiera habido alguna posibilidad, pero ahora las cosas estaban imposibles.

Ria nunca había sentido mucho cariño por Daniel, mientras que Lena se había convertido en una buena amiga, y desde el primer día. Ria quería a los chicos, que físicamente eran iguales que su padre, aunque, gracias a Dios, ninguno de ellos había heredado su misma perspectiva de la vida, aquella extraña perspectiva. En su opinión, Daniel Bailey era un puto psicótico andante que no iba a cambiar nunca, y eso Ria lo sabía tan bien como sabía cómo se llamaba.

Peter siempre había sentido la necesidad de defender a su hermano, pero hasta él había tenido que admitir la derrota. Y a Ria eso le satisfacía. No se lo perdonaba, pero tenía que ser sincera consigo misma… aunque no lo fuera con nadie más. Que Daniel quedara fuera del cuadro era algo digno de celebrarse. Era un peligro potencial permanente, y ella estaba convencida de que, si no se andaban con cuidado, ese chico acabaría siendo la causa de la caída de los Bailey.

—Me gustaría que pudiéramos disfrutar todos juntos de este día, Ria. Ya sabes, celebrarlo toda la familia junta.

Era la primera vez en su vida que Lena reconocía las desavenencias, lo que significaba que Peter ya no iba nunca de visita a su casa. Ria se quedó tan impresionada por aquellas palabras que no le respondió enseguida.

—Estas cosas duelen, Ria —continuó Lena—. El día de la primera comunión es un día muy señalado en la vida de un niño, aceptar el cuerpo de Cristo por primera vez dentro de ti, confesarte por primera vez… Para ellos es un gran paso, y me

encantaría que lo celebrásemos todos juntos.

Ria apretó la mano de su amiga. Últimamente, Lena parecía tener más años de los que tenía; seguía conservándose guapa y bien, pero el peso de las preocupaciones le había pasado factura.

—Ya lo sé, querida, y a mí también me gustaría que pudiera ser de otra manera.

Lena sostuvo la mirada de su amiga y dijo en tono suave:

—Ese chico no tiene ninguna razón, Ria, está peor que nunca. Me tiene bastante preocupada.

Ria se quedó muda de asombro ante las palabras de Lena. En tantos años que hacía que se conocían, Lena nunca jamás había comentado nada de su marido en un sentido que no fuera, única y exclusivamente, para alabarlo. Para ella admitir que pudiera haber cualquier clase de problema era inaudito. Si Daniel Bailey hubiera asesinado a sus vecinos con un hacha y ante un público de cincuenta personas, Lena habría dicho: «Bueno, deben de haberle molestado». Ni una sola vez había dicho una frase ni siquiera *remotamente* crítica sobre el hombre con el que estaba casada. Pero ahora allí estaba, admitiendo en voz alta la verdad de la situación. Ria comprendió que era la manera de pedirle que hablase con Peter del tema.

Tania observaba el diálogo entre su madre y su tía. Aunque no se enterase muy bien de cuál era el problema, captó lo suficiente de la conversación como para saber que el asunto no podía solucionarlo más que la tía Ria. Y Tania, a pesar de lo joven que era, se daba cuenta, por el modo en que la tía meneaba lentamente la cabeza, que no tenía intención de hacer nada para ayudar. Tania deslizó la mano dentro de la de su madre, se sujetó con fuerza a ella y se preguntó por qué de pronto volvía a sentir miedo otra vez.

—Es una cosa entre ellos, Lena, y tú lo sabes tan bien como yo, amiga.

Lena asintió: si tenía que ser realmente sincera, no se esperaba nada más que aquello. Bajó la mirada hacia su hija, sonrió con tristeza y dijo con forzada jovialidad:

—Entonces, ¿a quién le apetece un Wimpy?

Tania asintió con un golpe de cabeza, pero podía ver perfectamente el brillo de las lágrimas en los ojos de su madre. Aquello debía de ser por su padre, pero de ninguna de las maneras lograba entender qué era lo que estaba mal, porque su padre era el hombre más encantador que conocía.

Su tío Peter también era muy buena persona, pensó. Sabía que era hermano de su padre, aunque la verdad era que no los había visto nunca hablar entre ellos. La única vez que los había visto bajo el mismo techo había sido en misa, y allí dentro ni siquiera se miraban el uno al otro. Cuando le preguntó a su madre por qué pasaba eso, su madre le había dicho, en voz baja y muy seria —casi enfadada—, que esa pregunta no se la hiciese nunca ni a su padre ni a sus hermanos.

Le había dicho que eran cosas que solo podían saber los adultos, y que los niños tenían que ocuparse únicamente de cosas de niños. Fue la única vez en su vida que le

pareció que su madre se enfadaba con ella, así que aprendió que era mejor no hacer *ninguna* pregunta sobre la familia.

Había otras muchas cosas que no entendía, pero aceptaba que todavía era muy pequeña para que se las explicasen. Pero eso no le impedía tomar buena nota de cuanto sucedía a su alrededor y preguntarse por lo que pasaba. Lo desconocido le asustaba, pero sabía perfectamente que su madre nunca permitiría que le pasase nada, ni tampoco su papá, ni sus hermanos, lo iban a permitir. Eran mucho más mayores que ella, pero sabía que todos ellos la adoraban, y que la trataban como a una princesa. También ella adoraba a sus hermanos —en especial a Davey—, y le encantaba cuando andaban todos por la casa y venían a cenar y les hacían muchísimo caso a ella y a su madre.

Pero toda la felicidad que le proporcionaba la perspectiva de la fiesta anunciada desapareció en cuanto Tania notó la tensión que se acumulaba entre aquellas paredes. Estaba clarísimo que la tía Ria se sentía terriblemente mal, y solo eso ya hacía que todo pareciera diez veces peor de lo que era.

Capítulo cuarenta y cinco

Daniel se sirvió un whisky escocés bien colmado y, según iba dándole sorbos, echó una mirada a las oficinas que tenía alrededor. Eran un pálido remedo de los dominios de Peter, propiedades de primera clase en el mercado, pero él había decidido que prefería seguir afincado en el corazón del East End de Londres. Tenía la impresión de que desde allí veía cómo eran las cosas con mucha más facilidad. Que estuvieran en un almacén de chatarra y que las oficinas consistieran en dos casetas de obra prefabricadas y colocadas una al lado de la otra no tenía mayor importancia para él. Lo único que veía era el hecho de que estaban muy bien vigiladas, y no solo por perros guardianes, sino también por una gran verja de metal con puertas eléctricas. Ningún cabrón iba a poder entrar allí sin que él lo supiera, y así era precisamente como le gustaban a él las cosas.

Oyó los coches que anunciaban la llegada de sus hijos, y observó sin dejarse ver cómo aparcaban y caminaban lentamente hacia su guarida. Se preguntó qué sería lo que los llevaba a verle… a todos juntos. Parecían profundamente abatidos.

—¿Qué cojones pasa con vosotros?

—Ya sabes perfectamente lo que nos ocurre, papá. Davey nos contó lo que le hiciste a Derek Thomas, y hemos venido a decirte que ninguno de nosotros piensa seguir aguantando ese jodido comportamiento que te gastas. —Danny habló por todos ellos.

—Espera un momento, joder, ¿me estás amenazando? —El tono de voz de Daniel Bailey bordeaba la incredulidad, y al mirar a sus cuatro hijos se dio cuenta de que eran muchos más que él. Por primera vez en su vida vio que los chicos ya no eran ningunos críos.

Davey, Noel y Jamsie se habían sentado juntos en el sofá de cuero negro, un sofá que le había costado un ojo de la cara. Era un mueble enorme, pero aun así no daba para acoger confortablemente a sus tres hijos más jóvenes. Eran unos mocetones muy serios, unos hombres hechos y derechos, y ahora, al parecer, estaban preparados para enfrentarse a él. Danny, el mayor, estaba de pie junto a la puerta, como si hiciera guardia y se asegurara de que el padre no se podría escapar. ¡Aquello era ridículo, ridículo de cojones! Nadie podía impedirle a él hacer lo que le diera la gana, y seguro que a aquellas alturas los chicos ya lo sabrían.

—Nadie te está amenazando, papá; o por lo menos todavía no, pero tenemos que aclarar las cosas de una vez por todas.

Daniel Bailey miró a su hijo mayor: aquellas palabras le sonaron tan monstruosas que estuvo seguro de que se las había imaginado. Se echó a reír, incrédulo.

—¿Qué cojones acabas de decir?

Danny soltó un suspiro bien audible y repitió las palabras una vez más.

—He dicho que nadie te está amenazando, papá, o que por lo menos todavía no, pero que tenemos que aclarar las cosas de una vez por todas.

Daniel Bailey volvió a mirar a sus hijos, pero ahora algo inseguro. Se pasó lentamente la lengua por los labios estudiando cómo sería mejor enfrentarse a la situación en la que se veía y preguntándose cómo era posible que hubiese llegado al punto de que sus propios chicos se sintieran con derecho a cuestionarle como si fuera un puto fantaseador, un puto don nadie. Meneó la cabeza sin poder creérselo.

Sus hijos, con el alma en vilo, esperaban su reacción, conscientes de que si se cabreaba necesitarían echar mano de todo su ingenio y todas sus fuerzas combinadas para sujetarlo. Era un viejo cabrón duro de pelar, de eso no le cabía duda a ninguno, pero para todos ellos era también una responsabilidad, y todos estaban de acuerdo en que tenían que hacer frente a aquello al margen de cuál fuese a ser el resultado.

Noel se llevó instintivamente la mano al pecho. Daniel se quedó atónito al ver que el chico acariciaba la silueta de algo que, obviamente, era un arma de fuego.

Y entonces le desafió.

—¿Qué pasa? ¿Me vas a pegar un tiro, hijo? ¿Se trata de eso? —Se lo preguntó casi riéndose.

—Todos llevamos armas, papá, ¿recuerdas? —dijo con un suspiro—. Tú fuiste el que *insistió* en que las llevásemos. Aquí nadie quiere que se monte una jodida bronca, pero si es lo que hay que hacer, lo haremos. Tú casi mataste a Derek, y no había ninguna necesidad de algo así. Ahora volvemos a empezar desde la casilla número uno, porque en una puta tarde tú te cargaste todo lo que habíamos conseguido nosotros durante el último par de años. Toda nuestra credibilidad se ha esfumado, papá. De ahora en adelante nadie querrá hacer tratos con nosotros, porque no se sentirán nada seguros, todos pensarán que tú te vas a ofender por cualquier chorrada y que cualquiera de ellos puede ser el siguiente que tú decidas que se lleve una buena tunda porque sí. De lo que se trata es de que *nosotros* trabajemos todos juntos, en equipo, y de que tú nos trates con el mismo respeto con que te tratamos a ti.

Daniel Bailey miraba a sus hijos como si en su vida hubiera visto a ninguno de ellos. Una parte de él, una parte como ajena, se daba cuenta de que eran unos chicos de los que estar orgulloso. Estaban tratando de hablar con él como hombres, como hombres que se veían como sus iguales. Pero eso resultaba todo un shock, porque entonces comprendió hasta qué punto los había subestimado; en algún punto del recorrido había dejado de fijarse en que crecían, y que al crecer iban apartándose de él. Habían crecido y seguían estando muy cerca unos de otros, y ahora constituían un equipo formidable. Daniel nunca los había valorado de verdad, y eso había sido un error que ahora pagaba con creces.

Daniel Bailey solamente había mostrado verdadero afecto a las mujeres de su vida y, por supuesto, a su hermano Peter. A sus hijos solo los había visto como una fuerza de trabajo en potencia que, algún día, llevarían junto a él los negocios de la casa. Y, siendo como eran de su propia sangre, carne de su carne, había dado por hecho que siempre serían fáciles de manipular, de manejar, tal y como lo eran de niños.

Bueno, ¡desde luego, en eso se había equivocado del todo, joder! Se habían convertido en unos buenos mocetones y ahora veía que los había infravalorado seriamente. Tenía que aclarar esa situación, de eso estaba más que seguro.

—¿Vas a contestarme algo, papá?

Daniel Bailey asintió, cambiando en un instante de actitud y tratando de aparentar que estaba arrepentido.

—Derek me pegó un palo, joder, y vosotros ya me conocéis, chicos; a mí no me cae nada bien la gente que se piensa que puede aprovecharse de mi buen carácter.

—Mira, papá, no somos solo nosotros los que estamos hartos de tus putas payasadas, ¿vale? El tío Peter me ha pedido que te diga que a él tampoco le impresionan nada las cosas que haces. Él se asegurará de que tú recibas tus ganancias, y nosotros, mis hermanos y yo, *tus hijos*, intentaremos estar al nivel del tío Peter y sus chicos. Podríamos estar ganando mucho más si tú no anduvieras merodeando alrededor de nuestro cuello como un puto albatros. Así que piénsatelo dos veces antes de amenazarnos de nuevo, joder, porque si nos largamos de tu lado no tendrás a nadie de quien echar mano.

Daniel Bailey se dio cuenta de que si no se andaba con cuidado acabaría por perderlos de una vez por todas y para siempre. Los chicos sabían muy bien cómo ganar pasta, de eso él se daba cuenta mejor que nadie. Su hijo mayor tenía un gran olfato para negociar con la gente, y además era un tipo legal. La verdad es que el muchacho tenía muchas cosas de Peter, y tenía la facilidad de su hermano para descubrir los puntos flacos de las personas y utilizarlas en su provecho.

Pero la mención de las injerencias de su hermano era una última humillación para Daniel como hombre. Que sus propios hijos estuvieran dispuestos a utilizar a Peter como baza no solo era un acto indignante, sino también un acto seriamente ofensivo y humillante. Y que le demostraba lo alejados que habían llegado a estar el uno del otro. Que ya hubieran intercambiado opiniones sobre él con su hermano era una cosa degradante y un error, era todo un puto error. El hecho de que Peter ni se hubiera molestado en hablar personalmente con él era el insulto final. Pero incluso sintiendo lo que sentía sobre toda aquella situación, Daniel se daba cuenta de que ya no tenía elección, que tendría que conformarse. Los días en los que podía exigir obediencia a sus hijos ya hacía mucho tiempo que habían terminado.

Miró a sus hijos una vez más, vio sus rostros guapos de verdad y se dio cuenta de que tenía que estar orgulloso de ellos, pues sabía que en su mundo la mayor parte de los hombres se darían palmaditas en la espalda emocionados por haber producido cuatro hijos estupendos y que eran listos, respetados y, lo mejor de todo, leales a los de su propia sangre. Y, no obstante, en vez de eso, Daniel se sentía traicionado.

Capítulo cuarenta y seis

Peter Bailey se sentía feliz. Estaba en uno de sus pubs, relajado, acompañado de su mujer, de sus hijos y de su nieto. Había comprado aquel pub unos pocos meses antes. Estaba en pleno corazón de Essex y la campiña que lo rodeaba era deslumbrante. Era un local auténticamente familiar, y le encantaba poder ir allí con sus seres más queridos y cercanos, comer una comida estupenda, tomarse unas copas y, si venía al caso y gozando de aquella paz y tranquilidad, tratar algunas cuestiones de negocios. El *beer garden* estaba hasta arriba de cerveceros, y le alegraba ver a tantos niños jugando en el trocito de terreno que, recientemente, había hecho instalar para ellos. Era una tarde de domingo perfecta: hacía muy buen tiempo, se notaba que los jardines estaban bien cuidados y los clientes parecían gente agradable con coches elegantes y dinero para gastar.

Había sido Ria quien había sugerido que contratara un chef decente, y había acertado: resultaba más que rentable. Se había corrido la voz sobre la excelente calidad de la comida y ahora les llegaban tantísimas reservas que estaban considerando ampliar el local.

Mientras daba sorbitos a su cerveza, Peter suspiró satisfecho. Delroy le sonrió y él se encogió de hombros, despreocupado.

—¿Qué pasa? ¿Qué te hace tanta gracia?

—Pues qué va a ser: tú, ahí sentado como cualquier dominguero, todo relajado y rebosando cordialidad.

Al oírlo, Peter se echó a reír.

—Supongo que eso es precisamente lo que soy de verdad —dijo—, por lo menos hoy. Simplemente, he salido al campo con mi familia para tomarnos unas cervezas y disfrutar del buen tiempo. ¡Qué más se puede pedir!

Delroy asintió para mostrarse de acuerdo.

—Esta ha sido una inversión buena de cojones —dijo—, la gente tiene dinero para gastar, y un sitio como este les resulta perfecto. Míralos. Sonrientes, satisfechos y, sobre todo, dispuestos a valorar una buena comida y unas buenas bebidas. A quien sea que haya inventado eso de «pub familiar» deberían darle un título de nobleza.

—Tienes toda la razón —dijo Peter, que volvió a su pinta de cerveza y le dio unos cuantos tragos más. Por primera vez desde hacía años se sentía muy relajado. Desde el problema con su hermano, andaba inquieto; sabía que su silencio sobre la debacle no había sido muy apreciado. Se daba cuenta de que la gente pensaba que tenía que haber castigado a Daniel para mostrar que no estaba de acuerdo con las cosas que hacía su hermano. Pero, pese a lo mucho que lo había deseado, le era del todo imposible hacerle aquello. Había demasiados esperando turno para saldar las viejas cuentas que tenían con Daniel; y si *él* le daba la espalda públicamente a su hermano pequeño, sería como admitir finalmente, y ante todos, que había roto su alianza con él, y que la había roto para siempre.

Sus sobrinos crecían y ya se estaban convirtiendo en hombres decentes, que sabían ganarse un buen dinero y, algo más importante que todo lo demás, eran unos chicos leales hasta la médula. Trabajaban duro y ya estaban hasta las narices de aguantar que las chaladuras de su padre se lo jodieran todo.

Peter apartó estos pensamientos de su cabeza: estaba harto de que su hermano siguiera invadiendo su vida. Había salido de paseo con la familia y quería disfrutar del día.

Observó que Imelda salía del pub con una bandeja de bebidas. Era una buena chica, y a pesar de lo mucho que le dolía admitirlo, Delroy había sido un buen marido para ella. Peter sabía, por supuesto, que de vez en cuando también Delroy echaba una canita al aire, pero eso no tenía demasiada importancia. Los problemas empezaban cuando un hombre se liaba con una amante fija. No, en general estaba satisfecho con Delroy, que le había demostrado su lealtad y había acertado de pleno con la idea de comprar los clubes. Ahora ya era un jefe por derecho propio y no tenía que demostrar nada más.

Delroy se levantó y fue a ayudar a Imelda con la bandeja de bebidas, y cuando Ria volvía hacia la mesa llevando a su nieto de la mano, Peter se dio cuenta de que era un hombre de suerte. Tenía tanto ya que iba siendo hora de empezar a disfrutarlo como es debido. Sus chicos ya tenían edad suficiente para encargarse de la parte del león de los negocios, y eso les daría a Ria y a él la oportunidad de pasar algún tiempo juntos antes de que fueran demasiado viejos como para disfrutar realmente de la vida.

—Tío Peter…

—Hola, muchachos.

Eran el joven Danny y su hermano Davey. Peter les dedicó una amplia sonrisa a los dos, encantado de verlos, y cuando se sentaron a su mesa se sintió aún más satisfecho al ver lo contentos que parecían estar en su territorio. Era la primera vez que venían a ese pub, y le gustó comprobar que se habían quedado impresionados nada más verlo. Eran unos buenos chavales. Nunca habían acudido a él a quejarse del comportamiento de su padre: eran lo suficientemente leales como para intentar rellenar las grietas por su cuenta. Era evidente que su intervención en el asunto de Derek los había aliviado claramente; y es que él sabía mejor que nadie lo difícil que podía llegar a ser su hermano cuando le daba por ahí.

Delroy fue a buscar bebidas para todos y Peter dijo, sin apenas levantar la voz:

—¿Cómo se lo ha tomado?

Danny se encogió de hombros.

—Mejor de lo que me pensaba —dijo—, pero, para serte sincero del todo, solo pareció interesarse cuando te mencionamos a ti. Es un tipo raro, el tío Peter.

Peter suspiró sonoramente, desvanecida ya la alegría de toda la jornada.

—¿Cómo andan las cosas por la calle?

Danny se echó para atrás en la silla, y la luz del sol incidió en el rubio dorado de sus cabellos. Peter no tuvo más remedio que admitir que sus sobrinos eran

verdaderamente guapos.

—Ya tenemos resuelta la mayor parte de los temas, pero como podrás imaginar a los corredores de apuestas se los ve muy inquietos después de la última ocurrencia del viejo. ¡Típico de los apostadores, joder! Se roban unos a otros sin parar, pero hazle tú un cortecito a uno de esos cabrones y verás como todos se ponen a sangrar…

Peter Bailey echó la cabeza para atrás y se rió con ganas.

—¡Eso es, tío, nadie ha dicho nunca una verdad mayor que esa, joder! Pero lo superarán, ya verás. Ahora lo que tenemos que hacer es asegurarnos de que eso no vuelva a pasar nunca. Ya he tragado todo lo que he podido, y vosotros lo sabéis. Pude habérmelo quitado del medio hace mucho tiempo, pero no lo hice. Así que ahora os digo a vosotros, a todos vosotros, que podréis disponer de vuestra parte, pero que si el tío vuelve a pasarse otra vez de la raya, seré yo mismo el que lo quite del medio definitivamente.

Incómodos, Danny y su hermano agacharon la cabeza.

—¿Y sabéis que es lo peor de todo, chicos? Que a vuestro padre ni siquiera se le ocurre que pueda haber hecho algo mal. Cuando ataca de ese modo, eso no significa nada para él.

Ante eso ya nadie dijo una palabra más. Apoyaron la espalda en los respaldos de su asiento y esperaron pacientemente a que Delroy les llevara sus copas.

Capítulo cuarenta y siete

Lena estaba emocionada porque ese día su Noel iba a llevar a casa a una chica para presentársela. Era la primera vez que cualquiera de sus hijos invitaba oficialmente a una chica a su casa. Oh, claro que sabía que alguna vez habrían colado alguna de rondón —ella no era tonta—, pero los chicos siempre se habían asegurado de que se marcharan antes de que se hiciera de día. Y ahora allí estaba su Noel trayendo a casa a una chica de la que era evidente que andaba enamoriscado, y la verdad es que Lena estaba bastante emocionada con la perspectiva.

Había preparado un bizcocho estupendo y unos cuantos sándwiches, y además había horneado una quiché y dispuesto una enorme fuente de ensalada. Echó una mirada a la cocina y, por primera vez, deseó tener una casa tan bonita como la de Ria. Y no era porque no se la hubiesen podido permitir, sino porque Lena prefería tener dinero en metálico. La mayor parte de los días le parecía que su casa era más que adecuada, si no exactamente lujosa.

Pasó la bayeta por las encimeras por enésima vez y miró por la ventana para ver si veía a Tania. Se sonrió para sus adentros al ver a su hija sentada en la hierba jugando con las muñecas y charlando consigo misma. Tania tenía una gran imaginación, y no era de esos niños que exigen atención constante… como pasó con los chicos, que la habían vuelto loca desde el mismo momento en que amanecían hasta que por fin podía volver a meterlos en la cama.

Oyó que se abría la puerta de la calle y, tras plantarse una fingida y enorme sonrisa en la cara, esperó a que su hijo le presentara a la muchacha por la que era evidente que andaba totalmente colado.

Noel entró en la cocina y, poniendo lo que era, decididamente, cara de cordero degollado, hizo entrar a la chica que esperaba de pie a sus espaldas, en el vestíbulo. La verdad es que lo único que Lena pudo ver desde allí fue que la chica era muy pequeñita, pero al entrar en la cocina a Lena se le iluminó la cara con una sonrisa, encantada. Era totalmente un ángel: tenía un abundante pelo de color caoba y los ojos verdes…, una sorprendente combinación. Era de hueso muy fino, con unos pómulos con los que podría cortar un papel y una figurita esbelta de unas proporciones perfectas.

—Esta es Christine Marks. Christine, esta es mi madre. —Mientras hacía las presentaciones, la voz de Noel sonaba plena de orgullo.

Cuando la chica estaba tendiéndole la mano, la puerta principal se abrió con estruendo y Theresa Bailey irrumpió en la cocina toda excitada y miró a Christine Marks como si fuera la vaca premiada que alguien iba a subastar.

—¡Jesús, Noel! —dijo bien alto—, es una condenada preciosidad.

Noel se echó a reír con una mezcla de placer e incomodidad.

—Esta es mi abuela, Theresa Bailey. Lo más irlandés que te puedas imaginar. Nana, esta es Christine Marks. ¡Te encantará saber que es de una buena estirpe

irlandesa!

De inmediato, las mujeres se pusieron a hablar entre sí y, al verlo, Noel se sintió profundamente aliviado. Se sentó a la mesa de la cocina y desde allí observó tranquilamente cómo hablaban y hablaban. Estaba perdidamente enamorado de Christine, y se había pasado el día rezando como un monje benedictino para que la chica se entendiera con su madre. Si no llegaban a entenderse bien, tendría que despedirse de ella, y eso habría sido muy duro. Porque la cruda realidad era que en la vida podías llegar a tener cincuenta aventuras y cinco esposas, pero nunca tendrías más que una sola madre.

Daniel Bailey llegó a casa y se encontró en la cocina a su mujer y a su madre muy entretenidas con una chica joven y a su hijo Noel sentado también en la cocina y mirándolas a todas con cara de imbécil total. Era el primero de los chicos en salir a buscar esposa, y cuando se la presentaron vio que se había traído a casa una chica bien guapa, de eso no había duda; fingió mucho interés en todo lo que sucedía a su alrededor, pero tenía la mente puesta en otras cosas.

Tania entró desde el jardín y fue directa a subírsele al regazo. La abrazó contra sí y sintió entonces que la soledad de su vida lo envolvía por entero. Una vez lo había tenido todo, todo aquello que alguna vez había soñado tener, todo cuanto había deseado tener; y ahora, en cambio, estaba completamente arruinado. Primero su hermano lo había abandonado y ahora, al parecer, sus hijos habían decidido seguir las huellas de su tío. Seguía siendo un hombre digno de consideración, seguía siendo considerado una persona con quien no convenía meterse, pero ahora también como un hombre que no infundía verdadero respeto. Finalmente había comprendido, después de tanto tiempo y cuando ya sus propios hijos, carne de su carne y sangre de su sangre, se habían enfrentado a él, que todo aquello en lo que siempre había creído era una gran farsa. Y, especialmente en lo tocante a sus hijos.

Capítulo cuarenta y ocho

Peter Bailey los miraba jugar al póquer con interés. Su padre lo estaba poniendo a prueba, y estaba claro que para ello había decidido que se hiciese cargo de los clubes de juego; así comprobaría si su hijo tenía fuerza de voluntad suficiente para resistir la tentación de las mesas. De momento Petey tenía la impresión de que lo estaba haciendo más que bien; sus impulsos de ponerse a jugar quedaban mitigados por el hecho de que se iba metiendo en el bolsillo un mínimo del veinte por ciento de los beneficios y, por tanto, asegurándose unas bonitas ganancias adicionales.

Estaba en su misma naturaleza querer disponer de alguna actividad suplementaria propia. Su padre vería aquello como una debilidad, pero, incluso sabiéndolo, Petey seguía sintiendo la típica excitación de todos los miembros de su familia cuando se metían en el bolsillo ciertos beneficios que podríamos calificar de no muy legalmente adquiridos. Tenía la típica necesidad del jugador de obtener ganancias a cambio de nada, y sabía que nunca sería capaz de renunciar a esos subidones. Se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta que su padre se diese cuenta de que andaba metiendo la mano en la caja. Sabía que si quería recuperar la confianza de la familia, tenía que andarse con cuidado, y eso le hacía odiarlos todavía más.

Capítulo cuarenta y nueve

Lena e Imelda se estaban riendo a dúo de la descripción que Theresa estaba haciendo de su último galán. Ria les sirvió vino a todas mientras por dentro se maravillaba de las ansias de vida que seguía teniendo la anciana.

Theresa era la primera en admitir que no tenía el más mínimo interés en una relación sentimental, pero seguía gustándole que la asediaran y, a decir verdad, parecía que todavía era asediada de manera regular. No se podía negar que, con casi sesenta años, todavía conservaba algo más que meros vestigios de la hermosura que lucía en su juventud. Lena sabía que su propia hija había heredado esa presencia, y se alegraba de ello: en sus tiempos, Theresa había sido una auténtica belleza.

Pero, sobre todo, a Ria le gustaba la risa fácil de Lena; era estupendo ver a su cuñada tan relajada. Porque sabía que a ella la situación entre los hermanos le afectaba más que a ningún otro miembro de la familia. Lena no le había dicho nada a Ria sobre el tema desde que le pidiera, no sin andarse con algunos rodeos, que hablase con Peter. Ria se temía que Lena hubiera dado un paso atrás y se hubiera refugiado en su propio mundo, puesto que se había negado a prestarle ayuda. Pero solo era cuestión de tiempo que las cosas alcanzaran su punto crítico, y ¿qué iba a hacer Lena entonces?

Ria dirigió su atención hacia Theresa:

—Bueno, venga, ¿de quién se trata ahora?

Theresa se rió con fuerza. Sus ojos eran de un precioso azul profundo, y su risa sonaba tan ronca y profunda como siempre.

—Bueno, es un viejo jefe de hace años. Tommy Barker, se llama; de joven hizo unos cuantos buenos trabajos, destacó y se ganó un buen dinero, digamos. Ahora está muy bien instalado, tiene casa propia y un bonito negocio. Y a mí me gusta su compañía. Me hace reír.

Ria sonrió. Theresa era un auténtico personaje: vivía la vida plenamente, y, si te veo, buena suerte. Siempre había producido entre los hombres el mismo efecto que un cuchillo caliente por la mantequilla.

—¿Y entonces, por qué desapareció?

Theresa se encogió de hombros y dijo *sotto voce*:

—Asesinato, pero eso ya fue hace mucho tiempo. No de un civil ni nada por el estilo. No es un animal, solo fue un asunto de negocios.

Lena pareció quedarse verdaderamente espantada por las palabras de su suegra, y a Ria le admiró la capacidad de esa mujer para hacerse la ingenua ante dos mujeres que sabían perfectamente que *ella* tenía que estar al tanto al menos de a qué se dedicaba Daniel. Nadie era tan jodidamente inocente, por lo menos en el mundo en el que ellos vivían.

—Tú ándate con más cuidado, Theresa, por favor. ¿Quién cometió el asesinato?

—Fue hace mucho tiempo —dijo Theresa con una sonrisa triste—. Allá por los

cincuenta Tommy era gángster y mató a un hombre que le debía dinero y respeto. Lo recuerdo bien, la verdad. Su mujer murió mientras él estaba en la trena y a los hijos se los crió su hermana. Una pena para *todos* los interesados. Pero, de todas formas, a mí me gusta. Además, siempre te hace reír.

Lena tenía los labios apretados y Theresa notó la desaprobación que se leía en su cara, como si ella estuviera por encima de toda contingencia, como si no formara parte de aquel ambiente en el que vivían todos. A veces, la insistencia de Lena en comportarse como si el jodido de su marido fuera un puto santo le superaba. Pero ¿quién demonios se creía? Se volvió hacia su nuera y le dijo, enfadada:

—¿A qué viene esa cara de sorpresa, Lena? Estás casada con Daniel Bailey, con *mi hijo*. Tiene más de unos pocos muertos sobre su conciencia, nena; bueno, eso si es que de verdad tiene conciencia, cosa que dudo mucho, ¡y eso que soy su madre! Así que, en el futuro, te agradecería que no fingieses impresionarte tanto con los hombres que escojo en *mi* vida. *Nunca* he estado por la labor de responder ante nadie, y mira, Lena, cariño, no pienso empezar ahora. Así que ni te atrevas a intentar hacerme sentir mal por la vida que llevo. ¡Por lo menos yo no soy una jodida hipócrita!

Ria se quedó tan sorprendida por las palabras de Theresa que se echó a reír, aunque comprendió que era a causa de los nervios. Pero a Lena Bailey nadie le había dicho nunca una cosa así. Siempre había habido una norma no escrita: no recordarás nunca a Lena Bailey las hazañas de su marido. A Lena había que cuidarla siempre, había que protegerla de las actividades de su marido. A Lena nadie la obligaba nunca a enfrentarse a la verdad, y, si había que ser del todo sinceros, eso era algo que en el pasado a Ria la había irritado profundamente.

Ria vio que Lena se pasaba la lengua por los labios muy lentamente, vio la expresión de absoluto horror que se le pintó en la cara. También su suegra la vio, soltó un suspiro y luego se buscó ocupación y encendió un cigarrillo.

—Estoy segura de que no sabes bien lo que dices, Theresa.

Lena lo dijo en voz alta y Ria pudo leer la rabia en sus ojos.

Theresa aspiró con fuerza el humo de su John Player Special antes de decir muy seria:

—Pues es justamente así, cariño. Y claro que entiendes *exactamente* lo que quiero decir, así que vamos a dejar a un lado esta puta charada, ¿vale? Ya eres mayorcita… Sobreponte un poco y enfréntate al mundo real por una vez en tu puta vida.

Lena miró a la mujer a la que quería como a su propia madre sin ser capaz de comprender por qué, después de tanto tiempo, había decidido finalmente obligarla a ver la verdad.

—Es mi hijo, Lena, y le quiero; y mira que a veces resulta difícil querer a ese jodido, créeme… Pero de verdad, Lena, *a ti* es a la única persona a la que escuchará. Si hubieras sabido usar tu puta mollera, hace años que habrías conseguido llevarlo de las riendas, y bien llevado. Tienes que dejar de esconder esa cabezota tuya debajo del ala y empezar a cuidar de esos chicos tuyos: vas a hacerles mucha falta durante los

próximos años, y eso será mejor que lo entiendas, señorita. Anda apartando a empujones a cuantos lo rodean, y, como conozco a mi Daniel, eso significa que seguirá empujando y empujando con todo lo que tenga. Así que, por una vez en la vida, tómate un poco de interés, joder, ¿quieres?, antes de que a tus hijos los machaquen delante de tus propios ojos. Porque sabes tan bien como yo de lo que es capaz nuestro Daniel. —Theresa dio otra profunda calada a su cigarrillo antes de añadir con tristeza—: Has hecho una gran labor, Lena. Te has quedado al margen de todo, pero ha llegado la hora de que empieces a interesarte por lo que pasa a tu alrededor.

Lena se había quedado blanca como el papel, totalmente alterada por el giro que habían tomado los acontecimientos e incapaz de creer que su suegra fuera capaz de una traición semejante, no solo con ella, sino también con su propio hijo. Así que le dijo:

—No estoy dispuesta a permitirle a nadie que me hable así, Theresa. Así que será mejor que me marche ahora, antes de que todas digamos cosas de las que luego nos tengamos que arrepentir.

Mientras Lena se levantaba y recogía sus pertenencias, Theresa dijo en voz alta, con un sarcasmo evidente:

—No puedes estar huyendo siempre, Lena… Hasta tú tendrías que saber eso, querida. Al final tendrás que acabar aceptando la verdad de tu situación. Tú vives en este mundo, igual que todas nosotras. Y sabes muy bien que lo que estoy diciendo es verdad. ¡Utiliza tu inteligencia, chica! Utiliza tu influencia y tira bien de las riendas para controlar a Daniel. Y si no lo haces por su interés, hazlo por el de sus hijos. *Tus* hijos.

Ria contempló la lucha de Lena por no ceder al impulso de abofetear a su suegra en toda la cara. Para Ria ver a Lena tan enfadada y fuerte fue toda una sorpresa. Aquel comportamiento suyo siempre tan tranquilo se había esfumado; se había puesto bien derecha, había apretado los puños y se la veía más que capaz de luchar por su parcela particular. Desde luego Theresa había tocado un nervio —se notó a simple vista—, pero Ria tenía la sensación de que eso era bueno. Lena necesitaba levantar la cabeza, dejar de mirarse el culo y empezar a vivir en el mundo real con todos los demás. Había ido esquivando la realidad del hampa, la *Vida*, durante demasiado tiempo y ya iba siendo hora de que admitiera que el dinero que gastaba tenía un precio, y especialmente para las mujeres como ellas, que vivían en la misma cúspide de la cadena alimentaria.

Lena salió dando un portazo y Theresa alzó los brazos con fastidio.

—¡Hay veces que la colgaría con gusto, Ria, de verdad! Se pasea por la vida como una jodida modelito de catálogo, pero ¿sabes una cosa? Que en el fondo es más fuerte que cualquiera de nosotras.

Ria asintió a esas palabras. Quien dijo que la verdad duele no sabía ni la mitad de la mitad.

Capítulo cincuenta

Peter Bailey miró a su hijo un buen rato y luego le gritó, cabreado:

—¿Pero Daniel y los muchachos cobraron ese dinero o no?

—Sí… —asintió Petey con una cierta inseguridad—, empezó por Lance Porter y terminó por Graham Black. Pero ¿por qué de repente te pones a usar el puto tercer grado? Tú sabes que los muchachos estaban en ello. ¿O te crees que alguien pretendía hacerte la puta pascua, coño?

Peter lanzó un sonoro suspiro.

—Los que me preocupan no son precisamente los muchachos, ¿vale?

—Bueno, los chicos se lo han dicho bien claro al puto viejo, y parece que ahora se atendrá a las normas, así que no sé qué más se puede decir ya, joder, papá.

—Es que no puedo fiarme de él, es un puto chalado. Un perturbado, que dicen. Eso es lo que no soporto, tener que preguntarme hasta dónde habrá llegado. No estoy seguro de que los muchachos puedan manejarlo…

—Yo creo que sí que pueden, papá —sonrió Petey—. Él sabe muy bien que ya no son unos críos, y comprende que lo que le dicen tiene todo el sentido. Danny me asegura que por fin ha acabado por entender cómo piensan ellos.

—¡Oh! Eso piensa, ¿eh? Pues entonces es un idiota. Mi hermano Daniel no es hombre fácil de boicotear. Por ejemplo: cuando éramos niños, un vecino robó una botella de leche de nuestra entrada. Daniel le cortó dos dedos al muy jodido con unas tijeras de podar. A su juicio, el castigo estaba a la altura del delito. El problema, sin embargo, fue que esperó diez putos años para cobrarse la venganza. ¿Ves adónde quiero llegar? Daniel Bailey no se tragará nunca una ofensa, y eso tienes que metértelo en la mollera. Les rebanaría el pescuezo a sus propios hijos si se pensara que andan robándole, y quemaría viva a su Lena si pensara que le traiciona. Con *eso* es con lo que tenemos que tratar. Así que hay que vigilarlo como un puto halcón, y hay que asegurarse de no darle nunca la oportunidad de enderezar ninguno de los entuertos que sufra, reales o imaginarios. Dirás a los muchachos que hay que tenerlo bien monitorizado, ¿de acuerdo?

—Ya sé qué quieres decir, papá, pero me dan pena los chicos. Trabajan mucho y a él lo adoran. Al fin y al cabo, es su padre.

—A mí no tienes que convencerme, hijo; Daniel es mi puto *hermano,* a ver si no lo olvidas. Pero de lo que quiero estar bien seguro ahora, sin embargo, es de que no nos va a joder ninguno de los nuevos negocios. Los chicos tienen que mantenerlo bajo algún tipo de control, y asegurarse bien de que *nunca,* y si digo nunca quiero decir *nunca,* se mezcle con personas con las que andemos en tratos, a no ser que lleve una puta escolta nuestra.

Peter reconoció la amenaza que resonaba en las palabras de su padre y la respetó.

—Eso lo he dejado tan claro como el agua, papá. Danny está decidido a cuidar de que a partir de ahora todo vaya como la seda, y me fío de él. Lo respaldan sus

hermanos, y todos saben lo serio que es el asunto, te lo prometo.

Peter Bailey meneó la cabeza un tanto desesperanzado.

—Es cierto, ¿verdad, hijo? El simple hecho de tener que mantener esta conversación contigo ya es bastante malo, aunque sé que es un mal del todo necesario…

Petey notó el peso de la responsabilidad que caía sobre los hombros de su padre y deseó muy sinceramente poder servirle de ayuda. También quería recuperar otra vez su confianza para que le permitiera asumir un papel más importante en sus operaciones.

—Mira, papá, tengo que preguntarte algo muy serio. —Se limpió la nariz y, tras respirar bien hondo, dijo, nervioso—: ¿Quieres que te quite del medio al tío Daniel, papá? Puedo hacerlo en plan silencioso; y nadie sabrá *nunca* que fue cosa nuestra. Seamos francos: a la mayoría de la gente le importa un carajo una cosa o la contraria. Y yo creo que hasta sus hijos soltarán un suspiro de alivio cuando nadie los vea…

Peter Bailey miró a su hijo y vio que era completamente sincero. Por una parte aquello le impresionó, porque, al fin y al cabo, hacía falta valor para sugerir una cosa así, y sobre todo sugerírsela a él. No dejó entrever ninguna reacción al preguntar:

—Así que, mi joven Petey, lo que quieres es que te dé permiso para matar a tu tío, ¿no es así?

—No, no, papá, solo quiero que sepas que si las cosas llegan a ese extremo y es necesario, yo lo haré por ti. Lo haré por ti, y muy contento. Lo odio, es una puta sanguijuela. Le chupa la vida a todo y a todos los que tiene alrededor. Es un jodido mamón.

Peter Bailey alzó una mano, ya no quería oír nada más.

—Recuerda esto, hijo: a pesar de todo lo que Daniel pueda ser, y admito que es un jodido montón de cosas malas, *a mí* nunca me cogería ni medio céntimo que no se hubiera ganado. No se llevaría ni una libra que no fuera suya, y *jamás* pensaría que yo le iba a escatimar su parte si él se la había currado. Yo sé mejor que nadie la clase de canalla que es, pero no deja de ser mi hermano; por eso y *si* acaso, y esto lo digo de todo corazón, *si acaso* y *cuando* considere que es necesario ocuparnos de él de modo definitivo, lo haré yo mismo con mis propias manos. Es lo mínimo que debo hacer por él.

Peter era plenamente consciente del mensaje que subyacía en las palabras de su padre: que su padre sabía que era *él* quien andaba desplumando las cajas de los clubes, y así se lo decía. Notó que la vergüenza le envolvía por completo, y todavía más al ver que su padre no le acusaba a él abiertamente. En vez de eso, le había dado la oportunidad de enderezar la situación, y, de paso, le recordaba que, a pesar de sus muchos errores, Daniel nunca se había llevado ni un penique al que no tuviera derecho. Y también le recordaba que él era más que capaz de arreglar por su cuenta y riesgo todos sus problemas.

—Y aunque aprecio tu ofrecimiento, hijo, no te olvides de que hay un viejo dicho

que dice: pon orden en tu propia casa.

Peter asintió avergonzado, pero también impresionado por la perspicacia de su padre. Nada, al parecer, se arreglaba sin él. ¿Por qué no se sorprendía?

Capítulo cincuenta y uno

—Hola, mamá.

Theresa miró a su hijo menor, que asomaba la cabeza por el hueco de la puerta de atrás.

—Me imagino que estás aquí para que discutamos.

—No —dijo Daniel entre risas.

Entonces Theresa sonrió; pudo darse cuenta de que su Daniel no estaba con ánimos de discutir, así que supuso que había ido allí más bien para tender puentes. Y asumió que Lena le había mencionado la conversación que habían tenido ellas dos.

Daniel se sentó en la cocina de su madre. Allí se sentía muy cómodo. Aquello le recordaba la infancia: el olor a limpiador de lavanda, el brillo del fregadero pulido y la sensación de seguridad que la madre siempre había intentado que sintieran los hijos. Daniel sabía lo dura que había sido la vida de su madre, pero no se podía negar que había luchado de verdad por su familia, y eso era algo que siempre iba a respetar. La verdad era que ella siempre le había preferido a él antes que a Peter —de eso estaba bien seguro—, pero no por ello dejaba de querer mucho a su otro hijo también, y eso era algo que sentía en su corazón. Igual que su Lena: eran amores incondicionales, tal y como debían ser tratándose de madres y esposas.

—Entonces, ¿a qué debo este placer, hijo?

—Me han contado que andas tonteando con Tommy Barker —dijo Daniel con una sonrisa.

Theresa entrecerró sus grandes ojos azules, miró a su hijo con evidente recelo y dijo:

—¿Y qué pasa si lo hago? ¿Qué coño tiene que ver eso contigo?

Daniel levantó las manos como si se rindiera.

—¡Tranquila, mami! ¿Qué problema hay? Es un jefe de toda la vida… Sólo me preguntaba si sería correcto que nos lo presentaras, eso es todo. Joder, mamá, cualquiera pensaría que intento causarte problemas o algo parecido…

Theresa supo entonces que Lena no le había dicho a su marido ni una palabra sobre la discusión que habían tenido, y eso la fastidió; Lena tenía que hacer algo antes de que fuera demasiado tarde. Daniel ya habría soltado que estaba al tanto de lo que le había dicho a su mujer. Seguro que él ya le habría dado su opinión, desde luego, y seguro que ella le habría comentado a él, encantada de la vida, lo que opinaba del asunto. Al contrario de lo que les pasaba a tantos, a ella él no le daba ningún miedo. Así que le dijo:

—La verdad es que voy a verme con él esta misma noche, en el club irlandés de Ilford. A ti te gustará, Daniel, es muy parecido a ti: lo que ves es lo que hay. Tráete a Lena y a Tania, allí la noche de los martes es estupenda. —Theresa quería que las cosas entre ella y Lena volvieran a la normalidad. Puede que aquello le molestara un poco, pero seguía siendo su hija política.

Daniel se encogió de hombros, feliz.

—Entonces, de acuerdo —dijo—. A Lena le vendrá bien salir una noche, la verdad es que se aísla demasiado, necesita salir un poco más, mami. Y seguro que a Tommy Barker le gustará hacer un poco más de caja, ¿no crees? Y a mí me gustará estar con alguien que tiene una buena reputación entre la gente. He oído que es un tipo honrado y de fiar. —Él ya sabía que su madre entendía perfectamente de dónde venía el tema. Esa era una de las razones por las que todos la respetaban tanto: en unos segundos veía con toda claridad el meollo de cualquier asunto, y la edad no le había mermado para nada esa capacidad—. ¿Sabes qué, mamá? Creo que la pequeña Tania también disfrutaría. Le está yendo genial con las danzas irlandesas, ya está hecha una pequeña bailarina con todas las de la ley. También podrías hablar con Lena sobre la comunión. Es un tema que la tiene nerviosa, ya la conoces. También te agradecería mucho que intentaras arreglártelas para sentarte con mi Tania el día de la comunión. A Lena le hará falta alguien que la ayude a quitarse de la cabeza el agravio subyacente.

Theresa meneó la cabeza ante el evidente embuste de su hijo. Quería que fuera ella la que se sentase con su familia, y no su hermano.

—Eres un tipejo poco de fiar, Daniel.

Daniel se echó a reír y, poniendo la cara más inocente que pudo, dijo con jovialidad:

—He tenido una maestra jodidamente buena, ¿no crees, mami?

—Bueno, lo haré, pero solo por Lena y por la situación en la que estáis Peter y tú. Más vale que sepas también que le dije a tu mujer que abriera bien los ojos y mirase detenidamente lo que pasa a su alrededor, sobre todo en lo que a ti respecta. ¡Es ridículo, Daniel! Esa mujer todavía se comporta como si fuera una jodida quinceañera. Bueno, ahora *sus* hijos ya están metidos en este mundo y ella necesita asegurarse de que estén bien protegidos; es lo que hice yo contigo y con tu hermano.

Daniel se encogió de hombros; procurando que su madre no se diera cuenta de la rabia que le habían producido sus palabras. Lena no había dicho ni mu al respecto.

—Tú ya conoces a mi Lena, mamá: no permitirá nunca que nadie diga algo malo de mí. Cuanto menos sepa, mejor, al menos por lo que a mí respecta.

Theresa lo miró a los ojos y le dijo muy seria:

—Ahí es donde te equivocas, hijo. Ahora *sus* hijos, los de ella, ya han entrado en el negocio, y eso lo cambia todo. Cuanto antes lo aceptes, mejor te irá. Ya es una mujer adulta, coño, no es ninguna muchachita, Daniel. Necesita comportarse como la adulta que es, así que eres tú el que tiene que asegurarse de que entiende bien el alcance de las desavenencias que tenéis Peter y tú.

Daniel notó que una oleada de calor le recorría el cuerpo, notó la rabia que le encendían por dentro las palabras de su madre, pero sabía que tenía que mantener el control.

—Lena no necesita que ni tú ni ninguna otra persona le digáis nada, mamá, sabe

muy bien qué es lo que hay, pero, al contrario que Ria y que tú, no necesita anunciarlo a bombo y platillo para que se entere todo el puto mundo. Prefiere guardarse sus opiniones para sí, y, con el debido respeto, mamá, eso es prerrogativa suya. Y ella no es tú. Ni tampoco Ria, gracias a Dios.

Theresa suspiró con fuerza.

—Te engañas a ti mismo, Daniel Bailey. No sé qué demonios te pasa. Hay algo retorcido en tu forma de ser, siempre lo ha habido: nunca ves las cosas que te rodean como las vemos los demás. Eso Peter lo comprendió bien, y, a su manera, intentó guiarte, como hice yo también. Pero tú siempre te empeñas en seguir tu propia ruta, y dónde te ha llevado eso, ¿eh? Has dado muchísimos quebraderos de cabeza, hijo. Siempre causando problemas, y cuando has querido tirar por tu propio camino, nunca lo tenías bien pensado. Por eso ahora estás en la situación en la que estás. Ya sabes, en lo más profundo de tu fuero interno, que no tienes ninguna clase de soporte moral. Actúas siempre antes de pensar en las consecuencias. Ya sé que tú no te enteras de verdad de que lo que has hecho está mal, que no puedes entender por qué todo el mundo se cabrea contigo, pero en fin, entenderlo no lo entendiste nunca, Daniel, ni siquiera cuando eras pequeño. Pero yo te conozco mejor de lo que te conoces tú a ti mismo, y te digo que tienes que empezar a pensar bien las cosas y dejar que tus hijos participen en los negocios en los que andes metido. Los chicos te quieren, pero necesitan la oportunidad de demostrarle a todo el mundo que se puede confiar en ellos para hacer cosas. Tienes que empezar a pensar en ellos y en su futuro.

Daniel sabía que para que su madre dijera lo que acababa de decir tenía que estar intentando realmente ayudarle. Theresa siempre les había apoyado tanto a él como a su hermano, siempre había respaldado a sus hijos. Y Daniel también sabía que su madre tenía razón, que él carecía de esa llamada brújula moral, incluso aunque, para ser del todo sinceros, a él eso le pareciera una auténtica contradicción. Pero sabía que ella tenía razón, que en ese ambiente existían unos principios morales y que él nunca había llegado a entenderlos del todo. No obstante, ahora ya lo sabía; sabía que tendría que aprender cuáles eran exactamente las fronteras y cuáles las líneas maestras. Sus hijos tenían clarísimo cómo debían comportarse en cada ocasión, así que los utilizaba como su patrón de medida particular. A pesar de todo eso, las palabras de su madre seguían doliendo, y eso a pesar de que sabía que la buena mujer las decía con las mejores intenciones.

—Te veré más tarde, mamá —le dijo con una sonrisa—. *The Shandon Bells*, ¿eh? Apuesto a que el padre Murphy andará por allí. Al viejo bribón le gusta tomarse unas copas.

Theresa sonrió a su hijo, pero se dio cuenta de que había escuchado bien su consejo; que luego decidiera o no seguir esa opinión, ya nadie podría aventurarlo.

—¡Eso nos gusta a todos, hijo! Ya verás que al final, cuando tengas mis años, tomar una copa es lo único que te apetecerá hacer.

Daniel Bailey miró a su madre, suspiró con tristeza y dijo en un tono muy

cariñoso:

—Eres estupenda, mamá, y te quiero muchísimo.

Capítulo cincuenta y dos

—Bueno, ¿me lo vas a enseñar o qué? —Jack Bailey se reía mientras hablaba, y sus primos Noel y Jamsie, que estaban con él, también se reían.

George Theodopolis, sin embargo, no se reía para nada: sabía que tenía un problema muy serio.

—Vamos a mi despacho, chicos —dijo—. Vuestro sobre os espera allí.

Jack Bailey movió la cabeza con cara de enfado y replicó en un tono sarcástico, aunque de buen humor.

—¡Sí, por mis cojones, George! Es la tercera semana que te reclamamos lo que nos debes. Y ahora, mis primos y yo hemos tenido que venir en persona, buscar tiempo en nuestras atareadas vidas para cobrar tu deuda. A ver, te lo pregunto, ¿a ti eso te parece justo? Quiero decir, en realidad, ¿tú quién coño eres? No eres más que un tonto de cojones que se pensaba que íbamos a pasar por alto el insulto. —Miró a su alrededor con los ojos bien abiertos y cara de perfecta inocencia. Después, con una sonrisa malévola, dijo en tono cruel—: Así que te *lo* pido otra vez, mamonazo: enséñanos tu club. Si no lo haces, lo echaremos abajo encima de tus orejas. Ladrillo a ladrillo, golpe a golpe.

George sabía lo que iba a pasar a continuación. Era por culpa suya, pero no había podido dejar de intentarlo: al fin y al cabo, nadie pagaba sin tener una buena razón. Ahora lo tenían arrinconado en una esquina: en cuanto vieran sus locales, iba a tener que pagar más de la cuota acostumbrada; en fin, por desgracia, así eran las cosas en el mundo en el que se movía.

Todo eso ya lo sabía Jack; había hecho sus investigaciones y estaba a la espera de poder trincar a aquel griego mamón con cualquier excusa. Tenía una inclinación natural por aquel tipo de trabajos. Investigaba bien a sus objetivos aunque no se lo pidieran, y por puro instinto ya sabía que a aquel no le iban a sacar todo lo que les correspondía. Sus dos primos habían dado un paso atrás y habían dejado que dirigiera él el espectáculo, reconociendo su talento especial para ese trabajo. Pero aquel lugar no era como los pubs o las paradas de taxis con que solía lidiar, aquello era algo completamente distinto y particular. A Jack le gustaba la idea de un club en el que se pudiera beber durante todo el día, un sitio para pasar buenos ratos, donde hubiera chicas en abundancia y donde no fuera probable que lo trataran como a un crío. Así que vio que allí había potencial.

Jack era muy mujeriego; andaba permanentemente con una erección en marcha y prefería el sexo sin cara. Las chicas que trabajaban allí iban a porcentaje, así que no se pondrían demasiado estrechas. A sus veintiún años, ya era lo bastante espabilado como para saber ese tipo de cosas, y si sabía jugar bien sus cartas, las posibilidades eran infinitas.

—Por favor, muchachos, puedo pagar. Os lo prometo.

Jack sonrió a sus primos; todavía no estaban muy al corriente de su manera de

trabajar, pero pronto lo estarían. Ya se ocuparía él de *eso*.

Al entrar en el club, Jack notó el aroma a perfume barato, el hedor a cerveza vieja, y vio manchones en unas alfombras que solo tenían un aspecto decente muy tarde, ya bien entrada la noche. Percibió el interés en los rostros de las chicas que bebían con sus sonrisas postizas y sus canalillos compuestos en los escotes, y les respondió de modo instintivo. Aquello era para él una central de polvos, era lo que había estado soñando durante años. Jack Bailey se sentía como si por fin hubiese llegado a casa.

Sus dos primos estaban impresionados por su seguridad: si seguían su liderazgo, sus vidas se enriquecerían de un modo que nunca habrían podido imaginar. Jack Bailey había nacido para extender su influjo a su alrededor; y aquel trabajo servía para que le resultase aún más fácil lograrlo, así que se entregaba a él hasta agotar la última reserva de la mucha energía que acumulaba. Sonrió a sus primos, les guiñó el ojo y dijo en plan simpático:

—Noel, Jamsie, seguid al hombre y contad el dinero. Yo tengo que familiarizarme con el local y con las chicas que hay aquí dentro; seguro que vosotros dos lo comprendéis.

Al sentarse junto a las chicas y ver que todas le sonreían como si fuese una estrella de cine o, por lo menos, un modelo masculino, comprendió que, sin darse cuenta, su padre le había entregado el mundo en bandeja de plata, y que solo por eso le estaría eternamente agradecido.

—¿Todo en orden, chicas? A ver, ¿cómo os llamáis?

Las muchachas, por su parte, reconocían a un cabrón en cuanto lo veían, y era evidente que aquel cabrón era alguien importante. Así que le dedicaron sus mejores sonrisas y lo invitaron a unirse a su grupo sin pensárselo dos veces. Después de todo, aquel era un club de señoritas de compañía.

Capítulo cincuenta y tres

—¡Pero si es una jodida *stripper*, Liam! —exclamó Imelda Bailey, claramente enfadada; no le gustaba nada que a su hermano lo tomasen por tonto. ¿Qué demonios les pasaba a sus hermanos con las *strippers*?

—Y eso qué importa, a mí me gusta.

Imelda puso los ojos en blanco y los alzó al techo.

—Las *strippers* son como las profesionales, Liam, solo ven el dinero. Sal con ella, haz lo que quieras, pero *no la trates* como a una novia de verdad. Yo solo quiero ayudarte, porque la verdad es que eres un completo idiota en todo lo que se refiere a las mujeres.

—Es encantadora.

Imelda lo sujetó por los hombros y le gritó:

—¡Porque es encantadora con todos, idiota! ¡Si enseña el culo es para ganarse la vida! Por Dios, Liam, joder, no dejes que nadie se dé cuenta de que te interesa de verdad, porque ¡te masacrarán! Lo único que te pido es que tengas un poco de discreción, ¿vale?

Liam asintió en silencio. Pero no podía evitar sentir lo que sentía. Mandy, que era como se llamaba, le despertaba todos los sentidos de que disponía. Unas tetas bonitas, un culo prieto, y además lo trataba como a un rey. No podía evitarlo; siempre perdía la chaveta por las chicas, siempre andaba con algún amorío a vueltas.

—Tu trabajo es dirigir este club, Liam, y dirigirlo conmigo. Y resulta que cuando estás haciendo un buen trabajo aparece una bailarina nueva ¡y te enamoras de ella! Las cosas no son así, Liam, no está bien, tienes que diferenciar a las *strippers* de las chicas normales. Es lo único que te digo.

Liam se limitó a sonreír e Imelda suspiró, frustrada: sabía que estaba perdiendo el tiempo. Liam, que por otra parte era un buen chico, tenía una debilidad congénita por las mujeres. Le atraían sobre todo las *strippers*, y, al contrario que los otros chicos, salía en serio con ellas. Era un tío guaperas, de modo que Imelda podía comprender el interés de las chicas por él, pero estaba decidida a impedir que alguna de ellas consiguiera traspasar las fronteras. Por lo menos mientras ella estuviera de guardia.

La verdad es que a Imelda aquella Mandy Wright le gustaba mucho: era un verdadero encanto de chica. La parte menos llevadera del asunto era que, desde que Imelda había asumido la dirección de los clubes del Soho, su manera de ver las cosas había cambiado bastante. Se había convertido en una parte de la vida de las chicas y veía con toda claridad la realidad de la situación que vivían. Mandy tenía un niño de dos años, un crío precioso que se llamaba Bernard, al que adoraba y que era la razón por la que estaba dispuesta a desnudarse para ganarse la vida. Carecía de estudios, y tampoco tenía ningún familiar detrás que pudiese ayudarla, así que hacía lo que tenía que hacer para ir tirando: quitarse la ropa a cambio de dinero. Gracias a eso pagaba el alquiler y compraba ropa y comida para su hijito. Pero claro, no dejaba de ser una

jodida *stripper*, una Jack el Destripador, como decían en la jerga. Y era preciso que Liam entendiese que eso constituía una línea muy fina, y que una vez que la traspasabas perdías toda credibilidad.

—Mira, Liam, Mandy me gusta, es una chica encantadora.

—Me alegra oírtelo decir, hermanita, porque esta vez va en serio. Estoy enamorado de ella.

Liam se echó a reír al ver la expresión de su hermana. Su Imelda era fantástica, pero no tenía ni idea de cómo le funcionaba a él la cabeza. Le importaba un bledo lo que hiciera su chica para ganarse la vida; a él le parecía cojonuda, y, en su opinión, con eso bastaba.

Capítulo cincuenta y cuatro

Daniel observó a Tommy Barker con auténtico interés. Se había percatado de que a su madre le gustaba de verdad y, por lo que podía ver, a él también le gustaba ella. Había hecho sus deberes e investigado, y al parecer Tommy era un tipo como Dios manda. Había liquidado a alguien, eso estaba acreditado, pero al parecer había sido con todo su derecho y después había cumplido la pena impuesta —que, por cierto, había sido bastante más severa—. Cuando salió a la calle —todavía estaba con la condicional—, tenía algunos ingresos —de hecho, tenía muy buenos ingresos —, y se mantuvo más o menos al margen y sin buscarse complicaciones. Sus iguales le respetaban, y daba la impresión de que de verdad le gustaba la compañía de su madre.

Era sabido que Theresa despachaba a sus pretendientes a las pocas semanas; había tenido sus diversiones y entretenimientos, pero nunca había metido a ningún hombre en la vida de sus hijos. Y eso era algo que tanto Peter como Daniel le agradecían. Era irónico que, a aquellas alturas, aquello volviera a ser una posibilidad muy evidente.

Daniel se sintió sorprendido al darse cuenta de que no le importaba. Unos años antes, seguro que si se hubiese enterado de que había llevado un hombre a su casa se habría sentido herido en su honor y habría optado por ponerlo en la calle lo habría considerado una jodida ofensa, un insulto. Casi como un rival, supuso, sorprendido por la ocurrencia. En cambio ahora no le importaba mucho, en realidad. Ella ya era una mujer madura, y él un hombre adulto y con una familia propia. Su madre aún seguía ocupándose de él —como había demostrado ese mismo día—, pero tenía derecho a hacer su vida al margen de aquellos hijos tan mayorcitos. Daniel se preguntó por un momento, eso estaba bien y descubrió que no sabía qué responder ante semejante pregunta.

Lena no parecía muy segura de aquel viejo cabrón, pero Tania se había enrollado con él enseguida. Parecía que le gustaba, y ya se sabe que los niños tienen un buen radar interior. Aquel Tommy Barker era una vieja gloria. En sus tiempos había sido una persona respetable, debía de haber sido —en realidad, por lo que Daniel sabía, *lo había sido* de verdad— un hombre al que la gente temía, un tipo con una reputación más que decente. Incluso ahora, a pesar de ser ya muy viejo, seguía gozando de una cierta aura de importancia; y se notaba que en sus tiempos tenía que haber sido un personaje complicado.

Daniel se puso de pie.

—¿Qué quieres que te traiga, Tommy? Las copas corren de mi cuenta.

Tommy Barker rodeaba a Theresa con un brazo. Inclinó la cabeza.

—Tomaré un whisky bien grande, Daniel, muchas gracias.

Cuando finalmente Daniel puso el vaso con la bebida sobre la mesa delante de Tommy Barker, se inclinó sobre él y le dijo al oído con una gran tranquilidad:

—Como le hagas el más mínimo daño a mi madre, tendrás que vértelas conmigo.

Tommy se embuchó el whisky de un trago y le contestó, muy serio:

—No me esperaba otra cosa de ti, hijo. Es tu madre. Pero recuerda esto: yo ya soy perro viejo, y no me tomo muy bien las amenazas.

Daniel Bailey soltó unas buenas carcajadas. Le gustaba aquel veterano, estaba claro que era de la vieja guardia.

—Brindo por eso, colega.

Lena lo miraba todo con ojos asustados, y aunque Theresa no dejaba de apretarle la mano, agradecida como estaba de que hubieran ido con ella, seguía sintiendo el terror que la embargaba. No quería formar parte de aquel mundo, y estaba completamente decidida a asegurarse de que, dijera lo que dijese su madre política, no iba a convertirse en un miembro más del hampa, ni ella ni tampoco su hija.

Capítulo cincuenta y cinco

Mandy Wright contempló al hombre que dormía junto a ella en la cama y se preguntó cómo había podido pasar. Había jurado que no se volvería a liar con ningún otro hombre, y resulta que ahora estaba allí, tumbada en una cama con Liam Bailey. Estaba completamente decidida a mantenerse por sí misma, además de cuidar de su hijito. Ahora tenía que admitir que había ignorado por completo sus propios consejos, y se había permitido a sí misma, una vez más, enamoriscarse de un hombre que sabía muy bien que acabaría por hacerle daño.

Liam era guapo, amable —era todo lo que quería en un hombre—, pero también sospechaba que no era precisamente de esos que andan buscando pareja para toda la vida. Le gustaban las mujeres; y, ¿por qué no? Era joven, tenía un físico más que agradable y el dinero suficiente para ir detrás de cualquier persona o cualquier cosa que le apeteciera. Pertenecía a una familia poderosa y podía hacer siempre lo que le diera la gana. Pero ella le echó una ojeada, y, a pesar de saber que era un jugador empedernido, ya no pudo detenerse; en cuanto el chico mostró interés por ella, se derritió. Se había entregado a él sin el menor titubeo. Aunque esa vez, sin embargo, estaba tomando la píldora; ahora ya sabía más de las cosas de la vida y de sus muchas trampas, así que al menos esa vez no habría otro niño.

Mandy había ido entrando y saliendo de instituciones públicas la mayor parte de su vida. Sus padres eran de clase media alta; su madre era una borracha que además se automedicaba con tranquilizantes, y su padre, un abogado conocido. También él era un borracho, y además un borracho muy violento que, igual que la madre, estaba convencido de que su educación y sus orígenes les otorgaban el derecho a no tener que someterse a las normas que regían para la gente corriente.

Solo cuando ya había cumplido los ocho años —y su madre la había dejado inconsciente de una paliza— entró en liza una institución que se ocupó de la pequeña Mandy; sus padres no fueron capaces de explicar el brazo roto y la fractura de cráneo que presentaba la niña. Una trabajadora social nueva, Janice Carter —toda collares de cuentas y chales afganos y todavía tan novata en el trabajo que ni siquiera se sintió intimidada por el pedigrí de los Wright—, la sacó de allí inmediatamente. Mandy le quedó superagradecida: por primera vez en su vida dormía en una cama limpia, hacía tres comidas de verdad al día y asistía al colegio con regularidad. Era la primera vez que se sentía segura en toda su corta vida.

A lo largo de los años se había reunido muchas veces con su padre y con su madre, pero ninguna de esas reuniones se saldó con éxito para nadie. Su mamá y su papá estaban demasiado obsesionados consigo mismos, y solo habían luchado un poco por aquello de salvar las apariencias, porque después, cuando la tuvieron consigo, lo único que fueron capaces de ver fue su grandísimo fracaso. Comprendieron que su hija los veía tal y como eran de verdad, y no como las personas que tan desesperadamente intentaban aparentar ser.

Sus abuelos maternos y paternos se habían lavado las manos con respecto al posible retoño de sus retoños mucho antes de que apareciera en escena, y, en las pocas ocasiones en que se habían visto no habían mostrado el más mínimo interés, ningún interés real por la pobre niña. Que la metiesen en el orfanato había acabado siendo su salvación: por malo que fuera, aquello le había garantizado al menos un cierto grado de seguridad, algo que hasta entonces nunca había experimentado en su corta vida.

Finalmente, a los dieciséis años, había abandonado el hogar social e inmediatamente se había enamorado de un joven que vivía en su misma pensión. También él era producto del sistema de acogida social; el caso es que le hizo un hijo a la joven Mandy y desapareció de escena rápidamente. La verdad es que, para ser sinceros, Amanda no se había esperado nada distinto: hasta entonces todos cuantos habían pasado por su vida la habían ido dejando en la estacada. Pero había podido quedarse su niñito, al que quería con verdadera pasión. Estaba completamente decidida a darle todo el amor que ella no había recibido nunca para que *el crío* nunca jamás se sintiera rechazado o no deseado.

Había terminado haciendo *striptease*, porque sabía que tenía una buena figura y algunas amigas la habían introducido en el mundillo del Soho. El Soho era un sitio extraño: allí una chica podía desaparecer y nadie la juzgaría con demasiada acritud. Era un mundo levantado con gentes de paso; la gente llegaba, y aunque algunos se quedaban, la mayoría se volvía a ir. Para Amanda aquello era lo ideal. Lo único que tenía era su cuerpo y su cara, y con un cuerpo joven y una cara bonita podías hacer mucho camino.

No reclamó ningún dinero del Estado, pagó ella misma lo suyo y lo de su hijo. No aceptar dinero del Estado significaba que sus padres no podrían localizarla si les daba por intentarlo. Sabía que si no pedías subvenciones públicas ni pagabas impuestos al Estado, vivías en un mundo inaprensible para los radares, y así era precisamente como quería vivir. Era simplemente otra jovencita más que intentaba perderse y que se perdiera su rastro, y de momento había hecho ya un buen trabajo al evitar cualquier contacto con la policía, los tribunales de justicia y los servicios sociales. Si trabajaba era para su niño, para su pequeño Bernard. Era lo único que le importaba.

Ahora, sin embargo, y a pesar de sus buenas intenciones, se había enamorado de Liam Bailey, ¡como si no hubiera otro! Y, simplemente, solo cabía esperar que la abandonara, esperar que la dejara en la estacada. Estaba dispuesta a disfrutar de él mientras fuera posible, y aun sabiendo que aquel hombre acabaría por romperle el corazón, pensaba que incluso unas pocas semanas de felicidad eran mejor que ninguna, y que esas semanas le dejarían al menos un bonito recuerdo para el futuro. Tenía tan pocos recuerdos de cualquier clase de felicidad, de al menos un poquito siquiera de felicidad, que estaba dispuesta a dejar que le rompieran el corazón solo a cambio de conservar unos cuantos más en la memoria. Estaba dispuesta a aferrarse a toda la felicidad, a la poca o la mucha felicidad que pudiera recibir de aquel hombre

al que amaba…, al que amaba verdadera y locamente. La impresionaba de todas las maneras posibles: desde su físico hasta su voz y su forma de comportarse. Lo idolatraba.

Liam se había despertado y la observaba. Se la veía tan vulnerable: casi podía sentir la ansiedad que emanaba. Se preguntó, y no era la primera vez, cómo una chica tan preciosa podía tener una opinión tan negativa de sí misma.

—¿Sería posible tomarnos un té?

Mandy tuvo un verdadero sobresalto al oír su voz. Liam la tomó del brazo por puro instinto y, para ver si lograba calmarla, la atrajo hacia sí y le dijo en tono preocupado:

—¿Qué te pasa, Mandy, no te encuentras bien? Te veo tan nerviosa todo el tiempo…

En el abrazo, Mandy sintió los latidos de su corazón de hombre. Le encantaba sentirlo así, tan grande que a ella la hacía sentirse segura, y adoraba también que fuera tan amable, porque *era amable* de verdad. Y esa amabilidad constituía una parte muy importante de él.

Bernard se puso a llorar en el cuarto de al lado y Liam notó que Mandy se ponía rígida.

—Tú haz el té, Mandy, y yo iré a coger al crío, ¿vale?

Mandy asintió con los ojos muy abiertos. Eran unos ojos preciosos, de un azul profundo y verdaderamente encantadores, pero siempre llenos de miedo.

—Haz el té, mi amor. ¿Qué tiene que tomar el pequeño Bernard? ¿Leche? Tráele lo de siempre.

Liam saltó de la cama y fue a la habitación de Bernard. El piso era muy pequeño, solo tenía tres habitaciones y un cuarto de baño con una ducha y un inodoro. Pero ella lo había dejado precioso. Siempre lo mantenía muy limpio y ordenado, y lo había decorado en colores crema y dorados. Liam pensó que la chica tenía muy buen gusto, y la admiró por lo mucho y bien que había trabajado para su niñito.

Al sacar al niño de la cuna vio aquel pelo tan rubio y sonrió para sus adentros, porque no habría manera posible de hacer creer a nadie que el padre era él. Pero eso le importaba un pimiento, era un crío precioso y tenía una mamaíta de puta madre.

—Hola, Bernie, chiquitín, aquí tienes otra vez al tío Liam, y por cierto, mira, ¡creo que tu mamaíta está loca por ti!

Bernard Wright sonrió: le gustaba aquel hombre de piel oscura que le hablaba con tanta ternura y lo sujetaba con tanta fuerza. Bernard se acurrucó entre los brazos del hombre, se sentía seguro con él. Y al mirar a Liam a los ojos, sonrió abiertamente, con aquellos ojos suyos tan grandes llenos de confianza; cuando sus brazos rodearon completamente el cuello de Liam, este comprendió que aquello era todo lo que él quería. Mandy y su hijito eran un verdadero equipo, y él quería entrar a formar parte de aquel equipo.

Volvió a la cama y se sentó a Bernard sobre las rodillas. Cuando Mandy volvió

con el té, Liam le dirigió una sonrisa y le dijo, serio:

—¿Todo bien, Mandy?

Mandy asintió. Como siempre, se quedaba callada y agradecida, y eso a él lo dejaba un tanto frustrado. Aquella mujer era un jodido diamante en bruto y no tenía ni la más mínima razón para rebajarse a sí misma.

—Nuestro pequeño Bernie en un gran tipejo, ¡y creo que le gusto!

Mientras lo decía, el pequeño Bernard le abrazaba con fuerza, y él, estrechando al pequeño entre sus brazos por puro instinto, sonreía feliz. Veía perfectamente el placer que se pintaba en la cara de Mandy, sabía que la chica apreciaba cuánto valía que él fuera tan simpático con su hijito. Le entristecía un tanto que se mostrase tan agradecida por tan poco, que no entendiera cumplidamente que la maravillosa de verdad era ella.

—Escucha, Mandy, yo quiero estar contigo todo el tiempo, y con este pequeñajo y todo lo demás. ¿Crees que podrás encontrar en tu corazón un modo de quererme a mí también?, porque yo te quiero, te amo, cariño, y a este pequeñajo también.

Mandy Wright miró la cabecita rubia de su hijo y observó sus risas por las cosquillas que Liam Bailey le hacía. Dejó el tazón de té en la mesilla, se sentó en la cama y se echó a llorar. Soltaba profundos sollozos, porque no podía creerse lo que el hombre le decía.

Liam la rodeó con sus brazos, la besó en la frente y le dijo con toda sinceridad:

—Mandy, mi amor, pero si ¡con esto todos tenemos que estar felices!

Mandy le abrazó con todas sus fuerzas y, finalmente, dijo:

—¡Oh, pero si soy muy feliz, Liam! ¡Ese es el problema!

Capítulo cincuenta y seis

—Delroy, como no me digas la puta verdad, te juro que te mato. Y bien muerto.

Imelda sufría una de sus rabietas de celos y Delroy estaba decidido a no permitir que le causara ningún problema, porque, además, aunque a aquella mujer la quería con verdadera pasión, ella sabía mejor que nadie que para él era completamente imposible ser fiel al cien por cien.

—Déjalo ya, Mel, y lo digo *en serio*. Esa es una empresa completamente estúpida, y los dos lo sabemos perfectamente. Te quiero, y siempre serás mi mujer número uno. Pero si me lo pones difícil durante mucho o poco tiempo, ¡*me largaré*, joder! Cojo la puerta y me voy. A ti y al niño os quiero más que a mi propia vida, pero no pienso participar en esta mierda. Esa chica vino para un trabajo, ni más ni menos. Si yo me metiera en el nido con cualquier otra, ¿de verdad crees que sería lo bastante estúpido como para permitir que te enteraras? ¿Que andaría tan cerca? Fíate un poco de mí, ¡joder! Y ahora, por favor, no sigas con el tema.

Imelda miró al hombre al que amaba desde la primera vez que le puso los ojos encima y comprendió que, se sintiera como se sintiese, sería mejor aparcar el tema. Delroy no se dejaría arrastrar a ninguna discusión sobre su fidelidad o infidelidad, y eso se lo había dicho desde el primer día. Ella sabía muy bien que la quería, pero, con el paso del tiempo, cada vez le resultaba más difícil pasar por alto sus fallos. En el fondo de su corazón, también sabía que si Delroy estuviera viéndose con otra, a ella la respetaba demasiado para llegar a ponerla alguna vez en la situación de encontrarse con la persona en cuestión. Oh, sí, hacía años que se oían rumores y murmuraciones aunque ninguno muy concreto. Pero hacía dos días, lo había visto dejando a una chica, que se bajó de su coche en el club de Brixton. Fue como si la hubieran golpeado físicamente. La muchacha era joven, blanca y preciosa. Imelda se había sentido especialmente mal porque la chica era joven y fresca, y no iba a poder competir con ella. Se sintió muy mal consigo misma por haberle hecho saber a Delroy que los había visto juntos, por hacerle saber así lo mucho que le importaba, pero no había podido evitarlo.

Delroy comprendía sus temores; conocía muy bien a Imelda, pero no era un hombre al que se le pudieran cortar las alas de ningún modo. La quería mucho, pero, honestamente, jamás le había prometido fidelidad absoluta, y no pensaba empezar ahora. Tampoco pensaba mentirle, por lo menos hasta que sintiese que tenía que hacerlo. Aun así, odiaba ver en su cara que la había herido, ver en sus ojos el dolor de la traición.

—Te quiero, nena, ya lo sabes. Eres mi mujer, la madre de mi hijo, y sabes muy bien que en eso nunca habrá nadie que pueda competir contigo.

Imelda no pudo contestarle porque, por primera vez en la vida, estaba convencida de que Delroy le mentía.

Capítulo cincuenta y siete

–Quiero que esta comunión sea una cosa grande de verdad, Lena. Tania es nuestra única hija, y es la primera vez en la vida que puedes elegir el vestido que quieras. Con los chicos fue todo muy distinto, ya lo sé, solo unos trajes y unas camisas bonitas. Pero esta vez ¡hay que tirar la casa por la ventana! Así que dejaré que Ria y tú escojáis lo que haga falta.

Daniel podía notar en la atmósfera la tensión que había entre su mujer y su cuñada y que era debida a la situación entre Peter y él, y sabía que su presencia no pondría las cosas más fáciles. Necesitaba que Lena y Ria fueran amigas: eso producía en la gente la impresión de que todo iba bien entre los hermanos Bailey, la producía incluso aunque se supiera la verdad.

Al salir de casa miró a su alrededor y vio aquel hogar que él había proporcionado a la familia tal y como seguramente lo veía el resto de la gente. Se detuvo un momento delante de la puerta principal, se giró en redondo para contemplar el vestíbulo y vio las alfombras desgastadas y el papel de la pared ya un tanto mugriento. La puerta de la cocina estaba abierta y se fijó en los muebles y electrodomésticos ya anticuados, y los vio como si fuera la primera vez que los veía. Pensó entonces en Lena: lo cierto era que a ella nunca le habían preocupado más de la cuenta las cosas que tenía alrededor, le bastaba con que todo estuviera limpio y alegre; pero la verdad era también que se veía que todo aquello era barato y estaba anticuado. Hasta entonces nunca se había preocupado del tema, pero ahora, sin embargo, tenía la impresión de que aquella casa no estaba a su altura, que su casa debería ser un reflejo de sí mismo y de sus éxitos, y sintió un ligero resentimiento hacia Lena por no haber deseado nunca algo así. Seguía conservando todos sus ahorros como si dijéramos en salmuera, y Dios sabía bien que en el pasado Daniel se había sentido agradecido por su permanente frugalidad. Pero ahora, de repente, tuvo la seguridad de que aquella casa tendría que haber sido adecentada hacía ya mucho tiempo, para que se correspondiese realmente con un propietario de su rango y su solvencia, y reflejara como es debido la posición que ostentaba.

Peter vivía como un puto rey; siempre había dicho que una casa era una inversión, y había comprado y vendido un montón a lo largo de los años, así que ahora era el feliz dueño de una buena propiedad, grande e importante. Verjas eléctricas y esa privacidad que solo se puede comprar a base de mucho dinero. Daniel podría tener lo mismo sin ninguna dificultad, porque sus negocios legales eran más que suficientes para cubrir cualquier gasto en el que se metiera.

Las palabras de su madre habían penetrado en su conciencia, y por eso *estaba* tratando muy en serio de mirar el mundo a través de los ojos de sus hijos. Sus hijos querían que él siguiese andando por la línea marcada y él intentaba desesperadamente no salirse de ella, lo que, si tenía que ser sincero, era una misión jodidamente difícil. Pero estaba decidido a mantenerse en un segundo plano, a escuchar las opiniones de

los chicos, y, de este modo, tenía la esperanza de acabar encajando con, los llamados, sus iguales. Para empezar, cortaría con las drogas; seguía tomándose de vez en cuando alguna que otra rayita, pero ahora tenía la sensación de andar con la cabeza más clara.

Cerró suavemente la puerta de la calle a sus espaldas y decidió que había llegado la hora de elevar el estatus de su vivienda habitual y de sus medios de transporte. También aceptaría el consejo de los chicos de hacerse con unas nuevas oficinas, aunque seguiría conservando el almacén de chatarra. Aquellos terrenos no los cedería nunca a nadie; no solo eran ideales para cierta clase de reuniones, sino que también sabía que de vez en cuando necesitaría un refugio seguro como aquel.

Sentado en su coche, contempló bien su casa, su hogar, donde había vivido muy feliz y contento, y se preguntó cómo era posible que nunca se hubiese dado cuenta de lo desvencijado y descuidado que estaba en realidad. No era de extrañar que la gente no lo mirase como miraba a su hermano Peter; a todos debía de parecerles el pariente pobre, a pesar de que él había ganado tanto dinero como su hermano.

Hasta entonces eso no le había preocupado nunca; era igual que Lena, él nunca había ansiado caer subyugado por el boato de la riqueza. Pero ahora, sin embargo, había comprendido por fin las ventajas psicológicas de ser visto como una persona que se ganaba la vida muy solventemente. La gente veía lo que tenías y entonces te consideraban un triunfador, y, a causa de eso, se creían que también ellos podrían ganar algo gracias a ti: confiaban en ti porque tú ya tenías lo que ellos deseaban.

Suspiró preguntándose por qué coño le había llevado tanto tiempo comprender cómo era la *Vida*, la vida del hampa en la que estaba metido. Estaba molesto consigo mismo: se ve que no tenía el cacumen necesario para ver las cosas de la misma manera que las veían otros. Ahora lo aceptaba y estaba más que dispuesto a escuchar a otras personas. Estaba decidido a enfrentarse al problema, aun cuando, para ser sinceros del todo, le resultaba muy difícil.

Arrancó el coche y, al alejarse de la casa, confió contra toda esperanza en ser capaz de contener sus cabreos y poder estar a la altura de su nuevo modo de vida. De una cosa sí que estaba seguro: de que su pequeña Tania iba a crecer en el hogar que le correspondía, y que Lena tendría que subirse a bordo, le gustase o no.

Capítulo cincuenta y ocho

—Te lo digo yo, Petey, es como si le hubieran hecho un trasplante de personalidad. Puedes asegurarle a tu padre que lo tenemos contento. —A Danny le costaba creerse lo que decía.

—Es de locos, ¿verdad? —se rió Petey—. ¡No dejo de oír cosas buenas de todos vosotros! Mi viejo está asombrado de la transformación de tu padre. Está encantado, por supuesto, pero también un poco escéptico, ya sabes.

Danny se tragó la rabia; podía ver de primera mano que su padre intentaba de veras trabajar con ellos y sabía exactamente lo duro que le resultaba.

Petey Bailey, su primo, al que quería muchísimo, tenía una suerte de cojones por tener un padre al que no le separaba el puto grosor de un cabello de acabar en el loquero. Pero tenían que trabajar juntos; el hecho de que fueran los intermediarios de sus viejos era tan importante como triste. Así estaban las cosas, y ellos no podían hacer nada al respecto.

—Te dije que lo tendría controlado, y lo tengo. Y ahora ¿cómo andan las cosas con los nuevos clubes? Ya sé que hablamos de que lo próximo sería entrar en Essex, y te diré que tengo el sitio perfecto. Es baratísimo; el memo del dueño se fundió la mayor parte de los beneficios a base de aspirarlos por la nariz. Es un gilipollas integral. Y encima también nos debe un buen pico y, en eso ha habido suerte, ahora le debe un pico a Davey. Convencí a Davey de que le ofreciera alguna salida, así que le dio el dinero suficiente para cubrir los intereses del préstamo original, lo que significa que ahora, como es lógico, tiene *dos* préstamos que no puede pagar. Es cuestión de asegurarle que dejaremos correr lo de las deudas si nos endosa sus locales y los pone a nuestro nombre. Y creo que se alegrará de librarse del muerto. Cometió el error más básico: abrió un club y pensó que era un lugar de reunión y no un negocio. Era una cuestión de tiempo que se le jodiese el tema.

Petey sonrió: le encantaba el don que tenía Danny para olfatear gangas.

—¡A mí el asunto me suena estupendamente! Las empresas Bailey siguen para arriba, ¿eh? ¿Y dónde está ese sitio?

Danny encendió un cigarrillo, le dio una profunda calada y dijo, en tono despreocupado:

—En la calle mayor de Ilford. Antes era el refugio de Colin Farmer, pero ahora es nuestro. Llevado como es debido, puede ser una mina de oro.

Petey estaba impresionado: Colin Farmer venía de una buena familia, una familia que le habría pagado la fianza si se lo hubiera pedido. Era evidente que Danny había convencido a Colin de otra cosa, y Petey se preguntó qué habría utilizado para vencer su resistencia. Tenía que ser algo grande…, mucho más grande que unas simples deudas.

Danny casi podía oír funcionar el cerebro de su primo mientras intentaba entender bien el asunto, y sonrió al decidir hacerle partícipe también a él del secreto.

—Yo ya apunté que era imposible que en su familia aceptaran sin más esa manera de darle a la coca, y que esa afición por los chicos jóvenes escandalizaría a mucha gente.

Petey estaba absolutamente alucinado, y aquel asombro de su primo tenía a Danny más que encantado.

—Le di un ultimátum, por así decir, mientras un crío asiático de no más de quince años le hacía una mamada en el asiento del coche; de eso no les he comentado nada a mis hermanos, y espero que tú te lo guardes también y no lo cuentes. Acabará por saberse, ese tipo de cosas siempre se acaban sabiendo, así que es mejor que nosotros no tengamos nada que ver en el asunto. Le he dado mi palabra de honor de que no soltaré prenda, y desde luego que la cumpliré.

Petey Bailey seguía dándole vueltas al tema. Colin Farmer era un mujeriego, y hacía su papel de donjuán con gran entusiasmo. Petey jamás había tenido el menor indicio de que el tipo fuera un maricón.

—¡Eso es casi increíble, joder! ¿Cómo lo descubriste? ¡Su viejo se subirá por las paredes, joder!

—¡Me lo dijo un pajarito! —contestó Danny con un encogimiento de hombros. No tenía intención de permitir que se supiera que tenía en nómina toda una red de personas cuyo único trabajo era descubrir cualquier cosa, todo lo concerniente a todos y cualquiera de los que habitaban ese ambiente, incluyendo a sus familiares más cercanos y sus cohortes de guerra. El conocimiento era poder, y él conocía muy bien el valor de los secretos. Sabía también, sin la menor sombra de duda, que algún día ese conocimiento que iba reuniendo con tanta paciencia valdría más que el simple dinero.

Petey estaba emocionado con que su primo le hubiera conseguido aquel chollo. Como sus hermanos y sus primos, estaba cansado de la situación en la que se habían puesto sus padres, pero sabía también que tenían que esforzarse dejándola de lado, y la verdad es que estaban llevando a cabo un trabajo francamente bueno. Llevaban los negocios de la familia y cada uno tenía los suyos propios, separados; y, de algún modo, conseguían que todo funcionase.

Danny sirvió brandy, una ración generosa para cada uno de los dos, levantó la copa hacia su primo y dijo, feliz:

—Por nosotros, primito, adelante y arriba.

Petey chocó su vaso con el de Danny.

—¡Eso suena jodidamente bien, colega! ¡Por los dos! —Luego rompió a reír otra vez con unas risas que sacudían su cabezota a uno y otro lado—. ¡Es que no puedo hacerme a la idea! ¡Colin Farmer un puto bujarrón!

Daniel miró entonces a su primo y le dijo, serio:

—Petey, es un jodido pederasta. El chico era un puto colegial, no sé si llegaría a los quince.

Petey fue digiriendo con calma esa información antes de contestar:

—¡Joder, tienes razón! Es jodidamente repugnante.

—Dímelo a mí, Petey —y Daniel se encogió de hombros con gran displicencia—, pero, al final, esas cosas acaban arreglándose. Y hasta entonces, el cabrón es mío.

Daniel se bebió su brandy saboreando hasta el último sorbo y con la seguridad de que ahora Colin Farmer era suyo, y lo era con todo incluido. Y, antes de que estuviera acabado, iba a tener así a un montón de gente más. Él era el hijo mayor de su padre, así que le correspondía recuperar cierto respeto y admiración hacia esa rama de la familia Bailey, y estaba dispuesto a asegurarse de que iba a ser así. Se acabó eso de que los considerasen de segunda fila. Llevaba toda la vida observando a su padre y le había visto seguir su propio camino, un camino muy extraño y peculiar, y muy pronto había comprendido que aquello no les aportaba nada que tuviera verdadero valor. Su padre, por desgracia, era un hombre de una extrema violencia, y encima de lo más aleatoria, aunque en su mundo eso no se considerase un gran inconveniente. Pero Danny se daba cuenta de que la absoluta indiferencia que mostraba su padre hacia los códigos morales que regían la vida de todos ellos, y su total incapacidad para comprender que sus actos no siempre estaban justificadas, les habían causado problemas muy serios. El tío Peter se había asegurado de que la gente pasara por alto los episodios más estrambóticos de su padre, pero lo que no podría impedir era que siguieran recordándolos.

Bien, ahora él y sus hermanos ya estaban creciditos y no pensaban hacerse a un lado y ser segundos platos de nadie; trabajaba día y noche para asegurarse de que los hijos de Daniel Bailey eran considerados personas dignas de fiar y, para ser más precisos, hombres por derecho propio. Petey Bailey y sus hermanos no tenían que demostrar *nada*, y Daniel se alegraba, pero en cambio él y sus hermanos tenían que trabajar el doble de duro para probar que eran gente que merecía la pena. Estaban dispuestos a hacerlo, a poner los cuartos sobre la mesa y demostrar al tío Peter que eran más que capaces de sacarse un buen dinero y vivir bien. Y, al contrario que sus primos, iban a conseguirlo contra todo pronóstico.

Petey Bailey observó a su primo mientras se liaba un canuto y se preguntó cómo sería eso de vivir a la sombra de un padre como su tío Daniel —seguro que un auténtico trabajo de locos, joder—. Petey quería a su primo, pero le daba un poco de pena porque tenía un montón de malos rollos de los que librarse, aunque confiaba en que Danny sería capaz de conseguirlo. Y fuera lo que fuese Daniel Bailey padre, seguía siendo capaz de aterrorizar al común de los mortales. Seguía siendo uno de los hermanos Bailey, y en su mundo eso significaba muchísimo.

Capítulo cincuenta y nueve

Lena estaba encantada con el vestido de primera comunión de su hija: era una auténtica preciosidad. Se alegraba de haber contado con Ria para que la ayudase a elegirlo. Comprendía que Ria tenía mucho mejor gusto que ella, y sabría mejor también qué tela era la más adecuada y cuál el estilo que mejor le sentaría a Tania. Ria tenía un auténtico don para esas cosas. Y ahora Lena tenía delante el vestido ya terminado y estaba contentísima con él, llena de felicidad. No era simplemente un vestido, ¡era todo un traje de boda! Solo las mangas ya eran una obra de arte y, además, todo cosido a mano: ¡era un auténtico golpe de clase! Oh, ahora estaba emocionadísima con la comunión de la cría. No es que no lo hubiera estado antes, pero en fin, no se trataba de un desfile de modas, era un acontecimiento de lo más serio. Su hija iba a confesarse por primera vez e iba a ser partícipe de la sagrada eucaristía también por primera vez. Al pensarlo, Lena se santiguó a toda prisa.

Incluso así, no podía dejar de mirar el vestido de su hija ni dejar de admirarlo desde todos los ángulos. Tener una hija significaba que podías tirar de verdad la casa por la ventana, lo hacían hasta las familias más pobres. La primera comunión era un gran acontecimiento para la Iglesia y en la vida de cualquier crío. Su Tania iba a ser la niña más preciosa que se viera aquel año, de eso estaba segurísima.

La gran preocupación de Lena no era la propia ceremonia en sí, sino la fiesta que celebrarían después en el Shandon Bells, una fiesta para Tania y Delroy Junior. Peter y Daniel estarían en la misma habitación, como era de esperar, pero estarían en la misma habitación por primera vez desde su «gran cabreo», como ella lo llamaba. Estaba desesperada por asegurarse de que no pasase nada que pudiera estropearles a los niños su «gran día». Se sintió aliviada al ver que las cosas volvían a la normalidad entre Theresa y ella; eso ya era una preocupación menos.

Tania entró en la habitación de su madre con una amplia sonrisa; le gustaba el vestido casi tanto como a su madre. Estaba ansiosa por ponérselo ya con todos los accesorios que habían elegido: una pequeña diadema de brillantes para sujetar el velo en su sitio y una Biblia de nácar que debería llevar en las manos, manos que irían cubiertas con guantes blancos de encaje. ¡Iba a parecer totalmente una princesa! Se abrazó a su madre y luego las dos se quedaron juntas de pie y admiraron el vestido en silencio.

Daniel entró en la habitación, y cuando las dos mujeres se giraron hacia él, pudo ver la felicidad que reflejaban sus caras. Así que, muy sonriente, dijo en tono de broma:

—¿Así que este es el vestido? ¡Yo creía que tenían que venir a entregarlo unas hadas! Parece totalmente un vestido de hada.

Tania ya estaba muy excitada, pero los elogios de su padre eran lo último que le faltaba.

—¿Te gusta, papá? A mí me encanta…

Daniel la tomó en brazos y la estrechó contra él.

—Creo que es el vestido más bonito que he visto en mi vida, corazón.

Tania resplandeció de felicidad.

—Es precioso, Daniel, aunque no sé si yo debería decirlo. Será la mejor vestida de toda la ceremonia, eso lo sé con toda seguridad.

Daniel se quedó encantado de oír a Lena: quería que su hija fuera vestida como a él le parecía apropiado. Era una niña muy guapa, y quería que cuantos la viesen la juzgasen como él consideraba que debía ser una hija suya: la mejor vestida y un escalón por encima de las otras crías y críos. Se acordó de la primera comunión de Imelda, años antes: Ria la había ataviado como si fuera una jodida novia de la alta sociedad. Peter le había dicho lo que había costado el vestido y él pensó que se habían vuelto locos por pagar aquella cantidad por un traje para una niña; un traje que no iba a ponerse más que una vez, por cierto. Ahora, sin embargo, era capaz de entenderlo. Cuando se trataba de esas ocasiones tan especiales, las niñas eran harina de otro costal: eran especiales porque se *las podía vestir* como novias en miniatura.

Él se aseguraría bien de que a su hija, a su *única* hija, todos la vieran con ropa muy cara y con mucha clase, aunque fuera lo último que hiciera. A aquellas alturas, ahora, estaba aprendiendo cómo se jugaba a aquel juego y estaba decidido a jugarlo mejor que nadie.

—Entonces, ¿quién quiere oír las buenas noticias?

Tania se apretó con fuerza contra el cuello de su padre y chilló:

—¡Yo quiero, papi! ¡Dímelo!

Lena sonreía feliz; supuso que se refería a la comunión, porque la verdad es que por aquellos días no pensaba en otra cosa.

—He comprado una casa nueva para nosotros. Una casa con jardín, individual, y tú, mi princesa, ¡tendrás un baño para ti sola! ¿Qué te parece?

Tania no estaba muy segura de qué tenía que pensar, y se le notaba. Daniel se echó a reír con grandes carcajadas y volvió a estrecharla contra sí.

—Podrás bañarte en un cuarto de baño tuyo. Tuyo solo.

—¿De verdad, papi? ¿Un cuarto de baño mío, un baño solo para mí?

—Un baño solo para ti, princesa, ¡para ti no hay nada demasiado bueno!

Entonces Lena lo miró insegura.

—¿Has comprado una casa nueva sin decírmelo? —preguntó.

Daniel dejó a su hija en el suelo y asintió con un movimiento de cabeza.

—Pues sí, Lena, la he comprado, ya iba siendo hora. Tenemos dinero, y quiero que esta pequeña tenga todo lo que podamos darle.

Aquella era la manera adecuada de enfocar el tema, y él lo sabía. Lena movería cielo y tierra por su hija, y los movería todavía más contenta si eso significaba que los beneficios serían para Tania. Daniel se preguntó cómo habían podido bregar con los chicos en un espacio tan pequeño. Pero, claro, en aquellos tiempos a él todo eso no le importaba.

Capítulo sesenta

Tommy Barker era muy feliz con Theresa: aquella mujer le venía como anillo al dedo. Su madre era irlandesa, y su padre, ya muerto, escocés, así que lo habían criado como católico, con las mejores intenciones, y por muy granuja que hubiera acabado siendo, lo cierto es que nunca había olvidado del todo esa educación católica.

Ver a Theresa tan emocionada con la comunión de su nieta era algo que a él nunca se le habría pasado por la cabeza, no pensaba que fuera a afectarle tanto, pero así eran las cosas, y sentía tanta expectación ante el acontecimiento como la de ella.

Theresa Bailey todavía tenía algo de jovencita, sobre eso no cabían dudas. Hacía muchos años que la conocía, y siempre la había admirado por la manera en que había sacado adelante a sus hijos, olvidándose por completo del estigma no solo de tener dos hijos de soltera, sino, encima, con el añadido de que uno de ellos era de color. Ni más ni menos. En aquella época eso le había exigido echarle muchos huevos al asunto, pero ella tenía unos huevos mucho más grandes que la mayor parte de los hombres que Tommy conocía. Theresa se había dedicado con devoción a cuidar de sus chicos, un tema evidente para todos cuantos la conocían, y nunca jamás se había arrepentido de tener y criar a ninguno de los dos. Ahora, sin embargo, a Tommy le daba la impresión de que últimamente su hijo pequeño la tenía sometida a una tensión mucho mayor de lo que dejaba entrever.

Daniel Bailey, aquel cabroncete escurridizo, intentaba colarse a codazos en sus negocios, y él no estaba demasiado seguro de si aquello le gustaba o le disgustaba. Una parte de él se sentía dispuesta a permitir que un hombre más joven asumiera algunas responsabilidades, pues él no disponía ya de tanta energía como años atrás. Pero Tommy ocupaba una posición de privilegio, como cerebro director de sus ganancias, ganancias que venían de blanquear dinero para cualquiera que fuese alguien. Sabía cómo tomar cualquier dinero negro de procedencia ilegal y convertirlo hábilmente en ingresos limpios de polvo y paja sin hacer el menor ruido. Ahí residía su punto fuerte, y ahí tenía un buen hueco en el mercado. No tenía mucha gente a sus órdenes, pero la que tenía se daba por hecho que eran de toda su confianza. Los escogía uno a uno, y todos estaban perfectamente al tanto de los riesgos que corrían, riesgos que, aunque mínimos gracias a su perfecta planificación, seguían siendo suficientemente peligrosos como para que cualquier persona normal se lo pensase. Era un negocio complicado y muy delicado, un negocio que necesitaba una mano fuerte que lo guiara y, aun más importante, alguien que entendiera de economía (tanto de economía global como de su variedad delictiva).

Tommy lo llevaba en su naturaleza: sabía por puro instinto dónde había que colocar el dinero y cuándo había que retirarlo, dónde pagar en efectivo y qué pagar. Aquellos días andaba lavándoles dinero a los rusos, una gente a la que le salían los billetes por las orejas…, dinero de las drogas, o eso daba por hecho él. Tenía

adiestrados y a su servicio a unos cuantos abogados que estaban contentísimos organizándole grandes compras de bienes raíces, siempre en Londres y siempre en efectivo, y cargando luego los inmuebles en cuestión con hipotecas importantes. A partir de ahí, los propietarios de esos edificios tenían efectivo legal para gastar, para invertir o para meterlo, sin más, en una cuenta bancaria a plazo que les rentase unos buenos intereses. La verdad, aquello era tan fácil como hacer garabatos en un papel, y a él el tema ya le aburría. No se oponía en absoluto a que Daniel Bailey hiciese los trabajos pesados, porque eso le dejaba más tiempo para disfrutar de su «edad dorada».

La verdad es que se sentía más viejo de lo que estaba dispuesto a admitir. Le resultaba muy cómodo estar con Theresa: le gustaba que los dos ya tuvieran una edad. La afición de Tommy por las chicas jóvenes había muerto hacía ya mucho tiempo, y ahora quería a alguien con quien poder hablar de verdad, alguien que entendiera la *Vida*, la vida del hampa, alguien a quien no tuviera que estar comprando continuamente con chucherías caras y vacaciones exóticas. Theresa todavía era una mujer de muy buena presencia y, además, nada dispuesta a tragar con la más mínima mierda. Eso, junto con su avidez por la vida y su sentido del humor, la convertía en un verdadero diamante en bruto. Por primera vez desde hacía muchos años Tommy se sentía bien aposentado, satisfecho. Se daba cuenta de que la amaba de verdad. Seguía teniendo unos buenos ingresos, cosa que valoraba, pero estaba dispuesto a ceder las riendas a otros. Ahora, lo único que quería ya era tomarse alguna que otra copa, echarse unas risas y, de tanto en cuanto, disfrutar a gusto de un encuentro sexual con su Theresa.

La oyó cantar a dúo con la radio y sonrió, con una decisión ya tomada. Daniel podía pasar a ocuparse de sus negocios si de veras quería hacerlo; lo cierto es que a él le haría un auténtico favor.

Mientras bajaba los escalones camino de la cocina, se sentía un hombre mucho más feliz. Ahora que por fin había tomado la decisión de renunciar al día a día de los negocios, se sentía mucho más libre, como si alguien le hubiera quitado aquel peso del mundo que soportaba sobre los hombros. Daniel era un tipo duro, y eso era justo lo que había que ser en el ramo de su actividad. Tommy le enseñaría lo que hiciera falta, se llevaría su tajada y se iría difuminando poco a poco entre bastidores.

—Pareces feliz —le dijo Theresa, que también estaba de buen humor; la verdad es que desde que se había enrollado con Tommy Barker siempre estaba de buen humor.

—Pues eso es, querida, ¡porque lo estoy!

Capítulo sesenta y uno

—Bueno, ahora ya te lo puedo decir, Liam: a Imelda esa mujer no le gusta nada, pero, en fin, ya lo superará. Mira, hijo, si tú eres feliz, yo también lo soy.

Liam se sentía incómodo: notaba que el calor se le subía a la cara y se dio cuenta de que debía de parecer tonto de remate. Había confiado en que a su madre no le importaría la profesión de Mandy. Le había escuchado y había dado la bienvenida a Mandy y a su crío como si fuesen miembros de la familia real que venían de visita, y ahora comprendía que su madre iba a defender la elección de pareja que él había hecho cuantas veces fuera preciso.

—Gracias, mamá, estaba seguro de que me comprenderías.

Ria sonrió. Liam era todavía muy joven, pero estaba clarísimo que se había enamorado de veras de aquella Mandy, que parecía una buena chica. Desde luego era un bellezón, de eso no cabía ni la menor duda, porque, la verdad, era una mujer despampanante. Era una joven muy educada y tenía un tono de voz y un modo de hablar preciosos, y Ria comprendió que lo de que la chica hiciera *striptease* era algo que no tendría más remedio que pasar por alto. Por otra parte, tenía la sensación de que, de todos modos, Amanda no seguiría mucho tiempo en ese oficio de desnudarse en público, no desde luego en cuanto su hijo tuviera algo que decir al respecto. Al niño lo tenía muy bien cuidado, eso era evidente, y daba la impresión de que Liam lo adoraba. La verdad es que era muy extraño: Liam, su Liam, el mujeriego de Liam, completamente noqueado por una cara bonita. En fin, bueno, lo más importante era que el chico fuera feliz. Y además, consideró que también le vendría muy bien asumir un poco de responsabilidad: Dios sabía que necesitaba tener algo concreto en lo que enfocar su actividad, era un chico con tendencia a dejarse llevar a la deriva.

Supuso que lo mismo podría decirse de cada uno de sus hijos. Ninguno de ellos parecía dispuesto a sentar la cabeza, pero hay que decir que tampoco estaban viviendo la clase de vida más adecuada para hacerlo. Dirigían clubes nocturnos, se acostaban siempre de madrugada, y todo eso lo disfrutaban hasta el último segundo. Hubiera apostado a que ese era el sueño de cualquier chaval. Pero ahora su Liam andaba metido en un asunto de amor, y la verdad es que eso la tenía muy contenta por él.

—Vete a la sala y hazle caso a tu chica. Yo prepararé cualquier cosa de picar para todos. ¿El crío tiene que comer algo especial?

—Bernard se come lo que le pongas delante. Es un buen crío, mamá, simpático y de todo. Hasta le he enseñado a boxear un poco.

Ria notó el orgullo que sonaba en la voz de su hijo, y durante unos segundos le entraron ganas de llorar. Estaba muy orgullosa de su hijo, estaba orgullosa de que tuviera un corazón tan grande como para querer al hijo de aquella pobre muchacha. Hacer eso era algo que exigía mucho de cualquiera, y no todos los hombres serían capaces de hacerlo. Pero parecía que Liam sí que se preocupaba de veras por el

chiquillo.

—Me parece que oigo a tu padre. Ábrele la puerta, ¿quieres?

Cinco minutos después Peter entró en la cocina con el asombro pintado en la cara. Ria se rió en voz baja y le dijo:

—Ya sé lo que estás pensando, Pete, pero, la verdad, a mí me parece que es una buena chica.

—¡Desde luego, es un monumento de chica, eso sí que lo sé!

Ria se echó a reír de nuevo.

—Ya lo sé, ¿y por qué no va a serlo? ¡Tenemos unos hijos bien guapos! Pero, bromas aparte, el chico está loquito por ella, y también por su pequeño. Y por lo que cuenta Liam, la pobre lo ha pasado muy mal, y es muy jovencita, pero a Liam lo tiene feliz.

Peter Bailey amaba a su mujer con verdadera pasión, y ella lo sabía. En su relación nunca había habido el menor asomo de celos, y a Peter eso le complacía más de lo que nunca estaría dispuesto a admitir. La chica de Liam era una auténtica belleza, y seguro que habría muchas mujeres que nunca la admitirían de buen grado en sus vidas. A las mujeres en general raramente les gustaban las chicas demasiado guapas, eso era algo que sabía perfectamente gracias a sus muchos años trabajando en clubes nocturnos. Imelda era una mujer celosa, y ya le había explicado con toda claridad lo que opinaba de aquella Mandy. A él aquello no lo tenía muy feliz, porque Imelda tenía que entender, y antes de que fuera demasiado tarde, que para que una pareja se mantuviera junta hacían falta más cosas que una cara bonita y un tipo espectacular.

—¡Es su vida, Ria! Ya es todo un hombre.

—¡Una *stripper*! Apuesto a que ya ha provocado más de un ataque al corazón por esos clubes…

Los dos se estaban riendo a carcajadas cuando Liam apareció en la cocina con su familia prefabricada.

Mandy Wright estaba nerviosa, emocionada y feliz, todo al mismo tiempo; le encantaba el ambiente que se respiraba en aquella casa y tenía la sensación de gustarle a la madre de Liam y, mucho más importante, de que también le gustaba Bernard. Y se atrevía a albergar la esperanza de que, ¡por fin!, hubiese caído de pie.

Bernard se retorcía de risa. Al ver a su hijo haciéndole carantoñas a aquel niño rubito como si fuera carne de su carne y sangre de su sangre, Peter se acordó de pronto de su hermano Daniel, y de cómo lo cuidaba cuando eran unos críos. Daniel tenía los mismos ojos azules que ese chavalín y, igual que Liam, Peter los tenía castaños. Su madre los había bautizado como Guerra y Paz, pero lo cierto es que siempre habían estado muy unidos. Por primera vez en muchísimo tiempo, Peter echaba de menos a su hermano.

Mandy estaba sentada a la mesa de la cocina con su niñito en el regazo y charlaba con Ria mientras Peter descorchaba una botella de vino para ellas. Al hacerlo, sintió

que le recorría una oleada de satisfacción. Aquello era exactamente la verdadera vida: ver a la familia reunida, disfrutar de la compañía de sus miembros y valorar lo que tenías.

El pequeño Bernard alargó los brazos; Peter Bailey lo tomó en brazos con una sonrisa de felicidad y le dijo a su hijo:

—Entonces, ¿cómo vamos a llamarlo, eh? ¿Bernie pequeño?

Mandy observaba todo aquel barullo que se había formado en torno a su niño, vio a Ria vigilar a su marido y su hijo mientras jugaban con el pequeño. Y dejó caer la cabeza sobre el pecho para intentar mantener sus emociones bajo control.

Ria le puso una mano en el hombro, se lo apretó un poquito, con suavidad, se inclinó sobre ella y le susurró al oído:

—Escúchame, cariño, relájate. Estás entre amigos.

Mandy levantó la vista: tenía los ojos humedecidos por la emoción. Ria atrajo a la joven hacia sus brazos, la estrechó con fuerza y dijo en voz alta:

—Esta sí que vale la pena quedársela, Liam.

Liam miró a su padre y ambos sonrieron al unísono. El pequeño Bernard se encontraba en su elemento siendo el centro de atención. Liam se sentía más feliz de lo que nunca hubiera creído humanamente posible. Le guiñó el ojo a su madre y empezó a preguntarse cuál sería el mejor sitio para comprarse una propiedad que no solo pudiera albergar a aquella familia suya recién encontrada sino que, al mismo tiempo, constituyera una buena inversión para el futuro.

Capítulo sesenta y dos

Delroy contaba los dividendos. Ya sabía que serían escasos, pero no le importaba demasiado; lo que faltaba ya lo cobrarían sus chicos al día siguiente. Soltó un ruidoso bostezo.

Imelda entró en la cocina y Delroy le dirigió una sonrisa a pesar de que aún seguía irritado con ella. Pero era lo bastante lista como para lanzarle una acusación de infidelidad esa vez y en ese momento. Era un mujeriego, de eso no cabía la menor duda, pero nunca haría nada que pudiera poner en peligro sus relaciones con ella.

—¿Todo listo para el domingo?

Imelda asintió. Esos días andaba nerviosa por culpa de Delroy, aterrada permanentemente ante la posibilidad de que los abandonase, a ella y a su hijo.

—Todo va a resultar perfecto. El vestido de la pequeña Tania es una maravilla, ¡no parece de este mundo! Solo falta que mi padre y el tío Daniel no se peleen.

—No se pelearán —dijo Delroy con un encogimiento de hombros—. Ya ha llovido desde aquello y ahora ni siquiera se comunican directamente entre ellos, solo por medio de sus muchachos. Todo irá como la seda, deja de preocuparte en vano.

Imelda tuvo la sensación de que le decía aquello para quitársela del medio, pero se mordió la lengua y no dijo nada. Siempre había tenido mucho genio, y últimamente se había estado sintiendo incómoda. Verlo reír con aquella jovencita la había puesto muy nerviosa, mucho más de lo que se había imaginado cuando se imaginaba esas cosas. *Creyó* a Delroy cuando este le dijo que no había nada importante entre él y aquella chica; y le creyó porque sabía que él nunca le haría una cosa así a ella…, o al menos que no se la haría públicamente ni en un lugar donde ambos fueran personas conocidas. Tenía suerte de que Delroy fuera así, porque muchos de los hombres de su ambiente no se andaban con esos miramientos e iban con sus novias a los mismos sitios a los que llevaban a sus esposas.

Pero fue verlo con aquella chica, tan relajado y riéndose bien fuerte de algo que la chica le había dicho, lo que le había afectado tantísimo. ¿Con quién más se comportaría así? ¿Era blanca? ¿Rubia, con tetas neumáticas y grandes ojos azules? ¿Era la típica Rasta de los klingon de *La guerra de las galaxias*? ¿La estrechaba entre sus brazos? ¿Le decía cosas, cosas íntimas? ¿La comparaba a ella con su amante?

Incluso a pesar de que Delroy mantenía a sus mujeres bien ocultas a las miradas públicas, a Imelda lo de saber que existían ya le bastaba para destrozarle el corazón. El mero hecho de que su hombre *necesitase* otras mujeres era más de lo que podía soportar. Hasta entonces había intentado no permitir que aquello la perturbase, pero la pesadilla que le supuso verlo reír con aquella jovencita, saber que ella lo quería aunque él no la quisiese a ella, le producía un dolor casi físico. Era como si alguien le hubiese arrancado del vientre todas las tripas y las hubiese arrojado en mitad del polvo del camino.

Si ya solo en su trabajo, sin más, ¡estaba permanentemente rodeado de otras

mujeres! Trabajaba a horas extrañas, así que era un hombre al que nunca iba a poder atar corto de ninguna de las maneras. Era un hombre que echaba una cana al aire siempre que le apetecía, pero a ella le torturaba la idea de que alguna de aquellas chicas a las que utilizaba acabara siendo algo más que un simple pasatiempo sexual. Si Delroy la dejaba, se moriría. Nunca se recuperaría, de eso estaba completamente segura.

—¿Te encuentras bien, Mel?

Imelda forzó una sonrisa, tosió con una tos nerviosa y dijo en un tono suave:

—¡Sí, claro! Yo siempre me encuentro bien. Esto no parece muy grave.

Delroy sonrió. Había que fiarse de ella, que siempre lo controlaba todo.

—Mucho mejor, pues. Yo ya estaba cansado, lo único que quería era llegar de una vez a casa.

Eso era lo que ella quería oír. Y ambos lo sabían.

Capítulo sesenta y tres

—Menudo puto ruido hay aquí. —Noel apenas podía oírse a sí mismo.

Jamsie asintió con la cabeza para mostrar su acuerdo; no tenía sentido intentar contestar a su hermano de viva voz. Se abrieron paso hacia la parte trasera del club, aliviados cuando por fin cerraron la puerta del despachito; seguían oyendo la música, pero ya lo bastante amortiguada como para al menos oírte pensar a ti mismo.

—¡Este sitio es una puta mina de oro! Fui yo quien le dijo a Danny que merecía la pena gastarse el dinero en un buen DJ, ¿o no fue así?

Noel estaba encantado de que su idea hubiese funcionado tan bien. En su momento había argumentado que un buen DJ se hacía con sus propios seguidores, y los hechos habían demostrado que tenía razón. Desde que habían tomado en sus manos el local de Colin Farmer, el club había triplicado sus ingresos casi de un día para otro. Ahora tenían cada mes reservados para buenos clientes en todos sus clubes, gente que buscaba lo mejor de lo mejor. La movida en el norte había vuelto a crecer, así que los tíos del norte eran muy populares; los clientes estaban felices de llenar el local hasta los topes todas las noches entre semana, encantados de disfrutar de la oportunidad de ver a aquellos DJ de los que tanto habían oído hablar actuando para ellos en vivo y en directo.

Era una época magnífica para estar metido en el negocio de los clubes. En aquellos momentos era todo muy fácil: los locales eran enormes, tenían toda clase de instalaciones para acomodar y hacer sonar debidamente a los grupos musicales y la capacidad suficiente para asegurarse de que habría beneficios. Los locales de *striptease* también estaban en uno de sus mejores momentos, pero ellos veían más futuro en clubes y discotecas. Los jóvenes estaban más que dispuestos a pagar por una buena noche de juerga, una noche con un poco de marcha, de coca y de lo que fuera, y, como ellos también proveían a los consumidores de esas cosas, además del alcohol preceptivo, estaban disfrutando de una racha increíble.

—Estoy reventado, Noel, joder. Hazme una raya, ¿vale? Es que necesito gasolina.

Noel no necesitó que se lo dijeran dos veces. Mientras pulverizaba la coca sobre la mesa del despacho con una tarjeta de crédito, notó una oleada de satisfacción: aquello sí que era vida. Estaban encantados, tenían de todo.

Jamsie sirvió una cerveza para cada uno y, después de haber esnifado un par de rayas cada uno, brindaron a la salud de ambos.

—Llegan tarde. Como no espabilen y se muevan un poco, ya pueden volver a coger la puerta.

Noel se rió.

—Oh, venga, Jamsie, no me jodas. Ahora llegarán.

Jamsie se sonrió. Sentía cómo le iba subiendo el calorcillo por las venas, cómo le desaparecía el cansancio, cómo el cerebro entraba en acción de nuevo.

—¡Este es un perico de primera!

—Seguro que sí —se rió Noel—. ¡Jack siempre sabe dónde encontrar material del bueno!

Los dos rieron al unísono con grandes carcajadas.

Unos golpecitos en la puerta proclamaron la llegada de sus invitados. Noel abrió la puerta y, con una florida reverencia, hizo pasar a dos hombres que esperaban tras ella. Los dos rondaban el final de la veintena y venían de Liverpool. Eran los hermanos Daly, unas verdaderas leyendas —tal vez solo en su casa a la hora de comer—, y tan peligrosos como guapos.

En cuestión de nanosegundos Gerry Daly captó perfectamente el escenario que les tenían preparado y exclamó con voz potente:

—¡Oh, justo lo que necesitábamos! Una rayita y una cerveza. ¡No hay nada mejor que eso!

Paddy Daly sacó una agenda y, mientras Noel iba preparando rayas para todos, explicó, en términos de lo más encomiásticos, lo mucho que iban a beneficiarse todos del robo a un banco que su hermano y él tenían ya planeado hasta el ultimísimo detalle.

Noel y Jamsie estaban emocionados: como eran los más jóvenes de los hijos de Daniel, andaban desesperados por poder desplegar sus alas y volar por su cuenta, y los hermanos Daly venían totalmente dispuestos a ayudarles a lograr su objetivo.

Capítulo sesenta y cuatro

El pequeño Delroy estaba guapísimo, y lo sabía: era un crío con mucha confianza en sí mismo. Su padre se echó a reír al ver a su hijo dar la vuelta por delante de la iglesia como una versión en miniatura de sí mismo. Era gracioso comprobar que verte a ti mismo en tus hijos te hacía entender que, gracias a ellos, nunca te irías del todo de este perro mundo. La gente que decía que no quería tener hijos estaba chiflada; ¿por qué otro motivo iba a haber creado Dios a la raza humana?

Imelda tenía un aspecto magnífico, pero bueno, la verdad es que ella siempre estaba estupenda. Aunque desde luego no se creía ni una palabra de las que Delroy le decía últimamente. Era una mujer complicada, pero a Delroy siempre le habían atraído las chicas guerreras… Le gustaba que todas sus mujeres tuvieran un poco de chispa.

Vio que Daniel Bailey, Tania y Lena se dirigían hacia él y les sonrió sin dudar, decidido a dejar atrás todos los dramas pasados, al menos por ese día. La pequeña Tania tenía un aspecto absolutamente fantástico. Era una niña muy guapa y acabaría siendo una hermosa mujer. Era el vivo retrato de Theresa… y hasta tenía los mismos andares de su abuela.

—Pero ¡mírate!

A Tania le desbordaba el orgullo; sabía sin la menor duda que ese día tenía un aspecto fantástico. Y *se sentía* así. Delroy tendió la mano a Daniel para saludarlo.

—¿Estás bien, Daniel? Qué estupendo día, ¿verdad? Tu vieja está como loca, rematadamente loca con todo esto.

Daniel Bailey esbozó una sonrisa tensa, pero su atención no iba dirigida precisamente a Delroy. Se había percatado de que su hermano andaba por los alrededores, aunque no era muy probable que se saludasen más allá que intercambiando un ligero movimiento de cabeza.

Lena había ido directamente al encuentro de Ria, y Daniel se sintió un tanto irritado por unos momentos, aunque decidió tragarse la rabia. Ria y Lena eran colegas, y muy cercanas, y su amistad mantenía la apariencia de que todo iba perfectamente entre los dos hermanos, aun cuando todos los que conformaban su mundillo conocían la cruda verdad.

Danny observaba de cerca a su padre. Hoy no pensaba tomarse ni una sola copa…, se mantendría todo lo pegado a su padre que fuera humanamente posible sin resultar demasiado evidente y, si se produjera aunque fuese tan solo un ligerísimo asomo de cualquier problema que le afectara, pensaba llevárselo de allí inmediatamente sin importarle que fuera su padre. Uno se podía fiar de la capacidad del tío Peter para mantener la tranquilidad pasara lo que pasase. Pero, en cambio, de la de su padre, no. Desde luego que lo intentaba, era justo reconocérselo, pero eso no cambiaba el hecho de que ninguno de sus hijos creyera que se hubiera curado de sus temibles explosiones de cólera. Unas cuantas copas y cualquier desaire imaginario

bastaría para desencadenar la Tercera Guerra Mundial. Hoy era el día de su hermana pequeña y confiaba, contra todo pronóstico, es cierto, que a su padre no se le olvidaría el dato y lo tendría bien presente en la cabeza.

Danny echó un vistazo a todo el perímetro de la iglesia; el lugar estaba atestado de padres, familiares y niños. Se preguntó dónde cojones estarían sus hermanos. A Noel y a Jamsie no se les veía por ninguna parte.

Vio a Liam Bailey, que llegaba con su novia y su hijito; la chica, desde luego, era un bellezón, ¡y hacía *striptease*! Más de una vez la había visto sin bragas y sin nada de nada puesto…; bueno, como todos. Desde luego que era digna de ser vista, la condenada, toda tetas, carne y lápiz de labios. Pero si a Liam no le importaba ni un carajo, ¿por qué iba a importarle a él? Él ya tenía amor suficiente desde todos los puntos de vista.

Mandy le saludó tímidamente con la mano y él le devolvió una sonrisa, asombrado de que, siendo capaz de quitarse toda la ropa por dinero como hacía, también fuera capaz de sentirse tímida en compañía masculina. Era algo que daba que pensar. Liam le guiñó un ojo y le lanzó un «¡hola!» silencioso, solo moviendo los labios. A Liam nunca se le había visto tan feliz y contento, y Danny se sintió encantado por él: parecía disfrutar un montón haciendo de papaíto y se notaba mucho que el niño lo adoraba: eso era más que evidente.

Su tío Peter estaba entrando en la iglesia y Danny observó a su padre, que se comportaba como si aquello le diera exactamente igual. Rezó al Señor: Por favor, Dios mío, permite que este día pueda desarrollarse sin demasiados impedimentos… Ni estaba de humor para líos ni le entusiasmaba lo de hacer de guardaespaldas oficioso.

Capítulo sesenta y cinco

Noel y Jamsie estaban nerviosos. Habían dispuesto todo lo referente al golpe asegurándose de que les diera tiempo de sobra para luego llegar puntuales a la ceremonia de la primera comunión, pero el reloj iba avanzando. Sentados en la furgoneta Ford Transit junto a los hermanos Daly, la aprensión y las expectativas les hacían sudar a raudales. Noel no quitaba la mano del fusil de repetición que habían comprado especialmente para aquella ocasión. Le gustaban su tacto y su peso, le gustaba saber que lo tenía bien cerquita. Las armas potentes eran como los coches caros: decían cosas muy expresivas sobre tu personalidad, te hacían sentir a gusto contigo mismo. Lanzó una mirada a su hermano e intercambiaron unas sonrisas dubitativas.

Estaban en la parte alta de Green Lane y, de un momento a otro, iba a aparecer rodando hacia ellos un furgón de Securicor repleto de billetes de banco. Era el servicio mensual del Banco de Inglaterra. El furgón transportaba billetes usados para ser destruidos en un horno crematorio. Eran billetes viejos, muy estropeados ya, que llevaban demasiado tiempo circulando. Solo que esta vez, si ellos se los llevaban, volverían a ser billetes de perfecto curso legal.

Aquello era pan comido. El único problema de verdad sería abrir las puertas de la furgoneta, pero, una vez hecho, ya estaba. Los Daly tenían un rifle de alta velocidad que destrozaría con facilidad el parabrisas, que luego arrancarían con las palanquetas. Los hombres que iban dentro del furgón para custodiar el envío ¡abrirían las puertas traseras sin pensárselo dos veces! Cualquiera que se hiciera el héroe vería cómo se lo despachaban en un abrir y cerrar de ojos; a nadie le pegarían un tiro mortal, porque una rodilla reventada sería más que suficiente para lograr la colaboración de todos. O por lo menos eso era lo que los hermanos Daly les habían asegurado.

La radio estaba puesta, bajita, y sonaban los Queen cantando *We are the Champions*. Jamsie sonrió. Era una canción muy adecuada, teniendo en cuenta lo que estaban a punto de emprender.

Hacía un día precioso y Jamsie estaba contento: quería que en el gran día de su hermanita pequeña todo saliera bien. Ya llevaban semanas viviendo y respirando aquella puñetera comunión. Ya se sentía hasta enfermo de tanta emoción, y más aún sabiendo como sabía que era fácil que lo que estaban a punto de hacer les acarreara algún que otro problema grave; pero, al igual que Noel, tenía que demostrar a todo el mundo que eran capaces de hacer cosas por su propia cuenta y riesgo.

Garry Daly se bajó el pasamontañas y los demás le imitaron al instante. Paddy Daly apartó la Ford Transit de la acera y salió rápidamente, con mano experta, tras la furgoneta de Securicor.

Sonó un fuerte chirrido de neumáticos y a partir de ahí se organizó un infierno de todos los demonios.

Capítulo sesenta y seis

El Shandon Bells de Ilford estaba hasta arriba de gente, y tanto Ria como Lena sentían la emoción de aquel día. Los críos andaban corriendo como locos a su alrededor, y ya hacía mucho rato que se habían olvidado la seriedad de la celebración, en cuanto se habían visto lejos de la iglesia. Tania ya estaba desaliñada, con la diadema de diamantes toda torcida y el velo colgando a la espalda como si fuera un trapo, pero se sentía exultante. Acababa de hacer su primera confesión y luego la primera comunión. Era el inicio de su camino hacia la edad adulta, un día que nunca podría olvidar.

El pequeño Delroy estaba que no cabía dentro de sí, a pesar de que, en realidad, ese día era *de ella*. Los niños no se vestían tan de gala como las niñas y por eso no llamaban tanto la atención. Tania había comprendido que tenía un aspecto maravilloso y la sensación le había gustado muchísimo.

Mientras se dirigía hacia los lavabos, oyó la voz de su padre y, sin pensárselo un momento, se detuvo ante el pequeño portal que anunciaba los servicios de caballeros.

Se quedó allí plantada, sin hacer ningún ruido y con los ojos abiertos de par en par. Su padre tenía agarrado por el cuello a su hermano Noel y Jamsie estaba en el suelo, sangrando con la cabeza entre las manos. Noel intentaba zafarse de las garras de su padre, forcejeando con él y tirándole de las manos con todas sus fuerzas. Se oían sus esfuerzos tratando de respirar, como si no le llegase el aire, con la cara roja y angustiada.

Su padre les gritaba:

—¡Sois unos putos idiotas! ¡Robar un puto furgón blindado! ¡Arriesgaros a que os caigan quince años! ¡Vaya par de jodidos inútiles!

Jamsie movía la cabeza como para negarlo y la niña podía ver cómo los ojos de Noel se le salían de las órbitas. Estaba asustada, terriblemente asustada. Danny, su hermano mayor, contemplaba la escena con toda calma, como si aquello no significase nada; a Davey, de pie a su lado, se le veía completamente horrorizado.

—¡Voy a liquidaros a los dos! ¡Que nunca más se os ocurra montar otro puto número como este!

Daniel Bailey apartó a su hijo de un empujón y Tania oyó el tremendo golpazo de la cabeza de Noel contra las baldosas.

Davey se apartó de la pared y se quedó bruscamente parado al ver el reflejo de su hermana pequeña en los espejos de los lavabos.

—Papá…

—Para ya, papá, para ya. —Tania estaba histérica.

Daniel Bailey se volvió hacia su hija pequeña, sorprendido de verla allí, en los servicios de caballeros. La cría oyó a Danny, su hermano mayor, susurrar:

—¡Me cago en la puta!

Al ver que su padre se acercaba a ella, la niña se fue echando para atrás, asustada.

—Ven aquí, princesa, ven aquí, cariñito…

La voz sonaba baja, llena de amor, y la cría casi no se podía creer que fuera la misma que acababa de oír vomitar aquel odio tremendo y aquella bilis terrible contra sus hermanos.

Tania estaba blanca de miedo al ver a Noel arrastrarse por el suelo hasta lograr levantarse, y entonces dejó de mirarla para fijarse en Jamsie. Vio que a este le sangraba un ojo y que tenía la boca hinchada y ensangrentada y supo al instante que era su padre el que le había hecho aquello, el que le había hecho todo aquel daño, tal y como se lo había hecho antes a Noel.

Ahora lo tenía arrodillado delante, tenía de rodillas a su propio padre con los ojos húmedos por la pena y exhalando verdadero pánico.

—Escúchame, princesita, eres demasiado pequeña para entenderlo, cariño. Noel y Jamsie saben que es por su propio bien. Ven aquí, corazón, ven con tu papaíto.

La tomó en sus brazos y la niña se dejó, aunque se percibía con toda claridad que estaba aterrorizada. Daniel notó perfectamente el temblor de su cuerpecito, los fuertes latidos de su corazón. La acarició y la separó con suavidad y la niña sintió que el estómago se le revolvía, y antes de que pudiera impedirlo vomitó todo lo que había comido aquel día. Todas aquellas exquisiteces de sándwiches, pastelitos, muslos de pollo y patatas fritas salieron de su cuerpo en una enorme oleada. Se sintió como desmayada, como si no pudiera tenerse de pie por sí sola. La cabeza se le llenaba de aire caliente, y se inclinó sobre su padre en busca de protección.

Daniel abrazó con fuerza a su hija, arrepentido en lo más profundo de lo que la niña había presenciado, enfadado con sus hijos por haberle hecho perder los nervios de aquella manera, y nervioso también por no saber cuál sería la reacción de su mujer cuando se enterase de aquel episodio en particular. No estaba del todo seguro de qué podía haber visto su hija, ni cuánto podía llegar a entender de lo que hubiera visto y oído exactamente.

Noel y Jamsie estaban cariacontecidos y avergonzados por los problemas que habían originado. No se esperaban que su padre reaccionase así; la verdad es que habían creído sinceramente que les daría unas cuantas palmaditas en la espalda y les felicitaría por ser tan aplicados. Se habían ganado una pequeña fortuna en menos de diez minutos. Seguro que eso tendría que valorarse bastante bien, ¿no? Ninguno de los dos había pensado en las consecuencias si los hubieran pillado; semejante posibilidad era algo que ni se les había pasado por la cabeza.

Davey miraba todo aquello horrorizado; Noel y Jamsie eran un par de imbéciles, eso era obvio, pero, claro, la pequeña Tania no lograba comprenderlo.

La niña había vomitado por todo el suelo y sobre los faldones de la americana de su padre. Este la dejó con cuidado en el suelo, se despojó de la chaqueta del traje y la puso en el lavabo que tenía al lado. Luego tomó otra vez en brazos a su hija y salió de los servicios de caballeros sin una palabra más.

Había unos cuantos hombres esperando fuera, y Tania comprendió de inmediato

que todos se habían percatado de lo sucedido. Pero al contrario que ella, sin embargo, todos se habían quedado al margen. Se dio cuenta de que evitaban la mirada de su padre, y eso le recordó que ninguna persona de las que giraban en su órbita, ya fuera en el colegio o jugando en la calle, decía nunca nada malo o en contra de ella o sobre ella. Todas las personas con las que trataba le hacían reverencias para caerle siempre bien, y entonces, en ese momento, se dio cuenta de que todo era a causa de su papá. Porque toda la gente le tenía miedo.

Capítulo sesenta y siete

—A ver, ¿queréis pasar por allí y saludar a todos? —Ria había tomado unas cuantas copas y estaba irritada con su marido y su cuñado. Aquel día era de los niños, no el suyo.

—Déjalo ya, Ria —suspiró Peter—, y te lo digo en serio. Hemos hecho lo que debíamos, así que no le des más vueltas, ¿vale?

—Me parece que es totalmente ridículo, ¡joder!, pero vale, está bien, y es mi última palabra sobre el asunto.

—Bueno —Peter sonrió a su pesar—, pues demos gracias porque la cosa no haya sido peor.

Hasta Ria se echó a reír al oírlo. Lanzó una mirada a Lena y frunció el ceño. Daniel estaba dejando a la pequeña Tania en brazos de Lena y parecía listo para lo que hiciera falta.

—Peter, ha pasado algo. Mira a la pequeña Tania, tiene muy mala cara, pobrecita, y tu Daniel no digamos, parece que le hubieran choriceado la bici.

Peter suspiró de forma teatral.

—Probablemente haya comido más dulces de la cuenta. ¿Te acuerdas de los chicos el día de su comunión? Empachados como unos putos cerdos. Y, en cuanto a Imelda, vomitó encima del abrigo de pieles de mi madre.

Ria se echó a reír de nuevo: se había olvidado de aquello.

Peter se ventiló la cerveza de un trago y decidió no hacer el menor caso a su mujer. La verdad es que sabía *exactamente* lo que tenía inquieto a su hermano, y él habría estado igual de molesto si fueran sus hijos los que estuviesen involucrados en aquel robo. ¡Putos imbéciles! Un atraco a mano armada no era ningún juego para aficionados; era un trabajo muy serio, joder, y por eso te podía caer una condena bastante más seria aún: de doce a dieciocho años si te pillaban. El poder judicial desaprobaba a la gente que andaba quitándoles el dinero a los bancos. Vete a robar en casa de cualquier pobre pringado, llévate todo lo que le ha costado una vida entera ganar, pégale incluso un buen estacazo, y en un año estarás fuera. Pero, como siempre en este país, el dinero y las propiedades estaban por delante de las personas. Era un puto chiste, la verdad.

Ahora los Daly eran hombres marcados, y así debía ser. Putos cabroncetes traidores, involucrar a aquellos chavales en sus putos negocios…, eso era un auténtico ultraje. Y todavía más porque nunca habrían debido atreverse a intentar llevar a cabo un atraco a mano armada en pleno Londres sin permiso de nadie. Habían utilizado a los chicos de Daniel como un medio para meter una de aquellas pezuñas liverpulienses por la puerta de los Bailey.

Noel y Jamsie eran buenos chicos, pero desde luego no eran exactamente un par de putos Albert Einsteins; a decir verdad más bien eran unos putos Albert Tatlock, el gordo de la serie de la tele. Y sobre todo después de aquella puta actuación.

¿En qué coño estaban pensando? No, esto era una de esas veces en las que se ponía del lado de Daniel. Aquellos muchachos necesitaban que les dieran un jodido susto, y aunque Daniel era la persona más adecuada para hacerlos no le vendría nada mal un poco de apoyo. Así que se acercó a su hermano.

Capítulo sesenta y ocho

Delroy y Davey se fumaban un canuto compartido en el exterior de la casa. Davey estaba muy calmado: a él Tania le preocupaba más que sus hermanos: no soportaba verla tan alterada. Danny se unió a ellos y los tres permanecieron sentados en un silencio expectante.

Todo el mundo estaba absolutamente atónito ante la estupidez de los más jóvenes: que hubieran podido contemplar la posibilidad de realizar un golpe con armas sin decirles nada a sus propios hermanos era algo increíble. Delroy casi sentía lástima por ellos: se daba cuenta del atractivo que tenía lo de asaltar un furgón blindado: para ellos tenía que ser una aventura acojonante, la más acojonante de todas. Pero *no era* algo que hubiese que intentar sin haber hecho un plan bien detallado y, más en concreto, sin haber pedido permiso.

Los Daly eran buenos en lo que hacían, eso nadie podía discutirlo, pero ¿qué mosca les había picado para enredar en el tema a los hijos de Daniel Bailey? Ya estaban viviendo poco menos que en el tiempo añadido… Daniel Bailey no iba a tragar con aquello, era una cagada de cojones.

Noel y Jamsie se unieron a ellos cautelosamente. Estaban todos fuera, en la calle, cuando Peter y Daniel Bailey salieron del club en el mismo momento. Delroy se quedó asombrado; había pasado mucho tiempo desde la última vez que hicieran algo juntos, pero, claro, en momentos como aquellos había que dejar de lado las cuestiones personales.

Conduciéndolos a una calle lateral, Daniel se presentó ante ellos como el ángel vengador. Su ira era casi tangible: resultaba evidente que estaba furioso.

—¡Imbéciles de mierda! ¡Mirad la que habéis montado! No solo ese puto atraco, ¡también le habéis arruinado la fiesta a Tania! ¿Entendéis al menos lo serio que es lo que habéis hecho?

Noel y Jamsie eran, al menos, lo bastante listos como para no contestar. Era mejor dejar que se desfogase, soltara la bilis y lo echase todo fuera; cualquier respuesta que le dieran no serviría más que para aumentar su furia. Daniel Bailey hacía preguntas, pero no esperaba respuestas. Ninguna. Así que se limitaron a mostrar su acuerdo con un movimiento de cabeza.

Peter Bailey colocó la mano con suavidad sobre el brazo de su hermano; sabía que en cualquier momento era previsible que Daniel les atacase de nuevo.

—Necesitas tranquilizarte, Daniel. No tiene el menor sentido que te pongas a machacarlos aquí en público. Lo último que necesitamos ahora es que alguien llame a la pasma. Y ahora dime, Noel, ¿dónde está el dinero?

Noel miró agradecido a su tío, consciente de que su presencia mantendría bajo control el legendario malhumor de su padre.

—Todavía está en el maletero de los coches. Tuvimos que venir aquí corriendo para llegar a tiempo a la ceremonia, sabes.

Delroy no pudo evitar echarse a reír.

—¿Quieres decir que el dinero ha estado ahí todo este tiempo? ¿Ni siquiera habéis intentado esconderlo? —La incredulidad que dejaba traslucir la voz de Delroy resultó evidente para cuantos estaban allí, igual que el disgusto absoluto que se le pintaba en la cara—. ¿Os estáis riendo de mí?

Peter se dirigió a Delroy:

—Ve dentro, y tráete a Petey y a Liam. Diles que llamen por teléfono y localicen un par de conductores; tenemos que librarnos de los coches y del botín, y cuanto antes mejor. Diles que lo lleven todo al cementerio de coches y después ya podrán hacer lo necesario. —Se volvió a los chicos de Daniel—. Mientras tanto, volved allí y procurad pasarlo lo mejor posible. Si hay algún asomo de duda, quiero que todos recuerden bien que estabais en esta puta comunión, ¿de acuerdo?

Los más jóvenes volvieron dentro, agradeciendo poder alejarse de Daniel, que tenía todo el aspecto de estar a punto de explotar.

—Jodidos gilipollas inútiles. Es que no me puedo ni creer que hayan sido tan estúpidos, joder. ¿No han aprendido nada de nosotros?

—Bueno, son jóvenes —dijo Peter encogiéndose de hombros—, y de joven siempre te crees invencible, que no te van a pillar nunca y que todo lo que hagas acabará por salir milagrosamente bien.

—Apostaría —asintió Daniel en tono triste— a que todavía tienen las armas y las capuchas en el maletero del coche. ¡Puto par de gilipollas! Danny está que echa humo con esos hermanos Daly. Le dije que se mantuviera bien apartado de ellos… porque lo conozco, seguro que se lo toma como una afrenta personal. A ninguno de los dos se les ocurrió hablar con él del tema, y seguro que eso es lo que le tiene más quemado. Se siente como si le hubieran atracado, y he de decir que de eso no puedo culparle. Yo me siento exactamente igual.

Peter Bailey lanzó una risa prolongada, sarcástica.

—Eres un jodido mal bicho, Daniel —dijo—; es que a ti hay que echarte de comer aparte, cojones, eres como lo que le dijo la sartén al cazo: ¡aparta, que me ahúmas! Pero por lo menos ellos no le han pegado un tiro a un puto menda que estaba en el coche con su hijito, ni han machacado a un pobre vejete hasta casi matarlo. Solo intentaban ganarse un dinero, pensaron que los cien grandes con los que arramplaron servirían para que los vieras como hombres hechos y derechos. Y resulta que tú casi nos haces trizas por un puto impulso en más de una puta ocasión. Así que baja ya los humos. Con un poco de suerte ellos ya están a salvo. Sí, bueno, la jodieron, pero por lo menos se desmandaron por dos duros y medio. Eres un puto hipócrita, ¿sabes?

Daniel Bailey miró a su hermano mientras entraba en el club muy enfadado y se quedó allí fuera durante unos cuantos minutos, hasta que se le pasó del todo el temblor de rabia que tenía y la respiración se le normalizó. Se consoló con la idea de que su hermano había estado guardándole las espaldas, y guardándoselas también a sus hijos. Por lo menos ahora ya sabía, que, pasara lo que pasase, al acabar el día

ellos dos seguirían siendo los chicos Bailey.

Capítulo sesenta y nueve

Lena y Ria estaban sentadas controlando lo que pasaba a su alrededor. Tania estaba agotada; qué lástima, pensó Lena, que tanta excitación hubiera acabado por sentarle mal. Con todo, habían logrado pasar la mayor parte de la jornada sin sufrir mayores sobresaltos. Colocó dos sillas juntas, se tumbó y se cubrió con una chaqueta.

Ria vigilaba lo que hacía su hija. Cuando Imelda se tomaba unas cuantas copas, podía ponerse un poco agresiva, y a Ria no le apetecía nada que le ocurriera en la comunión de su hijo. Al joven Delroy no se le veía por ninguna parte…, probablemente anduviera metido en alguna con un par de tíos. Miró a Tania: la niña estaba blanca como la cal. Todo aquello era demasiado para la cría, supuso, el día ya resultaba demasiado largo para los niños.

Mirase donde mirase veía gente riéndose, pasándoselo bien. A Ria le gustaba su vida, especialmente en ocasiones como aquella. Se daba cuenta de lo afortunada que era, y no daba todo aquello por sentado, como hacían otras mujeres. Sabía que todo aquello podía desaparecer de la noche a la mañana, no era ninguna tonta, pero eso no la asustaba de la forma en que siempre había asustado a Lena. Ria estaba decidida a disfrutar de aquello; si no, ¿qué sentido tenía? Sus chicos se lo estaban pasando bien; se preguntó si Lena se habría fijado en que dos de sus hijos tenían un ojo a la funerala. Bueno, no sería ella quien se lo mencionase, ya eran bastante mayorcitos.

Descubrió a su nieto dándole una calada a un cigarrillo que alguien se había dejado encendido en un cenicero y lanzó un suspiro de irritación.

Aquel cabroncete iba a ser una pesadilla, y desde luego Imelda pasaría muchas noches sin dormir por su culpa. El joven Delroy no iba a ser una persona fácil de controlar: era un problema desde que nació, igual que pasaba con su Jack. El chico había llegado tarde a la iglesia y desde ese momento había entrado a formar parte de la lista de desaparecidos. Peter no estaba precisamente contento con las travesuras del más pequeño de sus hijos, y la abuela esperaba que cualquier día el padre tuviera unas palabras con él. Ria tenía una cierta debilidad por el más pequeño, tal vez porque lo era. Últimamente se estaba comportando de una forma un poco rara, como andándose con grandes secretos. Aunque peor, desde luego, era saber que le había robado unas cuantas joyas. No cosas importantes, porque sabía que su padre se daría cuenta si aparecían en el mercado, pero sí que le había robado las cosas que más se ponía. El chico no entendía que aquellas joyas de menor precio, los collares y sortijas que Peter le había comprado cuando los dos eran jóvenes, eran precisamente las que más significado tenían para su madre. Ahora habían desaparecido todas en manos de algún perista de los alrededores. De momento no le había dicho nada a Peter, pero aquello le había destrozado el corazón. Sospechaba que el chico también debía de estar robándole a Imelda, y se preguntó si le convendría hablar del tema con su hija. Pero confió en que la situación se arreglaría por sí sola. Aunque, claro, Jack era Jack,

y tenía miedo de que no cambiase pronto de conducta.

Lena le dio unos golpecitos en el brazo para llamar su atención.

—Tu Imelda está a punto de empezar a pelearse.

Ria se levantó con bastante poca estabilidad: había bebido más de lo que pensaba. La verdad es que podía pasar perfectamente de aquello.

—Gracias, Lena. Es verdad, ¿no?

Imelda estaba junto a la barra del bar; su padre hablaba con un nutrido grupo de hombres, y a su derecha el tío Daniel estaba con sus amigos. Ria se preguntó a quién le importaría realmente aquello.

Imelda señalaba con un dedo largo y con afiladas uñas pintadas, a la cara de su marido y a Delroy no se le veía muy feliz con la situación.

—Como vuelvas a mirarla una vez más…, y te lo digo en serio Delroy… voy hasta ahí y la saco a patadas.

Ria se plantó delante de su hija:

—¿Perdona? ¿A quién vas a sacar a patadas?

Delroy suspiró, claramente frustrado. Era un hombre guapo, desde luego que sí, pero Ria se preguntaba cómo era posible que su hija no fuera capaz de controlarse cuando se trataba de él. Deseó que Imelda pudiera verse a sí misma en aquel preciso momento, que viera lo agresiva y maliciosa que resultaba. Si simplemente pudiera verse como la estaba viendo todo el mundo, se quedaría tan avergonzada e incómoda que en el futuro nunca más volvería a permitir que nadie la viera tan disgustada, al menos en público.

—El problema es Mandy, la chica de Liam. Al parecer me la estoy comiendo con los ojos, le hago guiños, por así decir. Pero te diré una cosa, Ria, esta noche no estoy de humor para ese tipo de rollos. Habla con tu hija, porque si sigue así voy y le cruzo la cara.

Ria se quedó mirando cómo se alejaba.

—Lo digo en serio, mamá, no puedo seguir así.

Ria miró a su hija. Vio a una chica preciosa, con una gran estructura ósea, pómulos altos y piel aceitunada que parecía totalmente de cobre bruñido. Deseó que Imelda pudiera ver lo preciosa que en realidad era en vez de estar constantemente deseando tener un aspecto distinto. Tenía unos ojos enormes enmarcados por unas pestañas espesas y oscuras que, incluso de pequeña, atraían los comentarios de la gente, incluso de gente desconocida. Tenía muy buen tipo, vestía bien, tenía unas piernas largas y delgadas y seguía siendo tan preciosa como lo era a los dieciséis años. Seguía teniendo aquella belleza fresca que a Ria siempre le había parecido muy especial. Imelda era lo que su padre habría llamado una tía buena.

Ria tomó a su hija del brazo, la arrastró a través de la multitud que llenaba la pista de baile y se la llevó a los lavabos de señoras, donde le dijo con el semblante muy serio:

—Escúchame, Mel, te quiero muchísimo, pero tienes que parar con este rollo de

los celos. La novia de Liam es una preciosidad, y eso no puedes evitarlo de ningún modo, cariño. Vayas donde vayas, siempre te encontrarás chicas guapas, chicas más jóvenes, chicas más bonitas. Eso no significa que él vaya a marcharse con ellas. Todos los hombres miran, y en eso tu padre mismo es el campeón del mundo, pero me quiere tanto como yo lo quiero a él. Y yo nunca sentí esos celos que sientes tú. Veo que te devoran por dentro y tengo que decirte, Mel, que no es una cosa agradable de ver. Te pones muy fea y con cara de mala. Tienes que aprender a controlarlos o, si no, algún día, si no te andas con cuidado, acabarás por hacer que se largue. Llegará un día en que lo acusarás más de la cuenta y él empezará a pensar: *joder, siempre me está acusando de mariposear por aquí y por allá, así que para eso mejor hacerlo de verdad*. Ahora estoy medio encabronada y no tengo ganas de discutir contigo, por lo menos hoy no tengo ganas, hoy es el día de la primera comunión del pequeño Delroy. Así que prométeme que dejarás correr de una vez el asunto.

Imelda miró la cara amable de su madre, vio el amor y la preocupación que reflejaba y, tras asentir tristemente con la cabeza, dijo:

—Vale. Pero seguro que tiene aventuras, mamá, estoy segura de que las tiene.

Ria atrajo a su hija a sus brazos, la estrechó con fuerza y dijo, en tono triste:

—¿Y qué, hija? Mientras no te las restriegue por la cara, ¡qué coño importa! Tú eres su esposa, y la madre de su hijo. Tú eres su prioridad absoluta. Así que ahora volvamos a la fiesta, ¿de acuerdo?

Capítulo setenta

Peter y Daniel eran conscientes de la presencia del otro. De pie en la barra, con apenas tres metros de separación aunque perfectamente hubieran podido ser tres millas enteras.

Tommy Barker estaba al lado de Daniel; habían establecido por fin algunas normas comunes y se llevaban de maravilla. Tommy se había quedado sorprendido de lo mucho que le gustaba estar con Daniel Bailey; cuando Daniel Bailey estaba solo y relajado, podía ser una compañía perfecta. Sabía que era un bala perdida —Tommy se había dado cuenta muy pronto de que Daniel Bailey no era lo que se podría decir una lumbrera—, pero eso era parte del maquillaje con que Daniel se disfrazaba. Últimamente, sin embargo, era también un hombre que se interesaba de veras por la vida de los otros, que escuchaba sus opiniones y les hacía preguntas pertinentes que últimamente le permitieran entender todo cuanto le decían.

Habían construido una cierta amistad, y estaba convencido de que Daniel pensaba que eso era importante para su madre.

Ahora que ya iba traspasándole el negocio de blanqueo de capitales, se daba perfecta cuenta de lo astuto que era en todo lo concerniente al dinero. Daniel Bailey manejaba bien las matemáticas, desde luego; era capaz de calcular mentalmente cualquier tanto por ciento y llevarte las cuentas de hasta el último medio penique que se debía, dónde se debía y quién lo debía.

Tommy había subestimado la inteligencia de Daniel Bailey, y se había dado cuenta de que muchas otras personas cometían ese mismo error. Peter siempre había sido considerado el cerebro de la organización: la reputación de Daniel era la de ser, simplemente, el duro de la pareja. Pero Daniel era más que eso. Era muy bueno a la hora de diseccionar los mecanismos que hacían funcionar cualquier engaño, y, una vez que había pensado a fondo el timo o la estafa a llevar a cabo, nueve de cada diez veces era capaz de aparecer con alguna idea que mejoraba el planteamiento. Y ya lo había demostrado logrando aumentar sus ganancias casi de la noche a la mañana. El respeto que Tommy Barker sentía por la perspicacia de Daniel Bailey estaba fuera de toda duda.

—Míralos, Tommy, borrachos como cubas, y el doble de jodidamente molestos.

Tommy sonrió. Lena, Ria y Theresa cantaban a coro las baladas irlandesas que iban sonando en el pub. Era la hora del cierre y para mucha gente de la que estaba allí la noche apenas había hecho otra cosa que empezar.

—Tu pequeña Tania estará perfectamente, Daniel. Mañana no se acordará ni de la mitad. —Tommy supuso que eso era lo que más le preocupaba a Daniel de los acontecimientos del día.

—Espero que no. —Daniel se encogió de hombros—. Es gracioso, ¿sabes, Tommy?, hoy me he percatado de una cosa. Me he percatado por primera vez en mi vida de que no quiero esto para la niña. No quiero que mi hija crezca en la vida del

hampa. Quiero que tenga una oportunidad. Quiero que haga algo de sí misma.

—Eso está muy bien, Daniel. Es lo natural, que quieras lo mejor para tus hijos.

Daniel sonrió.

—Pero para ella quiero algo más que un puto patán de poca monta cuya vida dependa de unos putos hurtos perdidos, ¿sabes lo que quiero decir? Quiero que viva en un mundo de verdad, con gente de verdad. Hoy he visto su miedo y me he visto a mí mismo tal y como ella debe de haberme visto. Un puto y agresivo gánster. ¿Qué cojones debe de haber pensado mi niña? ¡Solo tiene siete años, Tommy! Debo de haberle parecido un monstruo. Vi que se ponía mala, enferma físicamente, ¿sabes? De lo asustada que estaba… Yo tenía agarrado por el cuello a ese puto pelele de Noel y la cría lo vio todo. Nunca la había visto tan asustada, con tanto miedo, y nunca más quiero volver a verla así. ¿Sabes que me he comprado ese chabolón tan grande? Bueno, la verdad es que Lena no quiere cambiarse de casa, pero se va a llevar un jodido sorpresón. Nos vamos allí, y cuanto antes, mejor. Mi Tania va a poder llevar una buena vida, una vida confortable y cómoda, y va a ir a un buen colegio y todo lo demás. Tendrá lo mejor que se pueda comprar con dinero. —Se bebió a toda prisa la cerveza y alargó el vaso a la camarera para que se lo volviera a llenar—. Pero, por lo que respecta a ese par de putos memos, Noel y Jamsie, de aquí en adelante ya pueden ponerse a silbar a ver si les cae algo. Para empezar, ¿quién se monta un jodido robo como ese? Vaya par de putos idiotas. Entre los dos no tienen ni una jodida célula de cerebro aprovechable. Ni siquiera están aún fuera de peligro. Quién coño sabe lo que ha pasado hoy de verdad. Conociendo a ese par, seguro que se dejaron olvidada la factura de la luz para que la pasma se encuentre la dirección completa, con nombre y todo, y hasta con el número de teléfono. Increíble, increíble del todo, ¡joder!

Tommy Barker no pudo evitar echarse a reír.

—De todos modos, se han llevado una buena tajada —dijo—, eso tenemos que reconocerlo, Daniel.

—Yo no les reconozco nada de nada, ¡joder! Ahora ese dinero es *mío*, así que espero que eso les enseñe una buena lección de modales y etiqueta. Nunca te metas a robar con extraños. Se lo he dicho millones de veces: las cosas de la familia se quedan en la familia.

Peter Bailey oyó las últimas palabras de su hermano y asintió con la cabeza, en silencio, para mostrar su acuerdo. Desde que fueron lo bastante mayores como para empezar a andar, había machacado a sus hijos para que se metieran bien esa idea en la cabeza. Era el mantra de los Bailey. Pero en cuanto se convirtieran en hombres hechos y derechos, acabarían por tomar su propio camino. Esa era la naturaleza humana.

Capítulo setenta y uno

Lena no se sentía cómoda, y aquella sensación no le gustaba nada. La casa que Daniel había comprado era preciosa, pero demasiado grande, y a ella no le gustaba la sensación de aislamiento que le producía. A pesar, incluso, de que estaban en una calle amplia, el camino de acceso tenía sus buenos diez metros de largo, y la fachada quedaba oscurecida por unos árboles imponentes. Y una vez que estabas dentro de la casa propiamente dicha te sentías como si vivieras en medio de ninguna parte.

La cocina era grande y disfrutaba muchísimo trajinando por allí, pero, aparte de esta, ninguna otra habitación le gustaba demasiado. Estaban decoradas estupendamente, eran preciosas —quienes quiera que hubieran vivido allí antes que ellos tenían un gusto maravilloso, desde luego—, pero ahí dentro ella se sentía como una intrusa, como si estuviera en casa de otra persona.

En cambio, a Daniel le encantaba. Se paseaba por todos los cuartos admirando cosas como, por ejemplo, las molduras curvas y las puertas de maderas nobles, cuyos pomos eran una de sus piezas favoritas. Pero para Lena aquella casa era como un hotel, algo que se visitaba durante unos pocos días para después volver a tu propia casa, a la casa en que te sentías segura, a salvo.

Lena suspiró. Últimamente no paraba de suspirar: había suspirado cuando Ria escogió los muebles nuevos por ella, había suspirado cuando todo el mundo se había puesto a soltar gritos de placer ante lo bien que combinaba todo en la nueva casa. Tenía la impresión de que si seguía viviendo allí, al cabo de veinte años no habría dejado de llamarla «la casa nueva».

Al salir a recoger el correo se vio reflejada en el gran espejo que Ria había dicho que quedaría *perfecto*. Cada vez era menos joven, pero por lo menos tenía un gran aspecto para su edad.

Recogió unas cuantas facturas que yacían inocentemente sobre la alfombra de color avena y volvió a la cocina de un modo casi automático. Se sentó ante su mesa nueva, la mesa nueva de cristal y patas cromadas, cogió la taza de té y le dio un sorbo bien largo. ¿A quién podía hacerle falta una mesa de cristal de aquel tamaño? Era toda una putada cada vez que había que limpiarla, y en el fondo albergaba la secreta esperanza de que cualquiera de los chicos la rompiera sin querer, accidentalmente, la dejara hecha añicos. Según Ria, no se rompería como un vaso de vino, sino que se pulverizaría como un parabrisas. Rota o pulverizada, la verdad es que el modo de romperse le importaba un carajo, solo quería verla desaparecer.

Oyó que su marido bajaba las escaleras y, automáticamente, le sirvió una taza de té.

—¿Los chicos ya se han ido?

—Todavía no, estarán aquí dentro de un minuto.

Daniel encendió el televisor que había instalado sobre la encimera. A ella, para

ser sincera, le gustaba muchísimo tenerlo allí.

—La verdad es que ahora apenas andan por aquí, Dan; últimamente me limito a lavarles la ropa y darles de comer.

—Bueno —se rió Daniel—, ahora ya han crecido del todo, querida, gracias a Dios. Se van marchando del nido, es lo natural. Ahora ya solo nos queda nuestra pequeña Tania, ¿eh? Esa sí que es lista, ¿has visto el informe del colegio? Esa cría es un genio en potencia.

Lena asintió. Se sintió tentada de señalar que naturalmente había visto el boletín de notas del colegio —de hecho lo había leído varios días antes que él—, pero no dijo nada.

Noel y Jamsie entraron en la cocina charlando ruidosamente, pero cerraron la boca en cuanto vieron a su padre. Los dos parecían estar un tanto nerviosos al verse delante de él. Fuera lo que fuese lo sucedido el día de la primera comunión de la cría, tenía que haber sido algo serio. Lo bastante serio como para que su marido se negase durante meses a darse por enterado, ni por activa ni por pasiva, de la presencia de los chavales delante de él.

—¿Todo bien, papá? —preguntó Jamsie, no muy seguro.

Daniel les sonrió a los dos con expresión benevolente.

—Estoy estupendamente. Así que, ahora, a callar…, están dando las noticias.

Subió el volumen del televisor y Lena sirvió unos tazones de té a los chicos. Estaban todos sentados en torno a la mesa de cristal, y Lena sacó los desayunos del horno y se los sirvió rápidamente sin decir nada.

El sonido de la televisión estaba bastante alto, y estaba a punto de pedirle a su marido que lo bajase cuando, justo al abrir la boca para hablar, él la hizo callar con un gesto furibundo con el brazo. La voz del locutor del noticiario resonaba metálica en el silencio de la habitación.

—Anoche, en el este de Londres, aparecieron dos hombres asesinados. A ambos les habían disparado un tiro en la nuca, como si se tratara de una ejecución. La policía los ha identificado como Gerald y Patrick Daly, dos hermanos de la zona de Liverpool. La policía investiga ambos crímenes partiendo de la hipótesis de que estén relacionados con bandas mafiosas y pide a cualquiera que pueda tener información en torno al suceso que llame a…

Lena vio la mirada que intercambiaban sus hijos y supo que la noticia que acababan de oír era relevante para ellos.

Por fin Daniel bajó el volumen de la televisión y, tras sentarse a la mesa, abrió el periódico y se puso a leerlo sin decir palabra. Pero el ambiente de la habitación se percibía amenazante, y Lena sentía físicamente la animosidad que emanaba el cuerpo de su marido. Y sintió ganas de gritar de pura frustración ante tanta inutilidad manifiesta.

—¿Alguno de vosotros quiere más tostadas, chicos? ¿Os han bastado?

Los dos asintieron con la cabeza sin abrir la boca y ella sintió mucha pena por

ellos, pero también sabía que no podía interferir en el tema.

Diez minutos más tarde los dos salían de la casa y, al instante, el ambiente se hizo menos pesado.

Daniel se levantó y se fue hacia la puerta de atrás.

—Mira este jardín, Lena, parece totalmente un cuadro, ¿verdad? El jardinero dice que podremos tenerlo colorido durante todo el año, ¿qué te parece, eh? Es un viejo estupendo, sabe lo que se trae entre manos, por así decir.

—¿Todo va bien con los chicos, Daniel? —preguntó Lena, diligente.

—Ahora sí, Lena —dijo Daniel con unas risas—, no te preocupes más por eso. Solo tuve que llamarlos un poco al orden, nada más.

Lena suspiró. Como siempre, prefirió creerle. Al fin y al cabo, eso era lo más fácil.

Daniel se la quedó mirando unos cuantos minutos.

—¡Oh, por Dios santo! ¿Qué coño te pasa últimamente, mujer? ¡Andas dando vueltas y más vueltas como un gorrión en trance! ¿Estás bien, cariño? ¿Te encuentras mal por algo?

Lena sabía que tenía que decir cómo se sentía y decirlo justamente en ese preciso instante, pero se veía incapaz. A él le gustaba tantísimo aquella casa, disfrutaba de ella en todos los sentidos, incluso se sentaba en el patio a leer su periódico, tan contento como unas pascuas de poder hacerlo, de poder aprender a apreciar de verdad aquel nuevo estilo de vida. ¿Por qué ella no lograba hacer otro tanto?

—Solo estoy cansada, Daniel. La mudanza y todo eso me han dejado agotada, solo es eso. Llevo un par de meses de lo más ajetreados.

Aquella respuesta lo dejó contento, y eso, por alguna razón, a Lena le irritó, a pesar de que sabía que se creía cada una de las palabras que ella pronunciaba.

—De acuerdo, querida, será mejor que espabile un poco. Hoy tengo que arreglar unas cuantas cosas.

Le dio un beso cariñoso en los labios y ella se lo devolvió: lo seguía queriendo.

Luego Daniel le puso las manos en los hombros, con suavidad, la miró a la cara durante unos instantes y después dijo, en tono quedo:

—Disfruta de esta casa, Lena, *por favor*. La busqué para todos *nosotros*, para mí, para ti y para la pequeña Tania. La compré yo y ya está toda pagada, y está a tu nombre; así, aunque mañana me trincasen y me echasen treinta años, seguiría siendo toda tuya, corazón. *Nadie* te la puede quitar. Ya sé que eres una jodida acaparadora, ya sé que escondes dinero por todas partes, pero te lo juro, Lena, te juro que somos ricos, ricos de verdad. Así que cambia de rollo, cariño.

Se quedó tan encantada al ver que él se había dado cuenta de su inquietud que enarboló una amplia sonrisa y dijo:

—Oh, Dan, la verdad es que creía que no te dabas cuenta de que echaba de menos la casa vieja. Es que aquí no acabo de encontrarme.

—Bueno, para serte sincero, no es algo que me sorprenda. ¿Y a ti? ¡Hay que tener

en cuenta que todo lo escogió Ria! Sal, sube al West End y compra los muebles que te gusten a ti, y no a ella… ¡Y compra por lo menos una mesa como Dios manda! ¡Esa cosa de cristal parece que la hubieran traído de *El mundo del mañana*! ¡No me gusta nada verme los pies mientras me engullo la cena!

Ahora ambos reían al unísono. Y él tenía razón: había estado tan preocupada pensando qué cosas pegaban para amueblar una casa como aquélla que se había olvidado de que, fuera como fuese, seguiría siendo su casa. La casa de su familia.

—Tienes razón, Daniel. Por lo menos compraré una mesa nueva… a mí también me repele esta maldita cosa, me resulta demasiado fría, no sé, de alguna forma me resulta fría. A mí también me gusta más un poco de madera.

Daniel Bailey se rió bien fuerte.

—¡Compra lo que más te guste, tontita! —le dijo—. Pero venga, ahora, ¡arriba esos ánimos!, ¿vale?

Estaba radiante de felicidad, aunque no encontró modo de evitar volver a preguntarle:

—Escucha, Daniel, ¿de verdad que los chicos están bien? Sé que has estado muy enfadado con ellos, y ya sabes que no soporto notar malas vibraciones en el ambiente, ¿vale?

—Mira —le contestó sonriente—, se me habían salido un poco del carril, pero ahora ya lo he arreglado, así que deja de preocuparte, relájate y disfruta de tu nuevo hogar, ¿de acuerdo? De todos modos se mudarán muy pronto. Todos se han comprado apartamentos, ¡con mi puto dinero, claro está! Ya va siendo hora de que se cuiden solitos.

Lena sonrió, pero seguía sintiéndose incómoda. Los asesinatos de bandas rivales no eran cosas que pudiera pasar por alto con la misma facilidad que su marido.

Capítulo setenta y dos

Peter Bailey había oído las noticias referentes a la muerte de los hermanos Daly a los pocos minutos de suceder, igual que su hermano. Peter se había asegurado bien de que toda la familia estuviera perfectamente a la vista del público mientras se producía el suceso. Era imposible relacionarlos a ellos, pensara lo que pensase la gente. Conseguirlo no había sido fácil ni barato, pero Peter en ningún momento había esperado que lo fuese.

Todo el mundo dio por hecho que si los jóvenes Daly habían sido tan severamente castigados era porque se habían metido en aquel robo sin contar con el permiso de los Bailey: era algo que nadie discutía. Hasta sus propias familias se habían visto obligadas a limpiarse la boca, a tenerla cerrada; los hermanos habían hecho caso omiso de cualquier tipo de protocolo y eso era algo que no se podía pasar por alto. La cuestión principal era que nadie sabía cuál era la verdadera razón: que habían metido a los jóvenes Bailey en sus negocios. Y por tanto resultaba imperativo que nadie pudiera descubrir que existía ese débil vínculo con la familia.

Había sido también un aviso para todos y cada uno de los Bailey más jóvenes, un aviso de lo que podía ocurrir si no seguían la línea marcada. Nadie se involucraba en ningún trabajo que antes no hubiera sido discutido y, todavía más importante, aprobado por todos. Ese era el único modo de mantenerse a salvo: cuantos menos extraños tomasen parte en las grandes decisiones, a la larga sería mejor para todos.

Peter se sentó en el sillón de su escritorio y se preguntó cuál sería el próximo movimiento de Daniel. Su hermano seguía echando chispas a cuenta de las estupideces de Noel y Jamsie, pero la opinión de Peter era que allí no había nada más que aquello, es decir, unos jóvenes que hacían tonterías pensando que así demostraban lo que valían; no había malicia en eso.

Peter se sintió viejo de golpe. Había oído, naturalmente, que Daniel estaba haciendo un trabajo estupendo con el blanqueo de dinero, y estaba impresionado por lo bien que su hermano había llevado las cosas. Tommy Barker seguía supervisando el negocio, pero la verdad es que era una pura formalidad: a Daniel se le daba muy bien. También tenía el carácter adecuado para tratar con los rusos, que en muchos aspectos eran como Daniel: unos delincuentes violentos que no sólo carecían de la más mínima educación sino que tampoco eran muy duchos en cortesía social. La verdad es que formaban un matrimonio perfecto.

Daniel, igual que le pasaba a él, estaba ganando semanalmente más dinero del que necesitaba, así que iban enseñándoles a los chicos el modo en que habían de hacerse las cosas. Los chicos todavía estaban muy unidos, y eso era muy importante porque, como familia —como los Bailey—, resultaban un equipo formidable.

El único inconveniente, por lo que a Peter concernía, era Jack, el pequeño de sus hijos. Algo le estaba ocurriendo, pero Peter todavía no sabía muy bien de qué podía tratarse. Al ser el menor de todos, Jack había crecido con una cierta necesidad de

atraer la atención de los demás. No estaba nada desprovisto de arrogancia, y con su buena planta, no tenía el más mínimo problema para atraer a las mujeres. Parecía haber nacido para el negocio, y Peter estuvo encantado cuando pudo encargarle de gestionar a su manera los «clubes de bebedores». Pero últimamente Jack trabajaba cada vez menos. Los ojos y los oídos que Peter tenía distribuidos por sus locales le informaban de que desaparecía durante largos períodos y mantenía con mucho secreto dónde había estado.

Peter sospechaba que, de momento al menos, Petey y Liam lo encubrían. Pero estaba convencido de que eso no duraría, y acabarían por confesarle lo que pasaba. Esa era precisamente la naturaleza del juego al que todos jugaban: que nada podía permanecer secreto durante mucho tiempo, al menos para Peter Bailey.

Capítulo setenta y tres

Tania observaba a su mami y a su tía Ria. Las dos estaban muy calladas porque, como de costumbre, era la abuela la que llevaba la mayor parte de la conversación. Tania estaba sentada con sus muñecas haciendo el menor ruido posible; sabía que si se daban cuenta de que estaba en la misma habitación que ellas la mandarían a otra parte. Siempre que hablaban en tono enfadado, como ahora, o cuando se hablaban en voz muy baja, la mandaban salir de la habitación en la que estuvieran. Así que estaba sentada en una esquina del sofá tan quieta como una estatua y con los oídos en alerta roja escuchando lo que decían.

—¡Dios bendito! ¿Estás segura de que eso es verdad? —La voz de Lena sonaba muy apagada, apenas era poco más que un suspiro.

Theresa asintió con la cabeza y con la cara muy seria, mostrando hasta la última de las muchas arrugas que había acumulado con el paso de los años y que de pronto la hacían parecer mucho más vieja. Cuando sonreía o reía, te olvidabas de su edad; ahora, incluso Tania podía ver lo distinta que parecía, y eso daba un poco de miedo. Lena contemplaba a Ria mientras las palabras iban asentándose en su cabeza.

—¿Mi Jack? ¿Estás segura de que esto tiene que ver con *mi* Jack?

A Theresa le entristecía de corazón depositar aquella carga sobre los hombros de su nuera, pero sabía que la única persona que podía comunicarle aquella clase de noticias a Peter era ella, su mujer. Por supuesto que ella iría con Ria, pues solo la presencia de Ria podría impedirle hacer algo que luego lamentase el resto de sus días.

—Jack está en mi casa, y Tommy está con él. Vino a mi casa porque no sabía a qué otro sitio podía ir, Ria. Era perfectamente consciente de que había jodido las cosas, pero también tiene el seso suficiente para saber que esta no es una de esas cosas que él pueda arreglar por su cuenta y riesgo, que es algo que de saberse perjudicará mucho a toda la familia. Así que ahora pégale un telefonazo a tu Peter y dile que vaya a mi casa, ¿vale? Entonces veremos: a ver si se puede arreglar el asunto desde aquí.

A Ria todo le daba vueltas. Se sentía mareada, como si fuera a vomitar allí mismo, allí alrededor… Nunca antes se había sentido tan mal, nunca en toda su vida. Podría caerse muerta de un colapso, allí mismo y en ese preciso momento, y no le importaría lo más mínimo. Aquello era monumental, y la verdad es que no sabía demasiado bien cómo enfrentarse al asunto. Peter se pondría hecho un energúmeno y a ella no le quedaba más remedio que admitir que tendría todo el derecho.

—Lo matará, Theresa. Seguro que lo *mata,* joder.

Theresa lanzó un profundo suspiro.

—Por eso tenemos que asegurarnos de que se vean en *mi casa*. Ahora vete y trae a tus chicos, que vengan ellos también; tendrán que ayudar a Jack si Peter va a por él. No me importa lo que les digas, tú consigue traértelos aquí. Daniel ha encargado a Noel y a Jamsie que se ocupen del cuerpo antes de que alguien lo encuentre y la cosa

se vaya de las manos.

Ria asintió en silencio: había comprendido a la perfección todo lo que su suegra quería decirle. El tiempo era fundamental.

Capítulo setenta y cuatro

Noel y Jamsie deslizaron la llave en la cerradura, abrieron la puerta despacio y en total silencio y escucharon atentamente por si se oían ruidos que les advirtiesen de que el piso estaba ocupado. Solo había silencio.

Cerraron la puerta tras de sí con mucha suavidad y torcieron la nariz ante el olor agrio que parecía ocupar la habitación entera. Miraran donde miraran, todo estaba lleno de bolsas de basura: por todo el suelo había tirados pañales usados, además de ropa vieja, y, a un lado, el típico montón de prendas sucias preparadas para lavar. Por todo el suelo del vestíbulo había desparramados juguetes y periódicos viejos, amarillentos y quebradizos por el paso del tiempo.

Era el típico piso de una torre de viviendas con un pasillo largo y penumbroso a lo largo del cual estaban dispuestas las puertas de las habitaciones y del cuarto de baño; en el extremo del pasillo, una puerta te conducía a la sala de estar, y en la sala de estar otra puerta comunicaba con la cocina. Todo estaba bastante cochambroso.

Juntos avanzaron en silencio por el pasillo oscuro, abriendo cuanta puerta encontraban a su paso y escudriñando de arriba abajo cada una de las habitaciones. Dentro de la primera no había más que una cuna pasadísima de moda y desvencijada. Alguna vez alguien la había pintado de blanco, pero ahora ya estaba toda desconchada y con muchos años de polvo incrustado. El colchón estaba desgarrado y salpicado de manchas. Había una única manta muy bien doblada y colocada cuidadosamente a los pies de la cuna, lo que resultaba sumamente incongruente en comparación con el resto del cuarto. El papel pintado colgaba en jirones de las paredes, el suelo estaba desnudo y no había ni siquiera una cortina en la ventana que te indicara que el niño que en algún momento había ocupado aquel espacio había tenido alguna vez a alguien que se preocupase por él o por el cuarto.

Las otras habitaciones estaban en idénticas condiciones, y solo cuando Noel abrió la puerta del salón los dos hermanos se pararon en seco.

—¡La puta que lo parió, Jamsie! ¡Esto es de locos!

La chica estaba tumbada medio dentro y medio fuera de un sofá de escay de lo más sucio y desvencijado. En otros tiempos ostentaba una tapicería y unos cojines de nailon de color naranja brillante que se había convertido en un marrón apagado a causa de los muchos años, el mucho uso y la falta de limpieza. El resto del cuarto estaba tan sucio como todo el apartamento. La mesita de café y el suelo estaban cubiertos con trozos de papel de aluminio, jeringuillas usadas y toda esa parafernalia de restos que los yonquis acostumbran a almacenar. Entre ellos había una foto requetesobada de una niña de pecho muy sonriente y con unos enormes ojos azul oscuro que destacaban en su carita en forma de corazón. Era evidente que la chica muerta era la madre de la criatura.

Noel y Jamsie miraron a su alrededor con un asco infinito y profundo, incapaces de comprender que alguien pudiera elegir llevar semejante vida. El cuerpo de la chica

ya se estaba poniendo rígido, pero incluso muerta se podía ver cómo había sido aquella mujer en otros tiempos, antes de que las drogas se apoderasen de su vida. Tenía la cara llena de moratones —era evidente que en algún momento, en los últimos días, alguien le había dado una paliza—, los labios azules y ligeramente separados y los ojos vidriosos.

Registraron el resto del piso, pero no había ni la menor señal de la niña.

Noel se desabrochó la chaqueta y sacó una botella de whisky llena de gasolina, y Jamsie le imitó. Vertieron el líquido por toda la casa, y muy especialmente por encima y alrededor del sofá, y mientras se ocupaban del asunto ninguno de los dos soltó palabra.

Al llegar a la puerta de entrada hicieron una pausa, echando una última mirada final para asegurarse de que no habían dejado ninguna pista que pudiera llevar hasta Jack Bailey. Una vez satisfechos, prendieron una caja de cerillas y la lanzaron sobre la mesita de café. Esperaron unos momentos para asegurarse de que el fuego estaba prendiendo bien y luego avanzaron con cuidado por el pasillo haciendo fuego en cada una de las habitaciones para, finalmente, salir del piso tan silenciosa y limpiamente como habían entrado.

Una vez fuera, se metieron en un viejo cacharro que, muy al contrario de lo que aparentaba, disponía de un motor superpreparado que les garantizaba disponer de una magnífica velocidad si la ocasión lo hacía necesario. Y se mimetizaba tanto con el entorno que nadie lo miraría dos veces.

—¡Menudo mamón! —dijo Noel mientras movía la cabeza con fastidio—. ¿Puede haber alguien en su sano juicio que se dedique a meterse esa puta heroína? ¡Es un vicio de tontos, joder! Véndesela a animalitos como esa tía, pero tú ni la pruebes, ¡joder! Solo Jack puede ser así de jodidamente débil, ¡joder!, y así de jodidamente idiota.

Los hermanos se alejaron en el coche sin acelerar demasiado, aliviados ambos de que Jack les hubiese librado de su propia carga. Era una gran verdad que los caminos de Dios eran inescrutables, como siempre les decía su madre a los dos, y desde luego hoy parecía tener toda la razón.

Capítulo setenta y cinco

Peter Bailey seguía sin lograr comprender lo que su madre y su mujer le estaban diciendo. Oía las palabras que decían, pero no lograba de ninguna de las maneras creer de verdad ninguna de ellas.

Su Jack, no. Su Jack, nunca. Sabía que algo le estaba pasando, pero ni remotamente se habría imaginado algo como aquello. Su niño, su hijo pequeño, ¿había pegado a una jovencita indefensa hasta matarla solo porque había perdido la cabeza a base de meterse caballo? ¿De meterse heroína? ¿Su chico estaba contaminándose el cuerpo con esa mierda y nadie pensaba decírselo? ¿A ninguno de sus hombres le pareció procedente informarle a él? ¿Es que el mundo se había vuelto loco de remate, joder?

—Por favor, Peter, tienes que entender que nadie pensaba que las cosas llegarían tan lejos…

Peter giró bruscamente la cabeza y miró a su mujer, a su Ria, la mujer que habría jurado que sería incapaz de mantenerle en secreto una cosa como aquella.

—¿Tú lo sabías, Ria? ¿Tú sabías todo esto?

Ria negaba vehementemente con la cabeza y él se dio cuenta de que la pobre mujer estaba aterrorizada.

—¡Pues claro que no! —exclamó—. En la vida habría pasado por alto una cosa así, ya lo sabes.

Él asentía, convencido de que le estaba diciendo la verdad.

Aunque Ria, en su interior, albergaba sus sospechas: los horarios de Jack para irse a dormir y levantarse, sus estados de ánimo cambiantes, todo indicaba que algo no estaba del todo en orden. Pero nunca pensó que pudiera ser una cosa como aquella.

Petey posó suavemente una mano sobre el brazo de su padre y casi chocó contra la pared arrojado por la violencia de la reacción de este; era como si el contacto humano le hubiera sacado de golpe de su estado de trance.

—¡Quítame esa puta mano de encima! A ver, ¿dónde está ahora?

Petey suspiró.

—Nana quería que estuviera aquí, pero yo lo mandé fuera para alejarlo de ti. Liam está con él. Creo que no tendrías que verlo todavía.

Peter Bailey se rió con una risa sardónica.

—Te lo preguntaré una vez más, hijo, y solo una vez más —dijo—. *¿Dónde cajones está?*

Theresa dio un paso hacia su hijo mayor.

—Y tú, madre, no te acerques a mí. Un paso más y juro que te arrancaré la puta cabeza de los hombros. Bueno, por última vez, ¿dónde está?

Capítulo setenta y seis

Jack Bailey estaba tan asustado que no conseguía respirar con facilidad. Cada latido de su corazón le retumbaba en los oídos.

Daniel Bailey observaba a su sobrino sin ningún interés; por lo que a él respectaba, para él, aquel chico ya estaba muerto. Bueno, puede que limpiase el desastre que el chaval había organizado, pero eso lo hacía más por el buen nombre de la familia que por ese puto capullo. Ahora para Daniel valía menos que un perro rabioso. Había traspasado la línea, en varios sentidos. Por lo que había podido averiguar, se cargó a la chica porque iba tan colocado que había perdido la olla, y cuando se le pasó el colocón se dio cuenta de hasta qué punto había metido la gamba. Luego se había cagado vivo por la patilla y se había ido corriendo a ver a la abuela para que le ayudase: menudo débil, menudo inútil, menudo trozo de puta mierda…

¡Jodido cobarde! Bueno, pues Peter no iba a tragarse aquel marrón, de eso estaba seguro, incluso aunque los otros todavía no se hubiesen percatado de ello. Liam lo había llevado a casa de Daniel mientras los otros trataban de calmar a Peter. Pero era inútil. Jack Bailey era ya eso que los yanquis llamaban «un muerto viviente», o sea, un condenado a muerte.

—¿Te inyectaste la mierda esa, Jack? —preguntó en tono distendido.

Jack miró a su tío con cierto miedo; sonaba absolutamente tranquilo, como si estuvieran charlando sobre el tiempo que hacía o preguntándole por su salud. Jack asintió con la cabeza.

—Bueno, pues más te habría valido meterte una sobredosis, hijo, porque de todas formas ya eres un Bailey muerto.

Jack no respondió; en realidad no había nada más que decir.

Capítulo setenta y siete

Tania oía llorar a su tía Ria: era un sonido terrible, como si estuviera luchando por respirar. Sentada en lo alto de las escaleras de la casa de su abuela, Tania podía oír absolutamente todo lo que estaban diciendo.

—Lo va a matar, Lena, sé que lo va a hacer. Los chicos no lograrán detenerlo, nadie logrará detenerlo…

Ria estaba desesperada. Peter iba a liquidar a Jack, fuera o no fuera su hijo, de eso no tenía la menor duda. Ria, que siempre tenía los ojos bien abiertos en todo lo concerniente a la mala vida, a la vida del hampa, deseó de pronto poseer aquella bendita ignorancia que Lena mantenía. ¿Qué habría estado pensando su chico? Desde el mismo momento en que tomó aquella droga, Jack tenía que haber sabido cómo iba a tomárselo su padre si se enteraba. Eso no era algo que fueran a consentirle nunca, era algo que se consideraba una señal de flaqueza, una muestra de incapacidad mental. Las drogas se vendían, pero no se tomaban, ¡joder!… o por lo menos no esa mierda de drogas.

—Es mi hijo, Lena, es mi niñito. Llama a tu Daniel y dile que me lo esconda, que me lo lleve lejos, a cualquier parte…

Ria estaba muy alterada, desesperada, pero sabía perfectamente que era inútil.

Lena siguió sin contestar a su amiga. Pero le frotó la espalda con suavidad, incapaz de encontrar nada que decir que la consolara y sintiéndose culpable por dar gracias de que el peligro no lo corriera uno de sus hijos.

—Tómate este coñac, Ria. Imelda estará aquí dentro de un minuto.

Ria no le contestó y de pronto, pasados unos minutos de llanto y pena incontrolables, se quedó callada de repente.

Lena abrazó estrechamente a su amiga y se preguntó si algún día podrían superar aquello. Tenían dinero, prestigio y los coches: de hecho disponía de asientos de primera fila en la vida del hampa. Pero esta era su vertiente oscura. Aquella *Vida* estaba muy bien, de eso no cabía duda, pero, como muy bien sabían todos, tenía un precio. Y en momentos como aquel, y aunque el precio era terrible, había que pagarlo fueran cuales fuesen las consecuencias o quién pudiera resultar herido. Aquella era la peor versión de la *Vida*, de la vida del hampa, y la pobre Ria tendría que vivir con ello. Todos tendrían que vivir con ello.

Capítulo setenta y ocho

—Gracias, Daniel, te agradezco lo que has hecho.

Daniel asintió a su hermano con un movimiento de cabeza.

—Tú habrías hecho lo mismo por mí.

Resultaba raro hablar así, cara a cara, juntos después de tanto tiempo, y los dos tenían la misma sensación.

—¿Cómo está Ria?

—¿A ti que te parece? —preguntó Peter encogiéndose de hombros—. Las mujeres nunca entienden cómo funciona esto de verdad. Piensan que todo se puede arreglar sin más. Pero esta vez no se puede.

—Entonces, definitivamente, ¿te lo vas a quitar del medio?

—¿Tú qué cojones crees? —preguntó Peter asintiendo con la cabeza.

Daniel sirvió un whisky bien grande para cada uno.

—Échate esto al coleto, Pete. Lo vas a necesitar.

Peter se lo tragó de una sola embestida.

Daniel vio la palidez que afloraba en la piel oscura de su hermano y sintió auténtica pena por él y por saberlo en aquel aprieto.

—La verdad, Pete, es que estaba muerto desde el mismo momento en que empezó a meterse esa basura. Los yonquis empiezan a morirse desde el primer chute.

Peter soltó una risa irónica.

—Estaba muerto desde el mismo momento en que descubrí que andaba metiéndose de eso. Ya sabemos que la bebida es un juego bastante peligroso de por sí: hace que la gente se vuelva demasiado locuaz, ¿te acuerdas?, eso era lo que solía decirnos la vieja cuando solo éramos unos chavales. La coca ya es bastante mala, pero por lo menos puedes despertarte con la cabeza más o menos relativamente despejada. Pero ese polvo marrón es otra historia, totalmente distinta. Te va comiendo por dentro como un cáncer. Te roba el alma, te convierte en un puto ratero, en un mentiroso. Acaba con la familia, la lealtad, con todo lo que es importante para la mayoría de la gente, pero sobre todo con lo que es importante de verdad para la gente como nosotros, para la gente que juega a nuestro juego. No es bueno para las personas ni para los putos animales. Es un débil, Daniel, ahora nos ha enseñado su verdadera naturaleza.

Daniel Bailey reconocía la verdad que encerraban las palabras de su hermano. Para la gente del hampa los yonquis eran anatema: no se podía uno fiar de ellos, en absoluto, y su adicción solo era garantía de que acabarían por traicionar a quien fuera a cambio de dinero. O de droga.

—Mira, Peter, he hablado con un par de polis que trabajan para nosotros. La muerte de la chica la van a tratar como si fuera un trágico accidente; los chicos hicieron un buen trabajo: ardió todo de cojones. Así que al menos por ese lado no habrá complicaciones.

Peter se limpió la nariz con su mano enorme.

—De lo más realista, ¿eh? De lo más jodidamente realista. Diecinueve años y está tan muerta como un clavo. Al parecer, ella le afanaba los chutes. Como si *eso* pudiera servir de excusa o de algo.

—Si quieres, Peter, yo puedo ocuparme de él por ti…

Peter alzó una mano.

—Ya lo haré yo —dijo—, pero gracias de todas formas. Es mi mierda y yo la limpiaré.

Daniel no contestó, él habría dicho exactamente lo mismo. De pronto, en cierto modo, la incursión de sus chicos en el mundo del robo a mano armada no era más que la trastada de unos críos. Bueno, al menos trataban de aportar ganancias a la familia. Por jodidamente idiota que pudiera haber sido su travesura, todos se daban cuenta de que no eran más que unos pichones que querían alzar el vuelo, demostrarles a todos y demostrarse a sí mismos que valían. Y se habían redimido sobradamente de sus actos por la manera en que habían arreglado el problema de Jack, rápidamente, sin hacer ruido y sin demasiadas preguntas. Al parecer, había aún esperanzas para aquel par de putos peleles, lo habían demostrado con creces. Daniel sabía una cosa, sin embargo: que no desearía una mierda así ni a sus peores enemigos.

—¿Quieres que vaya contigo?

La verdad es que Peter Bailey se sintió encantado con la oferta de su hermano. Después de todo lo que había pasado entre ellos, era bueno saber que Daniel seguía dispuesto a ponerse de su lado en sus peores horas.

—No, Dan, pero te agradezco mucho el ofrecimiento.

—¿Cómo lo está llevando mamá?

Al oírlo, Peter Bailey se echó a reír, tal y como Daniel estaba seguro de que haría.

—Sobrevivirá. Me parece que ese Tommy Barker le viene muy bien.

—Puede que nuestra madre sea un montón de cosas, pero desde luego, siempre está de nuestra parte. Y cuidará de Ria, eso lo sabemos los dos, igual que mi Lena.

Peter Bailey asintió en silencio. Contaba con eso.

Capítulo setenta y nueve

—Joder, Imelda, cierra un poco la boca y no hables de eso, ¿quieres?

Imelda estaba perdiendo la cabeza del pánico que tenía.

—Vete a hablar con mi padre, Delroy, o llévame *a mí* a hablar con él. Sé que tú sabes dónde está.

Delroy casi sonríe ante la ingenuidad de su mujer, que parecía creer que cualquiera de ellos podía cambiar el curso de los acontecimientos en lo referente a su hermano.

—Escucha, Mel. Nada va a hacer que tu padre cambie de idea, así que será mejor que te hagas a la idea.

—Pero ¿y mi madre? ¿Qué va a pasar con ella? Está destrozada…

—Y eso era de esperar, pero tu madre no es ninguna tonta, Imelda, es lista, y conoce a tu padre mejor que nadie. ¡No me hagas reír! Fuiste tú la que insistió en formar parte de todo esto; ahora perteneces a este mundo y estás haciendo un buen trabajo. Pero *eso* también forma parte de la vida del hampa. A nadie le gusta hacerlo, pero hay que hacerlo. Jack se ha jodido él solo, Mel, así que supéralo. A mí me gustaba, a todos nos caía bien, pero no se le pueden permitir esos virajes. Podía habernos arrastrado a todos detrás: a mí, a ti y a todo el puto tinglado. Hay cosas que no se pueden arreglar, y te garantizo que en nuestro mundo son jodidamente pocas. Pero Jack decidió seguir su propio camino y ahora le toca pagar el precio. Lo siento mucho, pero si quieres formar parte del hampa, será mucho mejor que lo aceptes.

Imelda no podía creer lo que estaba oyendo. Aquel era su hermano, su pequeño Jack, y no cualquier puto cuentista que a nadie le importa un pijo, y así lo dijo, pero Delroy levantó una mano.

—Ya es *suficiente,* Mel.

Alcanzó a ver a su hijo en la puerta de la cocina; le veía evidentemente asustado. Delroy se plantificó una sonrisa en la cara muy consciente de que el niño se estaba percatando del ambiente de negatividad que reinaba entre sus padres: para eso los niños eran muy buenos.

—¿Qué tal estás, colega? —Alzó a su hijo en brazos y lo llevó otra vez a su cama. Diez minutos después estaba de regreso en aquella cocina recién redecorada.

Imelda miró a su marido a los ojos y dijo en tono tranquilo:

—Y si fuera *él*, qué, ¿eh? ¿Qué harías entonces, Delroy?

Estaba verdaderamente interesada en la respuesta. Delroy comprendió que le estaba pidiendo que le dijera lo que quería oír, pero era incapaz de decirlo; Imelda tenía que darse cuenta de que su vida en común era una cosa seria. Tenía que comprender que aquello no era una vida de la que pudieras entrar o salir a tu antojo; que una vez dentro, estabas metido en ella hasta el final.

Delroy se encogió de hombros con aire despreocupado.

—Igual que tu padre, Mel —dijo—. Y voy a darte un pequeño consejo de amigo:

no hagas preguntas cuando en realidad no quieres saber la respuesta.

Capítulo ochenta

Jack Bailey estaba con el mono metido en el asiento de atrás del coche, y la verdad es que el mono era gordo. Sudaba, le faltaba el caballo, y eso, unido al miedo, era algo peor de lo que se había imaginado nunca en la vida. Hasta entonces jamás le había sido negado el acceso a su droga preferida. Necesita algo que lo calmase, pero sabía perfectamente que sus hermanos no iban a proporcionarle nada de nada.

—¿Crees que papá tardará mucho? —En su mente pensaba que le facilitaría un buen refugio, y albergaba la esperanza de que, una vez pasado el peor trago, tendría tiempo de ir a comprar más. O podría sencillamente llamar a un traficante y sin ningún problema esperar a que viniera a verle si él ya no estaba en condiciones de ir. Lo único que Jack quería era que aquello se acabase de una puta vez.

Jack no tenía ni la menor idea del tremendo problema en el que estaba metido: tenía la convicción de que lo de ser el pequeño de la familia bastaba para garantizarle la indulgencia de su padre. Había acudido a su abuela porque era la única persona a la que su padre escuchaba de verdad. Su mayor miedo había sido su tío Daniel; no se atrevería ni a insinuar que era capaz de ir, pegarle un tiro y después largarse a cenar tan tranquilo, como si no hubiera pasado nada. Su tío Daniel tenía reputación de no mover ni un músculo de la cara ante cualquier problema ajeno.

Tenía sometidos a sus hermanos, pero eso era de esperar: al fin y al cabo era él el que montaba las cosas a lo grande. Jack, sin embargo, estaba convencido de que el amor de su madre le garantizaría protección, porque estaba bien seguro de que su padre nunca le haría daño a ella, así que nunca le haría daño tampoco a su niñito querido. El padre también lo quería, de modo que acabarían por encontrar una manera de arreglar aquello a gusto de todos.

Liam y Petey lo sacaron del coche en plan suave. Jack miró a su alrededor, bastante confuso.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Estamos en Essex —le respondió Liam con una sonrisa—. Papá tiene un montón de almacenes por aquí y quiere hablar contigo en privado.

Jack entró en el edificio sin más invitaciones, convencido de que su abuela, su madre y todos los de la familia que le querían sabían que la había cagado pero no permitirían que le sucediera nada malo.

Liam encendió las luces mientras Petey vaciaba una bolsa de mano, de la que sacó un par de botellas de whisky y un paquete de vasos de plástico como de fiesta infantil. Resultaban excesivamente festivos en la penumbra de aquel almacén, con demasiados colorines, rebosantes de promesas de buenos ratos y diversión.

Petey sirvió un vaso bien lleno y se lo pasó a su hermano pequeño. Jack le dio un buen trago, agradecido y sin dejar de pensar que lo mejor que podía hacer con él era un buen canuto, algo que suavizara la situación.

—Siéntate, colega.

Liam empujó una silla hacia él y él se sentó. El edificio era de techos altos y estaba atestado de material eléctrico. Jack estaba seguro de que todo aquello procedía de atracos a camiones: esos golpes eran un negocio muy lucrativo, en primer lugar porque los conductores de los camiones estaban más que encantados de dejarse robar a cambio de un precio razonable, y muy especialmente ahora que ya se acercaba la Navidad. Si hubiera conocido la existencia de aquel lugar, a aquellas alturas ya les habría pedido un trozo del pastel; en fin, de todos modos ahí tenía un botín para el futuro, así que la noche no estaba completamente perdida.

Capítulo ochenta y uno

Tommy Barker lamentaba aquella situación, y todavía más porque había afectado a Theresa más que a cualquiera de los demás, excepto quizás a la pobre Ria. Porque ella estaba convencida de que su intervención sería suficiente para mantener con vida a su nieto, pero él sabía muy bien que esa opción no contaba con la mínima posibilidad.

El chico había asesinado a una jovencita sin el menor cuidado, la había golpeado hasta matarla, y todo por culpa de unos pocos gramos de heroína de mierda; nada podría borrar una cosa tan atroz por mucho que su padre fuera quien era. Los yonquis eran escoria, no tenían escrúpulo alguno, carecían hasta del código moral más básico. Solo parecían capaces de una traición tras otra y, lo peor de todo, encima eran totalmente incapaces de ver en qué se habían convertido. En el mundo del hampa no servían para nada de nada, y su presencia no se iba a tolerar.

La muerte de Jack era un mal necesario, algo triste y trágico pero inevitable. Se habría convertido en el eslabón más débil, y por su culpa la familia entera habría estado en peligro.

—Venga, Theresa, vamos al Club Irlandés, ¿quieres?

Theresa miró al hombre que había encontrado tan tarde en su vida y asintió con tristeza.

—De acuerdo. En el fondo yo ya sabía, Tommy, que nada haría cambiar de idea a mi Peter, ¿verdad?

—No, colega. —Tommy meneó la cabeza—. Pero para él va a ser más difícil que para cualquier otro, no lo olvides.

Theresa no estaba tan segura de aquello, pero no quiso expresar su opinión.

—De pequeñito Jack era una criatura preciosa. Un verdadero tesoro. Ria lo malcrió, era incapaz de negarle nada, ¿sabes? Siempre fue un chico muy particular, que Dios le bendiga, pero ella nunca lo castigaba como a los otros. Quien bien te quiere…, ¿eh?

Theresa había tragado con la situación; ya era perra vieja, pero además era realista. Nada iba a detener los acontecimientos de esa noche, y cuanto antes lo aceptaran todos, mucho mejor.

Aquella era la otra cara de la *Vida* del hampa, una cara a la que, en un momento u otro, todos se tenían que enfrentar.

Capítulo ochenta y dos

Danny, Davey, Noel y Jamsie estaban en un club de Manor Park: estaban descontrolados, haciendo mucho ruido, pero, como todos ellos eran Bailey, nadie les decía ni la más mínima palabra sobre aquel lamentable comportamiento. Lo que nadie sabía es que todos ellos estaban decididos a que esa noche borrase el horror de aquellos últimos días…, aunque no fuera más que por unas pocas horas.

El club estaba atestado de juerguistas, y cuando los chicos echaron una mirada a su alrededor, fueron conscientes de lo diferente que era su vida comparada con la de todos cuantos les rodeaban.

La juventud de Jack, unida a su estupidez, les afectaba bastante más de lo que estaban dispuestos a admitir. Al final se habían dado cuenta de lo precarias que eran las vidas que llevaban. Por primera vez empezaban a comprender lo peligrosa que podía ser la vida del hampa para las personas que no se la tomaban todo lo en serio que había que tomársela. De repente, el peso de su apellido y de la reputación familiar les pesaba como una losa. Ya no se trataba de ningún juego.

Peter y Daniel Bailey eran hombres que habían peleado duro para llegar a su posición en el mundo, y, siendo sangre de su sangre, se esperaba de sus hijos que trabajaran tan duro como ellos. Se esperaba de ellos que fueran tan espabilados como sus padres e igualmente capaces de tomar decisiones difíciles, incluso cuando afectaran a personas de su misma sangre. Eso les había hecho entender exactamente en qué estaban involucrados y, más en concreto, qué se exigía de ellos.

Jack era de su sangre, de su familia, pero eso no había bastado para protegerle en sus horas de necesidad; de hecho, fue precisamente porque era un Bailey por lo que sus actos se consideraron tan odiosos. La muerte de la chica había sido terrible —eso no lo discutía nadie—, pero era una yonqui, una adicta a la heroína, o sea, que no era como si fuera una inocente. Pero también Jack se había convertido en un yonqui, y ahora todos ellos sabían perfectamente que, fueras quien fueras, *no existía* excusa posible para una metedura de pata tan monumental.

Parecía que ya no estaban tan a salvo de todo como siempre habían dado por hecho. No vivían aquellas vidas doradas de las que tanto presumían. La *Vida* del hampa que daban por sentado traía aparejada su propia serie de normas de las que no se podía escapar, y esas normas eran más duras de lo que ninguno de ellos había pensado.

Noel hizo un gesto a sus hermanos para que le siguieran al interior de las oficinas del club, y todos lo hicieron de buena gana. La verdad es que ninguno de ellos estaba de humor para dedicarse a la diversión. Dentro del despachito, Danny les sirvió a cada uno una copa generosa y después alzó su vaso y dijo en voz bien alta:

—¡Por Jack! Aunque haya sido tan imbécil.

Se tragaron las copas a toda prisa, pero todos y cada uno de ellos sabían que esa noche no habría nada que pudiera levantarles el ánimo. Lo único que querían todos

era olvidarse del tema.

Capítulo ochenta y tres

Peter Bailey se detuvo delante del almacén, en Basildon; al apagar el motor de su coche, se sentía apesadumbrado. Se quedó allí sentado en la oscuridad, contento de ver que las luces del almacén estaban apagadas: sus hijos ya habían aprendido, pues, cómo había que hacer las cosas. Petey y Liam necesitaban implicarse, eso lo sabía bien. Y tenían que entender que siempre se pagaba un precio por los errores, por hacer ciertas cosas, cualquier cosa que pudiera afectar a la familia en su conjunto.

Sospechaba que su chico mayor estaba conforme con lo que iba a suceder, y eso le demostraba que Petey era lo bastante sensato como para entender que en su mundo había algunas veces en que era imprescindible meterse en cosas que eran un mal necesario. Liam todavía estaba aprendiendo la *Vida* del hampa y, al contrario que Imelda, Peter tenía la impresión de que acabaría por asimilar todo aquello y aprenderse muy bien la lección. Imelda era una buena chica, pero demasiado emotiva, y eso no era bueno para ella ni para nadie. Bueno, en fin, ahora ese era el jodido problema de Delroy, no el suyo. Imelda tenía que entender que bajo ningún concepto la familia podía verse comprometida, las cosas eran así de sencillas.

Jack ya no tenía salvación, ni la más jodida posibilidad de salir de aquella. Peter pretendía que sirviera de lección a los otros chicos —también a los de Daniel—, que aprendieran que *tenían* que vigilarse los unos a los otros. Alguno de ellos tenía que saber en qué estaba metido Jack, alguno tenía que haber sospechado que andaba pasándose de la raya. Aquello les enseñaría que, en el futuro, sería mucho más sensato poner ese tipo de conductas en conocimiento de los poderes establecidos de la familia, y, desde luego, cuanto antes, mejor. Era de esperar que comprendiesen hasta qué punto sus acciones repercutían en cuantos tenían alrededor y lo que podía suceder en el caso de que nadie abordase esos problemas.

Se bajó del coche sin ninguna prisa. Entró andando en el almacén, oyó la voz de Jack y por un momento sintió una punzada de auténtico dolor. Jack siempre había sido un chico encantador, con todo el potencial para ser un hijo del que poder estar orgulloso, pero al final la debilidad había ganado la partida.

Cuando Jack lo miró con sus grandes ojos castaños y su sonrisa torcida, Peter vio en esa sonrisa no solo la certeza de que saldría bien parado de aquella sino también —y eso era lo peor— la debilidad de su hijo que finalmente se había manifestado en su condición de adicto. Le resultaba difícil admitir que su hijo menor era capaz de meterse en semejante mentira, pero la verdad es que lo era.

—¿Todo bien, papá? —preguntó Jack con una sonrisa nerviosa.

—Sí —asintió Peter Bailey. —Sí, estoy bien, hijo.

Se volvió hacia Petey y Liam, que lo miraban atentamente… —¿Habéis hecho lo que os pedí?

Petey hizo un gesto en dirección al lateral del almacén.

—Sí, está todo aquí.

Peter levantó de la silla a su hijo menor agarrándolo con fuerza del cogote y, arrastrando tras él al chico, que no paraba de protestar, le forzó para llevarlo hasta una gran tina de agua.

Luego ahogó a su hijo con la misma facilidad que a una carnada de gatitos recién nacidos.

Una vez hubo terminado el procedimiento, se secó las manos y se dirigió a los otros chicos.

—Os asegurasteis bien de que esta agua fuera del Támesis, ¿verdad?

Petey asintió con la cabeza.

—Cuando encuentren el cuerpo flotando en el Támesis ha de quedar bien claro que el agua que contengan sus pulmones sea del río. Tiene que parecer un trágico accidente.

Petey se apresuró a tranquilizar a su padre y asegurar que todo se había hecho como se debía.

—No te preocupes, papá, nos hemos ocupado de todo.

Peter Bailey suspiró.

—Por lo menos de esta manera tu madre podrá organizarle el puto funeral de rigor, y nadie se dará cuenta de nada.

Liam Bailey miraba fijo el cuerpo de su hermano pequeño, incapaz de creer lo que acababa de presenciar. Le parecía algo en cierta forma surrealista, como si se tratase de un sueño del que en cualquier momento se iba a despertar. Estaba pasmado ante la indiferencia absoluta que mostraba su padre después de aquello. Parecía incapaz de sentir la más mínima emoción tras lo que acababa de hacer. De eso era testigo Liam, y le parecía mal, pero que muy mal.

Peter hizo un gesto a los dos hijos que le quedaban para que le acompañaran y sirvió un vaso de whisky bien colmado a cada uno.

—Échate esto al coleto, Liam, y recuerda, hijo, que lo que le ha pasado se lo buscó él mismo.

Liam bebió el whisky pero no dijo ni una palabra. Se sentía incapaz de responderle a aquel hombre, pero la verdad es que aquel hombre, Peter Bailey, entendía los sentimientos de su hijo mucho mejor de lo que jamás admitiría.

—Bueno, pues adelante, ya sabéis lo que hay que hacer.

Capítulo ochenta y cuatro

Ria estaba tumbada en la cama sin dejar de pensar en su hijo menor. Su pequeño Jack. Un chico que siempre había tenido aquella sonrisa maliciosa, que siempre había sabido cómo tratarla, y eso era lo que le encantaba de él.

Oía a Imelda rondando por la cocina y se incorporó en la cama. Encendió un cigarrillo y aspiró el humo bien adentro de los pulmones. Había vomitado una y otra vez. Imelda incluso había tenido que detener el coche en una parada de autobús para que pudiera vaciar el alcohol del estómago una vez más. Ahora ya estaba más o menos sobria, pero el dolor no había cedido ni lo más mínimo.

Echó una mirada al reloj de la mesita de noche. Eran más de las tres, y se preguntó si alguna vez volvería a poder dormir toda la noche; la verdad es que lo dudaba mucho. Recorrió con la vista el dormitorio: era enorme y estaba decorado en rojo y oro. Su Jack decía siempre que era un Buckingham Palace para pobres, y ahí es donde ella comprendió que él no se daba ni cuenta de la suerte que tenía.

Había matado a aquella muchacha, la había golpeado hasta matarla. Era algo tan difícil de creer… Él había sido su niñito, ¿cómo podía haberse convertido en alguien así? ¿Cómo podía haberse convertido en un hombre capaz de hacerle tanto daño a una mujer?

Notó una vez más el aguijón de las lágrimas, sintió una pena profunda porque nunca volvería a ver a su hijo.

Imelda entró en el dormitorio con un tazón de té, dulce y caliente. Ria le dio unos sorbos, agradecida, con las lágrimas corriéndole todavía por la cara y en su corazón el dolor de su pérdida, un dolor afilado como un cuchillo.

—No te preocupes, mamá, todo irá perfectamente.

Ria asintió en silencio a las palabras de su hija, sin querer hablar del tema con nadie. Era evidente que Imelda estaba tan nerviosa como ella, y Ria lo comprendía. Eran tiempos traumáticos para las dos.

Imelda se sentó en la cama, tomó la mano de su madre en la suya, se la apretó suavemente y se quedó así para intentar con todas sus fuerzas transmitir a su madre una mínima sensación de consuelo.

Ria retiró la mano y, con las dos, sujetó el tazón de té con toda la fuerza que pudo.

—Vete a tu casa, Mel, que tienes que cuidar de tu propia familia, cariño. Yo estoy perfectamente, mi amor. Tu padre llegará enseguida.

Imelda miró a su madre con absoluta incredulidad.

—Pero ¿oyes lo que dices, mamá? ¿De verdad que no te das cuenta de lo jodido que es lo que *ha hecho*? ¡Lo ha hecho él, mi *padre*!

Ria soltó un profundo suspiro.

—Cállate *ahora* mismo, Mel, y te lo digo en serio: cállate.

Imelda se quedó tan sorprendida por las palabras de su madre y por su verdadero significado que fue incapaz de contestar. Incapaz de creer lo que estaba oyendo.

—Joder, mamá, haya hecho lo que haya hecho, ¡sigue siendo tu hijo! Mi hermano pequeño…

Ria volvió a darle un traguito a su té, incapaz de mirar a su hija a los ojos; no estaba preparada para oír descalificaciones de su marido, eso solo serviría para aumentar su dolor.

—Vete a casa, Mel, y te lo digo en serio. Todo esto es mucho más complicado de lo que te crees, cariño. Algún día lo entenderás, créeme. Pero hasta entonces, déjame llorar a mi hijo en paz.

Ria sintió lástima de su hija; sabía que le dolía mucho lo de su hermano, pero también *a ella* le dolía, y mucho más de lo que Imelda podría entender nunca. Pero era el propio Jack quien se lo había buscado, y a pesar de que lo quería con toda su alma, la familia en su conjunto era lo importante de verdad.

Imelda miró a su madre a los ojos, vio el dolor que reflejaban, un dolor hermanado con resignación, y entonces supo que su queridísima madre era mucho más consciente de las trampas que tendía aquel estilo de vida de lo que ella llegaría a serlo nunca. Imelda comprendió entonces que su madre estaba dispuesta a pasar por alto todo lo que fuera necesario —incluso la muerte de su hijo pequeño— si su marido consideraba que eso era lo que había que hacer. Imelda no podía creer que nunca hubiese llegado a comprender completamente cuál era el verdadero impacto que la vida del hampa tenía realmente sobre la gente involucrada en ella.

Darse cuenta de que su madre estaba absolutamente dispuesta a pasar por alto el asesinato de su propio hijo era una atrocidad que a Imelda le resultaba imposible de comprender. Que su madre estuviera tan enfangada en esa *Vida*, que fuera capaz de aceptar el asesinato de su hijo pequeño como si fuera un simple accidente laboral parecía algo absolutamente monstruoso. A Imelda le horrorizaba comprender que su propia madre no se daba cuenta de lo malo que era todo aquello, y no digamos de lo crueles y fríos que todos habían resultado ser. Y su propio marido más que ninguno.

Por primera vez en su vida Imelda veía con asombrosa claridad lo que implicaba formar parte de la *Vida* del hampa. Y se preguntó cómo había podido haber estado tanto tiempo siendo una Bailey sin comprender lo que eso significaba.

Justo entonces, su padre volvió y lo vio entrar en el dormitorio y estrechar a su mujer entre sus brazos. La abrazó suavemente mientras la dejaba llorar asegurándole todo el tiempo que ahora que él ya estaba en casa todo iría bien y que él se ocuparía de cuidarla.

Sonriendo a su hija, Peter Bailey le señaló con un gesto de su enorme cabeza de pelo negro que los dejara solos.

Imelda salió de la habitación en silencio, con el corazón encogido porque sabía que, después de aquella noche, ya nada volvería a ser igual para ninguno de ellos.

Libro tercero

Hay fuerza en la sangre, justicia en la espada
Estaré listo para la guerra cuando llegue la llamada

Alabama 3, *Power in the Blood*
Álbum: *Power in the Blood*, 2002

Rezaste ante el altar sagrado
Aun así el gurú no te quiere recibir
Has visto tantas señales
Y aun así te llaman no creyente

Alabama 3, *Come on Home*
Álbum: *Power in the Blood*, 2002

Espantoso, pero leal
Anon, eslogan del Jubileo de Jorge V
en el East End de Londres, 1935

Capítulo ochenta y cinco

1997

Lena bostezó ruidosamente y estiró los brazos por encima de la cabeza. Estaba contenta de ver el sol entrando por la ventana de su dormitorio. Daniel ya se había levantado y andaba por la casa, lo oía trajinar con los cacharros por la cocina, así que se puso un batín y bajó rápidamente al piso de abajo.

El hombre alzó la vista al notar que Lena entraba en la cocina.

—¡Caramba, tú hueles una taza de té a tres kilómetros!

—¡Es una de mis muchas virtudes! —se rió Lena—. ¡No me puedo creer que haya dormido tanto! ¿Tania se ha marchado ya?

Daniel asintió mientras servía una taza de té para cada uno.

—Se levantó y salió antes de que yo me despertara —dijo—. ¡Y menudo desastre que dejó, como siempre!

—Bueno —sonrió Lena, tolerante—, eso es típico de nuestra Tania, desde luego. Ni siquiera los chicos eran tan desastre como ella.

Salieron con sus tés al jardín de atrás, que estaba precioso. Lena miró admirada a su alrededor y se preguntó por enésima vez cómo era posible que hacía años, muchos, odiase aquel lugar. Ahora era su refugio, el lugar en el que podía relajarse, donde encontraba la paz.

—¿Qué te parece lo de mañana, Lena? ¿Tenemos que ir o no?

Lena dio un sorbo a su té.

—Creo que debemos ir, Dan. Ria espera que vayamos, eso seguro.

Era lo mismo que había pensado Daniel. Asintió en silencio y dijo:

—¡Quién se iba a imaginar que a Petey le iban a pillar y poner los grilletes! Espero que las cosas le vayan bien.

Para ser del todo sinceros, Daniel no tenía verdadero interés en asistir a la fiesta de compromiso de Petey. Sabía que era una farsa. Petey era incapaz, absolutamente incapaz, de guardar fidelidad a nadie, como llevaba años demostrando. Cambiaba de mujeres igual que otros hombres se cambian de calzoncillos. Tenía la vida perfecta para un mujeriego: yendo y viniendo de los clubes nocturnos a los clubes de *striptease*, y encima era guapo. A Daniel le importaba un bledo lo que hiciera, pero tenía ideas muy estrictas respecto a la fidelidad dentro del matrimonio, lo que significaba que en su opinión Petey tenía que dejar a un lado todo aquel mariposeo y aquel ir y venir tan pronto como recorriera el pasillo de la iglesia. Sabía que Peter pensaba lo mismo a pesar de que también él hubiera echado alguna cana al aire en sus buenos tiempos…, aunque eso no lo supiera nadie más, por supuesto. San Peter, como lo llamaba Daniel últimamente, se había asegurado de que las cosas fueran así.

—Creo que Ria quiere que se celebre en casa para darle un carácter discreto,

¿sabes, Dan? Si se hiciera en alguno de los clubes, sería fácil que las cosas se saliesen de madre.

Daniel volvió a dirigir la atención a su mujer y asintió con la cabeza para mostrarle su acuerdo, pero sobre el tema se guardó muy bien lo que opinaba. A la joven Bernadette O'Toole le gustaban los clubes un poco más de la cuenta, según había observado, y le gustaban también los hombres que los frecuentaban. No es que, realmente, alguien pudiera acusarla de nada inadecuado —era, simplemente, de esa clase de chicas a las que les gusta flirtear—, pero Daniel Bailey reconocía a una puta en ciernes en cuanto la veía, y la prometida de su sobrino llevaba la palabra «puta» escrita por todo el cuerpo. ¡Si hasta le había guiñado el ojo a él! Era de las que necesitan sentirse admiradas por todos los hombres que anden a su alrededor, en su órbita. En cuanto la chica le pusiese los grilletes, Petey iba a tener que pelearse más que Muhammad Ali, pero en fin, ese era su problema. Decidió sonsacarle a Lena lo que pensaba del asunto y le dijo, con astucia:

—A mí me parece una chica muy buena. ¿Tú qué piensas, Lena?

Lena se quedó pensando la pregunta durante unos segundos y luego le contestó:

—Si he de serte sincera, Dan, a mí no me convence nada, y Dios sabe muy bien que lo he intentado. Pero tiene algo que me resulta inaguantable. ¿Te parece fuerte lo que digo?

Daniel vio que, ante el dilema en el que se veía sumida, en el rostro de su mujer se pintaba una tristeza verdadera, y entre risas le contestó:

—¡Bueno, pues ya somos dos, Lena! Creo que es una de esas «muy caras de mantener», como se dice ahora. Tiene demasiadas cosas que decir por su cuenta, pero nada de lo que la he oído soltar valía un puto carajo. Es una chica muy guapa, eso nadie se lo puede negar, pero la verdad es que no tiene ni la más mínima sustancia. Todo es pura apariencia; una apariencia de primera, eso sí.

Lena se quedó atónita al ver lo acertadamente que su marido había descrito a Bernadette O'Toole. Ni ella misma lo habría hecho mejor. La chica era despampanante, enormemente atractiva, desde luego, pero, si pasabas por alto su buena presencia, no quedaba nada que pudiera motivar tu interés. No resultaba nada cálida, parecía incapaz de interactuar con alguien a nivel personal; de hecho, ni siquiera parecía capaz de comprometerse de verdad con *Petey*. De alguna manera, ni se comportaban ni interactuaban como una pareja.

—Me sorprende muchísimo lo que acabas de decir, Dan, porque es lo mismo que pienso yo. Y sé que Ria también lo piensa, aunque, claro, el que elige es Petey, ¿no? Lástima que ninguno de los chicos se pare a pensar nunca que la gente nueva que introducen en sus vidas también entran a formar parte de la familia, de toda la familia. ¡Tendrían que pensárselo mucho mejor antes de cargar a todos los demás con su elección!

Daniel se rió a gusto ante la sinceridad de Lena. Pero ella tenía razón: los miembros de aquella generación eran unos jodidos egoistillas. En otros tiempos la

gente tenía el seso suficiente para valorar las cosas en su conjunto, pero la generación de ahora se limitaba a echarle una ojeada por fuera. Ahora la presencia exterior era tan importante que, de hecho, pasaba por delante de cualquier otra cosa. Pero en un matrimonio la personalidad era *mucho* más importante que el aspecto y la buena presencia. A él su Lena siempre le había entendido, igual que él la había entendido a ella, y por eso seguían estando juntos todavía. Peter y Ria eran igual: habían permanecido el uno al lado del otro pasara lo que pasase y por difíciles que se pusieran las cosas. ¡Mira a Ria y a su hijo, Jack! Ria había comprendido que Peter no tenía más opción que borrar a aquel puto inútil, a aquel imbécil, del esquema familiar. Y hubiera apostado los últimos pocos peniques que le quedasen a que aquella pájara de O'Toole no tenía ni idea de lo que era una lealtad como la de ellos, y que en cuanto olfateara en el aire un mínimo problema saldría de allí zumbando. Petey Bailey se tendría que sorber la pena con una cuchara bien larga, tal y como solía decir su madre, se arrepentiría del día en que se ató a aquella hembra.

—Bueno, es su puto funeral, mujer. Al menos ella se ha mostrado dispuesta a tragarse la ceremonia católica completa…, y supongo que eso ya es algo, ¿no?

Lena se rió con él.

—*Eso* Ria lo dejó más claro que el agua, así que ¡no te preocupes, coño! ¡La puta oficina del registro civil! ¿Has oído algo igual en toda tu vida? De todos modos Bernadette es católica, y además irlandesa: ¡eso es lo único bueno que tiene en opinión de tu madre!

—Bueno, al menos eso demuestra que la chica tiene suficiente sentido común como para saber qué es bueno para ella.

Lena asintió con un movimiento de cabeza.

—Además es de una buena familia —dijo—. Los O'Toole son personas decentes. —Se dio cuenta de que Daniel estaba un tanto molesto con el giro que estaba tomando la conversación, así que se terminó el té y se levantó de la silla—. Vamos, te prepararé el desayuno. ¿Te apetecen unos huevos con beicon?

Daniel asintió en silencio. Aquello era lo que más le gustaba de su Lena, que sabía cuándo tenía que parar. Había tantas mujeres incapaces de entender la importancia de saber cuándo empezaban a aburrir mortalmente a sus maridos… Esa era una habilidad que Lena había aprendido muy al principio de su relación y que a él le encantaba.

Capítulo ochenta y seis

Bernadette O'Toole era muy consciente de lo preciosa que era, y mientras se estudiaba reflejada en el espejo del tocador, quedó auténticamente asombrada de cómo, incluso sin una sola pincelada de maquillaje, seguía estando absolutamente increíble.

Su madre le había dicho muchos años antes, cuando, siendo todavía una niña de trece años, ya empezaban a mirarla los hombres —hombres adultos—, que sería mejor que comprendiera cuanto antes que a las chicas con su aspecto y belleza no les hacía falta seguir las mismas reglas de las demás. Su físico le abriría cualquier puerta por la que quisiera entrar. Y al ir creciendo fue comprendiendo también la fuerza de su belleza. La verdad es que ni su padre ni su madre eran así de guapos, pero la muchacha había heredado lo mejor de ambos y, de algún modo, había acabado siendo una mujer que quitaba el hipo.

Ahora estaba a punto de unirse a Petey Bailey y, al hacerlo, asegurarse de que tendría la clase de vida que consideraba que le pertenecía por derecho. Petey le *gustaba* mucho: era un tipo estupendo. Pero también era un jefe, y ella sabía mejor que nadie la importancia que *eso* tenía. Petey podía ofrecerle el mundo entero en una bandeja y ella estaba más que decidida a conseguir que lo hiciera. Y a aceptarlo. No tenía la menor intención de desperdiciar los dones naturales que Dios le había concedido con ningún puto mediocre, de eso sí que estaba bien segura.

De adolescente ya había comprendido la importancia de mantener limpia su reputación, y estaba decidida a que el hombre que finalmente se la llevase supiera perfectamente que allí no había entrado nadie antes que él. Petey Bailey tendría que pagar generosamente su virtud.

Sonrió feliz. Después de esa noche, su vida quedaría resuelta: formaría parte de la familia Bailey y de todo lo que eso comportaba. Había sido un largo camino, pero había merecido la pena. Pronto sería la esposa del señor Peter Bailey Junior, y eso era prácticamente lo mejor que cualquier chica podía esperar en la vida. Iba a ser la Primera Dama del Sudeste y tenía la intención de que a nadie le cupiera la menor duda de eso.

Capítulo ochenta y siete

Ria estaba decidida a lograr que aquella noche fuera maravillosa. Es cierto que seguía teniendo sus reservas respecto a Bernadette, pero sabía que debía guardárselas para sí. Su Petey iba a «dar su palabra de casamiento», como no dejaba de decir Theresa en un tono no poco sarcástico. A ella Bernadette no le gustaba nada de nada, pero al fin y al cabo era la chica que Petey había elegido.

Liam y Mandy estaban ayudando en los preparativos, y Ria estaba contenta de que él hubiera comprendido el sentido que tenía eso de casarse con *ella*. Mandy era una buena chica, y con los años se había unido mucho a ella. Lo único que lamentaba era que todavía no hubieran tenido un hijo propio, aunque la verdad es que Liam parecía contento de estar como estaban. El joven Bernard lo adoraba, y él adoraba a Bernard de la misma manera. Su Liam había nacido para ser un buen padre, y la verdad es que no era justo que no hubieran tenido más hijos.

Ria echó una mirada por la habitación y se quedó contenta de cómo había quedado. Le pareció que celebrar en su propia casa era una manera de dar al compromiso un carácter más personal, además de una garantía de que las cosas no se les irían de las manos. Su Petey era un buen muchacho, pero los clubes le gustaban un poco más de la cuenta. Aunque al menos ahora parecía que iba sentando un poco la cabeza, y ella confiaba en que asumiría su compromiso con la seriedad suficiente como para refrenar sus malas aficiones. Tal vez Bernadette O'Toole no era la chica que ella habría elegido como primera opción a la hora de pensar en una pareja para su hijo, pero confiaba en que la muchacha tuviese suficiente sangre en las venas como para asegurarse de que el hombre con el que se casaba no se pasaría nunca de la raya. Petey necesitaba asentarse, y cuanto antes lo hiciera, mejor. Ria quería más nietos, y quería que los chicos sentasen la cabeza, igual que su Imelda.

Mientras comprobaba que todo estuviera en orden, apareció Bernard corriendo hacia ella. A sus doce años, era un muchachito muy guapo de pelo rubio y ojos azules, y Ria lo quería muchísimo. El crío le rodeó la cintura con los brazos y ella se apretó instintivamente contra él.

—Nana, nana, ¿puedo quedarme aquí esta noche? —Era la petición habitual, porque le encantaba quedarse en casa de sus abuelos y ahora el chico formaba parte de la familia tanto como Tania o el pequeño Delroy.

—¡Pues claro que puedes! ¡Ya sabes que puedes quedarte aquí siempre que quieras!

Mandy sonrió mientras entraba en el cuarto detrás de su hijo.

—¡Siempre le dejas salirse con la suya! A que estabas segura de que ya tenía preparado el neceser de fin de semana, ¿eh?

—Bueno, cariño —dijo Ria entre risas—, está bien, ya sabes que nos encanta tenerlo aquí con nosotros.

—Bueno, si estáis tan seguros… Los del cáterin ya están organizando sus cosas

en la cocina. ¿Quieres que te ayude a poner las mesas? Va a salir todo estupendo, Ria. Ojalá Bernadette sepa valorarlo.

A pesar de que Mandy no hubiera sido del todo consciente de lo que había dicho, Ria se daba cuenta de que el hecho de que se sintiera tan insegura al imaginarse la reacción de Bernadette ya era bastante elocuente. La señorita O'Toole no había logrado hacerse querer por las otras mujeres de la familia; y, de hecho, era de ese tipo de chicas que no hacen ni caso a las mujeres porque están mucho más interesadas en la reacción que producen en los hombres.

Ria suspiró.

—Bueno, Mandy, cariño —dijo—, hemos hecho lo que hemos podido, no podemos hacer nada más.

Capítulo ochenta y ocho

La fiesta de compromiso estaba en marcha, y Peter Bailey miraba cómo su hijo iba dando la bienvenida a los invitados. Era un buen hombre, de eso Peter estaba seguro. A lo largo de los últimos diez años había visto cómo sus chicos iban convirtiéndose en hombretones fuertes, en personas de las que te podías fiar, y se había sentido orgulloso de formar parte de sus vidas. Los dos, Petey y Liam, se habían unido mucho a él. Después de lo sucedido con Jack, todos habían comprendido la importancia de la familia y la necesidad de asegurarse de que la familia estaba por delante de cualquier otra cosa o circunstancia. Esa era la fuerza de los Bailey: estaban siempre tan *juntos* que nadie se *les* podía ni siquiera acercar. Incluso cuando había que enfrentarse a ciertas decisiones —decisiones difíciles—, comprendían muy bien que se tomaban en beneficio de la familia y que, por duras que fuesen, era necesario tomarlas.

También con Daniel las cosas habían mejorado en la última década. Su hermano se había ocupado de que sus hijos fueran capaces de cuidar de sí mismos y se mostraba encantado de dejarlos ascender en sus puestos dentro de la jerarquía familiar. Los tiempos en que tenían que demostrar su fuerza habían pasado, y ahora todos los consideraban la principal familia, no solo del viejo Londres, sino de todo el Reino Unido. Nadie intentaba emprender algo importante sin obtener antes su aprobación. Los Bailey eran lo bastante sensatos como para comprender que tenían que permitir que otras personas, otras familias, obtuviesen buenas ganancias en su nombre. Era la única manera de mantenerse en su posición, y también el único modo de ganarse la buena voluntad de los otros.

En todo aquel tiempo, nunca había habido una amenaza seria contra su imperio: todos cuantos estaban en su órbita sabían que no eran personas a las se pudiera tomar a la ligera. Peter velaba porque su reputación, unida a la de su hermano, bastase para que la mayoría de la gente con la que tenían tratos pretendiese siquiera salirse un paso de la línea ya trazada. Además eran muy escrupulosos con sus acuerdos, y solamente eso ya les garantizaba que llegaban a buen puerto. También tenían a gala esforzarse por mantener la paz, y cuando otras familias tenían algún agravio entre ellas, hacían de intermediarios y trataban siempre de conseguir una solución aceptable para ambas partes. No hay que olvidar que todos aquellos con los que trataban tenían establecido algún tipo de relación con los Bailey.

Peter observaba cómo su hijo mayor iba dando la bienvenida a todo el mundo con el respeto que cada uno merecía, dejando siempre bien claro quién era el jefe. Observó también cómo su Ria supervisaba a los camareros que iban pasando copas de champán a los invitados; todo aquello tenía que parecer algo «carísimamente informal», ¡significara lo que significase tal frase! Eso era precisamente lo que Ria pretendía conseguir costara lo que costase, porque aquellos eran sus dominios y él no tenía otro remedio que permitirle hacer lo que quisiera.

Bernadette O’Toole, que, pese a ser tan encantadora, nunca en su vida había tenido donde caerse muerta, ahora estaba claramente decidida a tener lo mejor de lo mejor. Bueno, a partir de esa noche eso era algo que correría por cuenta de su hijo mayor, no de él, como aquella fiesta, y tenía la insidiosa sospecha de que Petey iba a sentir muy pronto la presión insistente de la joven, que no se conformaría con nada que no fuera lo mejor. Si la muchacha se hubiera criado en un entorno como ese, Peter hubiera dicho que había que jugar limpio con ella y darle de todo, pero sabiendo como sabía que solo la había separado un paso de vivir con ahogos económicos, sus pretensiones le irritaban. Era algo que no podía evitar.

Bernadette O’Toole se comportaba como si fuera superior a todos los que la rodeaban. Su belleza bastaba para que algunos se creyesen que las cosas eran realmente así. Pero tan pronto como abría la boca y decía algo, cualquier certeza al respecto se venía abajo. Bernadette O’Toole sonaba más barriobajera que una gitana de Basildon.

Aun así, Petey estaba enamorado de ella, aunque lo que en realidad atraía a su hijo mayor era que todavía fuera virgen; para un hombre como Petey, esa era una virtud de suma importancia. Su personalidad lo impulsaba a querer ser el primero en tomar posesión de algo, desde coches hasta mujeres. Peter solo confiaba en que su hijo no perdiera el interés por su mujer tan deprisa como solía perderlo por cualquier juguete nuevo. Aun así, seguía esperando que les fuera bien a los dos, y eso a pesar de lo que le desagradaba la chica. Aunque, igual que su mujer, estaba dispuesto a tragar con ella si eso era lo que su hijo quería.

Bernadette sonrió al padre de su novio con la esperanza de que se rindiera ante su belleza como hacían todos los demás.

Peter Bailey le devolvió la sonrisa y se preguntó cuánto tardarían en servir la comida. Tenía muchísima hambre.

Capítulo ochenta y nueve

Imelda detestaba con todas sus fuerzas a la novia de su hermano. Conocía a los hombres lo suficiente como para saber que les obsesionaba un rostro bonito, pero de ninguna de las maneras era capaz de entender que Petey se comprometiese con Bernadette O'Toole. La chica era una preciosidad, eso nadie lo discutía, pero tenía la personalidad de un mosquito. Hasta a Delroy, que sabía apreciar debidamente a una hembra de buen ver, le costaba disimular el verdadero desdén que sentía por la chica. Es que parecía que siempre acariciase a todos a contrapelo.

No era solo que fuera vanidosa, arrogante e ignorante, aunque eso ya resultara bastante malo de por sí. Lo que verdaderamente molestaba era que se considerase especial. De algún modo, Imelda estaba más que un poco celosa de la confianza en sí misma que mostraba la chica. Imelda se había visto obligada a abandonar su naturaleza natural: con el paso de los años había llegado a admitir finalmente que su Delroy no era un hombre al que se pudiera desafiar ni, desde luego, que fuera a permitir que su mujer le dictase cómo tenía que vivir. Y había acabado por asumir que no estaba dispuesto a contrarrestar los celos de aquella mujer; serían una razón para dejarla plantada. Había sido una lección muy dura, pero Imelda la había aprendido bien por la simple razón de que no tenía ni la más mínima intención de perder al único hombre al que había amado en su vida y al que en realidad amaría siempre.

Después de la muerte de su hermano se había visto obligada a analizar a fondo su vida y a admitir que su familia y el puesto que ocupaba su marido dentro de ella eran lo más importante de todo. Y no lo eran sus sentimientos individuales. En realidad todo giraba en torno a los Bailey en su conjunto. Delroy la amaba, eso no lo dudaba, pero su amor venía acompañado de una condición, y esa condición era que de ningún modo se le invadiese a él ni a su manera de vivir la vida. Su padre estaba de acuerdo con Delroy en ese tema, y su madre también, y esa había sido la lección más dura de todas.

Dio un sorbo al champán y se acercó hasta donde estaba Mandy, que se había convertido en una buena amiga después de aquellos inicios tan poco firmes. Mandy era la única mujer en su entorno que parecía empatizar con sus sentimientos.

Capítulo noventa

Michael O'Toole se estaba sintiendo bastante incómodo; no le gustaba nada la ostentación, y estaba seguro de que se le notaba tan fuera de lugar como él mismo se sentía. Los Bailey habían estado fantásticos, sobre eso no tenía la menor queja. El problema era enteramente suyo, y tendría que superarlo cuanto antes. A su hija le había tocado la lotería, y eso era prerrogativa de la chica. Suya y de su madre, por supuesto, porque aquellas dos actuaban como si fueran un puto par de brujas asociadas. Pese a su papel como buena chica, él sabía muy bien que Bernadette estaba preparándolo todo para su gran actuación: Peter Bailey el Joven. Michael solo confiaba en que la chica se diera cuenta de en qué se había metido: aquel hombre no era tonto, eso todo el mundo lo sabía, y ella tal vez acabase descubriendo que había dado un bocado demasiado grande, un mordisco que no podía masticar.

Lo peor para Michael era que se sentía gilipollas; era el padre de la novia y, por derecho propio, lo de aquella noche tenían que haberlo organizado *él* y su mujer. De haber sido así, desde luego ni remotamente se habría parecido a esto. Y ahí estaba el tema: que su propia hija le había venido a decir que ni por asomo iba a celebrar su compromiso a cuenta de él; casi se había reído en su cara cuando se lo sugirió.

Lástima que ella no entendiese a los Bailey, porque los Bailey habrían respetado cualquier cosa que él hubiese ofrecido: eran así de decentes. Pero su Bernadette estaba encantada de que su nueva familia pagase sus facturas, y de momento así lo habían hecho, sin dudarlo. ¡Salmón ahumado! Tuvo que reírse: ellos habían tenido que conformarse con un puto salmón de lata, y eso en las ocasiones especiales. Él las había mantenido lo mejor que pudo, y su mujer y su hija se lo tenían que reconocer. Puede que no viviesen en una gran mansión, pero nunca les había faltado de nada. Ahora aquellas dos hablaban de comida como si de golpe hubieran emparentado con uno de esos jodidos chefs de la tele. Aquel par de mujeres… ¡le daban asco! Y especialmente su Beryl: con todos los años que llevaban casados y aquella mujer seguía sin saber hacer una comida decente, por buenos y caros que fueran los ingredientes de que dispusiera. Y ahora la tía hablaba como si cada día de la semana preparase un auténtico banquete. Lo único bueno de la cárcel había sido que la comida que le daban allí dentro ¡era mucho mejor que cualquiera de las que había comido nunca en casa!

Observó cómo su hija intentaba quitarle importancia al enorme tamaño del pedrusco de su anillo de compromiso, asegurándose a la vez de que a nadie le pasara desapercibido. Eran cinco quilates, con la piedra tallada en lo que llamó «estilo baguette». Adelantaba aquella mano de manicura perfecta para llevarla bien separada del cuerpo y dejaba que el anillo captase la luz. ¡Boba estúpida! Michael sabía perfectamente que aquel anillo lo habían «distraído» en algún sitio; era totalmente imposible que Petey Bailey hubiera estado dispuesto a pagar lo que costaba. Puede que Petey fuera un montón de cosas, pero entre ellas no estaba ser un primo.

Por lo menos la noche estaba ya a punto de concluir; luego lo único que le quedaba por hacer era superar el casorio. Bernadette había querido que el acto se celebrase en el registro civil y que después se fueran todos a celebrarlo a un hotel caro. Bueno, pues Petey Bailey había desbaratado su plan, que es como debía ser. ¡La sorpresa es que había rechazado la iglesia a la que había ido a rezar toda su vida! Una muestra más de su esnobismo.

¡Si pudiera verse como la veían los demás…! Esa noche llevaba un vestido mini muy ajustado, blanco hueso o *écru*, como ella insistía en llamarlo. Se ajustaba perfectamente al cuerpo y, junto con el bronceado de bote, la sobreabundancia de cabellos teñidos de rubio y unas uñas que parecían cultivadas en un invernadero de Europa del Este, parecía totalmente una versión cutre de Pamela Anderson. Tenía más o menos la misma clase que un puto Ford Fiesta. Desde luego nunca se daría cuenta: gracias a su madre, se creía por encima de los demás. Peter se bebió su Chivas Regal y se dirigió hacia el bar para pedir otro más.

—¿Qué tal estás, Michael? —Peter Bailey estaba realmente encantado de ver al padre de su futura nuera.

Michale O'Toole sonrió.

—Desde luego —dijo— es una gran fiesta, Peter, realmente estupenda. La habrás hecho sentirse muy orgullosa.

—Para serte sincero, a mí me parece que nos hemos pasado un poco de la raya, pero, en fin, así son los chicos de hoy día; aunque ya no se pueda decir que mi Petey sea un verdadero jovencito, ¡de ninguna manera! Todo este numerito corre de su cuenta. Yo le dije: oye, si tú y ella queréis un puto circo, montároslo vosotros.

En ese momento, Michael O'Toole se relajó, aliviado al saber que aquel hombre no había pagado el compromiso de su hija y agradecido de que Peter comprendiera su punto de vista sobre el tema.

—Yo me ofrecí, Peter, ¿sabes?, pero ella no quiso ni oírme hablar del tema. Parece que en estos tiempos ya no somos lo bastante buenos…

Peter notó la amargura que dejaba traslucir la voz de Michael.

—Estos jodidos chavales son todos unos desagradecidos. De todos modos, me estaba preguntando si tendrías un rato libre esta semana para que almorzásemos juntos. Para ir juntos a algún sitio donde podamos hablar, ya sabes. Tengo algo de trabajo que he pensado que igual te puede interesar.

Michael O'Toole solo titubeó unos pocos segundos antes de responder en tono relajado:

—Eso suena bien, colega.

Peter sonrió: entendía perfectamente cómo se sentía Michael, que era un hombre muy orgulloso, y ese era un rasgo de carácter que Peter respetaba. Lo único bueno de toda aquella debacle de Bernadette era que por lo menos la familia no estaba esperando la boda para subirse al carro.

Capítulo noventa y uno

Davey, Noel y Jamsie se habían escapado al jardín mientras la fiesta estaba en todo su apogeo. Estaban fumándose un porro y disfrutando de la noche.

—¡Esta hierba es de primera, Jamsie! ¿Dónde la consigues?

Jamsie sonrió.

—A Delroy no le gustará —dijo—, pero me la consigue un chaval, un jovencito de Tulse Hill. Oí hablar de él a una de las bailarinas de *striptease*. Es un buen chico, solo tiene veintidós años pero ya tiene una clientela jodidamente importante. Voy a ofrecerle un trato, necesitamos saber de dónde saca esta hierba tan buena.

—¡Tienes toda la puta razón del mundo! —dijo Davey entre risas—. Es fantástico. Me encanta cuando encontramos una nueva vía, ¿sabes? Todo se vuelve estupendo y bajo control. Hay tanto joven por ahí fuera buscando algo nuevo que rascar…

—Bueno, pues lo menos que podemos hacer es darle una oportunidad, y si sabe lo que le conviene, la aceptará sin perder tiempo. Pero me parece una persona muy válida, por lo que he oído de él tiene una buena reputación. El único problema es ¡que se cree un gánster! Qué jodidos mamones…, escuchan unos cuantos discos de rap y ya se creen que son tipos duros de cojones. ¡Como si fuera así de fácil!

Todos se echaron a reír.

—¿Qué ocurre con la familia Allen? El tío Peter les invitó a venir esta noche, pero ni él ni papá les han hecho demasiado caso durante la fiesta. —Davey parecía un tanto preocupado por el tema.

Noel se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo—, pero doy por hecho que algo serio. Al fin y al cabo, son lo más parecido que tenemos a unos rivales. Lo que espero es que los viejos hayan echado el freno a lo que fuera que quisieron hacer. Por lo menos, hasta hace poco papá estaba hasta los huevos de ellos, y lo sé porque yo estaba allí cuando le gritó a Terrence Allen. Papá estaba cabreado de cojones…

Davey y Jamsie se encogieron de hombros.

—Bueno, ya se le pasará; siempre se le pasa.

Noel Bailey asintió en silencio, pero tenía la impresión de que aquello era mucho más serio de lo que ninguno de ellos sospechaba.

Capítulo noventa y dos

Daniel Bailey observaba a Terrence Allen mientras hablaba y, ¡caramba, tío!, ¡vaya, si Terry Allen sabía hablar bien cuando se lo proponía! Algunos años antes lo habían apodado Terry el Lonas porque era un gran especialista en hacer desaparecer a la gente; cuando por fin los encontraban, siempre aparecían envueltos en una vieja lona impermeable. Era la firma de Terry: nadie podía demostrar que la desaparición hubiera sido cosa suya, pero la gente que le rodeaba tenía sus sospechas.

Ahora Daniel Bailey observaba a Terry mientras este concedía audiencias. Era un hombre de buen ver, de cuarenta y muchos años, con una cabeza distinguida de pelo castaño oscuro y unos ojos azules muy vivos. Al igual que ellos, era de ascendencia irlandesa, y, al igual que ellos, estaba orgulloso de ella. Sin embargo, y al contrario que Daniel y su hermano Peter, Terry sabía quién era su padre. Tony Allen había sido un auténtico peso pesado en sus tiempos; había muerto en la cárcel de un fallo hepático unos cuantos años antes, cuando llevaba cumplidos diecisiete de una condena a treinta años. El licor que había en la prisión era un jodido asesino. Los chicos lo habían enterrado con toda la pompa y ceremonia requeridas, las que mostraban a las claras su rango en la comunidad del hampa, y luego, sin hacer ruido, habían ocupado su puesto y asumido el control de los negocios. La verdad es que además habían hecho un buen trabajo, eso no se podía negar.

Pero empezaban a darse demasiados humos. Se habían mostrado especialmente irrespetuosos con los Bailey, y eso había puesto en alerta a Peter en más de una ocasión. Los Allen empezaban a creerse que estaban por encima de los posibles reproches de la gente que, precisamente, les proporcionaba sus ganancias. Tanto Daniel como Peter eran plenamente conscientes de ello, y sabían que los Allen tendrían que rebajar sus ínfulas para evitar que las cosas se les fueran definitivamente de las manos.

La gente como los Allen era peligrosa; eran lo bastante listos como para planear un buen golpe y lo bastante duros como para llevarlo a cabo, pero no lo bastante pacientes como para saber esperar el momento propicio. Se habían jodido a sí mismos muchas veces por su orgullo desmesurado, porque habían subestimado la capacidad de los Bailey. Los Allen no habían sabido valorar cuánta gente era fiel a los Bailey y dependía de ellos para ganar dinero desde hacía muchos años. Era la misma gente que no dudaría en ir con el soplo a la persona adecuada si lo considerase necesario.

Así que había llegado el momento de cantar las cuarenta a los Allen, y además públicamente. Pero eran un grupo verdaderamente unido, y ese era el mayor problema. Tanto Daniel como Peter estaban de acuerdo en que no eran personas a las que se pudiera dejar de lado, y desde luego no eran hombres a los que se les pudiera conceder libertad de acción. Si se las arreglaban para reclutar a otras familias, podían llegar a ser mucho más poderosos. Y el hecho de que fueran los máximos

proveedores de drogas de síntesis a este lado del Watford Gap bastaba para que hubiera que asegurarse de que se les tomaba muy en serio como amenaza potencial.

Daniel vio que su hermano observaba a Terry Allen, que se mofaba de la gente que tenía alrededor y que, dada su exuberancia gestual al contar su historia, iba tirando la bebida del vaso por todas partes sin la más mínima consideración por la casa de Peter Bailey. Daniel buscó la mirada de su hermano y le hizo un guiño de complicidad, a la espera de la ocasión propicia para bajarle un poco los humos a Terry.

Terry Allen sabía muy bien que aquellas payasadas y aquellos chistes subidos de tono eran observados de cerca y, mirando a su hermano Billy, dijo en voz bien alta:

—Ponnos otro trago, Billy Boy, que noto que me va a entrar una puta sed de cojones.

Billy Allen sonrió. Sabía tan bien como Terry que ni a Peter ni a Daniel Bailey les gustaban los tacos ni las palabras malsonantes en sus fiestecitas. Había carcamales así, viejos chapados a la antigua que seguían viviendo de acuerdo con unos putos códigos morales más caducos y más viejos que Carracuca. Los Allen tenían confianza suficiente para actuar de cara a la galería: eso era lo que de verdad querían. Ya iba siendo hora de que alguien demostrase a los Bailey que no eran los únicos que repartían el juego en aquella ciudad: ellos también tenían mucho que decir como familia.

Billy oyó a su hermano contar otro chiste guarro mientras él se dirigía al bar para pedir otra copa. Exigió en voz bien alta que le sirviesen una copa generosa:

—No me jodas, tío, ¿es que os tienen el presupuesto controlado o qué?

Allí estaba el insulto, y todo el mundo lo había oído.

Capítulo noventa y tres

Petey Bailey miraba atentamente a su futura esposa bailando sola y de forma provocativa. Era todo un bellezón, eso estaba fuera de duda, pero también era una calientapollas de primera. Se dio cuenta de que la mayoría de los hombres presentes en la sala intentaba no mirarla demasiado mientras daba vueltas sobre sí misma con una sonrisa vacía en la cara, y se preguntó por qué se habría metido él solo en aquella payasada.

Se había jurado a sí mismo que si conseguía meterse dentro de sus bragas antes del gran día, la mandaría a freír espárragos sin vacilar. Incluso dejaría que se quedase con el anillo, porque él, cuando le daba por ahí, sabía ser de lo más espléndido. Hasta ahora sus barreras habían sido más difíciles de traspasar que las puertas blindadas del Banco de Inglaterra: Bernadette era muy lista, y sabía que en cuanto sucumbiera a los encantos de Petey, él perdería casi todo el interés. Si se mantenía firme, se casaría con ella, pero si lo hacía, sus pretensiones serían que pariera un hijo tras otro como una puta ametralladora, de eso estaba segura.

Su desorbitada opinión de sí misma no serviría para cambiar el carácter de Petey una vez consumado el sucio acto: él la dejaría de lado y se largaría en busca de nuevas praderas donde pastar. Pero ella ya tendría lo que quería: el apellido, el bombo y una tarjeta de crédito oro. Él tendría una familia y, si era ella la que se la proporcionaba, se lo toleraría todo.

Petey reconocía que tenía muchísimas cosas de su tío Daniel. Con los años había aprendido a ser implacable; de hecho, desde la muerte de su hermano Jack había descubierto una fortaleza que lo mantenía cuerdo. Haber sido testigo de primera mano de lo que su padre era capaz de hacer había sido un verdadero hito en su aprendizaje, y le había hecho comprender la suerte que había tenido *él* al librarse de un castigo despiadado por su afición al juego y sus intentos de ir sacando tajada de los ingresos de la familia.

Se dirigió hacia Bernadette y la atrajo a sus brazos con un gesto de pura posesión. Cuando ella lo miró a los ojos, Petey se dio cuenta de lo impresionante que resultaba su belleza, y una pequeña parte de él comprendió que muchísimos hombres le envidiaban su buena suerte. Petey no se hacía ilusiones de que debajo de aquel envoltorio perfecto hubiera ni un mínimo de sustancia. La chica era como tantísimas jóvenes de su entorno: una inútil sin ningún tipo de personalidad, absolutamente falta de cualquier ética del trabajo y simplemente a la busca de un sobre de paga bien lleno de billetes. Con él Bernadette había encontrado un magnífico filón, había dado con la veta madre. Y por mucho que a Petey el descubrimiento de ese fallo le desagradara, había otra parte de él que no la juzgaba. La pobre Bernadette no había tenido una buena educación ni le habían enseñado a comprender el mundo. No tenía ni la más mínima oportunidad de acceder a un trabajo, porque no disponía de otra cosa que sus encantos personales, y por eso los había usado como su único valor tangible. Por

desgracia, esos encantos personales no duran para siempre, y una vez que desaparecieran la pobre chica acabaría por ser una persona jodidamente desgraciada. Se agarraría a su juventud con la determinación de un tosa japonés y, como hacen esos perros, lucharía con uñas y dientes para asegurarse de que se llevaba lo que quería.

Bernadette se balanceó contra él y Petey sintió el estremecimiento interior que siempre sentía ante ella; pero, además, tuvo la seguridad de que ella también lo notaba.

—¿Feliz? —le preguntó con una sonrisa.

La chica asintió, y en sus ojos azul profundo había destellos de triunfo.

—Soy feliz, Petey, sí que soy feliz. Te quiero.

Él la abrazó más estrechamente y la besó dulcemente en los labios rosa brillante. Los dos fueron conscientes de que Petey no le había devuelto la declaración de amor.

Capítulo noventa y cuatro

Ria había observado aquel intercambio de frases junto a Lena e Imelda y todas y cada una de ellas tuvieron la sensación de que aquel cuadrito teatral era de una falsedad absoluta. Petey y Bernadette parecían totalmente que estuvieran en una cita a ciegas, y una cita a ciegas desastrosa, puestos a juzgarla. No parecían una verdadera pareja de ninguna de las maneras.

Ria lanzó un suspiro y preguntó:

—¿Dónde está Tania?

Lena se encogió de hombros.

—Ya vendrá —dijo—, ya sabes cómo es.

Ria echó una mirada alrededor para evaluar su casa y le pareció más que suficiente para acomodar a todos los invitados; ahora, por fin, el DJ, que se había instalado en el invernadero, estaba poniendo discos de los viejos tiempos y la gente joven bailaba encantada al ritmo de la Tamla Motown. Los hombres estaban en la cocina, por lo menos los mayores: era ya la hora de la noche en que los negocios ocupan el orden del día. Ria ya estaba agotada, pero le aliviaba ver que la fiesta era estupenda en todos los aspectos. Eran justo un poco más de las once y todo el tinglado apenas si acababa de arrancar en serio; así que tendrían que pasar varias horas antes de que pudiera excusarse y desaparecer.

Cuando vio que Tania entraba en la habitación, sonrió aliviada. Lena se había pasado toda la noche vigilando la puerta y la llegada de su hija, así que ahora que por fin ya la tenía aquí, podía relajarse.

Tania era preciosa, no tan ostensiblemente guapa como Bernadette O'Toole, pero era una belleza natural. Mientras que Bernadette había aprendido a hacer resaltar sus valores naturales a base de maquillaje, tinte para el pelo y ropa interior carísima, Tania todavía ofrecía la belleza fresca de una cara juvenil, que en realidad, y en opinión de Ria, resultaba mucho más atractiva. Con sus cabellos de un rubio rojizo y sus ojos azul profundo, parecía el doble de Theresa cuando era jovencita; todos cuantos la veían advertían inmediatamente el parecido. Y es que era un parecido asombroso. Como era una buena chica, Tania fue directamente a donde estaba sentada su abuela y le hizo muchos arrumacos antes de seguir su ruta en dirección a su madre y su tía.

—¿Dónde estabas? Te esperaba hace horas. —Lena intentó no parecer tan preocupada como era evidente que lo estaba y Tania se echó a reír.

—¡Mamá! Estaba haciendo los trabajos de clase con Ellen Sparks. Ya te dije que iba a ir allí primero. Tenemos que ponernos las pilas si queremos sacar buena nota. ¿Cómo estás? ¿Te parece bien que me beba algo?

Imelda se rió ante el valor de su prima.

—Claro que sí, Tania, un vodkita no te va a matar. —Pero se lo quitó con un movimiento rápido—. ¡Pero si ya has estado bebiendo! Se te huele a la legua, nena

¡hueles a sidra, y encima a sidra de la barata!

Tania sonrió mientras las dos se dirigían a la zona del bar.

—¡Trabajos de clase, sí, y una mierda! ¿Dónde has estado de verdad?

—Sí que es verdad, Imelda, *he estado* estudiando. Ellen y yo solo nos tomamos una copita mientras trabajábamos, una copita y nada más. ¡Ya tengo diecisiete años, por amor de Dios! ¡Y papá y mamá me tratan como si solo tuviera doce!

—Eso no cambiará nunca, nena, en ese tema puedes confiar en mi palabra. Mi padre me sigue tratando como si fuera una jodida colegiala.

Ambas se sirvieron un vodka doble y como el ruido y el calor de la habitación parecían invitarlas a salir a los amplios jardines, así lo hicieron. El aire fresco resultó ser justo lo que necesitaban.

—Bueno, entonces, ¿cómo ha ido? ¿Al fin Petey ha visto la luz milagrosamente?

Imelda sonrió y dio un buen sorbo a su bebida. Tania tenía debilidad por su primo mayor e Imelda sabía que por el momento nadie se había dado cuenta. Pero Tania miraba a su primo como si fuese una especie de dios, e Imelda sospechaba que aquel enamoramiento de Tania se mantendría al menos durante una buena temporada. Y a evitarlo no ayudaba nada que sin percatarse de ello Petey le hiciera muchísimo caso…, bueno, se lo hacían todos. Tania era una persona encantadora. Quedaba claro que tenía la esperanza de que algún día la viera como la hermosa mujer en que se estaba convirtiendo, pero eso no iba a suceder nunca. Imelda mantuvo los dedos cruzados confiando en que aquel capricho sentimental de la chica se desvaneciera de forma natural.

—Petey es feliz, Tania, él ya sabe lo que quiere. Ya está en los treinta y tantos, no es ningún chiquillo. Puede que a nosotras no nos guste la chica, cariño, pero es la persona que él ha elegido para unirse a ella.

Tania quedó destrozada por esas palabras e Imelda lamentó muchísimo haberla herido, pero a veces tenía que ser cruel para ser buena. Tania iba creciendo, se estaba convirtiendo en una preciosidad de mujercita, e Imelda sabía que sufría día tras día el dolor de un enamoramiento no correspondido. A veces resultaba casi penoso verla así. De manera que cambió de tema.

—Hay un montón de gente aquí, Tania; ¿por qué no has invitado a ninguno de tus amigos?

—No lo sé —contestó Tania a la vez que se encogía de hombros—. Mira a los chicos, ¡emborrachándose juntos, como siempre!

Todos los primos andaban reunidos en mitad del césped del jardín y, si Imelda estaba en lo cierto, también andaban totalmente fumados. Notaba los síntomas del colocón incluso desde allí, a veinte metros de distancia. Sus dos Delroy estaban con ellos, cosa que le molestó; su hijo ya era bastante travieso, por no decir algo más, así que no necesitaba a su padre y los chicos para empeorar su comportamiento. En lo más profundo de su alma, Imelda odiaba que el chico ya estuviera trabajando para la familia; y es que, al contrario que Tania, era impensable que un varón de la familia

pudiera emplear su buen o mal entendimiento al margen del imperio Bailey. A Delroy le había encantado la insistencia de su hijo para que le permitiera cumplir su deseo de incorporarse ya a las empresas familiares. Y ella no había logrado convencerle de que desistiera y se dedicase a otra cosa: el chico ya tenía decidido desde muy joven cuál quería que fuera su destino. Aunque ella había albergado siempre la vana esperanza de que se convirtiera en un miembro más de la sociedad, y perfectamente integrado en ella. Imelda trabajaba para los negocios de los Bailey, y disfrutaba con ello, pero para su hijo quería algo más que aquello; no quería que la amenaza de acabar en la cárcel colgase permanentemente sobre su cabeza. Pero él sabía lo que quería, y rápidamente le había hecho entender a su madre que la opinión que ella tuviera al respecto no contaba para nada. Acababa de empezar —solo tenía dieciséis años—, pero ya estaba consiguiendo hacerse un nombre.

Delroy Junior había sido siempre un niño difícil, rebelde, con una vena peligrosa. En el colegio no había hecho otra cosa que causar problemas: más charlatán de la cuenta, decían sus profesores, y ningún interés por ninguna asignatura. Al final lo habían tenido que expulsar por meterse en peleas, y eso fue después de años de intentar hacerle comprender que ahí fuera había otra vida que vivir, y bastaba simplemente con que se limitase a buscarla, a tratar de dar con ella. Su marido le había quitado importancia; lo consideraba su impulso natural, y casi se mostraba orgulloso del chico, mientras que a Imelda le parecía la fórmula para el desastre total.

—¿Te encuentras bien, Imelda?

—Estaba acordándome de mi Delroy y de ti cuando erais unos críos, y ahora los dos estáis ya creciditos. ¿Sabes?, es difícil acabar de aceptar que ahora ya sois lo bastante mayores como para hacer lo que os parezca.

Tania la abrazó, al comprender que Imelda estaba preocupada por su hijo.

—Le irá estupendamente, Imelda, todo el mundo cuidará de él. Deja de preocuparte.

Imelda asintió con un gesto, triste al ver que hasta Tania comprendía que la única fuerza verdadera que su joven Delroy tenía para enfrentarse al mundo residía en que, simplemente, formaba parte de la familia Bailey. Solo que Tania no sabía exactamente lo que implicaba ser un Bailey, o, al menos, todavía no lo sabía.

—¡Venga, bébete eso! Iré a buscar otra copa.

Tania hizo lo que le decía. Se quedó mirando a Petey y a Bernadette, que bailaban juntos una pieza lenta… incluso a través de las puertas del patio se podía ver que Bernadette se apretaba contra su primo como si fuera una camiseta mojada, y aquella escena la entristeció. Petey era tan guapo y tan inteligente… ¿por qué no era capaz de ver que Bernadette no era lo bastante buena para él, que no se merecía llevar su apellido?

Se dirigió sin un rumbo demasiado firme hacia donde estaban los chicos, que hablaban fuerte y se reían tentadoramente. Cuando llegó, la recibieron encantados de su compañía y ella pudo sentir el calor del cariño del que siempre la rodeaban.

Capítulo noventa y cinco

Peter y Daniel estaban en una habitación pequeña de la parte trasera de la casa que Peter utilizaba como oficina. En otros tiempos había sido la despensa del mayordomo y a Peter le gustaba mucho cuanto allí había, desde los zócalos de madera de las paredes hasta las pequeñas ventanas que conservaban aún sus cristales emplomados, adornados con unas oropéndolas tintadas en colores. Ahora estaba ocupada por un escritorio antiguo y una silla tapizada de muy buen cuero; era una habitación preciosa, y Peter ya sabía perfectamente que dejaba impresionados a todos los visitantes. Había llenado las estanterías de libros que le habían parecido importantes, de esos preparados para que cualquiera que echase una ojeada a la librería diera por hecho que allí vivía una persona con estudios superiores. Había pagado una buena cantidad de dinero para asegurarse de ello, y había jurado que algún día se leería todos aquellos libros. Su sueño, cuando se retirase, era educarse a sí mismo antes de que fuera demasiado tarde.

Terry Allen estaba junto a ellos un tanto incómodo; estaban a punto de echarle una reprimenda, como él ya se había esperado. Lo que en cambio *no* había previsto era estar tan nervioso como estaba. Tenía que demostrar a los Bailey que era un hombre poderoso y fuerte, hacerles saber que no le intimidaban en absoluto. Ahora, sin embargo, al ver a los hermanos uno junto al otro, comprendió por qué habían logrado tantas cosas juntos. Como equipo, resultaban formidables, de eso no cabía duda; incluso sabiendo que ya no estaban tan próximos el uno del otro como lo habían estado en otros tiempos no rebajaba ni un pelo la evidente amenaza que transmitían. Vistos de cerca y en persona, resultaba evidente que eran más que capaces de velar por sus intereses. La muerte de Jack Bailey seguía siendo materia de leyenda; había mucha gente que colgaba la muerte del muchacho en la cuenta de su padre. Eso, unido a la reputación de Daniel de mutilar, lisiar o asesinar por la más nimia de las razones, contribuía a que los hermanos fuesen vistos por todos como hombres con los que había que andarse con mucho cuidado.

Pero los Bailey llevaban en lo más alto muchísimo más tiempo de la cuenta, y Terry no iba a permitir que los viejos cuentos y las antiguas historias empañasen su juicio. A *cualquiera* se le podía hacer caer, solo se necesitaba una planificación adecuada. Era como en cualquier guerra: si utilizabas adecuadamente tu conocimiento del enemigo, acabarías por dar con la estrategia más conveniente para derrotarlos. La caída de los Bailey tenía que ser absolutamente catastrófica, y no solo públicamente, sino también lo bastante seria como para dejarlos incapacitados por completo. Eso significaba, claro está, que los hermanos Bailey tenían que morir, y morir rápida y violentamente. Sin la presencia de esos dos, toda la familia se iría a pique.

Daniel rompió el silencio, consciente de que Terrence Allen estaba nervioso y preguntándose qué cojones se le estaría pasando por la cabeza.

—Mira, Terry, verás, Peter y yo tenemos la sensación de que lo que tú necesitas es que te den un buen meneo. Tu lenguaje de esta noche y tu actitud en general nos ha ofendido profundamente. Verás, al revés que tú, nosotros consideramos que cuando se está en casa de alguien se espera de la gente que se comporte con un mínimo de decoro. ¿Entiendes por dónde cojones voy?

Terrence Allen se quedó atónito ante la sinceridad de Daniel Bailey; la verdad es que había pensado que tenía derecho a expresar su opinión. Mientras que Terrence hubiera aprovechado la conducta de alguien como simple excusa para ponerle en su sitio, se dio cuenta de que los hermanos Bailey creían muy en serio que se les debía una reparación. Era como volver atrás en el tiempo. Y eso al final le ayudó a comprender con qué y con quiénes tenía que tratar. Aquellos hombres eran unos putos dinosaurios, seguían viviendo de acuerdo con algún código del hampa antediluviano, y había que hacerles comprender que aquellos días hacía muchísimo tiempo que estaban caducados.

Terry Allen sonrió fingiendo desconcierto.

—Venga, tíos, ¡esto es una fiesta, qué cojones! Me he tomado unas copas, me he metido un poco de droga. Así que si os he ofendido, aquí están mis disculpas.

Peter estuvo seguro de que Terry estaba mucho más inquieto de lo que quería aparentar, y *eso* le complació. Haberle sacado de la fiesta había sido advertido por todo el mundo; ya se habían asegurado ellos de que así fuese.

—Has sido recibido en *mi* casa y no has mostrado ni un ápice de respeto hacia mí ni hacia mi hijo. Escúchame bien, Terry. Si alguna vez vuelves a mostrarme una falta de respeto así, a mí o a los míos, te mataré. No ve te ocurra hablar mal de mi familia, de mi esposa y mi hija, y mucho menos aún actuar como un presuntuoso hijo de puta delante de mí o de mi hermano. ¿Te lo he dejado claro?

Ahora Terry Allen ya no sonreía. Se había hecho dos enemigos muy peligrosos, y su plan para ser visto por sus iguales como un hombre que no tenía miedo alguno a *los* Bailey se había vuelto completamente irrelevante. Ahora todo el mundo sabría que le habían dado un buen tirón de orejas, y a menos que se le viera tomar venganza de alguna manera, su credibilidad estaría básicamente jodida. No tenía intención alguna de provocar destrozos en la casa de Peter: había demasiados Baileys bajo el mismo techo como para ni siquiera tomar en consideración semejante estupidez. Pero sí que podía aguardar a que llegara el momento propicio.

Daniel casi podía leer la mente de Allen, y le encantó que tanto Peter como él todavía tuvieran la capacidad suficiente para percatarse de la situación tal y como era. Aquel mamón había creído que podría aprovechar aquella noche como una oportunidad para mostrar ante todos los presentes que los Bailey también tenían sus debilidades. Y hora que ellos le habían dejado bien claro que no jugaba en la misma liga, la humillación que estaba a punto de sufrir era una forma de garantizar que no olvidaría la lección en mucho tiempo.

—Vete a buscar a tu hermano, y a tu gente, y largaos de aquí.

Daniel lo dijo con voz grave, que sonaba casi aburrida, y Terry Allen comprendió que no tenía más opción que marcharse.

—Venga, tío, ya he pedido perdón, somos colegas, ¿no?

Peter Bailey se puso de pie como para recordarle a Terry Allen lo grandísimo que era; había juzgado muy mal cuál era la situación.

—¿Qué parte de «largo de aquí» no entiendes, Terry?

Cuando Terry salió de la oficina, Daniel y Peter, se echaron a reír, una vez más en perfecta sincronía. Los dos juntos eran invencibles, y eso les hacía sentirse muy bien. Podían sentir el enorme poder de sus fuerzas combinadas, y de repente les vinieron a la memoria aquellos primeros días, lo bien que habían trabajado juntos entonces, como un equipo, y lo fácilmente que conseguían todo lo que querían. La marcha de los Allen se iba a notar, daría que hablar, y no iban a olvidar fácilmente la humillación sufrida. Pero la gente como los Allen necesitaba que les bajaran los humos alguna vez que otra para que las cosas no se salieran de madre más de la cuenta.

Los Allen sabían muy bien cómo obtener ganancias en cualquier parte, y si hubieran utilizado el cerebro, les habrían dado mucha, muchísima más responsabilidad. Peter y Daniel tenían grandes planes para ellos, pero ahora ya lo habían jodido todo. Eran unos gilipollas de primera: arrogantes, aprovechados, incapaces de esperar que les diesen aquello a lo que ellos consideraban que tenían derecho. Bueno, pues ahora iban a encontrarse con que sus operaciones sufrirían un buen recorte durante una buena temporada. Que se enterasen bien de quién era el que realmente dirigía todo el espectáculo.

—¿Vamos a buscar una copa, hermanito?

Peter sonrió ampliamente.

—Me has quitado las palabras de la boca.

Capítulo noventa y seis

-¿Una buena noche o qué? —Liam se subió al coche al lado de su hermano.

—Una de las mejores, hermanito.

Ciertamente Petey se lo había pasado muy bien la noche anterior en su fiesta de compromiso. El montaje había dejado deslumbrado a todo el mundo, que era exactamente lo que él pretendía. Su prometida, como ahora insistía en referirse a sí misma, estaba muy contenta, y se había dignado a hacerle una mamada al final de la noche, con lo que él sintió que *esa* guerra la estaba ganando. Le había costado cinco quilates, pero al menos había conseguido algún avance; y lo divertido fue que, mientras ella se la chupaba, él no dejaba de pensar en una de las *strippers* del club, una negrita joven con pelo suelto y la piel más suave que había acariciado nunca en una mujer. Tenía un cuerpecito nítido, apretado, y cuando se desnudaba hipnotizaba hasta al más curtido de los hombres. Desde luego era para volverse loco.

Liam había disfrutado de la velada, y ahora lo que quería era un desayuno gigante, con un mínimo de litro y medio de té. Los hermanos se detuvieron delante de un café de Canning Town y entraron en él. Una vez dentro, los trataron como si fueran miembros de la familia real y, tras instalarse en sus asientos, pidieron un inglés completo, encendieron sendos cigarrillos y, por fin, se pudieron relajar.

Liam dio unos traguitos a su té y dijo, muy serio:

—Esos jodidos Allen ¡deben de tener ganas de morir! ¿A qué coño venía todo aquel lío de anoche? ¿Viste en qué estado quedó el suelo de casa de mamá? Estaba todo empapado y lleno de rozaduras; debían de haberse metido algo de puta madre porque nadie en su sano juicio se comportaría así.

Petey se encogió de hombros, como para quitarle importancia.

—Solo estaban probando suerte, a ver qué tal. Son unos jodidos mamones. Ninguno de ellos tiene dos dedos de frente; un puto crío de doce años tiene más seso que esos dos. Parecían unos putos amateurs intentando montar un show. Tuvieron suerte de que nadie los liquidara sin más miramientos.

Liam asintió para mostrar su acuerdo.

—¿Qué vamos a hacer con ellos? —preguntó.

—Ya me ocuparé yo, Liam. Lo estuve hablando anoche con el viejo, que dijo que les retuviera los pagos por un tiempo, que espabilásemos y anduviésemos bien alerta, digamos. Tengo una reunión con ellos después… Danny y yo les diremos lo que hay que decir y creo que será suficiente.

Liam bostezó ruidosamente.

—Ya sé que siempre has tenido buen rollo con ellos en el pasado —dijo—, así que deben de haberte cabreado a base de bien, pero actuaste correctamente no perdiendo los estribos en tu propia fiesta. No merecía la pena estropear la noche, ¿verdad?

Petey se echó a reír.

—¡Imagínate la cara de Bernadette si la cosa se desmanda en su fiesta de compromiso! —exclamó.

—¡Te hubiera pillado por los cojones! —sonrió Liam.

—Bueno, para serte sincero, hermanito, ¡en ese caso sí que habría merecido la pena!

Capítulo noventa y siete

Peter y Daniel estaban sentados en el pub de Peter en Essex. Daniel nunca había ido, y estaba impresionado: era un sitio realmente agradable. Los pubs en el campo siempre habían sido sus favoritos, porque disfrutaba del anonimato que le conferían. Disfrutaba confraternizando con la gente del lugar, como él decía, y de no tener que hablar todo el rato con conocidos. Era de lo más relajante.

—Un antro estupendo, Pete, aquí te has marcado un buen tanto. Por lo que me han contado, los fines de semana se pone a reventar.

—¡Tú te llevas tu mitad! —Peter sonrió con ironía—. Deberías venir por aquí más a menudo, es un buen sitio. Por aquí aparece toda la muchachada, creo que es el atractivo local. Los sábados por la noche está hasta los topes de gente de fuera. Está bastante fuera del circuito habitual, ¿sabes? Y hasta la pasma es oro molido. Nos tomamos una copa a última hora, oímos un poco de música… La verdad es que en verano es un sitio realmente perfecto. De día viene público familiar, así que es un buen sitio.

Daniel asintió y se echó a reír al ver el evidente asombro de su hermano ante el rumbo que había tomado el pub.

—Doy por hecho que fue tu Petey el que seleccionó al personal del bar, ¿no es así? ¿Cuál fue el criterio principal? ¿La talla de sujetador?

—¡Está como si fuera un puto chaval de catorce años que sale de noche por primera vez! Se ve que esa Bernadette no tiene todo lo que hay que tener para mantenerlo en casa. Por el momento su atractivo no parece ir más allá de que es lo que se dice una buena chica, cosa a la que él nunca se ha podido resistir. La verdad es que el tío es un jodido salvaje… ojalá pasase tanto tiempo trabajando de verdad como metido en el nido…

Daniel se sentía realmente feliz; aquello era estupendo, aquello era tal y como eran las cosas antes de que lo jodiera todo. Con el paso de los años se había vuelto más partidario de refrenar sus impulsos naturales. Por ejemplo, la noche antes sentía que el instinto le empujaba a sacar a Terrence Allen a la calle y clavarle una botella rota en toda la cara, y si quería sacarlo a la calle era solo porque estaban en casa de Ria y no quería organizar un estropicio allí; años antes hubiera destrozado a aquel cabronazo en un abrir y cerrar de ojos. Pero entonces era entonces, y ahora era ahora. No obstante, seguía pensando que tenía razón: la gente respetaba lo que no podía controlar, lo que no podía entender. La gente seguía teniéndole respeto porque conocían su reputación de hombre no solo imprevisible, sino también desprovisto de cualquier emoción ante las situaciones que tenían que ver con el trabajo. Imponía unos castigos que todos cuantos los recibían no olvidaban nunca. Llevaba ya muchos años tragando, pero había veces que le resultaba condenadamente difícil refrenar sus emociones.

—Ella lo tranquilizará en cuanto le dé uno o dos críos. Cuando sea la madre de

sus hijos, acabará entendiendo qué es la lealtad a las mujeres.

—Yo no tengo tantas esperanzas —dijo Peter sacudiendo la cabeza—, Dan. Al tío se le van los ojos detrás de unas faldas, la verdad; y es probable que eso lo haya sacado de mi padre, ¡fuera quien fuese mi padre, qué cojones!

Se rieron a dúo. A ninguno de los dos les importaba un rábano que sus padres los hubieran abandonado: habían sido muy afortunados teniendo a Theresa para ocuparse de ellos y a ella no le había hecho falta nadie más: ella sola se bastó para hacer de madre y de padre.

—Le dije que recurriera a Danny y que se ocuparan de los hermanos Allen. Creo que debemos dejar que todos vean a los chicos arreglar el asunto. No son unos pringados, y este asunto les dará la oportunidad de demostrar lo que valen, y no solo ante nosotros, sino también ante sí mismos y ante el público en general. Y creo que sería mejor que rebajásemos un poco el tono del asunto; pienso que no nos conviene hacer de esto un mundo ¿sabes? La gente pensará que han perdido unas ganancias más que considerables. Y la cuestión es que no queremos que las otras familias con las que trabajamos piensen que no tenemos al menos un cierto sentido de los límites —dijo Peter.

Daniel asintió, ocultando su fastidio. Su hermano le estaba pidiendo amablemente que no interfiriese como solía hacer, que nada de martillazos, nada de dejar un rastro de lisiados, nada de atrocidades. Después de todos aquellos años de buen comportamiento, le molestó que su hermano tuviera aún la sensación de que hacía falta recordárselo. Puede que Daniel fuera un montón de cosas, pero desde luego no era tonto. Personalmente pensaba que en todo lo concerniente a los Allen el tipo de justicia que él preconizaba era la única que iban a entender. Eran unos matones, ni más ni menos, bien conocidos por sus explosiones violentas. Pero, como de costumbre, se limitó a tragar.

—Por mí está bien, si eso es lo que piensas, está bien. Pero anoche estuvimos de acuerdo en que se necesitaba que alguien les cortara las putas alas.

Peter esperaba que su hermano dijera eso.

—Y anoche lo hicimos —contestó—, les dejamos nuestra opinión más clara que el agua clara; y no solo a ellos, también a todos los que estaban allí. Les doblegamos en público, ahora ya saben a qué estamos jugando. El caso que Petey cree que ahora deberíamos tranquilizar las cosas y sentarnos a ver cómo reaccionan los Allen. Estamos en un mundo nuevo, Daniel, y si son un poco sensatos se percatarán de cuál es la situación en la que se han metido ellos mismos, y con suerte aprenderán algo. Porque si no… —dejó el final de la frase en el aire, temblando en medio de los dos.

Daniel asintió una vez más.

—Para que quede constancia, Pete, yo creo que necesitan algo más que un jodido golpecito en la muñeca. Y me da igual lo que piense Petey. A mí todo esto me huele bastante mal. Ya sé que aportan buenas ganancias, pero también sé que se las compensamos más que bien. Sin nosotros, sin el trabajo de base que llevamos

haciendo tantos años, todo ese dinero que gastan sin medida, como si fuera agua del grifo, estaría en el bolsillo de cualquier otro. Así que, dejando todo esto a un lado, por ti tragaré lo que haga falta, pero sentía que tenía que darte mi sincera opinión sobre el tema.

Peter Bailey respetaba la franqueza de su hermano. Había dejado que Petey le convenciera sobre los Allen. Y confiaba en que lo que el chico decía estuviera en la senda acertada, porque si no era así Daniel Bailey volvería a perder las riendas, volvería a desbocarse, y esta vez sería con todas sus bendiciones.

—Vamos a ver qué tal manejan el asunto los chicos, ¿eh? Y si hay que ponerse manos a la obra, nos pondremos y será fácil rectificar lo que hayan podido joder. Le he dicho a Delroy que ande también ojo avizor, así que supongo que tenemos todos los frentes cubiertos.

Daniel suspiró y dijo:

—Supongo que va siendo hora de que soltemos un poco la cuerda a los chicos y les demos más libertad de acción; pero, como he dicho, si los Allen vuelven a joder la marrana, yo me ocuparé de calentarles el culo.

Peter sonrió y Daniel vio lo viejo que se estaba haciendo; los dos estaban ya un poquito achacosos. Pero eso no quería decir que se hubieran vuelto ni una pizca más débiles, y cierta gente, como los hermanos Allen, haría muy bien en recordarlo.

—¿Qué tal si comemos algo? Me han dicho que los bistecs de aquí son estupendos.

Los hermanos comieron juntos en amor y compañía, encantados ambos de volver a sentirse a gusto juntos. A lo largo de los años Peter se había sentido muchas veces furioso con su hermano Daniel, pero, a pesar de ello, sabía que podía fiarse más de él que de ninguna otra persona, incluidos sus propios hijos. Por mucho que se desmadrase algunas veces —y en una escala del uno al diez podía llegar al veinte sin el menor problema—, Daniel quería a Peter de verdad y nunca le haría daño intencionadamente.

Hacía un día precioso, y ambos hermanos disfrutaban de su tarde juntos más de lo que nunca estarían dispuestos a admitir.

Capítulo noventa y ocho

Tania observaba a su madre y sonrió al ver cómo se las apañaba para hacer tres cosas a la vez. La muchacha adoraba a su madre: toda la vida la había tenido allí, dispuesta a cuidarla pasara lo que pasase, y siempre había sabido que su principal preocupación era el bienestar de su hija. A veces, conforme se hacía mayor, saber eso la había hecho sentirse muy agobiada, a pesar de que se daba cuenta de que su madre lo hacía todo por su bien.

Tania Bailey sabía más de la familia y de la *Vida* del hampa de lo que dejaba entrever. Había notado la diferencia que había entre el trato que le daban a ella y el que recibían las otras jovencitas con las que había crecido. Los padres de sus amigas eran los que más pecaban de eso, pero incluso los profesores del colegio la trataban de distinta manera; era algo que toda la clase entendía y aceptaba.

Tania era consciente del valor del apellido Bailey, pero esa certeza no era algo que pudiera compartir con su madre, porque a su madre le gustaba pensar que había amparado a la niña frente a lo peor del ambiente. Pero las historias que se contaban de su padre y de su tío constituían una buena parte del folclore local, y sus hermanos y primos seguían las huellas de sus mayores. Y además, a la abuela Bailey se le soltaba la lengua en cuanto se tomaba unas copas, lo que por aquellos días era bastante frecuente.

Su padre sabía que la chica no estaba tan *in albis* sobre el tema como quería aparentar, de eso estaba segura. Su padre era de la opinión de que su estilo de vida era algo que la chica debía apreciar y respetar, incluso aunque no tomara parte activa en ella. Como siempre pasaba con su padre, todo era un montón de contradicciones que se podía considerar que constituían un resumen perfecto de su personalidad.

Tania sabía muy bien que era guapa, pero no había muchos chicos en su entorno que tuvieran valor suficiente para proponerle que saliera con ellos. Y eso dolía. La hacía sentirse diferente una vez más, y no de un modo que le pareciese bueno. Ya en la escuela primaria empezó a darse cuenta de que, de algún modo, su familia era diferente de las de sus amigos. A ella siempre le daban el papel principal en la función de Navidad, nadie se metía con ella nunca, *nunca jamás*, todas las personas nuevas que conocía se mostraban amabilísimas con ella; si iba a casa de alguna amiga, los padres la trataban como si su presencia fuera algo que aquella gente llevase esperando toda su vida. Cuando empezó a comprender por qué eran así las cosas, se sintió espantosamente mal, y se preguntaba si la gente la querría por sí misma o solo por el apellido que llevaba. Incluso ahora, ya en el instituto de secundaria, seguían tratándola de un modo distinto a sus compañeros, así que al final había acabado por aceptarlo; no tenía elección. No podía cambiarse de familia. Mientras Delroy Junior alardeaba del apellido Bailey, y se pavoneaba tan contento, ella siempre había tratado de quitarle importancia y de asegurarse de que nadie pensase que se daba demasiados aires o que era una niña demasiado mimada.

A veces se preguntaba si su madre sabía cómo se sentía, y si por eso trataba de compensarla más de la cuenta. Pero, fuera cual fuese la razón, ella sí que sabía que en cuestión de madres la suya era una de las mejores de todos los tiempos.

—¿Puedo ayudarte, mami?

Lena sonrió y Tania vio con tristeza que, finalmente, la edad empezaba a mostrarse en el rostro de su madre. Su tía Ria seguía poniéndose un montón de maquillaje, seguía vistiéndose bien para su edad, pero su madre, en cambio, había perdido el interés por esas cosas. Era feliz en su casa, viendo seriales en la televisión y sumergiéndose en los últimos episodios de *Ley y orden*; las series americanas de policías eran lo que más le gustaba. Tania sabía que su madre vivía lo que consideraba que era una buena vida y que con eso le bastaba.

—No hace falta, cariño. Termino en un minuto y podremos tomarnos una tacita de té. ¿Lo pasaste bien anoche?

Tania forzó una sonrisa.

—Sí —dijo—, estuvo muy bien. Personalmente yo pienso que Bernadette es una hipócrita, pero supongo que Petey sabe lo que hace.

Lena suspiró, miró a su hija, a su encantadora e inocente hija, y dijo en tono suave:

—Escucha a tu vieja madre, Tania. Dentro de unos años habrá un día en que recordarás este tiempo y te reirás a gusto. Cuando seas mayor y hayas crecido un poco más, verás que ese enamoramiento de Petey que ahora te crees que tienes era solo el producto de las fantasías de una jovencita.

Tania notó que le ardía la cara: la sagacidad de su madre le resultaba hasta mortificante. Lena se acercó a su hija y la abrazó con fuerza.

—¿Pensabas que no lo sabía? Pero, cariño, si todas las jovencitas pasan por lo mismo; lo que te pasa es que es tu primo, y eso influye mucho en lo que sientes. Todas las jovencitas se fijan en un hombre mayor, en alguien que les dé confianza, que les haga sentir seguras de que no quiere aprovecharse de ellas. Es como un rito de paso. Después, un día, conoces a un chico encantador y toda esa vieja historia del hombre maduro desaparece.

Tania sintió que podía caerse perfectamente al suelo de la vergüenza que la invadía.

Lena se dio cuenta de que a Tania ni se le había pasado por la cabeza que alguien pudiera sospechar lo enamorada que estaba.

—No te preocupes, cariño —le dijo—, nadie más se ha dado cuenta. Y si yo lo sé es porque soy tu madre, y nada más que por eso. A una madre nunca se le escapan esas cosas, siempre sabe descubrirlas.

Tania escondió la cara en el pecho de Lena, encantada al encontrar aquel olor tan familiar. Siempre aquel mismo aroma, el mismo desde siempre: perfume Estée Lauder, cigarrillos Benson & Hedges y jabón de baño Palmolive. Era un aroma reconfortante, y a ella le encantaba que no cambiase nunca. Le sorprendió también

descubrir que el hecho de que su madre conociera su secreto hacía que, en cierto modo, se sintiera un poquito mejor: era una demostración más de lo estrechamente unidas que estaban.

—¿La tía Ria lo sabe?

Lena abrazó a su hija con más fuerza todavía.

—No creo, porque si lo sabe —contestó—, a mí no me ha dicho ni una sola palabra, y tú ya conoces a Ria, no se puede decir que sea de las que se guardan las noticias para ellas solas.

Eso era exactamente lo que Tania quería oír, y Lena lo sabía.

Capítulo noventa y nueve

Danny estaba tan borracho que apenas se tenía de pie, y Davey, Noel y Jamsie eran conscientes de que no podían perderlo de vista ni un momento. No era nada frecuente en él, no se podía decir que fuera conocido por empinar demasiado el codo. Estaban en el Electric Lady, un club con bailarinas de *lap-dancing* que habían adquirido en King's Cross, y como era muy al principio de la noche, el local estaba medio vacío.

Al jefe de los guardaespaldas, un chico árabe del norte de Londres, no le hacían ninguna gracia las payasadas de Danny, y todos se dieron perfecta cuenta del tema.

—¡Hay que joderse! Si solo se ha tomado un par. Vino con Petey sobre las tres. Y ahora está cocido como una cuba. Tendréis que sacarlo hiera; estamos esperando a unos de una fiesta privada que vendrán sobre las ocho.

Empezó a sonar un disco y dos chicas semidesnudas aparecieron en el escenario. Empezaron a girar alrededor de sus barras, sin que ninguna de las dos se molestase demasiado en hacer grandes esfuerzos; la verdad es que no había clientes a los que impresionar, pues llegarían mucho más tarde.

Davey estaba molesto.

—Muy bien —dijo—, calmaos.

Sacó su móvil y comprobó si tenía algún mensaje de Petey, pero no había nada.

—¿Adónde ha ido Petey? ¿Dijo algo?

Karim Hussain se encogió de hombros. Era un enorme ejemplar de la especie humana, con la cabeza calva y una barba recortada con maestría.

Las mujeres lo adoraban. Corrían rumores de que tenía un miembro como el de un burro, y sus preferidas eran las rubias pequeñitas.

—¿Es que tengo pinta de ser su puta secretaria personal?

Davey no pudo evitar la risa. Karim era un cabrón descerebrado. Odiaba a los borrachos, y, para ser justos con él, Davey nunca le había visto tomarse una copa, nunca jamás: era un hombre que se atenía estrictamente a su Diet Pepsi.

—Muy bien. Lo localizaremos. Pero sabes perfectamente que eso de desaparecer no es su estilo.

Karim asintió.

—Si no supiera que él no es así, Davey, diría que iba borracho, ¿sabes qué te quiero decir? Y no me refiero al consumo habitual por pura diversión.

Davey no le contestó, pero hizo un ademán a sus hermanos para que sacaran a Danny y lo metieran en la oficina. Allí había un gran sofá en el que podría dormir la mona. Salió del club para telefonear a su primo, pero se encontró con que tenía el buzón de voz. Aquello le fastidió: no era el momento de que Danny anduviera metiéndose pastillas y jodiendo la marrana. Necesitaban estar bien alerta, Danny tendría que haberlo sabido mejor que nadie. Se suponía que esa noche tenía que encontrarse con los Allen. Se suponía que Petey y él eran los encargados de poner

remedio a la situación provocada por los hermanos Allen. Danny estaba más que mentalizado de lo importante que era la situación, así que lo de perder las maneras de aquella forma no auguraba nada bueno para ninguno de ellos.

De repente Davey se notó preocupado y no sabía muy bien por qué. Pero todo aquello le hacía sentir malas vibraciones. Sus viejos se subirían por las paredes si las cosas acababan siendo de dominio público.

Sonó su teléfono y contestó a toda prisa, aliviado al ver que el que llamaba era su primo Petey.

Capítulo cien

Delroy estaba en Brixton. Tenía que dar unos cuantos avisos por allí, y era el tipo de avisos que era mucho mejor dar cara a cara. Tenía muchísima fe en el toque personal, porque era el modo de asegurarte de que tenías bien sujeto el mango de la sartén de tus asuntos y tus negocios. Delroy, como todos los Bailey, nunca usaba el mismo teléfono móvil más de unos pocos días seguidos, nunca había tenido un contrato de ningún tipo y siempre que podía utilizaba una cabina, si había alguna a mano. Los móviles resultaban demasiado sencillos de rastrear, y hacían demasiado fácil ponerse en contacto con la gente. En su ambiente eso se consideraba siempre un error; cuantas menos pruebas dejaras a tu espalda, mucho mejor.

Delroy iba a encontrarse con su hijo en Acre Lane. El chico aprendía deprisa, y ya sabía que la mejor manera de tener bien vigiladas las ganancias era personarse en el local siempre que fuera necesario.

Detuvo su BMW y Delroy Junior se subió rápidamente.

—¿Todo bien, hijo?

—Estoy bien —respondió el joven con una sonrisa.

—¿Estás preparado para el asunto? —El chico asintió, pero a Delroy se le encogió el corazón: a sus narices llegaba con claridad el fuerte olor a mofeta que exhalaba la ropa de su hijo—. ¿Seguro que estás bien?

—Estoy listo —respondió el joven encogiéndose de hombros—. ¿Cuál es el problema?

Delroy detuvo el coche. Estaban en una avenida muy tranquila, donde la mayoría de las casas adosadas habían sido reconvertidas en apartamentos independientes y, por lo general, los que residían en ellos era gente de fuera.

—¿Por qué nos paramos aquí?

Delroy pudo notar el fastidio que dejaba traslucir la voz de su hijo. Ya estaba neutralizado para la noche que se avecinaba, de eso sí que se había dado cuenta.

—Vas muy colocado. —Era una afirmación.

El joven Delroy esbozó una sonrisa bobalicona.

—¿Y qué pasa, papá? He dado un par de caladitas. Estaba con gente, con unos cuantos amigos, vacilando, ya sabes. —Lo dijo imitando muy mal el acento jamaicano, algo que a Delroy siempre le irritaba. Odiaba todo lo referente a aquella imagen de los rastas, consideraba que era hasta un insulto.

Su puño se estampó con fuerza contra la cabeza del chico, y aquel primer puñetazo fue seguido de otros cinco, cada uno de ellos más fuerte que el anterior.

—Te dije que esta noche usaras ese puto cerebro que tienes, te dije que mantuvieras la cabeza bien clara sobre los hombros. No voy a molestarme en contar contigo para actividades serias si andas por ahí demasiado colocado para enterarte de qué cojones pasa y qué es lo que hay que hacer. Ahora bájate del coche. Inmediatamente.

El joven Delroy se sentía humillado: la verdad es que se había ganado el enfado de su padre. Sabía que nunca tendría que haber dado ni la primera calada, y ya no digamos permitirse un colocón como aquel. Pero estaba con unos amigos y no había sido capaz de resistirse a fumar un poco con ellos. Y ahora lo lamentaba. A menudas horas.

—¡Te he dicho que te bajes del puto coche!

El chico hizo lo que le decían, sabiendo como sabía que no le iba a servir de nada ponerse a discutir. La había jodido, y la había jodido de la peor manera posible, al menos por lo que a su padre respectaba.

Mientras el coche aceleraba, se pasó la mano por la cara: ya estaba empezando a hinchársele, y se dio cuenta de que dentro de poco parecería totalmente que aquella mañana le hubiera atropellado un tren. Suspiró y echó a andar en busca de la parada de taxis más cercana. Su gran noche, aquella noche en que por fin iba a convertirse en socio de pleno derecho de su padre, se había terminado antes siquiera de haber empezado. Sintió en los ojos el aguijón de las lágrimas y se las tragó; todo aquello había sido por su culpa, y solo por su culpa, y eso lo sabía él mejor que nadie.

Capítulo ciento uno

Petey Bailey estaba en el Electric Lady; ya eran pasadas las dos de la madrugada y el local estaba lleno a reventar. El olor a sudor, perfume y maquillaje pesaba en la atmósfera cerrada. La música sonaba con mucha fuerza y el ambiente era genial.

Mientras atravesaba el club camino de las oficinas, saludó con la mano a Karim. En el despacho, Davey ya estaba esperándole, tal como habían acordado.

—¿Dónde están los otros?

—¿A ti qué te parece? —preguntó Davey con una sonrisa—. Yo creo que ahora deben de estar con alguna de esas bailarinas privadas. Pensé que sería mejor dejarlos al margen de este asunto, ¿sabes?

Petey asintió en silencio, comprensivo, y se sirvió una copa. Danny seguía estando como una cuba, y, meneando la cabeza con burlona severidad, dijo:

—¿Qué cojones significa esto hoy?

—Quién coño sabe, Petey, pero la verdad es que no me parece nada propio de él. Normalmente mi hermano es un tío muy sensato. Pero parece como si hubiese perdido la cabeza. Míralo.

Petey se encogió de hombros.

—Cuando lo vi ya estaba completamente borracho —dijo—. Comprendí que no tenía el menor sentido llevarlo conmigo a la reunión con los Allen, casi no podía ni hablar, joder. Lo único que se me ocurre es que alguna de estas chicas le diera algo y el tío se lo tomara. Ya sabes cómo es. Esa pelirroja a la que le tiene echado el ojo, ¿cómo se llama? Stephanie, ¿no? A la tía ya le han advertido que nada de bailar si está colocada con éxtasis. Yo lo siento, Davey, pero no ha habido manera de conseguir que se espabilara para trabajar.

Davey comprendió la verdad de la afirmación.

—¡Joder! Pues mi viejo se va subir por las paredes.

Petey le dio un buen trago a su coñac.

—Bueno, yo creo que lo mejor que podemos hacer ahora es no decírselo, ¿vale?, ni a *mi* padre tampoco, ya que estamos. Que quede solo entre nosotros. Ni siquiera Delroy tiene que enterarse; ya lo conoces: considerará una cuestión de honor contarlo. Esto es una puta cagada, pero si usamos la cabeza podremos salvar la situación.

—¿Y qué pasa con los Allen?

Petey esbozó una sonrisa atravesada.

—Piénsalo, Davey —dijo—, no es nada probable que se pongan a comunicarle a gritos a toda la población que fui allí más solo que la una y les solté todo lo que tenía que soltarles, hasta lo más gordo, ¿no te parece?

A Davey le pareció lógico.

—No lo sé, Petey, nuestros viejos tienen un sexto sentido para olerse las complicaciones.

Petey volvió a encogerse de hombros y dijo:

—Bueno, yo personalmente creo que es mejor olvidarse del tema, pero te dejo a ti la última palabra.

—¿Cómo te fue?

Petey se echó a reír. —Les hice creer que Danny estaba fuera con todos vosotros —dijo—, y que se sentía demasiado herido para entrar y tomar parte en la reunión. Eso les puso nerviosos, te lo aseguro. Pero ya estaban bastante arrepentidos para que hiciera falta algo más. Y digamos que no creo que vayan a hacer muchos alardes, por lo menos en un futuro inmediato.

Davey siguió callado; estaba en un dilema. Pero su lealtad hacia su hermano acabó por imponerse.

—Me aseguraré de que mis hermanos sepan bien lo que hay, Petey. Tienes razón; esto podría causar una serie de agravios totalmente innecesaria. Ese jodido Daniel, ¿en qué coño estaría pensando?

—Te lo digo, Davey —le repuso Petey tras un suspiro—, fue esa boba de Stephanie. Desde primera hora se echó sobre él como un puto sarpullido; yo creo que cuanto antes nos deshagamos de ese jodido putón, mejor. ¡Imagínate que hubiera sido un cliente de pago! Podríamos haber terminado sentándonos en el banquillo. Juraría que él le dio todo el dinero que llevaba, y, seamos francos, Davey, no sería la primera vez, ¿verdad?

Stephanie tenía una clara inclinación por el éxtasis, decía que era incapaz de bailar sin meterse una dosis, pero, como señalaba Petey, aquella vez había traspasado el umbral. Danny estaba un tanto encoñado con ella; le gustaban las pelirrojas, y esta le había aliviado sus urgencias en más de una ocasión. En el pasado les había pasado más de una pastilla disuelta en sus copas a los clientes; por suerte los tíos en cuestión eran clientes de fin de semana y no pesos pesados. Pero si seguía con aquello, podían acabar todos teniendo un montón de complicaciones.

—Me aseguraré de que se vaya sin darnos demasiado la barrila. Como tú dices, Petey, la tía no se merece ni unos jodidos insultos.

Petey Bailey volvió a llenarse el vaso.

—Ni ella ni ninguna de las otras —dijo—. Para empezar, el hecho de que trabajen aquí ya dice muchísimo. Y ahora, ¿hay alguna novedad? ¿Algo que yo tenga que saber?

Cambiaron de tema y Davey se alegró, porque, en su opinión, la noche ya había sido mucho más jodidamente estresante de la cuenta.

Capítulo ciento dos

Tania lo sentía por su primo; la cara del joven Delroy ya estaba tan hinchada como un globo, pero la chica sabía que todavía tendría peor aspecto cuando empezasen a verse los moratones. Sentado en la cocina de Lena, iba mojándose la cara suavemente con agua helada. Cuando le mandó el mensaje de texto, Tania se había instalado en la planta de abajo, ya ansiosa, a esperar a que llegase. Si acudía a ella y así, sin alharacas, es que la cosa debía de ir en serio.

—¿Quién te ha hecho eso, Delroy? —le preguntó en tono amable.

—Mi padre.

La respuesta sonó con tan poca fuerza que al principio Tania creyó que no le había entendido bien.

—Pero ¿por qué iba a hacerte eso tu padre? ¡Tu madre se enfadará muchísimo! Pero ¿qué demonios pudo pasar para que sucediera eso? —Se le notaba que estaba escandalizada, y por eso iba subiendo el tono de voz.

—Shhh, más bajo, que si no tendremos a tu madre encima.

Tania no se podía creer que el padre de Delroy le hubiese golpeado de esa manera, y menos aún que Delroy lo aceptase como si la cosa fuera tan normal.

—¿Y por qué te pegó?

—Por joder la marrana —dijo Delroy; y se encogió de hombros—. Y dejemos las cosas ahí. ¿Tienes un paracetamol? Me estalla la cabeza.

Tania comprendió que no iba a decirle nada más, pero estaba escandalizada; nunca jamás hubiera creído que el padre de Delroy pudiera hacerle tanto daño. También supuso que si Delroy no estaba dispuesto a contárselo, era porque tenía que estar más que jodido por el asunto. Suspiró y en vez del paracetamol preparó una jarra de Ovaltine para los dos. Hay cosas que es mejor dejar que se resuelvan solas, y a ella le daba la impresión de que aquella era una.

Capítulo ciento tres

Imelda estaba preocupada por su hijo. En las semanas transcurridas desde su accidente, como él insistía en llamarlo, se había convertido en un chico diferente. Quienquiera que fuese el que le había atacado tenía que pertenecer a *su mundo*, y a ella le resultaba de lo más desconcertante que su marido no pareciera demasiado afectado por el tema. Debería haber salido a la caza de aquel cabronazo, asegurarse de que nadie volviera a acercarse a su chico. Una vocecita interior le decía que Delroy sabía más de lo que aparentaba saber y a ella le daba reparo indagar más a fondo. Tenía la sensación de que podría no gustarle nada lo que descubriese: que quienquiera que fuese el responsable, era alguien próximo a ella, y a su hijo.

Ahora Delroy Junior se había vuelto muy serio, se pasaba todo el tiempo con su padre; su marido le estaba dando a su hijo la educación necesaria para moverse en el hampa, enseñándole cómo formar parte de ella, cómo sobrevivir. Porque cuando la despojabas del glamur y las emociones, se imponía su verdadera realidad: sobrevivir. No solo físicamente, sino asegurándote de que no te quitaban del medio mientras durase. Y definitivamente. Imelda había conocido a muchos hombres que habían entrado en la cárcel todavía en sus años jóvenes y no habían vuelto hasta años después, más viejos, sí, pero ni un punto más sabios. Era una verdadera lástima: todo aquel tiempo encerrados, encerrados durante años, durante interminables años. Pero si no te pillaban, la vida del hampa podía ser una *Vida* muy dulce.

Imelda estaba preocupada porque veía que su Delroy intentaba emular a su padre con auténtica desesperación. Aunque últimamente parecía hacerlo a la fuerza, como si no tuviera más remedio que representar su papel.

Al contrario que sus hermanos y primos, no estaba muy segura de que su hijo tuviera lo que había que tener para desenvolverse en el hampa. A ella *no le gustaba*, pero lo entendía, y con eso ya tenía la mitad del trabajo hecho. A decir verdad, solo se había involucrado en ella alguna vez para tener siempre un ojo encima de Delroy, pero cualquier interés que pudiera haber tenido por ese mundo se había diluido por las circunstancias de la muerte de Jack.

A una edad todavía tan joven, su hijo no había tenido ocasión de ver más que el lado emocionante de ese mundo. Pero como ya estaba expuesto a sus verdaderos entresijos económicos y a lo que esos entresijos implicaban, Imelda se daba cuenta de que el chico empezaba a estar nervioso. Comprendió que Delroy había metido la pata en algo y había recibido una lección; y en el mundo del hampa las lecciones solían ser brutales, porque consideraban que era la única manera de que una persona comprendiera la enormidad de lo que, al menos supuestamente, había hecho.

Deseó que el chico fuera como Tania y se mantuviera completamente al margen de todo. Siempre había estado tan seguro de que quería formar parte de la vida del hampa… Bueno, pues ahora ya formaba parte de ella, y como buen Bailey que era, entraría directamente en el meollo del negocio.

Los jóvenes como Delroy eran atraídos por las trampas de ese ambiente: las recompensas, los coches, las chicas, las emociones. No se daban cuenta de que se trataba de un *modo de vida*, pero un modo de vida con el que, en último término, tenías que cargar las veinticuatro horas del día de los siete días de la semana. No comprendían que eso implicaba la constante amenaza de verte herido o lisiado, asesinado, apresado y encerrado durante la mayor parte de tu juventud.

Conocer y aceptar eso era lo que te mantenía en cabeza. Su hijo estaba apenas empezando a entender los verdaderos peligros que el apellido Bailey llevaba aparejados, y confió fervorosamente en que lograra apechugar con ello. Hasta Jack, nunca había pensado en eso; siempre se había desenvuelto por la vida convencida de que su apellido le garantizaba algún tipo de seguridad. Pero todo eso no era más que una ilusión.

Ahora su chico, aquel chico tan digno de confianza, ya no estaba. Delroy Junior estaba nervioso, muerto de miedo ante su viejo; y eso a Imelda le preocupaba porque sabía que Delroy siempre había idolatrado a su padre. Pero lo que más le preocupaba era que, en mitad de la noche, se preguntaba si habría sido su padre quien lo había marcado, y ese pensamiento no había manera de que se le fuera de la cabeza.

Esos días tenía a Jack muy presente en sus pensamientos. La absoluta aceptación de su muerte por parte de su madre era algo a lo que Imelda nunca se podría acostumbrar. Sabía que ella habría luchado por su hijo a brazo partido, sin importarle las consecuencias y sin importarle lo que el chico pudiera haber hecho. Si eso significaba que iba a echarse encima al clan Bailey al completo, pues que así fuera. Jack había sido una víctima de su familia y una víctima de la *Vida* del hampa. Pero *su* hijo no seguiría el mismo camino que su hermano, no si Imelda podía hacer algo al respecto.

Capítulo ciento cuatro

A Terrence Allen le estaba resultando muy difícil aceptar que los Bailey le habían arrebatado su principal fuente de ganancias. Anteriormente los hermanos Allen eran los mayores proveedores de droga a sus colegas de la zona norte. Pero ahora, al parecer, ese honor le había sido ofrecido a un tal Michael O'Toole, un tipo que no tenía ni la menor idea del aspecto que tenía un gramo de coca, y un kilo, ya ni digamos. Aquello era un puto chiste: todo el mundo sabía que los Bailey acababan de darle el título, pero que eran *ellos* los que le proporcionaban la fuerza de trabajo. Michael O'Toole no podría cerrar un trato ni con los chiquillos de ocho años que vendían canicas. Se había pasado más tiempo en la trena que un celador ya jubilado, y seguía creyéndose que los Kray eran alguien, ¡manda cojones! Era un nepotismo descarado.

Los Allen se habían visto obligados a dar un paso atrás como si fueran un par de colegiales haciendo novillos porque todo lo que habían edificado a lo largo de los años acababa de serle entregado a un puto don nadie. Los Bailey se lo habían llevado todo sin pensar ni por un momento en los muchos años y esfuerzos que él había dedicado al tema, estableciendo buenos acuerdos, asegurándose de que la gente con la que trabajaba era legal, gente que no se iba a asustar porque de buenas a primeras apareciera la bofia y los metiera a todos en la trena una buena temporada. Algo que cada vez era más frecuente porque los tribunales dictaban sentencias cada vez más severas. Era chocante que un jodido asesinato se saldara con penas más pequeñas que un vulgar tráfico de drogas. Pásate de copas y llévate por delante a toda una familia —marido, mujer, niños, el paquete completo—, y te enfrentarás a una petición de penas de cuatro o cinco años; pero como te encuentren con tres kilos de coca, ya puedes prepararte para que te caigan veinte. Era un escándalo, y especialmente porque la mayor parte de la droga confiscada volvía a estar en la calle en cosa de semanas. La pasma no tenía grandes reparos en trapichear un poco por su cuenta; si no fuera por la bofia, él no tendría ni la mitad del material que necesitaba para satisfacer la demanda. La cocaína era una droga de clases medias; él distribuía a la mitad de los habitantes del Canary Wharf, y era un buen negocio, porque parecía que aquellos pijos urbanos no daban abasto a metérsela por las narices, tal era la rapidez con que esnifaban.

Que los Bailey se lo entregaran en bandeja de plata a Michael O'Toole era el insulto definitivo. Aunque Terry sabía que todavía no podía enseñar sus cartas, eso no significaba que no pudiera descubrirlas en algún momento, en un futuro. Era como una herida infectada, y no solo la caída de los ingresos y la pérdida de prestigio, sino el hecho de que hubieran sido sustituidos por un mamón como Michael O'Toole, un hombre que no estaba en absoluto capacitado para dirigir un negocio de tan enormes proporciones. Era un jodido chico de barrio, apenas un escalón por encima de los raterillos de contadores. En sus días de gloria ya pasados, había llevado a cabo unos

pocos atracos a mano armada, cuando llevarse veinte de los grandes a punta de pistola era considerado una hazaña acojonante.

En la calle corría la voz de que los Scally tampoco estaban demasiado entusiasmados con Michael O'Toole; y eso era porque, junto con los Allen, con los años habían elaborado un método de pago que les aseguraba que todos ellos, *todos*, obtenían todo el dinero que les correspondía, incluso los Bailey, aunque no se lo llevasen.

Petey Bailey conocía perfectamente la estafa —*él* había sido el cerebro que estaba detrás—, de manera que a todos los implicados les esperaban unos cuantos meses de lo más interesantes. Petey siempre había sido una persona jodidamente codiciosa, siempre había sentido la necesidad de embolsarse unas cuantas libras de más, aunque fuera bajo mano. Era como si disfrutase de dársela con queso a su viejo, y la verdad es que, en cierto modo, también el propio Terry se identificaba con esa conducta. Como todos los demás, Petey tenía que vivir de acuerdo con el credo de los Bailey, y, para un hombre como Petey, eso debía de quemar mucho. Debido a su carácter no se tomaba nada bien que intentaran cortarle las alas, y los viejos hermanos Bailey controlaban de un modo u otro a todos cuantos tenían a su alrededor.

A mucha gente del mundo del hampa ya no le gustaba Petey Bailey, ya no se fiaban de él. Como mucho, se le toleraba; era demasiado mezquino en muchos aspectos; por ejemplo se había sabido que acosó a una persona solo por una puñetera deuda insignificante. Era un puto tacaño por naturaleza, un teatrero que podía y estaba dispuesto a llevar a cabo un asesinato por un puñado de libras. No tenía ninguna clase. Petey era producto de su padre: había vivido tantos años a su sombra que en el mundo real no duraría ni diez minutos. Solo, sin llevar el apellido Bailey, sin contar con el respaldo de los Bailey, sería una pura insignificancia. El hecho de que tuviera que recurrir a diario a los de su sangre resultaba suficientemente elocuente. Pero ahora le había entrado el pánico, y no era de extrañar porque su pequeña estafa corría peligro inminente de ser descubierta. Naturalmente, eso dejaba a los Allen en una posición de poder, incluso de preeminencia: pese a sus muchas dificultades, sabían perfectamente cuál era la verdad del asunto.

Así que Terry esperaría, elaboraría un plan. A lo largo de los años, Petey Bailey había jodido a mucha gente, a muchísima gente que, como Terry, daría la bienvenida a cualquier oportunidad de desbancar a aquel cabronazo y de paso a toda la familia Bailey. Ahora ya era una cuestión personal.

Su hermano Billy no era precisamente una lumbrera, pero sí que estaría a su lado en todo lo que hiciera falta, porque, además, Billy sabía que sin Terry no tendría nada de nada, y su hermano siempre había cuidado de él. Si Terry decía que había que hacer tal o cual cosa, Billy nunca lo ponía en duda, simplemente hacía lo que le decían que hiciera. Terry estaba dispuesto a utilizar a Billy para sus propios fines. Billy haría lo que le pidieran si se lo pedían con amabilidad, lo que fuese: lisiar, hacer daño, torturar. Si Terry llegaba a pedirle que se cortara un pie, había bastantes

probabilidades de que Billy lo hiciera.

Juntos formaban un buen equipo; Terry era el cerebro del dúo, y Billy estaba encantado de dejarse guiar. Terry sentía un profundo afecto por su hermano pero, dejando eso aparte, si tuviera que sacrificarlo, lo haría sin el más mínimo escrúpulo. Los Bailey no eran las únicas personas capaces de deshacerse de un miembro de la familia, y cuanto antes se enterasen de ello, mucho mejor.

En aquellos momentos a Petey Bailey le había entrado el pánico; y es que, a diferencia de su padre, no tenía el cerebro suficiente para pensar bien en todo. De modo que Terry Allen estaba seguro de que era él quien tenía la sartén por el mango, y que solo era cuestión de tiempo que le diera la vuelta a la tortilla.

Capítulo ciento cinco

—Vamos, Danny, no puedes mantenerte en silencio indefinidamente. Tienes que recordar algo de lo que sucedió la otra noche. ¡Petey tuvo que ir a ver a los Allen solo, joder!

De todos los hermanos, Davey era el más cercano a Danny; de niño siempre había sido como su sombra, y ahora que era Danny el que dirigía las operaciones, Davey era su mano derecha. Davey no tenía verdaderos deseos de ser líder; era hombre de pocas palabras y no sentía ninguna necesidad de demostrar nada ni probarse a sí mismo.

Davey sabía que era absolutamente impropio de su hermano faltar a una reunión por estar borracho o colocado; su hermano se tomaba muy en serio todas sus responsabilidades.

—Déjalo estar, anda, Davey, ¿vale? —Danny sonaba tan cabreado como parecía.

—¿Tiene algo que ver con Petey? —Davey intentaba entenderlo. Puede que no fuera un cerebrito, pero sí que sabía cuándo había tocado la fibra sensible. Al final todo tenía que ver siempre con Petey, porque Petey era un jodido mentiroso. Danny podía pasarse a veces de la raya cuando le entraba la vena, y en ocasiones se ponía demasiado al borde del precipicio, pero así era Danny: un inconformista. Utilizaba el sentido común para ampliar sus ganancias, pero siempre se aseguraba de que todos ellos las compartieran. Pero Petey era un avaricioso, siempre lo había sido. Ya de niño tenía que tener siempre todo lo que *ellos* tenían; incluso les quitaba el dinero de bolsillo. Como a todos los jugadores, le importaban un bledo las personas a las que saqueaba. Danny era distinto, y sus hermanos estaban dispuestos a dejarle llevar la batuta. Era el mayor, era el hombre en el que su padre confiaba para velar porque todo funcionase como la seda, y estaba muy capacitado para hacer bien el trabajo.

—Vamos a ver, hermanito, ¿qué problema tienes? Seguro que tiene que ver con Petey, eso ya lo sé, lo que no consigo averiguar es en qué consiste.

Danny suspiró.

—La verdad es que yo siento exactamente lo mismo, Davey —dijo—. Todavía no lo he descubierto del todo, pero sé que lo tengo que averiguar. Quiero que vengas conmigo, tenemos que llegar al fondo del asunto. Creo que aquí hay gato encerrado, y evidentemente tú también, pero si tiene que ver con nuestro Petey, cuanta menos gente intervenga, mucho mejor.

Davey se quedó callado unos momentos para digerir lo que le había dicho su hermano.

—Entiendo. En esas estamos, ¿eh?

Danny asintió sin decir nada.

Capítulo ciento seis

Lena y Ria observaban a sus maridos, que estaban de pie en la barra del Shandon Bells Irish Club sumidos en profunda conversación. Era agradable verlos. Hacía mucho tiempo que no los veían tan relajados juntos.

—¡Mira a esos dos! Como un puto par de viejas, cotilleando y venga a cotillear.

Ria se echó a reír a carcajadas al oír la comparación de Lena; desde luego que los hombres podían ser un montón de cosas, pero lo de llamarlos cotillas resultaba un pelín exagerado.

—¿Dónde anda Imelda? Pensé que iba a reunirse con nosotras.

Ria se encogió de hombros.

—No tengo ni la más mínima idea. Sinceramente, Lena, últimamente me pone de los nervios. Está tan ensimismada en su propio mundo… La verdad es que esa mujer tendría que salir un poco de su concha.

Lena dio unos traguitos en plan refinado a su coñac con cocacola; hacía mucho tiempo que sabía que Imelda y Ria estaban picadas, pero le sorprendió que Ria reconociese clara y abiertamente que entre ellas había problemas. Generalmente Ria siempre era muy orgullosa.

—Bueno, Ria, ya la conoces —dijo Lena—. Si me lo preguntas a mí, en mi opinión lo que le pasa es que tiene demasiado tiempo libre.

Aquello era justo lo que Ria quería oír, así que asintió y replicó, triste:

—Llevo diciéndole eso desde lo de Jack. Sabes, Lena, hasta esa noche nunca se le ocurrió pensar que la vida que vivía la dirigían nuestros hombres y sus negocios, incluido su marido, claro, habría que añadir. Ella pensaba que podíamos controlarlo todo, que disponíamos de algún tipo de autoridad. Pero creo que lo de esa noche le abrió los ojos, y que lo que vio no le gustó nada de nada. Se espera de nosotras que nos quedemos sentadas y aceptemos todo lo que nos vayan echando encima, lo bueno y lo malo. Vivimos cada día de nuestra vida sabiendo perfectamente que las cosas son así, pero al parecer ella no sabe cómo afrontarlo, sobre todo ahora, desde que su hijo ha empezado a trabajar. Y no puede cortar con eso porque sabe muchas más cosas de las que le convendría.

Lena posó dulcemente la mano sobre el antebrazo de su amiga, porque había podido notar en su voz el daño y el dolor que sentía y comprendía a la perfección por qué estaba tan preocupada por su hija.

—¿Sabes qué pienso, Ria? Que nuestra generación fue de algún modo educada para aguantar estas cosas. Veníamos de la nada y aceptamos lo que nuestros maridos eligieron no solo para nosotras, sino para toda nuestra familia. Yo he lavado ropa de Daniel llena de sangre, y sabía muy bien que aquellas manchas no eran de *su* sangre. Le fui proporcionando coartadas y, mientras tanto, criando a los niños. No teníamos tantas expectativas como las chicas de hoy en día, que creen que tienen que saberlo todo. Pero a veces la verdad es mucho más peligrosa que la ignorancia. Yo sé que

Tañía ya está empezando a preguntarse cosas, se lo noto en los ojos. Y a pesar de que hice todo cuanto estaba en mi mano para mantenerla al margen del hampa, seguro que sabe más sobre el tema de lo que deja entrever, porque de niña siempre estaba poniendo la oreja.

Ria nunca había oído a Lena hablar tan abiertamente de aquellas cosas: hasta ahora y desde siempre había fingido ignorarlo todo, absolutamente todo. Ahora que Tania se iba haciendo mayor, parecía más inclinada a admitir la verdad.

—Gracias, Lena, tienes toda la razón, querida. Pero estoy preocupada por Mel; no parece capaz de aceptar las cosas. Debería haber tenido más hijos, algo en lo que centrarse. —Ria movió la cabeza como para sacudirse de encima todas sus preocupaciones—. Escucha, Lena, ¿sabes qué? Mi Petey anda hablando de tener hijos, ¿te lo puedes imaginar? ¿Puedes imaginarte a Bernadette con un bebé? Yo no puedo, soy incapaz. No le confiaría ni una mascota, así que no digamos un niño. Petey cree que si llegan a tener un niño, será por un milagro de la ciencia moderna; él mismo reconoce que la chica no es de las que están dispuestas a estropearse la figura con un embarazo.

Lena se echó a reír, acompañando a su amiga, contenta de volver a verla nuevamente instalada en la normalidad.

—Si llega a dar a luz un crío —le dijo—, lo llevará siempre vestido como en un catálogo de moda, Ria, todo a base de modelos de diseño y cochecitos carísimos. Bernadette es más simple que un cubo, así que la pobre criatura andará de aquí para allá de tu casa a la de su otra abuela, en cuanto lleve un mes en el mundo.

Ria asintió: Lena había puesto sobre el tapete la auténtica verdad de la situación. Y, para ser del todo sinceros, aquella verdad la deprimió.

—Bueno, Bernadette O’Toole tiene muchas cosas con las que lidiar para salirse con la suya, como por desgracia tú y yo sabemos, Lena, por experiencia. La *Vida* sabe distinguir muy pronto a las chiquillas de las mujeres de verdad, ¿eh?

Lena sonrió, triste. Alzó la copa.

—Brindo por eso.

Capítulo ciento siete

Stephanie Carlton se había emocionado al ver a Danny Bailey, y se le notó en la cara. Al dejar el escenario, lucía una amplia sonrisa, y se dirigió muy excitada al vestuario del Lonsdale Gentlemen's Club. La verdad es que aquello no le gustaba gran cosa, no estaba tan bien como el Electric Lady, el club propiedad de los Bailey en el que había trabajado tan contenta hasta hacía cosa de pocas semanas. Todavía le escocía aquello: Karim la había puesto en la calle sin la menor explicación; se limitó a decirle que ya no se requerían sus servicios. Le había insinuado, de un modo bastante agresivo por cierto, que su afición al éxtasis no era precisamente bien vista, pero, teniendo en cuenta que la mayoría de las chicas se ponían hasta el culo de coca, a ella le pareció que la excusa era un pelín hipócrita. Le hacía ilusión ver a Daniel, la verdad es que el chico le gustaba de verdad, y además creía que también ella le gustaba a él.

Se miró en el espejo y le gustó lo que veía: como pelirroja natural que era —pelirroja arriba y abajo, como decía Danny—, tenía una belleza poco corriente. Tenía un buen cuerpo, y además todo natural, razón, según sospechaba, que la hacía tan popular entre los clientes. Al contrario que la mayoría de las otras chicas, con los pechos falsos y sus bronceados anaranjados, tenía una piel de color lechoso, pálido, y unos pechos enormes, pero totalmente naturales, que parecían desafiar la ley de la gravedad. Se movían como tenían que moverse, y en su gremio eso era un punto más a favor. También era una bailarina muy bien preparada: de pequeñita había ido a clases de ballet y luego había aprendido bailes modernos y de salón. Pero como era demasiado bajita para hacer carrera en la danza, había optado por utilizar sus talentos en el *lap dance*; ahora era capaz de ascender por la barra sin ni siquiera tener que concentrarse.

Había echado de menos a Danny Bailey, y no se esperaba volver a verlo otra vez. Pero él le había lanzado un saludo con la mano mientras ella bailaba en la tarima y le había hecho el gesto de beberse una copa juntos, así que, de momento, estaba muy contenta.

Se puso una falda corta de cuero y una camisa blanca ajustada, seguro de que le sentaba muy bien. Un rápido toquecito de perfume de Coco Chanel, y lista.

Danny y su hermano Davey la estaban esperando en un reservado, y cuando se deslizó entre los dos, ya zumbaba de excitación, aunque controlada. Se había tomado medio éxtasis hacía cosa de una hora, así que llevaba un coloconcito discreto, justo lo suficiente para dar a sus ojos un toque soñador y para contemplar el mundo que la rodeaba como un lugar mucho más acogedor. Era incapaz de bailar sin una pequeña ayuda; no soportaba tener que estar desnuda, o casi desnuda. Eso la hacía sentirse demasiado vulnerable, y jamás habría podido ejecutar sus danzas privadas sin el auxilio de, como mínimo, un poquito de priva.

—Mucho tiempo sin verte, Danny. Tienes buen aspecto —le dijo al verlo

levantarse.

Danny le sonrió y vio en sus ojos verdes el fulgor que le indicaba que la chica estaba bajo la influencia de algún producto químico, como siempre. Suspiró con tristeza. A él también le gustaba un poco de droga —como a todos los de aquel ambiente—, pero nunca había logrado entender el atractivo de las anfetas o del éxtasis entre la gente que no participaba en una fiesta *rave*. Era una droga para bailar. Es cierto que Stephanie bailaba, eso había que concedérselo, desde luego; pero el éxtasis también era una droga imprevisible. No le gustaba en absoluto.

Una chica con botas hasta la mitad del muslo y unos pantaloncitos minúsculos y bien apretados les trajo una botella de champán. Danny le deslizó en el escote un billete de diez libras y después abrió la botella con mucha teatralidad. Cuando cada uno tuvo una copa servida en la mano, dijo en tono jovial:

—Te veo estupenda, Stephanie. ¿Cómo van las cosas por aquí? Me han dicho que corre mucho dinero.

La chica sonrió.

—Va todo bien, pero me gustaba más trabajar para ti. La dirección aquí solo está interesada en lo que gana, y las chicas les importamos un bledo. La mayoría depende de los bailes privados, pero de eso también te quitan un porcentaje de lo que ganas, así que no es todo lo lucrativo que podría ser. Si he de serte sincera, me sorprende verte por aquí. Hace bien poco parecías estar deseando librarte de mí.

Danny y Davey percibieron el malestar que dejaba traslucir su voz, y Danny se sintió inexplicablemente mal por la chica. Era una chica estupenda, para como solían ser las bailarinas de *striptease*. Tenía sentido del humor, y sin el uniforme de trabajo era el ideal absoluto de los sueños húmedos de cualquier adolescente. Estaba muy bien dotada por la naturaleza, pero su cara era virginal, lo que suponía una combinación letal en el mundo en el que se movía. La mayoría de las chicas parecían exactamente lo que eran, y las Stephanies no abundaban: si se contaban con los dedos de una mano, sobraban dedos.

—Por eso mismo quería verte. Necesito que me digas una cosa, y quiero que me digas la verdad, ¿vale? —le dijo Danny—. Te prometo que no me molestaré, a no ser que me mientas.

La chica asintió. Danny se dio cuenta de que estaba realmente intrigada, aunque también asustada.

—¿Y por qué te iba a mentir, Danny? —Tenía la voz temblorosa de tantos nervios.

—La última noche que nos vimos, ¿me pusiste un rohypnol o un par de éxtasis sin que yo me enterase?

Daniel le sonreía mientras le hablaba, pero Stephanie notaba en su tono la enorme seriedad que transmitían las palabras, y estaba aterrorizada. ¿De qué la estaba acusando exactamente aquel hombre? Porque sin la menor duda la estaba acusando de algo, eso lo entendía perfectamente. Y además sentía los ojos de Davey clavados

en ella, y notaba color y sudor frío.

—No voy a hacerte nada malo, Steph, te lo juro, pero si me aprecias solo un poco, dímelo. Es que necesito saberlo, eso es todo.

La chica negaba moviendo la cabeza con todas sus fuerzas.

—Yo nunca haría eso, Danny, pero mucho menos te lo haría a ti.

Daniel notó la sinceridad que resonaba en su voz y se arrepintió de haberla asustado.

—Escucha, Steph, yo estaba contigo, nos estábamos echando unas risas, y luego, a continuación, me encontré jodido, completamente jodido. No había tomado nada, ni tampoco bebí gran cosa. Así que alguien tuvo que ponerme una pastilla o una anfeta o algo. Parece lo más razonable, ¿no te parece?

Stephanie tragó saliva haciendo bastante ruido. El placer de encontrarse con él había desaparecido ya por completo, y lo único que deseaba era irse de allí cuanto antes. Karim se había mostrado especialmente desagradable después de aquella noche, y de repente todo cobraba sentido.

—Bueno, pues no fui yo, Danny. ¡Yo nunca me atrevería a hacerte eso! ¡Desde luego a ti, no! De todos modos, te diré que cuando os vi a Petey y a ti, pensé que ibais hasta las cejas de anfetas. Ibais pasadísimos, ¿no te acuerdas? Casi no te sostenías de pie, ¡y no paraste de preguntarme cómo me llamaba! Si he de serte sincera, me mosqueé un poco. La verdad es que nunca te había visto así antes. Pero, te lo juro, Danny, yo no te di ni te puse nada de nada. No lo haría nunca… porque… ¡me daría demasiado miedo! Confieso que a unos cuantos cabritos sí que les he puesto algo alguna vez, pero solo para mantenerlos en su sitio… Ya sabes lo mal que pueden llegar a portarse los chicos de ciudad. Pero eso nunca se lo haría a alguien como tú, Danny. No soy tan imbécil.

Davey creyó que, en efecto, le decía la verdad y vació rápidamente, de un solo trago, su copa de champán. Vio que Danny miraba fijamente la cara blanca de la muchacha, convencido completamente de su inocencia.

—Mira, Danny, ya te lo dije, les he añadido un poco de alcohol a algunos clientes, lo admito, así son más fáciles de manejar, y también tienden a mostrarse un poco más generosos, ¿sabes? Pero eso nunca te lo haría a ti, no tendría la cara tan dura.

La chica estaba ya al borde de las lágrimas, y a Danny le dio pena. Con su comportamiento, solo le confirmaba lo que él ya había sospechado.

—De acuerdo, colega, ¡cálmate! Te creo.

Sacó un pañuelo blanco limpio y le enjugó los ojos con cuidado: el maquillaje de la muchacha era una obra de arte, como el de todas las chicas que trabajaban en los clubes, y no quería estropeárselo; al parecer, ya le había arruinado bastante la noche. Luego le dijo:

—Ahora bebe esto, preciosa, y te llevaré a comer algo por ahí, ¿vale?

La chica lanzó un sonoro sollozo y mostró su aquiescencia con la cabeza y sin decir palabra. Había algo en él que le resultaba muy atractivo, incluso ahora, cuando

casi la hace cagarse de miedo. Sabía que terminaría en la cama con él antes de que acabase la noche. Así que se bebió su copa de champán con la sensación de habérselas arreglado de alguna manera para esquivar una bala. ¿Por qué aquel hombre tenía tanto poder sobre ella? Porque, por muy encantador que fuera, ella sabía que si la situación lo exigía, se la quitaría del medio sin volver la vista atrás, sin volver la vista ni una sola vez.

Capítulo ciento ocho

Michael O'Toole apenas se podía creer la suerte que había tenido. La familia Bailey le había dado la bienvenida a los negocios con los brazos abiertos, y, lo mejor de todo es que no tenía ninguna responsabilidad; lo único que se esperaba de él era que comunicase lo que los Bailey le indicaran a los hombres que tuvieran que hacer el trabajo. Era tan fácil como cagar después de *comerse* un buen curry picante: no suponía ni el más mínimo esfuerzo, y le habían asignado una paga de más de cinco de los grandes por semana.

Ahora estaba convencido de que su hija le había hecho un buen favor al echarle las garras a Petey Bailey. Así que, ahora, lo mejor que podía hacer la chica era mantenerlo bien agarrado. Michael era muy consciente de que la mayor atracción que Petey sentía por Bernadette era que le resultaba sumamente follable pero que, al mismo tiempo, seguía estando intacta. Y comprendía los razonamientos de Petey: en la vida del hampa sobraban por todas partes las hembras dispuestas a bajarse las bragas por cualquier jefe. La verdad es que en eso consistía la mitad de la diversión.

Michael siempre había estado en contra del negocio de las drogas, lo veía como un jodido juego de pringados, pero ahora no podía rechazarlo. Por primera vez en su vida estaba obteniendo unas ganancias suculentas y todos le trataban con el respeto que siempre había anhelado. Para él ese era el auténtico punto clave. Comprendía que no era más que la fachada de la operación, pero eso le parecía más que perfecto: no tenía ni la menor idea de la dimensión económica de la operación, pero tampoco quería saberlo.

El único incordio eran los Allen: *ellos* no estaban tan felices con los reveses de la fortuna. Así que era consciente de que intentarían algún tipo de revancha; y si no les era posible ahora, en el futuro. No eran hombres que aguantasen sin más una tomadura de pelo tan descarada, porque eso era exactamente lo que era aquello.

Los Bailey eran intocables; puede que los Allen tuviesen muchas ganas de darles un escarmiento, pero no tendrían los huevos necesarios. En cambio, *él* sí que era otra historia: era un blanco más fácil. Y por ese motivo no les quitaba ojo de encima; si sus estancias en la cárcel le habían enseñado algo, una sola cosa, era nada menos que conocer y saber medir bien el valor de tu enemigo. En las cárceles de máxima seguridad no podías sobrevivir un mínimo de tiempo si no aprendías algunas tácticas de guerrilla y las diversas maneras de mantenerte a salvo en el entorno más violento de cuantos existen.

Solo se sentía seguro en su nuevo puesto porque los vigilaba a *todos* ellos, y porque sabía que ninguno le creía capaz de llevar a cabo algo así. Otra lección que aprendías en la cárcel era a no fiarte de nadie. Así era el lado oculto del hampa de la mala *Vida*: demasiada gente compitiendo por llegar a lo más alto y ninguno de ellos dispuesto a dar un paso atrás sin antes pelear hasta la muerte. Así eran las cosas en el mundo…, por lo menos en *su* mundo.

Mientras encendía un cigarro de los caros, Michael se sentía muy, pero que muy satisfecho: tenía las espaldas bien cubiertas. Pero no por eso iba a permitirse demasiada relajación; al fin y al cabo, su hija todavía tenía que recorrer el pasillo de la iglesia del brazo de aquel cabronazo, y hasta la que la chica superara ese trámite, su posición, cuanto menos, era precaria.

Capítulo ciento nueve

—Quiero estar completamente seguro de que estamos informados de todo lo que se cuece, y también quiero estar seguro de que no le estamos pagando para que se descojone de nosotros.

Daniel Bailey estaba furioso, y el inspector Harry Smith era muy consciente de ello. Como de costumbre, Peter Bailey estaba callado: él siempre prefería dejar el trabajo sucio en manos de su hermano, así que nada nuevo por ese lado. Después de más de treinta años tratando con los Bailey, Harry Smith nunca había pensado que fuese otra cosa que un proveedor de servicios pagados. Resultaba desagradable, de eso no había duda, pero sabía perfectamente que no podía hacer nada para modificar la situación. Hasta los hijos de aquellos hombres eran iguales que ellos: unos jodidos ignorantes, del primero al último. Pero, en fin, si eran delincuentes, ¿qué otra cosa cabía esperar?

El inspector Smith lanzó un profundo suspiro, convencido de que esperaban de él que emitiera algún tipo de protesta, así que hizo exactamente eso. Sabía *exactamente* cómo tenía que jugar su juego.

—Escucha, Daniel, ya sabes que si oigo algo por la calle tú serás el primero en saberlo. Pero por lo que sé, nadie anda diciendo nada que os perjudique. Ni siquiera los confidentes pagados, y seguro que vosotros sabéis muy bien quiénes son, han dicho una puta palabra de nadie. Los Allen no dejan ver sus cartas. Eso os lo puedo asegurar, y si lo hacen, vosotros seréis los primeros en saberlo.

Daniel Bailey seguía sin estar del todo satisfecho.

—Recibes de nosotros unos buenos ingresos, y en los últimos tiempos no nos has traído nada que tenga el más mínimo interés.

—Es que si no hay nada que contar…

Peter Bailey odiaba a aquel hombre a muerte, exactamente igual que le pasaba a su hermano Daniel. Smith era en primer lugar, y ante todo, un puto polizonte —es decir, alguien que en su mundo nunca podía ser bueno—, pero, aún peor que eso, era un tipo que nunca había llegado a entender que su disposición a vender a los suyos era la razón por la que ellos nunca podrían, ni querrían, fiarse de él. Le pagaban, le toleraban, pero nunca irían más allá. Para ellos era peor que la pura escoria.

Tenía su utilidad, y por eso llevaban tanto tiempo cultivándolo; y ahora, les gustase o no, ya formaba parte de su mundo. Era un pasma muy conocido, tenía sus, digamos, buenas credenciales, y una gran debilidad por el dinero y por las mujeres. Y, para empezar, ambas aficiones habían sido la causa de que hubieran logrado reclutarlo. Estaba más que dispuesto a vender a quien fuera que estuviese dentro de su órbita por un precio, un precio sustancioso, desde luego, y aun así estaba convencido de que estaba un escalón por encima de ellos. Aquel hombre era un mamón, como decía Daniel Bailey un día tras otro, y, encima, un mamón traicionero.

—Los hermanos Allen están manteniendo la discreción; no han hecho

absolutamente nada que merezca la pena mencionar. Todo lo que puedo decir es que me he asegurado de que no molesten a vuestros socios del norte. Tengo un colega que ahora está destinado en Manchester y que está más que dispuesto a colaborar.

Peter y Daniel cruzaron una mirada, y Smith se dio cuenta de que estaba patinando sobre una capa de hielo demasiado fina.

Peter Bailey estaba sentado tras su mesa de despacho y Smith pudo ver con claridad la profunda animadversión que le mostraban sus ojos al decirle en voz bien alta:

—¿No será un tal inspector Brown, por casualidad?

A Smith no le sorprendió el profundo conocimiento que mostraban los Bailey de cuantos departamentos de policía había en el país; él sabía mejor que nadie que tenían ojos y oídos en todas partes. Él no era la única persona que habían comprado a lo largo de los años, naturalmente, tenían todo tipo de gente en nómina, desde jueces del Tribunal Superior hasta psiquiatras forenses. Reclutaban personas de todas las esferas de actividad, razón por la cual seguían disfrutando de plena libertad y eran unos contrincantes tan formidables.

—Bueno, al parecer van ustedes por delante. ¿Cómo es que no me sorprende?

Daniel Bailey se guardó las ganas de correr a tortas a Harry Smith por toda la habitación; en vez de eso, lo que hizo fue esbozar una sonrisa de lo más desagradable.

—Bueno, para serte sincero, Harry, ese hombre tuvo el buen sentido común de contarnos que ibas a venir a vernos, y nos lo contó unas horas antes de que lo hicieras. Al parecer tampoco se fía de ti ni un jodido pelo.

Era una advertencia, una amenaza velada, y Smith fue plenamente consciente de ello. Pero Daniel también se sentía molesto porque, a pesar de todo el dinero que distribuía con gran liberalidad entre sus colegas, ninguno le había sido lo bastante fiel como para contarle que Brown ya estaba en nómina. A Smith, aquello volvió a abrirle los ojos, porque le demostraba que, como siempre, los Bailey iban un paso por delante. Se jubilaba dentro de dieciocho meses, y ésa era una cuestión que le tenía incómodo. Estaba demasiado acostumbrado a los pingües sobresueldos que le pagaban los Bailey, y por eso había tratado de reclutar algún personal clave que le permitiera seguir siéndoles de utilidad, seguir recibiendo su lotería extra y disfrutando de las pequeñas alegrías de la vida.

Ahora, sin embargo, ya no estaba tan seguro de todo eso. De momento gozaba de la protección de la policía metropolitana; los Bailey creían que quitarlo de allí no les iba a reportar ningún beneficio; al fin y al cabo se trataba de un agente con antigüedad. Pero empezaba a sospechar que podía estar equivocado en eso, y que ya anduvieran poniendo en marcha planes en los que él no estaba incluido. Tenía pues que llevarles algo sólido, algo importante, algo que *les* demostrara que seguía siendo válido para ellos aun estando ya tan cerca de la jubilación. Necesitaba aquella paga, al fin y al cabo dependía de ese dinero. Su pensión no bastaba ni para unas putas vacaciones de quince días en Benidorm, y no digamos ya para mantenerles, a él y a

su mujer, con el nivel de vida que, gracias a los Bailey, estaban tan mal acostumbrados a tener.

Ya muy al principio de su carrera Smith había descubierto que el crimen pagaba realmente, aunque solo a una pequeña parte de la sociedad.

Había cierta gente que comprendía la importancia de tener al enemigo cerca, incluso aunque fuera probable que no pudieras controlarlo. Con gente como los Bailey, que valoraban el significado de tener de su parte a personas como él, y que se aseguraban de que sus empresas no afectaran demasiado al público en general, podías al menos estar seguro de que gozarías de un cierto grado de protección, que sabrías que no habría civiles afectados por una violencia innecesaria. Ese no sería el caso, sin embargo, si las calles se dejaban a merced de cualquiera que dispusiese de una escopeta y considerase que tenía grandes ideas. Al igual que los Kray y los Richardson antes que ellos, los Bailey cuidaban verdaderamente de sus posesiones; se aseguraban bien de que nada inadecuado se produjera sin su autorización expresa y que todo cuanto sucediera se atuviese a sus criterios y dentro de sus límites. En cierto modo, eran tan necesarios para la seguridad pública como lo habían sido los voluntarios de la Home Guard durante la guerra. En realidad las familias como los Bailey hacían que las calles fuesen más seguras para el ciudadano medio…, aunque, por supuesto, nadie iba a admitir nunca una cosa así. Si las grandes familias del hampa no asumieran el control, hasta los adoquines rebosarían de hampones amateurs y descontrolados varios y las calles estarían a merced de cualquier pandillita que sintiera la necesidad de perpetrar un robo. Se impondría la anarquía. La bofia era perfectamente consciente de ello, y desde el mismo momento en que entraban en la carrera policial. Era algo que odiaban, sí, pero a fin de cuentas aplicaban el principio de que más valía lo malo conocido.

Smith miró a los dos hombres con los que había estado negociando desde hacía veinte años y sonrió afablemente.

—Tengo la oreja pegada al suelo, ya lo sabéis, y, sed justos, ¿alguna vez os he dejado en la estacada?

Daniel Bailey soltó un resoplido como de burla.

—Siempre hay una puta primera vez, *Harry*.

Capítulo ciento diez

Petey Bailey estaba sentado en una mesa apartada del jardín de unos de sus pubs favoritos de Hainault. Tenía unas vistas preciosas, el jardín estaba muy bien diseñado y cuidado y, lo mejor de todo, había un grupito de chicas guapas en su campo de visión. Una de ellas ya estaba poniéndole ojitos, y él no tenía el más mínimo inconveniente en devolverle el gesto. Sabía que su belleza morena, unida a la ropa y los complementos caros que llevaba, resultaban irresistibles para muchísimas mujeres. Tenía el aspecto turbador de un Bob Marley joven, o eso le habían dicho varias veces, aunque en realidad a él le importase un carajo. Su vieja abuela le decía que se parecía al abuelo más que ninguno de sus nietos. Por la manera de decirlo parecía que el abuelo hubiera sido una mezcla del Kunta Kinte de *Raíces* y de Sammy Davis Jr. Una extraña mezcla, sin duda, pero mientras atrajese a las pibitas, él tan feliz.

Al ver que su primo Danny se le acercaba con una bandeja de bebidas, enarboló una amplia sonrisa. Tenía una buena dentadura que, al parecer, también había heredado de su abuelo. Si tenía que creer a la nana, su abuelo había sido un modelo absoluto de todas las virtudes conocidas y por conocer, excepto, naturalmente, fidelidad y lealtad a las mujeres que se había tirado. En cuanto ella le dijo que estaba preñada, se largó a toda prisa. Según ella, era jamaicano, pero Petey pensaba que era un puto sinvergüenza. Un aprovechado desprovisto de cualquier clase de decencia: se la había follado y la había abandonado, punto y final; y los disfraces que quisiera utilizar la abuela para adornar los hechos no servían de nada.

Danny se sentó frente a su primo; ambos se sonrieron al saludarse, pero entre ellos se notaba una frialdad de la que los dos eran bien conscientes.

—Bueno, venga, dime qué es todo ese rollo de aventuras de capa y espada. —La voz de Petey sonó grave, afilada, al borde del sarcasmo.

Al principio Danny no le contestó, se limitó a darle un par de traguitos a su pinta de cerveza. Era un auténtico fanático de la cerveza *ale*, y se quedó unos segundos saboreando un gran trago de su Spitfire antes de responder muy serio:

—Ya sabes por qué estoy aquí, Pete, dejémonos de jueguecitos.

Petey se encogió de hombros con cierta languidez indiferente, dio un sorbito a su pinta de *lager* bien rubia y dijo burlón, con fingida inocencia:

—Soy todo oídos, primito.

Danny observó a su primo; lo había querido como a un hermano, pero ahora ya no se fiaba de él. No podía confiar a su familia sus preocupaciones personales sin que se produjera un jodido incidente de primera magnitud, así que se limitaba a hacer saber a Petey que sabía lo que estaba pasando.

—Yo no estuve en la reunión con los hermanos Allen, como sabes perfectamente… —dejó que sus palabras quedaran suspendidas en el aire unos instantes como para reafirmar su punto de vista, y luego añadió con tono un tanto

displicente—: Al parecer yo esa noche anduve un poco pasado de rosca. ¿Qué tal se adaptan los Allen a la nueva situación?

Petey sintió que le inundaba una oleada de alivio. Suponía que se habían percatado de algunas cosas, pero estaba claro que su primo no iba a convertir aquello en un drama monumental, porque si esa hubiera sido su intención, lo habría hecho mucho antes. Estaba impresionado; no se había imaginado que Danny lo averiguara todo, y mucho menos tan deprisa; eso demostraba que nunca tenía que subestimar a su primo. En realidad pensaba que Danny no se daría cuenta, había asumido que cuando por fin su primo saliera de aquel sopor inducido por las drogas, le daría una buena patada por haber sido tan imprudente.

Era obvio que Petey había interpretado mal la situación; un error que no pensaba cometer nunca más. De repente se mostró contrito, y su bello rostro parecía un cuadro que quisiera representar la preocupación y la honradez a cara descubierta. En eso era bastante bueno.

—La verdad es que sí, que estaban muy bien… aunque no exactamente entusiasmados con cómo habían salido las cosas. Pero no son idiotas y saben que se han pasado de la raya. Sin embargo, Danny, la cuestión es que yo también he obtenido un pequeño beneficio yendo con ellos.

Se quedó observando a Danny para ver cómo se tomaba el bombazo que le estaba diciendo. Ya había aprendido muchos años antes que la mejor manera de desactivar cualquier verdadera putada era admitir abiertamente algún daño menor. Así podías disfrazar el problema, el verdadero problema que intentabas ocultar, admitiendo una parte de la verdad. Cuestión de simple psicología.

—Te estoy confiando esto porque ahora me doy cuenta de que fui un verdadero cenutrio al intentar llevarlo discretamente. Si se lo cuentas a alguien, sabes que me veré hundido en la mierda hasta el cuello. He estado sisándoles a los Allen una parte de sus ganancias desde el primer día. Ya sabes cómo soy, siempre tengo que llevar las cosas al extremo. Pero, sin embargo, a la familia no le he mangado nada, me he limitado a cobrar un porcentaje de las ganancias de los Allen. Se comportaban como si fueran unas putas estrellas de cine, tío, como si *ellos* nos estuvieran haciendo un favor *a nosotros*, ¿entiendes? Así que mano dura, tío. Tendría que habértelo dicho antes, pero no pude.

Danny Bailey se veía en un dilema: aquello era más complicado de lo que se había creído en un principio.

—Si los viejos llegan a enterarse de esto…

Petey asintió con energía.

—Exactamente —dijo—. Pero me he garantizado el silencio de los Allen. Verás, yo sabía que era necesario buscarles un reemplazo. Ya se estaban pasando un poco más de la cuenta, bastante más de lo que les convenía. Soy *yo* el que trata con ellos todos los días, Danny, no lo olvides.

Danny veía el miedo instalado en los ojos de su primo, y sabía que tenía todas las

razones del mundo para estar asustado. Petey era un estafador nato, eso formaba parte de su encanto. Pero Danny nunca habría pensado que fuera lo bastante tonto como para instigar un robo a su propia familia, algo tan monstruoso como peligroso: al propio hermano de Petey lo habían eliminado por mucho menos que eso. ¿En qué cojones pensaba?

Danny perdió todo control sobre sí mismo, porque lo que su primo le estaba contando le producía auténticas náuseas.

—¡Por Dios santo! ¡Joder! ¡Por Cristo bendito, Petey! ¿Pero es que quieres morir o qué demonios? *Sé muy bien* que me metiste un rohypnol en la copa para que no pudiera asistir a la reunión con los Allen. Me dopaste, cabrón. ¿Puedes imaginarte cómo me siento después de eso? ¿De saber que querías inutilizarme para quitarme del medio? ¿Y por qué? ¡Porque eres un jodido ladrón! ¿Querías unas putas ganancias extra, eh? ¡Es algo increíble, joder! Me imaginé que tenías algo entre manos con los Allen. No soy un jodido obtuso total, tío, por mucho que tú lo pienses. Y ahora resulta que me arrastras a mí a tu mierda. Ahora ya sé muy bien de qué va, y eso me involucra.

Ahora se veía que Petey estaba verdaderamente nervioso; de repente Danny se había convertido en su talón de Aquiles, y aquello no le gustaba. Si no se andaba con cuidado, estaría jodido y bien jodido. De repente el asunto se había convertido en algo totalmente fuera de control. Había subestimado a aquel primo suyo, había creído ciegamente que él era lo bastante listo como para ponerle al infeliz de Danny la consabida venda sobre los ojos, pero resultó que Danny era mucho más astuto de lo que él se hubiera imaginado. Así que ahora oía el terror que resonaba en su propia voz, notaba el pánico auténtico que le invadía todo el cuerpo.

—Escucha, Danny. Yo lo he arreglado todo, ¿vale? Y si te lo digo es solo *porque* eres mi primo, porque *confío* en ti. Necesito que estés de mi lado en este asunto. Te juro que nunca más volveré a dar un paso al margen de la familia.

Danny sintió que se mareaba: saber perfectamente, como sabía, que su primo era capaz de todo no le hacía sentirse demasiado cómodo. Se fue terminando su pinta lentamente, sin estar muy seguro de cómo tenía que enfrentarse a aquello. Para él aquello era, sin duda, una cosa demasiado personal; él no era capaz de llevar a cabo maniobras tan retorcidas como aquellas, no iba con su forma de ser. Su propio primo le había puesto droga en la bebida y lo había dejado incapacitado, sin ni siquiera recursos para ir al cuarto de baño por sí mismo. Se había pasado casi dos días completamente desorientado, y todo, simplemente, porque aquel individuo no quería que nadie supiera que estaba desplumando a la familia. Y aquello, aquella abyecta traición, era algo con lo que no estaba dispuesto a tragar. Saber que Petey había sido capaz de algo tan aborrecible ya resultaba bastante malo, pero lo peor de todo era que ahora Petey esperaba que él lo pasase por alto. Pero ahora que Petey había admitido su pecado, admitido de qué era capaz, Danny nunca podría volver a confiar en aquel hijo de puta.

—Estás totalmente fuera de órbita, Petey, y si no fueras mi primo te juro que estaría encantado de ver cómo te destrozábamos por este asunto.

Petey respiró hondo, con evidente alivio.

—Te juro, Danny —dijo—, que todavía no puedo ni creerme lo que hice. ¡Y eso te demostrará lo jodidamente desesperado que estaba, tío! A ti no podría hacerte daño, eso tienes que saberlo. Fue solo que vi una oportunidad; pero la verdad es que no lo tenía planeado, ¿sabes?

Danny tardó un buen rato en contestar y, cuando lo hizo, fue para decir, en un tono bastante triste:

—Lo único que yo sé, Petey, es que nunca más volveré a fiarme de ti. No pienso dar a conocer el asunto, porque eres mi primo y porque tú solo te has metido en el típico callejón sin salida. Pero me duele que ni se te ocurriera pensar que yo tendría el criterio suficiente para olerme lo que me habías hecho; o sea, que de verdad te pensaste que yo era así de zoquete. Pues bueno, joder, para tu información, mi querido Einstein, te aseguro que no eres ni la mitad de listo de lo que te crees.

Entonces lo dejó allí solo; Danny sabía que si se quedaba más tiempo acabaría por hacerle daño físicamente a su primo, de manera que se largó de allí.

Mientras lo miraba marcharse, Petey Bailey comprendió que acababa de perder al mejor amigo que iba a tener nunca. Se sintió casi al borde de las lágrimas, porque se había ganado un enemigo muy serio, un enemigo que además estaba demasiado cerca para que le resultase cómodo de llevar, y mucho más inteligente de lo que nunca hubiera imaginado.

Danny siempre había aceptado que a Petey le gustase lo de estar al mando de las operaciones, y se había sentido dispuesto a escuchar sus opiniones y, más aún, a respetarlas. Y ahora todos esos años de amistad familiar y camaradería se habían esfumado. Igual que había pasado con sus padres antes, años de cariño y afecto se habían borrado en cuestión de minutos.

Petey Bailey sabía también, sin embargo, que él no participaba de la lealtad de la que Danny y los otros gozaban de un modo natural. *Él* sí que era capaz de quitarse del medio a su primo si, llegado el caso, fuese necesario. Danny sabía demasiado, y eso, para desgracia suya, significaba que, a partir de ahora, Petey andaría buscándose cualquier excusa.

Capítulo ciento once

—¿Crees de verdad que Michael O'Toole puede mantener esto todo el tiempo que haga falta?

Peter Bailey suspiró.

—Él ya sabe muy bien lo que hay, Daniel, sabe que todo el tema no es más que una puta tapadera. *Todo el mundo* sabe que no es más que una puta tapadera. Pero eso mantiene las cosas equilibradas. La verdad, el hombre está tan, tan agradecido, que hasta da pena verlo; y podemos fiarnos de él.

Daniel contempló el almacén de chatarra a través de la ventana. Él, al contrario que su hermano Peter, se sentía mucho más seguro allí que en las nuevas oficinas. Le gustaban la chatarra y todas las sensaciones que le producía el lugar. El recinto estaba rodeado por una gran valla de metal, y el guarda de noche tenía a sus dóbermans allí todo el día y toda la noche, así que nadie iba a entrar allí sin que se enterase. Peter pensaba que todo eso eran cosas del pasado, pero Daniel nunca opinaría lo mismo. Él llevaba el arroyo en los huesos, y bien orgulloso que estaba de ello.

—Creo que a los Allen les vendría muy bien una aparición en persona.

Peter se echó a reír.

—No creo que la necesiten, Dan.

Daniel veía el reflejo que ambos proyectaban en los cristales de las ventanas de la caseta de obra en la que estaban hablando. Aunque fueran de razas diferentes, había un parecido evidente entre los dos. Era más que nada por su corpulencia, y por la forma de la cabeza. Había echado de menos a su hermano cuando andaban enfrentados, y se alegraba de que por fin hubieran resuelto sus diferencias.

Daniel era de la opinión de que vigilar a los Allen era una cosa del todo necesaria, y muy especialmente a Terry. Billy Allen era básicamente un puto retrasado mental; si alguna vez le llegaba una idea a la cabeza se le acabaría muriendo de soledad. Pero Terry Allen era una persona cuyo temperamento le predisponía por encima de todo, siempre, a exigir venganza.

Si la cosa se dejaba en manos de Daniel, su decisión sería quitar del medio al cabrón en cuestión; nadie lo echaría nunca de menos. Pero Peter tenía otros pensamientos. Así que Daniel pensaba que su hermano estaba cometiendo una tremenda equivocación, que se estaba volviendo demasiado indulgente para su propio bien. Pero se guardó la opinión para sí mismo.

—¿Sigues estando de acuerdo para lo de mañana?

Peter se estiró con ganas, haciendo un buen ruido para acompañar el movimiento y luego dijo:

—¡Joder si lo estoy! ¡Ahora, mientras hablamos, las chicas estarán comprando los trajes!

A Daniel le gustó aquello. Era estupendo volver a tener a su hermano en su vida.

Capítulo ciento doce

Todo el clan Bailey estaba allí reunido, y desde luego demostraban ser una pandilla más que ruidosa.

Bernadette O'Toole se sentía encantada con todo aquello; estaban en el recinto para VIPs del club nuevo, el club de la calle Romilly en el Soho. Y tenía la sensación de que toda su vida la había conducido a aquel momento de gloria: por fin se encontraba donde su destino la había llevado a estar. Era la máxima atracción en un club nocturno que era propiedad de la familia de su futuro marido, lo que significaba que ¡muy pronto ella también sería copropietaria! Y la guinda del pastel era que todos tenían los ojos puestos en ella; y ella se había asegurado perfectamente de estar radiante.

Imelda había comentado antes, con su estilo malicioso habitual, que muy pronto pasaría a llamarse Bernie Bailey, como si eso fuera algo malo. Ella pasó intencionadamente por alto aquel insulto apenas velado porque, hasta que tuviera bien puesto en su dedo el anillo de matrimonio, prefería no arriesgarse a entablar cualquier discusión. Pero en cuanto estuviera casada, iba a cometer unos cuantos jodidos asesinatos, y pensaba disfrutar hasta el último segundo con ello. Imelda Bailey era una perra, esa era la verdad. Parecía disfrutar chinchando a Bernadette, pero Bernadette era demasiado lista para caer en semejante trampa.

Su padre estaba ganándose una buena pasta, lo que garantizaba que estaría de muy buen humor, lo que era de agradecer. Porque normalmente era un canalla miserable, un canalla de primera. Y su madre, por primera vez desde hacía años, también disponía de unos ingresos decentes. Así que, en conjunto, Bernadette tenía muchas cosas por las que estar agradecida.

La única pega era que Petey, su futuro marido, estaba preocupado por algo que ella no conocía. Hasta el mismo Cristo Santísimo sabía que ese chico no era el hombre más cariñoso del mundo, ni mucho menos, pero aquella noche es que no la había ni mirado.

No es que estuviera dispuesta a montar un numerito por eso, a pesar de que no le faltaban las ganas. Pero tenía que mantener las cosas bajo control porque Petey era un hombre de gustos veleidosos.

Cuando al fin lo vio, unos minutos más tarde, mirando con evidente anhelo el canalillo de una camarera joven y rubia, se prometió que, en cuanto estuvieran por fin casados, cortaría a aquel cabrón en rebanadas. Y así aprendería por fin que ella no era una mujer que se tomase a la ligera, que la menospreciasen, humillasen o ignorasen. De modo que el muy mamonazo ya se podía ir preparando para llevarse un buen susto, porque ella se estaba relamiendo solo de pensar en el día en que, por fin, le haría saber punto por punto lo que opinaba del tema. Petey Bailey se tenía merecida una puta llamada al orden. Y sería ella, y precisamente ella, la mujer que se la administrase.

Capítulo ciento trece

Petey y Danny se ignoraban estudiadamente el uno al otro. Liam ahora ya conocía la verdad de la situación, porque había logrado sacarle a Petey la información pertinente. No le preocupaba que a Danny se le ocurriese traicionar a Petey —el silencio que se había instalado entre los dos ya parecía tan tenso como podía llegar a ser, por mucho tiempo que pasase—, pero el tema seguía resultándole incómodo.

Echó una mirada por el club. Estaba tan atestado de gente que nadie se enteraría de si los primos se llevaban bien o mal de verdad. Él todavía estaba dándole vueltas a las revelaciones. Petey siempre había sido un hombre de moral dudosa, aunque hasta ahora nadie había podido acusarle de ser un puto descerebrado. Pero Liam no tenía más remedio que admitir que su hermano se había ganado a pulso esos epítetos.

Lo que más temían era que los dos patriarcas de la familia Bailey descubrieran la *verdadera* razón de que los jóvenes rompieran su amistad. A lo largo de los años, los chicos habían tenido sus desavenencias, naturalmente, sus más y sus menos —estaba en la naturaleza humana—, pero esta vez la razón de aquella última desavenencia solo la conocían los miembros más jóvenes de la familia.

Petey se acercó a él y Liam forzó una sonrisa, porque sabía que su reacción iba a ser archivada por todos cuantos estaban en la sala. No era su mejor sonrisa, y de eso sí que era consciente. Si por él fuera le daría personalmente un buen puñetazo a su hermano y lo dejaría K.O.; por mucho que lo quisiera, hasta *él* se daba cuenta de que esta vez las cosas habían ido demasiado lejos. Liam se enfrentaba a un buen dilema. Petey había metido la pata en aquel asunto, pero no por eso dejaba de ser su hermano, y ahí estaba la auténtica pesadilla. Danny tenía todas las razones del mundo para andar tan encabronado, y si aquella última travesura salía a la luz, ni su padre ni su tío iban a pasarla por alto fácilmente.

—¿Estás bien, Liam?

Aquello sonó a desafío. Petey estaba borracho, y eso era lo último que necesitaban. Un Petey borracho era un Petey problemático.

—Estoy perfectamente, Pete, yo *siempre* estoy bien, me limito a dejarme llevar por la corriente. Así que, ahora, por qué no usas esa puta chola tuya que parece de adorno y te despejas un poco. Porque no es momento ni lugar para andarse con cabreos.

Petey sabía que su hermano tenía todo el derecho a reprenderle, pero se había metido por la nariz unas cuantas rayas, se había metido unas cuantas copas entre pecho y espalda y ahora, como resultado, su hostilidad innata ocupaba el primer plano. No soportaba ser infravalorado ni ninguneado; necesitaba sentir en todo momento que era *él* quien controlaba el ambiente, sentir que era *él* quien llevaba la voz cantante.

Así que acercó su cara hasta ponerla junto a la de su hermano Liam y le dijo con

malicia:

—Sí, por mis cojones, hermanito; que sepas que te hace muchísima falta relajarte.

Liam se quedó mirándole a los ojos; vio en ellos la rabia y la ira y al instante se dio cuenta de que eran sentimientos que siempre habían estado allí. Era un pensamiento tan azaroso, y sin embargo tan verdadero, que se quedó muy afectado. Petey era una persona colérica, y su rabia no procedía de que pasara necesidades ni de que tuviera problemas, simplemente era algo que formaba parte de su naturaleza, como las ganas de beber o de fumar. Era igual que el tío Daniel, habían nacido siendo así. Los dos habían nacido sin ser capaces de reconocer ninguna clase de límites, absolutamente ninguna.

Liam estaba viendo a su hermano como si fuera la primera vez que lo veía.

—¿Sabes qué, Pete? Vete a tomar por culo. Eres un gilipollas integral. ¿Quién te crees que eres? En estos momentos soy la única persona en el mundo que está de tu parte, realmente. Pero si no te gusta, no tienes más que decírmelo. Porque, estoy de ti hasta las mismísimas narices.

Se alejó de su hermano antes de que Petey pudiera contestarle, si su hermano llevaba las cosas demasiado lejos, esa misma noche se tomaría la revancha.

Capítulo ciento catorce

A Lena le dolía la cabeza y estaba harta del dolor. Sabía que era por el cambio, la menopausia, y aquellos sofocones y dolores podían con ella.

En el interior del club el ruido era absolutamente espantoso: la música estaba altísima, y, en su opinión, sin la más mínima melodía. Ni siquiera las ganas de exhibir su nuevo conjunto le ayudaba a soportarlo. Quería irse.

Se había quedado de lo más encantada al recibir un mensaje de Tania en el que le preguntaba si alguien podría pasar a recogerla en casa. ¡Como si no pudiera llamar a un taxi! Menuda vaga estaba hecha. Todo era por su encaprichamiento de Petey: Tania había estado preocupada por el tema toda la noche. ¡Todavía era tan joven, tan insegura de sí misma! Si Lena lograse hacerle entender a su niña que llegaría un día en que todo aquello la haría reír a carcajadas… Tenía la retorcida sensación de que su Tania en realidad no quería ir y ser testigo de la presencia de Petey y su prometida, ¡la dulce Bernadette!

Se sonrió para sí misma, lamentando en el fondo del corazón el dilema de su niña. ¡Ay, si pudiera ser joven otra vez sabiendo todo lo que sabía ahora!

Un paseo en coche era justo lo que ahora necesitaba, un poco de aire fresco y una oportunidad para despejarse la cabeza. Estaba sudando otra vez: el calor en aquel club era insoportable. Además, para ser del todo sincera, no le gustaba nada pensar en su niña, allí sola, en casa, toda hormonas y angustia vital adolescente; necesitaba a su madre, y esa noche más que nunca.

Lena se acercó hasta su marido y su cuñado. La verdad es que ya notaba la edad, aunque era algo que nunca jamás admitiría ante ninguno de los que estaban allí, por supuesto. Ria no paraba de beber y bailar, como si fuera una adolescente. Hasta su suegra lo estaba pasando mucho mejor que ella, y eso que tenía ya sesenta y muchos, la muy jodida. Ria no lo estaba pasando tan mal como Lena con los cambios hormonales; la verdad es que Ria los iba pasando con ligereza y sin grandes dificultades.

Lena sonrió a su marido.

—Dame las llaves del coche —le dijo—, ¿quieres, Dan? Voy a ir a recoger a Tania. Ya llega tarde, como siempre; sinceramente, te digo que esa chica llegaría tarde a su propio funeral. Pero no me importa ir hasta allí ahora, es un momento.

Daniel sabía perfectamente lo que le ocurría a su esposa: no tenía manera de ocultarle los cambios que estaba sufriendo, y lo sintió por ella. Se daba cuenta de lo mucho que la afectaban en la vida diaria. Y se alegraba de ser hombre; tenía la impresión de que las mujeres se llevaban la peor parte del pastel en lo referente a las hormonas o, en este caso, a la falta de ellas. Algunos días parecía mismamente el Anticristo, así que se alegraría muchísimo cuando por fin se terminase todo aquello.

Le pasó un brazo por la cintura en ademán protector y le preguntó:

—¿Te encuentras bien, Lena? Te veo un poco encabronada, querida.

Lena se rió: solo su Daniel podía decir una cosa así y creer que estaba siendo un dechado de amabilidad.

—Estoy perfectamente, solo necesito respirar un poco de aire, solo es eso. De todas formas, quiero ver a Tania. Tendría que estar aquí desde hace siglos. Déjame las llaves de tu coche.

Daniel sonrió.

—Están en mi chaqueta —dijo—. Pero espérate un momento y buscaré a alguien para que te lleve, querida.

Lena negaba fuertemente con la cabeza.

—Sinceramente, Daniel, no necesito ningún chófer, prefiero ir yo por mi cuenta.

Peter Bailey atrajo a su hermano a su lado.

—No te preocupes por eso, tengo las llaves del Mercedes aquí. Y esta noche no lo pienso conducir yo, le he dicho a Roy Barber que me haga de chófer. ¿Lo has visto? Es uno que no representa más de doce jodidos años. Le diré que te lleve donde sea, Lena.

Lena acabó por suspirar con un cierto fastidio.

—No, sinceramente, Peter —dijo—. Prefiero conducir yo. —Y sonrió a su marido con tristeza—. Puede que no vuelva, si a ti no te importa, Daniel… O sea, que si Tania no está de humor para venir, prefiero quedarme en casa con ella.

—Me parece estupendo —dijo Peter con una sonrisa—. Mira, el coche está justo ahí delante. Llévatelo. Y dile a Tania que necesita un jodido reloj de pulsera. Y uno de los buenos, además. En eso de llegar tarde todavía es peor que Ria.

Lena se rió con ganas.

—Ya lo sé, Peter, la verdad es que esa chica vive en su propia zona horaria. Me aseguraré de que los porteros te guardan la plaza de aparcamiento, ¿de acuerdo? Pero si no vuelvo, no te importa demasiado, ¿eh?

—Pues claro que no, colega —dijo Peter moviendo la cabeza a ambos lados—. ¡Joder! Si ya no podemos ni encontrar a alguien que nos lleve a casa, ¡es que estamos haciéndolo todo muy mal!

Lena abrazó a su cuñado y este le devolvió el abrazo. Luego Lena le dio un beso en la mejilla a su marido y él la estrechó con fuerza.

—Vuelve pronto, ¿eh, Lena? Por favor. Me parece que tú y yo tenemos comprometido un baile para un poco más tarde… Bueno, si es que ese cretino llega a tocar música de verdad en algún momento, por supuesto.

Lena se rió otra vez de buena gana mientras se abría paso a través del club atestado de gente. Y Daniel le dijo a su hermano Peter, en voz bien alta:

—La mejor decisión que he tomado en mi vida, tío: casarme con ella.

Peter asintió. Los dos hermanos estaban más que satisfechos de cómo transcurría la velada. El ambiente del club proclamaba a grandes voces su éxito, a lo que había que sumar unas buenas ganancias. Y unas ganancias completamente lícitas, por cierto.

—Ya lo sé, Dan; y me parece que en ese tema los dos lo hemos hecho muy bien. Se ve que sabemos distinguir una cosa buena en cuanto le echamos el ojo encima. No es como estas nuevas generaciones, que solo saben ver la fachada y son incapaces de comprender que el matrimonio es mucho más que eso.

Los dos hermanos seguían bromeando y riendo cinco minutos después cuando notaron y oyeron la explosión. La fachada del nuevo club se desintegró delante de sus ojos y allí dentro se desató un pandemónium absoluto.

Capítulo ciento quince

Peter Bailey miraba a su alrededor intentando calibrar la devastación que había causado la bomba. La fachada delantera del club estaba destruida totalmente, no quedaba nada, excepto un agujero enorme. A su alrededor todo eran víctimas, hombres y mujeres jóvenes que sangraban llenos de heridas. Al final, la fachada de cristal que habían diseñado con tanta dedicación había resultado ser nada menos que una verdadera arma blanca.

Imelda estaba sentada en el pavimento sucio de la acera, con su madre al lado abrazándola estrechamente, olvidada ya de la ropa nueva y las dos con cara de desconcierto.

Peter miró a Theresa e, incluso ahora, en medio de aquella carnicería, tuvo que admitir nuevamente que era un puto fenómeno. Hablaba con él tratando de recordarles, a él y su hermano, que no debían olvidar nunca qué era lo que de verdad estaba en juego allí. Se oían las sirenas de la policía y de los bomberos, se olía el hedor acre del incendio, del humo, y también se veía, desde allí, los restos de su coche. El coche en el que Lena había sido masacrada.

—Peter, hijo, ahora llévate a tu hermano de aquí. Llévatelo antes de que aparezca la bofia —le dijo.

Peter comprendió que su madre tenía razón; tenían que mantenerse unidos, al menos por el momento. Arrastró a su hermano, que estaba como aturdido, para alejarlo de aquel escenario; tenían que concentrarse en lo que pudiera pasar durante las próximas horas. La policía irrumpiría por allí tan de repente como si fuera una erupción, y los papeles irían soltando información como una vaca litros de leche. Para los polis aquello era un sueño: bombas, gente del hampa y el Soho. Era como volver a los sesenta.

—Daniel, escucha. Piensa con claridad. La pasma estará por aquí dentro de nada mirándolo todo, y tú no puedes decir nada de nada.

Daniel Bailey iba asintiendo mientras su hermano hablaba. Peter sabía que estaba absolutamente anonadado, que era incapaz de asumir el hecho de que su mujer había sido asesinada, que había sido reventada por la explosión hasta quedar hecha trizas. Daniel miró a la cara a su hermano mayor y, con las lágrimas rodándole por las mejillas, dijo en voz baja y en un tono tranquilo:

—Peter, *escúchame tú a mí,* hermanito. Todavía no te has dado cuenta, ¿verdad? Esa bomba la habían puesto *para ti,* colega. No para Lena.

Peter Bailey, de pie en la acera, estrechaba las manos de su hermano entre las suyas hasta que la terrible realidad que describía con sus palabras aterrizó en su conciencia.

Hasta ese momento ni se le había pasado por la cabeza.

Capítulo ciento dieciséis

Tania estaba fastidiada; sabía que lo de sus tardanzas ya era algo que se tomaba a broma toda la familia, pero le molestaba que su madre no se hubiera ni molestado en devolverle la llamada.

La idea de ir hasta el club y ver a su primo jugando a las familias felices no era algo que le entusiasmara, pero sabía que en algún momento tenía que dar la cara. En su opinión, cuanto más tarde, mejor, y aunque se había preocupado de tener el mejor aspecto posible, se daba cuenta de que nunca podría competir en serio con Bernadette O'Toole.

Lanzó un profundo suspiro y encendió un cigarrillo. Por lo general solo fumaba cuando bebía alcohol, pero aquella noche se sentía al límite, nerviosa.

Era pasada la medianoche y nadie se había molestado siquiera en llamarla por teléfono para ver si se encontraba bien y saber si iba a ir a la inauguración. Se sentía dolida. Al parecer, todo el mundo lo estaba pasando tan bien que se habían olvidado de ella. Sintió el aguijón de las lágrimas: es que ni su propia madre se había molestado en preguntarle si iría o no.

Apagó el cigarrillo y se dirigió hacia el dormitorio. La culpa era solo suya; nada más fácil que llamar un taxi; al fin y al cabo su familia era propietaria de la mayor parte de los taxis y paradas, así que no era porque tuviese que pagar. Pero, tozudamente, no había querido aparecer como si estuviera desganada aquella noche.

Ahora sentía pena de sí misma, y ya era demasiado tarde para aparecer allí por su cuenta. Mientras se desvestía, se preguntó por qué su madre no le había devuelto la llamada. No era nada propio de ella.

Tumbada en la cama, se sentía más sola de lo que nunca en la vida se había sentido. Había sido una tonta: tendría que haberse presentado en la inauguración con una gran sonrisa en la cara. Tenía tanto derecho a estar allí como cualquier otra persona; más derecho, en realidad, que esa Bernadette O'Toole, por ejemplo. Por lo menos ella sí que pertenecía a la familia.

Descolgó el teléfono que estaba en la mesilla al lado de la cama, marcó el número del móvil de su madre y, al ver que no conseguía conexión, sonrió. ¡Bueno, pues otro misterio resuelto! Probablemente su madre no tenía cobertura dentro del club. Eso la dejó satisfecha; siendo así, ya no se sentía tan abandonada.

Se recostó sobre las almohadas y se preguntó si Petey se lo estaría pasando bien esa noche. Confió en que así fuera. Petey siempre la hacía reír, siempre la hacía sentirse bien consigo misma; hacía que la vida pareciera emocionante. La realidad era que Petey flirteaba con ella y, aquello la hacía disfrutar mucho más de lo que dejaba ver. Petey le tomaba un poco el pelo, cosa que molestaba mucho a su hermano Danny, pero ella, la verdad, no lograba entender por qué se enfadaba tanto por semejante tontería.

Deseó ser mayor de lo que era, tener más años que Petey. Muchas noches, antes

de dormirse, representaba en su cabeza todo un verdadero guión cinematográfico en el que se tropezaba casualmente con él y él la miraba y de pronto la veía ya como una mujer, como alguien en quien merecía la pena fijarse. Estaba desesperada por lograr que al fin todos la viesen como una chica mayor, no como la pequeña Tania. Sin embargo, e incluso si sucediese lo imposible, sabía que su padre no lo permitiría, y sus hermanos muchísimo menos aún. Aquello no era más que un sueño, y la vida era de lo más injusta.

Deseó que su mamá llegara a casa, no era propio de ella estar fuera hasta tan tarde. Después de una salida nocturna, su madre siempre preparaba bebidas calientes para las dos y le regalaba el oído con sabrosas anécdotas de la velada. Tania quería muchísimo a su madre, y ambas estaban muy unidas. Su mami la comprendía de verdad, era muy afortunada por tener una madre así. Mientras crecía, mientras iba descubriendo las verdades de la vida y de la *Vida* del hampa, su mamá siempre había estado a su lado para hacer que se sintiese mejor cuando estuviera asustada.

Bueno, por lo menos su madre tendría que contarle los momentos más interesantes de la velada: se los contaría tanto si quería como si no. La verdad es que ahora deseaba haber ido y haber disfrutado de la noche y la fiesta. Sabía que habría sido una noche divertida, y que todas sus amigas se sentirían celosas incluso de que hubiera estado allí, no digamos ya de que formara parte de la organización, por así decir.

Suspiró con tristeza cuando por fin se dio cuenta de la verdad de su propia situación. En realidad era como si se hubiese pegado un tiro en el pie: había dejado pasar la oportunidad de que, finalmente, la trataran como a una adulta. Ni siquiera había sido lo bastante lista como para darse cuenta a tiempo, y entonces ya era demasiado tarde.

Capítulo ciento diecisiete

Como siempre, Terrence Allen parecía que estaba concediendo audiencia; se sabía más chistes que el humorista Frank Carson y nada le gustaba más que contarlos delante de la gente. Estaba con su hermano Billy en un pub de Southend Seafront…, un pub que era propiedad de los Bailey. Llevaba allí desde primera hora de la tarde, dato que podría ser corroborado por al menos veinte personas. Ahora estaban disfrutando del pub a puerta cerrada.

Estaba trompa, pero no tan trompa como para no saber lo que hacía. En realidad se lo estaba pasando muy bien. Pero también estaba en una compañía genial: todos eran hombres con opiniones parecidas, y, lo más importante, todos eran jefes. Eran hombres a los que los Bailey escucharían, y todos jurarían sobre una pila de biblias que los Allen estaban con ellos cuando estalló la bomba delante del club. Peter Bailey saltaría hecho pedazos y esos pedazos quedarían esparcidos por todo el West End como trocitos de papel antes de que terminase la noche.

Eso dejaría solo a Daniel, que podía jurar, y no se equivocaría, que ya estaba viviendo una prórroga. El hijo de Peter Bailey sería lo bastante astuto como para mantener bajo control a Daniel hasta que llegase la hora de poder quitárselo del medio también a él. Daniel Bailey tendría sus sospechas, eso era evidente. Pero pasaría un tiempo antes de que pudiera tener algún dato remotamente concreto que le permitiera actuar.

Terry Allen estaba satisfecho consigo mismo: había planeado aquello hasta el último detalle y, después de esa noche, cierta gente sabría con toda seguridad que él era un hombre con el que no convenía cruzarse. Ya estaba eufórico. Se sentía jodidamente bien, de eso no había la menor duda.

Al pedir otra ronda de copas vio que Dessie Graham, el gerente del local, entraba en la zona de la barra y, con una amplia sonrisa, le dijo con aire un poco chuleta:

—¿Qué tal, colega? ¿Estamos bien? Traes una cara que parece que hubieras perdido diez libras y encontrado un billete de una.

El hombre lo ignoró por completo, desenchufó la máquina de discos y esperó pacientemente a que todos los que estaban en el pub dejasen de hablar para entonces decir, con voz tranquila:

—Han puesto una bomba en un coche, en Londres. Y han matado a Lena Bailey, la mujer de Daniel.

Nadie dijo ni palabra. Algunas de las mujeres emitieron pequeños ruidos ahogados cuando comprendieron de qué forma había muerto Lena, y Terrence Allen casi podía notar físicamente el susto absoluto y el horror auténtico que experimentaban cuantos tenía alrededor.

Pero aquello no era nada comparado con el susto y el espanto que le iban invadiendo a él. Todo había salido espantosamente mal, y ahora estaba temblando de miedo.

La trágica noticia correría como el viento, como un incendio en el bosque, como ya imaginaba que ocurriría, solo que no era precisamente la noticia que él esperaba. Aquella noticia nunca la habría imaginado, ni en un millón de años. Lena Bailey era una mujer muy conocida; era una mujer respetada, la esposa de Daniel Bailey, ¡hay que joderse! No se suponía que fuera a morir de esa manera. Se suponía que moriría en su cama dentro de un montón de años. Su prematura muerte a deshora sería vista exactamente como lo que era: una absoluta, completa, jodida abominación.

¿Qué cojones hacía en el coche de Peter Bailey? Y, yendo más al grano, ¿por qué estaba sola, por qué no había nadie con ella? Aquello era malo, muy malo, aquello era malísimo para todos los afectados.

Capítulo ciento dieciocho

El dolor de su padre era manifiesto, y Tania no sabía muy bien cómo enfrentarse a él.

Sus hermanos estaban sentados en la gran cocina, todos con la cara blanca del susto, y todavía no eran capaces ni de llorar. Sabía que tenía que sentirse superada por el dolor, que tenía que sentirse abatida, pero en vez de eso estaba, simplemente, atontada. No era capaz de sentir nada, ni siquiera estaba segura de creerse lo que le habían dicho. Tal vez lo hubieran entendido todo mal: era imposible que su madre estuviera muerta. Era algo totalmente imposible.

Danny les iba sirviendo whiskies bien generosos, y ella, al deglutir aquel líquido abrasador, empezó a toser con la sensación de estar ahogándose porque le ardían la garganta y el estómago. Su hermano la tomó entre sus brazos y ella hundió la cara en su pecho; pudo oler el aroma acre del tejido quemado y comprendió que aquello era el epílogo de la muerte de su madre. La habían destrozado, la habían hecho pedazos con la explosión, no quedaba nada de ella, había desaparecido. Era una cosa surrealista.

Jamsie lloraba en silencio, como un niño, y Davey trataba de reconfortarlo. Cuando Danny la abrazó con fuerza, se vio a sí misma aferrándose a él con todas las fuerzas de que disponía. Noel estaba allí sentado, sin más, y miraba al frente sin ver nada.

Pero quien le preocupaba de verdad era su padre: lo veía con la mirada perdida, y parecía estar a punto de derrumbarse, de caerse redondo en cualquier momento. Nunca en su vida lo había visto tan vulnerable, tan humano. Y de alguna manera le parecía más pequeño, como aplastado.

Oyó que la nana entraba por la puerta principal y, en cuanto estuvo en la cocina, Tania se echó en sus brazos, agradecida de tener una mujer junto a ella. Su abuela era lo más próximo a su madre que había tenido: así había sido siempre.

Theresa estrechó a su nieta entre los brazos y le susurró una y otra y otra vez que todo iría bien. Pero Tania sabía que nunca iría bien, que ya nada volvería jamás a ir bien.

Tommy Barker se afanaba haciendo té, sirviendo bebidas y, como todos los demás *presentes, se* preguntaba quién coño podría estar detrás del incidente de aquella noche.

Y, como todos los demás, tenía sus propias sospechas.

Capítulo ciento diecinueve

Ria Bailey estaba de pie junto a su marido; llevaban horas metidos en la comisaría de West End Central y ahora, por fin, podían irse a casa de Daniel.

La buena mujer sabía que nunca jamás olvidaría aquella noche mientras viviera. Era algo completamente increíble. Que Lena, la pobre Lena, hubiera muerto de aquella forma.

Mientras entraban en la casa, Ria podía ver el rastro de su amiga por todas partes, desde el jersey tirado sobre el pasamanos hasta las zapatillas colocadas junto a la puerta principal. Destrozada en lo mejor de la vida, y destrozada por una bomba que estaba destinada a su marido. Eso era lo más desconcertante. Tendría que haber sido Peter quien estuviera hecho pedazos esparcidos por todo el West End. No Lena. Así que se sentía culpable porque, en lo más profundo, se alegraba de que no hubiera sido Peter el afectado, se alegraba de seguir teniéndolo a su lado. Se sentía fatal por sentirse así, pero esa era la verdad.

Pobre Tania; la chica no tenía más que diecisiete años y su madre ya había desaparecido, asesinada. Todo aquello era tan jodidamente injusto, tan *equivocado*.

Lena nunca le había hecho nada malo a nadie, la verdad es que era la mejor de todos ellos. Y ahora estaba muerta y nadie podía hacer nada para remediarlo, nadie podía traería de nuevo al mundo.

Cuando entraban en la cocina, Ria vio a Tania. La chica tenía un aspecto espantoso; su abuela la tenía abrazada, y Theresa parecía vieja, muy vieja. Era como si los acontecimientos de la noche hubieran acabado echándole encima los años que realmente tenía. Theresa no era tan fuerte como le gustaba pensar, y aquel era un golpe del que la anciana nunca se podría recuperar.

Un golpe del que *ninguno* de ellos se podría recuperar nunca.

Capítulo ciento veinte

Tania se preguntaba si hasta el tiempo se había conjurado para empatizar con ella: era un día oscuro y frío y la lluvia azotaba el parabrisas y resonaba con fuerza dentro de los confines del coche. El mundo exterior estaba gris, como descuidado, ruinoso, y así era exactamente como se sentía ella.

Iba en el coche sentada al lado de su padre mientras cruzaban el este de Londres. Habían ido a ver a los de la funeraria para organizar el funeral. Su madre iba a ser transportada por una carroza fúnebre con laterales de cristal tirada por cuatro caballos emplumados y enjaezados en negro y el ataúd iría forrado de plomo: lo mejor de cuanto se podía encargar.

Su padre era el que había llevado la voz cantante a la hora de disponer todo, sin escuchar ni una sola palabra de lo que le decía el encargado de la funeraria, quizás porque no parecía capaz de entender nada de lo que el hombre le preguntaba. Se había limitado, simplemente, a escoger lo más caro de lo que le ofrecían, y se le veía tan derrotado y, además, tan envejecido que a Tania se le partía el corazón. A decir verdad, seguro que su madre no habría querido todo aquello: Lena nunca se había sentido a gusto con las pompas y ceremonias excesivas, pero su padre consideraba que su mujer hubiera estado orgullosa de todo aquel boato, así que Tania se guardó su opinión. Su padre era el más afectado por la desgracia, más que todos los demás, incluida ella. Su padre, tuviera los defectos que tuviera —y eran legión—, había amado a su madre con verdadera pasión. Nadie podía discutir que la adoraba y que por eso llevaban tanto tiempo juntos.

Tania seguía sintiéndose extraña: la noticia no acababa de asentársele en la cabeza, al menos no como debería. Todavía esperaba que su madre apareciera en su dormitorio por la mañana trayéndole una taza de té y diciéndole que ya era hora de levantarse, o que entrase en la cocina y se la encontrase planchando mientras la cena iba haciéndose poco a poco sobre el fuego y sonaba Radio 2. Pero nada de eso volvería a suceder, y sabía que no tenía otro remedio que aceptarlo así. Nada volvería a ser igual, nunca volvería a ser lo mismo para nadie de la familia. Sus hermanos hacían piña en torno a su padre, tan preocupados como lo estaba ella por su reacción cuando saliera de su estupor.

Lo había oído por casualidad la noche antes; la policía se había presentado en casa y a ella le pareció que el que hacía las preguntas era su padre, y no al revés, como habría sido lo normal. De hecho supuso que su padre debía de tener alguna relación extraña con ellos, y que las cosas no eran exactamente como sería normal que fueran. Era su padre el que los amenazaba, el que les exigía que encontraran a los culpables. Había sentido ganas de echarse a reír. ¡Culpables! La palabra sonaba fuera de lugar, incluso anticuada, pero ella sabía que su padre lidiaba con el tema de la única manera que sabía.

La joven se temía que, una vez se percatase en serio de la realidad, su padre sería

capaz de cualquier cosa. Había oído y visto lo suficiente a lo largo de los años para saber que su padre no era un hombre con el que conviniera enfrentarse. El hecho de que la bomba que había matado a su madre estuviera destinada a su tío Peter le había hecho comprender lo peligrosísima que era la *Vida* para todos cuantos estaban involucrados en ella. Se había cobrado la vida de su primo Jack y se había cobrado la de su madre. ¿Quién sería el próximo?

Delroy Junior se había portado maravillosamente con ella. Había estado allí de verdad para ayudarla, incluso aunque las circunstancias de la muerte de su mamaíta también le hubieran golpeado a él como un verdadero martillo pilón. Era como si todos hubieran despertado a una nueva realidad; hasta ahora ni a su padre ni a su tío, ni a nadie de la familia, en realidad, se les había ocurrido que sus vidas corrieran un peligro real. Su padre estaba destrozado, pero, leyendo entre líneas, Tania podía adivinar también que era incapaz de comprender el hecho de que alguien se atreviera a desafiarles…, a ellos, ¡a los *Bailey*! No se le ocurría definir la situación más que como algo *absolutamente increíble* e *inadmisible*. Y conforme pasaban los días, cada vez se centraba más y más en ese tema. Era como si necesitase dejar liquidada la cuestión antes de permitirse sentir el duelo propiamente dicho.

Tania supuso que ella era más Bailey de lo que ninguno, ella incluida, había advertido hasta entonces, porque se había quedado sorprendida al descubrir que si era ella la que averiguaba quiénes eran los culpables, los liquidaría con sus propios medios. Y de inmediato. La idea de saberse capaz incluso de sentir semejantes emociones la había dejado atónita; saber que podía estar tumbada en la cama, completamente despierta y planeando su venganza contra los responsables, al principio le hizo sentirse muy mal. Y había luchado contra esos pensamientos. Pero, al igual que su padre y sus hermanos, empezaba a verse consumida por esas ideas, que, en realidad, la hacían sentirse mejor, más capaz de tomar en sus manos el control de la situación. Los que habían asesinado a su madre no tenían el menor derecho a andar paseando de un lado a otro como si nada hubiera sucedido, no tenían ningún derecho a seguir viviendo cuando su madre estaba muerta, se había ido para siempre, nunca más podría abrazarse a ella, nunca llegaría a conocer a sus nietos ni asistiría a la boda de su hija. Tania querría verlos muertos tanto o más que su padre. Tal vez así fuera capaz de dar rienda suelta a su aflicción.

—¿Tienes hambre, Tania? —La voz de su padre la sobresaltó. En los últimos tiempos estaba de lo más solícito. Aunque con ella se encontraba como pez fuera del agua; él siempre había estado allí, a disposición de su hija, pero consideraba y creía que una hija necesita a su madre. Su madre, que, por otra parte, había hecho todo cuanto había podido para protegerla de la *Vida*. Y ahora, irónicamente, formaba parte de ese mundo del hampa tanto como el resto de ellos porque, finalmente, había sido arrastrada a él, las circunstancias de la muerte de su madre lo habían hecho posible. La absoluta violencia de aquella muerte, el desprecio absoluto por la vida humana no habían dejado más opción.

Ahora Tania y su padre se necesitaban el uno al otro. Tania necesitaba la fuerza y el deseo de venganza del padre. Porque lo que más esperaba en el mundo era ver realizado ese deseo.

Negó con la cabeza y dijo:

—La verdad es que no, papá. No tengo nada de apetito.

Él le posó tímidamente una mano enorme sobre la pierna; era de lo más torpe a la hora de mostrar sus afectos. Intentaba con todas sus fuerzas hacerlo bien con la chica, y en momentos como ese, ella se daba cuenta de lo que quería decir su madre exactamente cuando aseguraba que tal vez su padre fuera un hombre de pocas palabras, pero que tenía sentimientos mucho más profundos de los que la gente le atribuía. Hasta ahora Tania había creído sinceramente que su madre solo le decía aquello para que se sintiera mejor ante la evidente incapacidad de su padre para mostrar cualquier afecto. Nunca había tenido la más mínima habilidad a la hora de hablar de verdad con ella, pero hasta entonces eso no le había importado porque siempre tenía a su madre junto a ella. Si tenía que ser realmente sincera, siempre se había sentido un tanto recelosa ante su padre y su evidente propensión a perder los estribos y enrabietarse por la cosa más nimia.

Se acordó de repente del día de su primera comunión y de lo que había presenciado en los servicios de caballeros. A lo largo de los años había habido otras ocasiones en que había visto desatarse ese lado de su personalidad ante la gente en general. Algunas amigas del colegio habían oído historias sobre su padre. Había matado a un hombre y a su hijo pequeño. Había dejado inválido a otro sin tener demasiados motivos. Y como todo el mundo, Tania había oído rumores, pero claro, tenía una perspectiva diferente a la de las personas que no eran de su familia, porque para ella era su papá. Y si ella se lo pedía, su padre removería cielo y tierra para complacerla. En cuestiones de cariño, tal vez no fuera el hombre más expresivo de todo el planeta, pero seguía siendo su padre y sabía que se preocupaba muchísimo por ella.

Jamás dejaría que su madre supiera que le habían contado aquellas historias. Lena no habría podido soportar saber que su hija conocía cosas tan atroces. Lo sorprendente era que, a pesar de que Tania supiera que no estaba bien, también había llegado a creer que allí tenía que haber habido algo más de lo que había visto la gente ajena de la familia. Eran una familia de delincuentes, delincuentes por cierto de mucho éxito. Pero resulta que también eran su familia, así que no sería ella la que juzgara a ninguno de ellos, y mucho menos a su papá.

Su padre no le había contestado, ni tampoco podía decirse exactamente que hubiera comido, aunque su abuela había vuelto a instalarse en su casa y se había puesto a cocinar como una posesa. Sus hermanos estaban contentos con la presencia de Theresa, y Theresa también lo estaba. La abuela sabía bien cómo estaban las cosas, y a lo largo de los años había ido intentando hacerle comprender a su nieta algunas de las interioridades de la *Vida* del mundo del hampa. De hecho, y a pesar de

lo vieja que era, la abuela tenía un cerebro que era como un cepo de acero, nada se le escapaba, y Tania ya había comprendido a lo largo de los últimos días lo importante que era su opinión para el resto de la familia. La verdad es que estaba adquiriendo una verdadera educación solo con oírla hablar, y eso le alegraba porque le permitía concentrarse en algo. También notó que su abuela consideraba que ya iba siendo hora de que ella, Tania, supiera cuál era el valor y el precio reales de ser una Bailey, que supiera exactamente lo que eso implicaba.

Suspiró con fuerza, y luego parpadeó para apartar las lágrimas que le enturbiaban la vista.

—Espero que descubras al que puso la bomba, papá —dijo muy seria—. Y espero que le hagas pagar por ello.

Daniel Bailey lanzó una mirada rápida a su hija; le apenaba profundamente que Tania hubiera tenido que crecer tan deprisa, tan de repente, y que hubiera perdido a su madre. Pero pudo notar en su voz la determinación de los Bailey y al oírla comprendió al instante que aquella jovencita formaba tanta parte de su familia como todos los demás. Saber eso le habría roto el corazón a su Lena, pero él veía con toda claridad que sería la fuerza de los Bailey la que acabaría ayudando a su hija a superar todo aquello.

—No te preocupes, cariño. Estoy en ello.

En ese momento sonó el móvil de Daniel y contestó mientras esperaban a que cambiase el semáforo. Estaba en Stepney. Ni siquiera saludó al que llamaba. No lo hacía nunca; cuando respondía al móvil, siempre se limitaba a escuchar lo que le decían. Tania, en cambio, utilizaba su teléfono como una herramienta social, como algo que la mantenía en contacto con su mundo y sus amistades; su padre y sus hermanos usaban el móvil lo menos posible y, cuando lo hacían, nunca decían nada que pudiera ser importante. Tania se acordaba de las *veces* que su padre paraba el coche para hablar desde una cabina pública, lo que era un fastidio cuando la llevaba a casa de alguna amiga, porque ella tenía móvil y se lo podía dejar, y encima él también tenía uno y nunca lo usaba. Él siempre decía que odiaba aquellos aparatejos y creía que la gente que andaba con el teléfono continuamente pegado a la oreja acabaría teniendo cáncer en el cerebro o algo todavía peor. Ella se reía, aunque él no se enfadaba porque para eso era un hombre galante y a la antigua. Ahora, sin embargo, Tania comprendió que si no lo utilizaba era para que nadie pudiera escuchar sus conversaciones desde algún sitio y acusarle de cualquier cosa improcedente.

La chica pegó un salto en el asiento al oír a su padre gritar por el teléfono, muy cabreado:

—¡Ya voy de camino!

Tania se vio proyectada hacia un lado cuando su padre metió la marcha e hizo un giro prohibido, para cabreo de los demás conductores que les rodeaban.

—¿Qué ha sucedido? ¿Pasa algo, papá?

Daniel no le contestó; corrieron a toda velocidad por las calles mientras a su

alrededor iba cayendo poco a poco la noche. Tania tenía la sensación de que aquello era algo importante, y apoyó con fuerza la espalda en el respaldo del asiento mientras pensaba cómo era posible que no se sintiese ni remotamente asustada.

Capítulo ciento veintiuno

El almacén de chatarra estaba tranquilo y Danny se había asegurado bien de que los perros del guarda estuvieran fuera del perímetro cerrado. El viejo que hacía la guardia de noche recogió a los animales y los encerró sin decir palabra; sabía que lo mejor era no cuestionar nada de cuanto pudiese concernir a los Bailey. Y mucho menos ahora. Todo el mundo sabía que la familia pasaba por una crisis muy seria, de modo que a nadie que tuviese un mínimo de células útiles en el cerebro se le iba ni a ocurrir interferir de alguna manera en el tema o, todavía peor, cuestionar una orden directa de arriba. La muerte de Lena Bailey no iba a pasarse por alto, y en eso, *todos* estaban de acuerdo.

No se permitía a nadie entrar en aquellas instalaciones a no ser que fuera acompañado por un miembro muy cercano de la familia. Daniel Bailey era de la vieja escuela: creía que la mejor forma de defensa era estar parapetado detrás de cualquier tipo de vallado; no era una persona tan ilustrada como su hermano mayor o, por supuesto, sus hijos. Todos pensaban —erróneamente, como se acababa de demostrar — que eran inmunes a las represalias. Daniel siempre había sabido que, si de repente las cosas se torcían de cojones, siempre era mucho mejor tener un buen blindaje que una puta puerta de oficina. Ahora también sus hijos se habían convencido de las bondades de su forma de pensar, especialmente el mayor, que había empezado a apreciar la necesidad de disponer de una estructura así, y también daba gracias a Dios de que ya hubiera una en uso. Danny se daba cuenta de que su padre andaba más metido en el baile de lo que él se había pensado. Con los años, Danny, igual que todos los demás, había ido adormeciéndose en el sopor que propiciaba aquella falsa sensación de seguridad, pero la muerte de su madre había servido para desengañarlo.

Recorrió con la vista el interior de la caseta de obra en la que estaban instalados, contento de que su padre la hubiera colocado de tal forma que para cualquiera que no estuviese allí resultaba imposible saber lo que pasaba en su interior. A lo largo de los años su padre había ido levantando un telón de acero que rodeaba completamente la caseta. Gracias a ese muro, el habitáculo no solo resultaba un espacio total y absolutamente privado, sino también más o menos insonorizado. Desde fuera nadie podía oír los gritos que se produjeran dentro, e incluso si por alguna remota casualidad los oían, el hecho de que la caseta fuera propiedad de Daniel Bailey garantizaba de todas formas que nadie iba a molestarse en averiguar lo que pasaba. Danny tenía sus propias sospechas sobre la identidad del asesino de su madre, pero a menos que se concretasen en algo muy tangible, no osaría proclamarlas en voz alta, al menos mientras la familia estuviese como estaba en esos momentos. Necesitaba estar absolutamente seguro antes de poner una bomba y hacer pedazos a todos los implicados.

Miró a Dessie Graham; podía notar las oleadas de terror que emanaban de él y se obligó a guiñarle un ojo para hacer que se sintiera cómodo. Sentía pena por él. Dessie

era un buen tipo, y hacía falta tener muchos huevos para ir hasta allí de aquella forma.

Dessie Graham, un hombre guapo entrado ya en la sesentena, estaba tan nervioso que se sentía físicamente enfermo. No era algo de lo que hubiera que avergonzarse: en situaciones como aquella cualquier persona que estuviese en sus cabales tendría los nervios de punta. Pero él tenía que decir lo que tenía que decir; los Bailey se habían portado bien con él, y él era una persona leal, y además se ufanaba de serlo. Dessie llevaba el pub de los Bailey en Southend Seafront y no tenía más remedio que ir allí y comentar sus sospechas con los hombres que le pagaban el sueldo. Y un buen sueldo, además. Cuando salió de la trena después de comerse doce años dentro, Daniel y Peter le habían dado un trabajo que llevaba aparejadas unas buenas ganancias, y eso no lo olvidaría nunca en su vida.

Había acudido a la cita solo, sin compañía, dato que Danny y sus hermanos constataron con respeto. En los tiempos que corrían, muy pocos hombres se habrían atrevido a ir solos a una reunión como aquella. No era muy probable que el humor de los hermanos Bailey —y muy en especial de Daniel Bailey— fuera exactamente de una gran cordialidad en aquellos momentos trágicos de su vida.

Cuando Daniel Bailey entró en la caseta con su hija, Dessie notó que el corazón se le aceleraba. Estaba tan aterrorizado que se sentía a punto de sufrir una apoplejía fulminante, y eso a pesar de que era completamente inocente de cualquier desmán contra el clan de los Bailey. Por supuesto que también había un incentivo añadido: cualquiera que llegase con alguna información interesante recibiría un sabroso premio por las molestias. Pero a Dessie le gustaba pensar que él hacía aquello desinteresadamente, de manera que si hacía lo correcto y luego se llevaba alguna recompensa, eso no sería más que un merecido suplemento.

—Dessie. Me alegro mucho de verte, colega. —Daniel Bailey le estrechó la mano con firmeza y Dessie empezó a sentirse un poco más relajado—. Me han dicho que querías hablar conmigo.

Dessie asintió.

Danny hizo un gesto a su padre para indicarle la presencia de su hermana. Quedaba claro para todos, incluida su hermana, que no querían que permaneciera en aquella habitación. Su padre soltó un resoplido.

—Llévatela a la oficina del vigilante nocturno. Enciéndele la estufa y ponle la tele para que se entretenga.

—¡Estoy muy bien aquí! ¡Ya no soy una cría! —protestó Tania.

Sus hermanos se echaron a reír. Davey la tomó suavemente del brazo y la sacó de la caseta de obra. Cruzaron el patio rápidamente; la muchacha hacía notar lo molesta que se sentía, pero a él le importaba un bledo. Ya se le pasaría.

Al conducirla dentro de la habitación, Davey le dijo, muy amable:

—Tienes que comprenderlo, hermanita, tú no puedes verte involucrada en esto, ¿vale?

—¡Pero si yo ya soy parte de esto! Soy tan Bailey como cualquiera de vosotros. —La chica notaba la pena en los ojos de su hermano, que comprendía la verdad de sus palabras.

—Mira, Tania, es que todo esto puede salirse un poco de madre. Y tú, cariño, cuanto menos sepas, mejor.

La chica suspiró de pura frustración.

—¡Coño, Davey, que ya no soy una jodida cría!

Davey se volvió hacia ella y la chica notó la sorpresa de su hermano ante el empleo de ese lenguaje.

—¡No hables así! ¿Vale? ¿Crees que mamá te habría dejado hablar de esa manera, eh? Ten un poco de respeto.

Davey salió de la pequeña habitación y Tania se sentó en el sillón maloliente. Rechinó los dientes y se preguntó cómo era posible que siguieran tratándola como a una niña pequeña después de los días que habían pasado. Su madre había sido destrozada por una bomba —una bomba que iba destinada a su tío—, porque había cogido aquel coche para ir a buscarla *a ella*, así que llevaba todos esos días sufriendo minuto a minuto aquel espantoso sentimiento de culpa. Quería tomarse venganza del culpable tanto como lo querían ellos, ¿cómo era posible que no se dieran cuenta? Y finalmente lo que quería también era llorar, pero desde luego no pensaba hacerlo.

Se puso de pie y observó a su hermano mientras volvía a cruzar el patio corriendo. La lluvia caía a raudales, y se sintió más sola de lo que se había sentido en toda su vida.

De vuelta en la caseta, Danny sirvió una copa de brandy bien colmada para cada uno y, al ver que Dessie se echaba la suya al coleto de un solo trago y muy nervioso, le dijo en tono amable:

—Cuéntale a él lo que me contaste a mí.

Dessie asintió. Notaba los ojos de aquel hombre taladrándole, y confió en estar haciendo lo correcto. Si se equivocaba, se exponía a verse implicado y acusado de toda clase de agravantes, y no solo por los Bailey. Sudaba de miedo: era tanta la tensión en aquel cuarto que casi le impedía articular palabra.

—He oído un rumor, Daniel, y no sé si debería repetirlo, ¿comprendes? No quería involucrar a nadie en el asunto. Pero consideré que vosotros sí que teníais que saberlo.

Daniel Bailey se limitó a mirarlo fijo. Dessie veía con claridad la huella que la muerte de su esposa había dejado en él, y sentía verdadera lástima por aquel hombre. Todo el mundo sabía perfectamente que Lena Bailey era su gran amor, y ahora aquello se había convertido en toda una leyenda urbana debido al modo terrible en que había muerto.

Danny le hizo un gesto con la cabeza para animarle a que siguiera.

—Cuéntaselo sin más, Dessie.

Dessie respiró hondo antes de decir, en voz más bien baja:

—En esa época no le di muchas vueltas; solo era una cosa de la que había oído hablar de refilón, quiero decir, que les jodan a todos, ¿sabes? Pero después de lo que ha pasado…

Todos los chicos pegaron un bote, sobresaltados al oír el repentino bramido de su padre:

—¡Joder, Dessie! Escúpelo de una vez, ¿quieres?

La cara del hombre se puso todavía más pálida; parecía totalmente una estatua de mármol, de tan rígido como estaba. Sus ojos reflejaban un terror de lo más abyecto y luchaba por conseguir emitir algún sonido. Todos se sentían desesperadamente solidarios con él, porque su padre sentía verdadera necesidad de oír lo que tuviera que decirles, y, en cualquier caso, el tema era lo bastante importante para él como para haber solicitado aquella reunión. Estaban deseando que Dessie acabara de una vez.

—Oí algunas cosas en el pub, fue la noche que… Cuando… bueno, ya sabéis, cuando Lena… —otra vez se le encasquilló el discurso cuando trataba de explicarse.

Daniel puso los ojos en blanco y los alzó al cielo de pura impaciencia.

—Doy por hecho que te refieres a la noche en que a mi mujer la hicieron volar por los aires, con su cuerpo desperdigado por todo el West End, la noche que se suponía que el que tenía que morir era mi hermano y no ella. ¿Te estás refiriendo a esa jodida noche, Dessie, o es que hubo otra jodida noche de la que yo no tengo ni la más jodida noticia?

Danny, consciente de que su padre estaba absolutamente a punto de estallar, dijo en todo sereno, sin alterarse lo más mínimo:

—Vale, papá, oigamos qué es lo que nos tiene que decir, ¿vale? —Sonrió amablemente a Dessie y le dijo—: ¿Te encuentras bien, Des? ¿Necesitas otro trago?

Dessie asintió sin palabras y luego se aclaró ruidosamente la garganta. Jamsie empezó a servirle más brandy mientras todos esperaban a ver qué era lo que tenía que decirles.

Daniel Bailey estaba como un gato escaldado, pero sabía que su hijo tenía razón y que debía mantener la calma y dejar que el hombre dijera lo que tuviese que decir, aunque contenerse le resultaba duro.

—Billy Allen estaba en los servicios, metiéndose una raya. Yo estaba en uno de los retretes, tenía que soltar el vientre, llevaba todo el día con la barriga dura, así que no se enteró de mi presencia. Bueno, el caso es que entró Terrence y estuvieron los dos charlando, diciendo esas tonterías que siempre se dicen cuando esnifas coca y bueno, ya sabéis, meterse una raya y todo eso. Pero entonces Billy va y le dice a Terry: «Me gustaría cantidad estar allí, ¿y a ti?», y Terry se echó a reír con él. Entonces entró Stevie Taylor y todos se pusieron a charlar otra vez de lo mismo, otra vez de la misma mierda de siempre. Yo me quedé en mi cubículo hasta que se marcharon. En ese momento comprendí que sería mucho mejor mantener la discreción por si acaso lo que habían hablado tenía que ver con sus negocios privados; ya sabéis cómo son los Allen, sobre todo ese mamonazo de Billy. Y, claro,

yo no quería que supieran que había oído poco o mucho de unas conversaciones que, evidentemente, eran privadas. Y la verdad es que no volví a acordarme del asunto hasta bastante después. Cuando más tarde recibí la llamada y me contaron lo que había sucedido en el club, lo de la pobre Lena, me fui hasta la barra del bar y les solté la noticia a todos los que estaban allí. Habíamos cerrado el local solo para nosotros, así que toda la gente que estaba dentro eran de los nuestros, digamos. Pero cuando volví a pensar en el tema al día siguiente, me acordé de que cuando estaba explicando a la gente del bar lo que había sucedido, lo de que habían matado a Lena, Terrence Allen pareció a punto de caerse redondo allí mismo, junto a la barra. Para entonces yo ya estaba un poco trompa, y me había metido unas rayitas también, pero tú ya sabes que a mí no se me olvidan las cosas, Daniel. Y cuanto más pensaba en el asunto, más me parecía que tenía que venir a verte y contarte lo que había. Ya sé que recientemente Peter y tú les habíais dado un aviso bien serio a los hermanos Allen, y también sé que no les entusiasmó gran cosa lo que hicisteis. Pero bueno, oye, mirad, si todo esto que os cuento os parece una puta mierda, os pido mil perdones, pero pensé que tenía que contárselo a alguien.

Daniel Bailey contemplaba a Dessie Graham como si no lo hubiese visto en la vida. Tenía un rostro duro e inexpresivo, se le veía capaz de hacer cualquier cosa. Literalmente. Forzó su expresión para lucir una amplia sonrisa en la cara, adelantó su enorme mano, apretó la de Dessie y la sacudió arriba y abajo a toda velocidad mientras le decía:

—Hiciste lo que había que hacer, Des. Ahora esta conversación debe quedar entre nosotros, no le comentes nada a nadie. Y no solo porque yo te lo pida, sino también porque los Allen no se tomarán nada bien que nos lo hayas venido a confiar a nosotros, de eso puedes estar seguro. Te agradezco mucho que hayas venido aquí, colega, y además sé que eres más de fiar que un billete de libra. Si eso ayuda, entras en lista para un regalito especial, ¿de acuerdo?

Danny ya se sabía la partitura y, en cosa de pocos minutos, se vio escoltando a un Dessie Graham mucho más relajado desde la caseta de obra hasta su coche. Después de darle las gracias una vez más y de prometerle un premio por su lealtad, volvió junto a su padre.

—Ya tengo a mis hombres por ahí en busca de los Allen, papá; ahora mismo, mientras hablamos, ellos andan de caza. Pero todavía no he dicho ni una palabra de todo esto ni al tío Peter ni a sus hijos. Me pareció que era mejor decírtelo a ti primero y que tú decidieras por dónde tirar a partir de aquí.

Daniel miró a su hijo y vio, por primera vez desde hacía siglos, lo mucho que aquel chico se parecía a él. Mirarle era como verse a sí mismo cuando era joven.

—No creí que ese par de mamones tuvieran huevos suficientes, hijo. Pensé que había sido cosa de los rusos, porque esos rusos se han hecho famosos por traidores, aparte de por las bombas. Me pareció que este asunto era obra de alguien de peso, ¿sabes? No de un jodido par de matones de pacotilla como los Allen. Ese memo de

Billy no sirve ni para atarse los cordones de los zapatos. Y los dos juntos no son más que unos matoncetes de cuarta… no habrían podido mantenerse si no nos hubieran tenido a nosotros detrás. Y seguro que Terry era perfectamente consciente de eso.

Noel miró a su padre mientras digería la información. Lo peor de todo era el insulto: que su esposa hubiera podido ser asesinada por hombres de un rango tan inferior al suyo y al de él que no merecían siquiera ser tomados en cuenta. Estaba sentado en silencio con Davey y Jamsie, y sabía muy bien que, ahora, ellos tres formaban una sola entidad. En realidad no necesitaban a sus primos para nada. Los tres tenían la misma opinión: lo único que les interesaba era que quienquiera que fuese el responsable pagara caras sus acciones. Hasta ese momento nunca había pensado en todos ellos como una sola familia sin incluir también en la ecuación a sus tíos y primos; ahora veía con claridad que su padre era el verdadero cabeza de *su* familia, de la familia que constituían él y sus hermanos. Su padre era una verdadera fuerza de la naturaleza; iba por su propio camino, para bien o para mal, y nunca cambiaría. Ellos eran los Bailey, claro que sí, pero en la realidad constituían entidades separadas; eran la misma familia, sí, pero eran distintas caras de la moneda. Había hecho falta que su madre muriese tan prematuramente para que todos se diesen cuenta de cómo eran las cosas.

—¿Tú qué piensas, hijo? ¿Crees que los Allen tienen huevos suficientes para montar semejante número?

Danny se encogió de hombros. Se quedó unos instantes pensándolo y luego encendió un cigarrillo. Dio una calada bien profunda y dijo, sincero:

—Una vez los tengamos aquí, podremos preguntarles de qué estaban hablando, pero yo creo que *son* lo bastante idiotas como para montar un numerito como ese. Tienen contraídos algunos méritos, papá, pero se olvidan de que todos los méritos los han obtenido asociados con nosotros. Ese Terry es tonto de cojones, de eso no hay duda, tan tonto como para creer que puede permitirse pisarnos a nosotros, jódete. En fin, esa es la naturaleza de la bestia, ¿no se dice así? Es un puto sinvergüenza, sería capaz de timar a su madre si creyese que con eso ganaría puestos en su carrera.

—Yo tampoco me fío nada de él, papá —dijo Davey con una risita mordaz—, para mi gusto, siempre acaba siendo más escurridizo de la cuenta. Y siempre tiene algún comentario en la boca, siempre tiene que decir algo y pasarse de sarcástico, ¿entiendes? Se comporta como si fuera un duro de película, pero ahí el duro de verdad es Billy. Sin él, los otros no servirían para una mierda.

Daniel se quedó impresionado por la inteligencia de su hijo, encantado de que Davey hubiese sabido percatarse de todo.

Sonó el móvil de Danny. Suspiró.

—Al parecer Billy Allen está viniendo para aquí. Hicieron falta cuatro de los muchachos y una puta pistola eléctrica para poder meterlo en la furgoneta. Al parecer tiene un pedo del quince.

Daniel Bailey miró la cara de sus dos hijos y dijo, muy cabreado:

—¡Que se joda! No es ni la mitad de duro de lo que se cree.

Danny movió la cabeza para mostrar su acuerdo con la opinión de su padre, pero dijo, muy serio:

—De todos modos prefiero a su hermano. Terrence es como todos los matones: en el fondo es un jodido cobarde de primera.

Capítulo ciento veintidós

Peter Bailey miraba a Ria, que estaba preparando la cena. Estaba preocupado por ella. Desde la muerte de Lena, Ria estaba mucho más callada; se notaba que le dolía muchísimo la ausencia de su amiga. Siempre habían estado muy cerca la una de la otra, y la muerte de su amiga les había forzado a ver cómo era la auténtica realidad de sus vidas. Ria sabía, igual que lo sabían todos los demás, que la bomba estaba destinada a él. Estaba claro que el responsable tenía una agenda diferente de la que parecía ser la opinión general.

Lo de que Lena muriese en su lugar también había afectado a Peter; el sentimiento de culpa era abrumador. Si aquella noche no le hubiera dado las llaves de su coche, Lena todavía estaría allí, su hija seguiría teniendo una madre, su hermano seguiría teniendo una esposa a la que adoraba y su propia mujer seguiría conservando a su mejor amiga.

Ria se lo había tomado muy mal. La muerte de Lena le había vuelto a traer recuerdos que había luchado mucho por olvidar. Nunca habían hablado con gran detalle de Jack y sus travesuras; ella había aceptado su muerte de la misma manera que siempre había aceptado todo lo que Peter decidía hacer. Al igual que Lena, era una mujer que volvía la vista hacia su marido a la hora de buscar un guía e, igual que Lena, confiaba ciegamente en él para que los mantuviera a todos perfectamente a salvo. Pero ahora estaba seguro de que esa fe se había quebrantado.

Peter todavía no se había recuperado del shock, pero, como todos ellos, iba enfocando sus sospechas. No compartía la opinión de su hermano de que tenía que haber sido obra de alguien con una inteligencia superior; a él le parecía que era más bien obra de un aficionado. Había sido un intento de lo más chapucero de quitarlo del medio a *él*. Según los expertos forenses de la policía con los que había hablado, se trataba básicamente del trabajo de un aficionado. O sea, que no era un trabajo profesional en sentido propio, aunque al final hubiera cumplido perfectamente su cometido. ¡Como si ellos mismos no pudieran perfectamente fabricar uno igual por su cuenta y riesgo! Lena *estaba* muerta. Con todo el jodido dinero que habían invertido en pagar a la pasma a lo largo de los años y ahora con lo único que les salían era con lo más absolutamente evidente. Increíble. Un verdadero insulto, ¡joder! Típico de la puta pasma: ni una sola pista. Como el propio Daniel les había señalado, eran incapaces de llegar a su propia casa sin un mapa y un puto sherpa. Bueno, pues ahora ya tenían plena conciencia de que iban a tener que sacar pronto un conejo o lo que fuese de la chistera si querían mantener sus ganancias. Se habían dado mucha prisa para coger el dinero, pero ahora que se esperaba de ellos que supieran ganárselo con los hechos, se comportaban como unas colegialas nerviosas en la primera cita. Asustados de que se descubriesen sus embustes, y teniendo finalmente que hacer algo por su cuenta, la pasma estaba actuando con demasiada falta de interés para su gusto.

Todos cuantos se movían en su ambiente sabían qué había pasado: era solo

cuestión de tiempo que alguien sumase dos y dos y dijera cuatro, de eso sí que estaba más que convencido. Pero, como le había subrayado a Daniel, estaban a merced de cualquiera que decidiera recurrir a ellos para sacarse un dinerillo extra, y eso quería decir que siempre habría alguien que quisiera embolsarse ese poquito más; alguien que quisiera, en último término, tener *todo* lo que *ellos* tenían. Si Peter se hubiera muerto, tal y como estaba planeado, Daniel se habría quedado sin socio, sin aquel pariente tan cercano. Y el siguiente al que se habrían quitado del medio habría sido a él. Era más que evidente.

Así que ahora tenían a todas sus fuerzas de choque a la busca y captura de traidores, además de olfateando a fondo todas las diferentes organizaciones con las que tenían tratos. Y aun así, Peter seguía teniendo la corazonada que había sido un trabajo de aficionados: la gente que estaba en la cúspide habría hecho un trabajo muchísimo más limpio.

Capítulo ciento veintitrés

Billy fue el único de los hermanos Allen al que pudieron localizar, y era todavía más duro de lo que Daniel estaba dispuesto a reconocerle. Se comportaba totalmente como si hubiera sido él quien hubiese decidido estar allí, no como si lo hubiesen metido por la fuerza, a golpe de pistola eléctrica, en una furgoneta con las ventanillas tapadas. Su arrogancia resultaba tan descarada, tan flagrante, que ya era un verdadero insulto por sí misma.

Los chicos estaban por allí alrededor, de pie y esperando a recibir las órdenes de Daniel, como este esperaba. Eran unos buenos chicos.

Notaba en su interior que la rabia que siempre había sentido iba subiendo, y le dio la bienvenida. Desde que Lena había muerto, había vuelto a notar cómo se gestaba y crecía de hora en hora, hasta quedar solo pendiente de un hilillo. Aquel hombre, completamente desconocido para él, era exactamente lo que necesitaba: una excusa para soltar un poco de vapor.

—Sacad la podadera de ese cajón de ahí y atadlo a la silla.

Noel y Jamsie se apresuraron a hacer lo que se les pedía. Daniel les sirvió una copa a cada uno, escuchando con una media sonrisa los gruñidos y protestas de Billy Allen mientras lo obligaban a sentarse en la silla de metal de la mecanógrafa y lo ataban con fuerza para que no pudiera moverse.

—¡Joder, Daniel, tío! No te creerás que vas a meterme miedo, ¿verdad? —Billy lo dijo casi riéndose de puro escarnio, como si aquellos fueran unos pobres tontos y él la única persona que tuviera una pizca de inteligencia.

Billy Allen era conocido por ser un hombre duro, y él se vanagloriaba de ello. Para él, su enorme fuerza lo era todo, lo definía. También era un hombre leal, al más puro estilo de la vieja escuela, otra cosa que consideraba importantísima para ser quien era y para determinar cómo era percibido por las personas con las que trataba. Pero no logró impedir que una nota de inquietud resonara en su voz. Era extraño comprobar cómo la amenaza de violencia resultaba siempre mucho más intimidante de lo que la gente se imaginaba. Ahora que estaba allí amarrado como un pavo, el menor de los hermanos Allen empezaba a darse cuenta por fin de lo precaria que era su situación. Él siempre había dado por hecho que hablando por aquella boca lograría persuadir a cualquiera y ahora, iba dándose cuenta de que aquel no era el caso.

Danny estaba de pie, sujetando la mano de Billy extendida contra el brazo de la silla mientras su padre empezaba a arrancarle a aquel hombre un primer dedo. Billy Allen hizo acopio de valor y se preparó para el dolor, el cuerpo en tensión, las venas abultadas en la frente. Pero estaba decidido a permanecer en silencio, a no suplicar como habría hecho un hombre menos hombre que él.

Fuera de allí, Tania había visto cómo sacaban a Billy a rastras de la furgoneta que había llegado poco antes, y esperó hasta que la furgoneta volvió a salir del patio y sus hermanos cerraron la verja para escabullirse fuera del pequeño cubil del vigilante

nocturno. Temblando de frío, había llegado cautelosamente hasta la caseta de obra y se había situado en un punto desde el que podía ver lo que sucedía dentro. Vio a Jamsie de pie junto a la puerta abierta y a sus otros hermanos desplegados por el recinto de la pequeña oficina; y, lo mismo que ellos, se puso a contemplar a su padre, que ya se ponía manos a la obra. Al cabo de un buen rato, el hombre empezó a gemir. Y, oyendo su agonía, la muchacha se quedó muy sorprendida de no experimentar ninguna reacción adversa ante lo que presenciaba.

Capítulo ciento veinticuatro

Peter Bailey le contó a su hijo Petey lo de la captura de Billy Allen mientras iban sentados en su BMW serie 6 y se dirigían a toda velocidad hacia su cementerio de chatarra. Peter estaba contento de que su hermano se hubiese negado a vaciar el *local, al* menos por el momento; había tenido toda la razón; siempre había dicho que algún día necesitarían la privacidad que les proporcionaba.

—Por lo que dijo Danny, ese hombre es un puto fenómeno. Hay que reconocerle el mérito que se ha ganado: mi hermano le ha ido arrancando todos los dedos de la mano derecha y el tío ha seguido sin soltar prenda. Y eso que le está amenazando con toda clase de cosas.

Petey notó la admiración sincera que resonaba en la voz de su padre, y comprendió que también él tenía que decir algo.

—¿Cómo es que se lo llevaron allí? ¿Quién dio su nombre?

Vio que su padre se encogía de hombros antes de contestar, midiendo las palabras:

—Todavía no lo sé. Lo único que sé es que a mi hermano le soplaron algo y que ahora me quiere allí. En mi opinión, sería mucho mejor que Daniel lo arreglara todo él solo; al fin y al cabo fue su mujer la que murió. Pero, por la misma razón, la verdad es que también sabe que el blanco que buscaban era yo. Como si alguno de nosotros fuera a olvidarse alguna vez del tema.

Petey asintió con aire ausente. El miedo iba creciendo en su interior: había sido muy poco honesto en materia de negocios y había permitido, como siempre, que su codicia se impusiese a su sentido común. Los Allen podían ocasionarle incontables problemas, y la enorme gravedad de la cuestión empezaba a afectarle. Les estaba robando a los suyos, y en más de un sentido. Era muy consciente de la opinión de su padre sobre lo que consideraba debilidades de todo tipo; su padre, que en realidad ya no tendría que seguir estando allí, que tendría que estar muerto, consideraría sus acciones como equivalentes a un verdadero motín.

—¡Como un puto toro, ese Billy Allen! Me acuerdo de que hace años se le echaron encima como seis tíos de golpe y después todos y cada uno de ellos dijeron que nunca en su vida habían tenido una pelea así. Al final le dieron candela, pero el tío se encargó de que tuvieran que sudar la gota gorda para ganarle.

Ya estaban cerca de la chatarrería y Petey sintió que se mareaba de miedo. Mientras esperaban a que se abrieran las puertas, vio que su padre le lanzaba una mirada y se dio cuenta de que estaba poniendo a prueba sus nervios.

Una vez aparcado el coche, tuvo que forzarse para ir andando hasta la caseta prefabricada. Llovía con fuerza, y mientras seguía a su padre por aquel laberinto de paredes de hierro sintéticas, se quedó impresionado de la planificación de su *tío*. Si alguien los atacaba en ese preciso instante, la pasma no sería capaz de arreglárselas en medio de aquel sitio. Era como una puta madriguera de conejos, y la chatarra era

la defensa principal. Su tío había estado realmente brillante al pensar todo aquello.

Según se iban acercando a las oficinas, Petey iba oyendo los gruñidos animales de Billy Allen, y al subir las escaleras vieron a Noel Bailey en el quicio de la puerta. Les sonreía como si aquella fuera una visita normal entre parientes.

Dentro todo estaba lleno de sangre, y la peste a sudor, sangre y orina en aquella habitación tan pequeña resultaba abrumadora. Quedaba claro que Billy Allen ya estaba en las últimas, y Petey sintió que le invadía una sensación de alivio.

Billy estaba derrumbado en la silla de oficina; una de sus manos no era más que un muñón tumefacto, y los dedos, incluido el pulgar, yacían por el suelo, esparcidos junto a sus pies. El ojo derecho había desaparecido. Peter Bailey supuso que se lo habría arrancado su hermano, probablemente con una de las cucharillas que solían usar cuando se preparaban una taza de té allí dentro. Billy parecía salido de una película de terror de Wes Craven, pero poco dispuesto a admitir su derrota. Seguía luchando, mientras perdía y recuperaba la conciencia. La cantidad de sangre que había perdido a aquellas alturas ya habría matado a cualquier persona normal.

Daniel Bailey miró a su hermano y meneó la cabeza haciéndole un gesto de negación, pero Peter se dio cuenta de que estaba impresionado a pesar de todo lo que estaba sucediendo allí. Billy Allen se empeñaba en hacer el papel de hombre duro y aguantar hasta el amargo final.

—No le sacaremos nada, Pete. Yo creo que hasta le está gustando esto, menudo loco cabrón, quiere demostrarnos lo duro que es.

Peter sabía que aquel hombre tenía que estar sufriendo una agonía mortal; su hermano, cuando empezaba, ya no paraba de buscar el modo de causar el mayor dolor posible, y especialmente en algo que le afectara de forma personal.

Danny dijo con voz bien fuerte:

—Necesitamos al mamón de Terrence. Tengo a toda la gente buscándolo. Ese sí que es un jodido cobarde, un cobarde de primera. Ese no nos duraría ni un minuto, no como este puto chiflado.

Peter suspiró para mostrar su asentimiento.

—Entonces doy por hecho que no ha soltado nada, ¿eh?

Daniel negó con la cabeza, consternado.

—Ni una puta palabra —dijo—, aunque, eso sí, le saqué unos cuantos berridos.

Su hermano se echó a reír.

—Si no hay cerebro, ¡no hay dolor! ¿Cuántas veces habremos oído eso, eh?

Daniel asintió. Luego se acercó al escritorio y cogió un pequeño soplete que tenía allí.

—Quítale los zapatos y los calcetines —le dijo a Jamsie.

Jamsie hizo lo que le decían y Petey siguió allí de pie junto a sus primos, contemplando la escena con creciente inquietud; hasta *él* se daba cuenta de que ya no se podía hacer nada por aquel hombre, que no podía ni siquiera mantener enfocado el único ojo que le quedaba y reconocer algo o alguien de lo que tenía alrededor. A

ninguno de los que estaban allí le importaban un comino los dolores que sufría, salvo en la medida en que pudieran beneficiarlos. Entonces, ahí, en ese momento, Petey vio a su familia y vio la *Vida* con una asombrosa claridad; era un idiota por no haberse dado cuenta de la verdad hasta ese momento. Vio a su padre quitarse la chaqueta y doblarla con sumo cuidado para luego pasar sobre la sangre sorteando los charcos con mucha precaución para no mancharse los zapatos y dejarla bien colocada en el otro despacho. Luego regresó junto a su hermano y, tras sacarse un encendedor del bolsillo, prendió la llama y se encendió un enorme puro habano.

Danny y Davey levantaron el pie derecho del pobre hombre y Peter observó cómo su tío ajustaba la llama y luego la colocaba a dos dedos de la planta del pie de Billy.

El grito fue espantoso. Y su tío, con una risa maligna, dijo en voz bien alta:

—No pienso dejar que te vayas en paz, mamón de mierda. Dime lo que quiero saber y acabo contigo ahora mismo. Un final rápido y limpio.

Billy Allen apenas estaba consciente, pero todavía se las arregló para escupir:

—Que te jodan, Bailey.

El olor a piel quemada era agobiante, y Petey tenía la sensación de que toda la comida que se había tomado unas pocas horas antes intentaba hacer el camino de vuelta al mundo en general. Necesitó echar mano de toda su fuerza de voluntad para evitar que el estómago se le vaciase de golpe por todo el suelo. Vio que su primo Danny le miraba fijamente, dándose perfecta cuenta de que lo estaba pasando mal; sintió una chispa de vergüenza ante aquella debilidad evidente por su parte. Sabía que en la *Vida* del hampa todo era matar o que te matasen, así tenías que ser capaz de hacer cualquier cosa que se te exigiese para poder mantenerte a salvo, y no solo a ti, también a tu familia. Nunca se habría imaginado que fuese así de flojo, aunque siempre había reconocido, en el fondo, que él no se encontraba tan cómodo como sus primos con los aspectos más violentos de su trabajo. Oh, bueno, sí que podía aguantar lo que le echaran, podía hacer todo lo que fuera necesario, pero siempre había sido un fervoroso defensor de las bondades de saber delegar en otras personas las tareas menos apetitosas. Era bueno a la hora de administrar una buena paliza, de darle a cualquiera una buena lección, pero eso de torturar era algo completamente distinto.

Ahora entendía por qué su padre y su tío eran tan respetados y reverenciados por tanta gente. No se andaban con escrúpulos, y por lo que se veía tampoco sus primos. Encendió un cigarrillo, más como excusa para apartar la mirada del bulto sanguinolento que alguna vez había sido Billy Allen que porque de verdad quisiera fumar.

Daniel Bailey le tomó el pulso al pobre hombre, meneó la cabeza con gesto de fastidio y dijo bien fuerte:

—No va a durar mucho más.

Cogió un vaso de cerveza que le alargaba su hijo menor, arrojó el líquido contra la cara de Billy y esperó pacientemente a ver si volvía en sí. Pasaron unos minutos antes de que Billy Allen abriera el ojo. Tenía un aspecto espantoso, pero los fue

mirando uno a uno. Intentó reírse, pero la risa se le convirtió en una tos espasmódica y a continuación, sin previo aviso, se puso a vomitar sangre a todo su alrededor.

Los chicos se apartaron instintivamente, pero a Danny salpicó en plena cara. Sus hermanos se echaron a reír al ver su evidente gesto de horror; de un salto cogió rápidamente un trapo viejo que vio encima de uno de los archivadores, se limpió y dijo con una gran cara de asco:

—¡Lo último que me faltaba! ¡Jodido mamón! ¡Lo ha hecho a propósito!

Peter Bailey miró a su hermano y le dijo en tono tranquilo:

—Se está muriendo, Daniel. No durará mucho más.

Daniel asintió en silencio: estaba de acuerdo.

—Echarlo en el maletero del Sierra negro que está en la parte de atrás: es el próximo que va a entrar en la prensa. Así que mañana por la mañana a primera hora estará embutido en un ataúd de metal de dos pies por dos.

—Su hermano tiene que darse cuenta de que ha entrado en la puta lista de desaparecidos. Es raro que nadie lo haya localizado hasta ahora, ¿no te parece, papá?

Daniel miró a su hijo mayor.

—Delroy tiene a todo el mundo buscándolo. Ya lo encontraremos, no te preocupes.

Petey soltó el humo de su cigarrillo haciendo todo el ruido posible. Oían con toda claridad los estertores de Billy Allen luchando por conseguir aspirar unos pocos últimos alientos.

—Este memo se piensa que nos ha ganado la partida. ¡Joder, el tío! ¡Se piensa que ha muerto como un puto héroe! ¡Mira que se puede llegar a ser tarugo! Y el hecho de que no haya hablado nos dice que sabía más de lo recomendable. ¿Por qué estar dispuesto a sufrir todo lo que ha sufrido? —Jamsie estaba realmente atónito ante la estupidez de aquel individuo.

Daniel suspiró. Luego dijo:

—Ha muerto sabiendo que nunca se fue de la lengua y que nunca delató a nadie, así que, en cierta manera, hijo, murió como un héroe; puede que no para nosotros, pero sí para sí mismo y para quien fuera que estuviera protegiendo. Lo que ahora sí que sabemos, sin embargo, es que si los hermanos Allen no fueron los máximos instigadores del problema, no cabe ninguna duda de que al menos saben de quién se trata. Estaban metidos en el ajo.

Peter Bailey vio la lógica que encerraba el razonamiento de su hermano.

—Bueno, confiemos en encontrar a su hermano, y cuanto antes, mejor, antes de que tenga la oportunidad de contarle a quien esté involucrado con él que el juego está prácticamente acabado. Aunque el hecho de que andemos detrás de los Allen bastará para alertar a cualquiera que esté asociado con ellos.

Todos se mostraron de acuerdo y todos hablaban a la vez. Peter echó una ojeada por la caseta y vio con un humor tranquilo que allí dentro nada había cambiado desde que compraran el solar hacía ya tantos años; el único cambio, y circunstancial, era la

sangre que ahora lo empapaba todo.

—Hay que vaciar este sitio por completo, Daniel. Aquí hay mierda bastante para mantener en marcha al viejo Londres toda una noche de sábado. Todo fuera, de las alfombras a las mesas de despacho. Todo tiene que irse fuera.

—Arreglado —asintió Daniel—, no te preocupes. Mañana mismo quedará como nuevo. Ya tengo en ello a Phillip Harrison, el colega de Delroy. Tiene una empresa de limpiezas industriales, y Delroy asegura que es un puto mago con la sangre. Limpia escenarios de crímenes para la pasma, y para quien sea; gana una fortuna y encima es legal. La verdad es que es maravilloso de cuántas maneras puedes sacarte una puta pasta en estos tiempos, ¿no crees?

Peter había oído hablar de aquel tipo y, como a su hermano, le asombraba cómo era capaz la gente de encontrar nichos de mercado; pero bueno, supuso, debe de ser cosa de los tiempos. Los crímenes hacían ganar mucho dinero a mucha gente, desde luego.

Oía la lluvia tamborilear en el techo; sonaba como una ametralladora. Echó una mirada afuera. Pensó que había visto a alguien en la puerta principal; fueron apenas unos pocos segundos antes de que su cerebro registrase que era su joven sobrina que venía con todo el aspecto de una rata empapada, con la cara borrosa por culpa de la intensa lluvia que azotaba los cristales de la caseta. Al principio pensó que eran las luces que lanzaban destellos, pero luego la vio moverse. Y entonces se dio cuenta de que era ella, y que lo había visto todo mientras sucedía.

Ahora la chica lo miraba a los ojos y él vio que no parecía perturbada; lo miraba a través de la cortina de lluvia como si estar allí fuera la cosa más natural del mundo. Pero de pronto se dio la vuelta abruptamente y de repente había desaparecido y regresaba a toda prisa hacia su pequeña oficina.

Peter Bailey la observó mientras corría, con la cabeza calculando a toda velocidad las posibles implicaciones de lo que de verdad la muchacha podría haber visto. Estaba tan conmocionado que titubeó durante largos minutos, antes de volverse hacia su hermano y bramar muy enfadado:

—¿Pero qué putos cojones está haciendo aquí Tania?

Capítulo ciento veinticinco

Terrence Allen estaba tan sorprendido como horrorizado de verse tan asustado. Hasta ahora había creído que era incapaz de sentir un terror tan tremendo, siempre se había considerado un hombre de aplomo, un hombre de carácter. Pero ahora era consciente de que estaba completamente equivocado sobre ese tema y sobre todos los demás; deseó con verdadera desesperación no haber pasado nunca por alto aquella ley no escrita que decía que no hay que andar jodiendo con los que son más fuertes que tú. Había cometido un error fatal al creerse el más listo de todos.

Se preparó una raya sobre la mesa sucia y mientras inspiraba bien a fondo el polvo blanco sintió el golpe de la coca golpear su cerebro. Sorbió con más fuerza, notando el sabor amargo que le inundaba ya la garganta, mezclándose con los mocos. Le entraron un par de arcadas involuntarias, se tragó las mucosidades y la coca que arrastraban con ellas y le dio un buen trago a su botella de cerveza para ayudar a que bajase todo.

La única luz que lograba ver al final de un túnel largo y oscuro era la lealtad innata de su hermano. Billy no diría ni una palabra, daba igual lo que le hicieran. Billy era así de memo, vivía y respiraba para mostrarse como la quintaesencia del hombre duro. Espeso como la mierda, desde luego, pero aun así un hombre con indudables principios y creencias de los de antes.

Eso no quería decir, sin embargo, que los Bailey no fueran a encontrar un modo de romper su resistencia. Daniel Bailey era conocido por ser capaz de torturar alegremente a cualquier individuo mientras se tomaba el almuerzo. Fueran cuales fuesen las opiniones que hubiese tenido de la gente sobre sus métodos, ahora todo lo que hiciese pasaría a ser aplaudido por las mismas personas que con anterioridad susurraban que era un jodido loco de remate. Sus acciones —emprendidas para vengar la muerte de su mujer— solo servían para aumentar su reputación.

Echó una mirada por todo el piso y meneó la cabeza al ver el estado de suciedad en que estaba todo, pero, en fin, se trataba de un refugio seguro, y eso lo necesitaba ahora más que las comodidades materiales. Allí tenía cervezas, whisky, cigarrillos y drogas; tenía, pues, cubiertas las principales necesidades de un fugitivo, porque ahora él *era* un fugitivo. El piso estaba en Barking, y estaba catalogado como edificio a demoler, así que él era el único habitante. Abrió ligeramente las cortinas y miró afuera, a la oscuridad; lo único que vio fue lluvia y basura. No tenía más luz que la de unas velas, así que no se podía decir que iluminasen brillantemente un local en el que, por añadidura, hacía un frío de muerte.

Había una estufa de butano puesta al mínimo, pero no parecía que fuera a durar mucho más tiempo encendida; deseó haber sido más previsor y haber almacenado los suministros necesarios para el caso de que sucediera lo que al final había sucedido. Pero no había literalmente ningún otro sitio al que ir; los Bailey se sabían al dedillo todos los demás refugios, y él ya no conocía a nadie de quien se pudiera fiar de

verdad, ni siquiera en su propio círculo. Al fin y al cabo, había jodido la marrana mucho más de la cuenta: la muerte de Lena Bailey no era algo que le fuera a hacer ganar muchos puntos. A no ser que a los Bailey les sucediese algo realmente drástico, él ya llevaría puesta la etiqueta de persona non grata en un futuro previsible.

Intentó una vez más dar con Petey Bailey en el móvil, pero o lo tenía apagado o se le había acabado la batería, así que volvió a dejarle otro mensaje y confió, contra toda esperanza, que todo saliera bien.

Puede que Billy hubiera convencido a los Bailey de que eran inocentes. Por desgracia, su comportamiento en la fiesta de compromiso no había sido muy bien valorado: había enseñado la patita muy pronto, demasiado pronto. La arrogancia era su mayor defecto. En aquellos *momentos* había pensado que tenía motivos para mostrarse arrogante. Y ahora la gente para la que había estado trabajando todos aquellos años se lo servirían en una bandeja y, además, sin pensárselo dos veces.

Terry se dejó caer con todo su peso sobre el viejo sofá del cuarto, un sofá que parecía y olía como si lo hubieran comprado en tiempos de la guerra de Corea, y esperó sentado.

Lo de tener que esperar era lo peor.

Capítulo ciento veintiséis

Petey Bailey miró a su joven primita y sonrió. Hasta entonces no se había dado cuenta de la preciosidad en que se había convertido Tania, ni de lo mucho que había madurado físicamente durante el último par de años. Incluso así como estaba, calada hasta los huesos y tiritando de frío, daba gusto mirarla.

Petey había insistido en llevarla a casa, y ella se quedó muy agradecida y se negó a que la llevase nadie que no fuera él. Estaba contento de haber dejado la chatarrería; ahora parecía el héroe del momento. Su padre se había puesto hecho una fiera al darse cuenta de que la muchacha andaba por las inmediaciones de la caseta. Pero con todo lo que estaba pasando, Petey se percataba de que la chica más bien andaba perdida en medio de todos aquellos líos. No eran tiempos normales, como le había indicado a su padre, y, por lo tanto, no se podían esperar comportamientos normales.

Pero quien le había sorprendido de verdad había sido Tania: había sabido argumentar su opinión con una fuerza y una pasión que nunca hubiera creído posibles en una chica tan joven. Había arremetido contra todos con verdadera pasión, recordándoles que la que había muerto era su madre y que ella tenía todo el derecho a saber quién era el responsable. También había señalado que era una Bailey desde que nació, y que como no era sorda, tonta ni ciega, había ido dándose cuenta de todo, desde muy jovencita. Ahora ya tenía casi dieciocho y, lo mismo que el joven Delroy, tenía tanto derecho como los demás a ser tratada como una adulta.

Él los había dejado allí, rebatiendo, e insistió en que tenía que volver a casa y calentarse debidamente para no acabar con una neumonía o algo todavía peor. Se había comportado como el perfecto caballero con su armadura reluciente y todo.

—¿Estás bien, Tania?

Tania asintió tristemente.

—¿Cuánto has visto de lo que pasó, cariño?

La muchacha se encogió de hombros, aunque al mismo tiempo muy emocionada de que la llamase «cariño»; se lo había imaginado muchas veces diciéndoselo. Aquel hombre formaba una parte muy importante de su vida, aunque él ni se imaginase que Tania se pasaba todo el tiempo pensando en él. Para ella era impresionante, el equivalente a una estrella del rock o a un actor de cine. Petey tenía exactamente todo lo que ella consideraba que era importante en un hombre. No se trataba solo de que fuera guapo, era también la manera que tenía de comportarse con ella: no se podía pedir más.

En el coche estaba haciendo ya demasiado calor y Petey deseaba abrir una ventanilla para que entrase un poco de aire fresco, pero se daba cuenta de que la chica probablemente estuviera muerta de frío. Esa noche la joven se había convertido en una herramienta de gran utilidad, bendita mujer: había logrado sacarlo de toda aquella puta mierda.

—No sé por qué todos piensan que soy tan frágil como una muñequita de

porcelana. Fui *yo* la que perdió a su madre, ¿recuerdas? Así que me importa un bledo si alguien tiene que sufrir, la cuestión es descubrir quién lo hizo.

Petey advirtió la determinación en su voz, pero venía mezclada con un gemido casi infantil que demostraba bien a las claras lo jovencita que todavía era. Era evidente que ponía toda su voluntad en intentar mostrarse fuerte. Petey se imaginó, y acertaba, que trataba de formar parte de la empresa familiar porque necesitaba tener la sensación de estar haciendo alguna cosa constructiva y no, simplemente, lamentándose de su desgracia. Comprendió cómo debía de sentirse, y que la chica era, tal y como ella misma había dicho, una auténtica Bailey, mucho más Bailey de lo que ellos habían sabido comprender. Tenía los mismos genes y la misma fuerza de carácter de su abuela. Algún día, y de eso estaba seguro, sería una mujer de la que todos estarían orgullosos.

—No tendrías que haber metido las narices donde no te llamaban. Tendrías que haber escuchado a tu hermano y haber esperado con paciencia como te pidió.

La chica soltó un bufido de fastidio.

—Creía que tú estabas de mi parte —dijo.

Entonces él se rió, con una risita discreta, un tanto exasperada.

—Y lo estoy, Tania, créeme que lo estoy, cariño —dijo—. Pero tienes que comprender que saber ciertas cosas puede ser muy peligroso, y ahora tú sabes algo que realmente no es conveniente que sepas. Suponte que la pasma te detuviese. Suponte que te encierran en una habitación y te dicen que, a menos que les cuentes todo lo que ellos quieren saber, te van a encerrar, ¿eh? ¿Qué me dices de eso?

La chica se quedó unos momentos sin responder. Luego dijo, sarcásticamente:

—¡Como si eso fuera a pasar alguna vez! Nuestros padres no les dejarían acercarse a mí ni por asomo, y eso lo sabes tú tan bien como yo.

Se quedó impresionado con su lógica y su confianza en la capacidad de la familia para protegerla.

—En eso tienes razón. Te lo concedo —le respondió Petey—. Pero, oye, ¿qué habría pasado si Terrence Allen te hubiera secuestrado por la calle para obligarte a que le dijeras dónde estaba su hermano? ¿Y si ese mismo Terrence Allen decide usar la fuerza bruta para hacerte decir lo que quiere saber? ¿Piensas que habrías podido tener la boca bien cerrada tal como hizo su hermano? ¿Y si, por ejemplo, te amenazase con cortarte los dedos? ¿Le habrías dicho lo que quería saber?

No se sintió capaz de contestarle con total sinceridad porque sabía que era él quien tenía razón: se habría sentido aterrorizada. Se quedaron en silencio hasta que llegaron a casa y, una vez dentro, la chica se volvió hacia él y le dijo con voz tranquila y suave:

—Creo que tengo la sensatez suficiente como para saber comportarme y mostrarme como una perfecta inocente y hacerle creer que no sé nada que merezca la pena. Pero si Terrence Allen fuera lo bastante idiota como para venir a por mí, secuestrarme en la calle o lo que sea, creo que sería tan consciente como yo de que no

podría dejarme volver a casa nunca más. Así que es un argumento irrelevante, ¿no te parece?

Entonces se echó a llorar porque el alcance de las palabras de Petey había penetrado ya en su mente mientras los aullidos de Billy Allen se le iban clavando en el cerebro. Corrió hacia su primo, se arrojó en sus brazos y él la estrechó, impresionado por la capacidad para la lógica de aquella muchacha y consciente de que, sin duda, estaba creciendo muy deprisa.

Mientras le acariciaba el pelo, notaba también su cuerpo apretándose contra él. Lo estrechaba contra el suyo, y desde luego no había duda de que la chica había madurado: notaba perfectamente que ella era tan consciente como él de la reacción que le producía el abrazo. Estaba excitado; Tania no solo era joven y estaba dispuesta a cualquier cosa, sino que también tenía peligro, y un gran peligro, por cierto. Era su prima, la hija de su tío, su niñita, y estaba ofreciéndose a él. Y aunque se daba perfecta cuenta de que lo que hacía estaba mal, no podía evitarlo. Siempre le había gustado muchísimo el cortejo, siempre le había entusiasmado la conquista, y allí, ahora, se le estaba ofreciendo la máxima fruta prohibida posible, una fruta que, precisamente por eso, sería la más dulce que hubiera probado nunca. Le gustaba ser el primero, y le gustaban jovencitas.

Cuando la chica le pasó el brazo alrededor del cuello y le forzó a acercar su cara a la de ella para besarlo, Petey Bailey se olvidó de todo lo que no fuese que la tenía allí, llena de deseo, y que nadie les iba a interrumpir durante las próximas horas.

Capítulo ciento veintisiete

—Es como si hubiese desaparecido; nadie le ha visto ni sabe nada de él. —Delroy sonaba tan frustrado como en realidad se sentía.

Era lo que Peter y Daniel habían esperado. Ahora, mientras Daniel se cambiaba de ropa tras darse una buena ducha de agua helada, sabía que no podían hacer otra cosa que esperar. Tenían a todos los muchachos a la caza del objetivo: sacaban a la gente de la cama por la fuerza, visitaban cada uno de los pubs o clubes que se les iban ocurriendo. Y ofrecían una recompensa lo bastante sustanciosa como para tentar hasta a los más prósperos de sus homólogos. Pero había que seguir esperando, y eso era lo más difícil de todo.

—Debe de haber descubierto que andábamos en su busca. Se habrá enterado de lo de su hermano, esté donde esté… y debe de estar cagado.

—Pienso que tiene que haber alguien más metido en esto —dijo Delroy con un fuerte suspiro—; él solo no se atrevería a hacer una cosa tan jodida. Así que lo que tenemos que hacer es averiguar con quién puede estar aliado. Tiene que ser uno de los jefes, alguien que le dé la seguridad de tener poder y huevos suficientes para aceptar el reto de enfrentarse a nosotros. Y la verdad es que, literalmente, no se me ocurre nadie así de esta parte del Watford Gap. Ni los del norte tienen a alguien con semejante peso detrás. Pero *tiene* que *tener* a alguien detrás, y tiene que ser *alguien* que nosotros conocemos.

Daniel Bailey tenía el aspecto de un hombre que estaba llegando al final de su aguante, y Delroy se dio cuenta de que ya le iba resultando casi imposible mantener la calma.

Daniel hizo chasquear ruidosamente los nudillos y luego dijo, con una seguridad heladora:

—Pienso que sea quien sea, Delroy, está más cerca de lo que nos gustaría creer. Piénsalo bien, cojones: ¿quién más se iba a atrever a pretender quitar del medio a Peter? Oh, sí claro, los conocemos… ni a un perro ciego le llevaría mucho tiempo descubrir su rastro. Lo que ahora necesitamos averiguar es quién cojones es el que más se beneficia del asunto.

Peter asintió para mostrar que estaba de acuerdo.

—Tiene razón, Delroy, tiene que ser alguien de la empresa. Alguien en el que confiamos.

—Y tan pronto como atrape a esos cabrones —dijo Daniel con una sonrisa torva —, todos pagarán por sus putos pecados, joder, te juro que pagarán. Si tengo que hacer picadillo a todos los del puto equipo directivo a base de un buen martillo pilón y unos buenos alicates, lo haré. Los haré picadillo. Pero pienso llegar al fondo del asunto de un modo o de otro, ya lo creo que llegaré, y me importa un carajo si caen muchos o pocos en el combate.

Delroy y Peter intercambiaron una mirada. Estaba claro que Daniel no

descansaría hasta llegar al fondo del tema. Pero comprendieron la amenaza: la muerte de Lena y cómo se había producido era una razón más que suficiente para cualquiera de ellos.

Capítulo ciento veintiocho

Tania estaba en el séptimo cielo. Por fin había logrado lo que quería: ahora tenía a Petey tumbado en la cama a su lado y notaba que los dos corazones latían perfectamente sincronizados. Él la tenía rodeada con su brazo, y ella nunca se había sentido tan feliz. Era como si toda su vida no hubiera tenido otro objetivo que conducirla a aquel momento.

Sentía todo su interior irritado, y notaba la humedad del hombre entre las piernas, pero el dolor y la incomodidad le recordaban, simplemente, que ya no era una muchachita virgen. Pasara lo que le pasase después de aquello, siempre recordaría quién había sido el primero. Se había entregado a aquel hombre de todo corazón, y él la había poseído con delicadeza y despacio, lo que le había demostrado que la amaba.

Tania nunca hubiera creído que existiese algo que te hiciera sentir *tan* maravillosamente. Se preguntó si su madre podría verla desde donde estuviese; conocía sus sentimientos por Petey, y estaba convencida de que comprendería que después de todo lo sucedido durante los últimos días Tania tuviera necesidad de ser amada de aquella manera.

Había perdido tanto, y tan deprisa, que lo único razonable era aprovechar toda la felicidad que se le pusiera por delante. Nadie sabía mejor que ella lo fácilmente que pueden cambiar las cosas, lo fácilmente que pueden arrebatarte a las personas queridas. Se había quedado vacía por dentro, y ahora Petey, su Petey, el Petey al que amaba con todo su corazón, la había hecho sentirse viva de nuevo.

—Oh, Petey, nunca imaginé que alguien podía sentirse de esta manera.

Petey, pasada ya la euforia, se preguntaba qué demonios se habrían apoderado de él. Si la chica se lo contaba a alguien, estaría prácticamente muerto. Los hermanos de Tania ya eran lo bastante malos, pero si se enteraba su *padre*, el de ella, o, que Dios le ayudara, si se enteraba el suyo de lo que le había hecho a la muchacha, estaría definitivamente acabado.

La abrazó suavemente, pero al contemplar su cara, adorable y confiada, supo que tendría que encontrar una manera de salir de allí, de alejarse *de ella*, y encontrarla inmediatamente. ¡Tenía que haber perdido la cabeza, joder! Si la chica se lo contaba a alguien, a *cualquiera*, habría algún asesinato de por medio. Tendría que haberla dejado en paz. ¿Qué demonio le había poseído? ¿Por qué hacía esas cosas? Ni siquiera se trataba de que la chica fuese algo tan especial. Era muy guapa, sí, pero no tanto como para justificar las consecuencias que se producirían si eran descubiertos. Tenía que alejarse de allí, y tenía que asegurarse de que Tania guardaría el secreto.

—Escúchame, Tania —le susurró en tono tranquilo—, todo esto ha sido algo verdaderamente estupendo. Nunca podré darte las gracias lo suficiente por regalarme algo tan especial, cariño. Pero no tendríamos que haberlo hecho; nunca tendríamos que haber dejado que sucediese. Eres tan joven y tan atractiva, pero nos estamos engañando a nosotros mismos si creemos que esto puede seguir adelante.

Tania lo miró y vio la cara con la que tanto había soñado justo delante de ella: aquellos ojos castaños, aquella piel del color del chocolate, aquella hombría. Ahora podía olerlo en su propio cuerpo, sentir el dolor de su acto de amor. Recordó cómo la había mirado mientras la desnudaba y que ella no se había sentido avergonzada ni torpe, convencida de que él sentía por ella lo mismo que ella sentía por él.

Ahora, sin embargo, veía cómo el pánico iba creciendo en los ojos de él, sintió la repentina necesidad que lo embargaba de estar en cualquier parte que no fuese en aquella cama con ella. Sintió que, ahora, ya lo había perdido, y lo supo con tanta seguridad como sabía su propio nombre.

—Oye, cariño, mira, tengo que irme. Pero tienes que comprender que esto nunca tiene que saberlo nadie, ¿de acuerdo? Eso complicaría mucho las cosas, y no sólo a ti y a mí. No lo olvides.

Era una advertencia, estaba, en realidad, tratando de asustarla para que guardara silencio. Y ella comprendió entonces, con tremenda claridad, que aquel hombre la había utilizado, y lo había hecho de la peor manera posible. Había tomado sin más lo que se ofrecía y ahora ya solo quería alejarse de ella. Sus sueños y esperanzas de niña habían quedado al desnudo, y ahora ella misma podía ver que no eran más que simples deseos infantiles.

Mientras él se vestía, lo observaba con tristeza. Se movía torpemente a causa de las prisas y ante sus ojos quedó la blanquecina flaccidez que le envolvía el vientre y la grasa que se le iba acumulando en los muslos. Era mucho mayor que ella y, hasta ese momento, la cosa no había tenido mayor importancia. Pero ahora lo veía tal y como realmente era, y en lo más hondo de su corazón, lamentaba haber desperdiciado algo tan precioso con alguien que se lo merecía tan poco.

Cuando por fin terminó de vestirse, se arrodilló al lado de la cama y la miró a la cara, a aquella cara blanca y demacrada.

—¿Qué tal te encuentras, cariño? ¿Estarás bien?

Pero ella supo, por puro instinto, que a él le importaba un bledo si ella estaba bien o no; en realidad nunca le había importado. Ahora, para él, ella no solo era una mercancía usada, también era alguien peligroso. La fuerza que le dio comprender eso mitigó bastante la humillación que estaba sintiendo. Al notar la desesperación con que Petey trataba de huir de allí mientras, al mismo tiempo, buscaba un modo para seguir teniéndola de su parte, comprendió que la situación le hacía sentir tanta vergüenza a él como a ella. Petey le sonrió, y eso le hizo comprender a Tania el alcance de la ofensiva de Petey Bailey desplegando su encanto.

—Venga, Tania, ahora ya eres una chica mayor. Y sabes que es así.

Lo miró a los ojos un buen momento y luego le dijo, con indiferencia:

—Vete al carajo, Petey. Olvídate del tema.

Después le volvió la espalda y pudo oír cómo iba bajando las escaleras, y sólo cuando oyó cerrarse a sus espaldas la puerta principal se permitió echarse a llorar. En menos de una semana había perdido muchas cosas: su madre, a la que echaba de

menos con un dolor incluso físico, y su inocencia. Había dado un beso de despedida a su infancia. Había sido demasiado ingenua para comprender la trascendencia de lo que estaba haciendo y Petey la había abandonado haciéndola sentirse como si no valiera nada de nada, como si valiera menos que nada. Eso era lo peor de todo: saber que significaba tan poco para él.

Escondió la cabeza en la almohada y dijo una y otra y otra vez:

—Ay, mamita.

Capítulo ciento veintinueve

Daniel Bailey no podía mirar a su hija a los ojos. Sabía muy bien que tendría que haberse asegurado de que la llevaban a casa, bien lejos de la chatarrería. Podía ver el vacío en los ojos de la muchacha; desde aquella noche se había vuelto muy taciturna, y él se echaba la culpa de eso. La joven acababa de perder a su madre, y a continuación había sido testigo de aquel episodio de tan extrema violencia, y él había estado demasiado sumido en su propio dolor como para pararse a pensar qué era lo mejor para ella. Su sentimiento de culpa se veía duplicado por la sensación de haber defraudado a su queridísima Lena; ella había hecho cuanto le había sido posible para proteger a su hija de la *Vida*, de la vida del hampa y ahora resultaba que él había metido la pata y lo había deshecho todo en apenas unos pocos días.

Echaba tanto de menos a su mujer… Para él lo más duro de sobrellevar era que hubiera desaparecido precisamente por culpa de *su* estilo de vida. El de él. Lena había pasado muchísimo tiempo atemorizada y sufriendo por si esa *Vida* se cobraba la muerte *de él*, y en cambio ninguno había pensado ni por un segundo que llegado el día sería la vida *de ella* la que se cobraría.

Daniel notó que los ojos se le llenaban de lágrimas y se tragó las ansias de ponerse a aullar su dolor, un dolor que lo tenía paralizado. Tenía miedo por primera vez en su vida, miedo de estar solo. Una vez que Lena estuviese enterrada, una vez que hubiera vengado su muerte, se sentiría falto de todo; sabía que no sería capaz de arreglárselas él solo, porque tampoco sabía cómo iba a salir adelante sin ella. Ella había sido su vida, su compañera, su amante, la única persona que lo sabía *todo* de él —lo bueno y lo malo— y aun así había seguido amándolo pasara lo que pasase. Ahora se había quedado él solo con la responsabilidad de cuidar de su hija y no estaba muy seguro de qué tenía que hacer o cómo gestionar correctamente las cosas de la joven, pero por lo menos le debía a Lena intentarlo.

En primer lugar, todo lo que de verdad le importaba era descubrir quién cojones estaba detrás de la muerte de su esposa y, por consiguiente, quiénes se creían lo bastante fuertes, lo bastante poderosos como para tratar de quitar del medio a su hermano. No podía dormir, comer o cagar sin que esos pensamientos le revoloteasen constantemente por la cabeza. Saber que había muerto y cómo la habían matado era algo que le devoraba por dentro como un cáncer. No soportaba estar en su casa, no soportaba estar en la cama, odiaba despertarse cada día y que ella no estuviera a su lado. Cada mañana, al abrir los ojos, lo primero que pensaba era en el terror que habría sentido su mujer al explotar la bomba, porque ella tuvo que darse cuenta de lo que pasaba, aunque no fuese más que durante una décima de segundo. Y aquello era una tortura para él. Ahora, sin embargo, lo que tenía que hacer era procurarle el mayor bienestar a su hija.

—Venga, Tania, tómate el desayuno, preciosa.

Había preparado huevos con beicon para los dos y, mientras servía un tazón de té

bien fuerte para cada uno, volvió a desear otra vez que su mujer estuviera allí con él. Sabía perfectamente qué habría dicho: le habría dicho que fuera él mismo. Lena siempre había creído que, en el fondo, Daniel era una buena persona.

—No tengo mucha hambre, papá. Perdona.

El padre sonrió, amable. Era una chica encantadora, y sabía que tenía la misma capacidad de amar que había tenido su madre. Y que necesitaba que él tuviera paciencia con ella.

—Tómate solo unos mordisquitos, ¿vale? Hazlo por mí, por el viejo de tu padre.

Tania sabía que aquel era un territorio que su padre apenas conocía, de modo que valoró mucho su intentona. Era una demostración de que la quería y ella, ahora, necesitaba sentirse querida más que nunca en su vida. Su madre siempre la había envuelto en amor, cariño y amabilidad; la había guiado y aconsejado, había permanecido a su lado. ¿Qué pensaría ahora de ella su mami? Estaba tan avergonzada de lo que había pasado con Petey… Era como si haber perdido su virginidad le hubiera abierto los ojos de alguna manera a las brutales verdades del mundo. Había sido utilizada, y ahora lo sabía: Petey había visto una oportunidad y la había aprovechado.

Se sentía avergonzada de lo fácilmente que había permitido que aquello sucediera; en realidad, había sido *ella* misma la que había instigado todo el incidente, y eso era lo peor de todo. Había sido ella la que había orquestado su propia caída y le había dado a él algo de lo que no era digno; eso estaba muy claro. Eran primos, pero él era lo bastante mayor como para ser su padre. Petey tenía que haber comprendido que la chica estaba desolada por la muerte de su madre y tendría que haberla consolado, reconfortado, asegurarse de que estuviera a salvo de todo. Pero, en vez de eso, se había aprovechado de su juventud y vulnerabilidad. La chica no había sido más que una nueva conquista, y saber eso la estaba destrozando.

Dios sabía bien que ella había oído a los chicos hablar de Petey a lo largo de los años: de lo mujeriego que era, de lo pesado que se podía poner acosando a una chica hasta que le entregaba lo que andaba buscando, de cómo a partir de ahí perdía todo interés por ella. Los había oído hablar de Bernadette O’Toole; hasta su madre y su tía Ria habían dicho que su única ventaja era que no iba a meterse en la cama con él si no habían celebrado el correspondiente santo matrimonio. Aun así, a pesar de saber perfectamente todo eso, había seguido alimentando aquellas ilusiones infantiles y se había negado a creer una palabra de todo lo malo que se decía de él.

Ahora sabía por qué su madre la vigilaba tan de cerca; no era porque quisiera interferir en nada, era simplemente porque sabía perfectamente que en este mundo hay gente que es capaz de causar mucho daño y muchísima tristeza a las jovencitas ingenuas. Durante la adolescencia, los chicos tenían miedo de pedirle que saliera con ellos porque se apellidaba Bailey y los Bailey eran muy famosos por su reputación de violencia y sus conexiones delictivas. Ninguno de los chicos que había conocido había tenido el valor suficiente como para cargar con eso, y no sería ella quien se lo

reprochase.

Su madre le había advertido de lo peligroso que era enamorarse, que era necesario ser lista y espabilada y usar siempre la cabeza y no el cuerpo para encontrar alguien que te quisiera de verdad por ti misma. Le explicó que la mayoría de los jóvenes solo iba detrás de una cosa: precisamente esa cosa que una muchacha tenía que guardar para el hombre al que algún día amaría porque, una vez perdida, era imposible recuperarla. Qué irónico, pues, que hubiera sido precisamente un Bailey, y no uno de esos jóvenes en contra de los que siempre le estaba advirtiendo su madre, el que la hubiera utilizado en su propio beneficio para luego dejarla tirada como se tira un kleenex usado.

Muchas de sus amigas ya se habían acostado con sus novios, incluso se habían ido de vacaciones con ellos. En comparación con ellas, Tania se sentía muy poco madura. Y mira ahora en qué punto se encontraba: ahora era un vulgar objeto, usado y desechado. Todavía notaba la entrepierna irritada, le escocía cuando se echaba agua, y el recuerdo del hombre era más de lo que podía soportar. Solo había pasado un día desde aquello y todavía era algo que dolía desde todos los puntos de vista.

Daniel Bailey dio un trago a su té mientras observaba a su hija, pero era incapaz de decir en qué podía estar pensando. Respiró hondo y después dijo, con mucho cuidado:

—Oye, Tania, sobre lo de la otra noche. No tendrías que haber estado nunca por allí. No debo de estar muy bien de la cabeza, porque si lo estuviera tendría que haberlo sabido entonces. Tendría que haberte protegido. Pero ando un poco confuso… y no sé cómo se supone que tú puedes hacer frente a una cosa así. No sé qué protocolo hay que seguir.

El pobre hombre estaba casi llorando, y la chica sintió que se le rompía el corazón al verlo; ella sabía mucho mejor que sus hermanos cuánto había amado a su madre. *Es un buen hombre*, era lo que su madre le decía de él constantemente. *No importa lo que puedas oír por ahí, Tania, en el futuro recuerda siempre que tu padre es un buen hombre*. Tania veía claramente lo contrito que estaba y lo poco seguro de cómo hacer que aquello fuera mejor. Él creía que le había defraudado y, aún más importante, que había defraudado también a su madre. Pero, incluso después de ser testigo en primera línea de las cosas que aquel hombre era capaz de hacer, lo que no se podía decir de ella es que le diese miedo. En realidad lo comprendía perfectamente: lo comprendía a él, y comprendía sus actos. A ella Billy Allen y sus sufrimientos le importaban un bledo; y, hasta entonces, no se había dado cuenta de lo Bailey que era. Rodeó la mano de su padre con las suyas; era una mano áspera y enorme, una mano hecha para que te sintieras protegida a pesar de ser también una mano capaz de la violencia más desatada.

Nunca podría contarle a nadie lo de Petey: aquella mano que ahora ella estrechaba feliz se emplearía con la misma felicidad para arrebatarle la vida. Su padre lo consideraría una verdadera afrenta personal y Petey Bailey podría darse por muerto.

De eso estaba completamente segura. Y también de que eso destruiría a toda la familia.

Lo único que deseaba era haber tenido la perspicacia suficiente para darse cuenta de aquello un poquito antes. Tenía diecisiete años, pero hasta entonces solo había sido una jovencita de diecisiete años ingenua y muy poco madura. Cada vez que se acordaba de las prisas de Petey por alejarse de ella, cada vez que revivía aquel episodio, todo el episodio, comprendía que si su madre hubiera estado viva, aquello nunca habría sucedido. Lo mejor sería olvidarse pronto de todo, aunque tampoco iba a ser tarea fácil; la vergüenza sentida seguía siendo algo muy, muy real. Pero aquel hombre, su padre, era lo único que le quedaba y solo quería lograr que se sintiera un poco mejor y ayudarlo a quitarse de encima todas las penas que pudiera.

—Te lo prometo, papá, no vi gran cosa…, es que llovía a mares, ¿no recuerdas? Pero entiendo que no estabas haciendo más que lo que era necesario para intentar resolver un buen problema. Por favor, papá, olvidemos el tema, ¿vale?

Daniel se sintió orgulloso de ella: la chica estaba tratando de hacer que se encontrase mejor, estaba consolándole. Su niñita iba creciendo y ahora creía de verdad que acabaría siendo una gran mujer, una mujer del demonio. Había heredado de su madre muchas más cosas de las que creía, pero todas ellas suavizadas por la misma amabilidad innata de Lena. Confió en que sabría estar a su altura: era lo mínimo que podría hacer por su querida esposa.

Capítulo ciento treinta

—¡Te has tomado tu tiempo, joder!

Petey Bailey se echó a reír ante el evidente fastidio de aquel hombre.

—¡Muy bien! ¡Relájate, joder! ¿Ya estoy aquí, no?

Terrence Allen tenía un aspecto terrible: estaba hambriento, cansado, y además olía fatal, pero de momento no podía hacer nada para remediarlo. Estaba encallado en aquel agujero de mierda y allí seguiría en el futuro más inmediato…, por lo menos hasta que pudiera encontrar un lugar seguro en alguna parte, pero en el extranjero. Estaba metido en una mierda muy profunda y por el momento no tenía manera de salir de ella.

Petey echó una mirada por el apartamento: era el paraíso de un yonqui. Vio los restos de vidas desperdiciadas y sueños desperdiciados. En otro tiempo aquellos pisos habían sido bonitos, con ladrillo visto, ventanas georgianas, habitaciones amplias y aireadas y unas chimeneas que ahora se clasificarían como verdaderas antigüedades. Incluso habían exhibido en sus balcones hermosas barandillas de hierro colado con bonitos adornos. Habían sido construidos después de la guerra como viviendas adecuadas para los héroes de la patria, pero ahora habían sido declarados en ruina. Si hubieran sido pisos privados en vez de municipales, ahora estarían cotizadísimos.

Ver a Terrence Allen reducido a aquel estado resultaba de lo más gratificante, decidió Petey. Aquel hombre seguía siendo un tonto del culo de primera, incluso estando como estaba tan hundido en la mierda que haría falta todo un destacamento especial de la Infantería de Marina irlandesa para sacarlo de allí.

—Este sitio es peor que un puto vertedero. Hasta las escaleras apestan a pis cuando subes. Cualquiera pensaría que eran animales lo que vivían aquí, y no unos putos seres humanos, joder.

Terry no estaba de humor para charlas y cotilleos, sobre todo si esos cotilleos le recordaban lo bajo que había caído.

—¿Qué haces ahora, Petey? ¿Te sacas un certificado de estudios para especializarte en putas obviedades?

Petey se rió; la verdad es que, algunas veces, el viejo Terry podía ser de lo más divertido.

—¿Billy está bien?

Petey supuso que ya se había percatado de cuál sería la respuesta, pero aceptó que la pregunta había que contestarla.

—Tu hermano era un puto diamante, Tel, la verdad. Lo torturaron a conciencia, ya conoces a mi tío Daniel: disfruta con una buena tortura familiar, que Dios le bendiga. A Billy le arrancó los dedos, le aplicó un soplete en los pies, o sea, el tinglado completo, y ese hermano tuyo no soltó ni una puta palabra. Hasta mi padre y mi tío estaban impresionados con su estoicismo. Aunque, como ya te imaginarás, aquella actitud solo sirvió para agravar aún más la situación. Pero lo importante es

que ahora nosotros estamos fuera de peligro.

Terry iba asintiendo; estaba seguro de que Billy no cedería. Había sido un hombre sin demasiadas neuronas, aunque con un claro exceso de descaro. Se había preocupado en vano. Lo único que lamentaba era que la noticia de la muerte de su hermano no le hubiera afectado algo más. Terrence sabía que su hermano siempre había sido leal con él y que, por desgracia, él nunca le había devuelto ese favor en particular.

—¿Dónde está el cuerpo?

—Aplastado, en un bloque de chatarra —dijo Petey, sonriente—. Lo metieron en el maletero de un Ford Sierra viejo. Un final adecuado, la verdad…, él nunca fue hombre de coches, ¿verdad? Le daba igual conducir cualquier trasto viejo. Ninguna clase. Tenía toda la pinta de ser lo que era: un tipo mezquino y desagradable.

Terry se daba cuenta de que Petey le estaba golpeando; esa era su limitación más grande, que nunca se enteraba de cuándo tenía que tener bien cerrada aquella bocaza suya. Pero ahora que todo se había venido abajo, y de una forma tan espectacular, Terry necesitaba a Petey más que nunca. Respiró bien hondo para controlar su enfado y luego dijo:

—Bueno, entonces ¿cuál es el próximo paso, Petey? ¿Me has preparado un refugio hasta que llegue la hora de poner en marcha nuestro plan B? No creo que nos convenga considerar España o el Algarve. Me parece que por esos sitios anda demasiada gente conocida. Pero ¿qué me dices del sur de Irlanda?

Petey sonrió relajado.

—Ya está arreglado, Terrence. Te he encontrado un sitio en el que nadie podrá echarte mano.

Terry también sonrió: eso ya estaba mejor.

—Ya sabía que podía contar contigo, Petey, joder. Ahora que tu padre y su hermano ya están fuera de circulación, podemos limpiarlo todo de una puta vez.

Petey se rió al unísono con él.

—Cierto —dijo—, pero ese es también el gran problema, ¿no crees? O sea, quiero decir, ¿cómo voy a explicarles a los muchachos que *tú* no estés? Liam, mi hermano, *puede* que se lo trague, pero lo dudo mucho. Tú nunca le has gustado; de hecho piensa que eres un mamonazo. Pero a mis primos nadie les va a convencer fácilmente de tu inocencia. Su madre murió, ¿te acuerdas? Mi tía Lena, la genuina y perfecta representante del East End. Aunque no fuera por otra cosa, al menos nadie tendrá que presenciar su puto y horroroso estilo de vestir. Pero volvamos a mis primos, porque *ellos* no estarán muy dispuestos a perdonar y olvidar, ¿no crees? Me temo que Dessie el del pub ya os puso a los dos en vuestro sitio, así que, básicamente, no tienes ni una puta oportunidad de redimirte tú tampoco… y o por lo menos, hasta donde a mí se me alcanza, ninguna.

—Pero eso no creo que lo consideren el evangelio, ¿o sí? ¿Seguro que querrán escucharte?

Petey suspiró teatralmente.

—No estoy muy seguro de que sea así, Terrence. Ahí está el intríngulis, ¿no te parece?

Terrence Allen estaba cansado, nervioso y medio trompa, pero el punto esencial de las palabras de Petey no se le había escapado. Notó que le invadía un temor mareante: *aquel* era el único final que Petey Bailey había contemplado en todo momento. Ahora que él ya no tenía ninguna utilidad y sabía demasiado para resultar una persona cómoda, Terry ya no era más que otro trabajo que había que realizar. Había dejado el arma en el bolsillo del abrigo, y el abrigo estaba en la cocina. Miró a Petey Bailey y dijo sinceramente:

—Solo te pido un favor, Petey: que dejes que encuentren mi cuerpo. Así por lo menos mi madre habrá podido enterrar a uno de sus hijos.

Petey asintió, aquello le parecía justo.

—Considéralo hecho, colega —dijo.

Petey se sacó una escopeta recortada de un bolsillo muy largo que le había hecho su sastre exclusivamente para él en el forro del abrigo. Resultaba prácticamente indetectable a ojos de cualquiera…, a no ser que ese cualquiera supiese qué estaba buscando, claro está.

Terry comprendió que hacía mucho tiempo que todo estaba decidido para él.

—Míralo por el lado bueno, Tel: por lo menos será una cosa rápida. No como tu pobre hermano, que murió con aquella agonía tan terrible y tan larga. Así que lo tuyo habría podido ser mucho peor, ¿eh? Te encontrarán el lunes por la mañana. Según tengo entendido, el lunes es cuando vienen los del ayuntamiento a desmontar las chimeneas y las calderas.

Terry asintió. Sentía una calma extraña, tal vez porque no tenía más elección que aceptar lo inevitable.

Petey le disparó dos veces: una en la barriga y luego, de pie a su lado, mientras observaba durante un momento cómo se retorcía, le metió un segundo tiro, este en la cabeza.

Saltaron sangre, sesos y esquirlas por todas partes; Petey tenía el abrigo lleno de restos humanos. Se sintió molesto, porque era un abrigo que le gustaba mucho y que además le había costado un riñón. ¡Joder! Había montado todo aquello para que pareciese un golpe de hampones, de modo que todos pensasen que Terrence Allen se había cargado a algún otro. Así que cabía la esperanza de que su muerte trazara una línea que marcase un final a aquellos últimos días. Los Bailey se quedarían encantados de ver que los Allen habían desaparecido del mapa para siempre. Se especularía, por supuesto, sobre para quiénes o con quiénes habrían estado trabajando los Allen, pero, la verdad, ya podían especular todo lo que les diera la gana.

No podrían probar ni una puta mierda y, por lo que a Petey concernía ese era el objetivo principal.

Si el plan hubiera salido bien, se las habría arreglado de todas formas para

quitarse a los Allen del medio; lo único que había querido de verdad era dejar a su padre y a su tío fuera del escenario. Estaba más que harto y cansado de los dos, harto de aquel par de putos dinosaurios, de ambos.

Volvió a meter el arma dentro del abrigo, salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí con suavidad y sin hacer nada de ruido. Colocó el abrigo y el arma en el maletero del coche. Luego sacó un paquete de toallitas húmedas y se limpió con ellas todo lo bien que pudo.

Cuando empezó a separarse del bordillo, iba silbando alegremente. Había sido una verdadera lástima que Lena se hubiese subido al coche aquella noche trágica; si no lo hubiera hecho, el que habría muerto habría sido su padre y, en cosa de pocos días, su hermano habría seguido el mismo camino. Y entonces Petey hubiera podido tomar las riendas y, por fin, hacer y decidir las cosas por su cuenta. Pero los planes mejor trazados ya se sabe…, como habría dicho su padre. Pero bueno, habría otras oportunidades, ya se aseguraría él de que fuera así.

Hasta entonces, se limitaría a esperar la hora propicia y mantener los ojos alerta para cazar cualquier nueva gran oportunidad que se le presentase en el camino. No estaba demasiado molesto: siempre acabaría apareciendo otro Terrence Allen en cualquier esquina; eso era lo que hacía que la *Vida*, la vida del hampa, fuera tan interesante.

Como le había dicho su padre en cierta ocasión, llegar arriba del todo era lo fácil; lo difícil era mantenerse allí. Tenía ya sus treinta y tantos tacos y desde luego él no era el príncipe Carlos, así que no tenía la menor intención de pasarse no sé cuántos putos años esperando por allí a ver cuándo conseguía lo que era suyo por derecho. Lo quería ahora, lo quería ya, mientras siguiera siendo lo bastante joven para poder disfrutarlo.

Capítulo ciento treinta y uno

Danny Bailey y Delroy habían ido a desayunar a un café de Manor Park. Los dos estaban completamente agotados.

—He ido *a todas partes*, Danny. Y te lo aseguro, a Terry Allen no ha habido modo de encontrarlo por ningún sitio. ¿Y ahora su cuerpo aparece en un puto piso ocupado de Barking? Eso apesta.

Danny se sentía inclinado a mostrarse de acuerdo con su amigo, pero no lo dijo. En vez de eso, dijo con indiferencia:

—¿Y cómo es eso?

Delroy sonrió: hay que ver lo bien que conocía a aquel cabrón. Danny Bailey no se comprometería ni aunque se lo pidiera el mismo papa de Roma.

—Sabes exactamente lo que quiero decir. Quienquiera que fuera el que disparó a Terrence andará pavoneándose de su hazaña. Quienquiera que fuese sabía que se había puesto precio a su cabeza. Y un precio de lo más sustancioso, por cierto.

Danny se mostró de acuerdo; aquello apestaba. Cualquiera que tuviese como mínimo medio cerebro admitiría encantado el asesinato de Terrence Allen.

—Por cierto, ¿podría ser también que quien lo haya liquidado estuviera detrás de lo de la bomba? Seamos justos: ¿no crees que a quienes sean les interesaría tranquilizar las cosas?

Delroy asintió en silencio; aquello tenía mucho sentido. Luego dijo:

—A ver, sí, pero piénsalo de esta otra manera: ¿cómo podríamos enterarnos nosotros de eso? No tenemos nada, así que sin duda tendría mucho más sentido confesar y preparar una puta historia creíble sobre la forma en que actuaron los Allen. Te lo digo, todo esto no me suena nada bien. Parece que nadie sabe *nada de nada* de la maldita bomba y, admitámoslo, Danny, ya hemos agotado hasta la última puta vía de la que disponíamos. Ni siquiera la pasma ha podido presentar a alguien que pudiera haberse metido en la cama con los Allen. La mitad de los grandes jefes de Londres estaban en el club la noche que saltó por el aire, y no se iban a poner ellos mismos en primera línea de fuego, ¿verdad? Suponte que las tuberías de gas hubieran volado también con la puta bomba: eso habría acabado con todos los que estaban dentro del club. Esa teoría no es viable. Se nos escapa algo o, para ser más precisos, que se nos escapa *alguien*.

Danny se daba cuenta de que su padre y su tío manejaban las mismas hipótesis. Que tenía que ser alguien al que conocían, y al que conocían bien. Se encogió de hombros y dijo:

—Quiero trincarlos. Los quiero por lo que le hicieron a mi madre, a ella, una mujer que era completamente inocente, tan inocente como la mayoría de los que estaban en el club. Iban a por mi tío Peter, y eso significa que tuvo que ser obra de alguien con peso suficiente para organizar algo así.

Delroy asintió con la cabeza. Estaba de acuerdo:

—¡Eso es exactamente lo que yo he venido diciendo todo el rato, joder!

Llegó el desayuno y los dos se pusieron a engullir con verdadero placer. Danny se quedó sorprendido de lo hambriento que estaba; desde lo de la bomba había actuado casi como un autómata. Como todo el resto de la familia, había sufrido tal conmoción que, la verdad, no había podido pensar correctamente. Echaba de menos a su madre, había sido una mujer muy buena y se había preocupado muchísimo por todos ellos. La herida estaba todavía demasiado fresca para asumirla.

Dio unos tragos a su té y, mientras charlaba despreocupadamente con Delroy, se le ocurrió una idea. Confió en que pudiera darles una clave para descubrir a quién buscaban.

Capítulo ciento treinta y dos

Davey y Jamsie estaban cuidando de su hermana y Tania comprendió que seguían órdenes de su padre. Deseó que ambos se marchasen y la dejasen en paz; los quería mucho, pero ninguno de los dos podría ser acusado nunca de ser una compañía digamos que brillante. Les agradecía que estuvieran intentando cuidar de ella, cosa que no se les había ocurrido nunca antes de que se muriese su madre, porque el contacto que habían tenido con ella de manera regular había sido mínimo. Mientras crecían había estado mucho más cerca de Davey que de cualquiera de los otros, pero conforme iba asumiendo, junto con Danny, una parte importante de los negocios de la familia, pasaban cada vez menos tiempo juntos. Al fin y al cabo, había una buena diferencia de edad. Los torpes intentos de ambos por consolarla eran muy conmovedores, pero tras la última semana lo único que quería era que se acabase el funeral y poder empezar a tomar las riendas de su vida.

Ninguna de sus amigas del colegio había estado con ella y, desde luego, comprendía muy bien por qué. La muerte de su madre había salido destacada en todos los periódicos y, en esos mismos periódicos, su apellido aparecía relacionado con crímenes y violencia; todo siempre en grado de presunción, por supuesto. Y aquello todavía le dolía. A veces era muy difícil ser una Bailey.

Deseó que su abuela y su tía se dieran prisa, porque entonces sus hermanos ya se podrían marchar con la conciencia tranquila y ella podría seguir con los preparativos del funeral y asegurarse de que no se habían olvidado de nada.

Fue a la cocina y, mientras ponía al fuego el agua para el té, miró a su alrededor y comprobó que todo estaba limpio y reluciente; era lo mínimo que podía hacer por su madre. Lena siempre había estado muy orgullosa de su hogar, y sabía que ahora dependía de ella hacer que las cosas siguieran así. Ahora Tania era la señora de la casa, le gustara o no le gustara. Por lo menos había barrido y fregado, no se había dedicado a pensar más de la cuenta, y eso, supuso, ya era algo. Pero en algún momento tendría que dar la cara ante su primo Petey, y ese era precisamente el momento que más temía. La vergüenza que sentía le seguía reconcomiendo por dentro.

Capítulo ciento treinta y tres

—Tiene un aspecto espantoso. Me parece que no tendría que pasar tanto tiempo sola —dijo Imelda, preocupada por su joven prima; se sentía tan desamparada que ninguno de los demás podía hacer nada para que la pobre se sintiese mejor.

—Es mucho más fuerte de lo que todos creen —le respondió Theresa, que parecía estar muy segura de lo que decía. Imelda confió en que lo que decía fuera verdad.

Ria se encogió de hombros. Estaba de acuerdo con su hija, pero era una situación difícil. La muerte de Lena había sido una cosa tan horrenda… No era igual que si hubiera muerto de enfermedad o por algún trágico accidente, sino que había sido *asesinada*, y eso era algo que, muy probablemente, ninguno de ellos podría superar de verdad.

La pobre Tania tendría que vivir con ello el resto de su vida; y *ella*, a su vez, tendría que vivir con la culpa de seguir sintiéndose aliviada porque quien había muerto no fuera su marido; Ria se odiaba por *ello*. Pero es que Peter era toda su vida: hubiera preferido perder a sus hijos —de hecho *había perdido* a uno— antes que perderlo a él: hasta ese punto lo amaba. Saberlo le causaba dolor, pero era más que capaz de esa clase de egoísmos, y esa era la verdad.

Tania entró en la cocina y se dio cuenta de que su tía, su prima y su abuela habían estado hablando de ella. Deseó tener las palabras precisas para explicarles lo que les agradecía su preocupación; era una gran suerte contar con tanta gente que cuidaba de ella.

—La policía todavía se resiste a devolvernos los restos de tu madre, pero me han asegurado que ya no tardarán mucho. —A Ria la emoción le quebraba la voz.

—Le daremos una buena despedida, Tania. Ella lo hubiera querido así. Me acuerdo de cuando tú naciste, ¡estaba tan contenta! Ella quería una niña, es verdad, y tú eras todo lo que deseaba en una hija. Te quería muchísimo. —La voz de Theresa sonaba fuerte y Tania se sintió agradecida de poder tenerla junto a ella. Su abuela era todo un personaje, de eso sí que no cabían dudas, y además, a su propia manera un tanto áspera, era una persona cariñosa. Tenía un don especial para ver las cosas con perspectiva, y eso era precisamente lo que Tania necesitaba en aquellos momentos.

Todos los que se andaban con rodeos con ella acababan por cansarla: tenían buenas intenciones, pero había demasiados Bailey que resultaban mucho más solícitos y empalagosos de lo que se podía aguantar, al menos a su propio entender. Ella solo quería que la dejaran en paz con su pena, y no solo la pena por su madre, sino también por sí misma. Petey había destruido la confianza y la fe que tenía en sí misma. Todas aquellas esperanzas y aquellos sueños albergados en su seno desde hacía tanto tiempo habían quedado destrozados por la experiencia más humillante de su vida hasta el momento. Su abuela solía decir: *ten cuidado con lo que pides porque puede que lo consigas*. Nunca se habían dicho palabras más ciertas.

Se abrió la puerta de atrás y Petey Bailey entró a toda prisa en la cocina, como si sus pensamientos le hubieran hecho aparecer. La pobre se sintió tan desconcertada que casi se atraganta con el té. Petey las fue besando a todas una por una y Tania sintió cómo le daba un apretón en el hombro. Notar que aquel hombre la tocaba le puso la carne de gallina.

Petey la miró con expresión muy preocupada en el rostro y le preguntó, en un tono de lo más amable:

—¿Cómo estás, cariño? Te estarás cuidando bien, espero.

Tania no le contestó, incapaz de articular sonido, pero sí que notó que se estaba sonrojando hasta las cejas de pura vergüenza. Deseaba que el suelo se abriese bajo sus pies y la tierra se la tragase.

Petey estaba claramente nervioso, aterrorizado de que la chica abriese la boca, pero, claro, no podía hacerlo sin ponerse ella misma en entredicho. Todavía podía verlo, desnudo y sudoroso, todavía podía oír sus gruñidos encima de ella, e intentó bloquear aquellas imágenes. Por enésima vez se preguntó a sí misma en qué podía haber estado pensando. Y solo se podía contestar para aliviarse que estaba sumida en un gran dolor y que en aquel estado era incapaz de tomar decisiones racionales.

—Ven, mamá, vamos, os dejaré a Mel y a ti en casa. Papá se ha llevado tu coche…, tiene trabajo.

—¿Y no podía ir a buscar su coche? ¡Yo quería ir al supermercado! —dijo Ria, que estaba irritada.

Imelda le dijo, con voz tranquila:

—No puede andar usando el mismo coche todo el tiempo, mami; piénsalo.

Ria no contestó, pero entendió a qué se refería su hija. Peter tenía que evitar sus rutinas habituales; fueran quienes fuesen los que habían puesto la bomba, era muy probable que estuvieran esperando una nueva oportunidad. Aquellos días su marido andaba por todas partes, de aquí para allá, y cambiaba constantemente de coche, dos y tres veces al día. Lanzó un profundo suspiro; la vida del hampa podía llegar a ser muy, muy peligrosa, pero era también la única *Vida* que todos ellos conocían. Y ya era demasiado tarde para cambiar ahora.

—Vente conmigo, pongámonos en marcha.

—Vete yendo tú. Yo me quedaré un ratito más con Tania. —Theresa lo observaba todo con sus ojos pequeños y brillantes, no se perdía detalle.

Tania estaba allí sentada, incapaz de hacer nada mientras las otras se afanaban poniéndose los abrigos y charlando de esto y de lo otro. Cuando por fin salieron de casa, la chica respiró aliviada.

Theresa se había dado cuenta de que algo pasaba entre aquella chica y Petey, y era lo bastante lista como para saber que no podía tratarse de nada bueno. Petey era su nieto, pero sabía perfectamente que era muy capaz de llevarse a la jovencita a la cama, fueran parientes o no. El chico era un mujeriego, y, como pasaba con todos los mujeriegos, ninguna mujer que circulase a su alrededor estaba a salvo. Y aquella

Bernadette no iba a lograr que cambiara nunca por mucho que intentase convencerse a sí misma de que sí que iba a poder. Era un hombre absolutamente incapaz de mantenerse fiel, y la abuela ya veía que su nieta era justamente una fruta madura. No soportaba albergar aquellos pensamientos sobre su propio nieto, pero ante todo era una mujer realista, incluso cuando se trataba de juzgar a su familia.

Físicamente, Tania era su vivo retrato, desde los pechos turgentes y la cinturita minúscula hasta el pelo abundante y ondulado. Pero, claro, la pobre estaba tan verde como la hierba de los prados, y eso era algo que había que remediar, y mejor antes que después. Theresa tomó la mano de su nieta entre las suyas y, muy sonriente, le dijo:

—Algún día verás las cosas mucho mejor que ahora, Tania, solo es cuestión de tiempo. El tiempo es una gran medicina. Yo ya sé mucho de eso. Hoy mismo he mirado al joven Petey y he visto en él a su abuelo; ¡se parece tanto a él! Y no solo se le parece físicamente, también se mueve y se comporta de la misma manera. Con las mujeres es una puta pesadilla como su abuelo.

Sonrió y Tania pudo ver en su rostro sonriente los restos de su antigua belleza.

—Nunca había visto a un hombre negro hasta que me vine a Londres, ¿te lo puedes creer? ¡Y no digamos hablar con uno! Pero la noche en que lo conocí pensé que todas mis navidades y todos mis cumpleaños habían llegado juntos, de un solo golpe. Era capaz de camelar hasta a los pájaros de los árboles. ¡Bueno, desde luego a mis bragas se las cameló bien cameladas! —Theresa no pudo evitar la risa al recordarlo—. Yo era joven, más joven que tú, estaba en una ciudad extranjera, extraña para mí, y me sentía muy sola. Él se aprovechó de todo eso, y la verdad es que yo estaba feliz de que me hiciera caso. Me dejó con un bombo lleno de bracitos y piernecitas y nada más, nada más que unos cuantos buenos recuerdos. Si no lo hubiera conocido, me habría casado con algún buen chico irlandés, habría parido un montón de críos y los jóvenes Bailey que tú conoces no habrían existido.

Tania estaba encantada de que su nana la considerase ya lo bastante mayor para entender las cosas de la vida.

—Pero ¿tú le querías, nana?

Theresa soltó un poco de aire entreabriendo los labios, un pequeño bufido burlón.

—¿Y qué es el amor, nena? Yo era demasiado joven. Simplemente mezclaba el sexo y el amor, cariño, y no seré la última jovencita que cometa esa equivocación, de eso sí que puedes estar bien segura.

Tania esbozó una sonrisa trémula.

—¿Echaste de menos a tu familia, nana? Ya sé que nunca más quisieron aceptarte.

Theresa se quedó pensando un momento y luego respondió a su nieta:

—Al principio, sí. Pero una vez mi padre dijo que tu tío Peter era un irlandés muy bronceado, así que después de eso, si hubieran intentado ponerse alguna vez en contacto, cosa que no sucedió, yo no habría querido tener nada que ver con ellos de

todos modos. Mi niñito lo era todo para mí, ¿sabes?, era carne de mi carne.

Tania sintió una tristeza enorme por su abuela: se había visto sola desde muy joven, y eso tenía que haber sido muy duro.

Theresa besó la suave mano de la chica; vio las uñas mordidas hasta la raíz y la tristeza que se había instalado en su preciosa cara. Aquella chica tenía demasiadas cosas a las que enfrentarse, era demasiado joven para lo que le había reservado la vida.

—Escúchame, Tania. Ahora, en estos momentos, estás desorientada, desbordada. Has sufrido una impresión muy fuerte, y ahora estás muy vulnerable. No lo olvides, cariñito, y por favor no hagas algo de lo que luego te puedas arrepentir. Hay un montón de hombres como tu primo Petey a lo largo y ancho del mundo, y se mueven sólo por su propio interés, esto no lo olvides nunca. ¡Deberían circular con un aviso del Ministerio de Salud estampado en el culo!

Tania miró a su abuela, sonrió levemente y dijo, sin levantar la voz:

—Ya tengo casi dieciocho años, nana, ya no soy una cría.

Theresa asintió para mostrarse de acuerdo.

—Eso ya lo sé, nena —dijo—, pero para mí sigues siendo una niña. Es solo que no quiero que nadie te haga daño, eso es todo.

Tania se dio cuenta de que la abuela tenía sus sospechas y se preguntó cómo reaccionaría si le contase sin rodeos que su consejo llegaba un pelín tarde.

Capítulo ciento treinta y cuatro

Danny y Davey estaban en un club privado de bebedores del Soho. La familia se había hecho con el club un par de años antes a cambio de una deuda que tenía con ellos otro grupo de empresarios. El dinero prestado había servido para comprar drogas, pero por desgracia la policía del río se enteró de tan arriesgada aventura y puso fin al nuevo negocio en gestación. La deuda, sin embargo, seguía teniendo que ser atendida, pues esa era la amarga realidad del mundo del hampa. En aquel juego no existían los seguros, de modo que los tomadores habían tenido que firmar el traspaso para que el negocio quedase a nombre de los Bailey. Una vez decorado de nuevo, volvieron a abrirlo y ahora era un refugio muy popular entre famosillos y jefes del hampa de Londres. Se había convertido en una máquina de dinero, y encima era legal. Así que a través del local también podían blanquear dinero, lo que constituía una ventaja adicional de lo más práctica.

Sentados en el pequeño despacho y tomándose un café de los caros, charlaban sobre su padre y su comportamiento.

—Estoy preocupado por él, Dan. Anoche le oí hablar solo. Estaba preparándose una taza de té, y yo salía del cuarto de baño y pensé que había alguien con él en la cocina, pero estaba completamente solo.

Danny sabía que su padre iba perdiendo gradualmente el contacto con la realidad, pero había que tener en cuenta que de todas formas nunca había tenido los pies demasiado bien plantados en el mundo real. Había pasado ya un mes largo desde la bomba y había sido testigo permanente de cómo el buen hombre se deterioraba día a día. Él creía firmemente que su padre acabaría por dominar el dolor y la pena, pero, mientras tanto, resultaba demasiado doloroso verlo en aquel trance. Solo con Tania se comportaba normalmente, y eso porque intentaba maquillar ante la chica la terrible pérdida de su madre.

—Echa mucho de menos a mamá, Davey. Como nos pasa a todos.

Davey asintió en silencio, pero no estaba tan seguro. Cambió de tema:

—¿Tú quién piensas que se cargó a Terrence Allen, Dan?

—¿Quién sabe? —respondió Danny meneando la cabeza—. No puede decirse que fuera exactamente un tipo popular, claro. Pero, fuera quien fuese, no parece que esté muy dispuesto a llevarse los laureles, ¿verdad?

Davey suspiró. Ofrecían una gran recompensa por la cabeza de Terry; entonces ¿cómo es que nadie la reclamaba? Otro misterio que añadir a la lista de los que ya había.

—Escucha, Davey, ahora tienes que irte. Tengo una reunión con los de la pasma dentro de un ratito. Así que ahora vete, reúne a los muchachos y asegúrate de que han cobrado todas las deudas. Desde que tuvimos el gran problema, mucha gente ha estado tomándonos el pelo. Bueno, oye, nos vemos más tarde en el Electric Lady.

Davey se rió.

—Ese Richard Casey es un imbécil —dijo—. ¿Te conté que pretendía engañar a nuestro Jamsie? Le dijo que ya había liquidado el día antes. Cuando Jamsie le preguntó que a quién le había entregado la bolsa, el muy idiota le dijo que a un tipo con el pelo castaño.

Danny se echó a reír ante la cara dura del individuo.

—¿Y qué hizo Jamsie? —preguntó.

Davey sonrió y, mientras se ponía la cazadora de cuero, dijo en un tono cargado de astucia:

—Le sacó la mierda del cuerpo a patadas y cuando terminó le quitó el Rólex de la muñeca, lo pisó y se lo dejó hecho migas. Jamsie es un ejecutor innato, tiene justo la combinación perfecta de tacto y de fuerza, ¿sabes lo que quiero decir?

Daniel se rió al alimón con su hermano.

—¡Claro que lo sé! —respondió entre risas—. Se ve que nuestro Jamsie está entrando en la edad de la razón. No será nunca la lucecita más brillante del árbol de Navidad, de acuerdo, pero tiene el temperamento perfecto para recaudar.

Davey abrazó a su hermano y, cuando ya salía, se detuvo en la puerta y dijo, muy serio:

—¿Crees que quienquiera que estuviese detrás de lo de la bomba está intentando inducirnos una falsa sensación de seguridad? O sea, ¿por qué coño no siguen hasta el final? Hasta los rusos me lo han dicho. Ese grandote, Serguei, por cierto, a mí personalmente me parece que es más mariquita que un mantel mexicano, me dijo que poner una bomba solía ser un primer golpe con el que se trata de confundir al enemigo, para, mientras se está reagrupando, tener la oportunidad de hacerle todavía más daño.

Danny vio que el argumento tenía toda la lógica; a él ya se le había ocurrido, pero por el momento prefería guardarse el razonamiento para sí mismo. No quería compartir sus pensamientos hasta tener algún tipo de prueba más o menos tangible.

—Creo que es algo que hay que tener presente, pero, hasta que demos con algún nombre, o por lo menos entendamos cuál es el puto móvil del asunto, no podemos hacer nada, la verdad.

Davey suspiró, frustrado.

—Supongo que sí —dijo—. Pero no paro de darle vueltas en la cabeza, eso te lo aseguro.

—¡Pues únete al club! —le dijo Danny entre risas.

Una vez que su hermano se hubo marchado, Danny Bailey abrió el cajón del escritorio, sacó un gran fajo de billetes y lo metió en un sobre. Luego se puso a esperar pacientemente a que llegara su invitado.

Capítulo ciento treinta y cinco

Theresa estaba cansada; las últimas semanas se habían cobrado un peaje mucho más grande de lo que parecía dispuesta a admitir. Ya no era ninguna jovencita, de eso no cabía duda. Adoraba su casa, su casita, y sus chicos siempre habían cuidado de ella; a ese respecto, era una mujer muy afortunada. Tommy Barker seguía con ella, hacían una buena pareja: a los dos les gustaba tomarse unas cuantas copas, disfrutar de una buena comida y, aun más, ambos pensaban de manera parecida en la mayor parte de los temas. Le entristecía pensar que sus días de cópulas salvajes fueran cosa del pasado, pero en la vida existían más cosas, no solo esa. Tommy y ella todavía tenían sus buenos momentos, pero eran escasos y no muy frecuentes, aunque, como decía él, ¡todavía les quedaba vida a aquellos perros viejos! Y lo que era aún más importante: se hacían mucha compañía el uno al otro, y le parecía que había sido una gran suerte encontrar a alguien como él para terminar juntos sus días.

La muerte de Lena le había afectado mucho más de lo que dejaba entrever; le resultaba muy difícil aceptar que ella hubiera vivido más que su nuera. Su Daniel era ahora un hombre desprovisto de anclaje; siempre había venerado a aquella mujer, y no conseguía sobrellevar con buen ánimo lo sucedido. La noche de su muerte se había puesto a llorar entre sus brazos, y, por primera vez en más de cincuenta años, lo había estrechado como si fuera un niño pequeño. Había sido algo muy doloroso de presenciar. El pobre había intentado llegar hasta el coche, bueno, a lo que quedaba de él. Se había comportado como un demente.

Aquella noche, mientras lo tenía abrazado, parecía como si los años hubieran corrido hacia atrás y tuviera allí de nuevo a su muchachito, aquel niño al que protegería con su propia vida si fuese necesario. Para ella había sido duro verlo tan angustiado, tan deshecho. Y es que a pesar de que fuera ya un hombre hecho y derecho, seguía siendo su hijo pequeño, su niñito.

Lanzó una mirada al reloj, y al oír cerrarse la puerta de un coche, se dirigió hacia la cocina. Mientras ponía al fuego la tetera, oyó que alguien abría la puerta de la calle y lanzó su aviso:

—¡Estoy en la cocina!

Petey Bailey entró en el cuarto, llenando todo el espacio con su gran corpachón. Utilizaba su tamaño para sacar partido de cualquier ocasión que se le ofreciera. No se parecía nada a su padre: Peter nunca había necesitado demostrarle nada a nadie.

—¿Dónde está Tommy?

—Ha ido al club. Ya lo conoces, ¡él y su maldito póquer!

—Es un puto vicioso del juego, nana, tienes que reconocerlo.

—Es verdad —le respondió ella, contenta—. La verdad es que por eso quería verte a ti.

Petey se sentó ante la pequeña mesa de la cocina, esperó hasta que Theresa hubo servido las dos tazas y luego dijo:

—Bueno, a ver, ¿cuál es el gran secreto?

La mujer abrió la lata de galletas y la colocó delante de él antes de sentarse enfrente y decir:

—Otra vez andas metido en el juego, ¿eh?

Petey dio unos traguitos a su taza de té antes de contestarle:

—¿Quién te ha dicho eso?

—Tommy, naturalmente —le contestó encogiéndose de hombros como quien no quiere la cosa—. Estuvo el viernes pasado en Ilford, en una partida en la que se jugaba mucho dinero y salió a relucir tu nombre.

Petey no contestó; se concentró en su té y esperó a que ella siguiera con su retahíla. Estaba que echaba humo, pero no pensaba permitir que se le notase.

—Ya sé que no te va a gustar que saque a relucir este tema, pero ya sabes lo que tu padre piensa de todo eso, y es mejor que el rapapolvo te lo suelte yo que él. Porque *él* descubrirá lo que hay…, y especialmente cómo lo llevas tú. ¿Veinticinco grandes en una noche? ¡No me extraña que todos hablen de ti! Usa la mollera, Petey: semejante cantidad de dinero llama mucho la atención, aunque no quieras.

—Me las puedo arreglar solito —dijo en tono desafiante, como si fuera un niño pequeño, y a ella le entraron ganas de darle un buen tortazo. Era débil y arrogante.

—Eso espero, porque como se entere tu padre, puedes estar seguro de que se subirá por las putas paredes.

—Ya no soy un niño, nana —dijo Petey con un fuerte suspiro—, soy un jodido adulto; te lo digo por si no te habías enterado.

Theresa alzó las cejas.

—El dinero es mío, y me ha costado mucho ganarlo. No soy un puto estúpido.

Ella ya había dicho lo que tenía que decir y no tenía el menor sentido seguir dándole vueltas. De todas formas, había otra cosa que necesitaba sacarse de dentro.

Lo miró con astucia y solo añadió tres palabras:

—La pequeña Tania.

Petey sintió que el miedo le tensaba los músculos del estómago y la miró con cierta cautela.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó.

Theresa supo inmediatamente que sus sospechas eran acertadas.

—Se ha encaprichado de ti, pobrecita, que Dios la ayude.

Vio que los hombros de Peter se relajaban al oír sus palabras.

—Pues no hay nada que yo pueda hacer al respecto, nana. Es el viejo encanto de los Bailey…

—*Bailey* es precisamente la palabra clave, Petey. Es tu prima.

Petey miró a su abuela: era tan astuta como brutalmente sincera, y ahora le estaba lanzando una advertencia. Movió la cabeza sin poder creérselo.

—¡Dame un respiro, nana, joder! Ya sé que no soy exactamente el tío más de fiar del mundo, pero ¿mi propia prima? Eso demuestra lo que realmente piensas de mí,

¿no crees?

—Pues sí, así es —dijo asintiendo con la cabeza.

La abuela vio que entrecerraba los ojos y supo que había golpeado donde más dolía, que había dado en el puto clavo.

—Déjala en paz, Petey. Te conozco mucho mejor de lo que te conoces tú a ti mismo. Lo que uno lleva dentro siempre sale a relucir. Eres lo que en Irlanda solíamos llamar un gallo: ves gallinas en todas partes y vives para la caza.

Petey se rió tratando de distender la situación.

—¡Vale, me rindo! Me gustan las mujeres, sí, pero sé dónde tengo que trazar la raya. ¡Esa niña es mi prima, joder! Otórgame un mínimo de confianza, ¿quieres?

Theresa dejó el tema: ya había dejado claro su punto de vista, y Petey había entendido que ella estaba alerta. Le dolía tener que admitir que, a pesar de lo mucho que quería a su nieto, hacía ya muchos años que el joven y su comportamiento habían dejado de gustarle.

Capítulo ciento treinta y seis

El inspector jefe Christopher Williams era un hombre extraño, pero a Danny Bailey le gustaba. Era tan retorcido como un sacacorchos, y tenía la mentalidad necesaria para diferenciar unos delitos de otros. Saldría a la caza de un violador o de un pervertido con la tenacidad de un rottweiler, pero estaba encantado de mirar para otra parte si se trataba de otras actividades delictivas. Nunca daba marcha atrás cuando había empezado a avanzar, y especialmente si sus avances tenían precio y su precio era bastante elevado. Pero era un hombre capaz de encontrar literalmente cualquier cosa. No era muy alto, pero sí corpulento, y eso, unido a su cabeza calva, sus ojos azules hundidos y la piel picada de viruelas, hacía que pareciese más un maleante que un polizonte.

—Hola, Danny. Mi más sentido pésame.

Danny lo agradeció con un movimiento de cabeza y le sirvió al hombre lo que siempre tomaba: un gran vaso de vodka Grey Goose sola, con hielo; el tipo se lo liquidó de dos tragos y luego alargó el vaso para que se lo volvieran a llenar.

—Menudo coñazo llegar allí, ya te lo digo. El tráfico es espantoso, mortal, te diría. ¡Horas y horas para salir del puto atasco! He visto a bebés nacer más deprisa…

Danny le puso la botella de Grey Goose y la cubitera de hielo sobre la mesa: la experiencia le había enseñado que era lo mejor que se podía hacer cuando se trataba de Williams. Era un alcohólico funcional, hecho del que estaba orgullosísimo y que sacaba a colación a la mínima oportunidad.

Williams se sirvió otra copa bien generosa antes de decir:

—Bueno, joven Danny, doy por hecho que esto no es una cita de amor. A ver, ¿qué es lo que quieres?

Danny dio unos delicados sorbitos a su copa de brandy y le dijo:

—Necesito una información, pero esto ha de quedar entre usted y yo…, como una transacción privada. La familia no tiene que enterarse.

—¿En esas estamos, eh? —dijo Williams con una risita—. ¿Esto tiene algo que ver con los problemas recientes?

Danny hizo un gesto de asentimiento.

—He oído decir que tu familia ha acudido a todos los policías corruptos que conoce, pero a mí no se me ha acercado nadie. ¿Por qué ahora? Yo trato con pervertidos y con asesinos, y de vez en cuando con traficantes de drogas o algún ladrón que tira de pistola. Soy una leyenda, aunque sólo de andar por casa, como tú bien sabes.

Danny se rió: aquel hombre era un personaje. Un mamón arrogante, que diría su padre.

—Quiero que me consiga copias de todas las huellas dactilares y de todas las pruebas forenses de la bomba. ¿Puede hacerlo?

Williams frunció el ceño: estaba verdaderamente confuso.

—Pero tu familia ya lo tiene todo, o por lo menos eso he oído. Que los de West End Central andaban metiendo las narices en el tema.

—Era solo para limitar daños, nada más —dijo.

—Eso suponía yo. La verdad es que no me imagino a unos terroristas interesados por vosotros y vuestros negocios, pero claro, joder, a los periódicos les pierde cualquier historia que les suene interesante, ¿eh? ¿Cuánto ha costado difundir esos rumores?

Danny se encogió de hombros.

—Bastante —dijo—. Pero ahora, Chris, lo que quiero es saberlo *todo*. Quiero tener copias de todo lo relacionado con la bomba, quiero todos los papeles que tengan que ver con eso y quiero copias de todos los documentos originales.

Williams se quedó absolutamente perplejo.

—¿Me estás diciendo que les engañaron?

—Le estoy diciendo que quiero que haga esto como un favor personal hacia mí, y quiero que compre todos los papeles que hagan falta a alguien con quien mi familia nunca haya tratado hasta ahora. Si consigue entregármelos, hay cien de los grandes para usted. Doscientos, si me los entrega en un plazo de tres días.

Williams se sirvió otro Grey Goose y se lo tragó a toda velocidad. Iba repasando nombres en la cabeza, intentando pensar cómo podía llevar a cabo lo que le habían pedido. Iba marcando o tachando mentalmente posibles candidatos con los que contactar, pensado con qué contaba para presionar a cierta gente y cuánto podría costarle comprar sus servicios.

Finalmente, después de lo que le parecieron siglos, sonrió a Danny Bailey y, alzando su copa en un brindis, dijo, con plena confianza:

—Considéralo hecho.

Danny asintió y dijo:

—También quiero todo lo que tengan sobre la muerte de Terrence Allen.

Williams se echó hacia atrás en la silla; se daba cuenta de que allí había una trama oculta, aunque eso lo respetaba. Tenía la sensatez suficiente para comprender que aquel hombre tendría sus razones, y que esas razones no eran de su incumbencia. Así que, para cerrar la conversación, dijo:

—Como ya te he dicho, Danny, considéralo hecho.

Capítulo ciento treinta y siete

Liam oyó a su hermano antes de verlo, y se sintió aliviado de que fueran a estar solos en la oficina. Como siempre, Petey era todo bulla, cordialidad, saludos a todos cuantos veía, desde la camarera menos importante hasta los jefes que se acercaban por su bar; y eso, la verdad, a Liam le irritaba. Su hermano era la única razón de su descontento. Petey se creía que podía hacer y decir lo que quisiera con total impunidad. Necesitaba que le dieran una buena lección y le recordasen que si estaba allí arriba solo era porque se apellidaba Bailey.

Petey entró en la habitación como si fuera el arquetipo del delincuente londinense, un hampón de la vieja escuela. Incluso se había vestido adecuadamente para dar el papel y, nueve veces de cada diez, acabaría dando el pego. Petey tenía más personalidades que un puto imitador de televisión, pero Liam sabía perfectamente que ninguna de ellas correspondía al auténtico Petey Bailey. Su hermano era un falso de cojones, aunque era bueno, la verdad: podría escaparse hasta de la barriga de una serpiente.

Petey dejó un paquete sobre la mesa que los separaba y dijo en tono jovial:

—Aquí estamos, hermanito. Ahora ya puedes dejar de mearte en los calzoncillos como si fueras un mariquita. Ya te dije que te lo podía sustituir, ¿no? —Lo dijo como una declaración que no necesitaba respuesta; se limitaba a proclamar una afirmación, como siempre.

Liam recogió el paquete sin mucha seguridad; ya se había visto en la misma circunstancia otras muchas veces.

—No puedes comportarte así, sin más, como si todo fuera una jodienda. ¿Te das cuenta de que casi nos entierras a los dos?

Petey puso aquella sonrisa suya de guaperas que hacía que las mujeres se derritieran y los hombres pensasen que estaban ante uno de los tíos más auténticos de todos los tiempos.

—¡Tranquilízate un poco, Liam! Sabes tan bien como yo que los dos nos *ganamos* nuestro pan, colega. Hacemos nuestro trabajo, pero en realidad no somos más que unos putos ayudantes de segunda. El viejo no tiene ni la menor intención de dejarnos hacer lo que nos corresponde. Así que tenemos todo el derecho a actuar por nuestra cuenta.

—No nos va tan mal, Petey, y tú lo sabes.

Petey se echó a reír; había veces que Liam podía llegar a ser como un grano en el culo.

—Acéptalo, tío, el viejo nos sigue tratando igual que a un par de críos, ¡joder! —dijo.

Liam veía claramente que la argumentación de su hermano era cierta, pero también comprendía los motivos de su padre. Todos estaban ganando un buen pico, pero luego, cuando lo comparabas con la aportación real a la familia, la parte

resultaba una miseria. Pero las cosas no eran así: lo cierto es que eran unas ganancias jodidamente buenas, y, al contrario que Petey, Liam comprendía perfectamente que el dinero había que invertirlo, así que él no se gastaba cada penique que ganaba tan pronto como se lo metía en la cartera. Tenía una familia que mantener, porque Amanda y Bernard dependían de él y se tomaba muy en serio esa responsabilidad.

Petey era muy codicioso, siempre lo había sido. Llevaba toda la vida intentando ponerse al día consigo mismo, mientras todos los demás jóvenes se las arreglaban para ajustarse a sus presupuestos y posibilidades. Hasta el jodido de Jamsie conseguía equilibrar la chequera, cosa que para él era una hazaña menor; Jamsie tenía la capacidad mental de un puto político, oía y repetía todo cuanto le parecía que sonaba razonable. Pero no por eso dejaba de pagar sus facturas y gastar con sensatez lo que ganaba.

Cuando Petey jugaba, siempre apostaba enormes cantidades de dinero, porque estaba convencido de que no dejaría de entrar más y más dinero; al fin y al cabo, no dejaba de ser un Bailey. Pero incluso un Bailey podía llevar al límite a algunas personas, y eso era justamente lo que estaba pasando ahora. Petey había acumulado facturas, y las facturas hay que pagarlas. Y él tendría que saberlo mejor que nadie, pues había machacado a muchas personas porque tenían deudas con su familia; ese era uno de los requerimientos del trabajo: no andes jodiendo con la gente a la que debes dinero. La gente exigía lo suyo, y tenía todo el derecho a hacerlo.

—Bueno, jodido listillo, me parece a mí que tú necesitas un máster en realidad. Han venido tres familias diferentes a pedirme que tuviese una charla contigo en plan tranquilo sobre tus crecientes deudas. ¿Es que no te das cuenta de la mala imagen que das a los de fuera? No paras de acumular facturas y más facturas por todo Londres con ese vicio tuyo del juego; ¿piensas acaso que los acreedores no van a pedir que les devuelvas lo que les debas? ¿Eres así de jodidamente imbécil? Te los he quitado del medio de momento, pero la próxima vez, en cuanto acudan al viejo, ¿crees sinceramente que él les pagará y se olvidará del tema?

Petey se encogió de hombros, displicente.

—Yo siempre pago mis deudas —dijo—, sólo necesito un poco más de tiempo, nada más. No es como si no pudiéramos permitirnos tenerlas, ¿no crees? ¡Hay que joderse, tío!, si *nosotros* no somos solventes, entonces ¿quién coño va a serlo? ¿Qué pasa? ¿Que me gusta echar una partidita de vez en cuando? ¿Y qué pasa con eso, joder? ¿Pasa algo? Por si no te habías enterado, hoy en día el juego es una actividad legal en este país…, al contrario que la mayoría de nuestros negocios.

Liam era consciente de que su hermano hablaba en serio de verdad: notaba la exasperación que resonaba en su voz. Cerró los ojos: era como hablarle a una pared de ladrillos.

—No se trata sólo del juego, Petey, y lo sabes perfectamente. Se trata de que estás acumulando unas deudas jodidamente enormes, deudas que como sabes vas a tener muchos problemas para liquidar, de modo que te vas a algún otro sitio y vas y

empiezas otra vez con el mismo puto rollo. Anoche tuve aquí a los hermanos Bowes. Ya sé que no te apetece nada oír esto, pero Jimmy Bowes es más que capaz de meterte un tiro si andas jodiéndole la marrana. Es un hombre con principios morales, y si cree que le has robado, considerará que sus represalias están perfectamente justificadas. Le he pagado, Petey, pero me dijo que te dijera que ya no eres bienvenido en ninguno de sus clubes.

Petey se rió con ganas; no lograba llegar a entender por qué su hermano montaba tanto follón por una cosa así.

—¿Y qué? ¡Que se joda! ¡Los Bowes! ¡Huy, me tiemblan hasta las botas! ¿Tengo que organizarme una escolta? Joseph Bowes no podría abrirse paso a tiros ni para salir de una bolsa de papel mojado. Es un puto imbécil.

Liam meneó la cabeza y bramó:

—Bueno, pues para tu información, ¡te diré que el viejo lo adora! Lo considera un buen tío, ¡igual que todo el resto del mundo! Nunca en su vida se ha retrasado en un pago, y paga siempre con una sonrisa, pero, para ir más al grano, comprende perfectamente la importancia de mantener la discreción. Mientras que tú últimamente estás en boca de todo Londres, y es un puto milagro que nadie se lo haya comentado al viejo. En estos momentos tiene muchas cosas en la cabeza y has conseguido esquivarlo, pero el viejo no aguantará mucho más si le cuentan que has vuelto a las andadas.

Petey no contestó a su hermano, pero sabía que tenía razón. Lo único que pretendía Liam era ayudarle, y eso, justamente, empeoraba las cosas. Odiaba que le recordasen sus fallos, pero se enorgullecía de no ser tan dócil como los otros, que, de no andarse con cuidado, a los sesenta seguirían doblegándose ante quién sabe quién y tirándose de los pelos. No estaba por la labor de esperar años y años a que su viejo, o el puto imbécil de su tío, se muriesen de un cáncer o, vista la suerte increíble que tenían, de pura vejez, de centenarios. Él lo que quería era tener lo suyo ahora, *ya mismo*. Petey tenía la sensación de que estaba progresando, así que había decidido que era hora de sentar la cabeza, de convencer a su padre de que por fin estaba poniendo todas sus cosas en orden. Pero se sentía como un jodido idiota: no estaba mucho mejor situado de lo que lo estaba cuando era un puto adolescente. Se iba a pasar la vida a la sombra de su padre si no tomaba las riendas sus asuntos.

Le escocía mucho el hecho de no contar con verdadera autoridad: su padre y su tío seguían teniendo la última palabra en todo. Dos jodidos tontos muy *tontos*, y a pesar de eso seguían teniendo la sartén por el mango. Y por los huevos. ¡Resulta que al puto Delroy le daban más responsabilidad que a sus propios hijos! Esos dos eran como un par de putas pilas Duracell, que duraban y duraban y duraban. Era ridículo. No se iban a retirar nunca; en su opinión deberían hacer lo que se hace con los caballos viejos cuando revientan: pegarles un tiro. Su padre todavía seguía dándole órdenes…, era una cosa totalmente estrambótica. Estaba atrapado bajo la sombra de su padre, era el heredero perpetuo, pero consideraba que ya había esperado mucho

más de la cuenta.

Petey se dio cuenta de que tenía que intentar aplacar a aquel hermano suyo: Liam era un buen tipo, pero demasiado débil para ver que se estaban aprovechando de ellos, de que les estaban jodiendo un día tras otro, a diario. Eran *ellos* los que corrían con todos los riesgos mientras el viejo se llevaba la mejor crema, si no *toda* la crema del pastel.

—Mira, Liam, ya sé que a veces piso terrenos un poco peligrosos, pero siempre he contado con tu respaldo y no puedo evitar ser como soy, tener la personalidad que tengo, ¿vale? Siempre acabo pagando todas mis deudas, y tú lo sabes.

Liam miró a su hermano mayor y dominó el impulso de soltarle un buen puñetazo en toda la cara. ¡Si pagara todo lo que debía no estarían manteniendo aquella conversación! Petey Bailey siempre hacía trayectos diferentes que el resto de la gente. Como persona, era un riesgo permanente, un accidente a punto de ocurrir…; solo faltaba saber *cuándo*.

—¿Sabes qué? ¡Que te jodan, Petey! Haz lo que quieras, pero luego no digas que yo no intenté ayudarte. Jack ya hace mucho que se fue, y el viejo le quería, pero no tembló a la hora de sacrificarlo por el bien de la familia. Me parece que tú no entiendes en absoluto al viejo. No me parece que te des cuenta de que para papá ser un Bailey significa mucho más que cumplir un puto papel. Tiene muchos remordimientos por la muerte de la tía Lena, y creo que ya sabes perfectamente que no le gusta sentirse frustrado. Eres mi hermano y te quiero, Petey, pero estoy hasta las narices de ti, no lo olvides. No pienso cubrirte las espaldas ni una vez más, ni una sola, así que en el futuro arréglatelas tú solito con tus problemas. Ah, y una última cosa: será mejor que hables con los Patel antes de que acudan al viejo para que les devuelvan lo suyo. Ahora los asiáticos del East End son un jodido equipo de los gordos: no le hacen ascos a reclamar como sea el dinero que se les debe, y tampoco les importa un carajo quién coño seas o de qué grupo. Y, por lo que me dijeron anoche, hermanito, tú les debes una pequeña fortuna.

Petey Bailey miró a su hermano pequeño y se dio cuenta de que sí intentaba ayudarle. Pero, como siempre, la opinión que tenía Petey era distinta, absolutamente distinta de la de todos los demás; y él estaba completamente seguro de que *la suya* era la buena.

Liam era como sus primos: feliz de seguir la línea marcada y agradecido por todo lo que había; bueno, pues *él* no. Para él los Patel y los Bowes no eran nada. Si su viejo se limitara a hacerse a un lado y darle a él lo que le correspondía, ya no necesitaría andar jodiendo con putas pamplinas. La familia Bailey era *propietaria* de algún que otro puto casino; eran los patrocinadores de las putas partidas de póquer con más cuartos en juego, y resultaba que ahora *él*, justamente *él*, se veía reducido a aquello.

Había esperado ya más que suficiente para tener su oportunidad, y que le jodieran si estaba dispuesto a seguir esperando. A su viejo y a su tío les hacía falta enfrentarse

a la realidad, y él pensaba asegurarse de que iban a hacerlo.

Suspiró lleno de frustración.

—Joder, Liam, tú haz lo que te salga de los huevos, pero a mí déjame en paz, ¿vale?

A pesar de aquel aparente desplante, no dejaba de sentir un pequeño escalofrío de miedo; si Liam estaba enterado, todas las posibilidades apuntaban a que sus primos también lo estuviesen, y sus primos eran precisamente los que más le preocupaban, especialmente Danny. Tenía un cerebro muy rápido y, más en concreto, un temperamento irascible. Era un puro Bailey, un Bailey especialmente cabezota y obstinado; Danny creía que su apellido merecía ser siempre protegido y honrado, ¡como si en aquellos tiempos a alguien le importaran un carajo esas cosas! Ahora el mundo era diferente, un partido de fútbol completamente nuevo, un mundo poblado por personas como él, personas que sabían que para progresar tenías que hacer todo lo que fuese necesario para lograr ese objetivo, y tenías que utilizar cualquier medio para alcanzarlo. Algún día, también Liam y los otros lo comprenderían.

Capítulo ciento treinta y ocho

Ria observaba a su marido con mucha atención: últimamente aquello se estaba convirtiendo para ella en una especie de deporte. Se daba cuenta de lo culpable que Peter se sentía de la muerte de Lena y, estaba preocupado porque, fuese quien fuese el que iba tras él, acabara por traer la guerra a su propia casa. Había mantenido siempre la mala vida lo más alejada posible de la puerta de entrada de su casa, pero este último ataque no era algo corriente. Era algo que no podía controlar por completo, y eso le estaba incomodando de verdad. Ya había pasado bastante tiempo y seguían sin tener nada concreto en lo que basarse. Y ella se daba cuenta de que eso lo carcomía por dentro como un cáncer.

—¿Ya tenemos alguna noticia del funeral?

Peter negó lentamente con la cabeza. Seguía teniendo aquellos bellos rasgos varoniles que le habían resultado tan atractivos hacía ya tantos años. Los hombres eran afortunados: tenían hijos pero no daban a luz y como resultado de ello envejecían de un modo muy diferente.

—Puede que la semana que viene, o por lo menos eso es lo que le dijeron hoy a Danny, pero ya conoces a la pasma. No son gente muy de fiar, ¿verdad?

Ria se sentó junto a su marido, le dio un beso cariñoso en la mejilla y le dijo:

—Sé sincero conmigo, Peter, ¿qué piensas que pasó de verdad? Tengo que saber si estamos corriendo algún peligro.

Peter miró a su mujer: los dos iban haciéndose mayores y empezaba a preguntarse si no iría siendo ya finalmente hora de retirarse. Ya había estado a punto de hacerlo hacía muchos años, antes de que Daniel hubiera jodido la marrana matando a aquel chiquillo; pero después de eso el retiro resultó completamente inviable. Ahora, sin embargo, desearía haber arrojado la toalla ya en aquel momento.

Su Ria era tan amorosa, tan leal. Ya tenía arrugas profundas en torno a los ojos, pero a ella le sentaban bien. Siempre había pensado en ella como si fuese joven, seguía pensando en ella como la chica joven con la que se había casado hacía ya tantos años. Pero, claro, era imposible negarse a ver que el tiempo seguía su avance implacable. De algún modo se podía ver claramente que la vida del hampa les pasaba más factura a las mujeres que a los hombres, porque ellas, al contrario que ellos, pasaban toda su vida a merced del destino. A él le cabía la gran suerte de tenerla, que había permanecido a su lado a cada paso del camino, y había muy pocas mujeres capaces de una cosa así.

—Venga, Peter, vamos, dime la verdad. ¿De qué crees realmente que va todo esto?

Peter la estrechó contra sí y Ria notó el amor que sentía por ella, el amor que siempre había sentido por ella.

—¿De verdad? Pues la verdad es que no lo sé. Tengo mis sospechas, pero no son nada más que eso: sospechas. Lo único que sé seguro es que la pobre Lena se llevó lo

que estaba preparado para mí.

Ria lanzó un profundo suspiro; sabía que nada de lo que ella pudiera decir cambiaría un ápice los sentimientos de su marido.

—Retirémonos de una vez, Peter. Lo digo en serio. A mí me parece que esto es como un aviso para que nos espabilemos, para recordarnos que la vida es demasiado corta, jodidamente corta. Deja que los chicos lo manejen todo ellos solos para que tú y yo podamos disfrutar de la vida mientras todavía estamos a tiempo.

Peter Bailey comprendió exactamente lo que quería su mujer y por qué, pero él no podía hacer nada hasta que supieran con certeza quién estaba detrás del asesinato. Además, aquel no era momento para dejar solos a los chicos; sabía que de Liam se podía fiar, pero de Petey… Petey era otra historia. Andaba sisando dinero de aquí y de allá. Peter sabía todo aquello tan bien como sabía que Liam lo estaba encubriendo. Había confiado en que su hijo mayor se hubiera hecho adulto, dejara de ser un inmaduro de mierda y usara su cerebro para darse cuenta de que toda la fuerza que tenían era porque eran una familia: la familia Bailey. Pero no, Petey era un puto desecho, y esa era la verdad. Peter había trabajado demasiado duro durante demasiado tiempo para dejarlo todo en manos de un hombre que seguía siendo incapaz de entender siquiera los fundamentos más básicos de la *Vida* y de lo que la vida del hampa implicaba.

—Lo haremos pronto, Ria, pero antes tengo que dejar arregladas unas cuantas cosas.

Ria se conformó con aquello; la verdad es que esperaba más.

—Me asusté tanto cuando me di cuenta de que podía haberte perdido, Peter. Eso me hizo comprender clarísimamente lo valiosa que es la vida.

Volvió a abrazarla estrechamente.

—Ya lo sé, querida, yo siento exactamente lo mismo. Miro alrededor, veo las casas, los coches, la vida tan cojonuda que llevamos y ahora todo eso no significa nada, ¿verdad? No significa una mierda. Me sentiría muy feliz regalando todo lo que tenemos a cambio de volver a tener a Lena aquí con nosotros, pero claro, las cosas son como son, ¿no es cierto? Es *imposible* tenerla otra vez con nosotros, eso no es algo que podamos arreglar ni por lo que podamos pagar para solucionarlo: con la muerte no se negocia. Me he pasado toda la puta vida ganándome lo que quería por el sistema que fuese, joder. Tengo un montón de cosas sobre mi conciencia, Ria, y podía vivir perfectamente con todo ello, pero la muerte de Lena me ha dejado preguntándome si algo de todo eso ha merecido la pena de verdad. Daniel es como un barco sin timón, porque para él Lena era tan valiosa como tú lo eres para mí. Y no sobrevivirá a todo esto si yo no me planto firme a su lado. Me necesita, y yo tengo que estar ahí para apoyarlo el tiempo que sea necesario.

Ria lo comprendió.

—Bueno —dijo—, mientras me prometas que en cuanto se acabe esto los dos podremos seguir adelante, estaré satisfecha.

Capítulo ciento treinta y nueve

Daniel Bailey miró a la jovencita que tenía delante y reflexionó sobre un mundo en el que una jovencita como aquella, guapa y simpática podía venderse a sí misma por tan poco. Tendría, como mucho, veinte años, si es que llegaba. No hacía mucho que habían asesinado a su mujer —no la habían enterrado todavía— y aun así la chiquita parecía pensar que él estaría dispuesto a entablar cualquier tipo de relación amorosa con ella. Daba verdadero asco. Podría ser su hija. Podría ser su puta hija, *colega*, aunque tenía la sensación de que su Tania tenía un poco más de sentido común, como para no ir y liarse con un pedazo de mierda semejante; o por lo menos esa esperanza tenía, en cualquier caso.

Carmella Carmichael, que a los veintidós años acababa de convertirse en la orgullosa propietaria de un par de tetas de la talla 115, iba haciendo cuanto estaba al alcance de su mano para echarle el lazo a Daniel Bailey. Hay que reconocer que era un hombre viejo, pero seguía teniendo el aura de hombre duro, y Carmella reconocía lo importante que era eso. Era un jefe de los más conspicuos y propietario, entre otros locales, del Electric Lady, el club en el que la chica trabajaba. Y ahora que su pobre mujer había salido de escena, Daniel volvía a estar en el mercado, a tiro de una chica como ella. Era bien sabido que nunca había sido un hombre que se hubiera sentido atraído por desconocidas. Había sido un marido fiel, y en opinión de Carmella eso era algo muy, muy dulce. Ahora podía verse a sí misma como su nueva consorte; y esa idea la atraía en muchos sentidos. Para empezar, estaba mortalmente cansada de tanto bailar en las rodillas de los hombres, y todavía más cansada de exhibirse en los mercados de la carne que en todo el sureste de Inglaterra pretendían hacerse pasar por clubes nocturnos. Ella tenía mucho más que ofrecer, y estaba más que dispuesta a ofrecérselo *todo* a Daniel Bailey. Si conseguía tener un hijo de él —y desde luego que tendría que ser *de él* de verdad, porque hoy en día los análisis de ADN se habían convertido en norma—, podía considerarse arreglada para toda la vida. El tío valía su peso en oro y ella estaría tan feliz si se llevaba alguna pieza.

Daniel la miraba con incredulidad, como si nunca hubiese visto una mujer en toda su vida. A Carmella aquello le pareció positivo: tenía claro que le había dejado muy impresionado. Se alzó aquellos pechos descomunales que tenía y le obsequió con la más amplia de sus sonrisas.

—Es un verdadero privilegio conocerlo por fin, señor Bailey.

Daniel Bailey se la quedó mirando otra vez, antes de darle la espalda. Hizo un gesto al portero que tenía más cerca y le gritó:

—Eh, hazme un favor, colega, búscale un taxi a esta joven, ¿vale?

Luego volvió a mirar a la chica y le dijo en voz bastante baja:

—Escucha, cariño. Se consiguen diez chicas como tú por un penique, y cuanto antes lo entiendas, mejor te irán las cosas. Todo esto, los clubes y el dinero, no es más que una puta farsa, cariño. Al final del día todo esto no vale *para nada*. No tienes

ninguna posibilidad de camelarme, encanto, y que lo hayas intentado es justamente lo que me impide tocarte ni con una puta pértiga de barcaza. Y ahora, largo de mi vista. Aquí ya no volverás a bailar nunca más, y mira, a lo mejor algún día hasta me lo agradeces. Carmella se marchó del club sin decir ni una palabra más, sabía cuándo había salido airosa de un peligro. Había interpretado muy mal la situación: Daniel Bailey era un hombre al que era mejor tenerle miedo.

Davey había presenciado el intercambio de frases y, tras acercarse a su padre, le dijo en tono triste:

—Has estado demasiado severo, papá. Esa chica era una de las que más dinero nos daban.

Daniel se rió, pero era una risa ya cansada; estaba tan harto de todo…

—Esas jodidas jovenzuelas que se venden a sí mismas como si fueran trozos de carne… Habría echado un polvo conmigo tan contenta, ¡y ni siquiera me conoce! ¿Qué le ha pasado al mundo? ¿Cuándo se convirtió la juventud en simple mercancía para vender?

Davey respondió con una sonrisa tristona:

—Cuando las personas como nosotros abrimos sitios como este.

Daniel comprendió que el muchacho tenía razón, pero los tiempos habían cambiado. Ahora las muchachas jóvenes tenían oportunidades… Mira a Tania. Sin embargo, era consciente de que su esposa se había asegurado de que su hija pudiera disponer de esas opciones y sin embargo, hasta entonces, él no había pensado en ello. Era propietario de aquel local y de muchos otros como aquel, y le hacían ganar una fortuna del carajo. Tenían clubes de *striptease*, cabinas para mirones, etc. Hacía muchos años que ganaban fortunas con el sexo. Así que, ¿por qué estaba enfadado?

Tal vez porque se había dado cuenta de que a Lena nunca le habían gustado aquella clase de cosas, y él la había mantenido lo más al margen de los negocios que le había sido posible. Los clubes le resultaban incómodos porque era una mujer decente y cabal como pocas. Él, en cambio, era un hipócrita, pero admitirlo no le hacía sentirse mejor. Lo que pretendía, simplemente, era justificar la vida del hampa, aquella misma *Vida* que había sido la causa de la muerte violenta de su mujer, aquella misma mala *Vida* que día a día iba perdiendo el atractivo que tenía para él.

Quería dejarlo. Pero sin su Lena, ¿qué iba a hacer? Si no la tenía a ella, no tenía nada… excepto el trabajo.

Capítulo ciento cuarenta

Tania estaba agotada; quería dormir, pero no podía. Hasta el momento, siempre había dado la bienvenida al sueño, se había deslizado con facilidad hacia el olvido que proporcionaba. Había disfrutado durmiendo, acurrucada y calentita en su cama; solía caer dormida sin ninguna dificultad. Nunca hasta entonces había experimentado los traumas del insomnio, de ese insomnio que te deja completamente agotada y muy deprimida.

Ahora estaba en la iglesia, esperando a la abuela. Le encantaba la misa de seis; había acompañado a su madre un montón de veces, y ambas valoraban la quietud de la iglesia, disfrutaban del ritual de la misa y de la sensación de formar parte de algo grande. Se había sentado allí muchísimas veces, con el fresco intenso de las primeras horas de la mañana, y se había sentido feliz porque su mamá estaba a su lado. Tendría que haber apreciado más aquellos momentos, ahora se daba cuenta. Y es que, entonces, daba tantas cosas por descontadas… Ahora comprendía, sin la menor sombra de duda, que el hecho de que su madre asistiera a misa a diario era para expiar los muchos pecados de su padre; su madre rezaba por la salvación de su padre y se obligaba a ir hasta allí, a la iglesia, día tras día, para pedir a Dios que lo perdonase.

Su madre siempre había insistido en que pidiera a la Inmaculada Concepción que protegiese a su padre y sus hermanos. Su madre tenía mucha fe en la Madre de Jesús, le confiaba el cuidado de los suyos. Siempre había creído que la Virgen María, Madre de Dios, entendería perfectamente sus temores; al fin y al cabo, también ella era madre. A su hijo lo habían encarcelado, a su hijo lo habían torturado y Él había muerto por su fe.

Tania cerró los ojos, ya con cansancio, y rezó a Nuestra Señora. Le rogó que concediera a su madre paz por fin, que le concediera alguna clase de recompensa celestial; se la merecía.

Por fin, finalmente, la policía empezaba a hablar de devolver los restos mortales de su madre a la familia, para que así pudieran hacerle el funeral. Era surrealista saber que en realidad no existía un cadáver propiamente dicho, unos *restos* que se pudiesen enterrar como tales. Tania había leído en la prensa que no había quedado nada de su madre que pudiera servir para identificarla; su madre había quedado esparcida por todo el Soho. Pensarlo resultaba terrible, y trataba de evitar dar vueltas aunque solo fuera un instante a esas ideas, pero le resultaba imposible. Saber que su madre había quedado reducida a poco más que unas esquirlas de carne y huesos ensangrentados le obsesionaba. Ni siquiera iba a poder verla en su ataúd y decirle adiós cara a cara, porque iban a incinerar *los restos* que quedaban.

Tania notó que su abuela se colocaba en el banco, a su lado; la miró y se dio cuenta de lo que había envejecido desde la muerte de su madre. A lo largo de los años había acompañado a la primera misa a Tania y a su madre muchísimas veces, y ahora

Tania comprendía que, al igual que su madre, Theresa también iba al templo para rezar por la salvación de sus hijos. Ahora podía darse perfecta cuenta de lo seriamente que su nana se tomaba la misa, el culto, de la fuerza con la que sentía el poder de su mensaje, con la que vivía aquellas creencias tan antiguas, la fuerza con la que vivía la religión en lo más profundo de su interior, y eso hizo que Tania, ahora, al fin, también lograra entenderlo por fin.

Mientras comulgaban juntas, Tania se sintió reconfortada por aquella sensación tan familiar que el sacramento siempre le proporcionaba. Sabía que, en esos momentos, volvía a estar completamente limpia y sin la menor sombra de mancha.

En la iglesia no había más de veinte personas; hacía frío, estaba oscuro y, aun así, Tania tenía la sensación, como siempre, de formar parte de algo mucho más grande que el mundo en el que habitaba. Sentía plenamente la autoridad que aquella religión ejercía sobre sus fieles.

Se sentó junto a su abuela y lanzó una mirada en torno, por el interior de la iglesia. Se fijó en las estaciones del calvario, las estatuas de Cristo y su pobre madre, el hermoso crucifijo que colgaba sobre el altar mayor y era la fiel representación de los últimos momentos de Jesús. Cristo había muerto para salvarnos a todos y, al contemplarlo en la cruz, pudo sentir al fin unos breves momentos de paz interior.

Tania y Theresa siguieron sentadas juntas después de terminar la misa, disfrutando del apacible silencio de la iglesia y su atmósfera de tranquilidad, de calma y serenidad.

—¿Estás bien de verdad, Tania?

—Sí —asintió con un gesto de cabeza—, lo voy consiguiendo. Lo único malo es que desearía poder enterrar a mi madre. Creo que en cuanto lo hayamos hecho, todo será bastante más fácil, ¿sabes?

—Ya sé que es duro, preciosa. Pero tienes razón, una vez que hayamos podido darle descanso, también podremos recuperar un poco de normalidad. Ahora estamos como en el limbo. Necesitamos volver a la realidad.

—La echo tantísimo de menos, nana… Ojalá siguiera estando aquí, ojalá no hubiera dado por hecho que la tendría siempre conmigo, ojalá hubiera sabido que no nos quedaba mucho tiempo juntas. Habría procurado asegurarme por todos los medios de que no desperdiciábamos ni un segundo de ese tiempo. —Estaba llorando y las lágrimas corrían por su rostro.

—Escucha, nena —le dijo Theresa con una sonrisa triste—, mira, eso es algo que desearíamos todos… es lo más natural. Pero la muerte forma tanta parte de la vida como el vivir. Todos moriremos algún día, corazón, y, de todas las cosas, esa es la única que sabemos con toda seguridad. Es duro, sobre todo para los que nos quedamos aquí, príncipes o mendigos; la muerte nos llegará a todos, y nadie puede evitarlo. Por eso hay que disfrutar de la vida mientras se pueda. La muerte de un ser querido nos recuerda simplemente nuestra propia condición de mortales. Nos recuerda que la muerte también vendrá a buscarnos a nosotros algún día.

Tania comprendió que su abuela tenía razón, pero eso no hizo que se sintiese ni una pizquita mejor, porque tenía demasiadas cosas en la cabeza.

—Ojalá que sea feliz, nana, espero que sea feliz esté donde esté. Ojalá que esté descansando.

Al oírla, Theresa soltó una buena carcajada, y Tania notó el buen humor que resonaba en la voz de su abuela al oírle decir, alegremente:

—¡Pues claro que sí! ¡*Somos* católicos irlandeses, por *todos los* diablos! ¡Creemos que a la hora de morir le llevamos ventaja a cualquier otro! Nosotros *vivimos* para morir, y morimos dejando a otros nuestros apellidos, que van pasando de generación en generación para no ser olvidados nunca del todo. ¿Por qué crees que no permitimos los anticonceptivos? Pues porque estamos programados para procrear a la mínima oportunidad que surja. ¡Para poblar la tierra con más buenos católicos! Los hijos son el mayor regalo que Dios puede darle a cualquiera, los hijos son el futuro. Como tú ahora. Tu madre nos ha dejado, pero tú eres parte de su legado, y mientras tú vivas, nunca estará muerta del todo. Llevas su sangre en las venas y su sabiduría en la cabeza. Tus hijos tendrán una parte de ella aunque se haya ido.

A Tania nunca se le había ocurrido pensar aquello hasta entonces, y las palabras de su abuela la hicieron sentirse mucho mejor al saber que, de alguna manera, su madre seguía estando con ella. Y entonces se dio cuenta de lo que la nana acababa de decirle.

Theresa tomó una mano de su nieta entre las suyas, esbozó una sonrisa triste y le preguntó, amable:

—A ver, ahora haz el favor de decirme la verdad. ¿Estás embarazada, nena?

Capítulo ciento cuarenta y uno

Christopher Williams ya se había gastado mentalmente sus cien de los grandes. Se pensaba retirar dentro de unos pocos años, y aquello representaría un suplemento muy bienvenido. Le gustaba Danny Bailey, y se fiaba de él; era parte del viejo bloque, como su padre, y si prometía algo, siempre cumplía. Williams le había hecho aquel trabajo suplementario encantado de la vida. Había hecho los deberes y había conseguido todo lo que Danny le había pedido.

Otro plus era que le había aparecido un estupendo aliado circunstancial en el departamento forense: una científica bajita, regordeta y con buenos dientes, un pelo precioso y una adicción más que seria a la cocaína. La chica no le hacía ascos a ganarse un pequeño sobresueldo, cosa que él estaba más que dispuesto a facilitarle sabiendo de antemano que podía serle de gran utilidad en el futuro. Incluso después de retirarse seguiría teniéndola en cuenta. Siendo la clase de hombre que era, había jugado sus cartas a largo plazo y, con los años, había tenido buen cuidado de ir ganándose la amistad de toda la gente que algún día podría contribuir a engordar su pensión.

Estaba encantado consigo mismo; sabía mejor que nadie que sus buenos oficios —su habilidad para encontrar y hacer desaparecer de la sociedad a la basura que se ensañaba con mujeres y niños— compensaban mucho sus actividades extracurriculares. Ese era el verdadero premio de ser detective: las fuerzas del orden siempre se mostraban poco dispuestas a acusar a personas como él de cualquier cosa turbia, a pesar de que pudiera disponer de muchas pruebas en contra. Si *lo hacían*, y si ganaban el caso, todos los hampones que hubiera detenido, cualquier puto mamón al que hubiera encerrado, harían cola a lo largo de la manzana de la comisaría clamando por un nuevo juicio. Un policía corrupto causaba toda clase de problemas a los poderes, digamos, establecidos. Nadie quería cargar con los gastos o las molestias de un nuevo juicio: era mucho más fácil y limpio ofrecer la jubilación adelantada a cualquier agente que fuera pillado en falta. Una simple cuestión de economía.

Se sentía muy feliz al entrar en el pub de Rainham donde se había citado con Danny Bailey. Le gustaba Essex. Las hembras siempre estaban muy bien acicaladas y siempre sonreían. Las mujeres de Essex habían nacido con un conocimiento instintivo de cómo sacar el mejor partido posible de sus encantos, y eran chicas listas y comprensivas. Los hombres de Essex, en cambio, eran otra historia; parecía que *todos ellos* habían nacido con un espíritu de beligerancia innata que originaba más peleas que el propio John Wayne y biológicamente predispuestos a convertirse en maleantes. Eran como los de Liverpool, capaces de hacer las trampas más grandes desde su más tierna edad.

Mientras Danny Bailey iba pidiendo las consumiciones, Williams se preguntó por unos instantes cómo iría a emplear aquel joven la información que estaba a punto de comunicarle. Pero no era su problema; él se había limitado a llevar a cabo la tarea que

le habían encomendado, y lo que aquel hombre hiciese con la información que iba a proporcionarle ya no era asunto suyo.

Capítulo ciento cuarenta y dos

Peter y Daniel iban muy callados al entrar en el cementerio de coches.

Peter no había visto los arreglos hechos en la caseta de obra y se quedó muy impresionado con las nuevas oficinas; nadie habría podido imaginar que eran más viejas que Matusalén. Las habían reacondicionado tan bien que todo aquel puto espacio parecía salido de fábrica; era imposible que alguien creyese que hacía muy poco tiempo se había producido allí un asesinato espantoso.

—¡Joder, esto es la leche, Dan! ¡Esto está mucho mejor que cualquier despacho nuevo del Canary Wharf!

Daniel se echó a reír.

—Ya te lo dije, el chico es muy bueno, y ¿sabes qué, Pete? Que no quiere cobrarme nada. Me dijo que era el pago porque hubiésemos cuidado de su viejo mientras él estaba fuera. Si te digo la verdad, me quedé parado.

Peter se sintió aliviado; ningún laboratorio forense del mundo hubiera podido encontrar allí nada ni remotamente siniestro. El chico sabía hacer su trabajo; lo único que quedaba del edificio original era la puta cáscara exterior, y seguramente se debía a que su hermano había insistido en que la dejaran. Por lo que a Daniel concernía, en realidad nada había cambiado: seguía queriendo tener garantizada su seguridad, ¿y quién podía reprochárselo?

—Oye, Daniel, ¿de qué crees que va todo esto?

—No lo sé, Peter —dijo encogiéndose de hombros—. Danny me pidió que nos encontrásemos aquí, los dos solos. Y eso es todo lo que sé. —Notó que a su hermano empezaban a acometerle oleadas de preocupación—. ¿Te encuentras bien, Pete?

Peter asintió, pero a su hermano no podía engañarlo. Le daba miedo lo que se avecinaba, y no tenía fuerzas suficientes para impedirlo.

Daniel sirvió una copa para cada uno, le dio a su hermano el whisky y dijo, con voz suave:

—Ya sabes, Peter, que pase lo que pase no haré prisioneros.

Peter asintió con la cabeza, pero, no dijo nada. No podía.

Danny llegó con veinte minutos de retraso y, al mirar a su padre y a su tío, deseó de todo corazón no ser él quien trajese tan malas noticias. Pero no tenía más opción, aquello había que arreglarlo de una vez, fueran cuales fuesen las consecuencias. Pero, así y todo, hacerlo era una cosa muy, muy dura.

Capítulo ciento cuarenta y tres

-¿Es alguien conocido, Tania?

Ria se quedó tan impresionada como su suegra al saber las noticias. Theresa había insistido mucho en que estuviera presente; de hecho, podía decirse que se había mostrado inflexible. Ria se alegraba de que estuviera allí: Lena habría querido verla cuidando de su hija.

Tania seguía sin decir ni una palabra a nadie sobre el responsable de sus aprietos. Theresa había tenido la esperanza de que Tania le hubiese abierto a ella su corazón. Tenía una vaga idea de quién era el padre, pero le faltaban pruebas, y las quería para hacer que su nieto pagara por sus pecados; quería desenmascararlo ante todos, a pesar de que sabía muy bien que eso causaría un buen alboroto.

Estaban sentadas en la cocina de Lena, y Ria, al mirar a la única hija de su amiga, comprendió que tenía que ayudar a aquella muchacha en todo cuanto le fuera posible; tenía que hacerlo tanto por Lena como por la propia Tania. Si algo tenía claro Ria es que fuera quien fuese el responsable del estado de la joven, se había aprovechado de ella; la Tania que ella conocía estaba todavía más verde que los prados de Irlanda. Que ella supiera, nunca la había besado nadie, y no digamos ya que le hubieran hecho otras cosas. Ria había estado devanándose los sesos, pero seguía sin ocurrírsele el nombre de ningún chico que hubiera andado rondando a la muchacha, de hecho, que ella supiera, nunca había tenido novio.

Ria se inclinó hacia adelante en su silla y preguntó en tono amable:

—¿Te forzaron a hacer algo de alguna manera, Tania? ¿Alguien te obligó a hacer algo que no querías hacer?

Tania solo quería que las dos desaparecieran de allí y la dejasen sola. ¡Estaba *embarazada*! ¡Y solo lo había hecho *una* vez! Si contaba la verdad, habría algún asesinato, y su hijo nunca llegaría a tener una oportunidad. Sufriría desde el primer momento. No, aquel era un secreto que se llevaría con ella a la tumba. Meneó la cabeza.

—Mira, nena, escúchame: en algún momento tendrás que hablar con nosotras. Solo queremos ayudarte. Tu padre querrá saber, tus hermanos querrán saber…, y una cosa como esta no se puede ocultar mucho tiempo.

Tania continuó sin responder.

Ria lanzó un suspiro de exasperación.

—¿Quieres deshacerte de él, cariño? —le preguntó—. Te prometo que nunca lo sabrá nadie. Si eso es lo que quieres, lo arreglaremos todo.

Theresa estaba mucho más afectada de lo que jamás hubiera creído posible; estaba absolutamente en contra del aborto, creía que un niño era un regalo de Dios. Pero no diría ni una palabra y se mantendría al margen si eso era lo que quería la pobre niña. Si sus sospechas eran correctas, no sería un buen augurio para ninguna de ellas que la verdad se descubriera. Pero era Tania la que tenía que decidir; era

privilegio suyo decir o no decir de quién se trataba.

Tania meneó la cabeza una vez más.

—No puedo, tía Ria, de verdad. No puedo deshacerme del bebé. Lo único que puedo decir es que lo siento mucho.

Theresa se alegró de que su nieta estuviera decidida a quedarse con el niño, y eso a pesar de que la chica le daba pena porque para ella se había acabado la vida tal y como la conocía. Como ella, sería una madre adolescente y, lo mismo que ella, permanecería atada a su hijo para el resto de su vida. La historia se repetía.

Capítulo ciento cuarenta y cuatro

Peter Bailey veía la cara de su hermano por el rabillo del ojo y supo que se creía todo lo que Danny iba diciendo.

En el fondo, también él se lo creía, pero ya había perdido un hijo y estaba poco dispuesto a perder otro, a creer que su primogénito fuera capaz de semejante traición. Su Petey era un jugador, y no cambiaría nunca. En eso no era mucho mejor que todos esos cabrones a los que desplumaban a diario y que se pasaban la vida soñando con el día en que harían saltar la banca y se llevarían el premio gordo. Eran incapaces de comprender que a lo largo del tiempo se dejarían más dinero en las mesas de juego del que nunca podrían ganar. Su hijo ya tenía más de lo que necesitaba, y le había sido entregado en bandeja de plata. No tenía *necesidad* de jugar; ganaba una buena pasta, una pasta que a la mayoría de la gente la haría ponerse de rodillas y dar gracias a Dios por ganarla. Pero tenía una enfermedad; al igual que su Jack, Petey era un desecho.

Peter se culpaba a sí mismo: había protegido a su primogénito, le había dado oportunidades que no le concedería a ningún otro. Y que aquel hijo suyo, en el que confiaba, al que veía como su heredero, pudiera ser capaz de un odio semejante era algo que le superaba. Su hijo había estado allí la noche de la bomba, había estado de celebración con ellos en el club. Y, en realidad, había estado todo el tiempo esperando a que su padre saliese, se metiera en el coche y muriera.

Aquella fue una de las pocas veces en su vida que Petey Bailey tuvo ganas de llorar. La traición era siempre mucho peor cuando involucraba a un pariente de sangre; era difícil para un padre admitir que había criado a su lado a alguien tan nefasto y desleal.

Danny estaba profundamente afectado por su tío, pero sería inflexible a la hora de revelar la verdad por mucho que pudiera doler. Sería mucho más jodidamente peligroso mantener la boca cerrada: ese era el balance final. Allí había demasiado en juego, y no solo desde el punto de vista económico.

—No me lo puedo creer, Daniel, esto es demasiado. —Peter miró a su hermano con la esperanza de que acudiera en su ayuda, que le dijera que todo era una equivocación y que su hijo le quería y nunca sería capaz de hacerle daño. Probó en otra dirección, agarrándose ya a un clavo ardiendo—. He visto todos los informes de la policía, igual que tu padre, ¿tú no, Daniel? No decían nada al respecto. —Peter Bailey notaba la desesperación que dejaba traslucir su propia voz, y sabía que tenía que afrontar aquello con la cabeza bien alta, pero resultaba muchísimo más difícil de lo que nunca hubiera creído.

Danny deseó de todo corazón no haber tenido que ser él el portador de tan terribles noticias. Pero, al contrario que aquellos dos, él hacía ya mucho tiempo que sospechaba de su primo, desde aquella vez que le había drogado. Miró a su tío a los ojos y dijo con toda sinceridad:

—Todo lo que Petey te entregó, tío Pete, era solo lo que *quería* que vieras. Arregló y retocó todo lo que le había dado la bofia, porque, la verdad, no tenía más remedio. Lleva por lo menos dos años cultivando las relaciones con la bofia y, por lo que he podido conjeturar, trabajaban para él y no para nosotros. No para los Bailey como familia. Lo único que buscaba era proteger su propio culo. Debió de recorrer todas las fases del pánico cuando se percató de que tú todavía estabas… —No terminó la frase, sabía lo duro que resultaba aquello—. Esta información me ha costado cien de los grandes, y, además, pagados de mi *propio* dinero. Y estaba deseando perderlo si me demostraban que era yo el equivocado; y es verdad, *querría* haber estado equivocado; lo que nunca quise era una cosa como esta. Pero es la verdad. Tu Petey era el que estaba detrás de la bomba que mató a mi madre. La bomba que estaba destinada a ti. No hay manera fácil de decir esto, ¿sabes?, no hay forma de suavizarlo. Es un hecho. Y aún más, es una puta desgracia, una puta temeridad de cojones.

Daniel Bailey miraba a su hermano con furia. La gravedad de lo que escuchaba iba asentándose en su conciencia. Que estuviera protegiendo a aquel puto pedazo de mierda, al hombre que había puesto la jodida bomba que se había llevado a su Lena de su lado, era algo increíble. Había querido a aquel cabrón como a su hijo. Y sabía tan bien como su hermano que su Danny no se *atrevería* a acusar a nadie de aquello —y mucho menos a un miembro de su familia— sin tener pruebas fehacientes.

Daniel echó una mirada en torno para ver bien las nuevas oficinas, la pintura mate y las telas de diseño, y suspiró de nostalgia por los viejos tiempos en los que aquello era un solar común y corriente y los chicos todavía demasiado jóvenes para hacerle daño a alguien. Sin darse cuenta, Peter Bailey había generado su propia némesis: había amado y nutrido a aquel mamón, y ¿para qué? Daniel era su padrino: lo había sostenido en sus brazos en la iglesia y prometido a Dios que velaría por él si era necesario. Y le había dado *de todo*, pero Petey había crecido solo para convertirse en un puto traidor, un hombre capaz de planear la muerte de su propio padre. Era como si, de alguna manera, hubiera nacido ya con todas aquellas debilidades que ellos, como hermanos, aborrecían pero manipulaban para ganarse los cuartos. Petey era jugador, mujeriego, traidor, alguien que utilizaba a cuantos tenía a su alrededor. Así que Peter había estado criando a una verdadera víbora, a un puto mentiroso, a un jodido ladrón.

La verdad es que resultaba irónico, considerando la dureza con la que su hermano se había empleado contra Daniel en el pasado. Peter jamás sintió el impulso de contenerse cuando lo señalaba como causante de una jodienda de primera. Pero, fuera lo que fuese lo que había hecho Daniel, ni una sola vez, jamás, había sido desleal con los suyos. Peter siempre se había mantenido como un faro de jodida respetabilidad, y sin embargo había educado a un puto yonqui que además era un puto mamón; dos de sus hijos habían asesinado mujeres, habían resultado ser unos hombres sin el menor rastro de moral. Que su hermano hubiera criado a unos hijos que eran capaces de

tales delitos superaba la capacidad de comprensión de Daniel. El hecho de que su hermano hubiera creído con tanta facilidad a Danny le decía que era evidente que Peter había tenido sus sospechas desde hacía un tiempo. Daniel sabía bien que, en el fondo, su hermano había tenido que tener al menos una vaga idea de cómo era su hijo mayor.

Y así lo dijo, furioso al ver que la muerte de su esposa era responsabilidad de alguien de la familia.

—Tú tenías que tener alguna jodida idea sobre los modos y maneras del joven Petey. Te conozco bien, joder, y sé que a ti no hay muchas cosas que se te escapen.

Danny comprendió adónde querían llegar los razonamientos de su padre. Encendió un cigarrillo antes de decir, en tono tranquilo:

—Le pedí a Petey los informes forenses una y otra vez, pero nunca nos daba nada que mereciera la pena. A él siempre lo trataban todos como si fuera el heredero del trono y yo lo aguantaba, igual que todos, pero sabía desde el principio que lo razonable era que estuviésemos al tanto de todas y cada una de las informaciones que tuvieran que ver con la muerte de mi madre. Tú, tío Peter, sabes tan bien como yo que no perseguiste al culpable con tanta contundencia como deberías. Estabas asustado ante lo que pensabas que era más que probable que te encontraras, ¿no es cierto? Bueno, tu hijo se había aliado con los Allen. Cuando acabó con Terrence, dejó una huella dactilar en el apartamento de okupas. Pagó un montón de dinero para que aquello se ocultara porque sabía que la pasma que nosotros no controlamos se habría echado sobre el caso como buitres. Porque por cada uno de los agentes que hemos sobornado, sigue habiendo dos o tres más a los que no hemos tenido acceso.

Por primera vez Peter Bailey sintió miedo, auténtico miedo, verdadero pánico. Saber que su hijo era capaz de planear la muerte de su propio padre era algo que no conseguía que le entrase en la cabeza. Petey había estado dispuesto a eliminar a su padre, con toda la crueldad y toda la violencia posibles, y había estado cumpliendo con el duelo por su tía muerta *sabiendo* todo el tiempo que era el responsable de esa muerte. Era algo demasiado difícil de aceptar. Y aún más difícil de aceptar era la absoluta desfachatez de su conducta.

Miró a Daniel, y vio odio mezclado con piedad. Se sintió agradecido por aquello: saber que su hermano seguía siendo capaz de notar su dolor era una pequeña muestra de lo mucho que, de verdad, se preocupaba por él.

—¿Liam sabe algo de todo esto?

Danny negó con la cabeza.

—Creo que no. Lo que sí sé, sin embargo, es que ya hace bastante tiempo que anda limpiando las mierdas que deja su hermano por aquí y por allá. Petey debe dinero en todas partes: lleva sisando las comisiones desde el primer día. Pero él es así, ¿verdad? Todos aceptamos sus, digamos, *debilidades* y *flaquezas*, su incapacidad para ver las cosas desde una perspectiva general, la necesidad que siempre siente de dar con alguna trampa que le proporcione esos dinerillos extra que considera que son

sus ganancias particulares. Siempre ha necesitado sentir que ganaba más de lo que ganábamos todos los demás. Lo triste es que para él nunca habrá pasta suficiente en el bote. Es un jodido tramposo, un puto ladrón.

Peter notó la profunda amargura que resonaba en la voz de Danny. Hacía mucho tiempo que a su hijo tendrían que haberle bajado aquellos putos humos que tenía. Tendría que haber seguido su instinto, pero, después de lo de Jack, no había querido creer que tenía otro hijo carente igualmente de fortaleza y de decencia. No había querido que su Ria tuviera que vivir sabiendo que *otro de sus hijos* se había ido de su lado. Había visto lo duro que había sido para ella aceptar la muerte de Jack. Se había quedado del todo atónito ante la fortaleza que Ria había demostrado en aquellos momentos, al menos delante de él: Ria había sabido ocultar sus verdaderos sentimientos porque comprendía que él nunca habría hecho lo que había hecho de no haber tenido una buena razón. Pero aquello se había cobrado su precio: ella era, primero de todo y antes que nada, madre. Las mujeres aman a sus hijos desde el mismo momento en que los traen al mundo. Están programadas para amarlos, alimentarlos y protegerlos pase lo que pase. Pobre Ria. Se le rompería el corazón con la muerte de Petey. Sin embargo, no podía enterarse de las circunstancias exactas: nunca se perdonaría a sí misma si supiera que un hijo suyo había sido capaz de una cosa así.

La voz de su hermano le sacó de sus meditaciones.

—Lo siento, Pete, perdona, pero sabes perfectamente que hay que quitarlo del medio, ¿verdad?

Peter asintió: aceptaba que aquello era inevitable.

—Por supuesto —dijo—. ¿Puedo pedirte un último favor?

—Pues claro —respondió Daniel encogiéndose de hombros.

—Haz que parezca un puto golpe de otra gente, como si se lo hubieran cargado unos desconocidos. Ria puede enterarse de la verdad, no podría vivir con ello.

Daniel asintió.

A Danny le pareció lógico: nadie quería disgustar a las mujeres.

—Puede que Liam sepa más de lo que da a entender, tío Pete…, lleva un tiempo moviéndose con él. ¿Tendría que ponerlo en su sitio o qué?

Peter no sabía qué decir. No sabía qué hacer. Estaba destrozado; sólo le iba a quedar un hijo de los tres que había tenido, de aquellos tres niños preciosos y sanos. Había hecho por sus hijos todo lo humanamente posible; siempre había hecho lo que le parecía lo mejor para ellos y ahora, al final de todo, ¿qué le quedaba? ¿De qué le había servido todo aquello?

Y allí estaba Daniel, un auténtico tarado en opinión de cualquiera, un hombre que podía asesinar impulsivamente, y sin embargo *sus* hijos eran unas putas joyas. *Todos* eran hombres de los que se podía estar orgulloso.

No tenía más elección que apretar los dientes y centrarse en lo que todavía tenía: su Liam era un buen muchacho, y su hija Imelda una mujer fuerte y competente. Y

además, ironías de la vida, Delroy, que ni llevaba su sangre ni era carne de su carne, y que durante un tiempo, sin motivo, no le había gustado nada, había resultado ser el hombre más trabajador, leal y digno de confianza de todos. La vida era de lo más divertida.

Petey ya estaba viviendo una prórroga. Peter ya le había advertido en muchísimas ocasiones que sabía que estaba cometiendo sistemáticamente el peor robo de todos los posibles: robar a los tuyos. Y sin embargo su hijo nunca había tenido el seso suficiente para darse cuenta de que sus actos acabarían por causar su irremediable caída.

Ahora, de repente, Peter Bailey se sentía viejo, viejo y decrépito. La *Vida*, por buena que pudiera llegar a ser —y para él y para su familia *lo había sido*—, era ahora el arma de destrucción de su hijo mayor. La responsable de que se quedase sin dos hijos y de que su esposa nunca, jamás, volviese a sentirse verdaderamente feliz.

Se puso de pie bruscamente.

—Venga, Daniel, terminemos de una vez con esto.

Daniel suspiró.

—No, Pete —dijo—, vete a casa. Seguro que Ria te necesita a su lado.

Capítulo ciento cuarenta y cinco

Petey Bailey estaba que no cabía en sí de gozo. Bernadette tenía un aspecto estupendo, y, además, le había dejado muy impresionado con la decoración que había elegido para su nueva casa; se le ocurrió entonces que aquella muchachita podía acabar siendo algún día un activo importante para él. La casa tenía un aspecto fantástico, y comprendió que dejaría muy impresionado a cualquiera que entrase por la puerta. Su única preocupación era que debía una gran cantidad de dinero del préstamo hipotecario, y el banco ya estaba empezando a reclamarle la deuda. Y aquello no era como en *su* mundo: los tenedores de la hipoteca eran una sociedad anónima, y les importaba un carajo si te ponías nervioso en el curso de las negociaciones. Para ellos su apellido no significaba una puta mierda; operaban completamente dentro de la ley; y Petey sabía que si le quitaban aquella casa, jamás se recuperaría de la vergüenza. No había adelantado mucho dinero como entrada, de manera que los plazos a pagar eran astronómicos, y encima tenía la preocupación añadida de ir pagando también a los decoradores. Tenía que encontrar esa cantidad de efectivo, y la encontraría; hasta el momento, siempre se las había arreglado. Tendría que tomarse un respiro en lo referente al juego, recuperar un poco de dinero, y además tenía algunas pequeñas estafillas en marcha que seguro que le aportarían unas buenas ganancias. Arreglaría las cosas, porque deseaba esa casa de todas todas, y Bernadette también la quería.

Estaba verdaderamente encantado con la elección de su futura esposa. Por primera vez desde que mantenían relaciones, Peter sentía que los dos estaban en la misma onda y tenían delante una buena oportunidad, siempre que lucharan por ella. Él quería lograrlo tanto como ella, y necesitaba validarlo con un activo inmobiliario muy caro. Para ellos todo giraba en torno a qué y cuánto tenías, y los dos querían tener lo mejor de lo mejor.

Petey Bailey se daba cuenta ahora de que ella era tan superficial como él y que tanto ella como él solo estaban interesados en perseguir la mejor oportunidad que se les pusiese a tiro. Petey consideraba que si Bernadette se las arreglaba para traer al mundo unos cuantos hijos, no habría duda de que la chica había valido la pena.

Ese día se sentía especialmente bien: la vida cada vez le iba mejor. Tenía una última reunión y luego confiaba en pasar una buena noche de juerga. Tenía que empezar a cultivar la compañía de Liam: ahora lo necesitaba. Esa noche pondría en marcha su campaña; no tenía ningún problema en humillarse siempre que las circunstancias lo exigieran. Liam era un buen tipo, un hombre leal, de eso no había ni la menor duda, y mucho menos cuando se trataba de asuntos de familia.

—Dame un beso, Bernie, se me está haciendo tarde.

La joven le dio un casto beso en la mejilla. Él se fue sonriendo; ella no lo sabía, pero, una vez casados, se iba a llevar un buen susto. Petey la manejaría con mano de hierro y ella ya no podría volver a llevar la voz cantante. Estaba deseoso de que

llegara ese momento.

Capítulo ciento cuarenta y seis

Noel y Jamsie ya estaban en el cementerio de coches, esperando a que llegase su padre para reunirse con ellos. Sabían que ya iba de camino y los dos tenían la esperanza de poder marcharse de allí lo antes posible. Habían quedado en Canning Town con unos cuantos colegas para tomarse unas copas antes de ir al Electric Lady.

Cuando su primo Petey entró en el patio con su coche, le dejaron aparcar y cerraron las verjas tras él antes de seguirle al interior de las oficinas. Como de costumbre, Petey iba de sobrado. Recorrió con mirada crítica todo el espacio de la habitación y luego dijo en tono sarcástico:

—¿Todavía no hay nadie aquí?

Jamsie se encogió de hombros.

—No —dijo—. A menos que estén escondidos debajo de la mesa, aquí no hay nadie.

No se sintió molesto con la actitud de Petey, porque Jamsie sabía que su primo no se habría atrevido ni remotamente a adoptar esos aires de perdonavidas si su padre o su tío hubieran estado presentes.

—Mi viejo viene de camino. ¿Quieres una copa, colega?

Petey asintió sin palabras, aunque no parecía muy convencido; tenía la sensación de que allí se estaba gestando otra cosa. Se preguntó si su tío habría descubierto lo del dinero que había birlado de la caja de los despachos de apuestas. Había ido colocando sus apuestas siempre *después* de haberse celebrado las carreras; y tenía un grupito de jovencitas que le ayudaban a llevar a cabo sus trampas. Recientemente, su tío Daniel había cuestionado el volumen de las deudas y la frecuencia con que se producían. Y tenía la impresión de que ya había averiguado qué era lo que pasaba. De pronto Petey se había vuelto todo sonrisas, todo buenas maneras.

—Sí, ¿por qué no? Me tomaré una cerveza. Acabo de estar en la casa nueva, y que me jodan si no tiene una pinta estupenda, muchachos. Si he de ser sincero, al principio estaba bastante escéptico en eso de dejar que Bernadette lo decorase todo; porque, seamos claros, tiene muchas cosas buenas, pero ¡tener clase no es una de ellas! Aunque, para ser justos, la verdad es que ha hecho un trabajo estupendo. Por primera vez, ¡estoy deseando que llegue el momento de casarme con ella!

Todos se echaron a reír.

Noel vio un coche que se detenía delante de las verjas y salió corriendo de la oficina para abrirlas.

Petey dio un trago a su cerveza.

—¿Sabes de qué va todo esto, Jamsie? —le preguntó—. Parece un poco melodramático, ¿no?

Jamsie no le contestó; estaba demasiado ocupado en vigilar a su padre, que se acercaba caminando despacio a las casetas de obra. Llevaba una escopeta en los brazos, y Danny y Davey caminaban también, despacio, detrás de su padre. Sintió

repentinamente que le invadía la tristeza. Parecía totalmente como si su primo Petey estuviera realmente a punto de dar el gran salto; él no sabía de qué iba todo aquello, pero resultaba evidente que se trataba de algo serio. Vio que Petey lanzaba una mirada a su padre, que veía la escopeta; solo podía imaginarse lo asustado que debía sentirse.

Daniel Bailey vio a su sobrino mirándole a través de la ventana de la oficina, y vio el miedo pintado en su cara. Estaba sorprendido de lo tranquilo que se sentía. Los días en que primero actuaba y después se preocupaba por las consecuencias habían pasado. Ahora, por fin, era capaz de canalizar su ira y hacerla trabajar en su *propio* beneficio y no en su perjuicio. Lena era la razón de ese cambio, supuso. La echaba tanto de menos.

Petey Bailey supo inmediatamente que estaba acabado: su tío venía a por él y no podía hacer nada por evitarlo. Petey estaba hecho polvo, a pesar de que sabía, a un nivel muy básico, que aquello llevaba ya mucho tiempo preparándose. Simplemente lamentaba que tuviera que ser ahora, cuando se sentía tan contento consigo mismo y con su boda inminente.

Además, se había quedado convencido de haber borrado perfectamente todos sus rastros. Se preguntó por un instante si su padre estaría al tanto de aquello, si contaría con su autorización. ¿A quién quería engañar? Si hasta era probable que fuera él mismo el instigador. Peter nunca había tolerado de buen grado a los tontos, y su hijo era tonto, ahora se daba cuenta de ello. A toro pasado todo era muy fácil de entender.

Jamsie vio que su padre se detenía a la entrada de la caseta: estaba esperando pacientemente a que su sobrino saliera al exterior.

Petey Bailey puso una sonrisita torcida y triste.

—Me imagino que ha venido por mí.

Jamsie asintió en silencio.

—Supongo que no hay ninguna otra manera de arreglar las cosas, ¿verdad?

Jamsie alzó las cejas y le preguntó:

—¿A ti qué cojones te parece?

Petey sintió una extraña calma. Se alegraba de que fuera su tío el que viniera a por él en vez de su padre o su hermano; eso habría sido mucho peor aún. Jamsie abrió la puerta y, mientras notaba cómo el aire fresco se colaba en el interior, le dijo a su primo:

—Terminemos con esto de una vez, y deprisa, ¿vale?

Petey no podía negar el miedo que sentía por dentro, pero estaba decidido a tener una muerte honrosa, aunque fuera ya lo único honroso que iba a poder tener en su vida. Nadie podría decir nunca que se había portado como un cobarde y había tratado de salir corriendo.

Salió al exterior andando muy despacio. Era una noche oscura, y había estrellas en el cielo; deseó haberse molestado en fijarse en esas cosas antes. El patio de la chatarrería estaba bañado por la luz de la luna, y era consciente de que aquel sería el

último decorado del que sus ojos serían testigos. Hacía frío, muchísimo frío. El invierno estaba de camino.

—Tú, pedazo de mierda traidor, baja aquí, venga.

Mientras bajaba los escalones, dijo con voz tranquila:

—Nunca fue nada personal, tío Daniel, solo negocios. Lo de la tía Lena fue un jodido accidente. Nadie habría podido prever una cosa así.

Daniel Bailey miró a su sobrino y notó su miedo, pero también se percató de su resignación.

Entonces Petey sonrió de repente, plantó en su cara una sonrisa amplia y resplandeciente y dijo, con tono mordaz:

—Pero lo de tu pequeña Tania, eso sí, eso sí que *fue* deliberado. Me quedé con su flor y a ella le gustó, ¡vaya si le *gustó*, joder! Tú ya me conoces, tío Daniel, a mí siempre me ha gustado ser el primero.

Todavía se estaba riendo cuando Daniel Bailey le reventó la cabeza.

Capítulo ciento cuarenta y siete

Liam intentaba aclararse la cabeza con el dilema de su hermano. Siempre se había temido que ocurriese. Petey tenía que haber sabido que, antes o después, acabaría por ser descubierto. El propio Liam se había sentido tentado algunas veces, y lo admitía. Era difícil vivir a la sombra de dos personajes como aquellos, incapaces de dar un paso atrás en favor de sus familias. Pero Liam también había comprendido que *él* mismo actuaría exactamente igual si se veía en aquella posición de poder. La vida del hampa, la *Vida*, resultaba tan seductora…, era una gran manera de vivir.

Petey nunca estaba satisfecho, siempre quería más. Bien, pues esa noche iban a bajarle un poco los humos, a juzgar por la llamada de Danny. A Liam le avergonzaba que una parte de él se sintiese reconfortada, contenta incluso, porque, finalmente, la gente hubiera podido ver a su hermano exactamente como el puto trozo de mierda que en realidad era. Deseó haber podido ver la cara de Petey cuando se dio cuenta de que finalmente le habían calado de una puta vez.

¿Cómo era posible que hubiera sido capaz siquiera de alimentar la idea de urdir la muerte de su propio padre? Toda la filosofía de la familia Bailey se basaba precisamente en eso, en la familia, y en ese hecho residía su verdadera fuerza. Si la emprendías contra *cualquiera* de ellos, la emprendías contra *todos* ellos.

Eso era algo que su hermano mayor no había entendido nunca porque era un hombre incapaz de ver cualquier cosa que no fueran sus propios deseos y necesidades. Y, claro, ahora ya no tenía nada, era un puto paria, e iba descubriendo de la manera más dura que, al final, todo el mundo tenía que asumir las consecuencias de sus actos.

En aquel caso, al parecer, la consecuencia era vérselas con su tío Daniel, un hombre que, si le provocaban, acababa logrando que el mismo Jack el Destripador pareciera el guía de las Girl Scouts.

Capítulo ciento cuarenta y ocho

Daniel Bailey estaba almorzando con su hija, y la observaba con mucha atención. Quería muchísimo a aquella cría: era todo lo que le quedaba de su Lena. Y, pese a lo triste que le resultaba, creía firmemente que Petey le había dicho la verdad. Lena le había confiado que su hija se había encaprichado de su primo, e incluso Lena y él se habían reído mucho juntos comentando el tema y sin creerse ni por un momento que Petey Bailey fuera capaz de aprovecharse de Tania. Pero resultaba que eso era justo lo que había hecho. Peor aún, Daniel sabía que Petey habría *disfrutado* desflorándola porque eso suponía una victoria sobre *él*. Tania había sido simplemente otra jodida manera de esparcir su veneno, otra excusa para apoderarse de lo que le daba la gana. Pero Tania no le había dicho ni una palabra, y él nunca podría admitir que conocía la verdad. Tania tendría que guardar el secreto, y ahora más que nunca. Petey estaba muerto, había desaparecido, y Daniel tendría que poner punto y aparte a aquella jodida situación.

Peter y Ria llegaron a la casa justo cuando ellos estaban terminando de comer. Tania comprendió de inmediato que algo terrible le pasaba a su tía Ria. Se levantó bruscamente de la mesa y se dirigió a su encuentro, y Ria rodeó con sus brazos a su sobrina y dijo con la voz rota:

—Mi Petey, mi niño. Anoche lo asesinaron. Le dispararon, le dispararon con un arma y lo mataron. Y luego lo tiraron en un contenedor de basura en Walthamstow.

Tania se sintió como si fuera a perder el conocimiento; era una noticia tan inesperada… No estaba muy segura de si lo que sentía era alivio; lo único que sabía de verdad es que aquello no podía asimilarlo todavía, así, tan deprisa.

Petey había muerto, y ella llevaba en su vientre a su hijo.

Petey había muerto, y ella nunca tendría que volver a enfrentarse con él.

Se sintió aliviada. Notaba que la sensación de alivio la iba invadiendo en oleadas. Su secreto estaba a salvo.

Daniel Bailey se acercó a su hermano, lo abrazó suavemente y le dijo, serio:

—Lo siento, Pete, lo siento muchísimo.

Y era verdad. Ambos sabían que eso era la verdad.

Epílogo

Consiguió un espejo de mano
Que le robó a su madre
Se hizo con el maletín de fin de semana de su papi
Siempre te había dicho «si quieres marcharte de casa, cariño,
Nunca jamás, jamás serás bien recibida si vuelves»
Y ahora ahí está, en la estación, con una criatura en el vientre

Alabama 3, *How Can I Protect You*
Álbum: *Outlaw* (2005)

Despertó esta mañana
Y la chica se agenció una pistola
Mamá siempre decía tú serás,
La Elegida
Como tú hay una entre un millón,
Tienes que arder y brillar mucho…
Has nacido bajo un mal signo
Con una luna azul en la mirada…

Martina Cole & Larry Love en el
George & Dragon Pub, julio de 2012,
(¡Letras arregladas para ajustarse al libro!)

Capítulo ciento cuarenta y nueve

2000

—Conmigo estará perfectamente. Y por cierto, ¡a mí todavía no me han entregado la dote, hay que joderse!

Tania se rió: la verdad es que a veces su abuela era un verdadero caso.

—Imelda estará aquí enseguida. Él está pasando la noche en su casa, pero yo necesito ponerme en marcha temprano, mi padre me está esperando.

Theresa cogió en brazos a su bisnieto; era un crío precioso, la niña de los ojos de todos, incluido su hijo pequeño. Daniel estaba más pendiente de aquel niño de lo que lo había estado nunca de sus propios retoños, de eso no había duda. Tania le había puesto Daniel; eso le habría gustado a su madre. La verdad es que Lena, que Dios la tenga en su seno, habría adorado a aquella criatura.

Theresa había estado preocupada durante un tiempo por si los rasgos del niño acababan delatando a su progenitor, pero el crío era rubio y de ojos azules. Lo único que tenía de su padre era la fortaleza corporal. A los dos años era muy alto para su edad y fuerte como un toro. Era ya muy independiente, y cuando decidía que quería algo, lo perseguía con una constancia impropia de su edad.

No había duda de que Tania había crecido interiormente; desde que nació el bebé se había convertido en una mujer guapísima. Y ahora trabajaba en los negocios familiares. Daniel la había acogido bajo sus alas y ella había dejado gratamente sorprendidos a todos por la rapidez con la que había sabido adaptarse a su nuevo papel en la *Vida*. Ahora era su mano derecha femenina, y parecía que disfrutaba de serlo. Seguía viviendo en casa de su padre, y Theresa sabía que Daniel ya no podía imaginarse su vida de ninguna otra manera. Necesitaba a aquella chica y a su hijo, porque su presencia era lo que lo mantenía cuerdo. Seguía echando tanto de menos a Lena que resultaba doloroso verlo.

Tania besó a su muchachito y el crío se abrazó con fuerza a la madre.

—Ahora pórtate bien —le dijo Tania, y luego le dio un beso a su abuela en la mejilla arrugada y le dijo, alegremente—: Gracias, nana, mañana te veré otra vez.

Theresa la tomó del brazo y le dijo con suficiencia pero muy sonriente:

—Antes de irte, señorita, dime: ¿cómo van las cosas con tu hombre? A mí me gusta, y creo que podemos decir con toda seguridad que también tú le gustas a él. Tu padre encantado con él. Espero que te hayas dado cuenta.

Tania notó que se ruborizaba.

—Estamos muy bien, abuela. Todavía es pronto.

Theresa miró a aquella joven a la que quería como si fuera su propia hija y le dijo en voz baja:

—Si quieres mi consejo, Tania, atrapa la felicidad cada vez que se te presente. La

Vida es tan jodidamente corta, nena…

—Te veré mañana, ¿de acuerdo? —se despidió Tania con una sonrisa feliz.

Cuando salía de casa, Tania sintió que la invadía una oleada de satisfacción: por fin estaba viviendo su vida y la estaba disfrutando. Después de aquellos últimos años no había creído que nunca jamás pudiera sentirse así. Era feliz, verdaderamente feliz, y era una sensación estupenda.

Capítulo ciento cincuenta

A Imelda se le estaba haciendo tarde para recoger al pequeño Daniel, que iba a quedarse con ella esa noche, cosa que estaba deseando porque el crío aquel era la niña de sus ojos y le encantaba cuidarlo cuando Tania tenía que trabajar.

Revisó el libro de contabilidad que tenía delante; mientras repasaba con mirada experta las diferentes columnas, le iba quedando claro que los Bailey estaban ganando más dinero del que habían ganado nunca. Siendo como era un negocio de efectivo, seguían haciendo a mano todas las cosas importantes: todo el dinero seguía contabilizándose por columnas en libros de cuentas a la antigua usanza. Estaban en la era de los ordenadores y el *software*, pero la familia seguía insistiendo en hacer las cosas como siempre se habían hecho. Solo los ingresos imponibles se contabilizaban en los ordenadores. Imelda se dio cuenta de que probablemente tenían razón al hacerlo así, y la verdad es que ella misma disfrutaba haciéndolo: en los números y las operaciones con los números había algo muy sedante y tranquilizador. Imelda se enorgullecía de tener siempre los libros con los que trabajaba de lo más pulcros y claros. Resultaba relajante ver aquellas líneas y columnas de cifras: tenían sentido, podían ser interpretadas. Estar tan cerca del dinero de alguna manera te hacía ser mucho más consciente de él, de dónde venía y dónde acababa yendo a parar. En eso ella era muy buena, y lo sabía.

Se apoyó en el respaldo y dio unos traguitos a su bebida, un vodka con tónica provisto de su hielo y su rodajita de limón.

Imelda se había relajado todo lo que había podido en esos últimos años. Seguía preocupada por su hijo, pero ya había acabado por aceptar que no podía hacer nada al respecto. Hacía ya mucho tiempo que se había ido de su lado; formaba parte de la familia, y eso era lo que a él le importaba de verdad. Era otro de los chicos Bailey: la vida del hampa, la *Vida*, estaba bien incrustada él, e Imelda tenía que aceptarlo.

Ella, finalmente, había comprendido las elecciones que había hecho su madre y, al igual que su madre, había decidido poner la vida de su hijo en manos de su marido. Ahora comprendía lo inútil que era intentar que aquel hombre cambiase. La única cosa que podía hacer era tener esperanza y rezar para que nada le sucediese. Era hijo de su padre y el protagonista de los miedos más profundos de su madre.

Imelda creía de verdad que si ella hubiera sabido cómo y por dónde iban a ir las cosas, habría agarrado a su hijo y se lo habría llevado lo más lejos posible, de su familia y de la vida del hampa. Pero ahora ya era demasiado tarde para tratar de cambiar cualquier cosa. Al igual que su madre, estaba totalmente involucrada en la *Vida*, su marido y su hijo ya se habían encargado de eso, y ella jamás podría marcharse y dejarlos. Lo único que podía hacer ahora era confiar en que, contra toda esperanza razonable, su hijo nunca tuviera que pagar el precio de los errores familiares.

Capítulo ciento cincuenta y uno

Liam estaba reventado, pero contento con el trabajo de la jornada. Cuando sus primos llegaron al club, les sonrió, porque ahora eran como sus hermanos, y la verdad es que estaba contento de que fuera así. Disfrutaba con su compañía, y era mucho más feliz ahora que no tenía que tratar con su hermano e ir detrás de él limpiando la basura que dejaba. La muerte de Petey había causado algunas reacciones en su mundo, pero la verdad es que nadie se había puesto de luto, de verdadero luto, por él (excepto su madre, claro; pero eso, lógicamente, era de esperar).

Ni siquiera a Bernadette le había fastidiado gran cosa. Le habían dado la casa —ya completamente pagada—, se quedaba con el coche que Petey le había comprado —un Mercedes-Benz deportivo, serie limitada— y ahora estaba casada con un «civil» que había conocido estando de vacaciones en Tenerife. Allí vivía, en las Canarias, y llevaba con su marido un bar restaurante de lujo, porque había decidido que la vida del hampa no era una cosa tan atractiva como al principio había creído.

Danny se estaba riendo aún cuando hizo un gesto a la camarera de la barra para que les sirviera bebidas a todos.

—¿Cómo ha ido, Liam?

Estaba excitado, y Liam comprendió que sus noticias serían celebradas durante la mayor parte de la noche.

—Todo en marcha.

—¡Buena noticia, coño! Estaba seguro de que lo conseguirías.

Deseó poder estar tan seguro como su primo.

—Les dije que podíamos ocuparnos de la distribución, que ellos lo único que tenían que hacer era garantizar el producto. Al principio parecían un tanto dubitativos, pero que se jodan, los que mandamos somos nosotros. Tengo que serte sincero, Danny, estos albaneses son unos porculeros, pero la verdad es que hacen muy bien su trabajo. Muy profesionales, aunque un tanto volubles y caprichosos.

A Danny aquello le importaba un carajo; estaban totalmente a cubierto: los albaneses los necesitaban más de lo que estaban dispuestos a admitir.

—¡Eso nos da los derechos de distribución exclusivos para todo el mercado europeo! Son unas ganancias muy serias, jodidamente serias.

Liam lo sabía mejor que su primo, porque, al fin y al cabo, era él quien había concertado el trato.

—La coca que nos suministrarán es de primera clase, tío, de putísima madre, y al parecer tienen toda la provisión que haga falta, nunca nos vamos a quedar sin suministro. Así que podemos empezar a distribuir en cosa de semanas. También les he advertido de que si le venden a algún distribuidor más, se acabó el trato. Se lo recalqué más que nada para impresionar, pero los tíos no son tontos y saben muy bien lo que hay.

—Que se jodan —dijo Danny encogiéndose de hombros—. Si se pasan, los

haremos añicos y ya está. Además, hay mucho más suministro allí de donde lo traen.

Liam se rió. Desde la muerte imprevista de Petey, los muchachos que quedaban se habían endurecido y se habían unido todavía más. Habían comprendido que el desafío más trascendental al que se enfrentaban ahora como familia era que los siguieran viendo como un grupo más cohesionado, todavía más impenetrable que antes. Mucha gente del hampa consideraba que Petey Bailey había sido eliminado por su propia familia, y eso les parecía bien. Y aunque ninguno de ellos pensaba confirmar ni negar ese supuesto teórico, la rumorología de la ciudad había acabado por reafirmar todavía más la reputación de gente peligrosa de los Bailey: al fin y al cabo, eran capaces de acabar con los de su propia sangre, eran capaces de cualquier cosa. A nadie le iban a dar una segunda oportunidad; con una vez que la cagaras, liquidado. Era un nuevo régimen, y funcionaba mucho mejor de lo que nadie hubiese esperado.

Ahora los Bailey eran no solo la primera familia del hampa, sino también los responsables del negocio más lucrativo que había en marcha en esos momentos. Ahora tenían participación en prácticamente todas y cada una de las actividades delictivas que tenían lugar en las Islas Británicas. Disponían de una fuerza de trabajo que podía rivalizar con cualquiera de las grandes empresas fabricantes de automóviles, por ejemplo, y se enorgullecían de pagar mejores salarios. Los Bailey nunca habían sido tan populares como lo eran ahora, y tenían la intención de asegurarse de que las cosas siguieran así.

Capítulo ciento cincuenta y dos

—¿Estás segura de eso, Tania?

—Pues claro —asintió.

Oyó que su padre suspiraba y le dirigió una sonrisa.

—¿Sabes qué, papá? Me haces reír. Me pediste mi opinión al respecto e investigué y te di todas las cifras que me pediste. Sé tan bien como tú que ahí está todo lo que esperabas, y más. Todo es completamente legal, pero si además utilizamos la cabeza, lo podemos organizar de tal modo que tendremos otra vía para blanquear el dinero negro. La verdad es que todo nos sale perfecto.

Daniel Bailey estaba muy orgulloso de aquella chica suya: poseía un gran talento natural para explotar todas y cualquier situación en beneficio de la familia. Y estaba asombrado de lo deprisa que se había adaptado a la vida del hampa. Le había dado un trabajo para tenerla contenta, para que saliera de casa y así poder tenerla controlada. Ella había querido ganarse su propio pan y eso era algo que a él le merecía un respeto. Pero nunca jamás habría pensado que iba a resultar una persona tan espabilada y tan lista. Solo tenía veinte años y ya estaba obteniendo buenos beneficios. Y por añadidura, era viva e implacable y sabía ser dura como el hierro cuando las circunstancias lo requerían. Desde luego era una auténtica Bailey, sin duda.

—Voy a ir a hacer un poco de té para los dos. Tú repasa los números otra vez, papá… Estoy segura de que todo lo que te he preparado y apuntado te parecerá estupendo.

La observó mientras salía de la habitación: era una chica muy distinta de la que había tenido que enterrar a su madre. Tener un hijo también la había hecho cambiar: parecía que se había hecho mayor de la noche a la mañana, pero los niños provocaban ese efecto en las mujeres. Daniel nunca le había dado a entender que sabía cuál era la verdad sobre la paternidad de su nieto; la chica nunca había dado ningún nombre y él nunca se lo había pedido. Y también se había asegurado de que ninguno de los muchachos se fuera de la lengua y lo revelase.

Se había quedado muy sorprendido con los intensos y profundos que eran sus sentimientos hacia su nieto; desde el momento en que posó sus ojos en él por primera vez, sintió verdadera adoración por él. Lo único que de verdad lamentaba era que Lena no hubiese vivido lo suficiente para verlo. La criatura había vuelto a traer vida a una casa en la que estaba convencido de que nunca jamás volvería a reinar la felicidad. Pero, desde luego, ahora veía que estaba muy equivocado. El niño los había vuelto a unir a todos… ¡si hasta Ria había revivido con la llegada del bebé! Necesitaba algo en lo que centrarse y el pequeño Daniel había cumplido ese papel. Había ejercido el papel de abuela que le correspondía a Lena.

Daniel había introducido a Tania en la vida del hampa porque necesitaba tenerla cerca, y sabía que también ella necesitaba tenerlo a su lado. Eran una buena pareja, y

Daniel se sentía orgulloso del modo en que la chica había sabido amoldarse a las circunstancias de la vida. Y de la *Vida*. Ahora intentaba seguir su propio camino, y él sabía que tenía que permitírselo de la misma manera que les había permitido a los chicos que disfrutaran de su libertad.

La traición de Petey Bailey les había hecho percatarse, a él y a su hermano, de que era muy peligroso no soltar un poco las riendas, no aceptar que ya tenían ingresos mucho más que suficientes para toda la familia. Recogió la carpeta y la abrió, pero la verdad es que ya la había ojeado antes, había asimilado el contenido y tomado la decisión de seguir adelante con el tema. Sólo confiaba en que no se estuviera equivocando al otorgarle a su hija tanta responsabilidad. Pero estaba convencido de que la chica estaba más que preparada para afrontarla.

Cuando la vio volver a entrar en el pequeño despacho trayendo un par de tazones de té, Daniel le dijo como quien no quiere la cosa:

—Puedes ocuparte de esto, nena, pero procura tenerme siempre al tanto de todo, ¿de acuerdo?

Tania sonrió de felicidad; como él, una vez había decidido algo, ya nadie podía hacer gran cosa para lograr que cambiase de opinión. Se movía en ese mundo como pez en el agua. La verdad es que aquello era natural en ella, y ahora hasta sus hermanos la trataban como a un igual. Pero Daniel sentía que una pequeña parte de sí mismo estaba triste porque su Lena se habría sentido mortificada al saber que sus esfuerzos por mantener a su hija alejada de ese estilo de *Vida* habían resultado inútiles.

—Te veo pensativo, papá. ¿Estás bien?

Daniel le sonrió y asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí, hija. Has hecho un buen trabajo. Estoy muy orgulloso de ti, Tania.

Tania Bailey no contestó a su padre, aunque sabía que tenía razón; en efecto, ella *había* hecho un buen trabajo, y confiaba en hacer un trabajo todavía mejor ahora que Daniel estaba dispuesto a financiarlo. Se había adaptado muy deprisa a ganar mucho dinero y se había introducido rápidamente y con gran facilidad en la red de negocios familiares. Y estaba decidida a dejar su sello personal en esa red, y a demostrarles a todos hasta qué punto ella era una Bailey.

Y que tenía un hijo que también era más Bailey de lo que la gente sabía, y deseaba con todas sus fuerzas que el niño ostentara ese legado. Al no tener padre, el único legado que podía dejarle era el suyo. De manera que, si era necesario, trabajaría día y noche para asegurarse de que todos lo consideraban tan Bailey como cualquiera de los demás.

Capítulo ciento cincuenta y tres

Stephen Doyle era un tipo tan grandote que su tamaño intimidaba a la gente, de manera que procuraba mostrar siempre una expresión de alegría en su rostro, porque ya de muy joven había descubierto que eso predisponía a la gente a su favor. En la escuela había sido el gigante de la clase, y su apellido tampoco le había facilitado las cosas. Los Doyle eran conocidos por ser una familia con la que había que andarse con mucho cuidado. Su padre era un hombre poderoso, bastante dado a las borracheras, muy violento si le llevaban la contraria y capaz de derribar una casa a golpes si le daba el arrebato. No obstante, también tenía reputación de ser capaz de conseguir sustanciosas ganancias a cuantos solicitaran sus servicios.

Su viejo siempre había hecho de mediador, y Stephen Doyle había heredado la habilidad de su padre para averiguarlo todo de todo el mundo y usar ese conocimiento en beneficio propio. Ponía en contacto a la gente, relacionaba a unas personas con otras, a personas que buscaban algún socio para ciertas empresas o tenían un producto para el que necesitaban un distribuidor competente o algún patrocinador de reconocida solvencia. Se trataba de gente dispuesta a pagar un porcentaje de sus ganancias al gestor que les encontrara el copartícipe perfecto. Eran unos ingresos muy lucrativos y uno de los pocos trabajos verdaderamente especializados del mundo del hampa.

A los Doyle acudía todo el mundo que anduviera buscando un socio: eran los mediadores en todos los nuevos proyectos de negocio y se ocupaban con acierto de concertar arreglos entre los capitalistas y la gente con ideas buenas y viables. El truco estaba en ser capaz de crear buenas asociaciones entre personas realmente capaces de trabajar conjuntamente. Era importante comprender con quién establecías tratos y asegurarte de qué asunto podía salir adelante gracias a una buena combinación de todos los elementos. En aquel juego, eso era algo absolutamente imperativo, especialmente porque mucha de la gente con la que tratabas tenía una clara tendencia a resolver cualquier diferencia recurriendo a las armas de fuego.

Ahora que Europa se les había abierto, Stephen tenía más demanda que nunca, y la gente acudía a él con regularidad para que mediase en negocios internacionales. Era respetado porque nunca jamás subestimaba a las personas con las que tenía que mantener tratos y porque siempre era muy cuidadoso a la hora de asegurarse de que todos y cada uno de los afectados recibiera una evaluación acertada. Y de que no surgieran imprevistos que pudieran dar lugar a problemas posteriores.

Stephen Doyle tenía treinta y siete años y, por primera vez en su vida, se estaba enamorando. Desde el primer momento en que posó su mirada en Tania Bailey se había sentido entusiasmado; hasta ese momento se había limitado a mariposear de flor en flor. Ahora se veía cortejando, y en serio, a una muchacha de veinte años cuyo padre era un hombre con el que solo un jodido tarado lunático se atrevería a cruzarse.

Pero a él no le importaba. Era igual que él, dispuesta a vivir aquella *Vida* con toda

intensidad. Y él comprendía incluso mejor que ella lo que aquello significaba exactamente. Los dos juntos tenían potencial para ser una pareja de ensueño, porque podían poner en valor sus recursos, asociando los de ambos, y tal vez, conseguir ser los amos y señores de aquella puta ciudad.

Stephen percibía en ella los mismos deseos y las mismas ambiciones que él. Tania Bailey tenía un hijo y quería lo mejor para él. Al igual que él, Tania tenía instinto para conseguir lo que quería, y, como él, sabía que estaban destinados a estar juntos. Era una muchacha muy joven y adorable, y Stephen nunca había deseado a nadie tanto como la deseaba a ella.

Tania lo vio plantado de pie junto a la barra del nuevo club que los Bailey acababan de abrir en el Soho. Se quedó en la puerta para observarle durante unos segundos: era mucho mayor que ella, pero eso no le molestaba tanto como a él. A ella le gustaba de verdad, y confiaba con todas sus fuerzas en que él compartiese el mismo sentimiento.

A Tania el nacimiento de su hijo le había producido aquella necesidad típica de los Bailey de ganar mucho dinero y asegurarse de su capacidad para mantenerse a uno mismo y a los suyos. Ella era una Bailey, eso sin la menor duda, y eso lo había comprendido a la perfección desde el mismo instante en que sostuvo a su hijo en brazos por primera vez.

Había soportado mucho sufrimiento, pero eso la había hecho más fuerte, y ahora se daba cuenta. Había que endurecerse y aprender a enfrentarse a todo lo que la vida te iba poniendo delante. La muerte de su madre la había catapultado de la noche a la mañana al mundo de los Bailey y, desde ese momento, había ido entrando en la vida del hampa con los ojos muy bien abiertos. Ahora se veía tan diferente: la jovencita que era tres años atrás hacía ya mucho tiempo que se había desvanecido. Su madre había pagado el mayor precio, y también su tío había pagado uno altísimo: perder dos hijos. Su tía Ria nunca se había recuperado de la muerte de Petey, y su prima Imelda se pasaba la vida pendiente de su hijo, inmerso en la «franquicia» Bailey. Y todos ellos estaban jodidísimos a causa de los remordimientos.

Pero Tania no pensaba acabar como ellos. No tenía ninguna intención de vivir de los ingresos del apellido Bailey mientras se mantenía a distancia de lo que realmente representaba ese nombre. No era tan tonta como para hacer eso.

Sus hermanos habían crecido inmersos en esa mala *Vida*. Habían sabido de sus escollos y dificultades desde muy temprana edad, pero nadie les había dado otra opción. A ella su madre había intentado protegerla, pero Tania había visto atisbos de lo que se cocía, y eso ya desde una edad muy temprana, y cuando le arrebataron a su madre aceptó y decidió que las cosas no podían quedar sin respuesta. Entonces comprendió que no había manera de quedar al margen del hampa, al menos no para una Bailey. Y en cuanto hubo dado a luz a su hijo, se juró a sí misma que aquel niño nunca jamás se vería privado de nada.

El apellido Bailey era su pasaporte hacia la independencia, y le aseguraba que

nunca jamás alguien podría aprovecharse otra vez de ella. En el futuro, sería *ella* la que utilizaría a la gente, sería *ella* la que explotaría las debilidades y flaquezas de los demás. Ahora Tania había abrazado ese estilo de *Vida* y se había lanzado a vivir plenamente esa *Vida*.

Ahora tenía a Stephen Doyle. Era un hombre muy peligroso: eso Tania lo sabía, pero no le importaba. No tenía miedo de lo que esa *Vida* pudiera ofrecerle; es más, en su opinión, ese tipo de *Vida* ofrecía sus propios atractivos. Eso era precisamente lo que ella había elegido, y no tenía ningún escrúpulo al respecto. Aún más, no se detendría ante nada para conseguir lo que quería. Y la verdad era que quería *todo, absolutamente todo* lo que la vida del hampa tenía para ofrecerle, empezando por Stephen Doyle.

Stephen sonrió cuando la vio venir hacia él. Tania Bailey tenía el aura de una mujer poderosa, una mujer con mucho, mucho poder. Cualquiera que la viera la consideraría una mujer que sabía exactamente lo que quería de aquella *Vida* y que sabía *exactamente* lo que tenía que hacer para conseguirlo.

Créditos de las canciones citadas

Woke Up This Morning

Música y letra de Jake Black / Chester Burnett / Simon Edwards / Piers Marsh / Robert Spragg

Publicada por Chrysalis Music Ltd / BMG Rights Management (UK) Ltd. © 1996.

Citada con autorización. Reservados todos los derechos.

Mansion On The Hill

Música y letra de Made Hamilton / Odie Hawkins / E. Evans / Ed Bereal / Piers Marsh / Simon Edwards / Jon Delafons / Robert Spragg

Publicada por Chrysalis Music Ltd © 2003

Citada con autorización. Reservados todos los derechos.

Keep Your Shades On

Música y letra de Jake Black / Piers Marsh / Robert Spragg / Jon Delafons / John Jennings

Publicada por Chrysalis Music Ltd © 2005

Citada con autorización. Reservados todos los derechos.

You Don't Dance To Techno Anymore

Música y letra de Jake Black / Simon Edwards / Piers Marsh / Robert Spragg / Charles Harrison / Brian O'Horain

Publicada por Chrysalis Music Ltd © 1997

Citada con autorización. Reservados todos los derechos.

Hypo Full Of Love

Música y letra de Jake Black / Simon Edwards / Piers Marsh / Robert Spragg

Publicada por Chrysalis Music Ltd © 2005

Citada con autorización. Reservados todos los derechos.

The Night We Nearly Got Busted

Música y letra de Simon Edwards / Piers Marsh / Robert Spragg / Charles Harrison

Publicada por Chrysalis Music Ltd © 1997

Citada con autorización. Reservados todos los derechos.

Power In The Blood

Música y letra de Jake Black / Simon Edwards / Piers Marsh / Robert Spragg / Charles Harrison / Mark Sams / Jon Delafons / John Jennings / Alexis Worrell

Publicada por Chrysalis Music Ltd © 2003

Citada con autorización. Reservados todos los derechos.

Come On Home
Música y letra de Jake Black / Robert Spragg / Jon Delafons / John Jennings
Publicada por Chrysalis Music Ltd © 2003
Citada con autorización. Reservados todos los derechos.

How Can I Protect You
Música y letra de Piers Marsh / Robert Spragg / Jon Delafons / Alan Downey / Anthony McGuinness / Christopher Dignam / Joseph Jewel / William McGuinness
Publicada por Chrysalis Music Ltd / Copyright Control © 2003
Citada con autorización. Reservados todos los derechos.

Crazy World
(Dignam / McGuinness / McGuinness / Jewell / Downey)
Publicada por Elevate Music Limited
Letra reproducida con autorización.



EILIDH MARTINA COLE (1959) (1959) es una escritora británica, mujer de negocios y, ocasionalmente, presentadora de televisión.

Es uno de los grandes fenómenos literarios británicos de los últimos tiempos. Con más de diez millones de ejemplares vendidos en todo el mundo, sus novelas han sido traducidas a más de treinta idiomas y algunas se han convertido en series televisivas de éxito.

Ha cosechado numerosos galardones entre los que cabe destacar el Premio al Mejor Libro Británico de Novela Negra por The take. Se han publicado en español: *El asesino de mujeres* (The Ladykiller, 1993); *Secretos de una asesina* (Two Women, 1999); *El jefe* (Faces, 2007); *Más cerca* (Close, 2006) y *Chicas malas* (Hard Girls, 2009).